C

28-109

D

C

Fondo 27

Tomo 2

N.° de Orden 107

Q46

Ale

Mio

B-582

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, REVOLUCION

Y GUERRA CIVIL DE ESPAÑA

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL

CRÓNICA

DE TODOS LOS ACONTECIMIENTOS NOTABLES,
GLORIAS, TRIUNFOS, COMBATES Y SUFRIMIENTOS DE LOS ESPAÑOLES PARA SALVAR
SU LIBERTAD É INDEPENDENCIA,
COMPRENDIENDO TODOS LOS GRANDES SUCESOS OCURRIDOS DESDE EL REINADO DE CÁRLOS IV
HASTA LA MAYORÍA DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

OBRA ESCRITA

COMO CONTINUACION DE LA HISTORIA DE ESPAÑA,

POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. Antonio Alcalá Galiano.

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL

TOMO PRIMERO.

Reg.º 8727

MADRID,
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ,
calle del Cármen, número 29.

1861

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL
JAEN

CAPITULO PRIMERO

DEL REINADO DE CARLOS IV.

Carlos IV tenia cuarenta años cuando sucedió á su padre, y aunque nacido en Nápoles, como habia venido á España de poca edad, era en sus costumbres y aficiones español verdadero. Augurábase felicidades de su reinado, sabiéndose de él que era dado á proteger las artes, y muy inteligente en ellas, y de vida pura y gustos sencillos, y presumiéndose que era bueno su entendimiento. En la pasion á la caza, si no igualaba á su padre, no se le quedaba muy inferior, y además trabajaba en oficios mecánicos, y gustaba mucho de ejercitar sus fuerzas corporales, grandes por cierto, estimando en los demás esta última prenda propia suya. Amaba á su mujer, y asimismo la temia, trasluciéndose que se dejaría dominar por ella hasta en los negocios del Estado. En cuanto á la reina, siendo princesa de Asturias habia gozado del favor popular en grado no corto. No era hermosa, ni aun regular en sus facciones, pero tenia buen talle, presencia graciosa, y modales halagüeños. Su educacion habia sido muy descuidada, no habiéndose aprovechado en la corte de Parma los preceptos de Condillac. No le faltaban viveza y travesura, como tampoco ambicion, aunque la ejercitaba en pequeñeces, pero en todas las cosas del gobierno se mezclaba y dominaba. Sus faltas á la fidelidad conyugal, sospechadas ó casi sabidas, segun se ha referido en esta historia, habian acibarado la vejez de Carlos III, y merecen particular mencion, por haber influido notablemente en los negocios y las desdichas de la monarquía, mientras la rijió su marido.

Al empezar el nuevo reinado, siguió Floridablanca en el ministerio, obedeciendo Carlos IV al encargo que en este punto le habia hecho su padre á la hora de su muerte. Como poco antes se ha dicho en esta historia, el conde, reformador en sus años primeros, estaba trocado en acér-

rimo enemigo de las reformas, causándole miedo y enojo los sucesos de la vecina Francia. Ejercitábase, pues, en España una vigilancia suma sobre las acciones de todos los particulares; conteníase á los escritores en los dias pasados protegidos, y en la ceñuda desconfianza reinante se tiraba á evitar el trato con los extranjeros, y particularmente con los franceses. El amor á la autoridad absoluta del ministro, ya la quisiese usar para promover, ya para enfrenar las novedades de su siglo, le habia llevado á alterar bastante la antigua fábrica de la monarquía. El consejo de Estado estaba, aunque no suprimido, desatendido contra el uso antiguo, y se habia creado con el nombre de junta suprema de Estado uno como consejo de ministros, que todo lo resolvia sin linage alguno de oposicion ó contrapeso. Destruidas muchas de las cosas del sistema antiguo y no osándose ya poner en su lugar lo que antes se intentaba, parecia como que el gobierno asustado del camino que habia emprendido, no se atrevia á adelantar, y no acertaba á retroceder, resultando de ello un estado de incertidumbre muy de temer, considerándose lo que entonces mismo fuera de España ocurria.

Segun costumbre antigua, se juntó la vana fantasma de cortes compuestas de los procuradores de algunas ciudades para jurar fidelidad y obediencia al heredero de la monarquía. Fué nombrado para presidir esta reunion el acreditado conde de Campomanes, á quien se dió en esta ocasion el título de gobernador del consejo real, que habia estado presidiendo algun tiempo como decano. Deliberaban las cortes con el mas profundo secreto, práctica antigua á que en esta ocasion se dió mas fuerza. No obstante el temor que inspiraba cualquiera cosa parecida á un congreso de diputados tratando de negocios políticos, se quiso en esta ocasion ocupar á aquella reunion en uno ú otro negocio importante. Era el mas grave entre cuantos estaban pendientes determinar la ley de sucesion á la corona, porque el rey y reina amantes de su hija Carlota no querían verla excluida de la corona, en caso de morir sus hermanos, y su enlace con el príncipe del Brasil podia en alguna eventualidad unir en uno los dos reinos de la Península en un hijo de este matrimonio; razon poderosa la última, á la cual se agregaba no haber sido la ley sálica francesa establecida por Felipe V en 1713 muy grata á los españoles, en quienes el apego á sus antiguos usos y leyes favorables á los derechos al trono de las hembras, estaba sostenido por el recuerdo lleno de veneracion y afecto á la insigne Isabel la Católica. Tampoco en 1713 se habian observado las debidas formalidades para alterar la ley de sucesion, habiéndose vencido la oposicion que á ello se manifestó, segun vá referido en esta historia, por medios un tanto violentos. Estaba, pues, el auto acordado de Felipe V, y la imperfecta ley sálica por él establecida en dudoso predicamento en cuanto á su conveniencia y en cuanto á su legitimidad completa. Recibieron bien las cortes una proposicion que de real órden les hizo su presidente, manifestando que sería grato al rey que se elevase una peticion, rogando la derogacion de la ley francesa, y la vuelta á la antigua legislacion de España. Acordada la peticion en 30 de setiembre de 1789, fué puesta con reserva en manos del rey, que

se sirvió responder que ya habia tomado sobre el mismo particular la resolucion conveniente, y que encargaba sobre ello el mas profundo secreto. La pretension del rey y asimismo de sus ministros de que tuviese la corona la potestad legislativa única y exclusivamente, al paso que se consultaba á las cortes para dar mas fuerza á la determinacion real, causó que se procediese en materia de tal importarcia y tan graves consecuencias con rodeos y misterios, preparando para lo venidero apuros que habian de ser orijen de derramarse la sangre á mares, y acarreando una guerra civil con los destrozos á ella consiguientes. Las cortes, aun en su poco valer, alentadas quizá por ver traida á resolucion cuestion tan grave, y aun sin duda un tanto estimuladas por lo que en Francia estaba pasando, se arrojaron á trazar peticiones sobre algunos puntos del gobierno interior de la monarquía, y aun hubo procuradores que trataron de expresar sus quejas, y pedir remedio de insufribles abusos. Tuvo noticia el gobierno de intentos que le parecian desmanes peligrosos, y se apresuró á disolver las cortes sin dar muestra de enojo, quedando la ley de sucesion sin resolver ó á lo menos no haciéndose legal la resolucion sino en secreto. Se tomó alguna en el ánimo de Florida-blanca, que dominaba á otro cualquier pensamiento el de odio y miedo á la revolucion que en Francia habia empezado con nunca vista violencia, y visos de mayores en lo venidero.

De estos sucesos del reino vecino será bien hablar muy por encima, y en cuanto contribuyen á esclarecer la historia de España contemporánea, no siendo própio de esta ni posible en los estrechos límites de un compendio hacer justicia á su espantosa grandeza.

Juntos en Francia los estados generales en la primavera de 1789, desde luego el estado llano, fuerte por el talento que contenia y el crédito de que gozaba, comenzó á tratar de igualarse para despues sobreponerse á la nobleza y clero. El gobierno habia dejado sin resolver de qué modo habia de deliberar el nuevo cuerpo, si cada uno de los estados de por sí ó los tres juntos. En el caso primero, el estado llano tenia un voto contra dos en el segundo, siendo su número igual al de los nobles y eclesiásticos unidos formaba la mitad del cuerpo deliberante, y con su superioridad de saber y arrojo, justamente se lisongeaba de dominar á la otra mitad, atrayéndose ó aterrando ó envolviendo á algunos de los que la componian. El rey, sin voluntad propia, y cediendo alternativamente á las agenas, intentó resistir tal pretension, y no supo, empleando ya su debilidad acostumbrada, ya una violencia floja de grande aparato y corto efecto que irritaba sin poner miedo ni contener. Algunos caudillos osados del estado llano hicieron frente á la potestad real, señalándose el conde de Mirabeau, desconceptuado por sus vicios, algo temido por su talento, aunque no se conocia aun cuán grande era, y qué de noble mal tratado por los de su clase se habia hecho voluntariamente plebeyo para capitanear y dirijir el nuevo poder popular, cuya fuerza y futuro destino conocia. El gobierno, admirado á la par que indignado y amedrentado de tan nuevos atrevimientos, no acertaba á hacer otra cosa que dar muestras de enojo, y ceder sin apariencias de buena voluntad. Al cabo, el esta-

do llano convirtiéndose él solo en estados generales y tomando el nombre insólito de asamblea nacional, descubrió al mundo el nacimiento de un poder nuevo. No sabia el rey si reconocerle ó si combatirle, aunque existiendo ya fuerza era hacer lo uno ó lo otro, y hacerlo con valentia y firmeza. En medio de sus dudas, juntó tropas para dar á respetar su autoridad recobrando la que habia perdido, y tampoco dió á la fuerza militar ya junta las órdenes competentes para obrar con arrojo, aventurándolo todo. Por el mismo tiempo separó de su lado á sus ministros, creyéndolos demasiado afectos á la parcialidad popular, señaladamente al ginebrino Necker, no obstante ser hombre tanto recto, cuanto amante de términos medios, y de poca maña para avigorar y sustentar el partido á que se allegase. Sospechábase que en las resoluciones violentas del desdichado monarca influian agenos consejos, señaladamente los de la reina y de su hermano el conde de Artois, príncipe ligero, de corto talento y aliento escaso, aunque muy dado á la causa del poder absoluto, y que en la flojedad con que se llevaba á efecto cualquiera resolucion alentada tenia parte su propio natural irresoluto y compasivo. La separacion de los ministros fué el movimiento que hizo romper en llama el fuego que con no encubierta intensidad ardia. Sublevóse la poblacion de París; muchos soldados se le unieron; otros no se atrevieron á combatirla; creció la sublevacion; armóse la plebe juntamente con la clase media, y encaminándose los levantados á la fortaleza antigua de la Bastilla, famosa prision de Estado y tambien á modo de ciudadela que contenia á los parisienses, en pocas horas se hicieron dueños de ella, y en breve tiempo la arrasaron hasta los cimientos, ensangrentando la victoria con la muerte dada á algunos de sus contrarios. Mudóse en la hora de la sedicion y pelea hasta el color de las banderas y escarapelas francesas, poniendo en lugar de la antigua la de tres colores, que despues ha paseado el orbe triunfante y destructora, temible y odiada por los estragos que llevó consigo, benéfica y saludada por muchos con apasionado aplauso, como símbolo de regeneracion en gran parte justa y saludable. El rey, residente á la sazon en Versalles, con haber sido vencido en París tuvo, no sin razon, por perdida su causa, siendo costumbre en los franceses ajustar sus pensamientos y obras á lo que en la capital se dice ó se resuelve. Triunfó pues la asamblea; llamó el rey otra vez al mando á los ministros á quienes habia despedido, y se extremaron los vencedores en la victoria, exediéndose alguna vez de los límites convenientes en parte por ser forzoso en grandes contiendas llevar las cosas muy adelante para aniquilar á contrarios temibles, en parte por dañados intentos de quienes tiraban á elevarse en la comun confusion, en parte, por último, por obedecer muchos á doctrinas mas generosas y con mas trazas de sanas que ciertas en sí ó provechosas al ser llevadas á efecto. Aunque vencida la corte no estaba ni contenta ni sumisa, y aunque vencedor el pueblo no se creia seguro en su triunfo. Este en su desconfianza no cesaba de manifestar conatos de sedicion, y de ejecutar atroces violencias: aquella en su resentimiento y fundado temor tampoco paraba de dar muestras de querer algun dia á viva fuerza recobrar las ventajas perdidas. Algunas tentati-

vas, que teniendo más de imprudentes que de otra cosa no dejaban con todo de tener algo mas que imprudencia, dieron temor é ira al partido popular. Rompió otro nuevo y terrible motin en París, llevando primero en él la voz las mujeres de la plebe; corrieron las sediciosas á Versalles; siguiólas una corta cantidad de gente perdida del otro sexo, y en pos gran parte de la poblacion de París, ya armada, y formando un ejército con el título de guardia nacional; cuerpo en el cual dominaban las buenas intenciones y el deseo de sacar triunfante la revolucion, pero conteniéndola dentro de ciertos límites, é impidiéndole desmandarse, deseo que procuraba satisfacer con poca maña, y á cuya realizacion oponian dificultades insuperables las circunstancias presentes. Fué Versalles teatro de escandolosos desórdenes, de grandes desacatos á la autoridad real, y aun de las últimas violencias intentadas contra la persona de la reina, y ejecutadas en las de algunos de sus defensores. Paró todo en que el monarca, con su ordinaria debilidad, consintió en abandonar á Versalles, residencia de los reyes de Francia por mas de un siglo, y en trasladarse á París en medio de las turbas populares vencedoras, poniéndose á merced y como prisionero de la revolucion omnipotente en la populosa capital. Siguióle allí en breve la asamblea. Siguieron ó acompañaron á estos hechos darse una infinidad de decretos por el cuerpo popular, muchos de ellos justos en sí; otros que lo eran atendiendo á las circunstancias; varios por esta última razon perniciosos; no pocos nada cuerdos en general; demasiado numerosos para dados á un tiempo, é hijos de una violencia excesiva; nacidos en su mayor parte de afectos nobles y pensamientos levantados y sanos y promovidos alguna vez por un lícito deseo de vencer obstáculos que impedian grandes bienes, y en bastantes ocasiones por una inquietud irreflexiva, por un necio prurito de innovar, ó por un espíritu de sedicion ya ambicioso ya vengativo. El gobierno en tanto accedia á todo, y con frecuencia lo hacia murmurando. No paraban en medio de esto los excesos populares de que caian víctimas algunos notorios enemigos de la revolucion, y tambien varios inocentes. Alguna vez Luis XVI arrebatado por su mania de amor al pueblo y su anhelo de ver su afecto correspondido, se manifestaba francamente aprobador de las mudanzas ocurridas, y entonces era saludado y aplaudido con entusiasmo veraz y poco duradero. Pero lo comun era reinar la desconfianza y aun el odio entre el trono y el cuerpo popular, considerándose por ambas partes este último como vencedor, y aquel como vencido y sujeto. La asamblea habia acabado con todas las leyes de la Francia antigua, llegando á abolir la nobleza, y á no dejar religion dominante en el estado, y pasando á echar los cimientos de una constitucion y aun de una sociedad nueva, sobre los cuales iba levantando la fábrica de un gobierno hecho con arreglo á ideas abstractas, y en que la potestad real quedaba demasiado restricta.

Estas novedades, superiores á cuanto se habia visto en muchos siglos, tenian á los reyes de Europa llenos de espanto y horror. Pero en ninguna corte hacian el efecto que en la de España, pais tan vecino al teatro de tantas inquietudes, cuyo monarca era cercano pariente del fran-

cés, en que la parte principal é ilustrada de la nacion todo lo tomaba de Francia, y en que por otro lado los dogmas de la tirania civil y religiosa, aunque algo contrastados y corregidos en los recien pasados tiempos, reinaban todavía en teórica general en toda su fuerza, y en la prática poco menos si no tanto. Así fué que Floridablanca, el rey, la corte entera con meras excepciones, estaban atónitos y confusos, no acertando con remedio oportuno para el mal existente; pero deseosos por demás de ponerle, y por el pronto desviándose del debilitado gobierno y desmandado pueblo francés todo cuanto era posible. Pero en aquel tiempo ocurrió con la Gran Bretaña una de las frecuentes disputas á que daba márgen pretender España el señorío de casi todo el continente americano, donde aquella procuraba formar establecimientos para dilatar y proteger su comercio. La posesion de un lugar llamado Nostka, en la costa del imperio mejicano que mira á Poniente y cerca de las Californias, fué esta vez la causa de una desavenencia. Acudieron á las armas con prontitud y vigor ambos gobiernos, fiado el inglés en su antigua superioridad y ufano el español de poder presentar armada en solo el puerto de Cádiz una escuadra de mas de treinta navíos de línea. No obstante este poder naval, bien conocia la corte de Madrid que sola España mal podia intentar la guerra contra el imperio Británico, tan fuerte por su riqueza y superioridad en los mares. Venciendo, pues, sus repugnancias, se dirigió al desdichado Luis XVI, implorando su auxilio en virtud del pacto de familia. Mal podia darle la Francia aunque quisiese, y así fué que su gobierno hizo una tentativa para aparentar socorrer á su aliado, pero nacieron de ello sospechas y disputas, viniéndose á parar en un debate de gran lucimiento, sobre si habria de darse en las nuevas leyes francesas al rey el derecho de declarar la guerra y hacer la paz. Viendo, pues, la corte de España que habria de quedar abandonada á sus propias fuerzas contra las inglesas, cedió de sus pretensiones, y rebajando asimismo de las suyas el gobierno británico y portándose en esta ocasion con miramiento á la agena dignidad, entablándose tratos, se conservó la paz, quedándose dueños los ingleses del establecimiento disputado. Volvió, pues, el gobierno español á no temer á otro enemigo que á las ideas dominantes en Francia. Contra ellas, y con mas justa razon contra sus consecuencias, trataban de ligarse algunos soberanos européos, pero mostrándose tímidos á la par que dobles en los medios á que apelaban. El emperador de Alemania, Leopoldo, príncipe muy ilustrado, de buena condicion, que cuando gobernó á Toscana se habia mostrado favorable sobre manera á las novedades de su siglo, ya viéndolas en Francia con nueva y tremenda forma, de que á su hermana la reina resultaban tantos disgustos y peligros, buscó medios, si no de combatirlas enteramente, de ponerles límites razonables. El rey de Prusia, débil y caprichoso, participaba del mismo deseo. Trataron estos soberanos sobre tan importantes puntos en Italia, y luego pasaron á vistas solemnes en Pilnitz, donde con el ostentoso lema *Pacatus Orbis*, dieron á entender al mundo que iban á pacificarle, convirtiendo en amistad su antiguo odio, sospechándose entonces y afirmándose por los franceses y sus amigos, y

sabiéndose hoy, pero no siendo posible averiguarlo de modo que conste cabalmente, que los negocios interiores de Francia y la parte que en ellos debian tomar los extranjeros fueron las materias tratadas en aquella reunion de reyes. Los demás de Europa, en mayor ó menor grado, estaban acordes con Leopoldo y Federico Guillermo de Prusia, en cuanto á odiar y temer á los innovadores franceses; pero querían hacerles mas viva y cruda guerra, y sin embargo hacian poco para llevar á efecto sus deseos. Como quien mas, el ministro español conde de Floridablanca vituperaba en el emperador de Alemania la moderacion de sus proyectos, queriendo, como la emperatriz Catalina de Rusia, el rey Gustavo de Suecia, y otros príncipes, que se compeliese á los franceses á restablecer á su soberano en el pleno goce de su dignidad y autoridad antiguas. Puesta en esto la mira, el mismo ministro que, reinando Carlos III, con tanto empeño y tal diligencia habia trabajado por reformar rancios abusos y poner á España á la par de naciones mas ilustradas, ya temiendo únicamente á los desmanes de la revolucion, ciego de ira contra los constituyentes de París, y receloso de que se introdujesen en España bajo diversas formas las doctrinas francesas, en vez de proveer con actividad y tino á aumentar las fuerzas del Estado, y prepararse á una guerra si fuese necesaria, batallaba con enemigos de otra especie; condenando todos cuantos principios liberales é ilustrados se habian introducido en la instruccion pública; poniendo coto á las reformas empezadas á ejecutar, y aun deshaciendo á veces lo hecho; prohibiendo la publicacion de las obras periódicas, hasta de las que trataban de literatura y artes; dando órdenes á los directores de las sociedades literarias, agrícolas ó comerciales, para que en ellas no se tratase punto alguno de economía política; encargando á los que gobernaban en las provincias que no consintiesen la fundacion de academias nuevas, y eclasen con desabrida desconfianza á las antiguas; en suma, buscando la seguridad en el restablecimiento de la ignorancia, con lo cual y con prohibir que en la Gaceta del gobierno se insertasen noticias de los sucesos políticos de Francia, creia robustecer al trono contra el peligro que le amagaba por el lado de los Pirineos. En el mes de junio de 1791, los negocios en Francia tomaron peor aspecto. El rey Luis XVI, despues de estar, ya prestándose á las innovaciones, ya combatiéndolas, rodeada y artificiosamente, doble, ó cediendo por su debilidad á la doblez agena; insultado por otra parte, y amenazado por gente desmandada; temiendo excesos á que él no dejaba de dar motivo, y buscando el recobro de su autoridad perdida, se huyó en secreto de su palacio y de París una noche, dejando escrito un papel en que protestaba contra sus pasados actos de condescendencia, y dándolos por nulos como hijos de coaccion, y se encaminó á la frontera de Alemania ó para pasarla y echarse en brazos de los extranjeros, ó, como él mismo aseguró, para hacerse firme en alguna fortaleza de su reino, y desde allí tratar con el poder su rival como de potencia á potencia. Pero el malaventurado rey tampoco acertó á huir bien, y usando de torpeza y dilaciones, fué conocido, detenido, y traido á París en calidad de prisionero. Siguióse suspendérsele en el uso de la potestad régia, delibe-

rarse si se le habia de volver ó no al trono; resolverse la afirmativa con ciertas condiciones afrentosas; allanarse él á admitirlas, jurando con poca fé observar la nueva constitucion que le era impuesta, cuyos vicios conocia, y cuyas mismas perfecciones odiaba, y sentarse de nuevo en su solio desdorado, donde, con desconfianza mútua por su parte y la de sus enemigos, mal podia gobernar con honra ó provecho propios ó agenos, ó aun siquiera sostenerse por dilatado plazo. Estos sucesos que aumentaron en Europa el escándalo y pavor de los reyes y de los amantes de la monarquía, fueron causa de que en España en el mes de julio del mismo año se expidiese una real cédula, mandando á todos los extranjeros residentes en el reino prestar un juramento de fidelidad y sumision exclusiva al soberano del pais, bajo pena de presidio ó extrañamiento del reino con perdimiento de bienes á quienes se resistiesen á jurar. No se especificaba en esta providencia que fuese dirigida especialmente contra los franceses, pero en odio y daño de estos habia sido dada, y así es que sobre ellos no mas cayeron terriblemente sus rigores, de los cuales se eximió á los extranjeros de otras naciones, casi sin excepcion alguna. Cuando así se procedia, ó por falta de noble atrevimiento ó por el mas loable motivo de consideracion á los peligros que corria el monarca francés y su familia partícipe de su suerte, se puso obstáculos á la ejecucion de un proyecto trazado por franceses enemigos de la revolucion, y que habria de llevarse á efecto en los confines de Francia y España, contribuyendo á él los caballeros de la religion de San Juan con dos fragatas. Agregóse á esto declarar el gobierno español al francés, que seguia siéndole sinceramente amigo, pero afectando al proceder y expresarse así considerar solo al rey Luis y á su familia como el verdadero gobierno de su patria, y no encubriendo la aversion que se profesaba al cuerpo popular, en aquellos dias verdadero gobernador y omnipotente. Era, pues, de temer una guerra entre las dos naciones, y es probable que no se habria podido evitar si hubiese seguido gobernando el conde de Floridablanca. Pero este habia concitado contra sí muchos y muy poderosos enemigos. Con su natural desabrimiento y altanería, y aun por sus buenas calidades y por el hábito contraido de gobernar por sí en el anterior reinado se habia grangeado el odio de la reina, deseosa de bullir, de dirigir los negocios y de poner el gobierno en manos de quienes con ella privaban. A los amantes de las reformas disgustaba en extremo con su recien adoptada conducta, despótica como siempre, pero encaminada ahora á sustentar la peor clase de tiranía. A lo general de la nacion tambien servia de disgusto haberse abandonado á Oran y á Mazalquivir, aunque casi destruido el primero por violentos terremotos, juzgándose humillacion y afrenta del nombre español abandonar las conquistas del insigne Jimenez de Cisneros, recuperadas con gloria por Felipe V, no bien estuvo firme en su disputado trono. A tantos embates no pudo resistir el viejo Floridablanca. Cayó, pues, y fué enviado á residir en decoroso destierro, como ha sido costumbre hacer en España aun en nuestros dias con ministros que pierden su puesto. Poco antes de su caida habia dirigido al rey Carlos IV, recien subido al trono, un largo escrito que titulaba su apologia, y en el

cual exponiendo todos los actos de su ministerio, no se quedaba corto en la propia alabanza. Sin embargo, Floridablanca no pasó de ser un mediano ministro, que gobernó con un buen rey en tiempos felices con algun acierto. Ha sido costumbre en algunos historiadores elogiarle demasiado, así como lo fué tenerle en mucho el vulgo, cuando desgracias posteriores dieron á la época de su ya pasado ministerio la apariencia lejana de un siglo de oro, pero los españoles entendidos sus contemporáneos no solian juzgarle tan favorablemente.

Sucedió al conde de Floridablanca el de Aranda, de quien tanto se ha dicho en el discurso de la historia presente. Este magnate español que estimaba en mucho su encumbrada gerarquía, y cuya índole no era propensa á llevar con paciencia las contradicciones, no podia mirar con gusto la revolucion de Francia, que acababa con la nobleza, y ceñia la autoridad á muy estrechos límites, pero habia estado muchos años sirviendo la embajada de España en París, conocia á la nacion vecina, tenia amistad antigua con la parcialidad llamada filosófica, adicta á la recien hecha revolucion, de la cual aprobaba algunas ideas, y cifraba su vanidad en parecer despreocupado, por lo cual se creyó, no sin fundamento, que agradaría en París su elevacion al ministerio, contribuyendo, cuando menos por el pronto, á evitar la guerra. Correspondieron las resultas á estas esperanzas. Restableciéronse las relaciones de amistad ó de buen trato entre Francia y España, y M. de Bourgoing, conocido como autor de un buen viaje á España, vino á esta de enviado de su nacion, trayendo una carta autógrafa de Luis XVI á Carlos IV, en que declaraba el monarca francés clara y terminantemente su conformidad con la constitucion que habia aceptado, y su opinion de ser necesario el mantenimiento de la paz general para la conservacion del órden y sosiego en Francia, y la seguridad de su propia corona; rogando al gobierno español que, lejos de abrazar la política enemiga de otros estados, se prestase al logro del principal deseo de S. M. Cristianísima cifrado en impedir la guerra, porque en aquellas circunstancias la influencia y mediacion españolas sobre todas las cosas podian alejar las calamidades que amenazaban caer sobre el trono y pueblo francés, si por desdicha llegase el caso de blandirse las armas.

Pero el conde de Aranda no podia hacer lo que de él se esperaba, ni habrian alcanzado á tanto fuerzas superiores á las suyas. Era mas firme que diestro, y mas arrojado que prudente; y por otra parte no estaba querido en la corte, ni bien visto por el partido español religioso y monárquico; sospechando de él, unos para aplaudirle, y otros para vituperarle, que miraba la revolucion de Francia con mas gusto que desvío, no llevando á mal la introduccion de sus principios en España; sospecha probablemente infundada, ó si algo fundada, solo en muy corta parte. Por otro lado hacer á España mediadora entre Francia y Europa era dificil empresa, pues si no era de creer que la corte de Madrid se prestase á encargarse de este papel, tampoco se podia esperar con mucha confianza que aceptasen su mediacion las demás potencias europeas. Faltó además tiempo al conde de Aranda para formarse un

plan, sucediéndose atropelladamente gravísimos acontecimientos que hacian necesario variar con frecuencia de opiniones y de conducta.

No bien habia empezado á reinar Luis XVI con arreglo á la nueva constitucion, cuando se encontró frente á frente con un nuevo cuerpo político legislador y dueño de muchas facultades gubernativas, compuesto de otros hombres que los que tras de haberle derribado de su trono antiguo acababan de volverle la corona. Los nuevos diputados excedian á sus antecesores en violencia. Entre ellos y la corte se estableció desde luego una guerra enconada por culpa no de una sola de las partes beligerantes, sino de entrambas. Al mismo tiempo habia conjuraciones en lo interior del reino; huian de él en crecidas turbas los malcontentos á situarse armados en la frontera; los gobiernos extranjeros no encubrian su propósito de intervenir en los negocios domésticos de Francia; y el rey daba demasiadas muestras de mirar con amor á aquellos á quienes trataba de oficio como enemigos, èstando con ellos en secreto y continuo trato. Crecia la desconfianza pública, y de ella hacia la ambicion uso como de un arma poderosa. Supeditado el rey y con falta de sinceridad indispensable en su situacion, se prestó hasta á declarar la guerra al emperador de Alemania como soberano de Austria, y poco despues al rey de Prusia, continuando en mirar á estos nuevos aparentes enemigos políticos como los mejores amigos y favorecedores de su persona, por cuyo medio podia recobrar los perdidos bienes, á salvarse de los presentes y mayores inminentes males. Triunfaron al principio los enemigos de Francia, con lo cual creció en la mayor parte del pueblo francés la ira, y con ella las sospechas. Creíase, no sin algun motivo, que la corte contribuia á los reveses de las armas francesas: sabíase de cierto que los miraba con satisfaccion y esperanza. Añadióse à esto negar en aquellos momentos el rey su sancion á unos decretos votados por el cuerpo legislador, violentos é injustos, pero dirigidos contra los amigos de los enemigos. Produjo todo esto una sedicion en París el 20 de junio de 1792, en que la dignidad real fué vilipendiada como no lo habia sido antes. El tumulto pasó, pero sus causas se mantenian en toda su fuerza. Llegóse á poner en deliberacion si se declararía desposeido del trono al monarca. Rujia la sedicion impaciente viendo andar perezosos y cautos en tan grave cuestion á los legisladores. Preparábase sin rebozo una lid dentro de París, en que la parcialidad contraria al rey sería la agresora. Tambien el monarca se apercibia á la defensa. Llegó por fin el rompimiento que amenazaba en la mañana del 10 de agosto. El monarca, cuya irresolucion iba mezclada con loables afectos tiernos, al llegar la hora de empezar la pelea no quiso que por su causa se derramase sangre, y huyó al cuerpo legislador, el cual le acojió como á suplicante en vez de como á rey, y le trató poco despues como á prisionero. Con su retirada no se evitaron los estragos temidos. Vinieron á las manos los opuestos partidos, y hubieron de ceder, siendo ya escasísimos en número, aunque no sin resistir con valor heróico, los defensores de palacio, el cual fué entrado á fuerza y saqueado, cometiendo horribles actos de crueldad en los vencidos parciales del rey la plebe vencedora. A estos actos siguieron otros

de mayor barbárie, haciéndose el 2 de setiembre una matanza general en las cárceles de las numerosas personas que en ellas estaban presas como reos de Estado. Veinte y dos dias despues, junto un nuevo cuerpo de diputados de la nacion, declaró abolida la monarquía, y proclamó á Francia república. Entretanto seguia preso el rey, y ya se trataba de ponerle en juicio como á un delincuente ordinario.

Estos sucesos de Francia tenian, como era natural, grandísimo influjo en lo demás de Europa. El pueblo francés, viendo su tierra invadida por extranjeros ambiciosos que, sobre pretender dictarle leyes, iban á desmembrarla, apropiándose ciudades y hasta provincias, se levantó en defensa de su honor é independencia con notable ardimiento. Las armas prusianas pararon en su victoriosa carrera, no sin sospecharse, probablemente sin bastante motivo, que acaso algun obstáculo secreto las detenia. Por la parte de Flandes los franceses despues de llevar algunos reveses alcanzaban ventaja sobre los austriacos. En Holanda el gobierno estaba inquieto, sabiendo que el partido su contrario deseaba ver cercanos á los ejércitos de una nacion con la cual habian contado siempre como amiga, y que ahora lo sería mas suya, viniendo á sustentar doctrinas democráticas y á derribar el antiguo sistema europeo. En Inglaterra los nobles y caballeros allí predominantes, temian asimismo que las doctrinas francesas, por lo que tenian de parecidas á las de la constitucion británica, siendo en su esencia enteramente opuestas, favorecidas por la libertad de escribir y de hablar, ganasen prosélitos numerosos, hasta convertir la libertad del pais de aristocrática que era en democrática; el rey era preocupado, muy lleno de altas ideas de la dignidad real, y sujeto de cuando en cuando á ataques de locura, así como padeciendo siempre un poco de usania y habia cobrado á la revolucion un odio violento; y los políticos sagaces preveian que, dilatando Francia sus principios, podria dilatar con ellos su grandeza, amenazando particularmente este peligro por la parte de Europa cuyas costas hacen frente á las de la Gran Bretaña. Por tantas causas juntas era de prever que siguiendo la guerra tendria Francia en ella mas contrarios. Ya el gobierno británico habia empezado á tratar al francés con insulto mezclado con grosero artificio, negándose á tratar con él desde que fué preso el rey de Francia; pretension de influir en los negocios agenos, mas chocante que en otros en los ingleses, cuyo trono ocupaba la familia reinante en virtud de una revolucion que habia lanzado de él al poseedor legítimo, segun las reglas del derecho hereditario. Visto estaba, pues, que iba á encenderse una guerra general si la revolucion en Francia no retrocedia, de lo cual no habia la menor apariencia. En medio de acontecimientos de tal magnitud y para él de tanta pena, el gobierno español estaba entregado á la mayor confusion, porque sobre su odio á los franceses tenia empeño en la suerte del cautivo Luis, y temia que con declararse enemigo de quienes le tenian en su poder, podria acelerarse su ruina. Resolvióse, pues, Carlos IV á no romper con la recien proclamada república francesa, á la sazon victoriosa. Con todo, no se estaba con ella en trato formal y público, pues su ministro Bourgoing no se presentaba en la

corte, y descontento no cesaba de estrechar á que diese España á conocer sus intenciones, y siendo pacíficas, lo declarase así en un tratado. Tanto no era posible en aquella ocasion, y menos lo fué con las tragedias que siguieron en breve. Pero por el pronto cesó la idea de declarar la guerra á Francia, y la mediacion de España entre aquella y sus enemigos fué pensamiento igualmente desechado, no siendo su realizacion posible. Los planes del conde de Aranda no podian, pues, llevarse á efecto, y no acertando él á hacerse agradable á la reina ni al rey, hubo de renunciar el ministerio que tuvo por pocos meses. Pasó á presidir como decano el consejo de Estado, al cual habia vuelto parte de su importancia anterior en el poco tiempo que estuvo en el mando. Su retirada por otra parte era indispensable, urgiendo ya á la reina entregar la suerte de España en manos del hombre que era dueño de sus afectos personales.

Era este D. Manuel Godoy, como ya vá dicho en esta historia al hablar de los últimos dias del reinado de Carlos III. El privado contaba á la sazon veinte y cinco años de edad. No obstante ser antigua la nobleza de su familia, la escasez en que vivia no habia permitido á sus padres darle una educacion esmerada, cosa que no era comun dar á los pobres caballeros de provincia. El servicio militar en parte, pero puramente cortesano, de los guardias de la real persona no era propio para hacerles adquirir conocimientos de clase alguna. Señalábase Godoy solo por su gallarda presencia, siendo de elevada estatura, y de color blanquísimo, no comun en un español y menos en un extremeño, y era de un ingenio y discurso no del todo tardos, pero tampoco agudos, sin que la instruccion remediase ó mejorase sus calidades naturales. Habiásele adelantado en su carrera rápidamente, de suerte, que en el año de 1792 era ya teniente general sin haber estado en una sola campaña, y contando tan pocos años. Habíasele además condecorado con la gran Cruz de Carlos III, distincion no antigua, y entonces no prodigada, creándosele grande de España con el título de duque de Alcudia. Para sustentar esta elevacion se dió al afortunado valido la competente riqueza. El rey, dócil á la voluntad de la reina, solo en él fiaba, dando ambos consortes el escándalo de elevar así tanto y tan repentinamente á un hombre en quien ellos mismos no podian encontrar otros servicios que un favor personal adquirido en un trato delincuente y concedido con ignominia por un marido agraviado. De general, sin haber mandado una compañía ni visto al enemigo en campaña, pasó el duque de Alcudia á ministro de Estado, primer servicio suyo en la carrera política. Preparóse á desempeñar su nuevo cargo, tomando algun ligero conocimiento de los negocios, y es justo confesar que mostró un tanto de capacidad é inteligencia en las difíciles tareas de su destino. Pronto se le presentó ocasion de representar un papel respetable en el teatro de las negociaciones diplomáticas, apareciendo en él, si no diestro, noble en una ocasion en que ningun gobierno europeo dió muestras de habilidad ni de pensamientos elevados. El cautivo Luis XVI habia sido lo que mal podia llamarse juzgado, cuando faltaba la menor probabilidad de salir absuelto, y salió condenado á

muerte, negándose hasta la pretension de algunos de que fuese diferida la ejecucion de la sentencia. En el discurso de estos sucesos, los príncipes de Europa se contentaban con declamar contra los regicidas y amenazarlos, no sin dar muchos de ellos motivo á sospechas de que miraban el trágico fin preparado á Luis como un suceso, si doloroso, de cierta utilidad, pues por un lado hacia á los republicanos mas aborrecibles; por otra parte libertaba del embarazo de tener por amigo á un rey, dando por leccion que la debilidad pierde á quien ocupa un trono; y en tercer lugar proporcionaba pretextos para apropiarse despojos de la monarquía vacante. Cuando los ministros ingleses con frio orgullo en medio de su aparente empeño en la suerte de Luis desechaban la idea que la oposicion británica esforzaba sobre que aquel poderoso gobierno intercediese con los jueces del desdichado cautivo pidiendo su vida, mas generosa la corte de Madrid, sobreponiéndose á reglas de nimio decoro en punto á tratar con aquel gobierno advenedizo, no se excusó de dar pasos para salvar la vida de Luis XVI. El encargado de negocios de España, Ocariz, que sin carácter diplomático residia aun en París, recibió instrucciones para proponer: 1.º que el gobierno español reconocería al francés como de hecho, y para seguir con él en tratos regulares de estado á estado, sin hacer mencion de cuál fuese su forma; 2.º que él mismo desde luego mediaría entre Francia y las potencias contra ella ligadas para traer la paz, y 3.º que el rey de España saldría fiador de que su pariente el antes soberano de Francia renunciaría su corona y seguiría una conducta pacífica sin intentar recobrarla, en fé del cumplimiento de todo lo cual se darían seguridades competentes. Ya en 27 de diciembre, cuando se empezaba á hacer el proceso de Luis, el ministro de negocios extranjeros del gobierno francés leyó á la Convencion nacional unas notas, en las cuales se comprometia la corte de Madrid á mantenerse neutral, y á alejar sus tropas de la frontera de Francia, acompañando á estas propuestas una carta de Ocariz en que intercedia por el rey preso y puesto en juicio. El gobierno republicano exasperado por demás, y de suyo violento y soberbio como dado á imitar la arrogancia romana, desechó con desabrido modo tales propuestas, é insistió al mismo tiempo en que España diese mas terminantes pruebas de su disposicion á seguir neutral, amenazándola de lo contrario con los efectos de su enojo. Sin embargo, condenado ya el rey, en 17 de enero de 1793, cuatro dias antes de ejecutarse la sentencia, el mismo Ocariz en una nota comedida y decorosa otra vez se interpuso entre el condenado príncipe y sus verdugos. Esta intercesion, que ha merecido justos elogios á todos los historiadores, fué recibida al tiempo de presentarse á la Convencion con tan furiosa ira por parte de algunos diputados, que pidieron estos por respuesta una declaracion de guerra á España; pero no opinó del mismo modo el mayor número de aquel congreso furibundo, respetando, como se ha respetado despues aun por los acalorados republicanos, una accion noble y compasiva. Sin embargo, lo que no causó la intercesion por el rey lo causaron otros procedimientos del gobierno español. La muerte dada al rey en 21 de enero, hizo por otra parte imposible la paz entre la nueva república y las monarquías euro-

peas. La Convencion fué la agresora; pero de casi todas las potencias habia recibido provocacion bastante á justificar la guerra. Declaróla la república francesa á Inglaterra, á Holanda y á otras potencias, y particularmente á España, á los pocos dias de haber rodado la cabeza de Luis XVI por el cadalso.

Carlos IV se vió precipitado en una contienda que en su situacion era de necesidad forzosa. Los republicanos franceses, que tenian á toda Europa por contraria, no habrían consentido que por el lado de los Pirineos estuviese un Borbon en dudosa neutralidad causándoles constante peligro. El pueblo español, aunque en él habia algunas personas apasionadas de la revolucion de Francia aun en sus mas locos extremos, y otras persuadidas de las ventajas de la neutralidad mientras los excesos del pueblo vecino no le llevasen á mezclarse en los negocios interiores ó exteriores de la monarquía española, en general, como amante apasionado y sumiso vencedor de la religion y de sus reyes, veia con horror unos movimientos de cuyas resultas temblaban y caian los altares y el trono; y mientras padecian y lluian los sacerdotes, ser juzgado un rey por sus propios súbditos, y por sentencia como de justicia degollado en público cadalso. Estimulando el clero á la plebe, rompia esta en gritos furiosos contra los franceses, deseosa de vengar al clero, á la nobleza, á la magestad real. Hubo en Valencia un motin tremendo, no solo contra los naturales de Francia venidos á España, sino contra los avecindados en ella, ó aun contra quienes por nombre ú antiguo orígen tenian relacion con aquella nacion aborrecida, sin averiguar si eran parciales ó contrarios de la revolucion, cayendo la furia popular sobre establecimientos útiles, y aprovechando envidias de fabricantes rivales las pasiones del momento para el robo y destruccion de géneros y máquinas de temibles competidores. En otras partes de España fueron insultados y aun muertos franceses pacíficos que estaban dedicados á sus negocios particulares. Hacia el gobierno cuanto podia para contener el exceso de estas desmandadas pasiones; pero por otro lado las excitaba, y se aprovechó de su ímpetu como auxiliar poderoso en la guerra que iba á empezar contra la república francesa. Prestóse á ella la nacion con entusiasmo acreditado en bastante cuantiosos donativos, en ofrecimientos de servicios de todas las clases, hasta en alistamientos voluntarios. Cataluña prometió levantarse toda armada contra los sacrílegos regicidas; las Provincias Vascongadas y Navarra hicieron otro tanto por boca de sus diputaciones y córtes. Señores principales empuñaban las armas y se presentaban á pelear seguidos de sus vasallos. Los eclesiásticos, hasta los regulares, acudian en ordenanza militar á aquella guerra santa. Los contrabandistas, acostumbrados á la guerra en la que constantemente seguian con los empleados de la real hacienda abandonando su profesion, pidieron ser admitidos á emplear sus brios y pericia sustentando la causa del altar y del trono. Sonó que ascendian á mas de doscientos y cincuenta millones de reales los donativos hechos para la guerra. Nacia principalmente tan vivo celo de la piedad religiosa escandalizada y encendida en enojo por los sermones.

Bien eran necesarios al gobierno tales auxilios para la terrible con-

tienda que se preparaba, la cual le cogia poco menos que desapercibido. No obstante las prosperidades del reinado de Carlos III, guerras imprudentes tenian el Erario en suma estrecheza. De la escasez habia venido hacer ahorros, y como el pacto de familia hacia de la vecina potencia francesa una amiga, y Portugal era de poco poder, el ejército y todo cuanto á él es relativo estaban en estado de reduccion y abandono, no habiendo de fuerza de línea arriba de treinta y seis mil hombres, ni teniendo la caballería los caballos suficientes, ni los almacenes pertrechos, ni las fábricas de armas las bastantes para surtir á tropas medianamente numerosas, ni las fundiciones ó parques cañones, sino en corta cantidad; en suma, escaseando todo, menos navíos, pues contaba á la sazon la armada de ochenta de línea; de ellos sesenta en situacion de servir; fuerza naval, como mas de una vez se ha dicho, demasiado crecida para los medios que habia de armarla y tripularla, y de ninguna utilidad cuando se iba á tener por amiga y aliada á Inglaterra junta con las demás potencias de Europa, y por enemiga á Francia, cuyo poder en los mares por la emigracion de la oficialidad de su antigua marina, compuesta casi toda de la nobleza, y por otras circunstancias hijas de lo revuelto de los tiempos, se hallaba á la sazon extremadamente debilitada. Tambien las fuerzas terrestres de la Francia eran escasas en aquella hora, y las pocas que habia acudian al Norte, ó á hacer frente á una invasion temible, ó á mantener la recien hecha conquista de la Flandes Austriaca. Pero iba despertándose en la nacion francesa el tremendo entusiasmo que al ver la gloria, independencia, é integridad del territorio de la patria en grave peligro, precipitó al pueblo á desesperados esfuerzos, y le valió una série de los mas esclarecidos triunfos. Declarada la guerra habia de extenderse á la línea toda de los Pirineos. Para cubrir su extension estaban ya allí algunos regimientos, pero tan pocos é incompletos, que muchos de ellos eran meros cuadros, con los cuales se habia formado una fuerza á manera de cordon que, segun la expresion de un historiador (*), por la calidad y número de las tropas, mas que para otra cosa parecia á propósito para estorbar la entrada á los libros y diarios franceses, ó si acaso á los inofensivos caminantes. Pero puestas en pie las milicias provinciales, y agregados á los cuerpos los voluntarios, cargando á la raya de Francia cuantas tropas España tenia, por estar Portugal en la liga comun contra el poder fancés, el ejército español, si no crecido, llegó á ser respetable. Dispúsose que por la parte de Guipúzcoa y Navarra de quince á diez y ocho mil hombres de tropa de línea y milicias provinciales guerreasen vaga y flojamente, entrando en el territorio francés sin desviarse de la frontera, y que la invasion formal del pais vecino se hiciese por el Rosellon, á cuyo intento se juntó un cuerpo de hasta veinte y cuatro mil hombres en Cataluña, al mando del general Ricardos, táctico con crédito de hábil y experimentado, de la escuela á la sazon dominante en Europa. Habíase aprobado este plan de operaciones en un consejo de generales celebrado en Madrid, suponiéndose que la entrada en el pais enemigo por

(*) M. Dochez, en la compilacion de Paquis, historia de Carlos IV.

el Rosellon tenia la ventaja de haber allí varias plazas fuertes que ganar y en que apoyarse, especialmente la de Perpiñan, y además la de que estaban vecinos algunos distritos de Francia donde los parciales de la derribada monarquía eran numerosos y de grande influjo, y prometian declararse contra su gobierno republicano, haciendo causa comun con los invasores. Acaso tambien España, aunque obrando con mas desinterés que otras potencias, quería imitarlas en su proyecto de desmembrar á Francia tomando para sí el Rosellon, dominio antiguo de la monarquía aragonesa y de la española hasta los dias de Felipe IV. Arrebatado el gobierno y auxiliado por el ímpetu popular en breves dias lo tuvo todo dispuesto; tropas, pertrechos, provisiones; de forma que aunque al retirarse de España el enviado de Francia en marzo habia visto á Cataluña casi sin tropas, poco menos que desmantelada á Gerona, y abierta del todo á Figueras, los españoles se presentaron ya con algunas fuerzas en los Pirineos antes que los franceses, cogiéndolos desprevenidos. En el 15 de abril, Ricardos, con un movimiento de mucho arrojo, pasando la frontera desembocó de los Pirineos al Rosellon con solos cuatro mil hombres, cayó sobre las partidas francesas desparramadas por los valles de Tech y de Tét, desbarató á cuantos intentaron hacerle frente, y esparció el terror por aquella comarca hasta las puertas del mismo Perpiñan, dejando en menos de quince dias ocupada toda la Cerdaña francesa delante de Puigcerdá, pero con tan escasas tropas tuvo que detenerse á esperar las otras divisiones. Los franceses tuvieron, pues, tiempo de volver en sí y de juntar bastantes tropas para empeñar un reñido combate en Masdeu; pero vencidos y dispersados abandonaron la campaña á Ricardos, el cual retrocediendo un tanto, puso sitio á Bellegarde y á los Baños, haciéndose dueño de ambas fortalezas antes del fin de junio. Faltóle entonces atrevimiento para ir adelante con rapidez y juntarse con los franceses partidarios de la monarquía que se habian levantado contra la república en el departamento de la Lozere, uno de los meridionales de Francia. Llevaba adelante el general español sus operaciones con prudencia, segun la táctica antigua, cuidando de estar bien seguro por su espalda; de suerte que con bastante próspera fortuna en mas de dos meses habia adelantado poco terreno. Durante el mes de julio siguió alcanzando cortas ventajas, pero el 17 del mismo mes en una refriega viva quedó vencido. La Francia en aquel momento se veia en el mayor apuro como enfermo en crisis casi mortal; pero, como suele acontecer en graves dolencias, acometida de un frenesí hacia esfuerzos sobrehumanos. Invadida por todos lados y por la parte del Norte por fuerzas muy crecidas; rebelándose contra el gobierno varias provincias occidentales cercanas al mar en nombre del rey, y de la religion, y venciendo á menudo á los republicanos, y resistiéndole siempre con ímpetu y teson sumos, con otros levantamientos de menos importancia á favor de la misma causa en las provincias del Mediodía, desgarrada por bandos feroces; peleando entre sí los parciales de la república, y levantando diferentes banderas; armada contra el partido dominante la ciudad de Leon, la segunda de Francia; corriendo á mares en los cadalsos la sangre de los vencidos de parcialidades diversas y entre sí contra-

rias; los que en París dominaban y en la mayor parte de las provincias eran obedecidos con autoridad la mas despótica imaginable, si bien con doctrinas destructoras de toda obediencia, acreditando á la par heróico valor y exquisito tino, lanzaron sobre sus enemigos turbas numerosas de soldados nuevos mandados por generales sin experiencia, en quienes suplieron el valor, el número y la natural disposicion de los franceses para la guerra la falta de otros requisitos reputados necesarios para la victoria. No obstante los triunfos de los españoles en el Rosellon, no daba aquel punto grande cuidado al gobierno francés, distraido á otras atenciones por superiores peligros; pero aun allí envió un crecido número de tropas. Mandábalas el general Dagobert, soldado viejo, cuando en Francia solian entonces ser mozos los generales, y alcanzó algunas leves ventajas en la Cerdaña. No por eso se desalentó Ricardos, que seguia mániobrando en las cercanías de Perpiñan, aunque sin poner sitio á la plaza. Habiéndose aventurado una vez haste acercarse á ella demasiado, tuvo un descalabro, por lo cual hubo de retroceder, y situándosé en puesto ventajoso esperó que en él le atacasen los franceses, los cuales le venian ya encima con fuerzas respetables. En el 22 de setiembre de 1793, vinieron á las manos ambos ejércitos en batalla formal en Trullas, quedando la victoria por los españoles, con gloria de su general y de sus tropas, y con pérdida de seis mil de sus enemigos; suceso que fué el de mas nota entre los pocos favorables á España en el discurso de aquella guerra, y que escitó arrebatada admiracion y aplauso, mereciéndolos en grado no corto, aunque no pasó de ser una refriega entre fuerzas escasas, de poco importantes consecuencias, y no comparable á las grandes batallas de fines del siglo próximo pasado y principios del presente, de algunas de las cuales fué España teatro en lid harto mas reñida y gloriosa. Muerto el general Dagobert en Trullas, vino con quince mil hombres á sucederle el general Turreau, hombre de aquellos dias, y con el ímpetu propio de los franceses y de las circunstancias embistió con ciega furia á los españoles; pero estos le rechazaron mas de una vez con denuedo y feliz fortuna, triunfando en ligeros aunque bien disputados combates, el 26 de noviembre en Ceret, el 7 de diciembre en Villalonga, la Roque y San Genis, el 14 del mismo mes en el Col de Banyuls, y en el 19, 20 y 21 en Banyuls des Aspros, Port-Vendres, San Telmo y Coliubre; de suerte que los franceses hubieron de abandonar sus campamentos atrincherados, artillería y bagages, y de encerrarse en Perpiñan, abrigándose con sus murallas. Establecieron, pues, los españoles sus cuarteles de invierno en territorio francés despues de una campaña gloriosa y ventajosa; pero cuyas únicas resultas habian sido ganar en siete meses muy pocas leguas de terreno y algunas fortalezas de escaso poder y nombre.

Por la frontera de Guipúzcoa y Navarra habian sido mucho menos importantes las operaciones de la guerra; pero en todas partes se habian seguido en territorio francés sin que pisasen el español los enemigos. En Castel-Signoa, de la Navarra francesa, alcanzaron un triunfo brillante los generales Escalante y marqués de la Romana. Por fin en el límite occidental del teatro de la guerra ó dígase el ala izquierda de los españoles, pa-

saron estos el Bidassoa y tomando las posiciones de Wiriata las mantuvieron contra sus contrarios.

Seguíase al mismo tiempo la guerra en los mares con ventaja no disputada; no encontrándose en ellas enemigos y teniéndose por aliadas las escuadras inglesas. En union con estas se acometió una empresa de que se prometian los enemigos de la república francesa notables ventajas para el fin principal de la guerra que con ella seguian. Los franceses parciales de la destruida monarquía, eran muy numerosos y poderosos en las provincias meridionales de Francia, y prometieron levantar su bandera en la ciudad de Tolon, departamento principal marítimo de su pais, si allí se presentaban fuerzas respetables de los aliados á darles apoyo. Dispúsose, pues, que una escuadra española de veinte navíos de línea, cuatro fragatas y muchos buques menores y trasportes con tropas de infantería escogidas, y asimismo de marina, fuesen á aquel puerto á donde ya se habia dirigido una poderosa escuadra inglesa. Cumplieron los toloneses su palabra, dando franca entrada á los aliados y enarbolando la bandera blanca, antigua de Francia y de sus reyes. Juntas dentro de Tolon fuerzas inglesas, españolas y sardas, entró la cuestion de determinar cuáles habrían de ser las operaciones ulteriores. El gobierno español quería que se adelantase por el Mediodía de Francia, levantando y dando auxilio á la parcialidad realista; que se llamase allí al conde de Provenza, despues Luis XVIII, hermano del difunto rey, para que como regente de Francia gobernase y dirigiese los movimientos encaminados á restablecer la monarquía; y que desde luego fuesen los aliados hácia Marsella, donde contaba el rey con un partido considerable entre la gente acomodada, y aun entre una parte de la plebe. No accedian los ingleses á estas propuestas, achacando los franceses su resistencia á que estaban movidos únicamente por el deseo de acabar con la marina de Francia, acusacion que si en parte es fundada, por lo llevada al extremo merece ser calificada de injusta, teniendo el gobierno británico no corto deseo de restablecer en Francia el trono de los Borbones. En medio de estas dudas y disputas, frecuentes en fuerzas aliadas, y que son para ellas notable causa de debilidad, nada se adelantaba, notándose no sin terror que venian sobre Tolon numerosas tropas francesas llenas de frenético coraje, y que dentro de la poblacion muchos, especialmente de la plebe, ó por amor á la patria, ó por ódio á las clases superiores y aficion á un gobierno que las deprimia, se manifestaban favorables á la causa republicana. Al cabo se vieron los aliados reducidos al recinto de Tolon, y dentro de él sitiados y combatidos. Adelantó poco en el principio el ejército sitiador, mostrando poco acierto su artillería; pero en breve varió la faz de las cosas, empezando á dirigir los fuegos de los republicanos con singular habilidad un oficial jóven destinado á ser el mayor monstruo de fortuna que ha visto el mundo; Napoleon Bonaparte. Apretándose el sitio y no esperándose socorro de afuera, vióse ser inevitable la caida de la ciudad. En efecto, al cabo de algunos dias hubo necesidad de evacuarla. Al hacerlo incendiaron los ingleses los navíos franceses y el arsenal, accion que se les afea mucho por haber entrado en Tolon como aliados de un partido francés; aunque bien

mirado, como este partido no podia triunfar y aquellas fuerzas habrían sin duda de ser empleadas en daño del poder británico, no se acierta cómo podian haberse dejado tales recursos en manos de un enemigo; generosidad necia de que no solian usar los franceses en sus campañas. Tomada la resolucion de abandonar á Tolon de pronto, al ponerla en ejecucion las tropas españolas fueron las últimas en retirarse. Horrorosa noche fué la en que se efectuó la retirada. Los desdichados toloneses que se habian declarado por la causa de la monarquía, sabian que los feroces vencedores venian resueltos á bañarse en sangre, segun su costumbre; avivándo su sed de venganza haber tremolado en aquella ciudad las aborrecidas banderas de los ingleses, y ver arder sus navíos y pertrechos navales en provecho de los eternos enemigos de la Francia. Atropellábanse en el muelle gentes de toda edad y sexo no ignorando que no respetaba sexo ni edad la segur republicana. Poblaban el aire tristes gemidos; separábanse las familias en la agonía del terror y deseo de salvar cada cual la propia vida. Fué grande la humanidad de los españoles, que recogieron en su escuadra cuantos fugitivos pudieron embarcar en el apresuramiento de la evacuacion. Muchos quedaron, sin embargo, en quienes saciaron su rabia los vencedores con barbárie sin ejemplar en otras ocasiones, aunque comun entonces en Francia, y digna de execracion, no obstante ser hija del deseo de salvar á la patria puesta en el mayor peligro.

Así la campaña de 1793 no habia dado á los españoles resultas importantes para el logro de su propósito de restablecer la monarquía francesa ó castigar los excesos de los republicanos. Al mismo tiempo los grandes esfuerzos hechos para emprender la guerra habian consumido considerablemente las fuerzas de la monarquía. Faltaba dinero, y el ejército estaba muy disminuido. Recogidas á cuarteles de invierno las tropas, segun uso antiguo, la estacion rigorosa lo era de completo descanso. Acudieron á Madrid los generales de los tres ejércitos, Ricardos, el príncipe de Castel-Franco y Caro, para concertar con el gobierno las operaciones de la campaña siguiente. Llevóse este asunto ante el consejo de Estado, donde, tratándose del modo de llevar adelante las operaciones militares, discordaron en sus pareceres el viejo conde de Aranda y el ministro y privado duque de la Alcudia, viniendo como por incidente el primero á manifestar, entre opiniones sobre seguir en las hostilidades cierta conducta algo á manera de desaprobacion de la guerra misma, y no poca desconfianza de la Inglaterra, propia de la antigua parcialidad del conde á los franceses; y afeando el segundo este modo de pensar hasta suponerle hijo de aficion á las novedades de que era representante la causa republicana. Entre el anciano, lleno de vanidad de su ilustre cuna, de su antiguo renombre y de su larga experiencia que le daban altísima opinion de sí propio, y el jóven presuntuoso, alentado por su privanza y ensoberbecido con su repentino increible encumbramiento, mediaron palabras ágrias, tachando el de Alcudia al de Aranda de hombre helado por la vejez y obcecado por su parcialidad añeja, y devolviendo este á aquel sus vituperios con visible desprecio, tratándole como á un mancebo falto á la par que de años de experiencia y de estudios. Cuéntase que llegó la dis-

puta á términos de estar los dos contrincantes casi á punto de desenvainar la espada. Venció, como era de presumir, el ministro querido de su soberano. Salió desterrado el conde de Aranda á Granada, y allí fué encerrado en la Alhambra y tratado con rigor impropio para usado con hombre de su edad, carácter y servicios, lo cual sólo sirvió de realzar su concepto y acarrear ódio á su contrario. Fuerza es confesar, sin embargo, que la opinion popular, si no corría contraria al conde de Aranda, lo era en general á sus opiniones. Los prósperos sucesos de la guerra en el Rosellon, aunque sin acarrear ventajas de bulto, habian infundido altas esperanzas y no menos vanidad; los dominadores de la Francia se estaban haciendo aborrecibles y deshonrando por sus crueldades; el pueblo francés dividido en bandos parecia débil aun en medio de sus triunfos; las armas republicanas, si no vencidas en el Norte, aun no estaban vèbcedoras; el mismo foribundo gobierno francés no quería la paz impropia de su carácter y audacia; y así, aunque Carlos IV y su ministro no tenian particular oposicion á la paz, era sobremanera difícil hacerla, y casi necesario, pues ya se habian blandido las armas, probar otro año la suerte.

Pero esta se presentaba menos favorable aun en perspectiva. Los donativos habian cesado. Nadie acudia de grado á las armas. Si bien todo cuanto en Francia estaba aun pasando era mas á propósito para avivar que para amortiguar el ódio y horror á la parcialidad republicana allí dominante, se habian desvanecido las ilusiones que pintában como fácil empresa la de domar y escarmentar á aquella reaccion malvada. Murió el general Ricardos antes de empezarse la campaña nueva, y aunque su pérdida no pareciese irreparable, no siendo de la clase de los capitanes superiores, con todo por su habilidad tal cual era tenia pocos competidores, y por haberle favorecido la fortuna inspiraba confianza cual otro ninguno. Fué nombrado para sucederle en el mando el conde de O-Reilly, dueño tambien de no escaso concepto, entendido, y experimentado aunque no venturoso, y tambien falleció antes de encargarse del ejército. Entró, pues, á ser general el conde de la Union, valentísimo soldado, pero de incapacidad grande, ó, lo que es casi lo mismo, con fama de tenerla por demás escasa. En tanto, infatigables y audacísimos los enemigos inultiplicaban sus esfuerzos y á todos los puntos de Francia enviaban numerosas huestes de buenos aunque visoños soldados. A la par con la gente venian los recursos creados por la violencia, sin contar con que para los ejércitos republicanos pocos bastaban. Así, al romperse las hostilidades en la primavera de 1794, los franceses tenian ya muchas ventajas de su parte. Aprovechólas su nuevo general Dugommier, y echándose sobre el campamento del Boulou á principios de mayo, arrojó de él á los españoles, quitándoles su caballería y bagajes, y forzándolos á retirarse hasta perder la línea del Tech. Bloqueando en seguida el vencedor á Coliuvre, Port-Vendres y San Telmo, en breve se hizo dueño de estas tres fortalezas mal defendidas todas ellas por sus guarniciones. Recogióse á su propia tierra el ejército español, conservando solo de sus anteriores conquistas á Beliegarde, pero sitiada ésta, y no pudiendo dársele socorro á pesar de varios esfuerzos inútiles hechos para romper la línea francesa, hubo al fin de capitular y

entregarse, aunque al cabo de una defensa porfiada y en alto grado honrosa á las tropas que la guarnecian; defensa que fué de los lances mas honrosos de aquella guerra. Puesto en la frontera el conde de la Union, y amparándose con el castillo de San Fernando de Figueras, puso otra vez en órden su ejército desbaratado y decaido de espíritu, y en los meses de agosto, setiembre y octubre sostuvo contra los franceses varios reñidos combates en uno de los cuales pereció el general francés Dugommier. Pero al conde de la Union cupo la misma trágica suerte, siendo derrotados completamente los españoles el 20 de noviembre por el nuevo general enemigo Perignon, y huyendo poseidos de terror hasta dejar descubierto el castillo de Figueras. En breve esta fortaleza, una de las mejores de Europa, guarnecida por diez mil hombres y abundantemente abastecida de lo necesario á una vigorosa defensa, á la primera intimacion del general francés vencedor capituló y se entregó; accion la mas ignominiosa de la campaña y por la cual fueron castigadas con rigor, si bien no excesivo, el gobernador Torres y otros oficiales superiores.

Por la parte occidental de la frontera, los franceses en el mes de agosto se hicieron dueños de Fuenterrabía, y dilatando sus operaciones por todos los confines de Guipúzcoa y Navarra, penetraron en el territorio español, ocuparon los valles del Bastan y de San Marcial, ganaron las gargantas de Arizuin y el pico de Commissari, y adelantando por el camino real de Francia á Madrid penetraron hasta Tolosa. Al mismo tiempo se entregó á los franceses la plaza de San Sebastian por acto de los mismos guipuzcuanos, muchos de los cuales, con el apego á sus privilegios que hace á las Provincias Vascongadas casi estados independientes, infundiéndoles deseos de convertir su independencia en absoluta, persuadidos de que su provincia podría ser república, libre y soberana aunque pequeña amparada por la Francia, habian resuelto llevar á cabo su proyecto no haciendo resistencia al enemigo, y para completar su obra se iban á reunir conforme á sus antiguos usos en Guetaria. Pero el diputado de la convencion Pinet, que, como se acostumbraba en los ejércitos republicanos, venia al lado del general, representando la autoridad soberana y ejerciéndola, ó por un ímpetu del mal humor ó por una política cuerda que no deseaba la desmembracion de la monarquía española, mandó prender á los atrevidos caudillos vascongados y aun juzgarlos como á rebeldes. La prision de sus diputados volvió á los guipuzcoanos á la obediencia á España, encendiendo su ira contra los enemigos; de suerte que acudiendo á las armas toda la poblacion de aquella provincia montuosa, hubo de hacer dificil y mal segura la permanencia de los invasores. Por esto el general Moncey, que mandaba todas las fuerzas francesas de la parte occidental de los Pirineos, aunque habia conseguido algunas ventajas en el valle de Roncesvalles y amenazado á Pamplona, temiendo verse expuesto á interrupcion en sus comunicaciones en medio de una poblacion levantada contra sus tropas, y hallando viva resistencia en el paisanaje navarro, hubo de retroceder á situarse en lugar mas seguro en el valle español del Bastan y el pueblo francés fronterizo de San Juan de Pie de Puerto.

Mientras estas cosas pasaban en la frontera de España, habian ocur-

rido en el gobierno francés y en la suerte de la república mudanzas notables. A los desesperados esfuerzos de los feroces y animosos dominadores de Francia habia correspondido la fortuna dándoles señaladas victorias en la guerra civil y en la extranjera sobre los alemanes, prusianos, ingleses y holandeses; y á la bárbara crueldad con que se mataban entre sí habia sucedido una situacion de débil y floja mansedumbre, en los que venciendo á sus contrarios obtuvieron el mando, luego que caidos el famoso Robespierre y sus colegas de la comision de salvacion pública al impulso enemigo de hombres no menos crueles y culpados, tachacándose á los vencidos las pasadas atrocidades, cesó el loco derramar de sangre que ya por fuerza habia de cesar fuesen los que fuesen los vencedores. Así al terminar el año de 1794 estaba perdida toda esperanza racional de vencer á la república francesa, y por otra parte se habia hecho posible ajustar y conservar la paz con los hombres mas moderados que la gobernaban.

Esto, no obstante, el gobierno español determinó hacer tercera campaña, ó por mejor decir continuar la guerra, pues por la parte de Cataluña el invirno no habia interrumpido las operaciones militares. Pusieron los franceses sitio á Rosas, plaza de poca fuerza situada en la costa del Mediterráneo, la guarnicion de la cual, no imitando á la del castillo de Figueras, fortaleza tan superior, resistió tres meses á los sitiadores, señalándose en tan alentada defensa los soldados de marina, y cuando no pudo dilatar la resistencia cedió honrosamente. A pesar de esta ventaja no pudieron los republicanos pasar el Fluvia. Habia tomado el mando del ejército español de Cataluña el general D. José Urrutia, oficial entendido y de gran concepto, que habia servido fuera de España y grangeádose el favor de la famosa emperatriz Catalina de Rusia, y tenia á su lado como mayor general ó jefe de su estado mayor á D. Gonzalo Ofarril, natural de la ciudad de Cuba, militar asimismo de no comun instruccion. Gobernadas las fuerzas españolas por estos hábiles caudillos establecieron una línea de defensa que no pudieron romper los enemigos mandados por Perignon ó por Scherer que vino á sucederle. Tambien por la parte de Navarra el príncipe del Castel-Franco se sostuvo contra el general Moncey. Pero por las Provincias Vascongadas éste, al fin de la primavera y entrado el verano, adelantó considerablemente, haciéndose dueño de Bilbao y de Vitoria, penetrando hasta los confines de Castilla la Vieja, é infundiendo terror en Madrid, por no mediar entre esta capital y el enemigo vencedor ni una sola plaza fuerte, ni un cuerpo de tropas considerable.

Fué fama entonces, sin que se acierte á decir si fundada en todo ó en parte, que el gobierno de Madrid adrede habia hecho que los franceses adelántasen por los términos de Castilla, á fin de justificarse en la conducta que iba á seguir, separándose de la liga europea, y entrando en amistad con la república toda teñida en sangre de los Borbones. Pero mas probable es que semejante aserto, aunque corrió valido, no tuviese mas fundamento que el de una sospecha. Lo cierto es que las últimas ventajas alcanzadas por los franceses en la guerra por la parte del Ebro compensadas con haber mejorado mucho las cosas para los españoles en

Cataluña no pusieron gran miedo en el gobierno de Madrid, aunque sí en el público, y tampoco ensoberbecieron al vencedor hasta llevarle á sacar de sus fáciles triunfos la ventaja que solia sacar de sus victorias en otros puntos. Explica esta singularidad el estado respectivo de los dos contendientes y su predisposicion á la paz que á ambas partes era ventajosa, y á hacer la cual una y otra estaban resueltas.

La Francia, como vá dicho, estaba ya gobernada por máximas de mas moderacion, y en su gobierno habian sustituido al antiguo arrojo y feroz ímpetu la debilidad juntamente con la cordura. Ya no trataba la república de derribar todas las monarquías como incompatibles con su existencia. Algunas potencias se iban separando de la liga europea, y habian entablado tratos, si no amistosos, pacíficos y corteses con el gobierno republicano. El rey de Prusia habia enviado un negociador á Basiléa á ajustar la paz entre su gobierno y la Francia, llegando á hacerla en el 5 de abril de 1795 por tratado particular. Convídase á España á imitarla, enviando para el intento su plenipotenciario al mismo punto. Veia el gobierno francés que adelantaría poco con llevar al centro de España sus tropas, que donde habian penetrado sus fuerzas, si bien encontrando sus doctrinas prosélitos les grangeaban algunos amigos, en lo general de la poblacion solo encontraban horror y odio, nacidos así como de la aversion á un invasor extranjero, de la repugnancia á las ideas irreligiosas y republicanas; que en Cataluña el clero iba sublevando de nuevo la poblacion, y que otro tanto empezaba á suceder en las Provincias Vascongadas, que por otra parte los ejércitos españoles se iban rehaciendo y reforzando, y que era fatal para Francia una guerra prolongada allende los Pirineos, cuando estaba empeñada en otra mas viva en las lejanas regiones de Flandes y Alemania. Todas estas causas influian en el gobierno francés para anhelar la paz con la monarquía española, y aun para hacerla tal que fuese honorífica y ventajosa á su contrario devolviendo á este inútiles conquistas.

Tambien el gobierno español tenia justos y fuertes motivos para apetecer que fuesen las cosas al mismo paradero. En medio del entusiasmo general contra los franceses, en las clases medias é instruidas se manifestaban síntomas de favor á estos y á sus doctrinas, llegando á enjendar proyectos locos que el miedo figuraba temibles. En junio del mismo año de 1795 descubrió el gobierno por algunas cartas que interceptó que las doctrinas republicanas francesas contaban en varios puntos importantes del reino con sectarios fieles y ardorosos, y aunque escasos en número, poseidos de un vivo alucinamiento, á punto de intentar reducir á práctica su teórica, estableciendo en la antigua monarquía española una república al gusto moderno. De los primeros indicios se pasó á tener pruebas ciertas de la existencia de planes semejantes, descubriéndose que habia varias juntas secretas trabajando en la empresa de derribar el gobierno monárquico y sustituirle uno democrático, todas ellas en tratos con los franceses, aunque algo desavenidas entre sí, si bien solo discordes muy formalmente sobre si habia de haber en España una sola república llamada Ibera ó Iberiana, ó bien tantas repúblicas cuantos eran sus anti-

guos reinos ó grandes provincias. Consultados los amigos franceses sobre esta dificultad, ó con ceguedad que no les dejaba ver lo sumo de la locura de los proyectistas, ó con doblez para grangearse parciales á cualquiera precio, opinaron por la formacion de una república federativa, que al cabo, aun llevada á efecto, con la division y debilidad que engendra favorece el influjo de un vecino poderoso. De una de estas juntas se sabia que celebraba sus sesiones en un convento, y que eran parte de ella eclesiásticos seculares y aun regulares señalándose entre las demás por su actividad superior. Cuando los franceses se acercaron á la orilla septentrional del Ebro, el fuego que ardia en Castilla, aunque poco intenso, al soplo del invasor amenazó romper en llama, si bien sin duda pasagera, aun en su breve duracion y débil poder no poco destructora. Una sociedad secreta de Burgos tenia ya preparados sus diputados que fuesen á dar la bien venida á los republicanos franceses, declarándoles que hacian con ellos causa comun sus hermanos en fé los españoles. En Madrid mismo, como centro de la ciencia de la monarquía, donde las ideas nuevas sembradas durante el reinado de los Borbones por el trato con los franceses y hasta cierto grado favoreciéndolo los mismos reyes, habian prendido mejor y dado mas fruto, se dejaron ver síntomas de parcialidad al gobierno francés; siendo de notar que jóvenes y señoras de la principal nobleza se contaban entre los que hicieron estas demostraciones, cosa que asimismo se vió en Italia, é imprudente manía en personas de esta clase, á quienes suelen mover á estas ideas odio á la parcialidad dominante, y el prurito de ostentar su superioridad en su oposicion al modo de pensar de la plebe. Todos estos eran sueños atendiendo á las doctrinas dominantes en el pueblo español, que en época mas adelantada ha opuesto fogosa y tenaz resistencia á inferiores aunque parecidas novedades sustentadas por sectarios harto mas numerosos. Con todo eso, semejantes proyectos asustaban á un gobierno débil en medio de la general conmocion del orbe civilizado. Aconsejaban asimismo prestarse á la paz los apuros del Erario, que eran considerables, habiéndose hecho empréstitos crecidos en el año de 1794 y en 4 de marzo del corriente de 1795; y aunque la corte de Roma habia hecho al rey una concesion apostólica, en virtud de la cual el clero de España, de las Indias y de las islas adyacentes habia de ayudar á los gastos de la monarquía con un subsidio extraordinario y una contribucion ordinaria de varios millones de reales, y aunque por la misma concesion de la sede romana quedaba autorizada la corona de España para apropiarse la renta de las dignidades prevenidas y otras piezas eclesiásticas que vacasen durante el tiempo reputado necesario para cubrir los gastos ya hechos, y extinguir los créditos llamados vales reales que perdian bastante poco despues de su creacion, estaban tan agotadas las arcas del real tesoro, que al punto de ir á hacerse la paz fué forzoso apelar á un empréstito nuevo y crecido. Reinaba de resultas gran descontento, no gustando el clero de pagar los gastos de una guerra á que con tanto arrebato habia impelido á la poblacion y al gobierno, sintiendo todos el peso de las contribuciones, aunque no muy grave; y desahogándose el enojo general en imprecaciones contra el pri-

vado en quien indignaban su elevacion, el orígen de esta, sus riquezas, aunque no exhorbitantes segun ponderaba el odio público, crecidas para quien nada tenia pocos años antes, y las honras y dignidades amontonadas en su persona, y desproporcianadas á sus servicios y merecimientos; viniendo á achacársele todas las desgracias públicas, aunque ciertamente no fuese autor de todas ellas.

Era, pues, justo, en la corte de España el deseo de hacer la paz, pero acaso se satisfizo con sobrada precipitacion, pudiendo haberse aprovechado ocasion mas favorable que se presentó pronto para hacerla de modo que pareciese menos otorgada como merced por el enemigo. Firmó el tratado por el gobierno español en Basiléa su plenipotenciario D. Domingo de Iriarte en 22 de julio, ratificándose en París el 1.º de agosto, y en la corte española en 4 del mismo mes. Mientras se firmaba hubo nueva é inútil efusion de sangre en Cataluña, donde el hábil y afortunado Urrutia derrotó en Poutos al general francés Scherer, arrojó á las fuerzas extranjeras de la Cerdaña y se puso sobre Rosas, próximo á formalizarle el sitio.

La paz de Basiléa fué bien recibida, así como por los franceses por los españoles, á los cuales restituyeron los primeros todo cuanto en la guerra les habian ganado, recibiendo en compensacion solamente la cesion de la parte española de la isla de Santo Domingo. Ningun reparo justo habría podido ponerse á semejante paz si no se hubiese entendido que al celebrarle España contraia, si no una obligacion expresa, un compromiso de convertir sus armas contra la Gran Bretaña; accion que en sus circunstancias lo era de verdadera demencia. Otra circunstancia frívola disgustó no poco en el mismo fausto suceso. No satisfecho el rey y su consorte con las mercedes hechas á su valido, se recompensó en él haber concluido tan ventajoso tratado nombrándosele Príncipe de la Paz; y como en España el título de príncipe era exclusivo en el de Asturias heredero de la monarquía, llevando solo algunos grandes título igual por tenerle en Italia ó en el imperio, pero no como dignidad española, este aumento nuevo de aparente grandeza en quien ya estaba encumbrado en demasía acarreó al agraciado mas envidia y odio que sus yerros ó culpas, y que otros favores mas peligrosos por darle una influencia en la direccion del Estado, impropia de sus luces y conocimientos.

No obstante estos desabrimientos, tuvo la paz las benéficas resultas que de ordinario produce. Mejoró el crédito, reduciéndose con cordura el empréstito último á menor suma que á la que se habia pensado elevarle. Subieron los vales de precio hasta ponerse á la par con su valor nominal, ó poco menos. Empezóse de nuevo á fomentar la agricultura y el comercio, á proseguir las obras públicas, á enmendar varios abusos, entre ellos parte de los causados por los rebaños trashumantes ó sea los privilegios de la Mesta, y á continuar el canal de Aragon, con lo cual iba resucitando la confianza; viéndose el gobierno caminar por la senda seguida en los dias de Carlos III, y dar entrada al influjo de las ideas francesas sin usar el rigor pasado con los literatos y escritos, sino al revés acogiendo las opiniones filosóficas contenidas dentro de ciertos límí-

tes con tolerancia y hasta con algun favor. Traduciánse con permiso y gusto del gobierno obras sobre economía política, y entre ellas la célebre de Adam Smith, de la riqueza de las naciones; oíase con guuto el informe sobre un proyecto de ley agraria de Jovellanos, y se patrocinaba á Melendez y á Moratin, en cuyas obras poéticas se manifestaban diversos linajes de atrevimiento. Pero al combatir y desterrar algunas preocupaciones antiguas procedia el gobierno sin plan, sin atadero, con harta menos regularidad que solia hacerse en el anterior reinado, y, si con igual despotismo, con uno de peor especie. Chocaba y repugnaba asimismo la disolucion cortesana contrapuesta á la severidad de la corte de Carlos III, y no ennoblecida si algo fuese capaz de ennoblecerla por el brillo de las fiestas ó la ostentacion de una culta galantería. El privado mozo y de vehemente aficion al sexo femenino se entregaba á saciar sus apetitos con grave escándalo, soliendo ser los hechizos y halagos mujeriles el medio de obtener honores y empleos con oprobio del recato de las doncellas, y del decoro y la santidad del matrimonio, y con la consiguiente degradacion de los hombres en su carácter de padres, hermanos ó maridos.

La paz fué de breve duracion, viéndose que se habia reducido á trocar la guerra en el continente por una en los mares. Al celebrarse la paz de Basilea, el gobierno francés con exquisito artificio habia aparentado poner gran confianza en Carlos IV, brindándole con el papel de mediador para reconciliar á la república francesa con los demás estados de Europa. En las contínuas mudanzas del pais vecino, hubo una mas de constitucion, y fué encargada la potestad ejecutiva á un directorio compuesto de cinco personas, el cual trató de estrechar sus relaciones con la corte de Madrid, halagándola y empeñándola á que mirase particularmente por su marina á fin de oponerse al predominio en el mar que estaban ejerciendo los ingleses. Traia á la memoria al gobierno español el francés, cuantos insultos habia llevado España de parte del orgullo británico, y que los orgullosos y codiciosos isleños con el contrabando tenian infestadas las costas de España, causando á la real hacienda é industria gravísimo perjuicio, al paso que en la América española empleaban todo linaje de medios para dilatar hasta allí su comercio, procurando hacer establecimientos, soliviantar á los naturales contra el yugo español; en suma buscar modo de ábrir á sus géneros la entrada de aquellas vastas regiones, para todos los extranjeros y para ellos mas particularmente cerradas. A estas insinuaciones daba oidos la corte de Madrid con imprudente deferencia sin atender á que en ellas habia evidente ponderacion, y á que, aun fundándose en la verdad como en parte lo estaban, una guerra con la Gran Bretaña por remediar aquellos daños acarrearía á España otros superiores. Así poco á poco se iban encaminando las cosas al rompimiento que debia resultar de la paz con Francia, no queriendo los que en nombre de Carlos IV gobernaban imitar la acertada conducta de Fernando VI, en mantenerse neutral entre Francia é Inglaterra, no obstante pedirle la primera auxilio cuando estaba regida por un príncipe de su familia, vínculo que no existia siendo el gobierno francés de republicanos,

hasta regicidas. Empezó, pues, España á armar sus plazas marítimas, y á establecer cruceros, y aun firmó su gobierno un tratado de navegacion con el anglo-americano en 27 de octubre de 1795, dando así al británico motivo para recelos, aun cuando no para justa queja. Al mismo tiempo con imprudencia inesplicable, era la marina ó descuidada ó tratada con aversion, contribuyendo á lo primero estar la corte distante de las costas, y naciendo lo segundo de piques y caprichos de la reina y de su privado. Preparábase, pues, una guerra desatendiéndose los medios necesarios para seguirla con fundada esperanza de feliz suceso. Por otro lado se descuidaba enteramente el ejército á punto de poner á España enteramente á merced de la Francia, como si, regida esta última por un gobierno mas amigo todavía que lo era el de los Borbones, estuviese fuera de toda probabilidad la guerra entre la una y la otra potencia. Aprovecharon la ocasion los gobernadores del pueblo francés y como solo habia concedido la república una paz ventajosa á España, á fin de renovar con ventajas el pacto de la familia teniendo á su débil vecina por aliada ó por satélite, la estrecharon no sin visos de amenazarla á que rompiese definitivamente con Inglaterra. Vióse, pues, España compelida á volver á las hostilidades con una ú otra potencia, y para esto, si por mar no estaba muy pujante, por tierra habia venido á quedar poco menos que desarmada. Así, pues, el príncipe de la Paz, aunque nada amante de los franceses, y aunque deseoso de vivir tranquilo manteniendo á España en amistad con el mundo todo, viéndose apretado entre dos peligros y mas inminente el que le amenazaba de parte del poder de Francia á la sazon vencedora y terrible, eligió lo que para él era del mal el menos, y se resolvió á meter á la nacion en la guerra que por el pronto turbaba menos la quietud de la corte. El gobierno inglés, muy empeñado en la contienda contra Francia, irritado con Prusia y España porque en Basiléa hubiesen hecho la paz con los republicanos franceses y sospechando no sin motivo que el gobierno español vendria á hacer causa comun con su vecino contra el poder británico, trató al enviado de la corte de Madrid con desabrimiento y altivez, y por mil medios se mostró dispuesto á hacer á los españoles todo el daño posible en pago del que de ellos temia. Hubo al fin el ministro de Carlos IV de llevar ante el consejo de Estado el exámen de la cuestion sobre si era conveniente renovar la antigua alianza con la Francia, haciendo presente que en Lóndres todo era disgustos y dureza con el gobierno español, y en París al revés todo halagos; que los ingleses no cesaban de hacer esfuerzos para apropiarse las riquezas del nuevo mundo; y que el primer ministro de la Gran Bretaña Mr. Pitt, acababa de convidar al americano Miranda, general de la república francesa é inquieto promovedor de la independencia de su patria, á pasar á concertarse con él para una tentativa encaminada á separarlas las provincias americanas de Costa-Firme de su obediencia á la metrópoli; por todo lo cual la guerra era justa y se iba haciendo necesaria, pudiendo en ella contarse con el auxilio de las fuerzas navales de Holanda á la par que con las francesas. El consejo de Estado, ó falto de juicio ó sobrado de debilidad, aprobó la propuesta alianza con Francia á que tan inclina-

do se mostraba el ministro. En hora aciaga para España, se resolvió, pues, que se aliase de nuevo con Francia de un modo casi idéntico al pasado pacto de familia, poniéndose solo por restriccion á la alianza restablecida que, siendo Inglaterra la única potencia que directamente habia ofendido á España, solo con ella habría de entrar en guerra en virtud de la recien celebrada union, quedándose neutral con las demás potencias enemigas de la república francesa. Ningun cuidado daba á esta semejante restriccion, pues llevaba vencidas á todas las potencias del continente, y contra ellas se sentia con fuerzas sobradas, necesitando especialmente de un auxiliar en la guerra marítima que diese á sus corsarios mas lugares donde llevar y vender sus presas, y á sus buques mercantes y escuadras nuevos puertos donde abrigarse. Celebrada la alianza y declarada por España la guerra á la Gran Bretaña, el gobierno francés no perdió tiempo para disponer de los recursos de su nueva amiga, ó diciéndolo con mas propiedad, de su sumisa servidora. En el mes de agosto de 1796 llegó al puerto de Cádiz una expedicion francesa, compuesta de siete navíos de línea y tres fragatas, y juntándose con ella una escuadra española mas numerosa, mandada por D. José Solano, marqués del Socorro, salieron ambas para los mares de América haciendo derrotar primeramente á Terranova, donde intentaban los franceses reformar sus guarniciones y cruceros. Fué en algun grado favorable la fortuna á esta expedicion, quedando destruidos los establecimientos formados por los ingleses en las ensenadas de Bull y de Chateaux, saqueadas y asoladas las islas de San Pedro y de Miquelon, y quemados y echados á pique mas de cien buques mercantes británicos. Proyectábase asimismo que la escuadra francesa de Tolon viniese á juntarse con la de Cádiz. Sorprendidos los ingleses por la reunion de fuerzas tan numerosas aunque inferiores en calidad á las suyas hubieron por algun tiempo de retirarse para reunirse. Propuso el gobierno francés al español que se intentase una empresa contra Portugal, forzando las bocas de los rios Tajo y Duero, y cayendo sobre los ricos establecimientos ingleses en Lisboa y Oporto, dando así un golpe contundente al poder y comercio inglés sin respetar el territorio de un estado siervo mas que amigo de Inglaterra. No accedió la corte de Madrid á acometer hecho de tanta violencia, aunque, no atendiendo á la justicia, cualquiera cosa que diese á España la prepotencia en Portugal le era en sumo grado ventajosa. Pero Carlos IV y su consorte profesaban entrañable afecto á su hija Carlota, mujer del príncipe heredero de Portugal, y estos cariños domésticos podian mas en su ánimo que la razon de estado. Por otra parte asustada España del engrandecimiento de su aliada sentia repugnancia á servirla á punto de herir gravemente á la eterna rival del poder francés, sòspechando no sin razon que del mal hecho al comun enemigo no se le consentiría sacar sino muy escaso provecho. Habia por aquellos dias la república francesa allanado enteramente la barrera de los Alpes y dilatádose por Italia como conquistadora y trastornadora. Un general llegado á serlo con prodigiosa rapidez, de pocos años, y de sin igual habilidad y audacia, dando muestras de su extraordinario superior talento en las artes de la paz y del

gobierno, así como en las de la guerra, vencia á sus contrarios de un modo antes nunca visto, y aprovechaba con inaudito acierto sus víctimas, dando así principio á la portentosa fortuna del nombre de Bonaparte. Nacian en Italia repúblicas al abrigo de su espada, temblando los Borbones de Nápoles y Parma por sus Estados. Aun cuando estos no fueron desde luego derribados por el vencedor, el Borbon reinante en Madrid no podia ver sin pena y miedo su peligro presente, y el en que seguirían de resultas de la dominacion francesa en Italia. Bonaparte con artificiosa moderacion hermanaba el oficio de fundador de repúblicas con un respeto cortés á los Estados antiguos, inclusas los monárquicos, y así ascendió á la intercesion de España en favor del duque de Parma desde luego. Tambien Carlos IV á fuer de católico celoso intercedió por el Papa, cuyos estados se veian en grave peligro. Acudió á verse con el general vencedor el embajador de España en Roma, D. José Nicolás de Azara, hombre de talento é instruccion, experimentado, con pretensiones bastante fundadas de inteligente amante de las artes y aun de literato, con vanidad superior á sus luces y conocimientos, dado al interés de la corte romana mas de lo debido, y presumiendo de tener de ella influjo poderoso cuando la servia. Trató Bonaparte á Azara con hábil afabilidad y agasajo, á punto de persuadir á aquel político viejo de que habia cobrado ascendiente sobre el inexperto mancebo con quien estaba negociando; pero, como cuadrase con los intentos del vencedor de Italia no llevar las cosas al extrémo, dejó al de Parma su ducado, y aun al Pontífice parte de sus Estados, si bien quitando al último los mejores para agregarlos á una de las recien creadas repúblicas italianas. El gobierno francés, que en los negocios de Italia dejaba obrar con completa latitud á su general nada dispuesto por otra parte á obedecer á otra voluntad que á la propia, en las cosas de España siguió una política análoga, no siendo oportuno todavia hacer al monarca español demasiada gravosa ó violenta su servidumbre. No insistió, pues, la Francia en que se procediese contra Portugal, dejando á España que se aviniese con su vecino en punto al favor que este dispensaba á los enemigos ingleses.

Un golpe funesto recibido por la marina española vino pronto á probar, si pruebas se necesitasen, con cuan poca cordura habia obrado el gobierno español al emprender aquella guerra. La escuadra española de Cádiz habia pasado al Mediterráneo y se volvió al Océano, mandándola el teniente general D. José de Córdoba, y llevando la fuerza de hasta veinte y siete navíos de línea, de ellos siete de tres puentes, diez fragatas y tres corbetas. Por su número era ciertamente formidable esta escuadra; pero no así por su armamento, pues venia en pésimo estado para aventurar un combate, siendo su intento tomar el puerto de Cádiz para mejorar en él su condicion, á fin de emprender operaciones ulteriores. El general que la mandaba era hombre valeroso, pero corto de luces, aunque con algunas buenas calidades de marinero, y tenia la especie de irresolucion comun en las personas á quienes falta el discurso en casos apurados. Los almirantes ingleses Jervis y Parker le habian observado, y aunque sus fuerzas juntas no pasaban de diez y siete navíos

por la instruccion relativa de la una y la otra escuadra, empeñar un combate habría sido una locura en la española. Ni lo solicitaba D. José de Córdoba; pero puesto á la boca del puerto de Cádiz se halló con que soplaba recio el viento del Este, allí conocido por Levante, y siendo hombre apegado á usos antiguos respetó la añeja y ya desusada costumbre de no intentar la entrada en Cádiz bordeando contra este viento contrario. Sotaventándose, pues, fué á parar hasta ponerse á la vista del Cabo de San Vicente, en cuyas aguas descubrió las fuerzas enemigas. Estas con atrevimiento se presentaron al combate. Maniobró torpemente la escuadra española: su general no acertó á dar órdenes; el segundo general, conde de Morales de los Rios, picado con su superior y no mas diestro que él, no entendió ó no obedeció lo poco que se le mandaba, por lo cual, en la opinion del vulgo, pasó por cobarde ó traidor, sin haber motivo para ello en concepto de los entendidos; y vino todo á parar en llevar desde luego ventaja los ingleses á sus contrarios, no obstante serles tan inferiores en fuerzas. Un oficial inglés con el grado de comodoro se distinguió en aquella pelea con extremos de arrojo que empezaron la fama que despues siguió al nombre de Nelson. Desordenados y confusos los españoles, parte de ellos no combatia, y otra lo hacia con valor sumo y escasa pericia y fortuna. Cuatro navíos, de ellos dos de tres puentes, el San Nicolás y el San José hubieron de arriar bandera, pereciendo el intrepidísimo general Winthuysen, y el bizarro comandante Geraldino. El famoso navío Trinidad, enorme, de 130 cañones, y que por tener corrida la batería sobre cubierta pasaba por de cuatro puentes, único en su clase, y donde iba el general, se vió acometido por varios navíos ingleses y en uno de estos por el animoso Nelson que ya se habia hecho dueño al abordaje de uno de los de tres puentes antes citados. No obstante el valor con que sustentaba D. José de Córdoba el combate, iba ya á mandar arriar bandera, y aun se tenia por prisionero, cuando entre aquella confusion de navíos que no tomaban parte en la pelea D. Cayetano Valdés, oficial de extraordinaria bizarría con el que mandaba, obrando por sí solo, se fué para el Trinidad, y gloriosamente le rescató á punto en que ya se daba por presa de los ingleses, honrando así con una accion gloriosa aquel dia vergonzoso, y excusando á la marina la nueva afrenta de que sobre tan mal perdida batalla hasta el general de los vencidos fuese llevado por trofeo de los vencedores. A este tiempo el hecho de Valdés, que no solo escapó libre con el Pelayo sino con el Trinidad, asimismo habia vuelto un tanto el aliento á los atónitos y desconcertados españoles. Los ingleses, conseguida tan inesperada victoria, no quisieron pasar adelante, habiendo padecido algunos de sus navíos en el combate, y siéndoles todavía superiores en número los españoles con navíos intactos por no haber peleado. Por un breve espacio trataron estos de renovar el combate, como bien podrían haberlo hecho con esperanza de mejor fortuna, si el vencimiento con las circunstancias que le acompañaron no hubiese sido parte poderosa para desanimarlos y confundirlos; circunstancia muy desfavorable para combatir de nuevo. Separáronse, pues, las dos escuadras; la inglesa, vencedora con los cua-

tro navíos apresados y la española llena de dolor y coraje que fué á entrarse en el puerto de Cádiz (*). Allí la recibió un clamor público destemplado y hasta injusto que con ignorancia repartia mal su amarguísima censura. El combate del Cabo de San Vicente mas que otro suceso alguno contribuyó á la ruina de la marina española. La ignorante corte, que habia dado en desfavorecerla, se creyó justificada para tratarla peor que antes, en vez de procurar atenderla y mejorarla para proseguir la guerra marítima en que se habia empeñado. La necedad popular por algun tiempo dió apoyo á los desatinos del gobierno. Los generales fueron puestos en juicio y perdieron sus empleos y honores. Mas quería el público contra alguno de ellos, pero alargándose el proceso la sentencia vino á recaer cuando ya la indignacion se habia distraido á otros objetos (**).

Poco despues y en julio del mismo año, se presentaron los ingleses dirigidos por Nelson ya hecho contra-almirante, á bombear la ciudad de Cádiz dirigiendo este vano acto de hostilidad á otro de mas efecto encaminado á hacerse dueños de la escuadra anclada en la bahía ó á destruirla pegándole fuego. Las lanchas cañoneras españolas, sirviendo las cuales siempre se han señalado los oficiales de la misma marina, tuvieron al enemigo á raya y le obligaron á desistir de su empresa que solo produjo algun terror y ningun daño. El infatigable Nelson de esta empresa que se le habia malogrado pasó á otra muy atrevida y no mas afortunada. A pocos dias de haberse retirado de la vista de Cádiz se dirigió á las Islas Canarias con cuatro navíos, tres fragatas, una bombarda y algunos buques menores, y aportando á Santa Cruz de Tenerife efectuó allí un desembarco con escasas fuerzas compuestas de marineros y soldados de marina. Acudiendo á resistir con valor las pocas tropas de la guarnicion ayudadas por los habitantes pronto obligaron al enemigo á embarcarse. Renovó Nelson la tentativa durante la noche con mas infeliz suceso que en el dia anterior; pues perdió no poca de su gente y excelentes

(*) En esta relacion del combate del Cabo de San Vicente, llamado vulgarmente en la marina española el combate del 14, por haber sido en el 14 del mes de febrero, se han seguido en esta historia relaciones verbales, particularmente del bizarro comandante Valdés, despues general, que aquel dia empezó su fama de valiente, en épocas posteriores nuevamente, y mas de una vez confirmada.

(**) No es posible figurarse hasta qué punto llegó la furia de algunos contra los marinos á quienes se achacaba la vergonzosa derrota padecida en el combate de 14 de febrero de 1797, ó sea del Cabo de San Vicente. Los gaditanos como cercanos al lugar donde se combatió, y testigos de la vuelta de la escuadra vencida, fueron los que mas se extremaron. Sus vituperios al cuerpo de la armada eran atroces, así como necios. Con injustica celebraban á D. José de Córdoba, quien acreditó en la pelea valor personal; pero no serenidad de cabeza ni prenda alguna de general, mereciendo su conducta reprobacion. Contra el conde Morales era la principal furia, y hasta hubo un pasquin que decia:

Para alivio de nuestros males
La cabeza de Morales.

Sin embargo, Morales aunque merecia castigo, y le tuvo, no excedia mucho en culpa á su superior.

óficiales, salió herido en un brazo de que vino á quedar manco, y solo escapó de su completa ruina firmando una capitulacion en la cual se obligó á desistir de toda empresa ulterior contra las Islas Canarias.

En medio de esto en América, donde los ingleses estaban haciendo principalmente esfuerzos para dañar á la monarquía española y abrir nuevos mercados á su industria, alternaban las ventajas con los reveses. La isla de Trinidad de Barlovento, no obstante estar bien guarnecida y abastecida, y tener para auxilio en su defensa una escuadra de cuatro navíos de línea, una fragata y algunos buques menores, cedió á la primera invasion de fuerzas británicas no muy considerables, entregándose; y el general de marina Apodaca quemó sus navíos para que no cayesen en manos del enemigo. Mejor fortuna hubo en el continente. Malogróse completamente á Miranda su tentativa de invadir á Caracas con el objeto de hacerla independiente de la metrópoli. Una expedicion inglesa que desembarcó en la costa de Goatemala fué asimismo rechazada con grave pérdida de los invasores. Algo despues otra expedicion británica de un navío de tres puentes, con cuatro de inferior y diverso porte, dos bombardas y muchas cañoneras, dando convoy á sesenta y ocho transportes cargados de tropa, fué a aportar á la isla de Puerto Rico, donde desembarcó diez mil hombres en el lugar conocido por la playa de Cangrejos. Quince dias se mantuvieron allí los invasores sin adelantar, y siempre peleando por mar y tierra; pero viendo que venian sobre ellos las fuerzas todas de la isla, hubieron de recojerse á sus navíos apresuradamente despues de perder entre muertos y prisioneros dos mil hombres, abandonando además su artillería y pertrechos.

Tambien en los mares de Asia el poder británico tan pujante en la India aspiró á dilatarse haciéndose dueño de Filipinas. Pero no pasó su intento de un amago porque la guarnicion y naturales de aquellas islas se prepararon tan animosamente á la defensa que hubieron de imponer respeto á sus contrarios, y por otra parte un violentísimo temporal de los comunes en aquellos mares causó gran destrozo en las fuerzas navales inglesas destinadas á aquella expedicion.

Esta guerra porfiada y sangrienta era tambien como es de suponer no poco costosa. Una gran parte de las rentas de la monarquía española consistia entonces en el producto de las minas del continente americano, y la guerra con un enemigo prepotente en el mar impedia que viniesen á España, no siendo con trabajo y peligro, y siempre con irregularidad, las ricas remesas de Mégico, el Perú y el Rio de la Plata. No alcanzando el producto de las contribuciones á cubrir los gastos que hacia mas considerables el derroche de la corte, se apeló al recurso de hacer empréstitos con la poca regularidad con que solia hacerse en aquellos dias. Abrióse uno de cien millones de reales en 15 de julio de 1797, y en 29 de noviembre del mismo año se aumentó hasta hacerse de sesenta millones mas, viendo que se habia logrado con facilidad llenar el primer cupo; y sacóse asimismo algun dinero de la renta de los edificios y tierras pertenecientes á las rentas de propios de los pueblos, empezando á reinar doctrinas favorables á convertir en propiedad particular estos

bienes. Con estas providencias se logró dar algun movimiento á la circulacion. A principios del año de 1798 se trató de proceder á la consolidacion de los vales reales, creándose una caja con este nombre.

En medio de esto iba tomando extraordinarias creces el ódio general al privado, fundándose en lo bueno así como en lo malo que hacia, y mereciendo él la injusticia de que á veces era víctima por su inconsecuencia; pues no siguiendo con constancia sistema alguno, creaba descontentos de distintas y aun opuestas especies, sin ganar en cambio parciales bastante numerosos y seguros. A la gente religiosa chocaba é indignaba el libertinaje de la corte y la lijereza é indiferencia con que era mirada la religion por el ministro y valido y por sus allegados. Los obispos llevaban á mal verse menos consultados y atendidos, no representando ya el papel que antes en los negocios civiles. La inquisicion, alguna vez contenida por quitársele causas que estaba siguiendo, sobre la ira por verse así ajada en su orgullo y reducida en sus facultades, tenia el temor de que llegase el dia de su abolicion, en lo cual no dejó de pensarse, si bien no con la atencion y madurez debidas. Los grandes llevaban muy á mal la elevacion de un hombre, aunque de antigua nobleza, por las pobres circunstancias de su familia venido á menos y solo elevado á la grandeza en virtud de su privanza. Los consejos acostumbrados á mezclarse en negocios gubernativos y por sus cousultas en todos los del Estado, se veian con enojo despojados de esta intervencion, rara vez ejercida en público provecho. Por otro lado la gente entendida y amiga de ideas nuevas, ó ya apetecia algo mas que reformas llevadas á efecto por la voluntad absoluta de un rey ó de un ministro, ó deseaba un reformador de mas luces y ciencia, de mayor decoro en su conducta, de mejor orígen en su encumbramiento, y mas consecuente y firme en la carrera que emprendiese. Lo general del pueblo en España, entonces poco entendido en meterias de gobierno y amante de sus reyes á los cuales suponia siempre buenos, achacando sus faltas á estar engañados por malos consejeros, llevaba con horror y aversion que el monarca fuese afrentado como marido y que la disolucion reinase en la corte y aun en el Estado, y sintiendo como de ordinario y aun mas que antes los efectos del mal gobierno, ó los males propios bajo cualquier gobierno de la sociedad humana, y viendo las públicas desventuras, sin notar que de ellas participaban á la sazon naciones mejor gobernadas, y hasta aquellos dias mas felices, maldecia al privado y á sus amigos, alimentando un anhelo vago y confuso de que por sí le gobernase su soberano al modo que un buen padre de familia gobierna su casa y hacienda con órden, firmeza y mansedumbre.

Las potencias extranjeras tambien procuraban influir en el gobierno español como procuran hacerlo en todos los ajenos, y lo lograban como suelen conseguirlo con los que son débiles é ignorantes. Los agentes ingleses se esforzaban por derribar á un ministro á quien suponian parcial de la Francia, cuando no era sino desacertado, tímido é inconsecuente. El gobierno francés, mas su amigo que su contrario, tambien hubo de declarársele enemigo; merced á una de sus imprudencias.

El Príncipe de la Paz ganaba con los reyes, sus señores, cuanto con el público perdia. Habia sido nombrado coronel general de suizos, recibido de la corte nuevas mercedes en ricas posesiones enajenadas de la corona, y llevado su engrandecimiento á punto de dársele por mujer la hija del infante D. Luis, y prima hermana del rey, condesa de Chinchon, aunque sin conceder á la misma señora los honores y tratamientos anejos á persona de la sangre real por mucho que lo desease su marido. En esta situacion el privado forzosamente habia de ser amante del gobierno monárquico y absoluto, y de mirar con disgusto la república establecida en Francia, que, con la amistad y trato á ella consiguiente, enviaba á España sus ideas logrando que de muchos fuesen bien acogidas.

Por aquel mismo tiempo Francia siempre inquieta estaba pasando una crísis mas, que estuvo á pique de causar la muerte de su gobierno republicano. Desde que aflojaron en su sistema de terror los gobernadores de la república habian alzado la cabeza los diversos bandos en que estaba la nacion dividida y cobrado aliento, y la parcialidad monárquica llena de esperanzas estaba haciendo esfuerzos para lograrlas cumplidas. Hasta entonces solo se habian opuesto los realistas á la república, ó exgrimiendo contra ella las armas, ó en conjuraciones, pero se desdeñaban de valerse de las fórmulas por ellos odiadas, haciéndose elegir diputados para establecer por medio del gobierno popular otra vez la monarquía. Enmendaron su conducta, consiguieron dominar en las elecciones, valiéndose del descontento público contra el gobierno anterior y aun contra el existente, y consiguieron formar la mayoría del cuerpo popular legislador deliberante, llamado Consejo de los Quinientos, y tambien introducir una porcion respetable de los suyos en el otro cuerpo participante en la legislacion y en el gobierno apellidado Consejo de los Ancianos. Aprovecharon sus ventajas hermanando los actos legales con proseguir en la trama de la conjuracion secreta. Ayudóles la libertad suma de que habia empezado á gozar el pueblo francés, libertad antes en balde escrita en las constituciones y de hecho nunca gozada; y en el tiempo de que se habla tan absoluta en los escritos y en las acciones que no conocia freno, y tan desmandada que, si bien habria podido resistirle un gobierno fuerte y antiguo y una sociedad robusta, por fuerza habia de acabar con un gobierno nuevo de escasa fuerza y no mayor concepto puesto al frente de una sociedad recien disuelta que se iba formando sobre basas diferentes de los anteriores en terreno movedizo, y llevando recios embates. El directorio, en el cual estaba depositada la potestad ejecutiva con facultades cortas y poco poder para ejercer las que legalmente poseia, se hallaba además dividido; pues siendo tres de quienes le componian republicanos acérrimos y aun regicidas, de los otros dos, el uno (Barthelemy) (*) por debilidad propendia á ser del partido monárquico, y el quin-

(*) Barthelemy era pariente del famoso clérigo del mismo apellido, conocido por su célebre obra intitulada Viaje de Anacharsis el jóven por Grecia. Habia sido enviado de la república francesa en Suiza, y el plenipotenciario del mismo gobierno que en Basiléa firmó los tratados de paz con Prusia y España.

to (Caruot) si bien amante de la república, votante de la muerte del rey y aun colega de Robespierre, siendo hombre recto y crédulo, no veia en los conjurados realistas otra cosa que hombres usando de sus justos y reconocidos derechos; y se resistia á oponérseles por medios fuera de los legales. Llegaron las cosas á término de verse cercano el restablecimiento del trono, y todos cuantos en la revolucion habian medrado ó comprometídose temblaban pensando que con la vuelta del gobierno pasado, cuando menos infaliblemente perderían las ventajas adquiridas, y probablemente serían objeto de la persecucion mas dura. Hallándose en tal apuro, y conociendo que salvarse por el camino de las leyes les era imposible, opusieron una conjuracion á otra, y emplearon en su favor la fuerza del ejército acostumbrado á guerrear con los realistas y por eso republicano, y cuyos generales todo lo debian á la revolucion en cuya caida veian la suya propia. Los conjurados republicanos vencieron á sus enemigos. En una noche fueron presos con violacion de las leyes y de la justicia absoluta por órden de los tres directores parciales de la revolucion sus dos colegas, varios diputados de ambos consejos, muchos escritores, los mas de ellos de periódicos, y algunos individuos particulares conexionados con la parcialidad antes poderosa y ahora vencida. Alcanzó el rigor á muchos republicanos sinceros, pero no amigos de los vencedores. Siguióse decretar el directorio y los restos de los consejos que sin preceder sentencia ni aun juicio fuesen trasladados muchos de los presos á la Guiana, posesion de Francia en el continente americano, lejana y enfermiza. Este gran suceso amenazó restaurar en Francia la dominacion de los republicanos mas feroces, y con ellos la pasada cruel tiranía; pero, mudados los tiempos, no llegó á tanto el mal, no pasando de extremos en palabras á hechos atroces.

En las tramas para restablecer en la república vecina un trono habia tomado parte la corte de España ó, diciéndolo con mas propiedad, su omnipotente ministro. Habian insinuado á este algunos aventureros conexionados mas ó menos con los conjurados franceses, que, pues iba á restablecerse en Francia la monarquía, y pues los Borbones antes en ella reinantes tenian muchos contrarios, bien era posible, para devolver al pueblo francés las ventajas por él anheladas de tener un gobierno monárquico de la estirpe de sus antiguos reyes sin los inconvenientes de una restauracion, buscar un Borbon de la rama española para entregarle el sólio francés de nuevo alzado. Gustó al Príncipe de la Paz la idea, creyéndola fácil de realizar, y que llevada á ejecucion contribuiría en gran manera á los aumentos de su grandeza y reputacion, haciéndole grato á los individuos de la real familia, que, fuera de los reyes, no le querían bien, y aun dándole á respetar á los españoles y extranjeros como autor de tan importante mudanza. Deslumbrado, pues, se metió en tramas oscuras y ridículas, dejándose engañar por inquietos embusteros que se daban por poderosos ajentes en un proyecto bien concertado. El directorio francés tuvo noticia de los pasos dados por el ministro español, y no bien triunfó de sus contrarios y afirmó su poder, á lo menos por el pronto, quedando dueño del de la Francia, cuando acudió á Carlos IV con

vehementes y no infundadas quejas pidiendo que el Príncipe de la Paz fuese separado del manejo de los negocios. Combatido el privado por tantas partes á un tiempo, no pudo resistir á la fuerza en su daño empleada. El rey temia á sus contrarios. La reina estaba de él descontenta, porque, sobre causarle justos celos con galantear públicamente á otras mujeres, solia alguna vez tratarla con desprecio no mas llevadero porque fuese merecido. Los amantes de las reformas, si bien entonces no se les mostraba opuesto el ministro, y veian á los enemigos de su causa empeñados en derribarle, tampoco tenian confianza ni menos empeño en sostener á un hombre generalmente mal quisto y poco digno de aprecio, aunque tampoco mereciese el odio violentísimo con que era mirado. Efectuóse, pues, la caida del valido prepotente, contribuyendo á ella dos de sus colegas en el ministerio, D. Francisco de Saavedra que era secretario del despacho de Hacienda, tenido entonces en alta estima, y cuya reputacion, segun acreditó en ocasiones posteriores, y aun de allí á poco, era muy superior á su mérito, aunque alguno tuviese, y D. Gaspar Melchor de Jovellanos, secretario del despacho de Gracia y Justicia, escritor insigne, aventajado literato, magistrado filósofo é ilustrado, hombre recto y de nobles pensamientos; pero un tanto crédulo y desmañado en los negocios, y hasta en las cosas comunes de la vida. Jovellanos habia sido últimante favorecido por el Príncipe de la Paz, si bien no sin repugnar él los favores que recibia. Así, aunque él obró guiado por buenos motivos, y sobre todo por el amor á su patria, no estuvo en este caso libre de la nota de ingratitud su proceder. Saavedra sucedió al privado caido en el ministerio de Estado. Fué fama entonces que Jovellanos, mas previsor que su colega, y viendo en el Príncipe de la Paz un enemigo del bien de su patria, mas que un rival suyo vencido, opinó porque á la separacion de este del ministerio siguiese el destierro, y hasta un tratamiento rigoroso, y que Saavedra creyó que bastaba haberle quitado la privanza y el poder sin causarle nuevas vejaciones. Pero el favor de la reina, que en un momento de ira habia sido trocado en aversion, forzosamente habia de ser recobrado por el objeto de su afecto, estando él presente, y conociendo bien los medios de que debia valerse para el recobro. Por esto muy en breve se conoció que la caida del privado no era definitiva. Los cortesanos, hábiles en descubrir desde luego las mas leves variaciones en la atmósfera de la privanza, pronto columbraron que la desgracia del Príncipe de la Paz no era duradera, y que se trocaría en la resurreccion de su valimiento y poder bajo la antigua ó diversa forma. Ocurrió no mucho despues un lance propio para dar valor á esta sospecha. El Príncipe de Asturias, de edad solo de catorce años, á instigacion de su preceptor, solicitó del rey su padre que se le diese entrada á los consejos de Estado ó de Ministros en que se tratasen negocios graves, para irse desde luego instruyendo en la tarea que algun dia habia de estarle encomendada. Miróse esta pretension como un atrevimiento, y fué separado del lado del heredero de la corona y enviado á un destierro el inquieto consejero su preceptor, teniendo aquí su orígen primero las disensiones en la real familia, cuyo paradero fué en escán-

dalos gravísimos, y para la nacion en desdichas las mas amargas.

Proseguia en tanto el rey temiendo á los franceses, si era posible aumentarse su miedo, sin que por eso los aborreciese, como debia suponerse de un rey tratándose de republicanos y de gente que le infundia terror, y sin que tampoco les profesase cariño; siendo en el singular carácter del monarca español tibios aun los afectos propios de reyes en punto al interés comun de su clase. Trataba con esmerada urbanidad á los embajadores franceses que despues del triunfo del directorio sobre los realistas se sucedieron en la corte de Madrid, siendo todos ellos de lo mas furibundo que habia entre los revolucionarios extremados. No por esto se descuidaba de contener las ideas reformadoras, á las cuales empezó á declarar cruda guerra. Pero en su veleidad y descuido, aunque separaba de sí á los apasionados á las ideas ilustradas del siglo, solia llamar á su lado á otros de la misma especie, y á veces acceder á sus propuestas.

El ministerio de Saavedra y Jovellanos fué de breve duracion. Este último no brilló como ministro, aunque poco pudo acreditar su capacidad ó incapacidad para el gobierno en el ministerio de Gracia y Justicia, no habiendo entonces deliberacion en comun de los ministros todos juntos en consejo; pero es general convenir en que, como otros muchos hombres de instruccion vasta y talento de escritor, carecia de aptitud para el despacho de los negocios comunes, y para las áridas tareas gubernativas. El Príncipe de la Paz, que sin tener empleo alguno ya tenia poder bastante, reservó á una ocasion posterior tomar venganza de este ministro caido. Saavedra cayó tambien; pero empujado y sustituido por D. Mariano Luis de Urquijo, hombre atrevido, de buena presencia, de ingenio vivo, de juicio escaso, de instruccion superficial, y de sin par atrevimiento, que de todo habia presumido, de literato, de filósofo, de político y hasta de galan, y que, novador fogoso y de lo mas extremado en sus doctrinas, en la práctica sabia usar de artes cortesanas, habiendo, segun se susurró, lisonjeádose de afianzar su poder, ganando con sus prendas personales y modales halagüeños un puesto en el cariño de la reina fácil de prendarse. Urquijo en su ministerio breve encaminó las cosas por la via favorable á las reformas, y se señaló en poner freno á las pretensiones de la corte romana, logrando de Carlos IV hasta que firmase una carta al Papa donde se contenian máximas de independencia nacional casi contrarias á las pretensiones constantes de la Santa Sede. Ayudábanle mal los demás ministros, hombres todos de escaso valer, desde que fué separado del ministerio de la Guerra D. Miguel José de Arauza, sugeto dignísimo, y poco notables en lo bueno ó en lo malo, salvo uno que en punto á maldad gozaba de alto y merecido renombre. Era este el ministro de Gracia y Justicia, que lo fué asimismo de la Guerra interinamente, D. José Antonio Caballero, marqués Caballero; de talento si no grande tampoco corto; aunque mal empleado y acreditado en pequeñeces y arterías; de instruccion indigesta y mala; de depravadísimo corazon; bajo adulador, y á veces rebelde á aquel á quien lisonjeaba y servia, si bien usando para derribarle mas la traicion que la resistencia declarada, no obstante que tambien á esta última recurria con cálculo y tino

para su provecho propio; perseguidor de la ilustracion del siglo; hombre en suma que en una corte de mala fama pasaba por el peor entre los malos, en ella tan comunes. Este ministro, publicándose de su órden una Novísima Recopilacion de las leyes de España, tuvo el atrevimiento de suprimir las relativas á las facultades de las Córtes en cuanto ó conceder subsidios y participar en la formacion de las leyes. Prohibió asimismo toda clase de buena enseñanza en las universidades y favoreció á la inquisicion, tomándola en parte como auxiliar para que hiciese causas de religion las del Estado. Con el Príncipe de la Paz era obsequioso; pero siempre le mostró tibia voluntad, aunque prestándose por lo comun á servirle, y con particularidad en sus deseos mas vituperables. Con el rey acertó á congraciarse, lisonjeándole en sus malas pasiones, pues no obstante lo que se decia de su bondad, Carlos IV, duro de cuerpo, no era tierno de alma, y afecto como quien mas á la autoridad absoluta gustaba de mantenerla con medios severos. Por consejo de Caballero hubo ocasion en que el rey agravando sentencias falladas por los tribunales contra todo principio de legislacion, aun dió á este escándalo el de titularse en un documento de oficio «*señor de vida y muerte.*»

La guerra con la Gran Bretaña seguia sin acaecimiento alguno de nota. Dióse el mando de la escuadra de Cádiz, la mas numerosa de las españolas, al general D. José de Mazarredo, cuyo concepto como marino era el mas alto posible, no siendo inferior el que gozaba de honradez, pero hombre de talento de los que alcanzan poco, aun cuando vean y juzguen bien aquello á que alcanzan, duro y temoso, y que por sus buenas prendas y por sus defectos estaba casi en desgracia en la corte y con los ministros de marina. Mazarredo trabajó, y no sin efecto, en mejorar el estado de la fuerza de su mando, y queriendo adiestrarla en las maniobras á la vela, la sacó de Cádiz estando cercano el enemigo; pero en breve se volvió con ella al puerto, no queriendo empeñarla en un combate; accion cuerda censurada por el vulgo, que en coplillas decia que habia sacado sus navíos á dar un paseo. Escaseando los fondos, y no queriendo el gobierno estar sin los que tenia en América, siendo grande á la sazon el producto de las minas mejicanas, y habiendo los ingleses con su superioridad marítima puesto empeño en interceptarles el paso á la Península, fué despachado á esta comision el capitan de navío D. Dionisio Alcalá Galiano (*), oficial de los mejores de la real armada española, el cual desempeñó su encargo con singular habilidad y valor, teniendo la fortaleza de tomar sobre sí responsabilidad voluntaria y superior á la que le señalaban las leyes de la ordenanza naval y los decretos y usos vigentes, y aportando felizmente con los caudales en 1799 al puerto de Santoña.

(*) Este distinguido oficial, padre de quien esto escribe, gozó de gran renombre en sus dias por su vida, y tambien luego por su muerte. Si hoy está olvidado, no hay razon para que el amor y reverencia de un hijo no se empleen en hacerle justicia. Si hay quien por esto culpe al escritor de estos renglones, hágalo enhorabuena.

No bastaba, sin embargo, esta corta remesa á los gastos de una guerra que pedia muchos, y á los de una corte que sin fiestas, sin hacer grandes obras, y sin cosa alguna de gusto ó brillo, derrochaba no poco. Así en junio de 1798 habia pedido el gobierno á la nacion donativos para la guerra en dinero, y tambien un préstamo sin interés, todo ello con alguno bien que escaso fruto, y no sin motivo lo último, reinando la persuacion acreditada por los sucesos de que no habría de devolverse lo que se tomase prestado. Algunos dueños de vinculaciones hallándose escasos de dinero solicitaron dispensa de la ley respecto á bienes vinculados que prohibe su enagenacion, á fin de dar parte de lo que vendidos produjesen con destino á las públicas necesidades. Hízose como ellos pedian, y se concedió la misma facultad á bienes de establecimientos públicos suprimidos, aplicándose los productos de estas ventas á la caja de amortizacion. Impetrada de la sede pontificia la facultad para vender los bienes de obras pías, se activó la llevada á efecto de esta concesion útil, aunque desagradable á la opinion popular poco ilustrada. En el mes de octubre del mismo año de 1798 se abrió nuevo empréstito de cuatrocientos millones de reales, y en abril del año siguiente hubo una emision de cuarenta y siete mil doscientos y cincuenta vales reales de seiscientos pesos, á que siguió otra de ochenta y ocho mil quinientos y diez y siete de á trescientos. Bajaron con esto los vales, y una órden necia, remedo de otras igualmente desacertadas é infructuosas, mandó tomarlos á la par como dinero, resolucion violenta, y como todas las de la misma clase eludida, y hasta á veces claramente desobedecida. Aumentóse con esto el descrédito del papel, escaseó el numerario, resultó de ello confusion en todos los tratos, y el gobierno hubo de remitir al consejo real, llamado de Castilla, el dirigir la deuda pública, siendo este cuerpo el mas impropio para entender en semejante materia. Estaba interrumpido en aquellos dias el curso de las victorias de la república francesa. Su insigne general Bonaparte habia ido á Egipto al frente de una expedicion poderosa á conquistarle y fundar un imperio francés en aquella region del Africa y en las vecinas del Asia; pero, no obstante haber conseguido triunfos dignos de su anterior renombre y del valor de sus tropas, destruida por Nelson completamente la escuadra que le llevó, y rechazado él mismo al querer expugnar á San Juan de Acre en Siria, si bien añadió mas lustre á su fama como capitan, como conquistador, y aun como gobernador, al cabo estaba encerrado con los suyos en una tierra apartada, donde, cerrándole el camino del mar un contrario victorioso y prepotente, habia al cabo de quedar vencido, y mientras dilataba su final desdicha no acarreaba provecho alguno á la causa de su patria. Su ausencia y la del excelente ejército que llevaba consigo, juntamente con la persuasion de que pronto habrían de entregar las armas viéndose en tan apurada situacion, envalentonó á las potencias enemigas de la Francia republicana. Esta por su lado no dejaba de provocar á sus rivales dando muestras de su insaciable ambicion. Revolvió la Suiza y la invadió, y en nombre de la libertad y de la democracia fué á sujetar á los libres ciudadanos de los cantones democráticos á una clase de gobier-

no nuevo. Deshonráronse con rapiñas sus ajentes, haciendo el nombre de su gobierno mas odioso. Al mismo tiempo empuñaban las armas el Austria, la Rusia y Nápoles, aprovechando el pretexto que se les ofreció cuando sin alguno estaban resueltos sus soberanos á echarse sobre los franceses, no bien creyesen posible hacerlo con esperanza de victoria. Fueron asesinados en Rastadt los plenipotenciarios de la república francesa al retirarse de un congreso que allí se celebraba y se rompieron las hostilidades. Empezó furiosa la guerra, y haciéndose dueños los franceses de Roma y Nápoles prendieron al Papa y ahuyentaron al rey del segundo reino, fundando dos repúblicas de cortísima vida. Duróles poco la buena fortuna, pues bajando á Italia un crecido ejército ruso, mandado por el célebre Souwarow, general semi-bárbaro, acreditado por sus triunfos y crueldad en Oriente, y echando los austriacos al mismo pais fuerzas numerosas, mas de una vez vencieron á sus contrarios, que en balde dieron muestras de pericia y denuedo. Bullian en tanto en Francia los partidos; faltaban dinero y soldados; desacreditábanse los que gobernaban, y con ellos la forma de gobierno existente; alzaban la cabeza con aspecto y acentos feroces los de la parcialidad llamada terrorista, y por otro lado blandian las armas los partidarios de la monarquía; en suma, todo era en la nacion vecina confusion, disgusto y temor, pareciendo cercana á una ruina ó total mudanza. España permaneció fiel á su alianza, con perjuicio de su interés, y mas todavía que del de la nacion del de la familia reinante; fidelidad mal agradecida, no solo por el gobierno francés que era y por sus sucesores, sino hasta por los historiadores del mismo pueblo, que hoy mismo, desentendiéndose de la verdad, de la justicia, y de la razon, suponen mala amiga á la que pecó por serlo demasiado buena. Así, cuando era facil á la corte de Madrid sacar favorables condiciones de los gobiernos enemigos de Francia para entrar en liga con ellos, y cuando en medio de los reveses de las armas francesas en Italia, cualquiera cosa que distragese la atencion á los Pirineos habría causado la ruina de la república puesta en el mayor apuro y peligro, prosiguió el gobierno español en la guerra con la Gran Bretaña, de que solo desdichas y ninguna ventaja podia á la sazon prometerse. Aun, ó por mal entendido temor á los republicanos reputados formidables cuando eran ya débiles, ó por deseo de acreditarse de fiel á la amistad prometida, sobre hacer á la Francia vivas protestas de no faltarle, y hasta de estarle sinceramente devota, le dió indiscretas y no decorosas seguridades por via de fianzas de su conducta. Pretextándose que iba á hacerse una expedicion secreta contra los ingleses, pasó á Rochefort el general D. Gonzalo O-Farrill con una division de infantería española. Aportando á Cádiz una escuadra francesa, mandada por el almirante Bruix, se juntó con ella la de Mazarredo, la mas considerable que contaba España, y haciéndose á la mar ambas juntas fueron á encerrarse en el puerto de Brest, donde por cerca de tres años que aun duró la guerra siguieron. En suma, todos los recursos de la nacion española en tropas, en navíos, en dinero, estaban puestos á disposicion de su aliada, y empleados en su servicio.

Mudando el aspecto de las cosas en Francia, ya España, desaprove-

chada la ocasion de zafarse del vínculo pesado que con su vecina la unia, tuvo que llevarle cuando cada dia se iba mas convirtiendo en insufrible yugo. Escapándose de Egipto el general Bonaparte con sumo arrojo, en una fragata atravesó por las escuadras inglesas, llegó á Francia, desembarcó, fué recibido como si viniese á salvarla, pasó á París, y pronto, puesto al frente del gobierno, disuelto por sus granaderos á bayoneta calada, pero sin efusion de sangre, el cuerpo legislador de índole mas popular, no dejó á la república de tal mas que el nombre, haciéndose con el título de Primer Cónsul señor absoluto del Estado. Justificó su usurpacion venciendo y gobernando con gloria, de modo que en breves dias sacó á Francia de una situacion de abatimiento y desórden para darle no corta grandeza y prosperidad con segura esperanza de prodigiosos aumentos. Pero estos solo se conseguian á costa de la independencia de otros estados, y tocó á España hacer, si no el papel de vencida, el de allegada inferior con apariencias y realidades de servidora sumisa.

Hasta el año de 1800 la guerra con los ingleses seguia, pero sin suceso alguno notable desde los que señalaron el año de 1757 tan desgraciado, aunque compensados los reveses con algunas ventajas. Pero cuando ya asentado firme el gobierno en Francia bajo el mando de Bonaparte, faltó toda esperanza de que la corte de Madrid se separase de la alianza francesa, la Gran Bretaña avivó las hostilidades, y aun intentó llevarlas al territorio de la Península, donde era notorio que el ejército estaba falto de fuerzas hasta lo sumo. En el mes de agosto una expedicion británica fué contra el Ferrol á destruir aquel departamento de marina y la escuadra surta en el mismo puerto; pero la presuncion de los invasores y el injusto desprecio en que tenian á su enemigo causó que acometiesen aquella empresa con fuerzas cortas y desproporcionadas á su importancia. Desembarcaron mil y quinientos hombres en la playa llamada de Doñinos. A la llegada de los enemigos á la tierra de España, las partidas que habia desparramadas por la costa vecina al lugar del desembarco se reunieron con rapidez, y el capitan general del departamento, el de la provincia y el general que mandaba la escuadra concertaron sus operaciones con actividad, inteligencia y denuedo. Cedieron los invasores, y desistiendo de su propósito con flojedad indigna del ordinario valor de su nacion, se recogieron á sus buques, no sin pérdida crecida.

Poco despues una expedicion de mas poder con bastante número de tropas de desembarco se presentó á la vista del puerto de Cádiz. La ciudad de este nombre, y las poblaciones vecinas de Andalucía, inclusas las populosas de Jerez y Sevilla, estaban entonces padeciendo una cruel calamidad, habiéndose manifestado en ellas la terrible enfermedad llamada vómito negro ó prieto en la América española y fiebre amarilla en los Estados-Unidos anglo-americanos y Antillas inglesas. A fines de julio habia aparecido la enfermedad en Cádiz, siendo la opinion general que como mal pegadizo habia sido comunicada á la poblacion por la tripulacion de un barco que inficionado de ella en la Isla de Cuba no cesó de padecerla en la travesía; parecer hoy controvertido por algunos médicos, sin que esté la verdad averiguada. Ello fué que en poco tiempo fué con-

siderable el número de enfermos, muriendo en Cádiz solamente mas de ocho mil personas, no obstante haberse salido de la ciudad huyendo la parte pudiente del vecindario, de la que falleció una porcion crecida en los lugares comarcanos. Acertó á estar Cádiz sin gobernador en aquellos dias. Habia sido nombrado para el gobierno vacante D. Tomás de Morla, general con crédito de talento é instruccion, hasta gozar de un concepto muy superior á su mérito; íntegro, caprichoso, despótico, y con la tacha fea para un militar y aun para cualquier hombre, de falto de valor. No se portó sin embargo mal en aquel apuro. Acudió á Cádiz á principios de octubre, cuando si bien iba declinando la epidemia, aun acometia á los que entraban. No bien llegó se sintió con el mal, pero poco violento, de suerte que convaleció pronto. Encontró muy disminuida la guarnicion de la plaza, y aun las tropas todas de la provincia, donde habia perdido el ejército mas de tres mil muertos, y tenia aun muchos convalecientes y enfermos, porque en otras poblaciones, habiendo crecido la enfermedad despues, todavía estaba en su período de violencia. En esta situacion se presentó la expedicion inglesa con formidable aparato, componiéndose de una escuadra numeresa mandada por el almirante Keith, marino de crédito, y de un crecido número de trasportes, con veinte mil hombres de buenas tropas, que despues acreditaron su valor contra los franceses. En nada menos pensaban los ingleses que en apoderarse de la armada que estaba en el puerto, destruir el arsenal, y acaso hacerse dueños de la mal guarnecida plaza, ó imponerle cuando menos una cuantiosa contribucion por via de rescate. Morla, que presumia de escritor, y lo era mediano, envió á los generales ingleses una carta demasiado larga, en la cual les hacia presente cuán poco generoso era hostilizar á pueblos sumergidos en la calamidad de un mal acerbo y contagioso, y aun cuánto peligro para los invasores traería ello consigo. A la difusa carta del general español respondió el inglés con otra seca y dura pidiendo la entrega de la escuadra y de cuanto en el arsenal habia á trueco de abstenerse él de molestar á la poblacion. A esto repuso Morla en segunda y bien sentida y breve carta, segun debia, que estaba pronto á defenderse. Tal cual era la primera carta de Morla gustó, y la respuesta del inglés excitó la indignacion mas subida y justa. Armáronse cuantos podian llevar armas, prestó fuerzas la desesperacion, y el continente del pueblo fué propio para imponer respeto, prometiendo la mas rigcrosa resistencia. Retiróse sin llevar adelente su empresa la expedicion británica, temerosa sin duda á la par del contagio y de la defensa que de su tierra harían los españoles. Así vencedores los isleños en los mares salian vencidos ó desairados en sus tentativas contra el territorio de la Península y sus puertos.

Coincidió con estos sucesos un tratado celebrado entre España y Francia, fatal por demás á la primera. Los soberanos amaban con predilecnion á su hija María Luisa, casada con el príncipe heredero de Parma, su primo, al cual como parmesana la reina miraba tambien con cariño. Nació de allí el deseo de buscarle un buen establecimiento en Italia, y tal que tuviese la calidad de ser un trono. Negociése al intento con Bonaparte, que, acabando de alcanzar sobre sus enemigos una gran victoria

en Marengu, con ella habia adquirido el señorío de toda Italia. Consintió el dominador de Francia en dar á un príncipe de la casa de Borbon y de la rama establecida en España la Toscana, convirtiéndola en reino con el nombre del mismo pais en los dias de la antigüedad, llamándola Etruria, bien cierto de que podia recobrar aquel Estado cuando le conviniese ó acomodase con una mera órden, y entretanto gozoso por cuadrar así con su orgullo, con su vanidad y con su política, dar un cetro á un Borbon, presentando al mundo como clientes de la Francia gobernada por su superior entendimiento y su robusto poder á príncipes de la familia un tiempo soberana y despues enemiga del pueblo francés pasado á ser republicano. No daba Bonaparte de balde al rey de España un Estado que á la monarquía española de nada bueno podia servir ó si de algo, de estorbo únicamente. Exigió, pues, en pago de la Toscana ó Etruria, seis navíos de guerra, y la provincia de la Luisiana, antes francesa, dejando además, sin reclamar contra ello, que la Francia tomase posesion de la isla de Elba en Italia, y se preparase á hacerlo del ducado de Parma luego que falleciese el anciano duque. Al hacer este tratado, para España tan oneroso, pues que perdiendo la Luisiana descubría á Mégico por la parte del Nordeste, donde se acababa de levantar amenazadora la república anglo-americana, se convino entre los gobiernos español y francés, pero sin expresarlo en el tratado, que la importante provincia cedida no sería traspasada á otra potencia sino á España, en caso de querer desprenderse de ella su nuevo poseedor, cumpliendo de tal modo con el espíritu de este pacto el cónsul Bonaparte, que muy en breve vendió la Luisiana cabalmente á la república de los Estados-Unidos, estó es, á la potencia mas peligrosa para situada en aquel terreno en lo tocante al interés de su aliada.

Por el mismo tiempo cayó el ministro Urquijo, no sin sospecharse que sería tratado con rigor excesivo. Sirvió de pretexto para derribarle su pasion á las novedades segun el gusto del siglo y la contienda acalorada con la sede romana, en que habia enzarzado á la corte española. Pero la verdadera causa de la desgracia de este ministro fué que con sus buenas y malas calidades, con su deseo de independencia y su presuncion é inquietud, con sus ideas filosóficas y su lijereza y superficialidad, mal podia prestarse á ser dócil instrumento del Príncipe de la Paz, y, aunque se le doblase alguna vez, hasta entonces aspiraba con maña y en otras ocasiones con fuerza á ser su rival en todo. El privado iba volviendo á serlo tanto cuanto en los mejores tiempos de su valimiento pasado. Como hombre de poca instruccion no seguia doctrinas fijas y se oponia á la parcialidad que juzgaba serle mas contraria en cierta determinada hora, allegándose á la opuesta para buscar en ella apoyo. En los momentos de que se vá ahora hablando, creyó conveniente unirse con la inquisicion, reflexionando que al cabo el rey era devoto y la reina supersticiosa no obstante sus vicios; que el inquisidor general, hombre ilustrado, y cortesano dócil, era un instrumento flexible del cual podria servirse; y que la tiranía civil y la religiosa están estrechamente enlazadas, cuadrando por eso bien ser favorecedor de la segunda al que tenia que ser sustentáculo de la primera. Vuelto el Príncipe de la Paz á todo su poder

no quiso ejercerle como antes siendo ministro, acaso por agradar mas á su altivez ponerse sobre los ministros todos reinando y gobernando á un tiempo como súbdito primero ó en realidad de verdad como dominador de sus reyes. Encomendó, pues, el ministerio de Estado vácante por la salida de Urquijo al marido de una prima hermana suya, D. Pedro Ceballos Guerra, caballero montañés de ilustre alcurnia, de instruccion bien que no la mas amena, de no largos alcances, de honradez, pero de aquella acomodaticia que, sin consentir obrar mal por sí no se opone á que otros lo hagan en cosas de la propia incumbencia, pacato de índole y por lo mismo dócil á servir á la fuerza donde quiera que la descubría. Los demás ministros nada significaban, salvo Caballero, pero éste en el nuevo camino que iba á emprender el privado habia de ser su cooperador celoso.

La política exterior de España estaba entonces reducida á prestarse á cuanto exigiesen la Francia, y el esclarecido varon, pero hombre ambicioso é injusto que la regia; ya se le sirviese de mejor ó de peor voluntad, ya se tratase de eludir ó de obedecer con eficacia sus mandamientos. Triunfante de sus enemigos en el continente Bonaparte y habiéndoles dictado la paz, convirtió sus armas y su furor contra Inglaterra, en la cual veia una enemiga antigua del poder francés y una potencia poderosa que, favorecida por su situacion, trataba con insultante orgullo el del insigne personaje su contrario. Era uno de los mejores medios para dañar á la Gran Bretaña herirla en Portugal su fiel amigo ú obsequioso siérvc. Esto repugnaba al rey de España por varias razones antes aquí expuestas, pero en éllo tenia empeño el gobierno francés, y el de aquel dia en asuntos para él de empeño, grave ó leve, no toleraba oposicion ni aun consentia dilaciones. Vió la corte de Madrid que si no reducia á la de Portugal á declararse enemiga de los ingleses, tendría ella que declararle la guerra, ó permitir que viniesen los franceses á hacerla, á lo cual estaban resueltos, y, como para ello habrían de atravesar el territorio de la Península, era forzoso sujetarse á recibir semejantes huéspedes que trocaban su carácter donde quiera que iban por el de dominadores. Así dió la corte de Madrid pasos con la de Lisboa para reducirla á separarse de la alianza inglesa, pero el gobierno portugués, fiel á sus amigos antiguos, ó por temor ó por cálculo acertado ó errado de interés, no se prestó á lo que se le exigia, no ignorando cuánto distaban los reyes de España del deseo de hacerle violencia. Sin embargo, el mejor deseo es inútil cuando la fuerza impide darle satisfaccion, y así el gobierno español hubo de allanarse á hacer con el de la república francesa un convenio, estipulando que ambas potencias unidas procediesen contra Portugal hasta compelerle á renunciar al trato con los ingleses, y que, para fianza de que así lo haría, ocupasen tropas españolas y francesas todos los puertos de aquel reino y una cuarta parte de su territorrio hasta la época de la paz general. De este modo aun hostilizando á Portugal contra el gusto de sus reyes, no habia de sacar España provecho de aquella contienda, única que bien dirigida podría proporcionarle grandes ventajas. No trataba de esto el primer cónsul de Francia, que en todas las cosas miraba exclusiva-

mente por el provecho y brillo de la nacion que gobernaba, viendo á menudo uno y otro en la satisfaccion de su personal orgullo ó capricho, y así quiso dirigir la campaña contra Portugal sin que tocase á España otra cosa que obrar segun le fuese mandado. La corte de España á fin de libertarse del duro yugo de su aliada, procuró lograr del pueblo español que se prestase con entusiasmo á aquella guerra para lo cual tiró á excitar sus afectos de ódio contra sus vecinos. Pidiéronse recursos al clero y al comercio, y se trató de poner en pié un ejército respetable. Por desgracia el privado, que ya habia sido ministro sin aprendizaje alguno para tan delicada profesion, y era capitan general sin haber oido silbar una bala, ni mandado una compañía, ni hecho una marcha, quiso poner á prueba su valor y talento guerrero mandando las armas españolas en aquella guerra poco temible. Para esto, como si la dignidad de capitan general no le bastase, siendo entonces tan alta y conseguida por tan pocos, quiso un título y puestos nuevos, y se hizo nombrar generalísimo de todas las fuerzas españolas de tierra y mar; empleo nuevo en la monarquía y que por serlo y por no parecer necesario chocó y disgustó, dando hasta que reir ver hecho general de la marina á hombre á quien eran tan extrañas las cosas navales y que se habia acreditado de enemigo de la Real armada. Bastó que el Príncipe de la Paz mandase para que la guerra pareciese á los españoles cosa de burla y fuese mirada con poco empeño. No agradó mas á Bonaparte el nombramiento de semejante general, de quien desconfiaba aun mas de lo debido; pues sobresuponerle con razon sobrada incapaz, sin justo motivo le reputaba su contrario. Así encargó al general Gouvion-Saint-Cyr, su embajador extraordinario en la corte de Madrid, y uno de sus mas hábiles capitanes, que celase cuidadosamente, y en cuanto le fuese posible dirigiese las operaciones de la próxima campaña. Asimismo dispuso que atravesase los Pirineos un reducido ejército suyo en calidad de auxiliar, cuyo mando dió al general Leclere, su cuñado, para que atravesando las provincias septentrionales de España fuese á ponerse en la frontera de Portugal y á cooperar á la invasion de aquel reino. Entraron estas tropas en España y pasaron á acantonarse cerca de Ciudad-Rodrigo, extendiéndose hasta Zarza la Mayor por la frontera que divide á los reinos de la Península. Fueron bien recibidos los franceses, por mas que digan lo contrario los escritores de la misma nacion, y aun que acaso el demasiado exigir de los huéspedes y las disputas que nacen entre gentes de diversas naciones cuando se mezclan diesen orígen á algunas desazones, que la suspicacia ó la artera política del primer cónsul convirtieron en graves motivos de queja. Al fin se abrió la campaña. Los franceses no entraron en ella pareciendo que estaban de meros observadores, y para avivar á sus aliados si los juzgaban perezosos. Distribuyéronse las tropas españolas en tres cuerpos principales. Uno situado en Galicia no traspasó la frontera, observando á un tiempo á portugueses y á franceses, vigilancia en que solo es de reprender el motivo del cual nacia que era haber dado entrada en la Península á huéspedes tan sospechosos. Otro cuerpo español de diez mil hombres por la parte meridional de los dos reinos ve-

cinos y enemigos amenazaba á la provincia portuguesa de los Algarves. El ejército principal se reunió en las cercanías de Badajoz, y puesto el generalísimo á su frente en 20 de mayo de 1801 abrió la campaña invadiendo á Portugal. Al momento abrieron sus puertas á los invasores Olivenza y Juramenha, plazas fuertes de muy inferior órden. En la de Elvas, que es de las buenas de Europa, respondió con brío su gobernador á la intimacion de entregarse hecha por sus contrarios. La de Campo Mayor resistió nueve dias de fuego, al cabo de los cuales capituló. El ejército portugués mandado por el duque de Lafoès se replegó sobre Arronches, y viniéndole encima alguna caballería española se puso casi todo en huida, abandonando sus acantonamientos y campamentos atrincherados. Cayeron en manos de los invasores los almacenes de Florida-Roza. El general portugués, mostrando pocos deseos de pelear, se retiró hasta Abrantes, donde llegó el 8 de junio, desamparando las filas casi todos los soldados nuevos para recogerse á sus casas. Todo ello tenia las apariencias de una guerra galana con plan concertado de hacerse los combatientes el menor daño posible, y esto se creia y decia en alta voz, estimándose imposible del antiguo valor y ódio á los castellanos de los portugueses que hiciesen tan flaca defensa, y no entendiéndose cómo los españoles no sacaban mas considerable provecho de sus fáciles pero cortos triunfos. Si el público se engañó, lo ocurrido en la guerra y en la próxima paz que le puso término dió buenas razonés para que se engañase. Por la frontera de los Algarves se redujeron las hostilidades á cañonearse las baterías de una y otra nacion al través de la corriente de Guadiana, cuyo curso sirve de línea divisoria de ambos reinos, causando la inútil desgracia de morir un excelente oficial de artillería, cuya pérdida fué mas notable y sentida por haber caido en lid de tan poco empeño y en que eran las víctimas tan escasas. Por Beira esperaban los portugueses verse acometidos por los aguerridos republicanos franceses vencedores de Europa, pero estos no se movieron de sus cuarteles. Era á la sazon embajador de la república francesa en París Luciano Bonaparte, hermano del primer cónsul y poco grato á este; pues por tener mas años, haberle hecho grandes servicios y blasonar de talento é instruccion varia pretendia igualársele, por lo cual fué enviado como en destierro á la embajada de España, donde portándose con petulancia é inquietud no dió gusto al gobierno que le enviaba ni al español á cuyo lado tenia su destino. Pero este último compensaba con obsequios su falta de aficion á embajador tan elevado y asimismo tan incómodo. Luciano bullia mucho para activar las operaciones de la guerra pendiente. Con este mismo objeto y con el de no vivir mas tiempo separados del generalísimo á quien tanto amaban, dispusieron los reyes pasar á Badajoz, punto inmediato al teatro de la guerra. Esta seguia como habia empezado sin operaciones importantes, y aun sin ódio entre los combatientes; pues en Portugal los naturales en las poblaciones y campos hospedaban con agasajo á los castellanos como si hubiesen estos venido á visitarlos y no á invadirlos. En tanto el Príncipe de la Paz se creia un conquistador lleno de gloria, y deseoso de dar á aquella campaña ciertos colores de caballería, presentó la reina al ejército

en unas como andas hechas de ramas y flores, siguiendo el rey á corto trecho y dió en público á la primera como trofeo de su victoria un ramo de naranjas cogido en el territorio portugués conquistado. Tan indigno y ridículo espectáculo en que una señora de tan alta esfera y de cerca de cincuenta años de edad así se presentaba al público haciendo gala de sus flaquezas; y un privado de poco seso ostentaba neciamente su poder ridiculizándose á sí y consigo propio á su ejército por celebrar tan pobres hazañas; y un rey y esposo asistia á tal espectáculo con muestras de verle satisfecho llenaron de indignacion y desprecio los ánimos de quienes veian ó sabian miserias consideradas como afrenta del trono español y de la nacion misma. Entre esta fué llamada guerra de las naranjas la de que se vá ahora tratando, contribuyendo tanto cuanto otra cosa alguna al general descontento.

Hostilidades tales no permitian larga duracion. Carlos IV no quería la ruina de Portugal, cuyo gobierno tenian su yerno é hija en calidad de regentes, y no sin razon rehusaba hacer una conquista que, alcanzada, le causaría graves apuros, si, como habia de suceder, tenia que hacer de ella una particion con asociado como era el cónsul Bonaparte. Tampoco veia sin susto las tropas republicanas francesas dentro de España. Dió por tanto á su generalísimo y privado plenos poderes para ajustar la paz harto mas fácil que la guerra por ser mas deseada. Fueron las condiciones del tratado firmado en 6 de junio que quedase á España su conquista de la plaza de Olivenza y el territorio comarcano, adquisicion aunque reducida ventajosa por ser aquel distrito uno de los lugares por donde entraba mas contrabando, y que se restituyesen á Portugal las demás poblaciones que habia perdido, comprometiéndose el gobierno portugués á no seguir favoreciendo á la Inglaterra. Añadióse á esto declararse el rey de España garante de la integridad cabal de la monarquía portuguesa. En este tratado no entró la Francia á pesar de estar en estrecha alianza con España en aquella misma guerra y proyectada invasion, y no obstante haber asistido á los tratos el embajador francés y dado su consentimiento para que la monarquía española hiciese la paz por separado. Carlos IV, siguiendo en su doblez y por esta vez sola faltando á la fé á su aliado, se apresuró á ratificar el tratado de paz que en París como no se le ocultaba habia de ser recibido con tanto desabrimiento. El del primer cónsul fué extremado (*), rompiendo su cólera contra su mismo hermano, no menos que contra el gobierno español. Negóse á ratificar el tratado á parte que en nombre de la Francia habia firmado su hermano; amenazó aumentar el ejército del general Leclerc, no solo para seguir la guerra con Portugal, sino aun para hacerla á España, y añadiendo quejas infundadas á las legítimas, y buscando pretextos para calificar de intencion de dañar lo que era solo resistencia á obedecer; hasta soltó la especie de que aquello pararía en un trueno ó un rayo, cuadrando con su

(*) Así lo refiere M. Thiers en su Historia del Consulado y del imperio. Al hablar de estos sucesos el mismo historiador, supone al gobierno español mas faltas que las que cometió real y verdaderamente.

soberbia el símili que le representaba, como un Dios fulminando sus rayos contra quien osase faltarle á la debida reverencia. Sin embargo, pensándolo mejor, hubo de creer oportuno no extremar las cosas á punto de perder á un aliado tan complaciente y por sus condescendencias tan provechoso. Aplacada, pues, en Bonaparte la ira, aun consintió en aceptar la mediacion del rey de España entre la república francesa y Portugal, para renovar las rotas negociaciones, y siguiéndose en estas se firmó nuevo tratado de paz entre los gobiernos francés y portugués en Madrid en 20 de setiembre de 1801, siendo las condiciones las mismas ostensiblemente que las de la anterior; pero agregándoseles un artículo secreto por el cual la pobre monarquía portuguesa habia de pagar á la rica y poderosa Francia veinte y cinco millones de francos, pago exigido y hecho sin demora. Bien deseaba Bonaparte no sacar todavía de España sus tropas, pero como estas hallasen escaso el sustento, hubieron de retirarse á su pais á paso perezoso.

Mientras ocurrian estos sucesos una desdicha nueva señaló la guerra en los mares. Habia recorrido el Meditarráneo una corta escuadra francesa, é intentando entrarse en el puerto de Cádiz viendo cerca á los enemigos se recogió á la abierta ensenada de Aljeciras. Siguiéronla los ingleses, y con temeraria imprudencia trataron de apresarla estando anclada y protegida por los fuegos de la costa. Los franceses, á quienes nunca falta valor, aunque sí confianza en los combates navales, no teniendo que maniobrar se defendieron con denuedo y los soberbios marinos británicos irritados de tan inesperada resistencia, llevando casi á locura su empeño, hubieron de aproximarse demasiado á la costa, de que resultó barar un navío de línea y tener que entregarse y retirarse los demas rechazados y mal trechos. Llenáronse de orgullo los franceses, y no sin algun motivo, al verse vencedores en la mar y que un navío de guerra inglés les habia arriado bandera. Resolvióse, pues, llevar adelante las operaciones. Aunque vencedores los franceses en el combate de Aljeciras, los que allí habian peleado eran cortos en número para aventurarse á hacerse á la mar estando cercana una escuadra inglesa considerable. Determinóse, pues, que la escuadra española surta en Cádiz, escasa en fuerza por estar en Brest la principal del mismo departamento, pero que contaba dos navíos de tres puentes entre los pocos de que se componia, agregándosele el navío San Antonio, dado por España á Francia y ya con la tripulacion y bandera de sus nuevos dueños, saliesen para Aljeciras á juntarse con las fuerzas que allí estaban ufanas de su victoria pero estropeadas del combate. Ejecutóse con felicidad y sin tropiezo la primera operacion de reunirse las escuadras aliadas en Aljeciras, desde donde salieron juntas para fondear de nuevo en Cádiz. Mandaba la division española el general D. Juan Joaquin Moreno, hombre en quien no faltaba buen valor, p ro sí juicio. Conformándose á un uso antiguo y autorizado por la ordenanza pero no seguido ya, se trasbordó á una fragata para dirigir desde ella mejor las maniobras si ocurriese un combate. Cerró la noche con bastante oscuridad, cuando venian navegando por el estrecho de Gibraltar con rumbo al Océano los españoles y fran-

ceses. De repente rompió el fuego entre las tinieblas, descubriéndose que estaban los ingleses entre sus contrarios. De allí á poco llamas crecidas avisaron que se estaba abrasando un buque de gran porte, y pocos momentos despues segundo incendio declaró ser doblada la desdicha. Siguiéronse dos tremendas explosiones, seña cierta de haberse volado los dos navíos en que habia prendido el fuego. Volvieron las tinieblas, y con ellas todo fué confusion, cañoneándose los buques á bulto, ignorándose la causa y circunstancias del recien ocurrido desastre. La luz del dia descubrió que habia perdido España sus dos navíos de tres puentes, el Real Carlos y el San Hermenegildo, sin que hasta hoy haya sido posible averiguar á punto fijo cómo vino á suceder tan lastimosa trajedia no pasando cuanto de ella se refiere de suposicion mas ó menos fundada. Recogióse á Cádiz lo que restaba de la escuadra, menos el navío San Antonio, que cayó en poder de los ingleses, habiendo estado en el de los franceses solo breves dias. Consoláronse estos de su pérdida con la memoria de su triunfo en Aljeciras, y con ponderadas relaciones de las proezas de uno de sus navíos, que al recogerse á Cádiz, acometido por los ingleses, disparando varias andanadas á sus enemigos logró ponerse en salvo. Pero para la desdichada marina española toda fué pérdida pura pagando otra vez harto caramente por su imprudente alianza.

En paz ya todo el continente y cedida la Toscana vuelta en reino de Etruria al heredero de Parma, pasó este con su mujer á tomar posesion de su nueva corona. Pero prefiriendo los nuevos reyes el viaje por tierra al de mar, tuvieron que atravesar la Francia, lo cual dió motivo al primer cónsul de presentar á los franceses un espectáculo singular y el mas propio para acred tar cuán robusto era su gobierno. Llamó á París á aquellos soberanos, y los recibió con esmerado agasajo, complaciéndose en presentar á los franceses unos príncipes de la familia de Borbon, que por tantos años los habia gobernado residiendo en la misma capital sin peligro; mero objeto de curiosidad y hasta cierto punto de desprecio por ser el príncipe italiano de cortos alcances y ninguna instruccion, y su mujer nada mejor, y ponerse en cotejo personajes de tan poco valer con el hombre esclarecido al amparo de cuyo superior entendimiento existia Francia victoriosa, tranquila y bien gobernada. Aprovechaba asimismo Bonaparte la ocasion de atraerse mas la voluntad de la corte de España con sus halagos, hablando de la necesidad dé estrechar mas los lazos que á ambos gobiernos unian, y satisfaciendo á la corte de Madrid en sus deseos de engrandecimienio de su familia con procurar que el rey de Etruria fuese reconocido por tal por varias potencias, y con dejarle por algun tiempo sobre sus estados nuevos el ducado de Parma que habia sido de sus padres. Así España, sin gusto de su gobierno y con indiferencia por parte del pueblo, seguia enlazada al gobierno francés padeciendo el perjuicio que traen á los inferiores enlaces desiguales. Lo que mas ocupaba á los españoles era la conducta de su propio gobierno, á cada momento mas aborrecido y que merecia en gran parte, pero en verdad no en todo, el odio que inspiraba. Ciertamente, en la falta de plan y contínuo deseo de mudanzas de la corte y del privado de quienes eran los ministros meros

servidores obsequiosos, á veces se emprendian reformas útiles, pero aun estas solian abandonarse ó viciarse por el modo de llevarlas á efecto, sin contar con que se acometian y llevaban á remate otras variaciones de sistema en todos los ramos, ó frívolas é hijas de mero capricho, ó positivamente perjudiciales. Si algunos hombres de talento é instruccion eran protegidos, otros en cambio se veian tratados con injusto y bárbaro rigor. Urquijo llevó la pena de haber sido reformador, porque con esta calidad habia hermanado una conducta poco favorable al valido prepotente. Pero la persecucion mas severa y la que mas desacreditó al gobierno fué la del ilustre Jovellanos. El instrumento de esta crueldad fué el ministro Caballero, que se prestó á ella de muy buen grado, pero el motor principal fué el Príncipe de la Paz, por mas que de ella se disculpe en sus memorias. Sin duda debia él mirar como un ingrato á Jovellanos, pues no calculando los motivos hijos de amor á su patria porque este habia contribuido á separarle del ministerio, solo veia en él á un hombre, que, habiendo recibido favores, habia en pago dádole pruebas de enemistad amarga. Pero aun así no justificaba cosa alguna que agravios privados se vengasen á costa de la justicia, y chocaba mas que se hiciese en un hombre distinguido, y de las glorias principales de su patria. Jovellanos fué preso, tratado con dureza, trasladado de uno á otro encierro, embarcado y encerrado al fin en un castillo en la isla de Mallorca. Desde allí con noble entereza pidió justicia al rey, aun contra su mismo privado, si no nombrandole, señalándole á las claras en dos representaciones bien sentidas y escritas, modelos admirados de elocuencia, cuando no sonaba otra voz, declarando en hermoso lenguaje, altos pensamientos que la de aquel hombre erguido cuando todos se postraban, y hablando alto mientras de puro temor todos estaban sumidos en profundo silencio. Mas dañó al Príncipe de la Paz aquella voz de un cautivo que dañan los mas atroces libelos á otros hombres encumbrados. Bien pagó el valido este mal hecho suyo, pues habiéndose en él solo acreditado de perseguidor acerbo, perdió el concepto de que en general es merecedor de haber sido parco en perjudicar á sus contrarios, pues cotejada la suma de sus venganzas con la de su poder, mas que por otra cosa debe ser tenido por de condicion propensa, si no á olvidar, á no castigar con dureza las injurias á su persona.

El gobierno español, en tanto, concluida la paz con Portugal, volvió á su antiguo estado. Tambien la guerra con la Gran Bretaña prometia ser de breve duracion. El poder inglés no estaba quebrantado pero sí exhausto, y habia menester descanso aunque breve. No le necesitaba menos Francia, cuyo dominador, digno de toda gloria, si no aspirase demasiado y con excesivo ímpetu á todas por cualesquiera medios, aspiraba al lauro de pacificador entre los muchos que le adornaban. Las dos principales potencias beligerantes, cada cual en su elemento, estaban victoriosas, pero ambas habian corrido peligros, y aun estaban expuestas á algunos, si no graves, tampoco leves. Inglaterra habia visto formarse contra ella una liga en el Norte que habia tenido la fortuna de desbaratar con una victoria, aunque incompleta bien aprovechada, de Nelson, y con

una mudanza de soberano en Rusia. El primer cónsul francés, cuya potestad absoluta de extenderse solo á diez años, habia pasado á dilatarse tanto cuanto su vida, gozando ya de la autoridad de los monarcas mas despóticos, se vió á pique de perecer de resultas de una máquina llena de pólvora dispuesta para volarse al acercarse él en su coche, y que por haberse diferido breves instantes su explosion, dejándole salvo, solo mató á unos pocos inocentes; por lo cual y por otras circunstancias miraba en la paz general el único puerto de su salvacion y de la del estado que regia. En Inglaterra el vigoroso ministerio á que daba nombre y de que era cabeza Mr. Pitt, y el cual habia seguido la guerra con ardoroso empeño, y si con fortuna en los mares y colonias con desgracia en general por haber producido el monstruoso engrandecimiento de su contrario, acababa de retirarse voluntariamente, en la apariencia y acaso en la realidad por no haberse prestado el rey Jorje III á sus ideas favorables á la concesion de ciertos derechos políticos á los católicos de Irlanda, y en la opinion de muchos ingleses, porque viendo inevitable la paz quería que la firmasen otras manos no tan sospechosas al enemigo, y sobre las cuales cayese el crédito ó descrédito que naciese de las consecuencias de la paz misma una vez hecha y experimentada. Un ministerio débil, no sacado de la parcialidad opuesta al anterior, sino de servidores del mismo, aunque grato al rey corto en concepto y poder, dirigia los negocios de la Gran Bretaña. Entabláronse tratos entre esta y Francia, y como el deseo era de ajustar la paz, se allanaron los inconvenientes que la negociacion presentó. En ella entró España como mero satélite de Francia, y para vencer dificultades entre su poderosa aliada y su no menos fuerte enemiga, se resolvieron algunas á su costa, obligándola á ceder á la Inglaterra la isla de la Trinidad de Barlovento, que por el lugar en que está situada puesta en manos de una potencia extranjera y no amiga, daba á esta gran poder é influjo en el vecino continente americano. Tal cual era la paz fué recibida con regocijo, porque de la continuacion de las hostilidades solo podian seguirse desventuras, sin divisarse objeto alguno que prometiese ventajas. La situacion de España habia venido á ser triste en verdad, porque sus recursos interiores no le consentian hacer, sin recibir grave perjuicio, los esfuerzos consiguientes á tan continuadas guerras. Su gobierno combatido por opuestos pensamientos persistia en no seguir rumbo fijo, y con lo incierto, vario y mal concertado de su conducta hacia tanto daño cuanto habría resultado de un mal sistema seguido con empeño y teson, y se acarreaba mas desconcepto porque no creaba fé ni aun en errores. Enmendaba abusos antiguos, y los creaba nuevos, ó deshacia su propia obra restableciendo los que habia desterrado. Así se introducia en las tropas una táctica nueva, copiada en parte de la francesa, y dispuesta por el entendido general Pardo de Figueroa, y al mismo tiempo se tenia repugnancia á juntar las tropas para ejercitarlas en grandes maniobras militares por evitar cualquiera cosa que hiciese ruido. Verificábase la venta de los bienes de obras pias con disgusto de la gente devota, y se conservaba la inquisicion con dolor de los hombres ilustrados, empleándola además en

negocios de Estado, con lo cual se la hacia perder en el respeto del vulgo. Habíase dispuesto uniformar las cosas de la monarquía entera, y para el intento entre otras providencias se dictó la de que se extendiese al reino de Valencia el útil servicio de las milicias provinciales; y, naciendo de ello disgustos y hasta alborotos de los valencianos, cedió el gobierno declarando que no pensaba en lo que se habia propuesto, ni establecería las milicias donde no cuadrasen con las aficiones, ocupaciones y costumbres de los habitantes. Otro alboroto en Vizcaya fué sosegado con derramamiento de sangre, pero sin adquirir el gobierno mas fuerza que la que tenia en aquella provincia. De resultas de todo la nacion estaba descontenta, postrada, abominando lo presente, deseosa de un remedio, sin acertar cual le convenia, discordes en este punto los deseos segun eran las opiniones y el interés de los malcontentos; perdido en suma todo cuanto dá á los pueblos robustez al paso que todo cuanto les proporciona prosperidad de cualquiera clase.

No obstante tan mísero estado, no dejaron de sentirse algunas de las benéficas consecuencias que la paz trae consigo. No bien fué firmada á principios de 1802, cuando, quedando franca y expedita la comunicacion de España con América, empezaron á venir á la Península los copiosos productos de las ricas minas americanas que en aquellos dias habian tenido considerable aumento. Remediáronse con esto las necesidades del real Erario en mucha parte, y se avivó no poco el comercio. En el puerto de Cádiz, emporio comercial de España y principal punto de comunicacion con las colonias, se manifestaron síntomas antes nunca vistos de riqueza. Desaprovechábanse estos bienes con el mal gobierno. Derrochaba la corte siguiendo en general como antes ceñuda y triste, pasando pocos dias en Madrid y casi todo el año en los sitios reales, sin fiestas, con un lujo bárbaro, cuyos malos efectos no doraba el buen gusto con una ostentacion fina.

En punto á la política extranjera discurría el gobierno con acierto no volver á mezclarse en la guerra entre Francia y la Gran Bretaña si otra vez rompia; pero por desgracia no estaba ya en su mano abrazar tan juiciosa conducta, pues el hombre que gobernaba á Francia no consentia á España salir de la situacion de dependencia en que se habia colocado. No lo pedia entonces la opinion popular desvariadamente favorable á la alianza francesa, porque como lo que se permitia imprimir en política todo era hiperbólicas alabanzas del alindo de España, y como Bonaparte por sí tenia méritos suficientes para grangearse arrebatada admiracion y vehemente afecto, los que no comprendian los fines de su política se dejaban llevar por la estimacion á su persona y aprobacion de sus grandes hechos y aciertos, venerándose en él al restablecedor de los altares á la par que al general victorioso y al representante de los adelantamientos del siglo; por ignorarse que tiraba á contenerlos, á la par que al firme y acertado gobernador cuya cabeza y brazo tenian á raya á todos los partidos, convirtiendo en nacion unida, obediente y próspera á la que antes despedazada en bandos é indócil á todo freno aun entre los triunfos de sus armas era en su interior todo desconcierto y padecia varios linages de desdicha.

Así pagaba la corte la pena de sus yerros pasados. Pretendia en tanto con política aguda, y en que habría habido acierto, si pudiese haberle en procurar lo que sería útil pero no asequible, dar fuerza á la casa de Borbon en Italia, buscando en su grandeza allí alianzas para la monarquía española. Para lograrlo se estrechaba con los príncipes de Nápoles, y contaba con la fuerza del mal asentado reino de Etruria. Habia asimismo la corte de España entrado en tratos con algunos personages de la república llamada de Italia, que comprendia gran parte de la Península italiana, los cuales, ansiosos de gozar de una independencia real y verdadera, procuraban zafarse del yugo francés ya que lo estaban del aleman, sin considerar que su república facticia habia de desaparecer si decaia el poder de la Francia que la habia creado, y era su único apoyo. Sueños eran estos formados en la época de la paz que por fuerza babian de desvanecerse al primer nuevo soplo del viento de la guerra.

El Príncipe de Asturias, heredero de la monarquía, recien hecha la paz con Inglaterra, contaba poco mas de diez y siete años; pero se trataba ya de casarle, siendo comun hacerlo los príncipes en edad muy temprana. Por uno de los caprichos mugeriles mas comunes que en otras en las que son de poco arreglada conducta, la reina su madre le miraba con desvío, algo despues pasado á ser odio. El rey, dócil á su mujer, y por otra parte poco capaz de amor paternal, participaba de aquel desafecto al príncipe. Este, mal instruido, y de condicion violenta, aunque mero juguete en ajenas manos, ya deseaba algun influjo en el gobierno, y aborrecia al privado por mil razones, y entre otras por la de titularse príncipe, quitándole el derecho exclusivo de gozar de este título en España. Dispúsose su casamiento con una princesa de Nápoles, su prima-hermana, al paso que su hermana la infanta Doña Isabel habia de ser mujer del príncipe heredero de la corona de las Dos Sicilias. Ajustadas estas reales bodas, fué la corte de España á solemnizarlas á Barcelona, á donde habian de aportar los novios de la real familia napolitana. Vino á la misma ciudad á verse con sus padres la reina de Etruria acompañándole su consorte, uno y otro nada contentos en su nuevo trono, donde no eran queridos del pueblo ni merecian serlo por su conducta. La concurrencia de la corte en toda su pompa, de dos escuadras; una procedente de Nápoles mandada por el marqués del Socorro, y otra que venia de Liorna al mando del general don Domingo de Navas; de una lucida y numerosa guarnicion en lo que cabia en el ejército español de aquel tiempo; y de numerosas turbas que de España y aun de los vecinos reinos acudian á presenciar aquellas festividades, juntamente con los lucidos obsequios que hizo á los soberanos y á los príncipes extranjeros el pueblo barcelonés, formaron un espectáculo sin igual en España por su lucimiento desde muchos años hasta entonces, deslumbrando al pueblo con su brillo á punto de hacerle olvidar por breves dias sus verdaderos males y acerbo disgusto. Al mismo tiempo el primer cónsul, á la sazon en paz con el mundo todo, no pudiendo exigir de España otros sacrificios, le sacó el de varias cabezas de su mejor ganado lanar y caballar que era política española mas ó menos acertada no dejar salir

del reino, de suerte que hasta en pequeñeces tales se violentaba la voluntad del gobierno español obligándole á desentenderse de sus propias leyes.

Verificado el enlace del príncipe, salió la corte de Barcelona, y recorriendo las provincias orientales de España se detuvo algunos dias en Valencia y Cartagena de Levante, volviéndose luego á Madrid y á su vivir antiguo. Poco despues en solemnidad de las bodas hubo fiestas Reales con gran pompa, que sirvió de distraer por dos ó tres dias al público y de ponerle delante á sus reyes, á los cuales solia ver poco.

La nueva princesa de Asturias no carecia, segun afirman, de talento, aunque su educacion no pudo ser la mejor. Amaba á su marido, y le dominaba, y, siendo ambiciosa y no de buena índole, aunque por otro lado de virtud, le inspiraba horror á una corte corrompida, y deseos de poner freno ó fin al desórden existente mezclándose en el gobierno. Sabedora de esto la reina le cobró odio violento, y el pueblo por esto mismo dió en adorarla y en creerla un dechado de perfeccion, con lo cual avivó el aborrecimiento de que eran blanco los dos esposos jóvenes y desdichados por parte de sus padres y del valido omnipotente. Así se iban preparando en las disensiones de la real familia las públicas desventuras en que habian de pagar con tantos estragos y llanto los pobres pueblos los delirios de sus monarcas.

En vez de las anteriores frecuentes mudanzas de ministros, por algun tiempo apenas las hubo, salvo en el ministerio de Marina, entendiéndose que los que habia eran meros ejecutores de la voluntad del Príncipe de la Paz, señor del reino.

Si de España solo hubiese dependido mantenerse en paz, probable es que en algunos años no se habría arrojado á nueva guerra; pero, no siendo dueña de sus acciones, conducta tan juiciosa le era imposible, y así le tocó antes que á otros Estados la dura necesidad de tomar otra vez las armas. A poco de haberse hecho la paz en Amiens se vió que Francia é Inglaterra no podian pasar sin disputarse el imperio del mundo. La primera empezó á ingerirse en los negocios de los Estados vecinos con nunca vista altivez, á agregarse tierras que antes eran reinos y á dictar constituciones que ponian á otras potencias en verdadero vasallage. La segunda se negó á ejecutar el tratado de paz, no queriendo entregar lo que por él se habia obligado á ceder, cuando vió engrandecerse desmedidamente á su rival, si no á su costa, á la de los Estados neutrales. Pocos dias mediaron entre haber cesado las hostilidades y empezar entre los periódicos de una y otra nacion una guerra de insultos y provocaciones. Bonaparte, nada sufrido, quiso acallar á los escritores ingleses con imperio, desconociendo la libertad de imprimir que es parte de las leyes de la Gran Bretaña. Esta paz insegura tampoco se dilató mucho, y á los dos años de haber cesado la guerra entre aquellos poderoros contrarios, volvió á encenderse con mas exasperacion de ánimo entre los combatientes que en otra ocasion alguna. No bien se renovaron las hostilidades cuando el gobierno francés intimó con arrogancia al español que le diese ayuda en virtud del tratado de San Ildefonso de 1796 que los ligaba en

alianza ofensiva y defensiva. Dudoso era que á tanto alcanzasen las estipulaciones del tratado, pues ni aun el mismo pacto de familia obligaba á España á mezclarse en todas cuantas guerras emprendiese Francia por mero capricho; pero no habia ya para qué pensar en si los pactos existentes comprometian á mas ó á menos, sino en que Francia era poderosa y exigia obediencia á España venida á suma flaqueza. Sin embargo, al mismo gobierno francés no era perjudicial la neutralidad española, si, siendo solo aparente, le proporcionaba socorros de un aliado que manteniéndose en fingida paz los diese sin poder ser ofendido. Al gobierno español llenó de fundado miedo la idea de emprender una guerra en su situacion de apuro, y de la cual infaliblemente solo se seguirían desdichas. El Príncipe de la Paz en esta ocasion manifestó cierto grado de aliento y tino que de cuando en cuando asomaba en sus ideas, y opinó por dar al tratado de San Idefonso su interpretacion verdadera, no extendiendo la alianza á mas casos de guerra que á aquellos á que alcanzaba en el tiempo del directorio ó del pacto de familia, y aun insinuó que bien podría España en vez de constituirse beligerante proponerse por mediadora, y hasta llegar á ponerse en neutralidad armada. Semejante proceder, si se hubiese seguido, habría llevado á un guerra con Francia, y Carlos IV temeroso de esta y de Inglaterra, pero mas de la primera que de la segunda, por esta vez desestimó las propuestas de su privado, é hizo otras al gobierno francés, cuya aceptacion no era dificil, pues se comprometió á ayudar á la guerra con un subsidio de seis millones de reales al mes, asegurando así á su aliado el socorro de las ricas minas de América sin temor de que impidiesen el paso á sus productos los ingleses. Avínose el primer cónsul á una proposicion para él tan ventajosa, y que para España asimismo era preferible á la guerra, si hubiese podido esperarse que la Gran Bretaña consintiese largo tiempo una conducta por la cual un enemigo mal embozado la hería á mansalva. Disimuló con todo este proceder el gobierno inglés, débil á la sazon por el poco brio y acierto de los que eran ministros, y atento solo á defenderse del desembarco con que amenazaba Bonaparte al territorio de la Gran Bretaña. No se interrumpió, pues, en un grado considerable la felicidad de que España gozaba con la paz, si bien ponia en bastante ahogo á su angustiado tesoro la saca de la cuantiosa suma que tenia que pagar á su aliada; acreedora dura, pues llevaba á mal la menor morosidad en el pago. Esto no obstante el estado de la hacienda iba mejorando notablemente. En 1803 subia la amortizacion de los vales á doscientos cincuenta millones de reales de vellon, y se pagaban con bastante exactitud los réditos de la deuda. Pero en 1803 y el siguiente año de 1804 vinieron á caer sobre el pueblo español nuevas é impensadas calamidades, hijas no de faltas de los hombres, sino de disposiciones de la divina Providencia. En el invierno del uno al otro de los dos años citados, copiosísimas lluvias destruyeron las siembras, causando con la mala cosecha una hambre y miseria extremadas. De resultas de esta, ó por otras causas de la estacion, aparecieron en Castilla calenturas malignas, produciendo grandísimo estrago. La fiebre amarilla, que desde su aparicion y destrozos en Andalu-

cía en 1800 habia reinado en Medinasidonia en 1801 y en Málaga en 1803, reproduciéndose en esta última ciudad á fines del verano de 1804, se dilató por las costas del Mediterráneo hasta invadir á Cartagena y Alicante, y por las del Océano hasta Cádiz, donde sintieron sus rigores todos cuantos cuatro años antes no la habian padecido, y penetró por las partes de Andalucía á donde no habia llegado en 1800, asolando los reinos de Granada y de Córdoba. El gobierno de Madrid temeroso por demás del contagio envió tropas en bastante número á formar cordones sanitarios. En medio de tantos apuros é infortunios la calamidad de la guerra, que en balde se procuraba alejar, vino á colmar las públicas desventuras.

Como se ha dicho, la alianza de España con Francia, siendo para la primera una servidumbre, era para Inglaterra un daño intolerable. No se ocultaba esto al gobierno de Madrid; pero aspiraba á salir por el pronto de apuros del modo menos malo posible. Por un lado el gobierno francés, no contento de todo cuanto en su favor se hacia, con arrogante inconsideracion pedia mas, daba quejas, y hacia amenazas. Por el lado opuesto el gobierno británico declaraba que no podia sufrir por mas tiempo la guerra sorda y segura que España le hacia. En Madrid el gobierno estaba inquieto, dudoso, movido y apretado por opuestos influjos que en los negocios interiores y exteriores le empujaban á contrarias sendas. Unos pedian reformas conformes á la índole de los tiempos, y otros se oponian á ellas y aconsejaban perseguir á quienes las sustentaban, y alternándose en dar satisfaccion á unos y á otros á nadie se daba cumplida, y en todos se producia descontento. El príncipe de Asturias en su retiro y poco menos que preso con su mujer, tenia sin embargo su corte que, excitando su resentimiento y ambicion, si no llegaba á conspirar, en poco menos se quedaba. Un partido entendido junto con algunos fanáticos enemigos de las novedades de que era Francia representante y promovedora por diferentes motivos y con diversos fines, proponia ponerse de buen acuerdo con Inglaterra, ya por creer amenazadas la independencia y honra de la nacion española, ya por odio á la revolucion francesa y deseos de resistir al nuevo y robusto poder de ella nacido, y sustentador hasta cierto punto de sus doctrinas é intereses. Otros deslumbrados por la gloria de la Francia, ó considerando su causa idéntica con la de las reformas, querían que se estrechase con ella la alianza, y que, hecha causa comun la de una y otra nacion, los triunfos de una lo fuesen de ambas, así como las resultas que ellos diesen. Lo comun de las gentes, inclusa gran parte del clero, tomando sus ideas políticas de la Gaceta de Madrid y del Mercurio, veian en Bonaparte un modelo no solo de superior entendimiento y fortuna, sino de justicia é intencion sana, y deseaban que siguiese su patria unida con tan poderoso y recto aliado. Ni bastó á indignar á la corte ó á exasperar al pueblo español, todavía tan amante del trono, el haber Bonaparte mandado alcabucear violentamente y casi sin juzgarle despues de haberle arrebatado de un territorio extranjero y neutral al príncipe de la casa de Borbon, duque de Enguien, suponiéndole sin razon participante en una conjuracion para restablecer el trono

de su familia dando muerte al primer cónsul. La corte, aunque sabia las circunstancias de este hecho atroz, callaba por miedo, y el pueblo, al cual se le pintaba desfigurado, se alucinó á punto de no darle grande importancia. Siguióse ceñirse Napoleon Bonaparte la corona cuya autoridad ya tenia, tomando el título de emperador de los franceses, y Carlos IV se apresuró á reconocer la nueva dignidad de su aliado cuando este acababa de teñir sus manos con sangre de Borbones. Cuando así iban los negocios en el continente, cayó en Inglaterra el débil ministerio que la gobernaba, volviendo al mando el célebre Guillermo Pitt, como elevado mas que por el Real nombramiento por el voto de la mayor parte de la poblacion británica. No bien se encargó del gobierno este ministro, cuando declaró que no podia consentir á España que siguiese en su engañosa neutralidad, juzgando y diciendo con fundamento que mas valia tenerla por enemiga que dejarle auxiliar á la Francia con todo linage de medios menos el de sus escuadras, ya muy debilitadas. En Madrid aumentó este nuevo tono del gobierno inglés la angustia en que se vivia. Dícese que la princesa de Asturias, amante de su familia, daba á saber á su madre, acérrima enemiga de la Francia, todo cuanto en España se hacia y meditaba, y que la reina de Nápoles comunicaba al gobierno inglés lo que por conducto de su hija llegaba á su noticia. Por otra parte el auxilio pecuniario prometido á Francia era pagado con poca puntualidad, y el emperador Napoleon, con su acostumbrada soberbia y vehemencia, amenazaba con el mas extremado rigor si no se le socorria bien y prontamente. En la imposibilidad de seguir en paz con las dos naciones enemigas tan violentas, el gobierno de Carlos IV procuraba alucinarse, y trataba cuando menos de alejar el peligro si no podia enteramente desvanecerle; ya mandando hacer armamentos marítimos, ya dando órden de desarmar, halagando á Inglaterra y á Francia, y prometiendo á la primera ventajas para su comercio y los productos de su industria, al paso que á la segunda los concedia. Si Napoleon no era hombre que se contentase con poco, ni á quien fuese fácil entretener hasta distraerle de su propósito, tampoco el temple de Pitt era tal que pudiese ser provocado ó burlado. El ministro inglés se arrojó, pues, á un acto que nada alcanza á justificar, echando un feísimo borron sobre su fama y la del gobierno y pueblo británico, con resolverse á empezar las hostilidades contra España sin declararle antes la guerra, y dispuso que por el almirantazgo se expidiesen con sigilo órdenes para caer sobre los buques con bandera española en todos los mares hasta apresarlos ó echarlos á pique, sin exceptuar de este rigor ni á los que midiesen menos de cien toneladas. Aumentó atrocidad á esta accion que mientras así fraguaban los ingleses la destruccion de las haciendas y vidas de los españoles, estaban en los puertos de España sus buques tratados como amigos. Llegó el momento de la ejecucion de este atentado. Habian salido del Rio de la Plata para el puerto de Cádiz cuatro fragatas de guerra con caudales, y navegando con la plena seguridad que la paz inspira, no venian preparadas á un combate. Salteáronlas de repente cuatro fragatas británicas intimándoles que se entregasen con su rico cargamento, siendo sobra de orgullo ó de descui-

do no haber empleado para este acto suficientes fuerzas, pues con ser estas tales que ni en la apariencia permitiesen resistirles, se habría ahorrado la efusion de sangre, al paso que fuerzas iguales en cantidad obligaban por honor del propio pabellon á no arriar bandera sin prévio combate, y el estado relativo de unos y otros buques por fuerza habría de causar la derrota y rendicion de los que venian desprevenidos. Respondieron, pues, los españoles á los ingleses con el fuego de sus cañones, mas por volver por su honra que con esperanza alguna. A poco de empezarse la pelea se voló la fragata española Mercedes, cargada por desgracia de pasageros, y una señora con sus hijos que, fiada en ser tiempo de paz, se habia resuelto á hacer aquel viaje pereció, mientras su marido, oficial de la real armada con su hijo mayor embarcado en otro de los cuatro buques, presenciaba aquella tragedia. Al cabo arriaron bandera las tres fragatas restantes, harto mal tratadas, despues de haber hecho una defensa decorosa. Coincidió con este hecho de piratería otros de igual índole; pero siendo buques mercantes ó de transporte los españoles asaltados y apresados, á lo menos no derramaron sangre los injustos apresadores. Todavía el gobierno británico, vituperado por toda Europa y por no pocos de su misma nacion, aunque aprobando su hecho la mayor parte de los ingleses, intentó abonar su conducta pretendiendo que solo se echaba sobre aquellos buques para tenerlos en depósito y como fianza de que España guardaría en la guerra una neutralidad verdadera. Habia caido en poder de los cruceros ingleses un regimiento español que iba de guarnicion á las islas Baleares, y de él tambien hicieron presa los ingleses, como si entre él y el español estuviese declarada la guerra.

Fué grande la consternacion de la corte de Madrid al verse así acometida y afrentada cuando sus ahogos habian llegado á lo sumo. Cabalmente en aquella misma hora estaba asolando la fiebre amarilla á la Andalucía y parte de Murcia, y las calenturas malignas á ambas Castillas, y el hambre dejándose sentir con rigor, agregándose á ello que fuertes y frecuentes terremotos en el reino de Granada destruian algunas poblaciones, y llenaban de pavor y congoja á todas. La supersticion excitada con estas desdichas acrecentó el universal disgusto, viendo las gentes piadosas en los males públicos castigos del cielo por los vicios de la corte, y aun por reformas saludables dispuestas por el gobierno, como era la venta de los bienes de obras pias hecha hasta con autorizacion de la Santa Sede. No sabian Carlos IV, su privado y sus ministros qué hacer, faltos de fuerzas, desconfiando con razon de los franceses, viendo mancillado por los ingleses el honor de la nacion, hasta un punto que no dejaba lugar al disimulo, si no dándole las apariencias y aun la realidad de infame cobardía. Sin embargo, no fué declarada la guerra al saberse el apresamiento de las fragatas y otras violencias de la misma clase. Dolia á la corte perder las ventajas de la paz cuando estaba empeñada con feliz éxito en la obra de la amortizacion de la deuda que habia llevado hasta á cerca de trescientos millones de reales, y cuando las calamidades públicas considerabilísimas á la sazon, con la guerra por fuerza habrían de agravarse. Mas de un mes se pasó entre estas irresoluciones, negocian-

dose en Lóndres y Madrid con poco fruto, y portándose la Inglaterra con tan injusta soberbia, que aun su embajador en España Mr. Frére, amante sobremanera del pais donde estaba, y de su literatura que conocia cual pocos, y conexionado con todos los españoles de mas valia por diversos títulos, estuvo duro y descortés, y hasta salió para su patria sin dar respuesta á las notas que el gobierno español le pasaba, habiendo tenido con el Príncipe de la Paz una conferencia en que acalorados ambos casi llegaron á injuriarse mútuamente.

En tanto, por un lado la Francia pedia á España que se vengase del comun enemigo, y por la otra parte ofendido el pundonor español con no menos altos acentos clamaba por desagravio pronto y completo. Húbose, pues, de declarar la guerra por parte de España á la Gran Bretaña en un juicioso y bien escrito manifiesto, bien que difícil era en quien tan de su parte tenia la justicia con mediana habilidad siquiera no dar buenas razones. Recibieron los españoles con gusto aquella declaracion, y los pocos parciales que aun conservaba Inglaterra, hubieron de callar intimidados ó confusos, al paso que algunos aprobaban con dolor la satisfaccion que iba á tomarse del agravio llevado, conociendo cuán funestas consecuencias traería, lamentando que se hubiese venido á tal extremo, y con todo eso persuadidos de que debiéndose anteponer á todo el honor de una nacion como el de una persona, se hacia necesario blandir las armas contra quien habia hecho á España tan violento insulto. Acordes, pues, en aquella ocasion, gobierno y pueblo unos aplaudian que se estrechase la union con los franceses, otros se resignaban á ello, y todos lo consideraban necesaria consecuencia de las recien emprendidas hostilidades. El Príncipe de la Paz en su calidad de generalísimo de mar y tierra, hizo una alocucion ó proclama al ejército y al pueblo, pero en tan desatinado tono y con tan singulares expresiones (*) que movió á risa en ocasion de tanta formalidad, siendo tal su desgracia que ni en aquel caso cuando iba tan conforme con el público deseo acertó á escapar libre de censura. El año de 1805 empezó España á hacer esfuerzos notables. Armóse una escuadra bastante numerosa, considerando cuán decaida estaba la marina; reforzóse el ejército por todos los medios posibles; armáronse las milicias provinciales, y las columnas de granaderos de las mismas, tropa hermosa, pasaron á guarnecer las costas. En el campamento de San Roque, frontero á Gibraltar, se juntó un cuerpo de ejército considerable, observando aquella fortaleza aunque la situacion del gobierno español no permitia que en mas que en observarla se pensase. Hubo sin embargo, esperanzas de algo mas, y una persona conocida vulgarmente por el incógnito dió esperanzas de que por su medio sería ganado Gibraltar por traicion ó sorpresa. Poco duró esta ilusion, y pronto se distrajo la atencion á otros cuidados. No se olvidaba á la América española, la cual por su parte proveia á su propia defensa, no osando aun declarar sus intentos los que deseaban hacerla independiente. Pero si el Príncipe de la Paz llegó á tener la idea de aprovecharse de la indignacion excitada en el

(*) Decia de los ingleses: «*Perezcan rabiando sobre sus fardos.*»

pueblo español por el atentado de los ingleses, y de los pensamientos y afectos de honor y patriotismo recien despertados por la afrenta recibida para dar á la nacion cierto grado de poder, aumentando sus fuerzas terrestres y navales, é infundiéndoles nuevo aliento para emplearlas despues contra unos ú otros enemigos contando por tales á los mismos aliados si intentaban transformar la alianza en servidumbre; ya no gozaba de bastante concepto para llevar á cima tan magnífico proyecto, y por otra parte carecia del teson necesario para darle remate, siendo propio de su carácter tener aciertos é intenciones sanas en algunos momentos, y nunca firmeza para proseguir en la buena senda cuando por ella empezaba á encaminarse. Así es que desistió pronto de la idea de aumentar y adestrar bien el ejército, temeroso de que, como era muy probable, Napoleon concibiendo de ello recelos no se lo consintiese. Dedicó toda su atencion á la marina, tarde en verdad, porque esta se resentia ya demasiado de los quebrantos padecidos en el tiempo que él gobernaba la monarquía. Armáronse sin embargo, tres escuadras en los departamentos de Cádiz, el Ferrol y Cartagena, no tan numerosas como las con que contaba España al empezar el reinado de Carlos IV, ni tan bien pertrechadas ni tripuladas, por haber llegado á ser lastimoso el estado de los arsenales, escasear mas la marinería, y faltar en el cuerpo de la armada aunque no ciertamente buenos oficiales, el antiguo espíritu que la animaba, resintiéndose los ánimos de las desgracias padecidas y del descuido y mal tratamiento de que habia sido objeto la marina por algunos años. Esto no obstante, las fuerzas navales, francesas y españolas unidas eran al abrirse la campaña de 1805 no poco respetables por su número á lo menos. Por desgracia la marina francesa adolecia de las mismas faltas que la española, porque en la revolucion habia perdido su oficialidad y en la guerra anterior habia tenido duros reveses de que nació la pérdida de la confianza si no la de valor, y por otra parte el emperador, aunque superior en todo, menos entendido en los negocios marítimos que en las demás cosas, y por demás impetuoso, bullia demasiado, combinaba con exceso, exigia imposibles, se desesperaba de no verse puntualmente obedecido y con su misma actividad era perjudicial en grado sumo. Cabalmente, por aquel tiempo habia formado muchas y sucesivas combinaciones encaminadas todas á llevar sus escuadras y las españolas al canal de la Mancha para que protegiesen el paso de la expedicion gigante destinada á invadir á Inglaterra. Para este intento pensaba distraer la atencion de los ingleses, llamándosela á los puntos mas remotos y entre sí apartados, con supuestas expediciones, aplicando á los movimientos navales el superior talento con que dirigía los de los ejércitos, pero sin tener en cuenta la diferente naturaleza de unos y otros. Por marzo de 1805 era el plan abrazado el de juntar todas las escuadras en las Antillas, para que reunidas volviesen á Europa en número formidable. A fin de ejecutar esta operacion complicada, habia de salir de Rochefort la division naval mandada por el contra-almirante Missiessy, de Brest la considerable escuadra del mando del vice-almirante Ganteaume y de Tolon otra de respetable número, gobernada por el vice-almirante Villeneuve cada

cual segun lo permitiesen el estado de la mar y de los vientos, y el número de fuerzas enemigas porque estuviese amenazada. Si tocaba á la de Tolon salir primero habia de fingir que iba con derrota á los mares de Levante, y, mudando de rumbo, de dirigirse al estrecho, atravesarle, ponerse á la vista de Cádiz, ahuyentar ó destruir á los ingleses que estuviesen á vista del mismo puerto y reunirse con la escuadra española allí fondeada, pasando en seguida á los mares de América donde una ó mas divisiones francesas estarían esperando asolar las posesiones inglesas en aquel emisferio y recobrar la isla de la Trinidad; hecho lo cual llevaba órden de venir por el mes de junio sobre el Ferrol, á la sazon bloqueado; obligar á levantar el bloqueo con su fuerza infinitamente superior; agregarse la division española y una francesa, surtas en aquel puerto; y, como en la suposicion de estas operaciones entraba en cuenta que no hubiese podido salir á la mar la escuadra grande Brest, ir en su busca, embestir con los enemigos que se pusiesen delante y facilitarle con un combate la salida, ya terminase en una victoria, ya en una derrota; pasando la fuerza que quedase, que habia de ser numerosa aun en el caso de un descalabro, á protejer el desembarco de la expedicion que para el emperador era con motivo sobrado objeto de principal y casi único empeño. De plan tan vasto solo una parte pudo llevarse á efecto como es fuerza que suceda en los movimientos de los navíos. Fué imposible la salida á la escuadra de Brest, pero con esto ya se habia contado como se vé por lo que acaba de exponerse. La division de Missiessy habia salido de Rochefort en el mes de enero sin tropezar con otro obstáculo que el que le opusieron horrorosos temporales, y venciendo estos llegó sin desgracia el 20 de febrero á la Martinica; y en aquellos mares y en las Antillas inglesas vecinas hizo considerable daño el enemigo, cogiendo crecidas riquezas.

Mientras esto pasaba, la escuadra de Tolon, núcleo de las importantes operaciones ulteriores, andaba tarda en ejecutar la parte del plan que le estaba encomendada. Mandábala el vice-almirante Villeneuve, oficial que se habia señalado en el desgraciado combate de Abukir, salvando su navío con gloria cuando Nelson destruyó toda la escuadra francesa. Era Villeneuve valiente en la pelea, pero desconfiado y tímido al emprender sus operaciones; entendido en su profesion y por eso viendo con mas claridad los inconvenientes de lo que de él exigian las pasiones impetuosas de Napoleon, y por sus mismos conocimientos propenso á temerlo todo de la superior calidad de las escuadras inglesas, particularmente mandándolas Nelson, de cuyo mérito singular estaba convencido. Se habia encargado del mando de la escuadra pocos dias antes de su salida por haber fallecido el vice-almirante Latouche-Treville que le tenia; hombre intrépido y de excesiva confianza, de índole que cuadraba con el carácter de Napoleon, cuyas pasiones halagaba quizá por tenerlas él de la misma naturaleza. Desde luego Villeneuve con su carácter diverso empezó á disgustar al emperador. Dió la vela de Tolon en el mes de enero, y asaltado por récios temporales que le causaron averías, hubo de volverse al puerto de arribada, convenciéndole la experiencia de su corta navegacion

del mal estado de su escuadra, lo cual no quiso ocultar á su gobierno. Fueron recibidas con desabrimiento sus observaciones, aguijándosele á que se hiciese á la mar de nuevo. Obedeció Villeneuve, pero no pudo salir hasta el 30 de marzo, dia en que, poniéndose en alta mar, burló con sus maniobras la vigilancia de los ingleses, y siguiendo con toda felicidad su navegacion, despues sin tener tropiezo se presentó á la boca del puerto de Cádiz con once navíos de línea, siete fragatas y dos bergantines. Los ingleses que solo tenian en aquellas aguas una division de cinco navíos y dos ó tres fragatas mandadas por Sir Juan Orde, se retiraron delante de fuerzas tan superiores, yéndose á reunir con la escuadra que estaba bloqueando á Brest. En Cádiz solo estaba pronta para darse á la vela una parte de la escuadra que allí se estaba armando. Impaciente Villeneuve ni aun quería esperar á que se venciesen las dificultades consiguientes á una salida en momentos en que no se esperaba que se verificase. Así, dando la vela de nuevo, solo tomó consigo dos navíos españoles; el Argonanta de ochenta cañones, donde iba el general Gravina, y el América de sesenta y cuatro, juntamente con el navío francés Aguila, refugiado desde mucho tiempo antes en la bahía, y algunos bergantines y corbetas. Dos dias despues de haberse perdido de vista los franceses salieron en su seguimiento, y para reunirse con ellos los navíos españoles San Rafael, de ochenta cañones, el Firme, de setenta y cuatro, el Terrible, del mismo porte, y la España, de sesenta y cuatro con la fragata Magdalena y algunos otros buques menores. Estos navíos llevaban órden de irse á reunir con la escuadra de Villeneuve en la isla de la Martinica, y llegaron al puerto señalado para la reunion dos dias antes que los que tenian otro tanto tiempo mas de navegacion, lo cual no impidió que se quejase Villeneuve de su mal andar y maniobrar, y que achacase á los españoles la desgracia que tuvo en sus empresas. La reunion de ambas escuadras se verificó en la bahía de Fort-Royal en la misma Martinica, en 14 de mayo de 1805. Por desgracia Missiessy, con cuyas fuerzas se contaba, se habia vuelto á Europa cargado de botin hasta cojer con felicidad el puerto de Rochefort de donde habia salido; temeroso de una desgracia al verse con tan pocas fuerzas, y obediente por otro lado á órdenes que le dictaban no esperar mas de cuarenta dias en aquellas aguas. Aun faltando esta fuerza, la que estaba junta en Martinica era bastante considerable para acometer importantes empresas y causar á sus enemigos fundados temores.

No eran cortos los del gobierno británico y aun de sus almirantes, al tener noticia de que andaban paseando los mares los franceses y españoles con tantas fuerzas. Como por la extension de sus dominios podia el imperio británico recibir un golpe en varios y muy apartados puntos, como eran por ejemplo Irlanda, Malta, Egipto y las islas de las Indias Occidentales, tuvo el gobierno que desparramar sus fuerzas enviando por todos lados sus escuadras. Guardaron tan bien el secreto los gobiernos aliados y sus generales que de lo que se trataba tenian noticia que burlaron la ilustrada vigilancia de sus contrarios. Así aun el intrépido y agudo Nelson, perdió tiempo paseando los mares cin-

co meses sin dar con los franceses y españoles ni averiguar el rumbo que seguian ó el lugar donde estaban, dejándoles tiempo suficiente para ir á los mares de América, detenerse allí y volverse sin tropiezo. Cuéntase, aunque sin poderse afirmar comó cierto, que deseoso el príncipe de Asturias por instigaciones constantes de su mujer de averiguar el estado y objeto de las operaciones militares que se estaban siguiendo hizo sobre ello algunas preguntas al Príncipe de la Paz, el cual engañándole le aseguró ser muy vastos y complicados, y asimismo sujetos á variacion con arreglo á las circunstancias los planes que se estaban llevando á efecto; pues la escuadra de Rochefort habia de ir á la India Oriental, la de Tolon á Egipto y las demás á Irlanda, donde á su tiempo darían un golpe durísimo al poder británico, creido lo cual por el príncipe de Asturias, enteró de ello á su mujer y esta á su madre tan dada á la Inglaterra, de suerte, que cuando Nelson, á la primera salida de la escuadra de Tolon, combatido por el temporal que obligó á los franceses á volverse al puerto fué sobre la costa de las Dos Sicilias averiguando por todas partes el destino y paradero de sus enemigos, recibió del gobierno napolitano las engañosas noticias dadas desde Madrid, é hizo rumbo á Egipto esperando tropezar allí con la escuadra de Villeneuve. Sea ó no cierto este cuento probable, la verdad es que el almirante inglés con su acostumbrada actividad, pero en balde, fué sobre Alejandría y allí estuvo esperando algun tiempo á los franceses hasta que, cansándose de aguardar se volvió, y llegado á Malta supo que Villeneuve estaba en Tolon en donde se preparaba á hacerse de nuevo á la mar, embarcando un crecido número de municiones y toda clase de pertrechos. Confirmóse, pues, en la idea de que iba á Egipto la expedicion francesa, y estuvo algun tiempo en acecho en diversos puntos con la esperanza de sorprenderla al paso. Pero á la segunda salida del almirante francés que hizo primero rumbo á Levante, el inglés fué en su seguimiento por todo el Mediterráneo con asombrosa diligencia y celeridad aunque engañado por su errada idea. Al cabo, llegándole la noticia de que los franceses habian pasado el estrecho, se lanzó tras de ellos pero fué detenido por vientos contrarios que le impidieron pasar al Océano durante algunos dias. Así se desesperaba lleno de dudas, hasta que el 11 de mayo, pasado ya el estrecho, recibió de Lisboa noticias ciertas de que Villeneuve, seguido por los españoles, habia ido con derrota á los mares americanos. Allí tambien se encaminó el inglés con su acostumbrado arrojo, sin contar cuales eran sus fuerzas y puesto su empeño solamente en dar con el enemigo. Este el 14 de mayo habia fondeado como queda dicho, en la bahía de Fort-Royal, donde juntándose con los navíos españoles tenia ya bajo su mando diez y ocho navíos de línea y siete fragatas, fuerza crecida que recibió aumento con habérsele agregado el Aljeciras y el Aquiles, ambos de setenta y cuatro cañones, y la fragata Dido de cuarenta, trayendo á bordo tropas de desembarco. Con solos diez navíos venia Nelson en busca de tan poderosa escuadra, esperanzado de que se le reunirían algunos cruceros ingleses en las aguas de Jamaica y de la Barbada, y fiado, así como en su propio valor y pericia, en el terror que infun-

dia su nombre, el cual era tanto que Villeneuve á cada punto se figuraba verle encima suponiéndole con fuerzas superiores á las que real y verdaderamente llevaba consigo. No obstante estos temores, los aliados, viéndose con tanto poder, hubieron de pensar en alguna empresa mas ó menos considerable para no estarse ociosos mientras aguardaban la venida de la escuadra de Brest segun les estaba mandado. Dispuso, pues, Villeneuve despues de pasar veinte dias en la Martinica, hacerse dueño de la Peña del Diamante, ocupada por los ingleses con grave molestia del comercio de aquella isla. Era fortísimo el puesto que se intentaba ganar y aun tenia trazas de inexpugnable, pero hubo de ser conquistado al cabo de solos tres dias de horroroso fuego, distinguiéndose á competencia movidos por noble emulacion los marinos y soldados franceses y españoles, y tocando á los de esta última nacion la gloria de que una lancha cañonera suya de la escuadra mandada por Gravina fuese la primera en llegar á atracarse á aquella peña entre un diluvio de metralla. Hecha con felicidad y prontitud esta conquista, se pensó en emplearse en otras mas importantes, siendo una de ellas la de la Trinidad, aunque otros se inclinaban á que se hiciese la de la Barbada. Corría entretanto el tiempo y no aparecia la escuadra de Brest, llegando en vez de esta la noticia de estar Nelson en la Barbada, donde se le habian agregado cuatro navíos de línea mandados por Lord Cochrane. Aun así no eran temibles sus fuerzas, compensadas con la inferioridad de su número su superior calidad y el mérito del hombre que las gobernaba; pero el almirante francés, falto de noticias ciertas, creyó ser mas los navíos enemigos. Resolvió, pues, Villeneuve dar la vuelta á Europa, oponiéndose á ello el general Gravina cuya oposicion desestimó, y efectuó su retirada con presteza que rayaba en atropellada, y le daba trazas de ir huyendo. Verdad es por otra parte que sus instrucciones le prevenian, si no se le agregaba la escuadra de Brest, ir en su busca tocando antes en el Ferrol y reuniendo consigo á las divisiones francesa y española fondeadas en el mismo puerto, todo con el intento principal de entrar con una escuadra poderosísima por el canal de la Mancha y dominar en el estrecho de Cales y el mar vecino siquiera por uno ó dos dias. Hizo rumbo la escuadra aliada hácia Europa, y Nelson, sabedor de ello, se arrojó á darle alcance, pero siendo los navíos ingleses mas veleros que los de sus contrarios, y aprovechando su almirante esta ventaja con el arrojo de sus maniobras se les adelantó sin dar con ellos y fué á buscarlos delante de Cádiz. No encontrándolos allí pasó á Gibraltar, donde se agregó al almirante Collingwood que estaba cruzando en aquellas aguas, y tambien encargó que viniese á juntarse con él á Calder, que tenia bloqueada á la escuadra del Ferrol y navegaba por los mares vecinos. Entretanto, Villeneuve habia pasado las Terceras, y venia con rumbo á la costa del Noroeste de España. Poco distante ya del cabo de Finisterre, y viniendo en tres columnas avistó la escuadra de Calder con fuerzas inferiores á las que él temia. Preparóse al combate el almirante francés valeroso cuando de pelear se trataba, y no se excusó el inglés confiando en la superior calidad de sus fuerzas. Maniobró Villeneuve para for-

mar su línea y situarse á barlovento de su contrario; grande ventaja conforme al método antiguo de combatir en los mares. Al revés, los ingleses, repitiendo con leve variacion la maniobra de Roducy en 1780, y de Nelson en Abukir tiraron á cortar la línea enemiga. Maniobrando Villeneuve para impedirlo, no logró hacerlo sin alguna confusion de que se siguió pelear sus navíos con flojedad y desde lejos, al paso que sobre los españoles por cerca de los cuales habian ido á doblar la línea los ingleses cayó lo récio de la contienda. Padecieron mucho sus navíos, y resistiendo á los enemigos les causaron no poco daño, pero ocurrió sotaventarse el San Rafael, el Firme y el América, yendo á fuerza de abatir el rumbo á caer entre sus contrarios. A esfuerzos del capitan de navío francés M. de Cosmao, comandante del Pluton, que con su buque se lanzó al socorro de los españoles próximos á ser apresados, se salvó el América, pero no así el San Rafael mandado por D. N. de Montes y el Firme del mando de D. Rafael de Villavicencio, que despues de una defensa vigorosa, muy destrozados y con grave pérdida viendo ya imposible salvarse hubieron de arriar bandera (*). Corrido y despechado Villeneuve de ver así llevarse dos navíos de su escuadra, trató de renovar la accion pero con desacierto, y los ingleses satisfechos con las vestajas conseguidas sobre un enemigo superior en número se retiraron llevándose sus presas. Nació de su retirada haber sido puesto en consejo de Guerra Calder, y pretender los franceses, como hoy mismo pretenden algunos historiadores de su nacion, haber sido suya la victoria, siendo así que no solo no triunfaron sino que ni siquiera combatieron, dejando apresar á dos navíos de sus aliados. Lo que contribuyó á tan singular pretension fué que en efecto los ingleses dejaron entrar en el puerto de Galicia á la escuadra francesa y española, y que se reuniese con las divisiones que allí la estaban esperando. Napoleon, á quien hubo de pintarse el combate como un triunfo de sus armas, estimando en poco la pérdida de dos navíos no franceses, se lisonjeó con la esperanza de que pronto estaría á la vista de Brest Villeneuve, y de resultas sus fuerzas navales paseando el canal de la Mancha. Pero su almirante no pensaba tan alegremente ni osaba arrostrar los peligros de la empresa que su señor le mandaba llevar á cabo. Por otro lado en los españoles era extremada y hasta injusta la ira con los franceses por lo ocurrido en el combate de Finisterre, suponiendo cobardía ó traicion de falsos amigos lo que en verdad no habia sido mas que confusion é impericia en la hora de la pelea y vana jactancia despues de la desgracia. El almirante francés por su lado achacaba á los españoles el poco fruto hasta entonces sacado de la expedicion, aun que difícil le habría de ser probar lo que contra ellos alegaba. Descontentos, pues, unos de otros y desalentados todos en vez de proseguir la campaña se vinieron las escuadras aliadas al puerto

(*) Los franceses, como despues se dice en el texto de esta historia, pretendieron haber quedado como vencedores en este combate en que dejaron apresar dos navíos de la escuadra aliada. Aun el imparcial M. Dochez así lo deja entender, y M. Thiers lo dice mas claro. La verdad es que no pelearon, como fué público y notorio en España entonces. De esta censura debe exceptuarse al navío Pluton.

de Cádiz no por órden de su gobierno como han supuesto algunos escritores, sino por determinacion de Villeneuve quien ni aun dió parte cierto al emperador de que iba á retirarse (*). Napoleon, sabiendo que tan crecidas fuerzas navales estaban juntas en el Ferrol y la Coruña, pasaba las horas esperando en cada una tener noticia de que estaban delante de Brest sus escuadras, ó acaso verlas aparecer delante de Boloña, á donde él por aquellos dias se habia trasladado. Así, pues, al saber que Villeneuve se habia hecho á la mar, dudando á donde hacia rumbo, y no viéndole llegar, supuso que se habia ido á Cádiz y dió suelta á su cólera con ímpetu extremado. Pero ni aun para desahogar su enojo tenia lugar entonces, estándole amenazando nueva guerra cercana en el continente con los imperios austriaco y ruso. Distrájose, pues, á trazar los planes de la próxima campaña, que para él fué de tanta gloria y para la independencia de las naciones européas de tan grave peligro. Expidió al mismo tiempo órdenes para que, abandonado por entonces el proyecto de la reunion de las escuadras, se siguiese la guerra marítima saliendo á la mar divisiones francesas y españolas de poca fuerza á ejercitarse navegando, á molestar el comercio enemigo, y cuando se les presentase la ocasion á combatir con los ingleses, pero no en grandes escuadras por respeto á la conocida superioridad de la marina británica en las maniobras. Dada esta órden, Napoleon solo pensó en los negocios del continente, conociendo que en los marítimos era escasa su fortuna, al paso que en la guerra terrestre su talento de guerrero sin igual en las edades antiguas ó modernas le prometia casi segura la victoria.

Pero llegados Villeneuve y Gravina á Cádiz quedó junta allí una escuadra que los ingleses no podian mirar con indiferencia, siendo posible que, aprovechando una ocasion de las comunes en los mares burlando la vigilancia de sus contrarios, fuese á darles un golpe fatal en cualquiera parte débil de su imperio, mientras el emperador francés guerreaba con los aliados de la Gran Bretaña en el continente. Nelson á pesar de haber hecho prodigios de diligencia y arrojo, habiendo tenido la desgracia de no encontrarse con las escuadras en cuyo seguimiento volaba, despechado se habia vuelto á Inglaterra, necesitando remediar averías de muchos de sus navíos trabajados por sus largas y violentas navegaciones. Sabido ya estar dentro de Cádiz la escuadra aliada, el almirante inglés primero en reputacion y mérito entre todos sus compañeros, recibió órdenes de ir á destruirla. Habia esta recibido nuevos refuerzos, y constaba de treinta y tres navíos de línea, distinguiéndose entre los españoles la enorme mole del Trinidad con su cuarta batería, el Santa Ana de tres puentes, y asimismo de grandes dimensiones, el Príncipe de Asturias de igual porte y otros muchos de considerable fuerza y buenas calida-

(*) M. Dochez, autor de la historia del reinado de Carlos IV incluida en la compilacion de Paquis supone que Villeneuve recibió órdenes de Napoleon para pasar á Cádiz con la escuadra aliada. M. Thiers en su recien publicada historia del Consulado y del imperio con mejores noticias refiere que el emperador ignoró la resolucion de su almirante, y al revés le esperaba de un momento á otro en el canal de la Mancha.

des marineras. Entre los franceses no habia navíos de tres puentes, pero sí varios de ochenta cañones y de bella construccion. No se pensaba que en algun tiempo se hiciese á la mar esta fuerza, no viendo objeto alguno inmediato que mereciese aventurarla. Así fué que el general Gravina, que mandaba la escuadra española, si bien obedeciendo al almirante francés, pasó por algunos dias á Madrid á recibir del gobierno instrucciones para su conducta futura y hacerle presente el estado de los negocios, explicando verbalmente lo que no consentian las circunstancias fiar al papel donde las palabras constan. Detúvose poco en Madrid el general español, y se volvió á ponerse al frente de sus fruerzas casi al mismo tiempo en que llegaba Nelson á tomár el mando de las contrarias. Este insigne inglés llegó á encargarse de su escuadra, mandada antes por el almirante Collinwood, el 29 de setiembre en los mares inmediatos á Cádiz, y como era impetuoso y hasta inquieto, no creyendo de sus enemigos que saliesen á darle batalla, empezó á trazar planes para asaltarlos en su mismo fondeadero. No por eso descuidaba usar medios de traerlos á alta mar. Tenia á sus órdenes veinte y siete navíos de línea, de ellos siete de tres puentes, con cuatro fragatas y algunos bergantines, fuerzas todas de excelente calidad, con soberbias tripulaciones, las cuales, sobre la confianza y orgullo peculiares de los marinos británicos, miraban á su general con admiracion y entusiasmo, y gobernadas por él se estimaban iguales á cualquiera empresa, y seguras de la victoria. La tentativa de forzar el puerto de Cádiz no era sin embargo fácil de llevar á cabo con probabilidad de feliz suceso. Armábanse con actividad las baterías de la plaza y costa, dirigiendo los trabajos el capitan general de Andalucía marqués de la Solana y despues del Socorro, oficial valerosísimo, entendido y diligente, y se preparaba un crecido número de cañoneras, clase de servicio en que sobresalen los marinos españoles, como bien lo babia experimentado el mismo Nelson cuando en el año de 1797 hizo una tentativa infructuosa contra el mismo puerto de Cádiz. Entretanto Villeneuve se hallaba desasosegado y resentido, no ignorando que su emperador con su ciega ira llegaba hasta á tratarle de cobarde, y deseando volver por su propia reputacion y dejarla bien puesta, aun cuando no consiguiese desvanecer en su soberbio señor el disgusto causado por sus anteriores operaciones. Para tratar de las futuras de la escuadra aliada convocó, pues, el almirante francés un consejo de guerra de generales de su nacion y de los españoles, á que fueron llamados de esta última nacion los brigadieres D. Dionisio Alcalá Galiano y D. Cosme Churruca, los cuales no obstante no tener aun mas grado que el inmediato inferior al de general por su reputacion de saber fueron estimados dignos de que se oyese su dictámen en tan graves circunstancias (*). Estuvieron acordes en pareceres los oficiales españoles, susten-

(*) Del consejo de guerra de que ahora aquí se habla tiene el autor de esta historia noticia, por haberle referido su padre el brigadier Alcalá Galiano lo que en él pasó, y haber quedado muy fijo en la memoria de quien esto escribe, como todo lo relativo á aquella tragedia.

tando ser probable que si Nelson intentase forzar el puerto padecería un notabble descalabro, y al revés que saliendo la escuadra á un combate en alta mar era casi seguro que sería de los ingleses la victoria. Fueron de contrario dictámen algunos franceses, señalándose entre estos el contra-almirante Magon, oficial de no comun valor, pero de insufrible petulancia, llevando al extremo este defecto muy comun en sus paisanos. Acaloróse la disputa, señaladamente entre Galiano y Magon, que estuvieron á punto de llevar aquella desavenencia á los términos de un lance particular; siendo ambos de condicion irascible. Quedó al cabo resuelto que se esperaría en Cádiz á los ingleses, habiendo casi seguridad de que Nelson no dejaría de acometer la empresa de forzar el puerto, con lo cual se proporcionaba una ocasion de escarmentarle á pesar de su denuedo y pericia. Pero muy en breve recibió Villaneuve la noticia de que el emperador le habia separado del mando de la escuadra nombrándole por sucesor al almirante Rossili, el cual estaba de camino, y aun próximo á llegar á Cadiz. Perder el mando de este modo venia á ser una afrenta insufrible para el pundonor, y así Villaneuve de súbito determinó arrojarse á la salida antes que Rossili llegase, sin plan fijo al parecer, y sin otro fin que el de acreditarse de valiente. En vano quiso detenerle Gravina, pues estaba animado además con haber tenido noticia poco cierta de que Nelson habia destacado cinco ó seis navíos de su escuadra. Así, pues, en el 19 de octubre de 1805 dió la órden de hacerse á la vela, y en el 20 salió la escuadra aliada de Cádiz con infaustos auspicios estando el tiempo bonancible, pero con señales de acercarse un terrible temporal de los que señalan los equinoccios. Formaba la escuadra aliada cuatro divisiones tituladas de vanguardia, centro, retaguardia y reserva. Algunos buques ingleses que estaban á vista de Cádiz, viendo zarpar la escuadra, volaron á avisar á Nelson que iban á él sus enemigos, llenándole de indecible gozo con tal noticia. Volvió el inglés en busca de sus contrarios, y en el 21 de octubre, aciago dia para las marinas española y francesa, se avistaron una y otra escuadra á la vista del Cabo de Trafalgar, que dió nombre al combate empeñado en seguida. Formó la aliada su línea, y la inglesa apeló á su acostumbrada maniobra de cortarla, haciéndolo esta vez de un modo nuevo y por tres partes, viniendo los navíos formando ángulos en tres puntos sobre el enemigo. Aunque resistieron con valor no pocos españoles y franceses, lo hicieron con confusion, obedeciendo mal las órdenes y señales. Quedó, pues, cortada y doblada la línea por donde quiera que se emprendió, y cojidos muchos de los aliados entre dos fuegos, hubo navíos suyos que combatieron contra cinco ó seis ingleses, mientras los otros puestos en línea no les daban ayuda, y esperaban que les tocase igual suerte. No lo esperó el contra-almirante francés Dumanoir, á cuyo mando estaba la vanguardia, pues inmediatamente se puso en huida con cuatro ó cinco navíos franceses sin haber disparado un tiro, viniendo á ser su merecido castigo caer en manos de otra escuadra inglesa en mares distintos y quedar prisionero. Mudado el órden de combate, lo mas recio de él cayó sobre la reserva, retaguardia y parte del centro, donde algunos marinos de ambas nacio-

nes acreditaron heróico valor, inútil por desgracia para mitigar el rigor de aquella desdicha. Perecieron allí gloriosamente oficiales de los mejores, entre ellos el citado contra-almirante Magon y los brigadieres Galiano y Churruca de tan superior concepto por su saber y sus servicios; quedaron heridos otros varios, entre estos los dos generales superiores de la armada española Gravina y Alava, y el brigadier D. Cayetano Valdés que tanto se habia señalado en el desdichado combate de 14 de febrero de 1797, y fué correspondiente la pérdida de oficiales de menos nota y subalternos, y de marinería y tropa. El navío francés Aquiles se voló ya hácia el fin del combate, y diez y siete navíos franceses y españoles hubieron de arriar bandera, huyendo los demás desordenados á recojerse á Cádiz; unos con gloria, como era el del general Gravina que entró desarbolado, desmantelado y acribillado á balazos; otros con menos lucimiento, pues venian casi intactos, aunque esto por lo comun era debido mas á la confusion que á falta de valor en sus comandantes. Fué pobre consuelo para los vencidos que en aquella misma jornada perdiese la vida el vencedor Nelson en medio de su completa y gloriosa victoria, complemento de las que antes habia conseguido, recibiendo su muerte de una bala de fusil, y disputándose un navío fancés y otro español la casualidad de haber salido de ellos el tiro, al paso que los ingleses condenan con injusticia el acto de que fué víctima su héroe, achacándole á un fusilazo disparado por los franceses desde las cofas, y tachando como prohibido por las leyes de buena guerra el uso de semejantes disparos. El héroe inglés murió de un modo propio de su carácter; ufano de su triunfo y, sin remedar á los héroes de la antigüedad, mostrándose pesaroso de no vivir para gozar de su gloria. No bien habia concluido el combate, cuando estalló una furiosa borrasca que duró con nada comun rigor por espacio de algunos dias. En ella perdieron los ingleses sus presas, de las cuales solo pudieron salvar dos navíos españoles que en miserabilísimo estado fueron llevados á Gibraltar á remolque. El navío Trinidad despues de haber sido apresado se fué á la costa donde se perdió. Igual suerte cupo á otros muchos, privando así á los ingleses de llevar mas trofeos de su triunfo. El Santa Ana caido en poder del vencedor con el general Alava herido de bastante gravedad á impulsos del temporal se entró en el puerto de Cádiz, volviendo así á poder de los españoles. Pero otros de los navíos que no habian sido apresados, impelidos por la fuerza del viento y del mar, se estrellaron en la costa, con lo cual fué la pérdida en buques todavía mas considerable. Consoló sin embargo á los españoles de su desdicha saber que sus marinos habian disputado la victoria con valor sumo y digno de mejor fortuna. Hubo, pues, la singularidad de celebrar casi todos los poetas aquella heróica derrota como podrían haber cantado la victoria mas señalada. Aun se llegó al desatino de achacar al temporal el revés padecido y de congratularse por la muerte de Nelson y vaticinar triunfos á la marina española, que cabalmente habia terminado su existencia en aquella jornada lastimosa. De allí á poco murió Gravina de resultas de su herida, y fué no solo llorado como valiente, sino ensalzado como un varon esclarecido. Pero

estos dolores y elogios no servian para remediar la desdicha padecida en que habia quedado aniquilada una poderosa escuadra sin que tuviese el gobierno medios de formar otra nueva, pues solo quedaban en Cartagena y Ferrol dos cortísimas divisiones. Para hacer el armamento que fué destruido en Trafalgar habia sido necesario apelar á esfuerzos extraordinarios, dedicando á aquel gasto y á los demás de la guerra los fondos de amortizacion, un tanto sobre las fincas pertenecientes á la Iglesia, concedido al rey por el Papa un empréstito de cien millones de reales en acciones al modo que los vales transmisibles por endoso, y en fin el producto de algunas contribuciones nuevas. Todo ello estaba gastado sin haber dado mas fruto que desventuras y pérdidas graves, y el Erario estaba exhausto, viéndose el gobierno en tanto ahogo cuanto en cualquiera otra época de las peores pasadas. Agregábase estar completamente cerrado el paso á los caudales de América y temerse la pérdida de esta, contra la cual estaban preparando los ingleses expediciones.

Entretanto Napoleon trasladando con asombrosa rapidez su ejército acampado en las costas fronteras á Inglaterra á las márgenes del Rhin y del Danubio habia entrado por Alemania, y á su primer choque con los austriacos destruídoles y apresádoles un ejército entero, ganando la importante fortaleza de Ulma. El lustre de estos triunfos consoló de la pérdida de Trafalgar á los franceses, mas atentos á la guerra terrestre que á la marítima por sobresalir mas en la primera. Hubo tambien no pocos españoles que aplaudiesen con gozo y entusiasmo las victorias de su aliado, llegando la imprudencia de alguno hasta calificarla de compensacion de la pérdida de la escuadra. Pero las personas entendidas, bien que en escaso número, veian no menos daño para España en apuellas ventajas de un falso amigo que en los propios reveses, y el gobierno, aunque no muy ilustrado, viendo por su situacion mas claro, concurría en esta opinion asustándose de una fortuna á que desde luego habia de seguir el aumento del rigor de su servidumbre, y quizá al cabo su perdicion. Así fué que prosiguiendo Napoleon su victoriosa carrera trató á España por su causa afligida con tantos males con dureza excesiva, pidiéndole los subsidios que se habia comprometido á darle como la dejasen seguir en paz, y, contentándose á duras penas con poco mas de noventa millones de reales, cuando pretendia recibir mas de doscientos y cincuenta, los cuales no era posible que le pagase el gobierno de Madrid aun esprimiendo y agotando la nacion entera. Cada dia se iba desmandando mas el emperador de los franceses segun crecia en fortuna, y la suya se hacia mas próspera á cada momento. Por la vez primera plantó las victoriosas enseñas francesas en las torres de la capital de Austria, y siguiendo al vencido emperador de Alemania á la Moravia, y maniobrando acertadísimamente delante del ejército austriaco y del ruso que con su emperador á la cabeza habia venido á juntarse con su aliado, trajo á sus contrarios á campal batalla en Austerlitz, y alcanzó sobre ellos una completa y señalada victoria. Siguióse en breve hacer el gobierno austriaco la paz tal cual se la dictó el vencedor, perdiendo al Tirol y á Venecia con cuanto le quedaba en Italia, y retirarse el ruso ajustando tambien los prelimi-

nares de una paz que no ratificó luego. Omnipotente Napoleon en Italia, y próximo á serlo y ya vencedor en Alemania, se disponia á hacerse dueño de toda la primera, preparando así su supremacía en el continente europeo. Para esto se declaró resuelto á acabar con el reino de Etruria que él mismo habia creado, si bien desistió de su empeño á ruegos de la corte de Madrid, la cual solicitó y recibió como un favor el permiso de poner guarnicion en aquel Estado, á donde envió cinco mil hombres mandados por el general Ofarril, contribuyendo al logro de los designios de su falso amigo con dejar á España mas escasa en tropas cuando ya las tenia en número tan corto. Al mismo tiempo el orgulloso vencedor, justamente resentido con la corte de Nápoles que le profesaba mala voluntad y habia entrado en la última liga admitiendo en su territorio tropas inglesas y rusas, envió una division suya á aquel reino obligando á la real familia á huir á Sicilia, y declarando que para siempre habia dejado de reinar, á lo cual añadió dar á su hermano mayor José Bonaparte, ya llamado José Napoleon, el trono napolitano vacante. Gran dolor hubo de causar este suceso en Carlos IV, pues aunque por su dureza de corazon ó torpeza de entendimiento no sintiese con afectos fraternales la desgracia del rey su hermano, con todo eso en medio de su poca penetracion y grande descuido no dejaba de ver en la ruina de un príncipe de su familia indicios del triste fin que le esperaba. Con razon nota un historiador, aunque bastante imparcial, francés, y por eso un tanto propenso á disculpar á su gobierno, que cuando se publicaban en Francia, donde no era lícito escribir si no lo que al gobierno agradaba, escritos donde se declaraba imposible que coexistiesen la antigua familia de Borbon ocupando un trono y la dinastía nueva francesa; y cuando el embajador de Francia en Madrid, al exigir que fuese reconocido rey de Nápoles José Napoleon, declaraba que á no ser el emperador su señor tan bondadoso, ya habría despojado de sus tronos á todos los príncipes de la familia de Borbon, era fuerza que el rey de España se sintiese ofendido y lleno de temores; y que algo despues, cuando en el verano de 1806 Napoleon negociando con Inglaterra para ajustar la paz, comunicó á la corte de Madrid que pensaba incluir en el tratado ciertos artículos proponiendo indemnizar al rey de Nápoles por su perdido reino con darles las islas Baleares, y compensar á los ingleses por el engrandecimiento de la Francia con cederles la isla de Puerto Rico, ó aun quizá la de Cuba, el gobierno español forzosamente hubo de prever qué tratamiento debia esperar de semejante aliado. El mismo autor no oculta que Napoleon no usaba ya de reserva alguna tratando de la futura suerte de España, pues una vez se dejó decir que pronto su dinastía sería la mas antigua de Europa, y en otra ocasion que los radios del círculo de su imperio debian prolongarse por la parte del Mediodía, y cuando supo que segun era natural Carlos IV ponia alguna dificultad ó demora en el reconocimiento del nuevo rey de Nápoles que se le pedia en perjuicio de su hermano, exclamó que si el actual rey de España no le reconocia le reconocería su sucesor, siendo todas estas palabras propias para poner patente á la familia real de España que no alcanzaban á salvarla sus ex-

cesos de condescendencia, y que su única esperanza de escapar de la ruina que la amagaba consistia en el recurso arriesgado de unirse con los enemigos de la Francia para resistir á esta, y, en caso de tener contraria la fortuna, caer como de todos modos caería, pero acabar con decoro. No era para resoluciones tan alentadas el rey de España, ni se las aconsejaban tales los que ejercian influjo predominante en su ánimo y conducta. Al contrario, procuraba contemporizar y aplacar á su enemigo, esperanzado de desarmarle á fuerza de sumision y de servicios. Al mismo tiempo el emperador francés, no creyendo aun llegada la ocasion de hacer á España suya, quiso volver la confianza ó el aliento á aquella pobre corte su vasalla. Insinuó por eso que su enojo era fácil de desvanecer; que en los ímpetus de su cólera solia amenazar con rigores ajenos de su intencion; y que en cualquier caso, si procedia contra España no lo haría mientras viviese Carlos IV, de quien tantas pruebas de amistan habia recibido; añadiendo que, aun muerto este, cuidaría de la suerte de la reina viuda y del Príncipe de la Paz, mirado por su soberano con tan entrañable afecto. Quedó contento Carlos IV con semejantes satisfacciones, pues aborreciendo á su hijo poco se cuidaba de que fuese infeliz en su reinado, y tenia por otra parte algunas justas quejas del príncipe, el cual en su odio enconado y violento al valido de sus padres traspasaba los límites de la prudencia y aun los de la justicia, y daba á sus palabras y obras apariencias de deseos de usurpar el trono. El Príncipe de la Paz, mas previsor que su soberano, no participaba de su confianza, y veia en la conducta y proyectos de la Francia señales infalibles de una guerra futura. Aunque no dotado de extraordinarios alcances tenia los bastantes para conocer que el emperador Napoleon era para España enemigo mas peligroso que la revolucion y la república su hija con toda su furia cruel y su odio á los reyes. Pero su temor, embargándole el ánimo, le dejaba poco acierto, y cuando no le aconsejaba persistir en la sumision le impelia á actos de ciego arrojo por su desgracia y la de la monarquía española, tampoco bien sostenida. De estas imprudencias suyas y de su poco teson dió pronto una prueba insigne. A principios de 1806, cabalmente cuando Napoleon victorioso acababa de dictar leyes al Austria, obligándola á una paz desventajosa y de amedrantar á la Rusia, murió en Inglaterra su célebre ministro Guillermo Pitt, en la temprana edad de cuarenta y seis años, acelerándole el término de su vida el despecho de ver malogrados sus planes y triunfante al enemigo de su patria y dejando como orador y como político clarísimo renombre, pues aun los que culpaban de errada su política tenian que hacer justicia á su no comun talento y sus prendas morales. Por muerte de este político hubieron de subir al ministerio sus contrarios que tenian por costumbre desaprobar la guerra con Francia. Así es que teniendo entrada en el nuevo ministerio y ocupando en él el puesto de secretario de estado para los negocios extranjeros el famoso orador y político Mr. Fox, caudillo de la parcialidad whig y aun parcial en no corto grado del emperador de los franceses, si bien amante de su patria, no bien se encargó de los negocios cuando dió pasos para llevar á efecto la paz que tanto habia recomenda-

do. Prestóse por su parte á entrar en tratos para ajustarla el emperador de los franceses algo aficionado á Fox, ya creyendo posible avenirse con la Gran Bretaña cuando tenia parte en gobernarla un ministro su amigo, ya estimando oportuno dar muestras de desear la paz aunque la reputase imposible, por ser en él muy comun pretender que no hacia la guerra sino porque á hacerla se veia forzado. Difícil era en aquella situacion de ambas potencias avenirlas, aunque para ello hubiese el mejor deseo; pues la una no podia sufrir la grandeza de la otra, y ninguna de las dos estaba dispuesta á tolerar en la suya considerable menoscabo. Por esto siguieron las negociaciones sin razonable esperanza de llevarlas al feliz término apetecido. Estando ya casi á punto de romperse murió Fox, habiendo sobrevivido á su rival pocos meses, lamentado menos que él, aunque igualmente apreciado por sus méritos de clase distinta, vituperando muchos en él al político, y estimándole casi todos como hombre elocuentísimo, instruido, franco, leal, de tiernos afectos y pensamientos nobles y generosos. Su muerte dió á Napoleon un pretexto para acelerar el rompimiento de las negociaciones, que tampoco querían seguir los colegas y sucesores del ilustre difunto, viendo imposible la paz á no comprarla con un sacrificio de la dignidad y un peligro de la seguridad de la patria, de hacer el cual distaban cuanto cabe en lo posible. Así iba á proseguir la guerra, y al mismo tiempo á encenderse una nueva en el continente entre Francia y Prusia aliada con la Rusia. El gobierno prusiano interesado y pusilánime desde algun tiempo hasta entonces habia andado separado de las ligas europeas contra el poder francés. Al romper en el año de 1805 las hostilidades inclinándose á los aliados, no habia osado abrazar su causa. Pero en aquella campaña la neutralidad de su territorio no fué respetada por los franceses, y esto le dió deseos de tomar satisfaccion del agravio recibido. Entró, pues, en la liga, si bien sin llegar á declararse, y aunque, si hubiese procedido con actividad cuando el emperador francés poco antes de la batalla de Austerlitz se habia internado con alguna imprudencia en el territorio enemigo no teniendo bien seguras sus espaldas, podría haber dado alguna y no corta vuelta á la fortuna de las armas yéndose con pausa, hija del temor; aun despues de tomada su resolucion perdió tiempo, y antes de obrar tuvo noticia del completo triunfo del comun contrario, y de la sumision de sus nuevos amigos. Entonces tiró á aplacar al vencedor, y hasta cierto punto lo consiguió; pero á trueco de que ocupase á Hannover haciendo con esto una ofensa atroz al rey de Inglaterra. Fox, que aun era ministro, llevó con enojo esta conducta de la Prusia, y aun se preparó á pagarla con una declaracion de guerra por parte de la Gran Bretaña. Pero el monarca prusiano, cuya corte y señaladamente su mujer, á la cual amaba con ternura, no era amiga de los franceses, se volvió atrás de los pasos dados en union con Napoleon, del cual conoció que podia sacar poco partido. Asustóle al mismo tiempo ver el agradecimiento y predominio que el emperador de los franceses cobraba en Alemania, donde iba á ser protector de una confederacion de Estados titulada del Rhin, sucesora de la que constituia el imperio antiguo germánico. Mudando,

pues de parecer, de la amistad con Francia, ó á lo menos del sistema de tímida contemplacion que con ella usaba, pasó á serle enemigo con precipitacion arrogante, confiada en que vivia en sus ejércitos el espíritu antiguo de Federico el Grande, y olvidando que en la campaña con la república francesa desde 1792 á 1795 no habian quedado sus armas muy airosas. No era Napoleon personage que sufriese arrogancias, sobre todo teniendo su ejército vencedor inmediato al territorio de la potencia que osaba provocarle. Al mismo tiempo, pues, que rompia las negociaciones de paz con la Gran Bretaña, estaba ya pronto á caer sobre la Prusia, y con tal celeridad se empezó esta nueva guerra, que los rusos aliados de los prusianos se hallaban aun muy distantes, y los ingleses resentidos con los mismos apenas tuvieron tiempo para pasar de casi hostilidad á alianza.

España en las negociaciones para la paz habia entrado á la parte con Francia en calidad de su satélite, obedeciendo á sus movimientos como quien tiene que ceder á ageno impulso. Si se hubiesen llegado á avenir su poderosa falsa amiga y la no menos fuerte contraria, probable es que hubiese pagado la paz, y ya se acaba de decir en esta historia que hubo intenciones de comprarla á su costa y al mas subido precio. Pero cuando vió que los tratos iban á acabarse y á romper una guerra nueva en el continente, el Príncipe de la Paz creyó la ocasion oportuna para salir de su estado de dependencia. Daba en alto grado su confianza á D. Manuel Sixto Espinosa, empleado laborioso, á quien acarreó odio su valimiento con el aborrecido privado, cuando merecia aprecio por lo bien que servia su destino. Este personage que tenia á su cargo la caja de consolidacion, trató de hacer por cuenta de ella algunos negocios en Inglaterra. Servia en las oficinas de la misma caja un asturiano jóven, de familia noble, educacion esmerada, instruccion varia y claro talento, que hablaba bien el francés y bastante el inglés, y que por sus cualidades era capaz de tratar negocios graves; siendo por su esfera y merecimientos muy superior á la colocacion que tenia, y por la clase inferior de su empleo hombre en quien entonces nadie ponia la consideracion, motivos ambos por los cuales era buen conducto para llevar adelante tratos secretos con los ingleses. Este tal, llamado D. Agustin de Argüelles, despues tan famoso, y figura tan principal en los sucesos posteriores de su patria, fué propuesto por Espinosa su superior y amigo para empezar las nuevas amistosas relaciones con los ingleses, y de ello le dió encargo el Príncipe de la Paz; pero haciendo tan poco alto en la comision y el comisionado que ha negado despues en sus memorias hasta haberle conocido.

El ministerio inglés tambien habia concebido esperanzas de armar la Península entera en Francia, y así en agosto de 1806 envió una escuadra británica mandada por el Lord conde de San Vicente á Lisboa, yendo embarcados en ella un negociador, y asimismo algunas tropas á fin de determinar al vacilante gobierno portugués á volver á su alianza antigua con la Gran Bretaña, y no sin esperanza de influir en el español para que hiciese otro tanto. En aquella época los ministros que contaban

en su numero á Fox, con la pérdida de hombre tan famoso, la habian tenido notable en su reputacion, y no obstante el nombre que por un descuido de su vanidad se atribuyeron y que sus enemigos le daban por apodo y como en burla de ser el ministerio de *todos los talentos*, se mostraban en el arte de gobernar muy inferiores á los *tories* sus rivales, no habiendo acertado á hacer la paz y no mostrando tino en su modo de proseguir la guerra. Las cortes de Lisboa y Madrid procedieron con timidez y recato, y se pusieron en trato secreto con el baron de Strogonoff, ministro plenipotenciario de Rusia en España, discurriendo el mejor modo de que se efectuase el rompimiento con Francia en la sazon oportuna, y cuando la guerra estuviese bien encendida en el Norte de Alemania, y evitando comprometerse con la Inglaterra de un modo diestro y ostensible. Era el plan que en Portugal venciendo la princesa-regente, hija del rey de España, muy devota de la Inglaterra y de gran poder sobre el ánimo de su marido, á un partido numeroso que en aquella corte sustentaba el interés de la Francia, empezase haciendo un considerable armamento; que siguiese á esto armarse España aumentando sus tropas y poniendo en movimiento su artillería como si se recelase de los intentos de los portugueses, y quisiese oponer sus fuerzas á las que estos presentaban; que de repente, llegada la ocasion, los portugueses y españoles unidos con un ejército crecido, pidiendo entonces auxilio á los ingleses, y valiéndose del que recibiesen en tropas y en fuerzas navales, se presentasen en los Pirineos dando un golpe á la Francia en su frontera meridional, donde creyéndose segura no estaba puesta en defensa; y que para estos gastos buscase fondos el ministro Strogonoff, procurándoselos en empréstitos contraidos en paises extranjeros, y de los cuales fuesen fianza ó hipoteca en parte los subsidios que habia de dar el gobierno inglés al ruso y prusiano para la próxima campaña. Llevábanse adelante estas negociaciones á modo de tramas de conjurados con el Príncipe de la Paz en particular, reservadamente, y recatándose hasta del rey y sus ministros. Contaba el privado de Carlos IV con su propia omnipotencia, aunque no ignoraba que su soberano, medroso como cuando mas, temia que cupiese á su monarquía igual suerte que á la austriaca, y así repugnaba la idea de cualquiera acto arrojado al momento de ir á acometerle, si bien por otra parte al ver que la sumisa condescendencia de la Prusia no la habia libertado de que fuese á caer sobre ella la Francia, preveia que á España y á su trono estaba preparado un golpe violento á infalible. Bien habría merecido disculpa el Príncipe de la Paz por su proceder, si, al seguir la conducta que habia abrazado, hubiese tenido siquiera mediana cordura. Pero sin consultar, segun parece, á persona alguna, en la hora de comenzar la guerra entre Francia y Prusia dió á luz un desaforado escrito, llámese manifiesto ó proclama, hablando él en su nombre á la nacion española, poniendo á su obra su firma, ponderando peligros presentes sin daclarar cuales fuesen ni de qué parte amenazasen, aludiendo á enemigos sin designar quienes eran, requiriendo sacrificios en donativos, en servicios de hombres y caballos, con lo que casi decia ser la Francia el contrario con que se iba á entrar en

lid, y añadiendo al loco desacierto de semejante alharaca poner su obra en tan mal estilo que dió un motivo á la burla cuando tiraba á inspirar nobles pensamientos y vivos afectos de patriotismo y entusiasmo. A este papelon acompañaban providencias dignas de alabanza, á haberse dado con pulso y secreto. Enviáronse circulares á los capitanes generales de provincia, á los obispos, á los intendentes, á los corregidores, para que cada cual en su esfera contribuyese al propuesto armamento y á excitar el celo del público en aquella ignorada contienda que se aproximaba. Mandóse reforzar el ejército con sesenta mil hombres. Pidiéronse, segun anunciaba el manifiesto, caballos á Andalucía y Extremadura, soldados á todas las provincias de España. Comisionose á un consejero de hacienda para que discurriese nuevas contribuciones para proveer á los gastos de la campaña. Creyó el privado que habia dado un golpe magistral, precipitando al rey en la guerra á su despecho, preparándose á pelear y sin dar á entender al enemigo que á escoger iba, que contra él se dirigian preparativos, difiriendo la declaracion formal hasta tener estos completos, y entretauto infundiendo ardor en el pueblo á la voz del peligro de la patria.

Nada de esto sucedió, como bien debería haberlo conocido la persona de mas mediano juicio. El mismo baron de Strogonoff, no obstante estar su gobierno en guerra abierta con Francia, quedó pasmado y confundido de una declaracion que desconcertaba sus secretos planes. En Portugal la parcialidad francesa puso miedo al gobierno y al público, á punto que para acreditarse ajena la corte de toda participacion en un proyecto de hacer guerra á Francia hizo que saliese del Tajo la escuadra inglesa. Leyó con asombro toda Europa el singular escrito del generalísimo, sin comprenderle del todo, ó á lo menos no acertando á darse razon de la naturaleza de aquel paso, aun viendo á qué se encaminaba; añadiéndose á la extrañeza del hecho ver que saliese de una persona ni rey, ni ministro, ni participante en el gobierno de su nacion, pues por mucho que fuese su poder efectivo, sus facultades de oficio no pasaban de las de un mero ejecutor de lo que el ministerio á nombre del soberano dispusiese. En varias córtes los diplomáticos franceses preguntaban á los españoles si su gobierno estaba entre los enemigos de la Francia. En Etruria O-Farril con sus tropas, rodeado de fuerzas francesas, se vió en peligro de ser con los suyos desarmado y prisionero.

Poco duró, sin embargo, la situacion nacida de suceso tan inexplicable. No bien invadió Napoleon á Prusia, cuando en una batalla dada en Jena, á que precedió un combate en Averstaedt que de la misma batalla vino á ser como una parte; desbarató el orgulloso ejército prusiano tan completamente que le aniquiló y con él á la monarquía, de la cual era defensa y nervio. Caian prisioneros cuerpos de ejército enteros desparramados, fugitivos, llenos de terror despues de su derrota. Abrian sus puertas las plazas al vencedor sin un amago de resistencia. Huia atónita y despavorida la corte á refugiarse á una extremidad del reino, y á buscar amparo en el ejército ruso que tarde se apresuraba á acudir al auxilio de su aliado. Entró Napoleon triunfante en Berlin y Potsdam, recogiendo

allí como gran trofeo la espada de Federico. En la ufanía de su triunfo llegó á su noticia la vana amenaza del Príncipe de la Paz, y la recibió por el pronto y en la apariencia con el mas insultante desprecio; pero en lo interior de su mente y para lo venidero con propósito de tomar venganza y buscar seguridad destruyendo el trono español de los Borbones, y cubriendo la frontera meridional de Francia con dar á España un gobierno que por su orígen é interés tuviese que ser su leal vasallo. Para responder desde luego con afrentoso desprecio al recibido agravio en amenazas que mal podian intimidar á quien todas las tenia en poco, mandó que un senador setenton fuese á las provincias francesas del Pirineo y allí pusiese en órden y armase la guardia nacional, como dando á entender que bastaba tan pobre defensa contra tan flaco enemigo.

Pronto llegaron á Madrid las nuevas de la batalla de Jena y de sus resultas, que nada menos fueron que la inmediata destruccion de la monarquía prusiana. Entre la salida á luz de la azarosa proclama del generalísimo y la noticia de este suceso mediaron pocos dias. La nueva victoria de Napoleon llenó de pavor en España al rey, á los ministros, al mismo privado. En el público fué grande la indignacion contra quien habia sido la causa de aquel nuevo apuro, vituperando la gente de prevision y cordura, no la intencion, sino el modo de llevarla á efecto; y culpando el vulgo todo, en que se comprendian personas por su esfera, alcances y conocimientos superiores á la esfera vulgar, que se intentase desviar á España de la amistad de su fiel aliado; cubierto de tanta gloria, digno, así como de respeto, de amor, y de cuyo poder gigante y rectos y generosos intentos y proceder solo bienes podia prometerse la nacion española. A los que así pensaban y esto decian, se agregó entonces el mas elevado personage del reino despues del soberano; el príncipe de Asturias. Acababa de perder á su esposa, á quien amaba con tierno cariño, y con la cual vivia en oscuridad y apartamiento. Lloraron en general los españoles á la princesa, porque la suponian un dechado de virtudes, atribuyéndole cuantas en la corte faltaban, y teniendo por clara prueba de sus merecimientos el odio con que la miraban la reina, el privado y aun el mismo rey. La circunstancia de haber abortado dos veces era achacada á ingredientes nocivos administrados para producir tal desdicha, y aun algunos afirmaban que despues de los abortivos se le habia dado veneno, sin considerar que la infeliz señora habia sido víctima de una tísis á que por su complexion estaba predipuesta. El dolor de su marido fué vivo y sin duda sincero, pero hubo de durarle poco, y su ambicion se despertó mas que lo estaba anteriormente. Si, como dijeron poco despues los franceses para justificar posteriores actos de perfidia y violencia contra el mismo príncipe ya rey, habia hasta entonces obediente al influjo de su consorte inclinádose á los ingleses, muy en breve varió hasta pensar de un modo diametralmente opuesto, y se dió á acusar á su odiado enemigo de hombre entregado á la Inglaterra en perjuicio de la España, y del gran Napoleon su aliado. Rodeabanle hombres que participaban de sus sentimientos y escasos por demas en prudencia y conocimiento de la política, así como faltos de la fidelidad debida á su

soberano. Estos imbuyeron al ambicioso é inexperto mancebo en la idea de que debia entablar relaciones de estrecha amistad con su poderoso vecino, por ellos considerado en su increible fatuidad sincero amigo de España y de su Real familia, á fin de que se libertasen por medio de tan irresistible influjo la monarquía y el rey del privado que en daño público y con afrenta de la Real persona estaba verdaderamente reinando. No desagradó este pensamiento al príncipe, y á su tiempo se dirá cómo, obrando con arreglo á él, se atrajo á sí propio y á la infeliz España las mayores calamidades.

Fuese como fuese, el clamor público, sin oposicion y aun sin contradiccion, pedia al gobierno que enmendase las consecuencias del yerro cometido por el generalísimo aplacando el justo enojo del emperador de los franceses. No era fácil la empresa, y con todo se intentó. El rey deseaba que así se hiciese, no habiendo aprobado la temeridad del Príncipe de la Paz. El príncipe de Asturias por medio de sus allegados y de muchos en quienes estos influian, clamaba por lo mismo. La voz popular cada dia mas favorable á Napoleon concurria en el mismo pensamiento; y los hombres sensatos no acertaban á desaprobar un acto de condescendencia vergonzoso, y probablemente inútil, no discurriendo otro modo de sacar á España del atolladero en que una locura la habia metido. El generalísimo, de suyo flexible, no se obstinaba tampoco en sustentar su temeraria conducta, ni estaba dispuesto á sacrificarse para cargar personalmente con las resultas de su proclama, dejando libre de responsabilidad á su rey y á su nacion; sacrificio generoso que, por otra parte, segun todas las probabilidades, habría sido inútil. Dióse, pues, prisa el gobierno á expedir órdenes á los capitanes generales, intendentes, obispos y demás autoridades para que suspendiesen los efectos de las belicosas circulares que se les habian comunicado. Envióse órden á todos los empleados diplomaticos españoles de superior é inferior esfera residentes en paises extranjeros de que en las gacetas de los mismos cuidasen de poner artículos encaminados á desvanecer la idea de que España habia intentado declararse enemiga de Francia. Para impedir, pues, los golpes que se recelaban, empezaron por todas partes á oirse las disculpas del gobierno español; siendo una de ellas que la proclama del generalísimo era apócrifa, habiéndose escrito y publicado subrepticiamente en Madrid por un enemigo del gobierno; pretendiéndose en otras gacetas con mas cordura que el llamamiento hecho al patriotismo de los españoles nacia de haberse sabido que los ingleses con las artes de su política por medio de su influjo en Constantinopla y Marruecos habian logrado determinar al soberano marroquí á que hiciese un desembarco en Andalucía al frente de cuarenta mil infieles, por lo cual habia sido conveniente y necesario excitar en el pueblo español el antiguo afecto de odio á los enemigos de su fé, de quienes tantos daños habia recibido en los tiempos pasados; y por último, tratándose en otras con mas verosimilitud de probar que era yerro hijo de la malevolencia interpretar las expresiones de la proclama y los actos á ella consiguientes como hostiles al gobierno francés, pues al contrario España quería aumentar sus fuerzas para oponerse á las empresas que

contra ella intentaba el enemigo comun empeñado en la destruccion de un reino que por su interés y situacion, así como por las inclinaciones y ya arraigada costumbre de un siglo entero, estaba estrechamente unido con la Francia, fuese el gobierno de esta el que fuese, y mas cuando la regia un varon insigne cubierto de gloria, sobrado en saber, y con sus amigos justo por demás y generoso. Poca mella podian hacer artículos de diarios en el ánimo de Napoleon, aun cuando hubiesen contenido mas convincentes razones que las que acaban de citarse. Otros medios fueron, pues, empleados para aplacar su ira. El Príncipe de la Paz, no solo cediendo á los impulsos de su propia flaqueza, sino tambien obedeciendo á instancias de su rey, se humilló ante el emperador confesando su culpa y pidiendo misericordia. Al mismo tiempo trató de adquirirse la amistad y el favor de Murat, creado gran duque de Berg, y de su consorte hermana de Napoleon, mirada por él con tierno cariño. Entre los empleados franceses diplomáticos repartió á manos llenas presentes de gran precio, y distinciones, como si influjo alguno valiese para protejerle con el soberano de Francia de quien sus súbditos todos no pasaban de ser sumisos ejecutores de los mandamientos que recibian. Al general D. Benito Pardo de Figueroa, oficial ya citado como de bastante mérito, que á la sazon desempeñaba el cargo de ministro plenipotenciacio de España en Berlin, se dió órden de que presentándose al emperador francés, entrado en aquella capital como conquistador, le diese toda cláse de disculpas y satisfacciones á nombre de su gobierno. D. Eugenio Izquierdo, empleado español de inferior categoría, que hacia el singular papel de ajente, y á modo de embajador particular del privado del rey de España, acudió tambien á Prusia á pedir perdon en nombre de su señor al dominador del continente. Este recibió á Pardo con engañosa afabilidad, aun haciéndole distinciones, y á Izquierdo con bondad aparente. Napoleon entonces, no obstante su victoria en Jena y haber destruido la monarquía prusiana, aun tenia que habérselas con las reliquias del ejército vencido y con el poder de la Rusia, hasta entonces intacta, guerreando á grande distancia de la Francia, por lo cual no creyó conveniente, cuando estaba ocupado en una campaña en las riberas del Vístula, cargar con el inconveniente de una guerra en los Pirineos. Así, pues, concedió á la España fácilmente el perdon por ella solicitado; aparentando no haber hecho alto siquiera en su provocacion, y hablando de Carlos IV en los términos mas cariñosos; en suma, aplazando su venganza á la época en que el tomarla cuadrase con su política; pero quiso entretanto debilitarla cada vez mas, resuelto ya á someterla en época mas ó menos distante, pero nunca muy lejana. Habia por aquel tiempo el emperador de los franceses dado un famoso decreto que, si bien ha sido aprobado por sus admiradores, contribuyó tanto cuanto el que mas de sus otros hechos á su caida. Llevando á lo sumo su odio á la Inglaterra, y desistiendo ya del empeño de invadirla, resuelto á acabar con su poder despojándola de todo su influjo en el continente, declaró en Berlin las islas británicas en estado de bloqueo, el cual como no podia hacerse con fuerzas marítimas habia de llevarse á efecto cortando todo

trato entre la Gran Bretaña y las demás naciones. Eran las consecuencias de semejante resolucion funestísimas á España que debia padecer mucho de resultas de este sistema anti-comercial, pues tenia muchas colonias, y fábricas pocas ó ningunas. Al forzar Napoleon al gobierno español á prestarse en este punto á sus intentos, solo hacia con él lo que con los gobiernos todos. Otras artes empleó su política, dirigidas particularmente á adelantar su proyecto de hacerse dueño de España, empezando por debilitarla para hacer tan fácil y llana su conquista, que ni resistencia experimentase en la hora de llevarla á cabo. Creyó para esto oportuno halagar al Príncipe de la Paz y contribuir á socapa á su engrandecimiento, haciendo que Carlos IV le diese nuevas distinciones, en la inteligencia de que procediendo así complacia á su aliado, el cual en esta conducta llevaba por objeto hacer el gobierno español tan odioso al pueblo que regia, que la obra de derribarle fuese mirada por la descontenta nacion como un acto de redencion de un yugo insufrible. Carlos IV, llevando á lo sumo la complacencia, reconoció á José Napoleon por rey de Nápoles, y al mismo tiempo dió nuevas pruebas de amor y aprecio á su valido. Fué la mas notable de estas crearle en enero de 1807 almirante de España é Indias y protector del comercio, con todos los títulos, honores, preeminencias, facultades y tratamiento que habia tenido el infante D. Felipe cuando obtuvo la misma dignidad reinando su padre Felipe V. Estos aumentos en la privanza de quien ya lo podia y era casi todo, no eran reales y efectivos, ni causaron grande asombro; pero con todo eso acrecentaron el público disgusto, dando márgen á grandes sospechas. Que el Príncipe de la Paz tomase el título de alteza serenísima reservado hasta entonces á la Real familia (*), daba á creer mayormente, atendiendo á que el afortunado valido tenia por mujer á una señora de la estirpe de los Borbones, daba á temer que habia algun proyecto vago y confuso de declararle de la Real familia, y aun de allanarle con semejante medio el camino á un trono, y acaso de sentarle en el de España. Esto creyó el príncipe de Asturias, en quien en su vehemente y no del todo infundado aborrecimiento al privado de sus padres influyó como lo que mas para acrecentar el enojo que, despues de haber compartido con él el título hasta entonces exclusivo de Príncipe, el de la Paz se le viniese á igualar en el tratamiento. Resolvióse, pues, por esto, no faltando quien á hacerlo le instigase, á procurar por cualesquiera medios la ruina de su enemigo y rival, no excusando para conseguirlo ni aun entrar en tratos secretos con un soberano extranjero y poderoso, aunque amigo aparente de su padre, oculto y formidable enemigo del trono de su familia y de la independencia de su patria.

La nueva elevacion del valido produjo en el primer momento un efecto cual no podia esperarse en la corte y el público de la capital de España. El rendimiento de los empleados y gente de superior esfera no tuvo límites, y aun hubo quien acudiendo á Aranjuez á dar la enhora-

(*) Hasta el fin del reinado de Fernando VII no se ha dado en España el tratamiento de Alteza Real á los hijos, hermanos y sobrinos del rey.

buena al almirante, dudoso sobre si debia tratársele como á persona Real, se acojió á lo mas seguro y le besó la mano. Otros sin llegar á tanto tampoco se quedaron cortos. Volviendo el engrandecido privado de Aranjuez, donde habia recibido su nombramiento, á Madrid, fué recibido en su palacio con sumiso obsequio por una numerosa concurrencia. Al presentarse en el teatro por la primera y última vez de su vida, fué saludado con palmadas. Estas circunstancias aumentando su engreimiento le llegaron á alucinar, persuadiéndole de que se habia trocado en buen afecto á su persona el general desvío. Pero las demostraciones de que acaba de darse cuenta, hijas de la sorpresa y de la irreflexion á ella consiguiente, cesaron pronto, y el odio popular volvió á embravecerse. En lo que de aqui resultó si el Príncipe de la Paz es digno de severa censura no vinó á ser el mas culpado.

Mientras así iban los negocios interiores de España, Napoleon, emprendiendo nueva campaña en Polonia contra las reliquias del ejército prusiano y todo el poder de la Rusia, se señalaba con nuevos é importantes triunfos, pues si en una reñida batalla en Eylau quedó poco menos que vencido, recobrando su superioridad desconcertó al enemigo, ganó la fuerte plaza de Dautzick despues de un largo asedio, y en Friedland alcanzó una de sus mayores victorias. El emperador de Rusia Alejandro, extremado siempre en sus afectos, trocó en admiracion á su contrario la enemistad pasada, y se apresuró á hacer con él la paz, llevándola á los términos de alianza por algun tiempo sincera. Viéronse los dos emperadores en Tilssit, y se dieron muestras de aprecio y afecto, dando á sus conferencias notable pompa. Asistió á ellas el rey de Prusia como suplicante, á quien Alejandro protejia y Napoleon perdonaba. Volvióle el último una parte de sus estados haciendo alarde de su generosidad; pero sujetándole á tan duras condiciones, é imponiéndole tan pesado yugo, que hizo su dominacion insufrible á los prusianos, y el poder francés aborrecible á todos los alemanes. Sin embargo, en los dias primeros de esta paz llegó Napoleon á la cumbre de su poder y gloria, pues aunque despues tuviese en el uno y la otra aumentos aparentes, circunstancias posteriores introdujeron en su grandeza una causa de debilidad que paró en traerle su ruina. España, en los dias de que se vá ahora hablando, nada podia hacer mas que seguirle sumisa, y ni aun así habia de evitar la triste suerte que le estaba preparada.

Los ministros ingleses habian caido llenos de descrédito, volviendo los torys discípulos de Pitt á enseñorearse del mando. Estos hacian poco caso de los manejos secretos con que el gobierno español procuraba captarse su benevolencia ó mitigar su enemistad, y mirando á España como una provincia de Francia trataban de destruirla. Ya en este punto sus antecesores no habian estado ociosos; pero teniendo en sus empresas la mala fortuna que acompañó todas sus operaciones. Eran estas dirigidas principalmente contra América, punto donde se lisonjeaba la nacion británica de encontrar un mercado abundante para sus géneros, y cuya separacion permanente de la metrópoli era el blanco á que apuntaba. Para este intento empleó otra vez al célebre general Francisco Miranda,

que despues de haber obtenido su grado sirviendo á la república francesa, tras de sus largas aventuras y viajes, estaba dado todo al servicio de la Gran Bretaña, porque esta era la que podia satisfacer su anhelo de ver á su patria independiente. Como en una época anterior, se concertó que este hombre inquieto y no falto de talento se arrojase de nuevo á las provincias de Venezuela y enarbolase en Caracas el pendon de la independencia americana. Acudió para esto presuroso á Nueva-York el atrevido aventurero bastante provisto de oro, y llevando á su disposicion una goleta inglesa cargada de pertrechos y municiones. Llegado Miranda á aquel puerto de los Estados-Unidos entró en tratos con algunos capitanes de corsasios para que le ayudasen con sus buques, y allegó á sí á algunos locos amantes de la libertad republicana que deseaban contribuir á su establecimiento en todo el mundo, y á no pocos hombres turbulentos cuyo único objeto era mejorar su fortuna. Juntando estos secuaces fletó un buque, y embarcándolos pasó con ellos á Jacmel en la isla de Santo Domingo, á donde le enviaron otras fuerzas semejantes desde Puerto-Príncipe, lugar de la misma isla. Pasando en seguida él mismo á este último puerto, allí arregló y puso en órden su gente, formándola en batallones y nombrándole oficiales, y se dió á conocer por capitan general de las tropas á que llamó columbianas, preparando al mismo tiempo sus planes de sublevacion y sus proclamas, y siguiendo una correspondencia con sus cómplices y ajentes en el presupuesto teatro de sus operaciones. Habiendo al fin recibido aviso de que una expedicion inglesa iba á arrojarse sobre Buenos-Aires, se hizo á la vela el 10 de abril de 1806, y el 19 se puso á la vista de Caracas; pero con su presencia nada logró, pues la poblacion, lejos de corresponder á las tentativas hechas para soliviantarla, se preparó á la defensa. Viéndose Miranda sin un solo amigo, pues el gobierno español ni necesitó dar providencias para impedir que con él cooperasen los naturales, echó á tierra por la noche algunos oficiales con unos pocos soldados que intentaron ganar el fuerte de Ocumare por sorpresa. Todos cuantos desembarcaron cayeron prisioneros sin que se disparase un solo tiro, y saliendo al mismo tiempo dos buques españoles se arrojaron sobre las dos corbetas que traia consigo Miranda y las apresaron, dejando apenas tiempo al general aventurero de refugiarse á su antigua goleta inglesa. Retirándose él en seguida pasó á la isla de la Trinidad donde otra vez juntó tropas, auxiliándole el gobierno inglés con dinero, y sobre todo con fuerzas navales, respetables para aquellos mares donde no habia enemigos, pues se componian de dos fragatas de guerra, una corbeta, tres bergantines y dos goletas á que iban agregados algunos transportes. Pronta la expedicion á fines de julio del mismo año de nuevo se presentó en frente de la costa de Venezuela, y amenazando á varios puntos á un tiempo siguió costeando aquellas tierras con la esperanza de que á su vista se declararían á su favor algunos de los naturales. Viendo que esperaba en balde intentó un desembarco en la isla de la Margarita, y fué rechazado. No desistiendo con todo de su empeño navegó hasta llegar á Covo, donde desembarcó seiscientos hombres que él mismo se puso á capitanear; pero reuniéndose

las tropas de la colonia desde los lugares de tierra á dentro porque estaban desparramadas, cayeron sobre los invasores y los obligaron á recojerse á sus buques, causándoles una pérdida como de doscientos hombres. Ya con esto Miranda, viendo que no contaba con un solo auxiliar, renunció por entonces á su empresa.

Por el mismo tiempo los ingleses ejecutaron la que tenian meditada contra Buenos Aires. Dirigióla el oficial de la marina británica, Sir Home Popham, hombre mas intrépido que juicioso. Este, teniendo por encargo hacerse dueño del Cabo de Buena Esperanza, posesion holandesa, y al mismo tiempo de hacer una tentativa sobre las provincias del rio de la Plata, ejecutó lo segundo con fuerzas desproporcionadas á la importancia de aquella operacion. Favorecióle al principio completamente la fortuna. Usando con habilidad de artes propias de la guerra, puesto á vista de Buenos Aires hizo correr la voz de que tenia consigo seis mil hombres de desembarco, y maniobró con su escuadra tan diestramente que acreditó el rumor esparcido de ser considerables sus fuerzas. Aturdióse enteramente el virey, marqués de Sobre-Monte, no obstante ser oficial de alguna concepto y buenos servicios; desparramó sus tropas; no supo emplearlas contra las enemigas, y al cabo de dos dias de ataques falsos por parte de los ingleses y de torpezas por la de los españoles, perdió la capital de su vireinato de que se hizo dueño el enemigo, ejecutando con solos mil y seiscientos hombres tan importante conquista. Pero los ingleses con haber ganado la ciudad de Buenos Aires, no habian sujetado la extensa colonia del rio de la Plata, ni aun asegurádose en la costa la capital ganada por sorpresa. La poblacion de aquellos paises se mostró enemiga á los invasores. Los campos vecinos á la ciudad de Buenos Aires se sublevaron contra el enemigo. Aprovechando la ocasion Don Santiago Liniers, oficial de la real armada, francés de orígen ó de nacimiento, pero que habia servido en España desde su niñez, y hombre de entendimiento así como de valor, emprendió dirigir la reconquista de Buenos Aires. Tomando el mando de los que quisieron seguirle, entrándose en seguida disfrazado en la ciudad ocupada por los ingleses para concertarse con algunos de los habitantes sobre las futuras operaciones, y pasando en seguida á Montevideo, sacó de esta última ciudad seiscientos soldados, los llevó en parte por tierra y en parte por el rio á la Colonia del Sacramento, les agregó cien hombres mas, y con tan escasa fuerza, ayudado por la buena voluntad de la poblacion y por su propia intrepidez y buen discurso, se lanzó á abrir la campaña. Premió la fortuna su arrojo, pues los ingleses acometidos á un tiempo por aquella gente, si escasa en número sobrada en denuedo, por los campesinos y aun por parte del vecindario de Buenos Aires, se entregaron á discrecion despues de perder cuatrocientos hombres, quedando prisionero con mil y doscientos el general Beresford, despues famoso en mas reñidas guerras. Cayeron en poder de los vencedores mercaderías inglesas en crecido número, llevadas á aquel lugar al saberse su conquista con la loca esperanza de un mercado copioso, las cuales fueron confiscadas ascendiendo el valor del botin ganado á sesenta millones de reales. El ministro

inglés pensaba en asegurarse la posesion de su importante conquista cuando recibió la noticia de haberse perdido. Mezclándose afectos de partido con el sentimiento causado por sus reveses, los whigs, ministros de aquellos dias, desahogaron su mal humor sobre Sir Home Popham grato al ministerio tory, y achacaron á su conducta la desgracia ocurrida. Con mejor acuerdo dispusieron remediarla emprendiendo otra vez la conquista de las provincias del rio de la Plata con superiores fuerzas. Para el intento juntaron una escuadra respetable, cuyo mando fué dado al almirante Murray, y embarcaron un ejército de no menos que quince mil hombres. Por desgracia de las armas británicas no correspondia al número de estas fuerzas la pericia de sus capitanes, siendo azar funesto de aquellos ministros acertar poco en la eleccion de las personas á quienes encomendaban sus principales empresas. Llegada la expedicion inglesa á su destino, empezó por ocupar la Colonia del Sacramento en la parte superior del rio de la Plata, la cual falta de recursos para resistirlas se les entregó desde luego, y pasaron en seguida á ganar á Montevideo lo cual consiguieron al cabo de un bloqueo de cuatro meses y de dos asaltos que fueron rechazados, haciéndose al fin dueños de la ciudad en febrero de 1807 despues de una defensa ni notable por lo briosa ni vituperable por floja en demasía. Deberían en seguida los invasores haberse dirigido á Buenos Aires, pero perdieron el tiempo deteniéndose cuatro meses en Montevideo, y empleando tan largo plazo en hacer prepativos para sus operaciones en la opuesta orilla y en excitar á los naturales á que se separasen de la obediencia á España declarándose potencia independiente. A estas provocaciones á faltar á la lealtad respondieron los de Buenos Aires manifestándose inflexibles en su apego y amor á la metrópoli, y á las amenazas y preparativos de sus contrarios opusieron firme continente y prepararse á recibirlos con denuedo y suficiente fuerza. Liniers, que desde su triunfo anterior era el verdadero general y gobernador de aquel pais, tenia consigo hasta diez mil hombres de tropas, casi todas ellas de milicias ó de voluntarios, y recibió tres mil hombres de refuerzo que le envió el virey desde Córdoba del Tucuman. Al cabo las tropas inglesas efectuaron su desembarco en la banda occidental ó meridional del rio de la Plata el 25 de junio, tomando tierra en la ensenada de Barragan, protegiéndolas la escuadra dirigida por su almirante Murray en persona. Trataron de empeñar un combate mientras contaban con el amparo de su fuerza naval, pero, no prestándose á ello sus contrarios, hubieron de adelantar tierra adentro, llevando la fuerza de diez mil hombres divididos en tres columnas. Caminaban tan pausadamente que echaron cuatro dias en llegar á las Quilenas, lugar no muy distante del punto en que habian desembarcado y cercano á Buenos Aires. Corre por aquel sitio un riachuelo, cuyo paso intentó disputar Liniers, pero el general inglés Whitelock que mandaba el ejército de su nacion, dando un rodeo, fué á atravesar la corriente por un vado peligrosísimo con dos de sus columnas, dejando la tercera y un cuerpo de reserva para hacer frente á los españoles y contenerlos. Viendo Liniers que el enemigo iba sobre Buenos Aires, apresuradamente y con solo la mi-

tad de sus tropas, acudió allí tambien deseoso de anticiparse á los ingleses. Encontráronse unas con otras las tropas contrarias en el lugar llamado Matadores, y vinieron á las manos, y despues de una refriega sangrienta quedó indecisa la victoria, habiendo separado á los combatientes las tinieblas de la noche y una recia tempestad, y saliendo de la pelea con mas pérdida que los ingleses los españoles. Despues de otras operaciones en que se peleó con denuedo retardando á los invasores en su marcha pero sin lograr detenerlos, las tropas de Liniers fueron á réunirse á las puertas de la misma ciudad de Buenos Aires, de cuyo vecindario todos cuantos eran capaces de hacer uso de las armas las habian tomado para resistir denodadamente al enemigo. Los ingleses, con la lentitud que solian usar en sus operaciones, todavía tardaron dos dias en dar el asalto á aquella poblacion sin murallas. Diéronle al fin no sin su acostumbrado valor, pero se encontraron con una resistencia inesperada; pues si se hicieron dueños de un lugar fortificado conocido por el Retiro, ganándole á costa de mucha sangre, y de otros dos puntos de la ciudad, y aun saquearon algunas de sus casas, en otros lugares fueron rechazados perdiendo dos mil hombres entre muertos y heridos y dejando un número considerable de prisioneros. O ya porque perdiese el ánimo demasiado pronto el general inglés viendo la vigorosa resistencia de los americanos españoles, ó ya porque real y verdaderamente le fuese imposible proseguir las operaciones con esperanzas de darles feliz remate, hubo de consentir en capitular, y con condiciones tan ventajosas á sus contrarios, que estipuló renunciar á proseguir las hostilidades contra aquellas provincias, y evacuar á Montevideo, á trueco de que le entregasen libres al general Beresford y sus soldados hechos prisioneros en la anterior campaña. Cumpliéndose la capitulacion en el término de dos meses, desampararon las fuerzas británicas aquellas regiones, donde esperando ser bien recibidas habian visto que los naturales miraban su dominacion con horror extremado. Tambien habian hecho la prueba de sublevar contra España á los indios de las Pampas y á los célebres araucanos; pero con tan poco fruto que los caciques de aquellos pueblos, en vez de darles oidos, fueron á brindar con su amistad y auxilio á las posesiones españolas amenazadas. En fuerza de estos desengaños, observándose religiosamente por parte de ingleses y españoles las capitulaciones hechas en Buenos Aires, desistió la Gran Bretaña de hacer empresas contra América, en el breve tiempo que todavía tuvo de duracion el reinado de Carlos IV.

Los sucesos de Buenos Aires sabidos en España, encendieron allí mas el ódio á los inleses y dieron materia á grande satisfaccion á un pueblo que tenia pocos triunfos de que blasonar en aquel tiempo. Era general la opinion en punto á que debia estrecharse á cada hora mas la alianza con la Francia. Hasta la casual circunstancia de ser el vencedor de Buenos Aires Liniers, francés por su nacimiento ó cuando menos por su nombre, contribuia en aquel momento á que se considerase una misma la causa de ambos pueblos. La gloria de Napoleon, grande en verdad, brillaba en España pura de algun otro lunar que empañaba su lus-

tre, cuidando el desalumbrado gobierno de esparcir sus alabanzas y de encubrir cuanto para rebajar su mérito ó poner patente su ambicion pudiese alegarse. Al mismo tiempo los ingleses se habian hecho odiosos en el continente y atraídose una guerra con las potencias del Norte excepto la Suecia, cuyo rey, verdadero demente, era un amigo que con su buen afecto honraba poco. Acababan los nuevos ministros británicos, imitando á Pitt, cuyas huellas seguian en obrar con rigor sin cuidarse de si lo hacian ó no con justicia aparente ó verdadera, de arrojarse sobre la Dinamarca, neutral, aunque con razon sospechada de intentos de convertirse pronto en su enemiga, y sin preceder declaracion de guerra de bombardearle su capital, de tomarla y de hacerse dueños de su escuadra; hecho lo cual se retiraron abandonando su ya inútil conquista. Napoleon aprovechó la ira causada por este atentado para apretar mas á las potencias todas del continente á que hiciesen causa comun contra Inglaterra. De España ya lo habia conseguido, pero era menester sacarle nuevos sacrificios ínterin realizaba su proyecto de ponerla bajo su dominacion directa. Con este intento hácia fines de la guerra con Rusia habia pedido ó, diciéndolo con mas propiedad, ordenado que un cuerpo de diez y seis mil españoles pasase al Norte de Alemania á guerrear allí al lado de los ejércitos franceses. Fué obedecido como era consiguiente, y los seis mil hombres un año antes enviados á Etruria, tuvieron asimismo que pasar á juntarse con sus compañeros en las costas del Báltico. Así quedaba España sin soldados para la hora en que habian de entrar los franceses á guarnecerla. Al mismo tiempo convertida toda la atencion del victorioso emperador de los franceses, ya libertado de enemigos en el Norte, al Mediodía de Europa, no podia sufrir que Portugal bajo las apariencias de neutralidad siguiese alianza oculta con la Gran Bretaña. De esto sacó un pretexto para exigir del gobierno español mayores sacrificios que antes, y la cooperacion á nueva guerra con la vecina monarquía portuguesa, para seguir la cual habian de entrar en el territorio de la Península los ejércitos franceses. Exhausta de recursos la pobre corte de Madrid, se veia apremiada por su aliado al pago de cuantiosos subsidios, y no recibiendo de América caudales y pudiendo sacar poco del mal gobernado pueblo que la obedecia, hubo de contraer en Holanda nueva deuda tomando prestados veinte y tres millones de florines. El emperador francés no quiso solo emplear la fuerza para la ejecucion de sus nuevos proyectos y empleó asimismo la maña recurriendo á artes en el uso de las cuales no era escrupuloso. Fué una de las principales que empleó hacer suyo al Príncipe de la Paz, alucinándole con brillantes esperanzas hasta de elevarle á la potestad soberana; elevacion no imposible de creer en dias en que estaban subiendo á tronos hombres no superiores á él en oríjen y, aunque sí en verdaderos merecimientos, tampoco en lo rápido de su anterior fortuna. Ciertamente en el privado del rey de España no eran ni una ambicion desapoderada ni una fátua vanidad los únicos motivos que le impelian á buscar en nuevo y mayor encumbramiento seguridad para su elevacion presente y aun para su propia persona, pues el ódio conocido del heredero del trono español y de casi toda la nacion le

amenazaba. En el delirio de la vanidad creia ver semejanza entre su suerte y la de la familia imperial de Francia, y en ello fundaba esperanzas del logro de sus deseos. Ya se ha referido en esta historia que Izquierdo era su embajador particular, y negociando en su representacion tambien lo hacia por la potencia española. Tratábase entonces sobre todas las cosas de la futura invasion de Portugal, venida esta vez á ser inevitable, sin que pudiese ser otro su paradero que la sojuzgacion completa de aquel reino y caer de su trono la familia de Braganza. Ya se iba presentando en Bayona un cuerpo de observacion de hasta veinte y cinco mil hombres, titulado de observacion de la Gironda, y cuyo destino conocido era operar en la Península. Acercábase, pues, el momento de la entrada en España de los franceses, y, como era imposible impedirle ó siquiera demorarle, cada cual tiraba á sacar de tal suceso el mayor provecho posible.

Así las cosas, Izquierdo sin conocimiento del ministro de Estado de España ni del embajador de la misma nacion en la corte de París, en 27 de octubre de 1807 firmó en Fontainebleau con un plenipotenciario francés competentemente autorizado un convenio determinando que habia de hacerse de Portugal cuya conquista se presuponia. Disponíase en estos pactos que se dividiese la monarquía portuguesa en Europa, dando las provincias septentrionales de entre Duero y Miño y Tras-Os-Montes á la reina de Etruria ya viuda, á la cual se despojaba de su nuevo reino italiano, adjudicando al Príncipe de la Paz el principado de los Algarves como soberanía; condecorando al rey de España con el título de protector de estos nuevos estados, entendiéndose que habia de titularse emperador en breve; y dejando en secuestro lo restante de Portugal para que al hacerse la paz general fuese restituido á la casa de Braganza á trueco de que devolviesen los ingleses á los españoles á Gibraltar, la isla de la Trinidad y otras conquistas que sobre ellos hubiesen hecho en las últimas guerras. Parecia que en tan ridículo pacto, el cual bien se puede calificar de hecho por el gobierno francés sin la intencion siquiera remota de darle cumplimiento, debería haberse halagado mas á España, siquiera prometiéndole á todo Portugal como era regular que se le diese un aliado que verdaderamente mirase por su provecho. Pero ni aun esto se hizo, no queriendo dispensar tanto favor ni aun en engañosas promesas.

No se habia esperado la conclusion del informal tratado de Fontainebleau firmado por la parte de España por un negociador falto en parte de autorizacion competente, para dar principio á la entrada de las fuerzas francesas en España. Pendiente aun el trato puso sus tropas en movimiento el general del cuerpo de observacion de la Gironda, Janot, soldado valiente y hombre personalmente devoto de la fortuna del emperador á quien servia. El 18 de octubre de 1807 atravesando el Bidasoa por la parte occidental de los Pirineos línea divisoria de Francia y España, la primera division del mismo ejército empezó el primer acto de la larga tragedia que con alternados sucesos habia de costar tanta sangre francesa y española. Siguieron dentro de pocos dias las demás di-

visiones, la caballería, la artillería. Venian los franceses formando diez y seis columnas, todas las cuales pasando por Vitoria y Burgos, desde esta última ciudad, dejando el camino recto de Madrid, pasaron á Valladolid primero, y luego á Salamanca. El intendente de ejército español estaba encargado de proveer á la subsistencia y todas las necesidades de aquellas tropas. El general D. Pedro Rodriguez Laburia vino á Irun á recibir al general Junot y á hacerle el correspondiente cumplimiento de bien venida de parte del Príncipe de la Paz y del gobierno. Estos eran los agasajos y obsequios de oficio: los voluntarios de la poblacion fueron mayores. Recibíase á los franceses como á amigos sinceros, como à hermanos, acaso eomo á algo mas, esto es, como á redentores, pues pensando ver en su venida algun objeto mas que la conquista de Portugal se les suponia uno de hacer bien á España noble y desinteresadamente. El gobierno tambien cuidaba de contribuir á la invasion de Portugal para que no fuese de sus aliados toda la gloria así como todo el trabajo de la campaña y que no pretendiesen tener solos derecho á gozar del fruto de la conquista. Para esto se dispuso que un cuerpo español que se estaba reuniendo en Alcántara sobre el Tajo, mandado por el teniente general D. Juan Carrafa, capitan general de la provincia de Extremadura invadiese el reino vecino por la Extremadura portuguesa, con su fuerza compuesta de ocho batallones, cuatro escuadrones, una compañía de artillería volante y otra de zapadores. Fuerzas mas considerables habian de entrar en Portugal por otros lados, considerándose las de que se acaba de hablar como meras auxiliares del ejército francés. Por la parte de Galicia que linda con lo que habia de ser el nuevo reino de Lusitania, se juntaron en Tuy tropas venidas de aquella dilatada provincia, de Asturias, y del reino de Leon, hasta componer la fuerza de catorce batallones, seis escuadrones y una compañía de artillería de á pie, dándose el mando de este ejército al teniente general D. Francisco Taranco capitan general de la provincia de Galicia. Por la parte meridional de la Península se juntó en Badajoz una division compuesta de ocho batallones, cinco escuadrones y una compañía de artillería volante, fuerza á la cual tocaba tomar posesion de las provincias destinadas por el tratado de Fontainebleau á ser Estado del Príncipe de la Paz. Mandaba este último cuerpo el capitan general de Andalucía y teniente general de ejército D. Francisco Solano, marqués del Socorro, mas jóven que solian ser en su tiempo los generales, que habia servido fuera de España y que por sus prendas, de que ya se ha dicho algo en esta historia, llamaba mas á sí la atencion que sus compañeros.

Mientras se disponia la expedicion contra Portugal con union tan estrecha entre el emperador de los franceses y el privado del rey de España, otras cosas pasaban en la corte y en la nacion española y otras mayores se preparaban. Poco antes Napoleon, en los momentos en que mas irritado con la corte de Madrid y mas resuelto á su ruina, queriendo usar mayor hipocresía para llevar adelante su proyecto de quitar á los Borbones el trono de España, habia retirado de Madrid á su embajador Beurnonville, general áspero cuya dureza de modales mas de una vez

habia ofendido al privado y al rey mismo, y puesto en su lugar al marqués Francisco de Beauharnais, de la nobleza antigua, tio de la emperatriz Josefina, hombre de fino trato aunque no de grande aptitud para su destino, y el cual con su cortesía y afabilidad supo hacerse grato á la familia Real de España. No bien llegó este nuevo embajador á su puesto cuando contrajo relaciones de amistad con el príncipe de Asturias, retirado completamente de los negocios, pero por aquellos dias ocupado en una trama que mucho tenia de conjuracion, aunque no llegase del todo á serlo como han supuesto sus enemigos. Deseaba el príncipe Fernando con ánsia suma mandar ó cuando menos participar en el gobierno, y por otro lado temia que, si llegaba á faltar su padre, enfermo á la sazon y cuya enfermedad parecia mas grave á los ojos de los mal contentos á los deseos de su heredero y á los ambiciosos conatos de los consejeros del príncipe, se vería excluido del trono. Aumentaba sus recelos en algo fundados haber sabido que en una conversacion, cuyos términos si no se supusieron del todo siendo del todo verdaderos, se abultaron, D. Luis Viguri íntimo amigo de D. Diego Godoy, hermano del Príncipe de la Paz y á la sazon coronel de reales guardias españolas, habia insinuado á su brigadier Jáuregui, coronel de un regimiento que, estando Carlos IV acometido de una grave dolencia y siendo muy de temer su muerte, acaso no convendría la subida al trono de su legítimo sucesor á quien calificaba de vicioso é incapaz, y que sería mas conveniente dar la regencia al privado que por tantos años habia estado gobernando á España, propuesta oida por Jáuregui con alta indignacion no encubierta ni aun en el momento de llegar á sus oidos, y referida despues por él mismo con escándalo de su lealtad arrebatada. Ni era esta la única noticia que habia de semejante intento declarado por amigos imprudentes y creido y propagado con ansia por enemigos injustos. El príncipe de Asturias, pues, para el logro de sus planes y perdicion de su enemigo, creyó lo mejor pedir por mujer á una princesa de la familia imperial de Francia, poniéndose bajo la proteccion de Napoleon para su seguridad desde luego, y tambien, con corta dilacion, para su triunfo. El embajador francés, ó ya obedeciese á los preceptos de su emperador para aumentar la discordia existente en la familia Real de España; ó ya con miras de personal engrandecimiento anhelase un matrimonio que elevaría á un trono á una parienta suya, pues se entendia que no teniéndolas Napoleon casaderas habría de ser de la familia de Josefina la elegida; ó ya cumpliendo en parte con sus instrucciones, pero excediéndose de ellas por falta de tino y sobra de atencion al propio interés, fomentó en Fernando la idea de solicitar el enlace á que se ha hecho referencia, y de solicitarle aun sin noticia de su padre ni del gobierno del cual era súbdito ni mas ni menos que el español mas humilde. No desagradó la idea al príncipe ni á sus consejeros, que al contrario pensaron en ponerla desde luego en ejecucion con igual delito que desatino. La corte siempre vigilante en punto á las acciones del heredero de la corona, empezó á advertir ciertas novedades extrañas en el mismo y en sus allegados y servidumbre. De Fernando se sabia que contra su costumbre solia pasar las horas de la noche escribiendo,

y que recibia cartas recatándolas. De sus amigos y hasta de sus últimos servidores, habia noticia de que se desmandaban mas que antes en sus censuras del Príncipe de la Paz y aun de la reina, yendo su imprudencia mezclada de jactancia, como si esperasen cercano algun suceso próspero. La reina, que, en ódio al príncipe y en temor de lo que á ella y á su privado sucedería si Fernando llegase á reinar, iba mas allá que el Príncipe de la Paz, empezó á molestar al rey, su marido con pretensiones de que averiguase la conducta de su heredero, se echase sobre sus papeles, y aun le castigase si le encontraba culpado. Cediendo el rey á las instancias de su mujer, para él siempre poderosas y en parte tambien á sus propios afectos de amor y ódio, en el 29 de octubre á las seis y media de la tarde, habiendo convocado con secreto á su real cámara á sus ministros y al gobernador interino del consejo real, mandó de súbito al príncipe comparecer ante su real persona, y le sujetó á dar una declaracion como cualquier delincuente. Terminada la declaracion, el rey con el séquito de los que habian asistido á aquel acto, acompañó al príncipe á su cuarto privado donde, pidiéndole que entregase la espada, le constituyó preso con centinelas de vista. Siguióse mandar prender á las personas del inmediato servicio de Fernando, y expedirse órdenes para que se usase del mismo rigor con varios personajes de nota implicados en la trama descubierta. Así cuando iban entrando los franceses en España en virtud de una alianza estrecha no solo con el rey y su gobierno sino particular con el Príncipe de la Paz, resultaba que el encumbrado enemigo de este último era sujetado á un proceso criminal por querer entablar tratos con el gobierno francés y contraer con él las mas íntimas relaciones.

Los papeles cogidos al príncipe al momento mismo en que se resolvió su prision, sirvieron de fundamento á la que empezó á formarse contra su persona y la de sus cómplices. Era el principal de los tales documentos una representacion al rey en nombre y con la firma de su mismo hijo y heredero, donde, pintando la vida y principales hechos del Príncipe de la Paz, llevando el pincel el ódio, se le acusaba de los mas graves delitos hasta insinuar que habia fundamento para suponerle reo de un proyecto encaminado á deshacerse del rey y de la Real familia, á fin de subir él al trono vacante, acusacion tan desvariadamente injusta que quitaba el valor á otros cargos graves bastante fundados. Proponia además la representacion, como medio de estorbar el cumplimiento de los malvados proyectos del valido que se diese por el rey al príncipe de Asturias facultad para prenderle y encarcelarle así como á todos sus allegados, secuestrándole desde luego los bienes. Para este intento el príncipe mismo habría de estar autorizado á extender los decretos competentes para que luego los aprobase y firmase el rey su padre y soberano. A fin de llevar á efecto estos propósitos suplicaba Fernando á su padre que le señalase un lúgar donde se viesen y hablasen en secreto, entendiéndose que era necesario recatarse de Godoy y de la reina, no solo en punto á lo que tratasen padre é hijo sino tambien sobre el hecho de que tuviesen una conferencia. Rogábase asimismo á Carlos IV que al llegar

el momento de la prision del Príncipe de la Paz no se apartase del lado de su hijo, no fuese que el dolor y los ruegos de la reina le venciesen, impidiéndole llevar á efecto aquel acto riguroso de justicia. Terminaba este singular escrito con nueva eficaz súplica á S. M., de que, en caso de no acceder á los deseos sumisos del príncipe de Asturias, le guardase el mayor secreto, pues de otro modo correría grande é inminente peligro la vida del suplicante. A lo mal pensado, ó, diciéndolo claro, lo disparatado en la esencia de semejante obra, acompañaba, lo que era de menos importancia, estar escrita en un estilo indigesto y no sin pretensiones de elocuencia. Túvose por cierto que la composicion y original idea de obra tan peregrina era de D. Juan Escoiquiz, preceptor del príncipe en sus tiernos años, literato mediano conocido por autor de bastantes malos versos, y hombre inquieto y sin juicio aunque no falto de algun talento, cuyo influjo acarreó á España grandes desventuras. Al mismo Escoiquiz se achacaba otro escrito y una carta con letra fingida, sobre la misma materia, donde se trataba ademas de que se opusiese el príncipe á casarse con la hermana de la princesa de la Paz de la familia de Borbon asimismo, pero no declarada infanta, y odiosa por su parentesco con el privado. Por fin en unas como descabelladas instrucciones que los mismos papeles contenian se pedia al príncipe que, hablando con la reina su madre, tratase de despertar en ella los pensamientos propios de su alta esfera y los afectos naturales en toda mujer, haciéndole presente los desprecios que no le escaseaba su privado y amante. A esto se reducian los papeles sorprendidos, y si en ellos habia algo de culpa, mas era la necedad lo que resaltaba, pareciendo imposible que fuese tanta no ya la de un jóven inexperto, sino la que acreditaban hombres provectos, de algun mundo; no sin instruccion y con presunciones de ingenio ó ciencia, cuyos consejos habian abortado tales planes.

Todo lo que se habia descubierto, pues, era estar el príncipe de Asturias resentido, temeroso, con anhelo de apoderarse de la autoridad, y rodeado y dirigido por gente ambiciosa, inquieta y bastante escasa en juicio. Lo que despues vino á saberse hizo de harta peor condicion la culpa de Fernando, y de los directores de su conducta, los cuales abusaban de sus justas quejas, de sus malas pasiones y de su corto conocimiento de la política interior y exterior de los estados natural en quien nada habia aprendido.

Quedó el rey aterrado con lo que veia, estando persuadido de que con faltarle el arrimo de su privado, se venia abajo su trono. Mayor fué la ira de la reina al encontrarse con que su hijo le echaba en cara sus feas culpas, por otra parte harto notorias. Resolvióse, pues, por los soberanos llevar adelante el proceso de su hijo, y el 30 de octubre salió á luz un Real decreto ó manifiesto tan mal pensado cuanto ridículamente escrito, aumentándole esta última frívola circunstancia la mala calidad con hacerle objeto de mofa, en el cual el rey acusaba falsamente á su hijo de un proyecto trazado contra su corona y vida; declaraba tener en su poder las pruebas de semejante delito en la correspondencia del prínci-

pe con sus cómplices; y afirmaba que el gobernador de su consejo era ya dueño de lo que bastaba á comprobar los cargos contra los culpados, anunciando que se iba á proceder contra todos ellos, presos ya, así como lo estaba el mismo heredero del trono. No perdió tiempo Carlos IV en escribir á su prepotente aliado Napoleon dándole parte de lo ocurrido con el príncipe de Asturias, inculpando á este de parcial de los ingleses, cuando cabalmente en sus intentados tratos con la Francia consistia su principal delito, y suponiendo que habia trazado destronarle y quitar la vida á su madre, á lo cual añadia que estaba resuelto á castigar duramente á tan mal hijo, excluyéndole de la sucesion á la corona, y traspasando su derecho á uno de sus hermanos. Terminaba el rey de España esta loca y vituperable carta, donde blasonaba de su fidelidad al emperador de los franceses como podría un servidor á su amo, con pedir á su amigo consejo y ayuda en su apuro.

La publicacion del Real decreto contra el príncipe de Asturias y la noticia de su prision fueron el fuego prendido á combustibles desde largo tiempo hacinados con que rebentó en llama voraz el incendio preparado en España. La nacion casi unánime no creyó á su rey, ni en lo que decia de cierto, ni en lo que de falso añadia. Aun creyendo algo aprobaba en el preso Fernando su delito. Así como contra el Príncipe de la Paz se unian odios de diversa y aun opuesta especie, así en favor del alto personage perseguido y cautivo se declaraban acordes diferentes y aun contrarias opiniones y esperanzas. Por lo mismo que de él se sabia poco y se esperaba mucho, cada cual le suponia un dechado de perfeccion á su manera y segun la idea que tenia concebida de un príncipe perfecto. Lo que de su reinado se aguardaba era imposible de avenir entre sí, pues abarcaba desde figurársele un rey restaurador de la antigua tiranía civil y religiosa en toda su pureza hasta prometérsele reformador á punto de poner límites al poder ministerial con leyes que coartasen el de la corona. Este modo de pensar tan vario en diversos puntos y en otros tan unánime, es el que dá razon de incoherencias aparentes y aun efectivas en aquellos dias y en la guerra con Francia que se encendió de allí á poco.

En el preso Fernando su desgracia causó al principio arrebatos de ciega furia expresados en exclamaciones violentas é indecorosas. Admiraron los que las oyeron de un príncipe criado con tanto recogimiento que usase de las voces propias de la gente mas grosera y desalmada. A tales raptos de cólera siguieron muestras de abatimiento, y solicitar de la reina su madre una conferencia que le fué negada, enviando á verle al ministro de Gracia y Justicia Caballero. A este declaró el príncipe por escrito que en 10 de octubre habia enviado una carta suya al emperador de los franceses pidiéndole por esposa una princesa de su familia, y al mismo tiempo su proteccion; y que en el mismo dia habia extendido un decreto todo de su propio puño nombrando capitan general de Castilla la Nueva al duque del Infantado para que se encargase del mando de la provincia inmediatamente que falleciese el monarca reinante. Mas declaraciones dió sobre los medios de que se valia para su correspondencia y las personas con quienes trataba, de que se ocasionaron nuevas prisio-

nes. Puesta en manos del rey la carta á Napoleon, se vió ser una confidencial donde llevando á ridículos extremos la alabanza dada directamente, sin siquiera dorarla con ingeniosos modos, le llamaba el héroe mayor del mundo en las edades pasadas y presente, y le pedia por mujer á una princesa de su familia, rogándole que con su poder allanase las dificultades que se opusiesen á este matrimonio, y protestando por su parte que él persistiría con el mayor teson en negarse á contraer enlace con otra persona alguna si no con aquella que á S. M. imperial y real fuese grata, y para desposarse con la cual le diese el mismo emperador su consentimiento y aprobacion de un modo positivo. Esta carta hacia grave el delito de quien la habia firmado y consentido en enviarla, así como el de los que la habian dictado, y aconsejado escribirla y remitirla. El decreto al revés era una imprudencia y una grosera falta al decoro, pero no un crímen verdadero. Notóse que estaba sellado con lacre negro, y aun en esto hizo alto la maledicencia para acusar de intentos de parricidio á Fernando; pero el tenor del mismo documento declaraba lo que la razon decia, á saber: que solo muerto el rey tendría valor; y es sabido que el heredero del trono y sus consejeros creian entonces cercana la muerte de Carlos IV, y estaban preparados para esta ocurrencia. La carta que, como vá dicho, cabalmente constituia el cargo principal, y harto mas grave que los demás en el empezado proceso, fué al revés la que desde luego mitigó el rigor con que iba á tratarse al acusado de superior esfera, é influyó en la benignidad con que posteriormente fueron tratados los cómplices en aquellos actos. No bien vió aquella corte medrosa que estaba implicado el nombre de Napoleon en la causa pendiente, cuando, poseida de extremado terror, se dió á buscar medios de salir de aquel apuro. El Príncipe de la Paz, á quien se suponia instigador de todo cuanto habia hecho el rey contra su hijo, y que en sus memorias se disculpa de haber tenido parte en los primeros procedimientos contra Fernando, se apresuró á mediar en aquel lance temiendo al poder del emperador de los franceses y á sus tropas, ya dentro de España, y por otra parte pensando en el tratado de Fontainebleau y en asegurarse las ventajas que le proporcionaba. Dispuso, pues, que desde luego se sobreseyese en la causa por la parte que en ella correspondia al príncipe de Asturias. Para el intento se dispuso que firmase Fernando dos cartas donde confesando su delito, y jactándose de haber delatado á sus cómplices, pedia con la mayor sumision perdon á sus padres. Prestóse con facilidad á firmarlas el cautivo, sin mirar si eran ó no indignas de su carácter, acaso por estar seguro de que el amor á su persona y el odio á sus enemigos hacian al público indulgente sobre la falta que cometia contra su propio decoro. La corte deseosa de humillar á su contrario al tiempo de perdonarle, publicó las tales cartas, ridículas por demás por usarse en ellas el lenguaje de un niño á quien asusta la mano levantada de su padre ó maestro, y las acompañó con un decreto no mejor pensado y escrito (*), donde declaraba el rey que perdonaba á su hi-

(*) Entre las rarezas del decreto no era el menor desvarío la frase con que em-

jo á instancias de la reina su mujer, anunciando que le volvería su gracia cuando por su enmienda perseverante llegase á merecerla, y mandando que se siguiese el proceso contra sus cómplices, publicándose cuanto de él resultase. En virtud de este decreto fué el príncipe de Asturias puesto en libertad inmediatamente. Ni un solo momento pasó sin que viese el gobierno patentes su situacion y peligro. Al salir el príncipe del cuarto donde estaba preso, una turba numerosa congregada en los claustros del Escorial, y compuesta en gran parte de criados de la Real casa, le victoreó con destempladas voces; seguro anuncio de haber llegado la última hora á un gobierno al cual así se faltaba al respeto y por tales gentes, que fué notable además por la casual circunstancia de darse en aquel edificio severo; como si decidiese la Providencia proclamar el acabamiento de la monarquía antigua española en la misma soberbia mole que mejor la representaba en el carácter y grandeza de sus tiempos pasados. En Madrid y en España toda correspondió la opinion á los gritos dados en el Escorial. Nadie notaba las faltas del príncipe, y el feo tenor de las cartas autorizadas con sus firmas solo dictó desprecio y horror á quienes las habian dictado y obligádole á firmarlas. Pasó mas adelante la rebelion moral ya principiada. El ministro Caballero, taimado como siempre y observador de como empezaba á soplar el viento de la fortuna, tocándole nombrar la comision de jueces que habia de entender en aquel proceso, no la compuso de los mas sumisos y adictos á la corte, sino de hombres reputados íntegros, y que en verdad lo eran; pero á quienes desviaba de la senda de la rigorosa justicia una parcialidad por sus propias conciencias no conocida, y aun ennoblecida en su juicio por ser resistencia á una corte odiada. Así fué que, siguiendo el proceso, algo despues fueron completamente absueltos los encausados cuya culpa era tan evidente, y que el público alucinado aplaudió aquella sentencia de bandería como un acto de rectitud digno de la mayor alabanza, mirándola solo como un hecho de lícita hostilidad contra el comun enemigo. La corte no acertó ni aun á resignarse á este revés, ocurrido por haberse dilatado los procedimientos en la hora misma cercana á la de su caida. El privado, reprendiendo amargamente á los jueces, desman con que en alguna manera justificó el injusto proceder de los que habian entendido en la causa, y el rey por su propia antoridad, ó dígase por la via gubernativa, usando de una facultad que no le concedian las leyes, con-

pezaba, la cual era como sigue: «La voz de la naturaleza desarma el brazo de la venganza,» como si de venganza hubiese de tratar un padre y un rey, debiendo haber dicho de la justicia. Las cartas se llamaron de «*Señor papá mio*», porque comenzaban así. Lo mas curioso era que el príncipe decia en ellas «nada debia haber hecho sin noticia ó sin conocimiento de V. M.,» y el acusador que publicaba y aun habia compuesto esta carta suponia en Fernando un plan de matar, ó cuando menos de destronar á su padre.

La voz popular achacó al Príncipe de la Paz la composicion de ambos decretos. Razon es creerle cuando niega haber sido suyos, y faltan datos para contradecirle. En que se diese el segundo, y de perdon, medió él sin duda. Pudo, pues, dictarle y no haber tenido parte en el primero. Apoyaría esta conjetura que uno y otro no están acordes; pero la destruye la identidad en el mal estilo de ambos.

denó á los acusados absueltos á destierro y encierro en varios conventos y castillos, castigo que cayó sobre los duques del Infantado y San Carlos, el canónigo Ezcoiquiz y otros sugetos de inferior nota. Así terminó la famosa causa del Escorial, y, con ser tal su importancia, llegó á ser tan superior la de otros acaecimientos contemporáneos que su terminacion hizo en el público poco efecto.

Las disensiones de la familia Real de España, la humillacion que de sus resultas caia sobre el gobierno, y el estado de la opinion del pueblo español aumentaban el poder de Napoleon en la Península, y le alentaban á llevar á efecto su proyectada empresa de apropiársela. Parecia en verdad que España ponia en aquel varon singular toda su confianza, esperando ser sacada por él del abatimiento á que sus príncipes la habian reducido. Seguian siendo recibidos los franceses con extremos de agasajo, y aun de cariño. Las ciudades de Vitoria, Búrgos y Valladolid dieron fiestas al general Junot y á sus principales oficiales. El horror que antes tenian los españoles á los franceses desde el principio de la revolucion, mirandolos como infieles y enemigos de todo órden y gobierno, estaba trocado en aprecio afectuoso, manifestado á la sazon en darles el mas benévolo hospedage. Los clérigos, y aun los religiosos se señalaban saliéndolos á recibir como á los mejores amigos; la gente de los campos los imitaba como participando del mismo pensamiento; y en las poblaciones eran iguales las demostraciones cariñosas por parte de las gentes de toda esfera. Contribuia á tal modo de pensar y sentir la idea que las gacetas y documentos del gobierno habian dado de Napoleon, pintándole como restablecedor de la religion, amante y rigoroso observante de los preceptos de la justicia, sin límites, en suma, así como en su poder, en su bondad, y sobre todo amigo sincero de España, y resuelto á emplearse en hacerla venturosa. No era menos comun otra opinion nacida de las circunstancias que daba mas á querer á aquellos huéspedes guerreros. Ignorándose el tratado de Fontainebleau, sabiéndose que el príncipe de Asturias habia sido preso porque deseaba casarse con una señora enlazada con la familia imperial de Francia, y recelándose que á algo mas venian los franceses que á invadir á Portugal, se creia firmemente y se decia sin rebozo que los ejércitos de Napoleon penetraban en la Península en calidad de aliados de Fernando contra el Príncipe de la Paz el cual estaba buscando apoyo en el gobierno inglés, siendo la voluntad del poderoso emperador de la nacion vecina derribar al aborrecido privado de Carlos IV, dar al heredero de este si no el trono una participacion considerable en el gobierno casándole con una parienta suya, y establecer en la Península un sistema de órden é ilustracion, segun cada cual se figuraba ser el mas conveniente, por donde saliendo el pueblo español de sus pesadas desdichas se remontase á un alto grado de prosperidad siéndole arrimo su generoso y prepotente aliado. Eran estas ideas del vulgo, de las cuales participaba hasta cierto grado vago y confuso no poca gente de superior valer, en quienes anublaban el odio al gobierno y el deseo del bien público la luz del entendimiento.

Napoleon, informado de lo que ocurria, y resuelto á saçar de ello

partido para el logro de sus intentos y la ruina de los Borbones de España, no acertaba con el camino mejor para seguido en el caos de aquellos sucesos; pero iba en sus acciones por uno rodeado y encubierto. A la participacion de lo ocurrido con el príncipe Fernando respondió con misterio y en términos difíciles de entender. Al mismo tiempo, segun avisaba Izquierdo desde París al Príncipe de la Paz con fecha 11 de noviembre, dió á entender por medio de su ministro de negocios extranjeros que no consentia que por motivo alguno ó con cualquiera pretexto sonasen su nombre ni el de su embajador en aquella causa. Sin aprobar la conducta de Beauharnais, que se habia comprometido demasiado con Fernando, tampoco la desaprobó clara y terminantemente. Lo que mas le importaba, y lo que prosiguió llevando á efecto con redoblada actividad, fué enviar á la Península nuevas y numerosas fuerzas.

Las que ya habian entrado en España procedieron sin tardanza al fin ostensible y aun real y verdadero á que habian venido; esto es, á la destruccion de la monarquía portuguesa. No bien llegó Junot á Salamanca, cuando recibió órden de entrar inmediatamente en Portugal, á fin de que no se le anticipasen los ingleses. Encaminándose, pues, en derechura á Ciudad-Rodrigo, y atravesando un puerto de las sierras que dividen el reino de Leon de la provincia de Estremadura, llegó á Alcántara despues de cinco dias de marcha, y agregándose allí la corta division española, mandada por el general D. Juan Carrafa, hizo su entrada en el territorio enemigo. Atravesando el rio Erjas llegó á Castello-Branco sin encontrar resistencia; pero pronto, yendo adelante con rapidez, se encontró en tierra tan áspera y fragosa que hubo de dejar detrás á buen trecho sus equipajes, y viéndose sus tropas con gran falta de recursos se entregaron á toda clase de excesos para buscar su subsistencia y comodidades, imitando los soldados españoles el mal ejemplo dado por sus aliados.

La vanguardia del ejército francés y español llegó el 23 de octubre á Abrantes, lugar distante solo veinte y cinco leguas de Lisboa, sin que hasta entonces el gobierno portugués, nada mejor que el español, hubiese tenido aviso de que una fuerza extranjera hubiese invadido su territorio. Entró en la corte de Lisboa el aturdimiento mas completo hijo de un temor sumo. Divididos el público y hasta los cortesanos y ministros en pareceres, unos querían que se conciliase á los franceses invasores, procurando hacérselos amigos, y otros opinaban que convenia estrechar mas los lazos de alianza antigua que unian á Portugal con la Gran Bretaña. De este último dictámen era el príncipe regente, pero no se atrevia á dar providencias para la satisfaccion de su deseo. Al cabo, tras de alguna incertidumbre bastante larga en momentos que daban tan poca espera, creyendo locamente la corte portuguesa que podian aprovechar términos medios en un caso decisivo y apremiante, para satisfacer al emperador de los franceses, sin grave perjuicio del interés del gobierno y pueblo británico, se dió órden á la factoría inglesa en Lisboa de que se embarcase consintiéndole llevar consigo sus cuantiosos capitales, lo cual se efectuó con gran sosiego en el dia 18

de octubre. En el 22 del mismo mes publicó el príncipe regente un decreto prohibiendo todo comercio ó trato con Inglaterra. Cabalmente en aquel momento llegó á Lisboa el embajador de Portugal en París, vuelto de su destino por el rompimiento entre ambas potencias, y fué el portador de la noticia de que las tropas imperiales francesas venian ya aceleradamente por el territorio portugués sobre la boca del Tajo. Entonces mandaron los ministros secuestrar todas las mercaderías inglesas y sujetar á la policía á todos los súbditos británicos residentes en Portugal. El embajador inglés en la corte de Lisboa lord Strangford se retiró á bordo de la escuadra de su nacion que estaba cruzando á vista de aquel puerto mandada por sir Sidney Smith, oficial muy acreditado. En el mismo momento entró y fondeó en el puerto de Lisboa una escuadra rusa, aumentando su llegada las dudas generales por estar el gobierno ruso casi en guerra con el inglés, sin que por otro lado se le supusiese dispuesto á favorecer en un todo los ambiciosos proyectos de la Francia. Hubo, sin embargo, quien creyese esto último, á punto de tener por cierto que, puesto Napoleon de acuerdo con el emperador de Rusia, la escuadra de este venia á cooperar á la caida de la monarquía portuguesa y acaso al apresamiento de la Real familia. Dispuestas así las cosas para hostilidades aparentes con la Gran Bretaña se supo estar los franceses en Abrantes. Trocadas entonces de nuevo y repentinamente las circuntancias, el embajador inglés volvió á desembarcar en Lisboa, y, siendo recibido en paz y buena amistad, pasó á ofrecer sus servicios y los de su nacion al príncipe regente, aconsejándole que se embarcase para el Brasil sin demora. En el 26 de noviembre, habiendo accedido la corte de Portugal á esta última propuesta, anunció al público que habia dispuesto trasladar su residencia á Rio Janeiro hasta la conclusion de la paz general. En el dia 29 embarcándose la Real familia, despues de una lastimosa escena, en que entre llanto general la reina anciana y demente se resistia con violencia á abandonar el suelo patrio y el trono, se hizo á la vela para América y en la noche que siguió á las diez de ella llegaron las primeras tropas francesas á Socaren, lugarcillo distante solo dos leguas de Lisboa. En la velocidad de su marcha, imprudente, sin duda, aunque favorecida por la fortuna, venian los invasores de Portugal en tal desórden, que fué dificil dar algun órden al ejército en su entrada en la capital del reino invadido, naciendo de aquí haber sido saqueadas las casas de campo de las orillas del Tajo por los soldados que se separaban de las filas. En el 30 del mismo octubre de 1807 tomó Junot posesion de Lisboa. El príncipe regente en el momento de su partida habia nombrado una regencia, y el conquistador la conservó por el pronto, agregando á ella un francés llamado Hermanu. Poco despues, de propia autoridad y á uso de los generales franceses de su tiempo, impuso al comercio de la ciudad ocupada una contribucion con el título de préstamo forzado de dos millones de cruzados y confiscó todos cuantos géneros ingleses existian en los almacenes. El patriarca de Lisboa é inquisidor general y otros prelados, obedeciendo á los conquistadores, publicaron pastorales, encargando al pueblo la sumision y obe-

diencia. Este atónito y turbado con la rapidez de aquellos sucesos, é imprudente en su ignorante amor de su patria y odio á la dominacion extranjera, dió inútiles muestras de descontento al ver enarbolar la bandera francesa en el arsenal, y pocos dias despues rompió en un motin, pronto apaciguado á costa de su sangre y castigado con severidad, por haber despues de una revista de tropas saludado los fuertes á la misma bandera que tremolaba en el castillo.

Entretanto el cuerpo de tropas españolas mandado por el marqués del Socorro se habia puesto en posesion de la fuerte ciudadela de Elvas ó Yelves, cuyo gobernador se la entregó á principios de diciembre, habiendo recibido para ello órdenes del gobierno de Lisboa. El general español mantuvo sus tropas en buen órden y disciplina, y pasando adelante se situó en el puerto de Setuval, donde con su carácter activo por demas se entretuvo en dictar algunas providencias de reformas inútiles y pueriles, ó cuando menos intempestivas y difíciles de ejecutar en aquellos momentos. Las tropas españolas del general Carrafa se dividieron, siguiendo unas pocas de ellas á Junot, y yéndose otras por Tomar y Coimbra á Oporto, donde se juntaron con la division de Taranco que poco antes habia pasado el Miño con la fuerza de seis mil hombres. Este último general, si no mas entendido mas cuerdo que sus compañeros, gobernando las poblaciones que ocupaba con juiciosa dulzura, y procurando no mudar cosa alguna en su situacion, se dió á querer de los agradecidos portugueses.

Napoleon en medio de estos sucesos se habia ido á Italia, tanto para arreglar los negocios de aquel pais, donde por la paz hecha con Austria habia adquirido nuevos estados, cuanto para aparentar desvio de las cosas de España, cuando en ellas tenia puesto principalmente su pensamiento. Situándose en Milan señaló su residencia en aquella capital por varios actos importantes. Fué uno de ellos dar nuevo decreto de bloqueo de las islas británicas, añadiendo rigores al antes dado en Berlin y contribuyendo á hacer insufrible su yugo á Europa con la destruccion del comercio y la privacion de varios objetos de consumo que imponia á los pueblos, á quienes mas suelen doler molestos inconvenientes que graves daños. Tambien deshaciendo una obra suya de poca antigüedad decretó la extincion del reino de Etruria, agregando aquel Estado al imperio francés. La reina viuda que le gobernaba como regente durante la menor edad de su hijo, y que ninguna noticia tenia de lo dispuesto por sus padres respecto á su suerte presente y futura, hubo de recibir con asombro aquella providencia de despojo, pero tuvo que obedecerla sin la menor demora y que salir precipitadamente de su capital Florencia el 1.º de diciembre de vuelta á España. Como en su viaje fuese su camino por Milan, se vió allí con el emperador de los franceses, el cual, confirmándole que su hijo habia perdido su trono en virtud de pactos hechos con el gobierno español, le aconsejó irse á Turin ó á Niza y esperar allí la terminacion de las disensiones existentes en la familia de sus padres. No accediendo á este consejo la despojada reina, siguió su viaje hasta pasar á Madrid donde le tocaba ser testigo de

nuevas calamidades y representar en ellas un papel que le atrajese el ódio de los españoles.

Estando Napoleon en Milan recibió una carta de Cárlos IV que le proponia el casamiento de su hijo Fernando con una princesa de la familia imperial de Francia. Aceptó la propuesta el emperador de los franceses, pero sin comprometerse del todo, y aseguró al rey de España que no habia recibido carta alguna del príncipe de Asturias, relativa á semejante negocio. Habló de estos sucesos á su hermano Luciano, con quien estaba desavenido á punto de no haberle dado título de príncipe imperial ni derecho á heredar el trono francés segun el órden de sucesion establecido en su familia, y le propuso para su hija la mano del heredero de la corona española, y para sí desde luego la portuguesa. Luciano aceptó la primera propuesta, y no la segunda relativa á reinar él con las condiciones anejas á los tronos que daba su soberbio hermano. Este en ninguna de las resoluciones que á la sazon tomaba tocante á los negocios de España y Portugal ponia vivo ó tenaz empeño, estándo incierto en punto á los medios que habría de elegir para ser dueño de la Península, y solo firmemente resuelto á dominar en ella toda sin oposicion ó embarazo aun de la clase mas leve. Así, pues, conquistado Portugal, resolvió seguir enviando tropas á España sin cuidarse de buscar para ello pretexto. Mandó formar en Bayona segundo cuerpo de observacion titulado, como el de Junot, de la Gironda, y le compuso de veinte y cuatro mil hombres de infantería y cinco mil caballos, dando su mando al general Dupont que habia adquirido gran crédito en las últimas campañas. Constaba este ejército de tres divisiones, mandadas por los generales Barbon, Vedel y Malher. Empezaron estas tropas á entrar en España sin dar al gobierno español el menor aviso de que iban á hacerlo. Dupont llegó á Irun el 22 de diciembre, y, yendo adelante con pausa durante el siguiente mes de enero, aparentó encaminarse á Portugal. Recibieron los españoles á estos nuevos huéspedes no menos bien que á los anteriores, y, sospechándose que venian sin beneplácito del gobierno, no por eso los miraban con peor voluntad, firmemente persuadidos de que si eran contrarios del Príncipe de la Paz ó aun de Cárlos IV, en compensacion venian como aliados secretos del príncipe de Asturias á favorecerle, y juntamente á traer toda clase de felicidad á la nacion española. Notóse sin embargo en estos franceses que así el general como los soldados usaban de un tono y modos arrogantes y aun insolentes, y en suma como de conquistadores; pero aun esto se les disimulaba un tanto, suponiéndolo hijo de la genialidad francesa, de la soberbia de la victoria y de la costumbre de tratar con pueblos enemigos y conquistados, así como del odio que tenian al Príncipe de la Paz á la sazon dominante.

En los primeros dias de enero de 1808 entró en el territorio español tercer cuerpo de ejército francés sin preceder pedir licencia ni avisar de su llegada, ni mas ni menos que el que le habia antecedido. Mandaba estas nuevas tropas que pusieron el pie en el suelo español en 9 de enero el mariscal Moncey, y era su jefe de estado mayor el general

Harispe, estando su caballería á cargo de Gronchy, y sus divisiones respectivamente á las órdenes de los generales Musnier de la Converserie, Morlot y Gobert. Este cuerpo, cuya fuerza era de veinte y cinco mil infantes y dos mil y setecientos caballos, vino á situarse en Castilla como si viniese atravesando provincias francesas, no sin grande asombro é iritacion del gobierno de Madrid, pero sin descontento, aunque sí con extrañeza por parte de la generalidad de los españoles.

En la corte de España habia otros motivos de temor enlazados con la entrada de los franceses. Desde París escribia Izquierdo que cada dia tenia que llevar nuevos desaires, y poco menos sucedia al embajador español príncipe de Masserano. Napoleon no encubria ya su desprecio del Príncipe de la Paz. En el mismo mes de enero salieron á luz en la Gaceta de oficio de Francia el Monitor, dos informes del ministro de negocios extranjeros á su soberano sobre los negocios de Portugal, donde claramente se manifestaba que el tratado de Fontainebleau era tenido por nulo. Todo demostraba que el emperador de los franceses miraba á España como tierra sujeta á su dominacion, de la cual podría hacer lo que mas le conviniese ó agradase, sin influir en su resolucion anteriores tratos con un gobierno al cual consideraba en aquella hora como acabado aunque no hubiese todavía resuelto qué nueva vida habia de darse á la monarquía española ni á quién habia de entregar su cetro.

Por el mismo tiempo, el general Junot, encargado del gobierno de Portugal, habia publicado una proclama declarando que la casa de Braganza quedaba destronada y la monarquía portuguesa puesta bajo el particular patrocinio del emperador Napoleon, habiendo de ser gobernada en el nombre de S. M. Imperial por el que mandaba sus armas en el mismo Estado. Con esto quedaron completamente desvanecidas las esperanzas fundadas en informales pactos, de soberanía para el crédulo privado del rey de España y para la casa de Parma de la indemnizacion que se le debia por la perdida Toscana. Junot empezó á ejercer la autoridad soberana en Portugal, asistido de un nuevo consejo de regencia de que era presidente. Para fatal solemnizacion del acto que daba á aquel reino nuevo gobierno se promulgó un decreto expedido por Napoleon en Milan, con fecha de 23 de diciembre de 1807, imponiéndole una contribucion extraordinaria de guerra de cien millones de francos. Temeroso Junot del efecto que habria de producir exaccion semejante, para asegurar la paz pública determinó sacar pronto de Portugal las pocas tropas veteranas del pais que aun estaban en él y formando una division de diez mil hombres, la mandó apresuradamente por España á Francia mandando que fuesen á Valladolid desde luego. Muchos soldados de estas tropas se desertaron en el camiuo yendo á esconderse á sus casas.

En tanto, el general francés Armagnac habia entrado en Pamplona con tres batallones y á los pocos dias de estar en aquella plaza valiéndose de una astucia, sorprendió su ciudadela y echó de ella á los españoles que la guarnecian; acto de hostilidad evidente que el gobierno no podia ya mirar mas que con inútil resentimiento y temor, y cuyas circunstancias fueron por algun tiempo ignoradas del público. Otra division

de siete mil hombres de tropas italianas y francesas, juntándose en los mismos dias y en la parte oriental de la frontera, atravesó asimismo la raya y se encaminó á Barcelona. Sorprendido el capitan general de Cataluña, conde de Ezpeleta, militar de mucha reputacion, de ver entrar fuerza extranjera armada por el territorio de su mando, sin tener aviso ni órden sobre su llegada, y el modo con que habría de recibirlas por parte de su gobierno, ignorante asimismo de que hubiesen de penetrar tropas francesas por aquella parte, envió á decir al general Duhesme, que mandaba aquella fuerza, que se detuviese ínterin se recibian del gobierno español instrucciones respecto á su venida inesperada. Pero el arrogante francés, sin duda obedeciendo bien con las órdenes que traia, declaró que venia resuelto á cumplir con las de su emperador á todo trance. El conde de Ezpeleta, aunque pundonoroso y valiente, no contando con ser sostenido por su gobierno cuyos intentos no conocia, remitió á un consejo de guerra la resolucion de lo que habia de hacer en aquel apuro. Fué la resolucion del consejo que se les diese entrada en Barcelona, y hecho así, los nuevos huéspedes á poco de hallarse en la ciudad, así como habian hecho en Pamplona, sorprendieron la ciudadela. El gobernador del castillo de Monjuich se resistió á dar entrada en él á los franceses, pero el capitan general, viéndolos ya dueños de los otros fuertes y de varias plazas de la Península, y que la corte nada resolvia, mandó que les fuese entregada igualmente aquella fortaleza, por la cual está dominada Barcelona. Tambien cayó en poder de los invasoses sin resistencia el famoso y nunca bien defendido castillo de San Fernando de Figueras, poniéndole su gobernador en manos de los franceses, intimidado por las amenazas con que le intimaban la entrega. Para colmo de las singularidades de aquellos sucesos, el Príncipe de la Paz á quien tanto enojo y miedo infundia ver así tomar las fortalezas españolas por los supuestos aliados de su rey, como si creyese inútil la resistencia, y poco importante añadir una plaza mas á las caidas en poder de los extranjeros, dió órden para que estos se apoderasen de la plaza y castillo de San Sebastian en Guipúzcoa.

No contento Napoleon con tener guarnecidas por sus tropas las principales plazas de España, quería que las escuadras de la misma nacion fuesen á los puertos franceses. El gobierno español constante en su sistema de obediencia medrosa é indignada, tambien en esto le quiso complacer, y dió órden al general de marina D. Cayetano Valdés, que mandaba en Cartagena una division naval de seis navíos de línea, de que con ella se hiciese á la vela para Tolon. En cumplimiento de esta resolucion salió la escuadra de Cartagena, pero encontrando contrarios los vientos y teniendo el general que la mandaba repugnancia á ponerse en poder de los franceses en aquellos momentos, se entró en el puerto de Mahon de las Islas Baleares. Poco despues fué quitado á Valdés el mando, dándosele al general D. José Justo Salcedo, pero sin que sea posible adivinar si con intento de que llevase la escuadra á Francia ó de que la emplease en servir á los nuevos designios del privado de quien Salcedo era muy devoto.

Estaba, pues, gran parte de España ocupada por los franceses sin que causase tan grave acontecimiento grande inquietud en el público, mal enterado de lo que ocurría y preocupado con ideas extravagantes. Sin embargo, con singular contradiccion se vituperaba en el Príncipe de la Paz la vergonzosa condescendencia con los franceses, y se suponia á estos enemigos suyos amigos del príncipe de Asturias y venidos para bien de España. No era la corte tan estúpida que pensase del mismo modo, aunque obrase con desconcierto hijo de la incertidumbre en que su extremado terror la ponia. El Príncipe de la Paz bien descubria ya las siniestras intenciones de Napoleon, pero apurado por mil enemigos diversos, no acertaba con el modo de resistirles. Por otro lado, como el emperador de los franceses siguiese aparentando empeño en efectuar el casamiento del príncipe de Asturias con una princesa de su imperial familia, esto daba á creer que Napoleon no intentaba derribar el trono de los Borbones, si bien para el privado no era menos funesto el engrandecimiento y consiguiente poder de Fernando que la subida al trono español de un príncipe extranjero. Aumentó la congoja en la corte toda haber llegado de París repentinamente D. Eugenio Izquierdo, dando por seguro estar resuelto que fuese el sólio español de un príncipe de la familia de Bonaparte. Muy de creer es que el emperador de los franceses quería intimidar á la familia Real de España hasta ahuyentarla de su reino, lanzándola á que á imitacion de la portuguesa trasladase su trono á América, con lo cual podría él disponer de la monarquía española sin servirle de estorbo sus príncipes, importándole poco por otra parte en sus actuales planes ceñidos al continente europeo tener por contrario á todo el mundo ultramarino.

En el mes de marzo se formó en la parte occidental de los Pirineos otro cuerpo mas de diez y nueve mil hombres á que se agregaron seis mil de la guardia imperial, dándose el mando de todas estas tropas al mariscal Bessieres, duque de Istria, y haciéndolas entrar en España igualmente. Ya en la Península toda habia sobre cien mil franceses, sin que se dijese al gobierno español con qué objeto se le enviaba visita tan poderosa y temible. Dióse el mando de todos los ejércitos de Francia en España al cuñado de Napoleon Murat, á la sazon príncipe soberano de Alemania con el título de Gran Duque de Berg, el cual tomando el título de lugar teniente general del emperador, vino á ponerse al frente de sus tropas y llegó á Burgos el 13 de marzo. Sus fuerzas pisaban ya los límites divisorios de las dos castillas. No era por consiguiente posible al gobierno español diferir una resolucion decisiva estando en tan inminente peligro. El Príncipe de la Paz tomó entonces una resolucion alentada. Persuadió á los reyes de que la guerra con Francia era ya inevitable y de que, siendo pocas las fuerzas de la potencia española para resistir á su poderoso contrario, era necesario pensar en trasladar el trono á una de sus posesiones de allende los mares, siendo Mégico la que por buenas razones debia elegirse; pero que entretanto para protejer la retirada ó para esperar los sucesos sería bien hacerse un tanto fuertes en las provincias de Andalucía. Puesta la mira en este objeto ya se habia pen-

sado en formar un ejército en Talavera de la Reina, y para ello dádose órden á las tropas españoles empleadas en Portugal de evacuar aquel reino, viniéndose las del marqués del Socorro á Badajoz, y las de Oporto, cuyo general Taranco habia fallecido, á Galicia.

Pero á estas determinaciones se oponia el pueblo español casi unánime, aunque sin acertar cuales otras eran preferibles. El príncipe de Asturias, á quien habia hecho poderoso la persecucion que habia padecido, contaba con numerosos cortesanos y aun se correspondia con sus cómplices desterrados. En estos y en el mismo Fernando era firme la persuasion de que los franceses venian á darle el trono de su padre, casándole con una parienta de su emperador. Lo general de la nacion pensaba lo mismo, y aun hombres de valer y cuerpos respetables se oponian á la retirada de la Real familia, cuando venia sobre Madrid un ejército francés, como puramente por oponerse á cosa determinada por el privado, y la reina y el rey que ambos le obedecian. Así, cuando en 13 de marzo salió D. Manuel Godoy por última vez de Madrid yendo á Aranjuez, donde estaba la corte, y se supo que las personas de su confianza y familia hacian preparativos para un viaje largo, y casi toda la guarnicion de Madrid y particularmente las guardias reales de infantería y toda la de corps, recibió órden de pasar al lado de las Reales personas, á tan cuerdas y justas providencias se resolvió corresponder con una desobediencia criminal y desvariada. El Consejo Real, tribunal de justicia con algunas facultades gubernativas, que por medio de sus consultas tiraba á entrometerse en los negocios de Estado en casos graves, con el desacierto comun en un cuerpo tal cuando trata materias ajenas de los conocimientos de los jueces, y con el espíritu de rebeldía general en aquella hora, y de que él como quien mas participaba, movido de antiguos resentimientos justos é injustos, determinó hacer una reverente exposicion á S. M. contra las fatales consecuencias que, en sentir de los consejeros, traería su meditado viaje á las provincias meridionales de España, aunque sin expresar qué otra cosa se podría hacer, ó si sería ventajoso esperar á caer en manos de los ejércitos franceses. Los oficiales de la guardia real y aun muchos de la guarnicion, segun era fama, se comprometieron asimismo solemnemente á oponerse á la retirada de la corte. El vecindario de Madrid y de los Reales sitios, y particularmente las clases inferiores manifestaron la repugnancia vulgar á que los dejen, propia de los pueblos en casos semejantes, tomando como por despique de sus desgracias la resolucion de envolver á sus superiores en la comun ruina. Así los españoles se prestaban á favorecer los proyectos de Napoleon por una parte, mientras por otra les ponian obstáculos, pero obrando en todo á bulto. El débil Carlos IV y las no mas fuertes personas que le rodeaban y dirijian, no osando apelar en aquel apuro en defensa de la razon y justicia á la fuerza, con fundado temor de que esta les faltase, y sin el generoso atrevimiento de exponerse á tal peligro para salir de él con honra ó vencidos ó triunfantes, quisieron afear con el artificio y la mentira las últimas páginas de su historia. Publicó por tanto el rey un breve manifiesto encaminado á sosegar á sus lea-

les vasallos con la engañosa promesa de quedarse con ellos, negando que hubiese pensado en abandonarlos, y apelando á su fidelidad para apoyo de su trono. Una turba confusa de gente de la plebe, así de Aranjuez como de las poblaciones vecinas, acudida al real sitio en parte por la ansiosa curiosidad, hija de tales circunstancias, y en otra parte llamada y sustentada allí por conjurados poderosos, y con la cual iba revuelta casi toda la servidumbre inferior de la real casa afecta por demás al príncipe Fernando, agolpándose delante de palacio con sediciosos vivas á la familia real, anunciando el vencimiento de su rey aplaudió la nueva resolucion de que no se moviese la corte. Sin embargo, se notó que no habia motivo para el aplauso, y entonces aumentó la fuerza popular el despecho de haber sido engañados. Capitaneaban en secreto algunos personajes de nota á aquella gente alborotada, nombrándose entre otros al conde del Montijo, grande de España algo instruido, con pretensiones de literato y amante de las ideas nuevas, de condicion inquieta en demasía y tal, que le llevaba á revolver como solo por el gusto de hacerlo, y sin cuidarse del paradero que tendrían sus acciones, guiado en aquella hora por un odio al privado muy general en la gente de su alta esfera. Créese que este se entendia con el príncipe de Asturias, el cual por su parte estaba en frecuente comunicacion con los guardias de corps, de quienes gustaba mucho, y cuyo roce con su persona por la clase de servicios que prestaban era contínuo. A uno de ellos dijo Fernando al paso: «Me quieren llevar y yo no quiero ir» provocacion á la desobediencia harto directa, pues de la voluntad de desobedecer daba ejemplo tan alto personaje, conociéndose que solo le faltaba la fuerza que otros tenian. A ella se apeló, pues, en breve. Por aquellas noches velaban muchos formando como rondas en acecho de lo que pasaba. Tenia el Príncipe de la Paz una guardia propia suya de soldados veteranos y escogidos de caballería, cuya existencia sola le acarreaba aumentos de odio así como el gallardo porte de la misma causaba envidia á las demás tropas. Estas guardias andaban en patrullas que miraban á las de la guardia real y á las cuadrillas de paisanos como enemigos. Encontróse una de estas con otra del opuesto bando, y estando, si no para venir á las manos observándose con hostil aspecto y no mas pacíficas intenciones, sonó de repente un tiro cuya procedencia es incierta. Al ruido rompió la sedicion preparada de antemano. Cayeron los guardias del rey sobre los del Príncipe de la Paz, los cuales, no obstante su valor, huyeron, privándolos de aliento saberse ser objetos de un odio general así como extremado. Las turbas de paisanos crecieron en número y osadía: la guardia del rey toda acudió á formarse armada. Fué á uno de los regimientos de esta, de que era coronel D. Diego Godoy hermano del privado, y le recibieron los soldados y oficiales no solo con desobediencia sino aun con violento insulto. Al mismo tiempo, la turba popular revuelta con sus cabos de alta gerarquía disfrazados, allanando la casa del príncipe-almirante, la saqueó buscando á su persona para saciar en ella su furia. Huyó el desdichado y logró ocultarse de tal modo que ignorándose su paradero se le supuso fuera del Real sitio, pues registrado todo su palacio en ninguna parte de

él se dió con indicio que acreditase su presencia. A su mujer é hija, por creerse que á la primera trataba con desvio, y tener ambas en sus venas sangre de Borbones, en vez de insultos se hicieron obsequios, metiéndolas en uno de sus coches y tirando de ellas la plebe hasta dejarlas en el real palacio. Con esto y con quedar ocupada por tropa la desmantelada casa del caido privado, se sosegó por entonces el alboroto, retirándose los paisanos á sus casas y los soldados en parte á sus cuarteles. Al siguiente dia 18 de marzo, expidió el rey un decreto, donde declaraba que, queriendo gobernar por sí mismo, exoneraba á D. Manuel Godoy de los cargos de almirante y generalísimo, permitiéndole retirarse al lugar que prefiriese para residencia. De castigarle no se hablaba, siendo solo de notar que el decreto no añadia á su nombre el título de Príncipe de la Paz, ni aun el de duque de la Alcudia. El pueblo, arrebatado de gozo aunque no satisfecho en sus feroces deseos, acudió á presentarse delante de palacio y á victorear al rey, en parabien y muestra de gratitud de su resolucion, y la familia Real en correspondencia á este obsequio hizo el de asomarse al balcon á dar gusto con su presencia á aquel arrebatado gentío. No obstante la mútua satisfaccion, y que el Príncipe de la Paz no estaba mandado prender, siguieron sus enemigos victoriosos buscándole, resueltos, ó á darle muerte ó á entregarle preso para que se le formase causa. Nadie de aquellos desalumbrados pensaba que con la caida del valido se habia adelantado poco para salir del peligro en que se estaba, y en que á las puertas del Madrid habia un ejército francés pronto á seguir adelante para la ejecucion de un proyecto no conocido.

Así terminó la privanza de D. Manuel Godoy, siendo cabalmente causa de su caida la cuerda y justa determinacion que tomó para salvar á sus reyes. Decir que obraba de acuerdo con los franceses y que les entregó á España, es no solamente injusto sino asimismo desatinado. No lo es menos considerarle como un hombre enteramente perverso ó estúpido en quien ni una sola buena calidad ni un acierto único redimió sus yerros y vicios. No era de gran talento aunque tampoco un necio, carecia de instruccion, tenia poco juicio, y en su conducta se resentia del mal orí-jen de su encumbramiento. Los desarreglos de su conducta le merecieron justas censuras, y sus riquezas odio, aunque estas fueron muy ponderadas no obstante haber sido grandes. Persiguió alguna vez, y en rarísimo caso con rigor, y casi siempre provocado. Dice de él un historiador imparcial (*) no sin fundamento, que no es posible negar que aun á ese valido tan vituperado debe España algunos beneficios, pues siguió dando, y aun con mas fuerza, el impulso comunicado por los Borbones y sus ministros á las artes é industria, y aun hizo por ellas mas en el breve término de quince años que cuanto se habia hecho en los tres reinados anteriores, siguiendo los trabajos civiles emprendídos y hasta estableciendo fábricas nuevas en medio de guerras contínuas y calamitosas, y patrocinando constantemente las letras y particularmete á algunos literatos. Nota el mis-

(*) M. Dochez en la breve historia del reinado de Carlos IV, que está la Compilacion de Paquis en seguida de la traduccion de Dunham.

mo autor que hizo frecuentes esfuerzos para precaber á sus soberanos de las resultas de la ambicion francesa, si bien confesando aun en esto su irresolucion y falta de firmeza, y notando, como antes en esta historia se ha notado, que ciertos vicios suyos y las circunstancias de su privanza justificaban, si no el extremo injusto, el oríjen y la índole del odio que le perseguia. Al testimonio de este autor debe añadirse la reflexion de que gobernó en época tan infeliz que casi era imposible sacar de ella intacto el trono de los Borbones de España. Cuando de resultas de la guerra hecha á la revolucion francesa y de los triunfos de los republicanos las monarquías todas de Europa padecieron mas ó menos quebranto, y tuvieron graves pérdidas, menos Inglaterra, resguardada por los mares, España vecina á Francia, regida por un monarca de la estirpe mas odiada y maltratada por los franceses, y de necesidad su enemiga, se conservó por algun tiempo, sin perder su rey ni estados ni autoridad, bien que haciéndolo, como en tal situacion era forzoso, á fuerza de condescendencia y sacrificios perjudiciales. El Príncipe de la Paz llegado á una vejez avanzada, vive todavía en la hora en que se están escribiendo estos renglones, en olvido y pobreza, y sobreviviéndose á sí mismo cual nunca otro hombre de igual fortuna. Ha dado no ha muchos años á luz, unas memorias en que se justifica de muchos de los cargos de que era objeto, si bien de otros pocos procura hacerlo y no lo consigue, llevando á exceso en la propia justificacion la propia alabanza, como suele acontecer á todos cuantos se defienden de acusaciones abultadas y furiosos enemigos. Solo resta añadir que, si despues de su caida autorizó un acto de grande iniquidad en Bayona, como en esta historia se contará muy en breve, semejante accion en sus circunstancias merece alguna disculpa, y que con su fidelidad y asistencia á sus soberanos viejos y destronados hasta la muerte de los mismos en tierra extraña, pagó en lo posible lo que les debia y ennobleció algunos dias de su desventura. Es la última singularidad de su muerte que, mudado en España mas de una vez el gobierno, é incluido él en varios actos de amnistía, contra toda ley de justicia se le sigan reteniendo sus bienes propios y rehusándole la reintegracion en sus honores y dignidades, que actos generales le conceden, lo cual redunda en descrédito de la generosidad y aun de la rectitud y sensatez española.

El dia siguiente al de la caida del privado acabó en la misma paz en que habia empezado y seguido. Todo era loca alegría en el pueblo, y todo inquietud en el Real palacio, y con sobrado motivo. Los ministros pasaron la noche en vela al lado de los reyes, á quienes un aviso probablemente engañoso y quizá procedente de los parciales de Fernando, habia prevenido que se estaba preparando una sedicion superior en braveza y mala calidad á la pasada, y que solo el príncipe de Asturias podría contenerla ó impedirla. A instancias, pues, del ministro Caballero, que en su conducta nueva desde el proceso del Escorial tiraba á congraciarse con el poder que veia irse levantando, fué llamado el heredero del trono al lado de sus padres, para que, trocados los papeles, el que antes necesitaba proteccion la diese á su rey puesto en peligro.

Fernando ofreció cuanto se le pedia, dando á su bondad, celebrada entonces, el carácter de autoridad. Amaneció en esto el dia 19 de marzo, que tan notable habia de ser en los fastos de la monarquía española. Dadas cuantas providencias habia aconsejado el príncipe de Asturias para conservar el inquietísimo sosiego reinante, seguian las cosas y los ánimos sin nueva alteracion, cuando de súbito un espantoso alboroto anunció una novedad de bulto. Era esta, que el desdichado Godoy, como entonces se le empezaba á llamar, usando de su por muchos años olvidado apellido, habia sido descubierto oculto en una buhardilla de su propia casa. Mas de veinte y cuatro horas habia pasado el infeliz, revuelto en un lío de esteras viejas, sin alimento ni bebida, y el tormento de la sed le sacó de su escondite lanzándole en manos de sus contrarios. Es de notar que un soldado que le vió primero y un oficial que se presentó en seguida, se negaron á callar que le habian visto, y con fidelidad, loable en su intencion aunque del todo equivocada, desechando magníficas promesas, dieron parte de su fatal hallazgo, como si hubiese obligacion de prender á aquel personaje, á quien el rey acababa de dar licencia de trasladarse á donde quisiese en el acto mismo de quitarle sus destinos; prueba esta de que en los ánimos, estando confusas las ideas, prevalecia la de deberse obediencia á otra autoridad que á la del monarca. Avisado que el Príncipe de la Paz habia caido en poder de los soldados que ocupaban su casa, acudió á ella una confusa muchedumbre resuelta á derramar la sangre del objeto de su odio. Súpose en palacio al momento lo ocurrido; consternáronse los reyes; en el ánimo de la reina venció á cualquiera otra consideracion el deseo de salvar á aquel hombre querido, y participando en gran manera el rey del mismo pensamiento, fué llamado el príncipe de Asturias y rogado que interpusiese su autoridad para salvar á su enemigo. Prestóse á ello Fernando, considerando que con acreditarse de generoso ejercia asimismo la autoridad soberana antes de tiempo. Pasó, pues, el príncipe de Asturias á la casa de Godoy, seguido de algunos guardias de córps; encontró un numeroso gentío, que amotinado pedia la muerte del preso, y no ocultaba estar resuelto á dársela por su mano; penetró en el palacio sitiado, sacó de él á la condenada víctima amparándola con su persona, la metió entre su escolta, y poniéndose él al frente por entre la furiosa plebe que á pedradas, con palos y con instrumentos punzantes y cortantes hacia cuantas heridas podia al blanco de sus iras, triunfante le llevó, sin lesion grave aunque cubierto de sangre, á una prision, donde le depositó no para salvarle la vida sino para que la perdiese á su tiempo por mano del verdugo. Cuentan, aunque con autoridad dudosa, á pesar de haberla tenido por buena el mejor historiador de estos sucesos (*), que Godoy, al presentarse Fernando á protejerle, le preguntó si era ya rey y que el príncipe de Asturias le respondió: «todavía no, pero lo seré pronto.» Fuese cierto ó no este dicho, el hecho le acreditó de verdad muy en breve.

Con la promesa de que el Príncipe de la Paz sería juzgado conforme

(*) El conde de Toréno.

á las leyes, lo cual segun se entendian las palabras en aquellos momentos, equivalia á decir que sería condenado á muerte, y con ver al amado príncipe hacer oficio de rey aunque sin ceñirse todavía la corona se apaciguó el tumulto retirándose los que le formaban. Pero á las dos de aquella tarde, viéndose parado un coche con un tiro de seis mulas á la puerta del cuartel de guardias, en que estaba encerrado el Príncipe de la Paz, corrió la voz de que este iba á ser trasladado á Granada, con lo cual otra vez empezó el motin, acudiendo allí en tropel la alborotada plebe, cortando los tirantes de las mulas y haciendo pedazos el carruaje. El rey, al recibir esta noticia, cansado de aquel nunca visto desórden, viéndose desobedecido, cual en muchos siglos no lo habia estado monarca alguno en España, y agobiado además y quebrantado por antiguas dolencias y por la pasion de ánimo propia de los sucesos presentes, se convenció de que para salvar la vida del hombre á quien amaba y protejia le era necesario renunciar la corona, lo cual, si bien no se le exigia como han afirmado algunos, ni aun tal vez se esperaba generalmente, venia á ser una necesidad; pues, si la dignidad real seguia aun y podia continuar en el padre, estaría en él enteramente falta de fuerza y decoro, habiéndose traspasado la autoridad toda á su heredero. Llamando, pues, Carlos IV á sus ministros, ante ellos en acto de alguna aunque escasa solemnidad, renunció la corona en favor de su hijo. Estendióse al momento el real decreto de abdicacion, y dándose al público fué recibido con frenéticas aclamaciones. El rey nuevo, despues de haber besado la mano á su padre, se retiró á su cuarto particular, donde ya en calidad de soberano reinante, fué reconocido por tal por los ministros, por los grandes de España de la real servidumbre, y por la gente inferior de palacio y otras personas que allí acudieron.

En Madrid á la caida de la tarde del dia 19, llegó la noticia de la prision del Príncipe de la Paz en Aranjuez, ocurrida en aquella mañana. Al saberla rompió la plebe en un tumulto, y la capital de España, mantenida por largos dias en sumisa y silenciosa obediencia, fué teatro de un desórden cual nunca se habia visto desde el motin ocurrido en los primeros años del reinado de Carlos III. Por fortuna, no hubo resistencia por parte de la autoridad, que renunció al uso de sus facultades, ni de las tropas escasas en número que habian quedado en Madrid; de que se siguió que si bien las desmandadas turbas cometieron grandes excesos á lo menos no se mancharon con sangre. El motin embistió primero con las casas del derribado valido destruyendo é incendiando gran parte de sus muebles, pero robando poco, porque en casos semejantes vence la violencia del odio á la codicia, aunque sin dejar de robarse algo, y negándose esto y ponderándose el desinterés de los amotinados como es asimismo costumbre hacer en ocasiones iguales ó parecidas en todas las épocas y naciones. De las casas de Godoy pasaron los sediciosos á las de sus parientes y allegados, y aun á las de algun amigo suyo inofensivo y de uno ú otro empleado de mérito, cuyo delito era haber servido bien al Estado bajo el ya caido gobierno, y allí ejecutaron la misma obra de saqueo y ruina. Aun se llegó al extremo, grande para

aquellos dias en que aun era religioso todo el pueblo español, de amenazar con entrar violentamente en una iglesia, porque en ella estaba un retrato del personaje á quien perseguia el odio popular; y solo se impidió ita acto quitando de enmedio la pintura. Acompañaban á estos hechos grl, tos contínuos en que se apodaba á Godoy con términos soeces, y aun no se respetaba del todo á la reina, pero con que iban mezclados vivas al rey que, ignorándose todavía el hecho de la renuncia, iban dirigidos al desobedecido é insultado Carlos IV, con lo cual, si bien se daba un espectáculo de atroz demasía y de inconsecuencia, se dejaba ver que nadie pensaba en que mudase de manos el cetro. En la noche del 19 al 20 en medio de aquel desórden para muy pocos acompañado de tristeza, fué conocido en Madrid el decreto que ponia en el trono al amado Fernando. Nuevas tan gratas pusieron en el último punto el público alborozo. Aumentáronse los vivas al rey, dados ya entonces con mas sinceridad ó á lo menos con mas entusiasmo. Al fin, todos se cansaron de gritar y de hacer destrozos, aplacándose por sí, como incendio á que falta pábulo, el tumulto. En otros pueblos de España se imitó puntualmente lo hecho en Madrid, así en el regocijo como en los desmanes. En San Lúcar de Barrameda, poblacion muy protegida por el Príncipe de la Paz y donde una de sus criaturas habia hecho un lindo jardin para aclimatacion de plantas exóticas, rompió el alboroto contra el amigo del caido privado y juntamente contra el inofensivo y útil plantío, siendo este último completamente destruido, mientras el primero huia con peligro de su persona y pérdida de sus muebles. En medio de esto nadie ponia la atencion en los cien mil franceses que estaban dentro de la Península.

Así terminó el aciago reinado de Carlos IV y con él la monarquía española, tal cual era desde los dias de los reyes austriacos, y aunque muy alterada por los Borbones, conservada en su esencia. Destruyéronla á un tiempo culpas propias y desdichas de la época. La corte con el mal uso de su poder, menoscabó en los españoles la reverencia al trono, en los dias en que los de otros reyes caian al empuje de un poder nuevo y formidable. Las armas de Napoleon podrían haber vencido en la guerra á los españoles, hasta el punto de traspasar el cetro á manos de un Bonaparte; pero habría quedado en los reyes desposeidos y en sus súbditos fieles, aun obedeciendo á una fuerza extraña, viva é íntegra la imágen de la monarquía de Carlos III. No así cuando la competencia era entre un príncipe que podría imponer un enemigo invasor y otro alzado en un motin, y por medio de él al sólio. Quien quiera de los dos que reinase habia de hacerlo con diferentes condiciones de las que constituian la autoridad real en la España antigua; porque si no querían mudar de máximas los gobernadores, los gobernados habian variado considerablemente en las de la obediencia. Pero á esto se agregaba que por la índole de los sucesos se habia hecho indispensable elegir entre una conquista ó una guerra popular, y esta última, si terminaba alcanzando victoria el pueblo, por fuerza habría de traer consigo grandes novedades, aun cuando el pueblo solo hubiere peleado por sustentar el sistema an-

tiguo en su integridad, su religion, la autoridad real en su poder desmedido, sus usos y costumbres. De esto dió ejemplo lo que vino á suceder, de modo que en una pugna larga y acalorada, ya para resucitar lo pasado, ya para introducir novedades, aun cuando venciesen por mas ó menos breve plazo los que intentaban lo primero, en vez de la resurreccion apetecida del cuerpo de la monarquía difunta daban soplo de engañosa vida á una fantasma.

Durante el reinado de Carlos IV estuvo España en decadencia, pero no tan completa como es comun figurárselo á lo menos en la parte intelectual. Poco ó nada se innovó en la forma del gobierno, y sin embargo siendo muy diversa la índole de los gobernadores de lo que habia sido en el reinado del piadoso y viudo Carlos III, la mudanza parecia considerable. El despotismo se ejercia no con mas rigor que antes, pero, segun mas de una vez se ha dicho, con harto menos decoro y concierto. Por otro lado las doctrinas y el ejemplo de la revolucion francesa movian á conatos de desobediencia en algunos, y la calidad de la elevacion y de las costumbres del privado infundian iguales pensamientos en otros, y naciendo de ello resistencias y tramas secretas para derribar al dueño de la autoridad, este por fuerza, teniendo que defenderse, castigaba á sus contrarios, notándose así lo despótico del poder que en época de mayor sosiego no se siente por carecer de objeto en que emplearse. Así la costumbre de desterrar de la corte era usada con profusion, arraigándose como costumbre. La independencia de los tribunales era asimismo poco respetada, de suerte que se vió el escándalo de mudarse con frecuencia á los consejeros del consejo real llamado de Castilla.

En medio del desórden de costumbres de una parte de la corte, esta seguia observando una etiqueta serena y triste. Los reyes se presentaban poco á sus súbditos, no asistiendo en ocasion alguna á los teatros ni tolerando las reglas vijentes fiestas en la corte. Madrid llegó á ser odiosa á los reyes, que residieron en los sitios reales, y en los dos últimos años de su reinado no pisaron la capital una vez sola. Carlos IV con modales por una parte groseros hermanaba ciertas ideas de decoro, no consintiéndose á sí propio ni tolerando en los demás demasías en el lenguaje, ni permitiendo ni usando el vicio comun en los españoles de fumar, y exijiendo en el vestido que se ajustase al uso de los tiempos pasados. En el año de 1806, esto es, dos antes de venirse á tierra su trono, sacrificó su coleta á que profesaba particular aficion, y mandó cortar las de sus criados, cortesanos y tropa, mereciendo esta circunstancia mencion particular en la historia, por haberse citado y aun ser efectivamente una de las mayores pruebas del ascendiente que sobre él habia cobrado su valido. La reina con sus costumbres relajadas juntaba asimismo cierta devocion supersticiosa y algunas ideas de dignidad aparente, de modo que, si disfrazada, segun es farsa, solia salir á tomarse vituperables libertades, cuando hacia el papel de reina le desempeñaba con la magestad antigua. En los últimos dias de este funesto reinado la tristeza de la corte hubo de comunicarse al pueblo por disposicion de los soberanos. En los sitios reales era costumbre mandar salir de aquella residencia á

numerosas personas que allí acudian ó por pretensiones ó por mera curiosidad, causando recelo y disgusto en la reina hasta ser observada. En Madrid mismo llegó á mirarse con ceño hasta que hubiese bailes ó tertulias concurridas, porque la suspicacia del gobierno llevaba á mal la reunion de gentes en crecido número, suponiendo que donde muchos se juntasen se habría de formar un foco de sedicion ó conjuracion, ó comunicándose el odio de unos á otros se desahogaría en acerbas murmuraciones cuando menos.

La tiranía religiosa en el reinado de Carlos IV perdió mucho de su fuerza aunque fué empleada como auxiliar de la política en algunas ocasiones. Lo que de ella quedaba era mas aborrecible porque formaba contraste con la disolucion dominante. El Príncipe de la Paz, como ya se ha dicho, combatido por enemigos de opuesta naturaleza, se allegaba á los eclesiásticos cuando creia peligroso el poder de los reformadores, y al contrario sostenia á estos y reducia á práctica algunas de sus doctrinas conteniendo á los de la parcialidad contraria cuando la gente piadosa y apegada á las cosas de los pasados tiempos, como sucedia con frecuencia, era la que mas cruda oposicion le hacia. La inquisicion á cuyo frente estaba un inquisidor general de mansa condicion é ideas ilustradas rara vez persiguia por opiniones puramente religiosas. La iglesia estaba muy resentida de que tocasen á sus rentas y á las obras pías, bien que no sin obtener para ello el beneplácito de la corte romana.

Los adelantamientos hechos en las ciencias, letras y artes durante el anterior reinado, se mantuvieron en su punto y aun crecieron; pero los gastos de guerras costosas y desdichadas y la consiguiente pobreza del gobierno no consentian que se hiciese mucho en su sistema de proteccion, el cual llevaba á efecto como todas sus cosas por ímpetu y sin perseverancia.

De obras científicas de gran nota no puede blasonar España durante el reinado de Carlos IV; pero en el mismo tiempo fueron protegidos los estudios de las ciencias matemáticas, y naturales, y numerosas traducciones de obras elementales sobre estas materias declaraban así las buenas intenciones del gobierno como la disposicion del público á aprovecharlas. El diccionario de agricultura de Rosier fué traducido con especial patrocinio del gobierno, y su prodigioso despacho acreditó deseos de atender á cualquiera clase de enseñanza en materias hasta entonces desatendidas.

En lo que menos decadencia se notó, y aun puede decirse que, si al cabo hubo alguna, estaba compensada con notables progresos, fué en la literatura amena, bien que varios de los mas señalados escritores del reinado de que se vá tratando en el anterior reinado se habian formado, y ya distinguido. De estos era uno así como el mas famoso é ilustre D. Gaspar Melchor de Jovellanos. Su informe sobre un proyecto de ley agraria que entre todas sus obras es, si no la superior, la de mas crédito por la importancia de su argumento, fué leido en la sociedad de Madrid reinando Carlos IV. Jovellanos es sin duda un autor eminente, aunque tal vez en los pasados dias se llevó al extremo la admiracion de su mérito, y aunque la naturaleza de sus obras, breves todas ellas, no le permitiese manifestar cumplidamente la capacidad para superiores trabajos que es razon suponer que poseia. Las prendas de su estilo y diccion son

sin disputa de las mas altas. El primero es ciceronismo completo, especialmente en sus últimas obras, y no lo es solo en la copia de las formas del grande orador y escritor latino, sino aun en el espíritu que anima la composicion, participando de las leves faltas, así como de las perfecciones del modelo seguido por el autor, perfecciones y faltas enlazadas entre sí, á punto de ser casi inseparables. La segunda es correcta y pura, si bien no en el punto en que algunos quieren ponerla, pues adolece de arcaismos y galicismos y de tal cual descuido en los puntos contestados de la gramática; pero sí lo bastante para aparecer de contextura castiza con ciertas trazas de ser al gusto moderno. En los elogios es mas afrancesada la manera, y con todo el sabor de la frase es castellano, y sumamente agradable en su fluidez mezclada con pompa. Jovellanos escribió tambien versos, y en dos sátiras dirigidas á Arnesto se mostró digno émulo de Juvenal, declamador elocuente, pintor exacto y animado, y en suma dueño de las dotes que constituyen la buena poesía satírica. Aun en otras obras donde no ha menester el autor gran fuerza de fantasía, dejó el mismo autor trozos de no poca belleza, dando brio y hermosura á sus versos cierta expresion pura y robusta. En suma, Jovellanos, sin salir de una decorosa medianía en las mas de sus composiciones poéticas, salvo en las sátiras, y remontándose en la prosa á una altura que le pone á la par con los mejores autores castellanos de todas las edades, y asimismo con grandes escritores extranjeros en cuanto lo consiente la pequeñez de sus obras, merece ser reputado por una de las glorias literarias de España y de la época en que floreció.

Otros contemporáneos suyos tambien dieron muestras de poseer prendas de estilo que empleadas en trabajos importantes por su extension y objeto les habrian dado, así como á su patria y tiempo, honra mayor que la que puede caberles, si bien les corresponde toda cuanta es compatible con el desempeño de obras cortas en dimensiones, y cuyo argumento empeña poco. D. Juan Bautista Muñoz empezó una historia del nuevo mundo, de la cual solo publicó el primer tomo, donde refiere los viajes de Colon, no pudiendo por consiguiente dar á conocer si poseia ó no las calidades de historiador eminente, y acreditándose solo como escritor de estilo robusto, grave y bello, aunque con alguna mezcla de afectacion, y de diccion bastante pura, y un poco forzada de resultas del conato de darle pureza.

Otro purista, Bargas Ponce pecó aun mas de afectacion hasta hacerse insufrible, si bien abandonando el estilo truncado en que instaba ajustadamente á Saavedra por otro periódico, y enmarañado por el deseo de remedar la frase de autores antiguos. Fuera de esto, las obras del autor de que se habla, breves todas ellas por su naturaleza, no pueden tener importancia.

En la misma lista de los que porfiaban por libertar la literatura española de la corrupcion que al lenguaje comunicaba el estudio casi exclusivo de libros franceses, ocupa un puesto notable D. Antonio Cacpmani. Pero este autor que en sus cuestiones críticas y en sus memorias sobre el comercio de Barcelona trató con bastante acierto algunos puntos útiles,

poseido 'despues de violentas preocupaciones, y adoleciendo del defecto de serle en sus primeros años natural el dialecto lemosino catalan, no supo dar á su composicion naturalidad ni fluidez. Copió de los autores antiguos españoles hasta los vicios de estilo, y en su filosofía de la elocuencia dió un mero tratado elemental de retórica, no digno de su soberbio título, ni exento de faltas graves.

Mas acertados en el mismo empeño fueron los dos hermanos Villanueva, cuyo estilo y diccion tienen sobre no poca pureza, un sabor grato de la antigua escuela castellana. La naturaleza de sus trabajos, sin embargo, hace sus obras de poco empeño, siendo las mas de ellas sobre materias eclesiásticas. En algunos opúsculos D. Tomás Gonzalez Carbajal acreditó dotes de escritor idénticas á la de los autores citados.

Otros injenios, sin pretender resucitar la frase castellana de los pasados tiempos, no consiguiendo el lauro de puros hablistas á que no aspiraban, se distiguieron por diferentes prendas. D. Manuel José Quintana, con algunas singularidades de estilo, y en lenguaje tachado con razon de galicismo, pero vituperado aun mas de lo debido por esta parte, en una obra periódica, en prólogos á ediciones de poetas antiguos, en sus vidas de españoles ilustres, y en una introduccion á la coleccion de poesías selectas castellanas por él puestas en órden y dadas nuevamente á luz, dió pruebas de escritor aventajado y de crítico agudo, ciñéndose en lo último casi siempre á las reglas de la escuela clásico-francesa en sus dias dominante, y en sus juicios á la consideracion de las formas de que aun no se solia pasar; pero adelantándose á veces con perspicacia á juzgar del espíritu animador de las obras que examinaba, y sobre las cuales daba su voto.

En una ú otra obrilla en prosa, como el elogio del famoso marqués de Santa Cruz, y en artículos del Mercurio, D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, mas afamado que como prosador como poeta, y digno de consideracion por su carácter entero y noble, y por su muerte, consecuencia de la rectitud y amor á su patria, juntamente con afectacion, y con una fogosidad facticia, así como con galicismos y raras novedades de lenguaje no dejó de manifestar en varios trozos animada elocuencia y brioso y elegante estilo, á la par que conocimientos extensos aun en la lengua castellana que con sus extrañezas desfiguraba.

Medianero entre los puristas y los galicistas escribió mucho, pero de prisa por desgracia, D. Pedro Estala, hombre de varia y no superficial instruccion y de mediano gusto, á quien cupo la suerte de emplear su talento principalmente en compilaciones de mérito escaso.

Otros, de quienes no es posible hacer memoria por no consentirlo la corta importancia de sus producciones, aunque en ellas se descubra mérito capaz de brillar en mayores tareas, se señalaban á la par con los citados. La medianía de la literatura española continuaba, pues, sin menoscabo ni aumento, faltando á los autores el patrocinio del público, único que alcanza á estimular á trabajos grandes y á galardonarlos.

En algunos periódicos literarios del reinado de que se vá ahora hablando, abundan trozos de sana crítica, escritos en buen estilo y no

mala, si bien no del todo castiza, diccion. Sobresale entre ellos el que llevaba por título Variedades de ciencias, literatura y artes, en que trabajaba el citado D. Manuel Quintana asociado con D. Eugenio de Tapia y otros de menor nota. En el Mercurio insertó bastantes artículos de mérito Cienfuegos. El Memorial literario en inferior esfera no dejaba de contener buenos artículos. El Regañon y algun otro menos conocidos se mantenian en una medianía respetable. Hasta el Diario de Madrid en su pequeñez material contenia algunos artículos chistosos en que á veces no sin mérito reñian los literatos de aquel tiempo sus contiendas. La que mas ruido hizo entre todas fué la suscitada por el loco atrevimiento de un autor novel que con el dictado pedante del Setabiense, con lo cual significaba ser hijo de Játiva, emprendió censurar la inmortal obra de Cervantes en un librillo empezado á publicarse y no concluido con el título del Anti-Quijote, título mas escandaloso que la obra misma, pues esta se reducia á notar algunos descuidos y lunares verdaderos en la composicion del «*ingenioso hidalgo*,» ya advertidos los mas por críticos anteriores. La furia de los Cervantistas no conoció límites; y al culpar con razon la arrogancia del incompetente censurador de su ídolo sacando las cosas de quicio se extremaron en la aprobacion, y casi negaron á la crítica jurisdiccion de clase alguna sobre los escritos del autor del Quijote. Esta disputa ya de los años primeros del siglo presente acabó pronto, y con la obra que la suscitaba cayó en el mas profundo olvido.

Traducíase mucho reinando Carlos IV, y rara vez con cabál acierto. De la lengua latina hicieron buenas versiones á la castellana los padres de las Escuelas Pias. Los principios de literatura de Batteux, y el curso de lecciones sobre la misma materia del escocés Blair fueron puestos en castellano á competencia, ámbas obras con poca habilidad por cierto, aunque con menos la nombrada en primer lugar que la en segundo. Sirvieron estas traducciones de bandera á dos sectas literarias, que algo tenian tambien de políticas. Los secuaces de Batteux eran los allegados al gobierno y al Príncipe de la Paz, y los defensores especiales de la literatura antigua castellana. Los parciales de Blair correspondian á la secta amiga de las ideas nuevas y opuesta al gobierno, y en su crítica juzgaban con severidad, á veces acertada, á los autiguos autores castellanos, teniendo en alta estima á los extranjeros, y manifestando á las obras de algunos de sus compatriotas y contemporáneos preferencias rara vez justas por ser casi siempre extremadas.

La poesía floreció hasta cierto punto en el reinado último de la España antigua. No hubo sin embargo en él composiciones propias para acreditar á talentos de primer órden. Sin embargo, en las obras dramáticas que son de aquellas en que se descubre el talento poético de clase superior, no dejaron de ejercitarse los injenios, pero con muy escasa fortuna en la tragédia, y en la comedia, si elevándose mucho mas, no llegando á la esfera mas alta.

Melendez continuó llevando el cetro de la poesía lírica. Pero aunque dió á luz una coleccion de sus obras, las de mas mérito en ella comprendidas ya habian sido admiradas, y casi todas salido á luz en el ante-

rior reinado. El mismo autor en su prólogo señaló á tres discípulos suyos como los continuadores de la nueva poesía castellana por él fundada. Eran estos D. Nicasio Alvarez Cienfuegos, D. Manuel José Quintana y D. Leandro Fernandez Moratin; los dos primeros citados ha poco aquí mismo considerándolos por lo que escribieron en prosa.

Cienfuegos con originalidad en el estilo y diccion feliz á veces, pero en lo general desacertada, con escaso fuego y pretension de tenerle excesivo, con alma tierna, y cabeza acalorada, y lleno de ideas filosóficas al uso del siglo XVIII, dió á luz algunas composiciones líricas donde relucian grandes perfecciones en medio de numerosos y notables defectos; consistiendo las primeras en no pocos nobles y bellos pensamientos expresados, así como con novedad con brio, y siendo los segundos una constante violencia en la expresion nacida del visible esfuerzo de llegar á donde no alcanzaba la fantasía del poeta, y de suplir con la novedad de la frase ó la incoherencia de la metáfora la falta de conceptos espontáneamente atrevidos. En sus tragedias el mismo autor tiene los defectos de sus composiciones líricas con la falta del talento creador y de la facultad de transformarse en sus personages que deben caracterizar al poeta dramático.

Menos arrojado y raro en la expresion D. Manuel José Quintana con menos fuego aparente le tiene mas real y verdadero en la materia en que particularmente sobresale, que es en comprender, admirar y cantar la civilizacion del siglo XVIII con espíritu filosófico y á la par poético, y en las composiciones numerosas que á estos argumentos dedica, si bien pecando por falta de facilidad en la expresion y versificacion, excepto en uno ú otro verso de no comun rotuntidad y belleza, y usando epítetos no oportunos, se remonta con todo á una altura á donde pocos si acaso algunos pueden ponerse á su lado. No así en sus tragedias superiores á las de Cienfuegos, pero sin rayar un punto mas arriba de la medianía, ni tampoco en las obrillas destinadas á otras materias que á la donde encuentra su legítimo cetro.

Considerado D. Leandro Fernandez de Moratin como poeta lírico, solo merece elogios por estar libre de pecados contra el gusto mas severo, y expresarse en correcto y elegante estilo, y con diccion pura, pero manifiesta fantasía tan escasa, que no descubre un solo concepto nuevo ni valiente, ni una sola dote de poeta, lo cual no es lo mismo que ser escritor aventajado. En sus sátiras sobresale algo mas, y como poeta cómico es digno de superior alabanza; si bien escaso de imaginacion en sus argumentos y en la creacion de sus caracteres, solo se distingue como imitador acertado de Moliere, como fiel retratante de costumbres españolas, como chistoso á la par que natural en el diálogo, y en la versificacion por demas sonoro y fluido; en suma, como autor de aquellos cuyos méritos en la traduccion del todo desaparecen; de talento respetable, pero no de los de primer órden; siendo peivilegio de estos últimos tener un puesto eminente no solo en la literatura de su patria, sino en la de todo el orbe civilizado.

A parte de estos secuaces de Melendez se adquiria al mismo tiempo

no corto renombre, con especialidad entre el vulgo de lectores, Don Juan Bautista Arriaza, versificador fácil, rimador ingenioso y atrevido, de mas agudeza que fuerza de fantasía, cortés y galante en vez de tierno, hombre del trato de mundo para quien era muda la voz de la naturaleza, y cuyos versos en cierta esfera figuran con honra del autor entre los buenos de la lengua castellana, habiendo en la poesía clases diferentes de merecimientos, aunque clases entre sí no iguales.

Otros poetas se distinguian en mas ó menos grado, como el conde de Noroña, D. Francisco Sanchez, los hermanos Carnereros, Doña María Rosa Galvez y algunos mas, cuyos méritos todos medianos deberían ser calificados en una historia literaria de la época; pero no pueden serlo en este compendio, donde soló se trata de literatura en cuanto contribuye á pintar la situacion y los adelantamientos del entendimiento humano en los tiempos cuyos sucesos se narran.

Tambien algun otro autor adquirió fama justa, remedando en sus formas y hasta cierto grado en su espíritu á poetas antiguos castellanos. D. Tomás Gonzalez Carbajal, de quien ya se ha hablado como prosador, en composiciones devotas copió á fray Luis de Leon con no poca habilidad, y lo que es mejor con bastante parte del espíritu de fervorosa piedad que anima la poesía de tan gran modelo.

Desde los principios del reinado de Carlos IV habia empezado á formarse en Sevilla una escuela de críticos y poetas con justas pretensiones de resucitar la fama literaria de aquella ciudad que en los siglos XVI y XVII blasonó de tener una escuela de poesía y de pintura suya propia. D. Juan Pablo Forner, yendo á servir un empleo de fiscal de la audiencia de la misma ciudad, se dió á promover los estudios de las letras humanas, y tuvo mas acierto como patrono que habia tenido como poeta. Florecieron á su lado los señores Blanco, Reinoso, Lista, Arjona y Roldan, y otros de algo inferior mérito y celebridad, todos ellos veneradores y dovotos de Herrera y Rioja como los grandes maestros de la escuela sevillana antigua, copiadores mas ó menos ajustados de la forma poética de sus modelos, por lo mismo algo oscuros y afectados en su diccion, si bien en esto habia entre ellos diferencia y en el camino que seguian de imitadores no poco adelantados. Juntaban con estas calidades la de críticos, siéndolo al uso antiguo de las formas meramente, y segun los preceptos de la doctrina llamada clásica; pero casi todos ellos agudos á la par que instruidos, y dignos de ocupar puesto entre los primeros de la república literaria de sus dias.

Tambien en Granada hubo un plantel de poetas y escritores. Don José Joaquin de Mora, gaditano, que fué á estudiar en aquella universidad, y que hermanaba ciertas dotes poéticas con una instruccion bastante extensa, debe ser contado entre los principales que contribuyeron á fundacion tan agradable y provechosa. En la nueva escuela granadina se señalaron desde luego D. Ramon Roca, de grandes prendas poéticas, y que pasado á Méjico en su juventud, falleció tempranamente sin poder cumplir lo que prometia, y D. Francisco Martinez de la Rosa, cuyo nombre como político y escritor es de tiempos posteriores.

Las traducciones de poetas extranjeros fueron en esta misma época bastante frecuentes. Estala publicó dos de los príncipes de la poesía dramática griega, en la tragedia y la comedia, Sófocles y Aristófanes. Del primero tradujo el *Edipo Rey*, en versos sueltos harto flojos y desmayado estilo, pero con fidelidad en cuanto á las palabras, si bien no al espíritu de su original. Menos acertado estuvo al querer dar idea del inimitable cómico de Atenas. La *Iliada de Homero* apareció en este reinado por la vez primera en verso castellano; pero con suma infelicidad, y aun sospechándose que su traductor D. Ignacio García Malo no lo fué del original griego. Con mas fortuna se hicieron versiones de otros idiomas. De odas de Horacio las dieron varios con diferente acierto, sobresaliendo Moratin, cuyas dotes para traductor eran superiores. No pocas tragedias francesas y de las italianas de Alfiel pasaron á nuestra lengua, conservando las segundas sus perfecciones, y aun adquiriendo las de una hermosa versificacion, de que en su original carecen. D. Dionisio Solís, traductor del *Orestes*, y D. Antonio Saviñon, que lo fué del *Polinia* con el título de los *Hijos de Edipo*, y del *Bruto primero* con el título de *Roma libre*, así como lo habia sido de la mediana tragedia de *La muerte de Abel*, por Legonvé, excediendo á veces ál original, fueron los que mas se señalaron en esta no facil aunque solo medianamente honrosa carrera. Contribuia á que estas producciones representadas fuesen recibidas con arrebatado aplauso, la habilidad del actor Isidoro Maiquez, verdadero prodigio en su profesion. Una actriz en diverso género tambien eminente, y cuyas altísimas prendas naturales estaban desfiguradas por vicios de una mala escuela de declamacion y de su poca inteligencia, hija de una instruccion escasa, en diferentes teatros de la capital lucia y admiraba, ejercitándose especialmente en representar las comedias antiguas, aunque tal vez ensayándose en malos dramas modernos, y alcanzando en todos altos triunfos.

Tal era en suma el estado de las letras en España en los primeros dias del siglo y últimos de su antigua monarquía. No se podia decir que habia en todo decadencia de lo que era la misma nacion considerada intelectualmente en los tiempos del anterior y mas feliz reinado.

Las artes tampoco decaian; pero manteniéndose en su punto, en poco podian dar muestra de sí, no consintiendo la riqueza del Estado emplearla en grandes obras, ni permitiendo la situacion de los particulares gastos crecidos. Los pintores y escultores de nota fueron los mismos que en tiempo de Carlos III. El arquitecto Villanueva llevó adelante su grande y hermosa obra del Museo, pero sin poder concluirla, y en alguna fábrica pequeña ó recomposicion de las antiguas dejó señales de buen gusto.

Mientras en las ciencias, letras y artes así se manifestaban los ingenios y el saber de los españoles, en secreto se iban efectuando grandes mudanzas en su modo de pensar, usos y costumbres, bien que esto solo sucediese á una porcion pequeña y escojida, la cual sin embargo, andando el tiempo, y favorecida por las circunstancias, habia de dilatar considerablemente su influjo, y de tener parte considerable en los posteriores acaecimientos de su patria.

Los literatos que no poco se dedicaban á pensar en materias políticas, estaban divididos en dos sectas ó banderas. Una de ellas patrocinada especialmente por el Príncipe de la Paz, y capitaneada por Moratin, Estala y el juez de imprentas Melon, con el nombre de Triunvirato por la union que entre los tres reinaba, se valia de su poder para tiranizar á sus rivales, y obsequiosa con el despotismo existente solo acreditaba participar de los dogmas filosóficos del siglo en ciertos atrevimientos en materias religiosas que la inquisicion no osaba ni aun reprimir por temor al alto patrocinio bajo cuyo amparo se manifestaba. La otra secta, á muchos de cuyos maestros el privado ya protegió, ya persiguió, ya solamente trató con pacífico desvio, estaba opuesta al gobierno condenando su conducta, y resuelta á abogar por la introduccion en su patria de muchas de las novedades políticas de que la vecina Francia con otros paises habia sido teatro.

El trato frecuente con los franceses, aun en gentes menos instruidas, introduciendo sus usos, proporcionaba un conducto por donde entrasen casi sin sentirse sus ideas. El general descontento con la corte movia los ánimos al deseo de una mudanza completa de situacion, aunque sin acertarse con la que se deseaba; pero preparando las cosas, vista la gravedad de los males existentes, y la necesidad de su cura radical á la aceptacion de un remedio cuando se presentase quien le propusiese con la habilidad suficiente para persuadir de su bondad y eficacia.

Tal era la España donde, estando el territorio invadido por un ejército extranjero de una nacion trocada toda por una revolucion completa, un motin derribó la corona de las sienes de su poseedor, traspasándola á las de su hijo, falta enteramente de lustre por habérsele quitado quien la llevó con poco decoro, y quienes la insultaron y arrastraron por el polvo con no menor indecencia.

Fin del reinado de Carlos IV.

CAPITULO SEGUNDO.

DE LOS PRINCIPIOS DEL REINADO DE FERNANDO VII HASTA SU VIAJE A FRANCIA.

En la embriguez del gozo universal causado por el advenimiento de Fernando, tan querido del pueblo, y por su voto subido al trono, no hacian las gentes el reparo que deberían haber hecho en la calidad del acto en que habia renunciado Carlos IV su corona, ó en las circunstancias que acompañaron y produjeron suceso tan grave, como si en la violencia, que si no le exigió le causó, no pudiesen fundar un motivo de nulidad el arrepentimiento ó la perfidia. El rey viejo, en quien iba hermanada cierta brutal violencia con no poca doblez, ó cediendo á impetuosos pensamientos, que pasando pronto llegaban á trocarse en otros enteramente opuestos, ó procediendo con su acostumbrada falsedad, confirmó al parecer con libertad y franqueza su renuncia delante de los embajadores extranjeros venidos á palacio á felicitar al nuevo monarca y despedirse del antiguo, y aun dijo con afectacion al baron de Strogonoff, ministro plenipotenciario de Rusia, que en su vida habia hecho otra cosa con tanto gusto. Bien podia sospecharse que no fuesen sinceras estas palabras; mayormente si se consideraba que aun en la misma mañana del dia 19 no habia manifestado Carlos IV intencion de desprenderse de la corona.

Ya rey Fernando, de pronto confirmó en sus destinos á los ministros de su padre. Pero muy en breve trató de darles sucesores, y como elevado al trono por la opinion popular, buscó para el ministerio á personas que en el público gozaban del mas alto concepto, y que en mayor ó menor grado le merecian. D. Pedro Cevallos, no obstante su parentesco con Godoy, fué conservado en el ministerio de Estado, porque pasaba por honrado, y en gran parte lo era, aunque hombre tímido, cortesano, obsequioso, y político no diestro. Aun el peor de los ministros pasados, el marqués Caballero, siguió por algun tiempo encargado del despacho de Gracia y Justicia, gracias á los servicios que habia prestado vendiendo á sus antiguos amigos, y que habia agradecido el público,

aplaudiéndole de un modo singular y digno de tal personage (*); pero al cabo se le hubo de reemplazar, poniendo en su lugar á D. Sebastian Piñuela, magistrado de buen concepto, pero de escasa nota. Al ministerio de la Guerra, que desempeñaba el general Olaguer Feliu, de quien nadá particular bueno ó malo se decia ó pensaba, fué promovido el general D. Gonzalo Ofarri, recien vuelto de Etruria, cuya reputacion era la mas alta. No la tenia inferior D. Miguel José de Azanza en tiempo de Carlos IV, ministro de la Guerra, y despues virey de Méjico, y al cabo caido en desgracia y desterrado, á quien fué encargado el ministerio de Hacienda, quitándole á D. Miguel Cayetano Soler, que, por razones ignoradas, era de las personas odiosas en aquellos dias. El ministerio de Marina quedó en manos del bailío de la órden de San Juan, y general de la real armada D. Francisco Gil y Lemos, anciano respetable de buenos servicios, y en política de corta ó ninguna valia. Alzóse el destierro ó sacóse de la prision á todos los desterrados y encarcelados por causas políticas de órden del anterior gobierno, contándose entre ellos los nombres, en diferente grado famosos, pero estimados todos, de Urquijo, Cabarrus y Jovellanos. A los implicados en la causa del Escorial, y principalmente á Escoiquiz y á los duques del Infantado y San Carlos, se llamó á la corte y aun á la privanza. La del primero de estos sugetos fué desde luego grande, aunque Fernando tenia por tema que con él nadie privase, siendo su única idea de gobierno hacer lo contrario que sus padres.

Así, para contradecir en todo lo hecho en el reinado precedente y obrar conforme á lós deseos y principios entre sí opuestos, y acordes en la oposicion á la corte antigua, se empezó revocando la útil providencia de la venta de algunos bienes del clero y de los de obras pias, autorizada por la misma sede romana; se suprimieron algunas contribuciones nuevas; se mandó entregar al público y al cultivo gran parte de los terrenos vedados, con destino á satisfacer la aficion del rey á la caza; y se expidieron decretos para abrir canales nuevos y continuar la formacion de los antiguos, y para otras mejoras fáciles de mandar, y cuya ejecucion aun los peores gobiernos desean, pero cuyo anuncio suena agradablemente, sobre todo en boca de un gobierno nuevo del cual no se sospecha que há de dejar sin cumplimiento lo que mande. Todo ello lisongeaba, y aun el vituperable decreto de suspension de la venta de los bienes de la iglesia era satisfactorio á los interesados y al ignorante vulgo.

Siguiéronse otras providencias despóticas y vengativas. El Príncipe de la Paz fué trasladado de Aranjuez al castillo de Villaviciosa, donde quedó preso mientras le juzgaban sus enemigos, no oponiéndose ya el pueblo á su traslacion, ejecutada por mandamiento de los interesados en su ruina. Persiguióse á cuantos con él tenian conexion por parentesco ó amistad, mirando relaciones semejantes como delito. Un Real decreto le mandó confiscar los bienes, con agravio y quebrantamiento de las leyes

(*) Fué este gritar «*viva el pícaro de Caballero.*»

de España, que antes de la condenacion de un acusado solo permitian el secuestro de su hacienda. Sonaba que Escoiquiz desde su llegada era el principal fautor de tales providencias, ejerciendo gran parte del poder, sin cargo ostensible que á ello le autorizase.

Pero satisfacer venganzas ó aun ejercer la justicia contra un delincuente no era el negocio de superior importancia en aquella hora crítica para el gobierno y pueblo español. Tratábase sobre todo de ver qué haría de España el emperador francés que la tenia inundada con sus ejércitos para un objeto no conocido. El rey nuevo, sentado ya en el trono, hubo de parar en ello la atencion con algun cuidado, pero no con el suficiente, pues sus fátuos consejeros, y Escoiquiz sobre todo, cuya vanidad no conocia igual, estaban persuadidos de que con efectuarse el matrimonio de Fernando con una princesa de las familias de Bonaparte ó de Beauharnais, cosa no menos deseada por Napoleon que por los españoles, todo peligro quedaba desvanecido, y las tropas francesas, cumpliendo con el fin para que habian venido á España, con derribar á un gobierno malo y poco seguro amigo, tras de haber contribuido al público bien, se emplearían en hostilizar á los ingleses, de concierto con las fuerzas de un monarca, cuya amistad con el emperador estaba probada por los sucesos, afianzada por el interés, y cimentada en la relacion de parentesco que iba á unirlos. Que tal novela fuese creida del vulgo mal informado no debe causar extrañeza: que hombres políticos con datos á la vista alimentasen tan locas ilusiones, bien debe admirar; y todas las locuras del vituperado Godoy parecen prodigios de agudeza y buen seso puestas en cotejo con estos delirios.

Sin embargo, era necesario dar pasos con el gobierno francés para lograr que diese explícita y solemnemente su voto sobre la mudanza ocurrida, reconociese al rey nuevo, renovase con él mas estrecha la alianza, y llevase á efecto el enlace deseado. Para estos intentos se empleó un lenguage, no solo de apasionada amistad, sino hasta de fea lisonja. Envióse al duque del Parque, grande de España y general, á cumplimentar al gran duque de Berg con obsequioso rendimiento, y á quedarse á su lado para asistirle. Sonándose y teniéndose por cierto que el mismo emperador venia de camino para Madrid, de lo cual daba señales haber entrado en España parte de la guardia imperial, salieron á recibirle á la frontera en nombre del rey el duque de Medinaceli, el de Frias, y el conde de Fernan Nuñez, de las mas altas familias del reino. En la Gaceta se habló de los nuevos huéspedes como de los mejores amigos, lo cual no era variar el lenguage del anterior gobierno, que lo mismo puntualmente decía en sus papeles de oficio.

Entretanto el gran duque de Berg, Murat, seguido por el cuerpo del mariscal Moncey, detrás del cual venia el del mariscal Bessieres, seguia su camino para Madrid, y al tener noticia de los grandes sucesos de Aranjuez se dió prisa á entrar con sus tropas en la capital de España, mientras otro cuerpo del ejército francés de su mando, gobernado por el general Dupont, se adelantaba igualmente hácia el mismo punto, apoyándose en los montes de Guadarrama, y dejando en Valladolid una

division que observase á las tropas españolas de Galicia. En el dia 23 de marzo de 1808 efectuaron su entrada en Madrid los franceses. Recibiólos el pueblo con curiosidad, admirando lo lucido de su caballería, lo vistoso de las tropas de la guardia imperial, y en su infantería ordinaria, de menos brillo que mérito, lo nuevo del vestuario y la velocidad acompañada de aparente desaliño de las maniobras. No eran ya recibidos los huéspedes con entusiasmado regocijo, pero sí con fino agasajo, empezando á extrañarse su presencia, aunque no causando todavía disgusto, si bien no infundia gozo. Logrado el objeto de derribar al gobierno aborrecido, ya nada se esperaba de los extranjeros, y empezaba, si no á dar cuidado, á agradar poco ver sus banderas tremolando y sus armas luciendo en la poblacion cabeza de España, sin acertarse con el objeto que allí los tenia, y viéndoselos por su fuerza señores mas que amigos. Estas ideas confusas influian en el recibimiento frio y urbano de que acaba de darse cuenta, en el cual no hubo un viva ni un murmullo de descontento.

Muy otra fué la escena al siguiente dia 24. En él, saliendo Fernando de Aranjuez, hizo su primera entrada de rey en Madrid; sin aparato, sin tropa formada en la carrera, segun costumbre, viniendo el monarca á caballo seguido de sus guardias, y acompañado de la parte de su Real familia que gozaba del afecto popular, su hermano D. Carlos y su tio D. Antonio. En ninguna ocasion reinó un gozo tan vivo, tierno y puro como el manifestado por la poblacion de Madrid en este dia memorable. Poblaban el aire vivas estrepitosos dados como con un frenesí de amor; ondeaban en los balcones y ventanas los pañuelos; mostraban todos los semblantes los vehementes afectos de las almas. Así llegó el monarca á su palacio, sin que en su largo tránsito hasta él desde la puerta de Atocha aflojase un punto la violencia del arrebatado aplauso de que era objeto. Pasado el momento primero, una como lijera nube, que fué pronto creciendo, empezó á turbar la general alegría. Notóse que los recien llegados franceses no habian hecho el menor obsequio al rey su aliado, y que aun daban muestras de no reconocerle con la nueva dignidad de que estaba revestido. Pronto estas sospechas fueron creciendo y adquiriendo grados de certidumbre, averiguándose que los franceses hacian profesion de considerar como rey de España á Carlos IV, y aun con afectacion trataban á Fernando con frio desden hasta punto de desairarle. Entró entonces el meditar en sucesos recien pasados, pero desatendidos; en la ocupacion de las fortalezas españolas con violencia y dolo; en el adelantar de tan numerosos ejércitos por el territorio español sin objeto conocido ó declarado. Con esto se iba trocando en recelo, y pasó en breve á ser odio el afecto con que habian sido recibidos por el pueblo español los soldados franceses.

No se efectuó, sin embargo, en un dia esta mudanza. En los inmediatos á la entrada del rey Fernando en Madrid, apariencias diversas y contrarias causaban la consiguiente diferencia en las opiniones y en la esperanza y el temor, manteniendo los ánimos en perpétua duda. El casamiento del rey nuevo con la princesa imperial de Francia era tenido

aun por cosa segura. No se creia menos cierto la pronta llegada de Napoleon á Madrid, y aun en uno de los últimos dias de marzo aparecieron en una mañana puestas colgaduras en el edificio público de la casa de Correos, señal cierta de que esperaba aquel mismo dia el gobierno á su ilustre huésped, el cual á la misma hora seguia en París, á donde acababa de llegar de Milan, capital de su reino de Italia. En vez de llegar el emperador, llegaron un par de botas suyas y un sombrero de hechura peculiar que por lo comun llevaba; efectos que fueron depositados en el Real Palacio al lado de una cama ya preparada y mullida para su dueño; farsa ridícula y no poco afrentosa al gobierno y pueblo español. Napoleon en tanto ni pensamientos tenia de pasar á España, y aun ya habia formado el proyecto de destronar al nuevo rey, segun iba á hacer con sus padres, y de aparentarse amigo de estos para lograr con mas facilidad su intento. Es fama que resuelto ya á entregar á un príncipe de su familia el cetro español, le ofreció á su hermano Luis, rey de Holanda, el cual poco satisfecho de reinar mal querido por sus súbditos, no quiso pasar á ser aborrecido en otra parte.

El plan que al cabo abrazó el emperador de los franceses fué venir á Bayona, y allí, situado en la frontera de España y Francia, constituirse mediador entre Carlos IV y su hijo, y llamar ante su tribunal de juez árbitro á las partes contendientes, para sentenciar en los puntos de sus desavenencias y dar á su fallo el competente valor y efecto. Para este fin empezaron sus servidores à trabajar en España. En el mismo 23 de marzo mientras entraba Fernando triunfante en Madrid, el general Monthion, jefe del estado mayor del príncipe Murat, pasó en Aranjuez á verse con Carlos IV y á oir sus quejas y duelos y la declaracion de su arrepentimiento por haber hecho una renuncia que, segun afirmaba el rey viejo, le habia sido arrancada á viva fuerza. El general francés aparentó participar de los afectos y pensamiento del monarca destronado, en quien fomentó la idea de extender una solemne protesta contra su renuncia. Hízola Carlos IV de buena gana, instigado á ello por su mujer y tambien cediendo á su propia voluntad, ira y perfidia, y la pasó á manos de Murat que seguia solícito y diligente estos tratos. Mediaba tambien entre el francés y sus padres la destronada reina de Etruria, de escasísimas luces y no buena condicion, inquieta y groseramente traviesa, y á quien animaba la esperanza de que congraciándose con los franceses, cuyo poder era tanto, sobre complacer á su madre, á la cual particularmente amaba, sacaría para sí y sus hijos algun provecho. Murat, al tiempo mismo que así procedia, aunque continuando en su despego con el rey de España, á quien no reconocia por tal, y por lo mismo no podia tratar personalmente, por medio de sus emisarios circulaba la voz de que Napoleon iba á llegar á Madrid, y cuidaba de imbuir á Fernando y á sus consejeros en la idea de que convendría salirle á recibir para con halagos y buenas razones convencerle de la verdad que ignoraba en punto á los sucesos de Aranjuez y otros anteriores que los habian producido, porque solo de tener el emperador equivocadas ideas en punto á las opiniones y conducta del nuevo monarca

español nacia la tardanza ó la repugnancia á reconocerle. Ni el rey en la corte de España, ni aun el pueblo mismo, ignoraban lo que estaba pasando, sabiéndolo los primeros con la mas completa certidumbre, y el último, si no puntual y circunstanciadamente, lo bastante para no tener dudas del peligro que á su monarca y á la nacion amenazaba; pero la corte mas ciega y desatinada en los breves dias de su inquieta y mal segura existencia que lo habia estado la de Carlos IV en su larga, funesta y desacreditada carrera, se portó de un modo que excitó desaprobacion y asombro aun en las personas de entendimiento mas rudo, y por su humilde condicion de mas grosera ignorancia. Viendo que Napoleon le profesaba mala voluntad, se dedicó á aplacar su enojo, cuya causa no adivinaba, y á captarse su benevolencia á fuerza de halagos y concesiones, como si fuese fácil desvanecer una ira cuyo motivo no existe, siendo nacida del deseo de dañar al inocente, ó satisfacer con poco al que para sí lo codicia todo y no se contenta con menos. Así fué que se recomendó al pueblo que tratase bien al ejército francés, como si antes no lo hubiese hecho, y como si el encargo en momentos semejantes pudiese ser atendido, aun viniendo de un gobierno amado. Publicóse que se iba á estrechar mas la alianza preciosa que unia á Francia con España, lo cual equivalia á afirmar que se verificaría el enlace del rey con una princesa de la familia de Bonaparte. Dióse órden á las tropas que antes ocupaban á Oporto y se habian retirado á Galicia de volverse á Portugal. Otro tanto se mandó á las del marqués del Socorro, que en virtud de las últimas órdenes del anterior gobierno se habian situado en Extremadura. De este modo, echando fuera de España las pocas tropas que en ella habia, se facilitaba su sumision. Murmuraba ya el pueblo de estas disposiciones; pero la corte se obstinaba en seguir por el peligroso camino á que se habia lanzado. Quien mas influjo tenia en el ánimo del rey y en cuanto en Palacio se resolvia, era Escoiquiz, que llegado á Madrid el 28 de marzo, empezó desde luego á encaminarlo todo á llevar á efecto el matrimonio de que él habia sido inventor, y el cual como hombre ligero, fátuo y vano, miraba como un grande acierto en política, conveniente y grato no menos que á España al emperador de los franceses. Bien sabia, sin embargo, el presumido é imprudente consejero que, si bien Izquierdo cuando llegó de París con las últimas noticias que consternaron al Príncipe de la Paz y redujéron al gobierno á disponer su retirada á Andalucía y su abandono de España, si trajo entre otras nuevas desagradables la de que se pensaba en un enlace de Fernando, entonces príncipe, con una señora de la familia de Napoleon, no trajo esta última esperanza remota sino junta con terribles ó sospechosísimas condiciones, como eran que hubiesen de ser cedidas al imperio francés las provincias españolas que están entre el rio Ebro y los Pirineos, y que se hubiese de arreglar la sucesion de la corona de España, como si no estuviese esta arreglada ya por las leyes, y aún por haber sido jurado el príncipe de Asturias en las córtes de 1789, y como si la menor alusion á arreglarla de nuevo no indicase gravísimo peligro á quien por toda clase de títulos tenia legítimo y exclusivo derecho á heredar la corona.

Todo esto se ocultaba á los cortesanos, y señaladamente al necio eclesiástico director de los negocios de la corte y del gobierno, ó bien se prometia este último, en fuerza de su superior habilidad, alcanzar á vencer cuantos inconvenientes se presentaban al pacífico reinado de Fernando, persuadiendo al emperador Napoleon á que desistiendo de todos sus planes se contentase con tener al rey de España en su familia, asegurando su alianza de este modo. Las cosas, segun se presentaban en Madrid, no prometian la realizacion de tan halagüeñas esperanzas, pues aunque Murat y los suyos dejaban correr la idea de que se verificaría el anhelado consorcio, con tal que el rey lográse convencer á Napoleon de que no habia subido al trono por un delito, ni le era desafecto y amigo de los ingleses, al mismo tiempo seguian sus tratos con los reyes padres y con la reina de Etruria, mostrándoles buen afecto y consideracion, y al nuevo monarca no solo trataban con despego, sino que, afectando reconocerle solo como á príncipe, desairaban su autoridad y persona á cada paso. Grave ofensa recibia con esto el pundonor español, y mas grave por recaer no solo en su rey, sino en un rey tan querido y de quien se esperaba tanto. No participaba la corte del decoroso orgullo del pueblo, pues al revés pagaba con vituperables obsequios las afrentas que recibia. Así fué que habiendo Murat manifestado al ministro Ceballos que le sería grato, así como al emperador su pariente, tener en su poder la espada de Francisco I, depositada en la Real Armería como trofeo ganado en buena guerra, se le dió gusto, y con tal escándalo, que se hizo la entrega con pompa, solemnizando la humillacion del nombre español aneja á acto tan vergonzoso. Pero á los franceses no bastaba añadir unas humillaciones á otras, pues necesitaban algo mas para hacerse dueños de la Península sin experimentar resistencia. Por eso ponian todo su conato en sacar al rey de Madrid y precipitarle engañado y amedrentado á que se entrase en Francia. Dificil era, sin embargo, conseguirlo, y solo la inexplicable ceguedad de Fernando y sus consejeros podría haber traido el logro de tan temeraria empresa; ceguedad mas singular por no ser completa, pues bien claro veian el peligro cuando corrian á su perdicion. Al principio no hubo de parecer necesario ni conforme al decoro que saliese el rey de Madrid á recibir á su ilustre huésped, y su hermano el infante D. Carlos salió con el encargo de darle la bienvenida, prometiéndose encontrarse con él en Burgos, pues el gobierno español, no mas enterado que el vulgo del estado de las cosas, tambien suponia á Napoleon ó entrado, ó cuando menos próximo á entrar en España. Pero como D. Carlos desde el camino avisase que no tenia noticia del paradero del personaje á quien iba á recibir, y como urgiese á Fernando ser reconocido rey por la Francia, ya se trató de que este mismo saliese de su corte, y se puso á deliberacion entre los ministros y consejeros privados del rey si lo haría, resultando desconformes los pareceres, y señalándose el ministro Ceballos en sustentar no debia el rey apartarse de Madrid hasta tener noticia cierta de la llegada del emperador de los franceses á España, al paso que el omnipotente Escoiquiz sostenia el contrario dictámen, empeñado en hallar la salvacion por el medio de extremarse en la condescen-

dencia. Divididos y confusos los ánimos, nada se resolvia, cuando un personage llegado de París vino á terminar la irresolucion, cambiándola en un arrojo funesto. Era este el general Savary, soldado duro y cruel, hombre astuto y sin ser de grandes alcances, no falto de entendimiento, cuya conciencia no conocia otra ley que la de obedecer ciega y celosamente á su emperador, al cual profesaba un afecto extremado y sumiso, acreditado posteriormente aun en la hora de la mayor desdicha. Savary, ó ya obrase cumpliendo puntualmente con las instrucciones de Napoleon, ó ya en su celo, adivinando la intencion de su señor, de motu propio se esforzase á emplear cualesquiera medios para servirle; no bien llegó á Madrid cuando pidió y consiguió ser recibido en audiencia particular por el rey, y, logrado lo que deseaba, hizo presente á S. M. tratándole ya casi como á soberano que venia de parte del emperador de los franceses á darle el parabien por su advenimiento, y á cerciorarse de si miraba á la Francia con afectos de amistad iguales á los que le habia profesado el rey su padre, pues si así fuese, Napoleon sin hacer alto en lo ocurrido en el Escorial y Aranjuez si no lo necesario para no aparecer cómplice en el destronamiento de Carlos IV, su amigo antiguo y leal, y sin mezclarse mas en los negocios interiores de España, reconocería en Fernando el título con que llevaba la corona española. A esta promesa añadió el general francés asegurar que el emperador su señor estaba próximmo á llegar á Bayona, desde dónde prsaría inmediatamente á Madrid, insinuando y aun aconsejando con empeño que saliese el nuevo rey de España á recibirlo, pues no de otro modo que con este acto de atencion obsequiosa y de amistad podría acreditar su ardiente deseo de apretar á cada momento mas el lazo de la antigua alianza que unia entre sí á españoles y franceses. Además no se trataba de que el rey saliese de su reino, pues lo probable era que ambos soberanos viniesen á encontrarse en Burgos uno con otro. Con tan persuasivas razones, y dando tan lisonjeras esperanzas, no dejaba el astuto emisario de emplear amenazas y de ponderar peligros si no se accedia á sus propuestas. Cedió por fin Fernando medio por miedo, medio por ilusion, sin estar satisfecho de lo que hacia, sin darse razon cabal de á qué ó de á donde iba, pero sin intencion por entonces de salir de España. Esta resolucion de Fernando fué conforme al parecer de casi todos sus consejeros y ministros, cuya torpeza no conoce igual en la historia.

Acompañaba á Savary D. José Martinez de Hervas, que por vivir en Francia y estár emparentado con franceses de nota, estaba informado de la situacion verdadera de los negocios. Este avisó al rey de que le estaba armado un lazo, aconsejándole que no hiciese su viaje, ó á lo menos que le difiriese. No alcanzó tal aviso á persuadir á aquella corte desatentada. Mas cuidado le dió que el mismo Savary pidiese en nombre del emperador que fuese puesto en libertad y en poder de los franceses el preso Godoy, pero ni aun este paso, que por ser en favor de un objeto aborrecido hubo de parecer mas de enemigo, bastó á retraer del funesto viaje, tanto mas, cuanto que el general francés renunció á su solicitud en favor del privado caido y cautivo.

Púsose pues en camino Fernando VII, saliendo de Madrid el 10 de abril, que acertó á ser el primero de la semana santa de aquel año aciago. Con el pretexto de pasar estos mismos dias en ejercicios devotos en el templo de S. Lorenzo del Escorial, salieron los reyes padres de Aranjuez para el lugar últimamente nombrado, donde establecieron un gobierdo oculto rival del verdadero, obrando en estrecha alianzá con el poder francés en España. Veia esto claro el público, y temblaba y se indignaba: tambien lo veia la corte y no acertaba con lo que podria hacer en su resentimiento.

El rey Fernando á su salida dejó nombrada una junta suprema de gobierno, encargándola del de la nacion y componiéndola de sus cuatro ministros, de Guerra, Hacienda, Gracia y Justicia y Marina, de la cual junta era presidente el infante D. Antonio, tio del rey y muy amado de su sobrino, personaje casi estúpido, ignorantísimo, preocupado, temoso, dado á mirar por sí propio y por los suyos, con desprecio de todo respeto ó interés, cruel y rencoroso, y con todas estas faltas querido del pueblo, porque su hermano y cuñada le aborrecian, y tambien por parecer de hombre honrado sus modales y usos toscos por demás y groseros. Tomó el monarca el camino de Burgos y Francia por Somosierra, y á su tránsito y llegada á la capital de Castilla la Vieja, fué recibido con demostraciones de lealtad apasionada. En Burgos no estaba por supuesto Napoleon, ni se sabia allí que hubiese entrado en España, y lo mas singular es que ignorase el gobierno que en aquella hora aun no habia llegado á Bayona. Resolvió pues la corte ir adelante, lo cual no era de extrañar, pues salida de Madrid á recibir á su huesped, y no dando con él, en nada menoscababa ya la dignidad ni comprometia la seguridad del monarca llegar hasta la frontera. Hizo alto sin embargo aquella comitiva en Vitoria, á donde llegó el 14 y cabalmente en la noche de aquel mismo dia fué cuando Napoleon llegó á Bayona. El infante D. Carlos salido asimismo con delantera en busca del emperador de los franceses, é ignorante hasta entonces de su paradero, se habia detenido en Tolosa á corta distancia de la frontera; pero no bien supo estar ya en Bayona el soberano á quien iba á cumplimentar, cuando se entró en Francia á desempeñar la comision que llevaba. Detenido entretanto Fernando en Vitoria, escribió desde allí á Napoleon una carta, de la cual fué portador Savary, y en donde renovaba sus humildes protestas de amistad y sus suplicas de la mano de una princesa de la familia de Bonaparte.

No tardó en volver el general francés con la respuesta, la cual era por cierto singular, tanto, que mal puede concebirse para qué la escribió así Napoleon si todavia contaba con atraer á su lado á Fernando. El emperador francés trataba al rey de España solo como á príncipe erijiéndose en juez de su conducta; le vituperaba sus pasados hechos; en sus cargos mezclaba atroces calumnias con algunas verdades; llevaba el descaro hasta soltar espresiones por donde se ponia en duda su legitimidad y al cabo de tantas injurias daba algunas esperanzas vagas y confusas de que accederia al casamiento tan solicitado. Escoiquiz, sin reparar en el contenido de la carta, solo hizo alto en este último punto, y

dando por supuesto que todo iría á parar en las anheladas bodas, y que lo demás eran desazones nacidas de estar Napoleon mal informado de los pasados sucesos, se creyó seguro de lograr con la superior elocuencia de que se creia dueño, convencer al poderoso soberano de Francia hasta traerle á la razon y allanarle á dejar á España regida por Fernando. No participaban de este modo de pensar muchos de los españoles que en Vitoria estaban, y ni aun el ministro de Estado Ceballos; pero éste, en quien la sumision era costumbre, si se opuso á que el rey siguiese su viaje á Francia, no llevó adelante su oposicion con el vigor ó empeño competente. Otros propusieron medios para salir del apuro en que se estaba, el cual habia por cierto llegado á ser grande, porque la guarnicion francesa de Vitoria habia recibido notable aumento, y aunque se ignoraba que Savary tenia órden de echarse sobre la persona del rey de España y llevársele á Francia custodiado por soldados franceses, algo de ello se temia ó se traslucia. Así, hácia el 18 y 19 de abril, y en la noche que medió del uno al otro dia, los fieles servidores del rey guardaron con celo su persona. Habian acudido allí atraidas por la novedad é importancia de los negocios pendientes muchas personas de superior y aun de mediana nota y cuenta, todas ellas celosas y solícitas viendo claro el peligro de su rey, y resueltas á emplearse en alejarle. Contabase entre éllas el ex-ministro Urquijo, cuyo empeño en salvar a Fernando no cedia al de otro alguno. No obstante estar al rededor los franceses numerosos y vigilantes, con el favor de la poblacion idólatra de su soberano, no era á éste dificil escaparse en secreto. Propusiéronse para ello planes hacederos casi todos, pero Escoiquiz contribuyó á que fuesen desechados. Al cabo, en el mismo dia 19 se preparó el rey á su viaje para Bayona. La plebe de Vitoria y los vecinos pueblos, menos prudente é igualmente leal que los personajes de superior esfera, sin contar con los franceses ni con la oposicion que de ellos se debia esperar, rompió en un motin hijo del amor, y, empeñándose en que el rey no saliese de España, llevó su afectuoso atrevimiento hasta emplear la fuerza para detenerle, cortando los tirantes de las mulas ya enganchadas á los coches de viaje. Reprimióse este tumulto, y, un Real decreto mezclando la severidad con la ternura amenazó con pena de la vida á quien osase detener á S. M., y aseguró al pueblo de que entre este y el emperador de los franceses seguia habiendo la amistad mas cordial y sincera. En el siguiente dia 20 atravesó el monarca español el rio Bidasoa con su comitiva, y entrado ya en tierra extraña no paró hasta Bayona, á donde llegó á las diez de aquella mañana. Nadie se presentó de parte de Napoleon á recibirle. Como si no bastasen este silencio y desaire á declarar el estado de los negocios, los grandes de España, salidos muy de antemano á hacer rendimientos al emperador francés, viniendo á presentarse á su rey en S. Juan de Luz, le manifestaron que todo estaba perdido, pues el mismo Napoleon habia dicho en público el dia antes que los Borbones habian cesado ya de reinar en España. Inútil era á tal hora tan fatal nueva, pero ni aun ella desalentó á Escoiquiz, muy lleno todavía de confianza en que confundiría á Napoleon, argumentando con él de silla á

silla y le persuadiría á hacer lo justo. Dentro de Bayona Fernando, se le presentaron á darle la bienvenida de parte del emperador, el príncipe de Neufchatel Berthier, y Duroc gran mariscal de palacio, que le trataron como á príncipe heredero de la corona española.

Mientras así iban los sucesos en Francia, en Madrid ocurrian algunos secretos y públicos, que aumentaban la inquietud en los ánimos, trasluciéndose mucho de los primeros para aumentar en los segundos la importancia, ya de suyo gravísima. Proseguia Murat en su trato amistoso con los reyes padres y con la reina de Etruria, con grave escándalo del público, y provocando al vulgo á achacar á esta última princesa sobre delitos políticos culpas idénticas á las notorias de su madre. Los franceses todos se esmeraban en mostrarse obsequiosos con Carlos IV. Al mismo tiempo los mas de ellos, movidos de su natural petulancia, se complacian en hacer alarde de despreciar al rey amado de los españoles. La protesta de Carlos IV contra su renuncia empezó á ser sospechada. Sobre ella se seguia una correspondencia entre la reina madre y Murat, que publicada despues ha sido asombro del mundo. Aquella reina y madre, anciana ya, se manifiesta en sus cartas con el ardor propio de la juventud en sus pasiones amorosas y vengativas, y en medio de su ignorancia manifestada en el malísimo francés usado en los mismos escritos, y de las verdaderas necedades y espresiones propias de la gente del vulgo en ellas contenidas, muestra de cuando en cuando rasgos de agudísima malignidad, con los cuales retrata, ya desfigurándolos, ya sacándoles bien la semejanza, á los objetos de su odio, y particularmente á su hijo. Lo que se iba sabiendo de esta correspondencia por sus efectos no era poco en sí, y prometia cosas mas graves. Entre las resultas de los tratos de los franceses con la familia Real antigua, lo que primero fué mas de notar y lo que sobre todo indignó al público fué la libertad al fin dada á Godoy. Antes de salir Fernando de Madrid ya va referido que algo se habia insinuado al gobierno español sobre este negocio, y que no hubo de insistirse en la primera propuesta hecha de paso. Pero Murat estaba acosado por la reina madre, que como frenética clamoreaba por su *pobre Principe de la Paz*, recelando que se le matasen; y como cuadraba con los propósitos de Napoleon congraciarse con los reyes destronados, y emplearlos como instrumentos de la ruina de su dinastía, su cuñado y lugar teniente prometió por escrito y de palabra pedir formalmente que fuese puesto en sus manos el malaventurado cautivo. La junta de gobierno residente en Madrid mal podia acceder á semejante peticion, y tampoco se atrevia á desatenderla, por lo cual juiciosamente remitió el negocio á la resolucion del rey, á la sazon todavía dentro de España. Fernando no tenia inclinacion á dejar libre á su enemigo, y por otro lado deseoso del popular aplauso, y sabedor de que le lograba persiguiendo en la persona aborrecida del público al objeto particular de su odio, se resistia á causar descontento con una generosidad intempestiva y forzada; pero temia, y no sin motivo al poder francés, y así, buscando un término medio, mandó á su ministro de Estado Ceballos responder al gran duque de Berg, que trata-

ría con clemencia al privado de su padre, y, si salia sentenciado á muerte, le perdonaría la vida. No bastaban tan corto favor y evasiva promesa á satisfacer á Murat, el cual insistió de nuevo, entrado ya el rey de España en Francia, en que la junta de gobierno soltase al Príncipe de la Paz, entregándole á las tropas francesas. El nuevo empeño venia ya en tono de órden absoluta, y las cosas habian llegado á punto en que mandamientos de tal autoridad no podian ser desobedecidos. Cedió, pues, la junta al general francés, cuñado de Napoleon, que ya la trataba como amo, y tenia para hacerlo así el derecho de ser superior en fuerza. Hízose la entrega de Godoy con secreto, poniéndole en manos de un coronel francés con escolta competente, que al momento puso al libertado en camino para Bayona con la mayor diligencia. Empezó á susurrarse por Madrid lo ocurrido, dudándolo muchos, afirmándolo pocos. Fuese averiguando lo cierto, y cuando ya no era posible ocultarlo, lo declaró de oficio el gobierno de la junta en una gaceta extraordinaria. La noticia fué en general recibida con melancólico y ceñudo silencio, compartiendo ya otros el aborrecimiento vehemente con que antes era mirado Godoy; no esperándose mas que sinsabores; puesta la atencion en Bayona y en lo que sería del rey y del reino; y por todo esto, sin alteracion inmediata del sosiego público, como si no fuese hora de otra cosa que de atesorar ofensas para desenterrarlas juntas á su tiempo y tomar de ellas la satisfaccion debida.

Así, á todo cuanto pedia el generalísimo francés se prestaba dócil la junta, y aquel sin embargo todavía se quejaba de encontrarla rebelde á sus deseos. En una conferencia que tuvo con el general O-Farril, ministro de la Guerra, llegó á declararle que el emperador de los franceses no reconocia por rey de España á otro que á Carlos IV, y aun le enseñó una como proclama manuscrita de este rey padre, cuyo tenor y estilo declaraba ser obra de franceses, donde el destronado monarca declaraba ser nula su renuncia por haberle sido sacada por el miedo, y que habiéndolo así participado á su amigo el emperador de los franceses, contaba con la ayuda de este soberano para empuñar otra vez el cetro perdido. Singular comunicacion era esta para hecha á una junta de ministros de Fernando, los cuales todo cuanto poder legítimo tenian le habian recibido del nuevo monarca. La junta, pues, sin dar muestras de entereza intempestiva ó de vituperable condescendencia, respetuosamente declaró al príncipe Murat que esperaría hasta recibir de Carlos IV mismo comunicacion del documento de que se trataba, y que recibiéndola la elevaría á conocimiento de Fernando VII, cuyas órdenes esperaría. Como se le hiciese saber al mismo tiempo haber determinado los reyes padres ponerse en camino para Francia, rogó por medio de los franceses al monarca anciano que hiciese su viaje con el mayor secreto posible, para excusar alteraciones ó desabrimientos, añadiendo á ello abstenerse en el camino de ejercer acto alguno de la autoridad soberana. Murat pasó al Escorial á entenderse con los reyes viejos en punto á los particulares de su viaje y proyectos sobre el recobro de la corona. Entonces Carlos IV, desde el mismo Real sitio, envió á su hermano el infan-

te D. Antonio como á presidente de la junta una carta, donde de oficio hacia la declaracion solemne de haber sido forzada, y por lo mismo nula la renuncia de su autoridad real hecha en Aranjuez el 19 de marzo, y de constar esto por protesta, aunque secreta, en forma extendida en el mismo citado dia, añadiendo que en virtud de todo ello, procediendo como rey, interinamente confirmaba á la junta en su autoridad. De este acto envió el rey Cárlos un duplicado á Napoleon, y en seguida se puso en camino para Bayona el 25 de abril, llevando consigo á la reina su consorte y á la hija del Príncipe de la Paz, y por escolta tropas francesas y algunos de los carabineros Reales que le estaban haciendo guardia, y á los cuales miraba con predileccion por ser parte de aquel cuerpo la guardia del privado caido. De notar es que estos soldados, tan mimados por su señor antiguo y por sus soberanos pasados, participaban con todo de los afectos generales de los españoles, y eran todos del rey Fernando con igual entusiasmo que lo demas de las tropas y el pueblo. Todo cuanto pasaba avivaba mas en el público las pasiones de amor á su rey nuevo, y de ódio á sus contrarios, pues ya se veian serlo los franceses, entrados con la capa de amigos. Ni podia esperarse que la furia manifiesta en las miradas y en los gestos no pasase á obras violentas, mayormente porque los franceses con insufrible arrogancia y continuo insulto al parecer, se complacian en provocar á los españoles como haciendo gala del feo papel que su emperador les hacia representar en España. Así todos los dias estaba amenazando un motin, mostrándose los invasores deseosos de que rompiese, para contenerle á viva fuerza y escarmentar á los amotinados y al pueblo todo, partícipe de los pensamientos de que serian ejecutores los mas alentados é imprudentes. En una tarde de los dias últimos de abril, dos franceses con encargo secreto del general de sus tropas, pero obrando como de motú propio, se presentaron en una imprenta con el manuscrito de la proclama de Cárlos IV declarándose otra vez rey, y solicitaron con empeño que el tal escrito sedicioso se pusiese en prensa. Tan insolente atrevimiento, en que dos extranjeros sin empleo alguno pretendian publicar una produccion donde se insultaba al monarca reinante y se disponia del trono de España, por fuerza iba encaminado á causar inmediatamente un alboroto. Poco faltó para que así sucediese, siendo víctimas de él los provocadores; pero á esfuerzos del gobierno se logró aplacar los ánimos, poniendo presos á los dos franceses, que fueron puestos en libertad muy en breve por reclamacion de su general.

Lo que en Madrid, sucedia en otros puntos donde habia tropas francesas, á las cuales manifestaban las poblaciones todas su deseo de venir con ellas á las manos. La junta de gobierno, en la situacion de mayor apuro que cabe imaginar, no acertaba con la conducta que habria de seguir, acosándola por un lado el general extranjero con desmandadas pretensiones é insolentes amenazas, no encontrando por la otra parte apoyo en los consejeros de quienes estaba rodeado el rey, y á los cuales consultaba mientras pudo hacerlo; recibiendo de ellos respuestas vagas y contradictorias, viendo á España inundada de tropas francesas, due-

ñas de sus fortalezas, mientras apenas tenia soldados; y notando en los españoles arrebatados deseos de entrar en una guerra que no tenian recursos para emprender ó seguir sin una casi completa seguridad de quedar al momento vencidos. En ahogos tales la junta se allegó algunas personas mas, tomándolas de los consejos reales y de otros empleados de alta gerarquía, con lo cual aumentó su número y no sus fuerzas, por no ser muy capaces los nuevos agregados de discurrir resoluciones propias para tan críticos momentos. Despachó al rey en secreto comisionados que averiguasen su soberana voluntad sobre si la misma junta podria sustituirse otras personas y trasladarse á punto donde pudiese obrar con mas libertad cuando en Madrid enteramente le faltase la poca que tenia; si habria de darse principio á las hostilidades contra los franceses, y siendo así, cuánto y cómo; si habria de impedirse la entrada de nuevas tropas francesas en España y si sería á propósito juntar las cortes. Agregóse á esta consulta nombrarse una junta, cuya residencia habria de ser en Zaragoza, gobernando desde allí la nacion, cuando ya la de Madrid estuviese del todo supeditada y cautiva. Esta resolucion última belicosa no fué tomada por la junta toda, ni dada al cabo de un modo claro y terminante, porque los mas tenian temor á la guerra, y los consejeros del rey que en Francia estaban á su lado no animaban á briosas determinaciones. Así fué que el ministro de Estado Ceballos desde Bayona en 29 de abril envió á decir á la junta, que en nada variase de conducta en punto á la que hasta entonces se habia seguido con los franceses, pues de un choque con estos se seguirían fatalísimas consecuencias para las personas del rey y de cuantos á su lado estaban. El emisario que trajo este encargo, empleado de alta categoría, vino á anunciar de parte del mismo Fernando que S. M. estaba resuelto á perder la vida antes que consentir en una inicua renuncia de su corona, y que la junta podia contar con esta seguridad y arreglarse á ella en sus resoluciones.

No eran propias estas comunicaciones vagas, y en que, si se prometia animosos hechos, se recomendaba por el pronto la prudencia llevada hasta el punto de ser sumision y timidez, para mover á un hecho de valor temerario á gente irresoluta como la que componia la junta, y puesta además en gravísimo peligro; sin contar con que el del Estado justificaba la excesiva precaucion que sería pusilanimidad si solo de intereses personales se tratase. La situacion de Madrid era en verdad terrible. Dentro de la poblacion y en sus inmediaciones estaban veinte y cinco mil franceses, los cuales ocupaban el Real sitio del Buen Retiro, desde cuyos jardines, palacio y caserío dominaban la ciudad con una inmensa artillería. Las divisiones de Dupont estaban situadas en Aranjuez, Toledo y el Escorial. Contra tan crecidas fuerzas solo podia contarse con la guarnicion de Madrid, compuesta de tres mil hombres que nunca habian visto la guerra, y cuyo estado de instruccion no era sobresaliente. Por su parte la plebe madrileña, y aun mucha parte de las gentes de clase superior, se habian resuelto á un rompimiento, sin tomar en cuenta la superioridad de sus contrarios. Murat, así porque convenia con los inten-

tos del emperador y con los propios suyos mostrarse arrogante para intimidar, como porque gustaba sobremanera de pompas militares, donde lucia su gallarda persona y sus adornos un tanto fantásticos, multiplicaba las revistas de sus tropas, dando con estos espectáculos pábulo á la ira de los españoles. En el dia 1.º de mayo la furia popular contra los soberbios y pérfidos enemigos de España habia llegado al punto mas subido. Al atravesar Murat, con su fastuoso séquito, vistosos arreos y ademan y gesto arrogantes mas que los de otros militares franceses, y de sumo insulto para los españoles, el lugar por lo comun concurrido de la Puerta del Sol, donde desde algunos dias á aquella parte, y en el de que se vá hablando mas que en otros, se habia congregado una turba numerosa con semblantes tristes y feroces, sonó un confuso vocerío de dicterios, á que acompañaban silbidos despreciados por el orgulloso francés que se reservaba la venganza para la hora de llegada, infalible y pronta en que sus contrarios de las palabras viniesen á las obras. Al pasar poco despues por el mismo lugar el infante D. Antonio, fué saludado con aclamaciones frenéticas y de tal naturaleza, que eran nuevo grito de guerra contra el comun enemigo. Presenciaba esta escena la tropa que guarnecia la casa de Correos, privada hasta de cartuchos, cuando veia próxima á romper la guerra entre sus paisanos y los franceses.

Amaneció el fatal y glorioso dia siguiente, poseidos ya los ánimos de la idea de que era imposible estorbar o aun diferir el rompimiento. Dióle principio en efecto una ocurrencia muy propia para excitar la indignacion popular; pero cualquiera otro lance le habria producido, estando preparado todo para la explosion, y abundando las ocasiones en que saltasen chispas para causarla. En el dia anterior habia dispuesto Murat que saliesen para Bayona el infante D. Francisco de Paula y la reina de Etruria á juntarse con los demás de su familia, despojando así el suelo español de la presencia de los Borbones; y la junta, bien á su pesar, habia tenido que obedecer la nueva disposicion del príncipe francés, como habia hecho con las anteriores. En la mañana del dia 2 llegó la hora de la salida. La reina de Etruria, mas odiada á la sazon que otra alguna persona de su familia, fué vista salir con satisfaccion general, como si al alejarse se llevase consigo una de las calamidades que estaban afligiendo á España. El infante D. Francisco tampoco era entonces querido, obrando contra él necias preocupaciones del vulgo, y la circunstancia de ser el hijo predilecto de sus aborrecidos padres; pero su edad de inocencia, ser de la Real familia, de la cual apenas quedaba en España otra persona, y el dolor que manifestó al punto de partir, manifestado con lágrimas y gritos propios de sus pocos años, empeñaron en su favor los afectos del bullicio, que se habia agolpado hácia el Real palacio. Levantóse de súbito un alarido tremendo de pena y furor; sonaron maldiciones contra los franceses, y presentándose en aquel momento un ayudante de campo de Murat á presenciar y acelerar el viaje de las personas reales, sobre él descargó, primero en palabras, y muy en breve en obras, la saña de la muchedumbre con el ímpetu de una pasion repentinamente excitada, y la intensidad de un rencor por algunos dias alimen-

tado. Escapó, sin embargo vivo el ayudante, gracias á la velocidad de su caballo; pero su huida no apaciguó el tumulto, que con la celeridad de un movimiento eléctrico se hizo sentir en Madrid en todos los puntos, así los de mayor concurrencia como los apartados y solitarios. Acudieron a empuñar las armas los madrileños, asiendo las que tenian de cualquiera clase; juntáronse con no menos prontitud los franceses, y comenzaron a hacer uso de su artillería y fusilería contra los amotinados; cayeron en las calles muertos ó heridos muchos oficiales y soldados del ejército invasor, cuando solos y desarmados ó mal armados iban a los lugares a donde su obligacion los llamaba, no permitiendo la rabia que fuese oida la voz de la generosidad ó aun de la justicia, que dicta respetar a los indefensos; embraveciose la pelea en cuanto era posible entre desordenadas cuadrillas y tropas en buen órden, aguerridas y diestras; y tras de hechos insignes de valor individual de varios del furioso paisanaje, siguiose arrollar, dispersar y ahuyentar los franceses a los paisanos no ayudados por las tropas, las cuales por órden juiciosa, aunque entonces desaprobada, permanecieron en sus cuarteles bramando de coraje por no poder tomar parte en aquella lid desigual, donde sin duda habrian quedado vencidas. Solamente en el parque de artillería los oficiales y tropa hicieron causa comun con el pueblo, pues yendo tropas francesas a apoderarse de los canones y pertrechos allí depositados, resistieron los españoles la entrega, y acometidos se defendieron con heroico esfuerzo, cayendo allí gloriosamente muertos el capitan D. Luis Daoiz y su subalterno D. Pedro Velarde, saliendo mortalmente herido un oficial de infantería que se agregó a los defensores de aquel puesto, y pereciendo con estos varios soldados de no inferiores merecimientos, aunque por su situacion de mas oscura fama. No bien empezó la refriega, cuando comenzó la junta a dar providencias para separar a los combatientes. Los ministros de Guerra y Hacienda O-Farril y Azanza se arrojaron a los mayores peligros en lo vivo de la pelea para contener á los franceses, cuya superioridad sobre los españoles prometia a estos ultimos vencimiento y ruina. En seguida pasaron a presentarse al príncipe Murat, que con el mariscal Moncey a su lado se habia situado junto á la puerta de S. Vicente, en la altura llamada Montaña del príncipe Pio, y le prometieron restablecer el público sosiego apaciguando a los paisanos armados, con tal que él mandase a sus tropas desistir de hacer estragos en sus débiles enemigos. Prestóse a ello el general francés, logrado el objeto de su anhelo, y yendo por su órden el general Harispe con los dos ministros españoles al consejo de gobierno, quedó acordado exhortar a la muchedumbre a sosegarse y retirarse, prometiéndole el olvido de lo pasado. Diose órden a las tropas españolas de salir en patrullas juntas con las francesas, yendo en cada una de las que procedieron á pasear las calles soldados de ambas naciones en número igual ó poco menos. Al mismo tiempo oficiales y empleados recorrian la poblacion, predicando la tranquilidad y haciendo presente cuan inútil y dañosa era la resistencia, pero predicando al mismo tiempo la amistad con los franceses; de suerte que si con lo primero hablando el idioma de la razon eran

atendidos, con lo segundo concitaban contra sí ódio, pasando por traidores. Con todo, el tumulto se apaciguó, aunque hubo gente desesperada que hasta muy tarde estuvo blandiendo las armas, ya sin otra esperanza racional que la de saciar su resentimiento. Victoriosos los franceses ocuparon las plazas y calles principales, y en las encrucijadas de mas concurrencia pusieron cañones, á cuyo lado estaban los artilleros con las mechas encendidas. A estas precauciones lícitas de defensa ó encaminadas á impedir con el terror nuevos estragos siguieron actos de inútil é indisculpable crueldad. Empezaron los franceses á detener y prender á muchos de los transeuntes por las calles, y registrándolos en seguida, si les encontraban navajas de las que suelen llevar consigo los españoles de inferior clase, ó aun otro instrumento cortante ó punzante mas inocente, al punto los pasaban por las armas, ejecutando esta injusta crueldad en el patio de la iglesia del Buen Suceso, con lo que violando el sagrado se añadió el sacrilegio á la barbarie é injusticia. Otros no mas culpados fueron presos y llevados ante unos oficiales franceses, que, con el título y formas de comision militar ó consejo de guerra con arreglo á sus propias leyes ó usos no obligatorios para los españoles, sentenciaban en confuso monton á muerte á quienes ante ellos comparecian, llevándose en seguida á ejecucion la sentencia. Fué horrible en Madrid la noche del 2 al 3 de mayo. Sonaban á cada momento descargas, nuncias de la caida de numerosas víctimas, aunque hechas otras veces al aire, solo para aumentar el terror en el vecindario. Ponderábase el número de las víctimas, y la ferocidad de los vencedores. Contábase con verdad, que en algunas casas por haber salido de ellas un tiro ó sospechádose que salia ó abrigádose en su portal los que habian ofendido á los franceses, habian sido por estos pasados á cuchillo cuantos dentro estaban, sin respetar edad ni sexo, y se suponia ser mayor el número de estas desdichas que lo real y efectivo, y aun no haber habido provocacion en casos en que la hubo verdaderamente. El miedo era sumo, pero el rencor no le era inferior, y el proposito de venganza existia en todos los pensamientos; y como los de los españoles todos eran unos con los de los madrileños, bien claro se debia ver que la victoria alcanzada por los franceses en Madrid, en vez de decisiva no pasaba de ser preludio de feroces y porfiadas lides en todos los ámbitos de España.

Tal fué el famoso 2 de mayo funesto para los franceses mas que para los vencidos. Aquellos usaron de su victoria no solo con crueldad sino con indiscrecion extremada. Al dia siguiente al de la tragedia de Madrid apareció fijada en las esquinas de la capital una proclama del gran duque de Berg, generalísimo de los ejércitos franceses, llena de insultantes amenazas á los vencidos, calificándolos de rebeldes y asesinos, y conminándolos con la pena de muerte dada por sentencia de la comision militar si ofendian á los franceses. Esta jurisprudencia militar, propia de tropas acostumbradas á invasiones y conquistas, no era conocida en España, y siendo aprobacion de las atrocidades ejecutadas, renovose el dolor é indignacion por ellas causados. Produjo sin embargo el efecto de

establecer en Madrid el sosiego, sosiego de ira y miedo de aquel que vaticina desventuras. Efectuóse con quietud la salida del infante y reina de Etruria, y fué tras de ellos en breve el infante D. Antonio, dejando la presidencia de la junta de gobierno, y despidiéndose de sus colegas en una carta digna de la historia, por lo desatinada y mal escrita, como muestra de lo que de sí daba el escritor cuyo influjo en sucesos posteriores fué alguno y harto funesto. La vacante presidencia fué ofrecida por la misma junta al gran duque de Berg, el cual la tomó sin cumplimiento, siendo en verdad órden suya secreta obedecida la aparente oferta que aceptaba. Este hecho equivalia á declarar la misma junta destronados á los Borbones. Si hecho tal no merece disculpa en quienes nombrados ministros de Ferdando VII se prestaron á autorizar el traspaso de la autoridad real á un príncipe extranjero, tampoco fué hijo de mera voluntariedad, pues en el momento de tomarse esta determinacion apenas se ignoraba que la corona española habia caido de las sienes de su poseedor y no para pasar á las de otro príncipe de su estirpe, aunque no constase de oficio á quién destinaba Napoleon para reinar en España.

En el dia mismo 20 de abril en que Fernando entró en Bayona, cuando despues de haber ido á visitar á Napoleon estaba de vuelta en su residencia, se encontró con la visita del general Savary, el cual, con increible descaro, despues de haberle traido á su perdicion vino á anunciarle que su emperador habia resuelto irrevocablemente derribar del trono de España á la familia de Borbon para poner en su lugar la de Bonaparte, y que para esto exigia S. M. imperial que el príncipe de Asturias (pues tal y no mas le consideraba) hiciese una renuncia de sus derechos y de los de sus descendientes al cetro que iba á traspasarse en favor de la cabeza de la familia en cuyo beneficio se habia de efectuar el traspaso. Quedóse pasmado el rey de España, aunque bien debería tener previsto aquel suceso final al que habian precedido clarísimos anuncios. Dió pues comision á su ministro de Estado Ceballos y á su consejero Escoiquiz de que entrasen en conferencia con los ministros franceses sobre la inadmisible propuesta que de parte del emperador se le acababa de hacer, imaginando posible suspender ó hacer revocar una determinacion, la cual, una vez anunciada, por su misma atrocidad é insolencia forzosamente habia de ser llevada á efecto. En posteriores manifiestos Ceballos y Escoiquiz, disputándose quién habia tenido menos culpa en aquellos lances ignominiosos, difieren en algunas circunstancias en lo que cuentan, y aunque en veracidad desde luego merece mas concepto el ministro que el intruso canónigo, todavía no es lícito sin datos suficientes tomar por bueno el testimonio de uno de los dos en perjuicio de su contrario. Lo cierto es que estando Ceballos conferenciando con el ministro de negocios extranjeros francés Mr. de Champagny y sustentando la justa causa de su rey contra la inícua pretension de usurparle el trono, si bien sustentándola como podia hacerse en aquellas circunstancias, el emperador Napoleon que desde un aposento interior estaba escuchando lo que pasaba, abriendo de pronto la puerta mandó entrar en su despacho reservado á los ministros francés y español, apellidó á

Ceballos traidor porque era ministro de Fernando despues de haberlo sido de Carlos IV su padre; y al cabo mas amansado acabó por decirle que él tenia una política peculiar suya, y que Ceballos debia abrazar ideas mas liberales, ser menos quisquilloso en el punto de honra, y no sacrificar al particular interés de la estirpe de los Borbones el público de la nacion española. Esto hubo de cortar la conferencia siendo ya imposible avenirse, y pidiendo Napoleon que Fernando encomendase la defensa de su causa á negociador mas dócil.

Tambien Escoiquiz tuvo con Napoleon una conversacion no poco larga de que él mismo ha dado cuenta en un folleto que publicó, no sin mostrarse envanecido del papel que representó en aquella ocurrencia. Siendo lo que dijo Escoiquiz puntualmente lo que refiere en su folleto, por cierto hubo de dar que reir á Napoleon con sus pomposas arengas y solemnes vaciedades de que ningun fruto podia prometerse. Aun el mismo emperador, conociendo lo ridículo de las frases del canónigo las estimó en mas de su debido valor como un esfuerzo del ingenio, atribuyendo sin razon su rareza á singularidades de español, y por otro lado tan firme en el empeño de llevar adelante su atentado que mayor habilidad que la de Escoiquiz ciertamente no habria producido mejor efecto. Napoleon se constituia abogado del rey padre al cual iba á despojar ni mas ni menos que al hijo, y ofrecia á Fernando la corona de Etruria en compensacion de la de España. De los consejeros de Fernando solo Escoiquiz fué capaz de aconsejar que aceptase con infamia este nuevo y humilde trono, del cual tambien sería derribado muy pronto como lo habia sido el príncipe en cuyo favor habia sido creada aquella nueva monarquia italiana. Retiróse Ceballos de la negociacion viendo que con él nada se adelantaba, y fué puesto en su lugar D. Pedro Labrador, diplomatico antiguo y de crédito así como hombre instruido que en sus posteriores años ha desmentido completamente su fama á punto de hacerse objeto casi de burla por su vanidad poco menos que demente y por su falta de tino. No era tampoco este negociador á propósito para seguir el trato pendiente, ni por otra parte habia persona alguna capaz de llevarle á feliz remate cuando por no menos que por todo se contendia. Así tambien cesó Labrador en sus conferencias con Champagny sin haber convenido en la menor cosa. Entonces Napoleon, en quien solia haber rarezas en medio de sus extraordinarios aciertos y conceptos, discurrió hacer la negociacion pendiente una disputa de clérigos, y opuso al fatuo y pomposo Escoiquiz á M. de Pradt arzobispo de Malinas, hombre ingenioso, travieso, superficial, y que pecaba por exceso de agudeza como el cura español por lo contrario. Tampoco de las conferencias de los dos eclesiásticos salió la avenencia apetecida, siendo esta mas dificil de lograr por tener Napoleon el singular empeño de que renunciase Fernando de buena voluntad sus derechos, como si cualquiera renuncia en su situacion no hubiese de ser hija de la fuerza, y como si pegase en quien habia tachado de violenta la de Carlos IV en Aranjuez pretender dar visos de espontánea á una hecha por su hijo cautivo en tierra extranjera á donde habia ido engañado. En medio de todo se esperaba la llegada de los

reyes padres y del resto de la familia real, así para no dejar en España uno solo de sus príncipes antiguos, como porque del ciego rencor de los primeros se esperaba con seguridad que fuesen dócil instrumento del despojo de su hijo, sacrificando hasta el propio derecho por el deseo de vengarse del príncipe y de los españoles.

La llegada de Carlos IV y María Luisa al territorio francés fué en el 30 de abril. Por los franceses fueron tratados como soberanos reinantes, disponiéndolo así el emperador, el cual vino á visitarlos en el dia mismo de su arribo á Bayona. Tambien hubo de acudir Fernando á presencia de su padre, por el cual fué recibido con saña y desprecio. Vino tambien ante sus soberanos antiguos el Príncipe de la Paz, por quien estaba preguntando el rey con indecente y ridículo afan desde el momento de su llegada, y al verle Carlos IV se arrojó á sus brazos con muestras de tan tierno y vehemente afecto que hubieron de causar igual pasmo que risa en todos cuantos presentes estaban. Al siguiente dia comieron los reyes viejos con Napoleon, y, como notasen que faltaba allí su privado, con estúpida grosería insistió el monarca viejo de España en que fuese llamado Godoy á la mesa.

De estas ridiculeces propias para causar el desprecio de quienes las cometian, se pasó á mas sérias y perversas acciones. Puestos de acuerdo Carlos IV y María Luisa con Godoy y Napoleon, mandaron comparecer ante ellos á Fernando, á quien intimó su padre que si al siguiente dia á hora temprana no le tenia ya entregado un acto firmado de su propio puño por el cual otra vez le devolviese la corona sin poner cortapisa ó condicion alguna á su renuncia, haría que el gobierno francés tratase como á emigrados de la misma nacion al príncipe, á sus hermanos y á todas las personas de su comitiva, lo cual equivalia á decir que serían condenados á pena capital por estar en Francia, pena aun no derogada contra los secuaces de los Borbones franceses. Napoleon agregó á esto que se veia obligado á declararse protector de un rey y padre desgraciado contra un hijo rebelde que le habia ofendido cruelmente. Quiso Fernando responder y justificarse ante aquellos jueces, de los cuales el uno era parte apasionada y atrozmente injusta, y el otro incompetente y pérfido; pero su padre imponiéndole silencio con dureza, se soltó á dar voces, asegurando que su hijo habia querido destronarle y asesinarle, y con la acostumbrada tosquedad de sus modales junta con lo malévolo de su condicion, desahogándose en injurias agenas de toda dignidad, hasta se levantó de su asiento con la mano levantada en ademan de ir á abofetear á aquel hijo culpado. A esto la reina correspondió con mas vehementes invectivas y amenazas, llegando su maldad y desatino á punto de pedir al emperador francés que llevase á su hijo á un patíbulo. Dicen los defensores de Napoleon que éste, al ver el dolor del viejo Carlos IV quejándose de las afrentas hechas á sus canas, se conmovió, como si el monarca francés ignorase lo exagerado de aquella queja y el mal motivo de aquel odio. Pero todos confiesan que el arrebatado y diabólico furor de la reina horrorizó al emperador hasta lo sumo, obligándole á retirarse lleno á la par de asombro y repugnancia. No por eso dejó de

favorecer á aquellos desapiadados verdugos contra su víctima, que tambien lo era de él, por pedírselo así la voz de su provecho.

Consternado Fernando de lo ocurrido con sus padres, y temeroso de las consecuencias, así como flexible, por serlo tanto cuanto doble, desde luego, con fecha de 1.º de mayo extendió y envió á su padre una renuncia de la corona, pero no sin condiciones; pues al revés puso las de que el rey Cárlos hubiese de volver á Madrid, acompañándole él, y sirviéndole como el hijo mas respetuoso; la de que se congregasen las córtes del reino, y si este cuerpo, por su magnitud é importancia, daba recelos al monarca, en su lugar una junta compuesta de todos los tribunales y diputados de los reinos, ante los cuales solemnizaría Fernando el acto de su renuncia, poniendo patentes los motivos que á hacerla le movian; la de que el rey Cárlos llevase consigo á España á las personas que con justo motivo se habian granjeado el odio del pueblo español, alusion no embozada á Godoy, y que podia comprender á la reina; y por último, la de que si no quería S. M. volver á su trono y reino, dejase ir allá á su hijo y heredero á gobernar, no como rey, sino en nombre de su padre, y con el título de su lugar-teniente.

Cárlos IV no aceptó estas proposiciones. Para desecharlas escribió á su hijo una carta singular llena de máximas de gobierno, que eran las de Napoleon, y expresada en el mismo estilo de éste, produccion en suma tan agena del modo de producirse de aquel rey viejo é ignorante, así como tan poco castellana, no solo en la diccion, sino en los conceptos y la forma de presentarlos, que la idea de achacarla á quien la firmó era de todo punto disparatada (*). No habia escrúpulos, sin embargo, en cuanto á las impropiedades de aquella tragedia, ó faltaba discernimiento para dar á la hipocresía un barniz que le quitase el carácter de desvergüenza.

No hizo grande resistencia Fernando al nuevo precepto paternal, persuadido de la nulidad de cuanto hiciese, y resuelto por otra parte á mirar por la propia persona en cualesquiera circunstancias, dando ya clara muestra en sus hechos del desprecio de todo interés otro que el suyo particular que distinguió su carácter y posterior reinado. Pero tampoco cedió desde luego, pues figurando atenerse á su determinacion anterior, hizo presente al rey viejo que la exclusion perpétua de los príncipes de su estirpe del trono de España no podia ser llevada á efecto sin expreso consentimiento de todos cuantos tenian ó pudiesen tener derecho á la misma corona, y tampoco sin asentir á ello los reinos juntos en córtes, celebradas en lugar seguro.

(*) En la carta se señalaban las frases siguientes: «Todo debe hacerse para el pueblo y nada por él. No puedo consentir en reunion alguna en junta. Esta nueva sugestion de los hombres sin experiencia que os acompañan.» Era chistoso hacer que Carlos IV se expresase así en apotegmas políticos. Por otro lado, el vos, aunque se usa en España de oficio, no en cartas particulares. Carlos IV escribiendo á su hijo le trataría. El dar la tal carta é firmar al rey padre y publicarla como suya da á entender cuán poco enterado estaba Napoleon de las cosas de España, y de la clase de los personages con quienes trataba!

Así estaban los negocios, cuando en el dia 5 de mayo llegó á Bayona la noticia de lo ocurrido en Madrid en el 2 del mismo mes. En la jurisprudencia de los franceses, y señaladamente en la de Napoleon era acto de rebelion punible el levantamiento de los madrileños en defensa de la honra é independencia de su patria; y cómplices en el delito, y dignos por ello de castigo cuantos de aquella alteracion eran causantes directos ó aun indirectos. A esta doctrina, con sinceridad profesada, daba fuerza la razon de que convenia reducirla á práctica en aquel momento, y por eso el emperador francés se extremó en el enojo y la amenaza, aparentando mas que lo que sentia y pensaba llevar á efecto. Valióse, no obstante, para proseguir en la aplicacion de sus proyectos, de los reyes padres, con quienes tuvo una conferencia en la cual se concertaron las medidas futuras. Otra vez fué llamado Fernando ante sus padres y el soberano que los hospedaba, si bien tratándolos como su señor, y cargado de improperios por Carlos IV achacándole la tragedia de Madrid y sus sangrientas escenas y resultas, y declarándole que sin demora iba á ser puesto en juicio como rebelde á sus soberanos, y trazador de su muerte y de la guerra civil en su patria. Añade el mismo Ceballos que se desmandó Napoleon á punto de decir á su huésped, á quien llamaba príncipe, que le era forzoso elegir entre renunciar la corona ó perder la vida. Atemorizado Fernando en el 6 del mismo mayo, hizo una renuncia del trono pura y sencilla en favor de su padre, y extendida ajustándose á los términos que este le habia prescrito. Ya el dia anterior habian hecho y firmado el rey viejo de España y el emperador de los franceses un pacto, en el cual el primero cedia al segundo la corona de España, sin ponerle otra condicion que la de que conservase la monarquía en su integridad, y mantuviese en ella el culto de la religion católica sin mezcla ni tolerancia de otro alguno. El mariscal Duroc fué el plenipotenciario del gobierno francés en este tratado, y el de Carlos IV fué el Príncipe de la Paz, consistiendo en esta última accion de su vida política su mayor ó su único verdadero delito, del cual sin embargo está legalmente indultado por actos que á todos los delincuentes de igual clase comprenden, sin que á él le excluyan, é indulto de que no goza ni aun para la restitucion de sus propios bienes, con vergonzoso agravio de la voz de la razon y de los preceptos de la justicia.

Quedaban aun otras renuncias que hacer que eran las de Fernando, príncipe de Asturias y heredero del trono, cuyos derechos á él no admitian duda no bien le dejase vacante su padre, y las de los infantes D. Carlos y D. Francisco de Paula sus hermanos y D. Antonio su tio, así como la de los demás en quienes por eventualidad recayese la sucesion fuesen hembras ó varones. Todavía quiso Fernando oponer alguna resistencia, pero la que hizo fué corta y segun es probable solo aparente. Duroc y Escoiquiz arreglaron el modo de llevar á efecto la cesion y traspaso de sus derechos que habia de hacer el príncipe, y la pension que en pago de su condescendencia así como para su preciso sustento habia de percibir en lo sucesivo. Todo ello se estipuló en un tratado en forma, firmado por los plenipotenciarios francés y español sin que el último tu-

viese empacho de autorizar con su nombre acto semejante, para él particularmente de la mayor ignominia. D. Antonio y D. Carlos se adhirieron formalmente al mismo acto por la parte que les correspondia. Nada se dijo del infante D. Francisco de Paula, como si á pesar de su tierna edad no tuviese derechos. Los tres príncipes acompañaron su renuncia con una alocucion á la nacion española aconsejándole obedecer sumisa á la familia de Bonaparte, acto inútil, á no servir para excitar mas enojo, y que fué publicado y circulado sin otro efecto que el de aumentar el escándalo de aquellos sucesos. La reina de Etruria, que tanta parte habia tenido en el despojo de su familia haciendo de agente del gobierno francés, no sacó partido alguno de su criminal manejo, salvo una pobre pension que la dejó en estrechez, á punto de llevarla despues á buscar recursos, comprometiéndose en una estafa, y sujetándose con vergüenza al juicio de los tribunales del pais en que residia.

Entretanto no faltaron á Fernando súbditos fieles y animosos que trazasen planes para sacarle de su cautiverio aun con notable atrevimiento y aventurando en ello la vida; pero los príncipes y los consejeros que mas podian en el ánimo de estos, faltos de vigor de ánimo, á nada se prestaron, prefiriendo un cautiverio exento de peligros á una fuga acompañada de ellos en cantidad y calidad subida. Pronto hubieron de internarse en Francia por órden del emperador su soberano. En el 10 de mayo Carlos IV y María Luisa con sus hijos, la reina de Etruria y el infante D. Francisco y sus nietos nacidos de la primera, llevando consigo á su fiel Príncipe de la Paz, salieron para Fontainebleau, y de allí pasaron en breve á Cosapiegne. Al siguiente dia 11 se puso asimismo en camino Fernando con los infantes D. Cárlos y D. Antonio, para ir á Valençey, posesion del príncipe de Talleyrand, que les habia sido señalada por lugar de residencia.

No obstante, como bien era de presumir, Fernando solo habia procedido forzado, y sometiéndose en la apariencia meramente. El 4 de mayo habiendo recibido las consultas de la junta de gobierno de Madrid, de que poco antes va hecha mencion en esta historia, las habia tomado en consideracion, y expedido al siguiente dia 5 con todo sigilo dos reales decretos de la mayor gravedad é importancia. El primero todo escrito de la real mano iba dirijido á la junta, y le decia que, no estando libre y siéndole imposible dar disposicion alguna, la revestia de los poderes mas amplios para ejercer la autoridad soberana, á fin de que empezasen las hostilidades contra los franceses, no bien saliese S. M. de Bayona para internarse en el pais en que estaba cautivo. El segundo decreto iba dirijido al consejo Real ó á cualquiera chancillería ó audiencias del reino, y expresaba que, falto el rey de libertad para obrar por sí, declaraba su voluntad de que se juntasen las córtes del reino en el lugar donde su celebracion pareciese mas segura y oportuna, y que atendiesen desde luego únicamente á buscar los medios y recursos necesarios para sustentar la independencia de la nacion, quedando juntas y permanentes para proveer á lo que diesen de sí las circunstancias.

La junta para quien era el primer decreto de los citados ya no exis-

tia, ó, por decirlo con mas propiedad, mudada su situacion, ya era instrumento del usurpador, aun cuando no lo fuese voluntario. Al acto de haber reconocido por su presidente al príncipe Murat habia seguido prestar obediencia y dar cumplimiento á un decreto de Cárlos IV nombrando su lugarteniente en España al mismo príncipe extranjero. Separada ya de la lealtad al rey, á quien debia su orijen, siguió en la fatal carrera que habia emprendido, reconociendo todas las órdenes que le venian de Bayona sobre los sucesivos traspasos del cetro español, y obedeciendo á los reyes que en rápida sucesion pretendian serlo de España, sin reparar en si lo que salia de una tierra extranjera y de personas constituidas en indudable cautiverio era válido ó nulo. Así, al llegar el decreto reservado del rey Fernando de fecha de 5 de mayo, no hizo alto en él, y, siguiendo el órden de los tiempos, solo notó que las renuncias eran posteriores, y que á ellas venia aneja una órden de obedecer á los nuevos soberanos. La aparente incapacidad en que estaba la nacion española de defenderse de un enemigo poderoso, y que además estaba enseñoreado de las principales fortalezas de la capital y aun de gran parte de la superficie de España, hubo de pesar en el ánimo de los miembros de aquel cuerpo mas que otras consideraciones, siendo tambien natural que les causase resentimiento y desprecio la conducta de los acompañantes y consejeros del soberano, y aun la de este mismo. Otros argumentos empleados en defensa de su conducta carecen de valor, pues, si no podian resistir, debian haber cesado de obrar en apoyo de la usurpacion, siendo lo mas favorable que de ellos puede afirmarse, que desatendieron las reglas de la ríjida justicia buscando lo que estimaban pública conveniencia. Fieles ya á la nueva obligacion que habian contraido, determinaron allanar el camino á la nueva dinastía, para que se sentase en el trono sin tropiezo ni cuidado. Así tiraron á que cesase todo preparativo de guerra, y no tuviese efecto providencia alguna encaminada á dar á España un gobierno otro que el que se le señalase desde Bayona.

Napoleon, como si cupiesen términos medios entre imponer á un pueblo su yugo ó dejarle su independencia, ó como si admitiese paliativos el acto de perfidia y violencia que acababa de cometer, pretendió, aunque resuelto á ceñir con la corona de España las sienes de su hermano José, á la sazon rey de Nápoles, que este viniese á reinar en clase de pedido para rey por los mismos españoles; ridículo empeño de entendimiento tan superior que procuraba dorar á los ojos de todos, y aun quizá en algun grado á los suyos propios, la calidad y enormidad de su culpa. Así con fecha de 8 de mayo, titulándose ya rey, en virtud de la cesion hecha en su favor, envió á Murat órden de que exijiese á la junta de gobierno y al consejo real, llamado vulgarmente de Castilla, una declaracion expresando cuál de los individuos de su familia preferían para rey de España. El consejo, adicto á Fernando, cauto por demas, y deseoso de resistir y de hacer su resistencia lo menos peligrosa posible, así como de llevarla adelante por los enmarañados medios de las prácticas legales, respondió poniendo en duda la lejitimidad de las renuncias de los reyes anteriores, y pretendiendo con mas razon que á él, mero tribu-

nal conservador de las leyes, no tocaba dar su voto para adjudicar el cetro de España. Pero como esta respuesta fuese demasiado clara y valiente, y como á consecuencia de haberla dado fuesen los consejeros llamados á palacio, no sin visos de correr leve ó grave peligro, se desistió del primer empeño, y el mismo cuerpo, en nueva consulta hecha al dia siguiente que la anterior, despues de dejar á salvo el derecho de la familia de los Borbones de un modo que importaba poco al usurpador de la corona, declaró que, vista la situacion de las cosas y la propuesta que se la hacia, estimaba conveniente, supuesto que el emperador estaba resuelto á sentar en el trono español á uno de su familia, que la eleccion recayese en el rey de Nápoles. Acompañó á esta respuesta escribir el mismo cuerpo como tal una carta al emperador Napoleon. La junta de gobierno mas dócil y aun ya celosa en el servicio de la nueva dinastía, expresó que, segun le era mandado, deseaba á José por soberano. Otro tanto dijo el ayuntamiento de Madrid, cuyo voto fué solicitado igualmente. Actos tales, fuesen hechos con buena voluntad ó con repugnancia, adolecian de evidente nulidad, estando en medio del ejército francés las personas de quienes salian, y habiendo precedido poco antes el suceso del 2 de mayo.

Tenaz Napoleon en su empeño de conciliar extremos incompatibles, dando á su usurpacion el aspecto de expresion de la voluntad de los españoles, y al gobierno dependiente que iba á dar á España visos de un sistema de libertad, dispuso que se juntasen en Bayona varios españoles de nota con carácter de diputados de varios cuerpos y pueblos, los cuales hubiesen de formar un congreso á modo de córtes, que dando la aprobacion nacional al acto de traspaso de la corona, hiciese al mismo tiempo ciertas leyes destinadas á regenerar y dar en lo futuro prosperidad á la nacion española. El decreto de convocacion de esta singular junta salió á luz en la Gaceta de Madrid de 24 de mayo, dándole el gran duque de Berg, lugar teniente general del reino, de acuerdo con la junta de gobierno, y nombrando él mismo á algunos de los que habian de representar el papel de diputados, al paso que dejaba que otros fuesen nombrados por varios cuerpos y por las ciudades de voto en córtes. Así iba á congregarse y á abrir sus sesiones en Bayona el 15 de junio un cuerpo de incierto nombre y carácter, compuesto de ciento y cincuenta miembros de varias especies, grandes de España, títulos y otros nobles, empleados de superiores categorías, obispos, generales de órdenes religiosas, comerciantes de la mas alta esfera en su profesion, doctores representantes de las universidades, oficiales del ejército y de la marina, consejeros y aun inquisidores á nombre de su tribunal, cuerpo que habia de ser considerado como representacion de la monarquía española, y en el cual para no dejar sin papel ni voz á América, habia de haber diputados por los vastos imperios dependientes de la corona de España en aquellas apartadas regiones. Que las resoluciones de cuerpo semejante tuviesen fuerza alguna legal, era imposible; que la tuviesen moral en mas ó menos grado habia de depender de las circunstancias. Verdad es que Napoleon antes habia dado ejemplos de juntas de especie igual, las cuales dentro de Francia trataban los negocios de su patria propia, sin tener para ha-

cerlos otra facultad que la comunicada por el nombramiento de un dominador extranjero; habiendo sucedido así con los italianos en la consulta celebrada en Leon en 1802, y con los suizos en la mediacion ejercida en París poco despues. Pero en el caso primero la casi general apasionada adhesion de Italia al general Bonaparte habia hecho que acompañase á la farsa inútil de la consulta la sólida aprobacion del pueblo, para quien en ella fueron compaginadas una forma de gobierno y leyes, y en el segundo la acalorada amistad de una parcialidad suiza y la sumision de la contraria produjeron casi el mismo efecto. Suplió, pues, en ambos casos al inútil engañoso alarde de legalidad la aquiescencia de los pueblos, lo cual no sucedia en 1808 respecto al de España. Miró de pronto y mal Napoleon la situacion de los ánimos en la Península, ofuscándole la vista su orgullo y ambicion impaciente. El rey Fernando era adorado, precisamente porque la adoracion aun no tenia causa que la motivase, estando fundada en ilusiones halagüeñas todos aunque desconformes. Los actos de su breve reinado, aunque muy vituperables y propios para acarrearle descrédito, habian sido poco notados; su peligro y desdicha empeñaban en su favor los mejores afectos; y por las feas artes usadas para prenderle su causa era una misma con la de la honra é independencia de España. El 2 de mayo daba de ello un testimonio, y quien quiera que echase una mirada á la situacion de la Península vería lo que en ella se mostraba sin rebozo y aun con insolencia, á saber: que no habia una poblacion sola agena de un deseo ardiente de imitar á los madrileños y de vengarlos. Así la junta de Bayona no podia tener fuerza moral, como no la tenia legal, y solo serviría de hacer odiosos á quienes á ella concurriesen, á no ser que con hechos posteriores en favor de la causa nacional contraria se librasen de la mancha que con su asistencia hubiesen echado sobre su personal concepto. Así fué que al nombrar la junta de Madrid á los que habian de concurrir á la de Bayona, se encontró con que de los nombrados casi todos ó se excusaban de aceptar el nombramiento, ó le miraban como una calamidad grave. El bailío D. Antonio Valdés, ministro de marina en el reinado de Cárlos III y en parte del de Cárlos IV, se escapó de Búrgos, donde residia, para no ser compelido á ir á Bayona. El marqués de Astorga, conde de Altamira, notable solo por su ilustre cuna y riqueza, vino á hacer lo mismo. El obispo de Orense convidado á ir se negó en una carta algo pedante y verbosa y no poco atrevida, en que se arrojaba á culpar lo hecho en Bayona contra la dinastía destronada. El ministro de Hacienda Azanza, hombre de honradez, ilustracion y bondad, digno de mejor fortuna, comprometido ya en la causa de Napoleon, pasó á presentársele en Bayona, y á darle cuenta del estado de las rentas públicas de España, y llegado allí y bien recibido, tuvo órden de detenerse y de presidir la junta magna ó córtes, cuya celebracion estaba cercana. Llevó consigo al tesorero general D. Vicente Alcalá Galiano, que fué como cautivo llevado á padecer el rigor de tan dura condicion, y á su llegada quedó convertido en diputado de la junta, en la cual de nadie podia ser considerado representante, no siéndolo ni siquiera de su voluntad propia. En el mis-

mo caso estaban otros muchos. En los dias primeros de junio solo treinta diputados habia presentes de los ciento y cincuenta que se esperaban. Apelóse al arbitrio de convertir en diputados á todos los españoles de mediana nota por su calidad ó destinos, á quienes fué posible echar mano, como es costumbre llevar forzados á los transeuntes por las calles á apagar el fuego que prende en algun edificio. El 6 de junio Napoleon expidió un decreto traspasando la corona de España, que tenia en su poder como un depósito, á la frente de su hermano José, y proclamándole desde luego. El titulado rey habia venido de Nápoles llamado por su hermano con la mayor precipitacion, y acudia al llamamiento de muy mala voluntad, hallándose contento en su trono antiguo, pacífico aunque de corto lustre, y previendo que en el nuevo habia de experimentar grandes sinsabores. No bien llegó á Bayona, cuando sin dejarle descansar ni aun tomar alimento, se le obligó á recibir á su presencia á los españoles que allí estaban, los cuales vinieron forzados casi todos á hacerle pleito homenaje como á su soberano. Doblegóse á ello el duque del Infantado; siendo mas de vituperar que otros, porque relaciones particulares le ligaban con el destronado Fernando, y aun tenia sobre sí la responsabilidad de no haber disuadido de aquel malhadado viaje al monarca, de cuya confianza participaba con Escoiquiz. Otros le imitaron en la docilidad, con menos si bien con alguna culpa. Desde luego los pocos diputados que ya se hallaban en Bayona así de los voluntarios como de los forzados, y tanto de los venidos á serlo cuanto de los convertidos en tales de repente se dividieron en cuatro tandas, de grandes de España la primera; de consejeros de Castilla la segunda; de consejeros de los supremos de Hacienda, Indias y la Inquisicion todos juntos en una la tercera, y, finalmente, la cuarta de militares. Cada cual de ellas por separado hizo su reverente discurso de parabien por su advenimiento al rey nuevo, pero pasándole antes á ser visto y aprobado por el emperador, para que la voluntad de éste *confirmase* lo que *debia desear* la nacion española. El duque del Infantado encargado de hablar en nombre de la grandeza, no obstante su debilidad, se aventuró á expresarse como sigue: «Las leyes de España no consienten que ofrezcamos otra cosa á V. M., y esperamos á que pronuncie su fallo la nacion, y nos autorice á manifestar con mas franqueza y vigor nuestros pensamientos.» El emperador, indignado de esta falta de sumision á su voluntad, desahogó su ira contra el duque del Infantado en improperios y términos de desprecio no sin mezcla de amenaza. Corrigieron los grandes su discurso hasta dejarle á gusto de su nuevo señor tan imperioso, y declarando ya en el documento enmendado sin equívocas frases que reconocian por rey á José Napoleon, leyó su obra en nombre de todos el ministro Azanza, á pesar de que, no siendo grande, no le correspondia hacerlo. Siguieron las demas arengas todas de ruin é hiperbólica lisonja. José al momento tomó el título de rey de las Españas y de las Indias, prestando algun motivo á burlas esta parte segunda de sus dictados, porque no era de creer que extendiese su dominacion á la España ultramarina. Confirmó en la lugar tenencia del reino á Murat, el cual, sabiendo que acababa de ser promo-

vido al trono vacante de Nápoles, no quiso detenerse mucho en Madrid, donde sabia que era aborrecido; contribuyendo ademas á acelerar su pantida hallarse muy molestado de cólicos agudos y consecutivos, dolencia muy comun en la capital de España. Procedióse á la apertura del congreso, al cual tocaba hacer una constitucion así como inaugurar un reinado, confirmando en el poseedor del trono el derecho por que á él habia subido. Mientras estaban ocupados en estas tareas, el pueblo español, con el cual no se contaba para darle rey ni constituirle, habia empezado á dar muestra de sí con una resolucion unánime de heróico atrevimiento.

No habia llegado José al lugar donde tomó el título de rey de España, cuando los que iba él á llamar súbditos, se le habian declarado animosos enemigos. Las renuncias de Bayona, que habian parecido con razon á los españoles un acto nulo producido por la coaccion, la perfidia y la violencia de Napoleon con el monarca y con el pueblo, por los cuales habia sido mirado como amigo, tenian estimuladas las pasiones vengativas hasta el mas subido punto; lo proyectado en Bayona respecto á la regeneracion de España sonaba como una farsa odiosa; y acordes casi todos los pensamientos, si se demoraba alzar un clamor de guerra, era por temer la gente cuerda de lid tan desigual las consecuencias mas fatales y á la postre el vencimiento seguido de mas dura servidumbre. La noticia del 2 de mayo difundida por toda España habia causado un efecto prodigioso de horror y rabia. El parte de este suceso dado por un alcalde de Móstoles, lugar vecino á Madrid, era leido con ansia. Ponderábase mas que lo justo el valor de los madrileños y la crueldad de los franceses, suponiéndose entre el vulgo que solo por traicion del gobierno no tomó la plebe de la capital consiguiente venganza de los malvados enemigos. A esto siguió saberse los sucesos de Bayona, y de tal manera que las culpas y los yerros de Fernando desaparecian, ofuscada la vista con tenerla clavada en la iniquidad de Napoleon. En la situacion en que estaban los franceses en la Península, en la falta absoluta de toda clase de recursos en que se veia España, resistir al yugo que se le iba á imponer, era temeraria y aun descabellada empresa; y sin embargo, la voz popular decia que era forzoso acometerla, y aun gran parte de la gente juiciosa y entendida accedia á ello. Asturias fué la que de las palabras y amenazas y esperanzas de resistencia pasó primero á las obras. Estaba por casualidad congregada á la sazon la junta del principado, reliquia venerable de instituciones antiguas y á modo de cuerpo municipal, cuyo escaso poder le daba corta importancia en tiempos ordinarios, pero que en los extraordinarios que iban corriendo dió al público anhelo una cosa que le faltaba para medio de satisfacerse, á saber: un cuerpo ya formado que pudiese convertirse en gobierno con mas ó menos violencia. No hubo menester emplearla material para encargar á aquella junta del nuevo gran papel que iban á darle las circunstancias, las cuales crearon autoridades iguales en diversos puntos de España sin prévio concierto. Vencedores los franceses en el 2 de mayo en Madrid y dueños del gobierno de resultas, la junta su servidora envió á todas las pro-

vincias aviso de lo ocurrido en la capital, órdenes de impedir todo alboroto, y con notable desacuerdo é ignorancia del estado de los ánimos, copia del edicto publicado por Murat el dia 3 para que en todas partes se publicase, lo cual era poner á los ojos de los españoles lo que como atrocidad y afrenta mas lastimaba su orgullo y patriotismo. Los empleados dependientes del gobierno se prepararon á dar cumplimiento á los preceptos de sus superiores; pero noticioso de ello el pueblo, juntándose en corrillos y cuadrillas comenzó á gritar viva Fernando VII, y acogiendo la junta con fervor la exclamacion, tomándose la autoridad gubernativa resolvió que fuesen desobedecidas las órdenes del príncipe extranjero titulado lugarteniente del reino de España. El marqués de Santa Cruz de Marcenudo, coronel anciano, declaró que estaba pronto á tomar las armas contra Napoleon, y la junta poco despues trocando sus tres galones en otros tantos bordados, le nombró capitan general de ejército. D. Alvaro Florez Estrada, procurador general del principado, hombre instruido y cuyas doctrinas políticas eran de las llamadas liberales, fué de los mas activos y celosos en promover el levantamiento, que se supone por los franceses y sus amigos haber sido hijo del mas ciego fanatismo, y encaminado á sustentar la causa de la tiranía civil y religiosa y de los privilegios aristocráticos contra la del progreso de la ilustracion y de la mejora de las leyes. Seguia la conmocion, pero sin tomar otra forma todavía que la de desobedencia, y sin prepararse á una guerra activa é inmediata, cuando se supo que el gobierno de Madrid habia destinado tropas á que viniesen á apaciguar aquel alboroto. Con esto creció el ardor en los fautores del levantamiento patriótico y en el paisanage la furia, acudiendo la gente campesina á Oviedo á acalorar la empresa comenzada. El 25 de mayo la junta provincial, ya convertida en soberana, obró como era consiguiente al estado á que habia venido con temeridad increible. Declaró la guerra á Napoleon, como queriendo remedar lo que se creia de Pelayo en que desde un rincon de España pequeño y escondido entre montes saliese un reto al imperio mas poderoso de la tierra, cabalmente cuando con mayor ímpetu y mas próspera suerte iba en la carrera de sus conquistas. Empezóse á juntar gente, á ordenarla en forma de ejército, á ocupar los establecimientos públicos y valerse de ellos. Los pocos soldados que cerca habia se juntaron con los levantados poniéndose al servicio del gobierno de la junta asturiana. Imitaron su ejemplo otros cuerpos enviados por el gobierno de Madrid contra los sublevados. Uno de los medios empleados por Murat y sus satélites para desvanecer aquella tormenta no les salió mejor. Consistió este arbitrio en diputar un crecido número de personas de consideracion por sus altos empleos ó fama que fuesen por las varias provincias á guisa de misioneros predicando la necesidad de someterse á los franceses, cuyo poder encarecian, y prometiendo á España todo linaje de prosperidades, si la regia la estirpe de Napoleon, bajo el amparo de este varon sin par en la historia. Los misioneros diputados á Asturias fueron el conde del Pinar, magistrado antiguo del consejo real, de buen talento, de ideas rancias, de bastante saber aunque de pésimas doctrinas, de ilustre familia

de Asturias y de condicion tan desapacible é índole tan tirana, que ni aun haber sido perseguido por el Príncipe de la Paz, le habia granjeado el favor público, cuando la enemistad del privado era el mejor título de recomendacion para la preocupada muchedumbre, y D. Juan Melendez Valdés, célebre como poeta, de natural por demas suave y amable y de debilidad suma, no mal conceptuado á pesar de algunas lisonjas al valido de Cárlos IV, y en quien la amistad que le unia con Jovellanos era un mérito para España, y muy particularmente para la provincia á donde iba á desempeñar su comision desabrida. Fueron recibidos los predicadores políticos como era de esperar, y no solo desatendidos sino presos y maltratados estuvieron á pique de perder la vida, salvándose solo de su inminente peligro por la proteccion que les dispensaron algunos personajes principales de la provincia y por la docilidad de los naturales. Este incidente fué un motivo mas de empeñar en la resistencia á los que se habian declarado resueltos á llevarla adelante. La junta de Oviedo en calidad de potencia soberana, enemiga de Francia, se arrojó tambien á entablar negociaciones con Inglaterra. Para el intento diputó á Lóndres á dos sugetos ambos de mérito sobresaliente, el uno D. Andres Angel de la Vega Infanzon, hombre instruido y entero, señalado despues como diputado á córtes y arrebatado por una muerte temprana, y un mozo de poco mas de veinte años aventajado sobremanera en talento é instruccion y de las primeras familias asturianas, á la sazon vizconde de Matarrosa y poco despues por muerte de su padre conde de Toreno, á quien vino á tocar hacer uno de los primeros papeles en los anales de la España moderna, y hermanar con esto la gloria de elocuente historiador de la guerra hecha en sustento de la independencia española contra el poder francés; títulos varios por los cuales se ha granjeado un puesto eminente entre los personajes que en varias edades han ilustrado á su patria. Estos comisionados no tenian poca dificultad para pasar á su destino, hallándose España en guerra con la Gran Bretaña, cortada la comunicacion entre ambos paises, y no siendo los mares vecinos á la costa de Asturias frecuentados ni aun por cruceros. Sin embargo, se halló á mano un corsario que los tomó á su bordo, embarcados en el cual, aportaron á Falmouth el 6 de junio, encaminándose desde allí con celeridad á Lóndres. Su llegada hizo en Inglaterra un efecto prodigioso. Dudó al principio el gobierno si trataría con los enviados de un levantamiento de una provincia pequeña contra el poder gigante, vencedor y opresor de toda Europa, al cual la Península española estaba asimismo sujeta en aquel momento. Discordaron los pareceres, y prevaleció el del ministro de negocios extranjeros Mr. Canning, el de mas influjo en aquel ministerio inglés aunque no fuese su cabeza. Trató al fin este hombre ilustre con los diputados de la junta de Asturias, y les prometió socorros para sustentar la empresa acometida por sus compatriotas que allí los enviaban. No se perdió tiempo en enviar á los asturianos socorros de víveres, municiones, armas y vestuario. Salieron para allí dos oficiales ingleses, siendo uno de ellos el coronel sir Tomás Dyer, señalado despues como amigo y munífico amparador de los españoles en los dias de

su desventura. A esto se agregó ser festejados los embajadores de la junta por todo el pueblo británico con tan cordial agasajo y apasionada admiracion, que rayaban en frenesí, como si adivinase el entusiasmo inglés en aquel poder pequeño recien levantado el oríjen de una resistencia victoriosa al formidable comun enemigo y de un increible aumento de poderío y lauros para la Gran Bretaña. Muy en breve posteriores sucesos vinieron á justificar esperanzas, que en su principio estribaban al parecer en debilísimos cimientos. Llegó en efecto dentro de pocos dias á Lóndres D. Francisco Sangro, enviado de una junta que se habia formado en Galicia, trayendo las alegres nuevas del alzamiento jeneral de aquella provincia populosa contra los franceses, y de que en todas las partes de España se iba enarbolando la bandera de la independencia y rompiendo en guerra contra los invasores.

En la Coruña, al saberse los sucesos de Madrid y Bayona, empezó como en otras partes á manifestarse inquietud é ira en el pueblo. Las autoridades militar y política trataron de sosegar los espíritus y de mantener el órden y sumision, pero con tan poco fruto como en otras partes. El capitan general de la provincia, D. Antonio Filangieri, hermano del ilustre autor de la ciencia de la lejislacion, viéndose abandonado por la tropa de su mando que, participando de los pensamientos y afectos del pueblo, se mostró resuelta á hacer con él causa comun, hubo de consentir en la formacion de una junta; acto ya de desobediencia, y segun el lenguaje de los franceses y de sus servidores de rebelion, que por fuerza habia de llevar á consecuencias extremadas, aunque en su principio fuese consentido por algunos como mero paliativo y modo de ganar tiempo. Entraron en la junta los empleados superiores de la provincia y representantes de diferentes cuerpos y clases así del órden civil como del relijioso. Diéronse providencias de sumo vigor y actividad para emprender la guerra. Dispúsose tambien convocar junta nueva, componiendo ésta por eleccion hecha en los diferentes distritos de Galicia. Salieron comisionados á recorrer aquel dilatado y espacioso reino, á excitar en él ardor patriótico á favor de la causa nacional ó, para decirlo con propiedad, á avivar y dirijir bien el que ya existia, y á preparar y poner en buen órden medios de armamento y defensa, siendo obedecidos así como la junta, en cuyo nombre hablaban y procedian, no solamente con sumision sino tambien con celo y entusiasmo. Unicamente en el Ferrol dieron que temer alguna resistencia al deseo popular los que allí mandaban, señaladamente los generales de marina, pero cedieron á la unánime manifestacion de soldados y pueblo en favor de la guerra.

Formóse con rapidez un ejército en Galicia, sirviéndole de nucleo las fuerzas un tanto numerosas que habia en aquel reino, y otra parte de las mismas que, estando todavía en Portugal ocupando á Oporto, acudieron veloces á juntarse con sus compatriotas. En los cuadros de los rejimientos antiguos entraron reclutas numerosos, dándolos, como solia, la crecida poblacion gallega. Empuñaron las armas los estudiantes de las universidades, y la de Santiago dió jente y nombre á un rejimiento, que tomó el singular dictado de literario. Con esto llegó á ascender á cerca de

cuarenta mil hombres aquel ejército, fuerza de mediana calidad compuesta de algunos soldados y oficiales viejos, pero faltos de buena instruccion y experiencia en las operaciones militares, y de no poca gente visoña, y en la cual suplian el valor y entusiasmo patriótico la falta de otros requisitos, aunque sin alcanzar á suplirla completamente.

Congregada la nueva junta, que formaban representantes elejidos por siete de las principales ciudades cabezas de partido del reino de Galicia, fué á establecerse á la Coruña, donde se tituló junta soberana. Agregósele el obispo de Orense, famoso por su carta á Murat resistiéndose ir á Bayona, así como por varios hechos de su vida anterior; varon de suma piedad, de algun saber y talento, y de no poca presuncion y terquedad, desobediente á la autoridad civil en sus competencias con la política, y á la par que temoso, lijero. Tambien llamó á ser de su gremio á un presbítero llamado D. Andrés García, cuya principal recomendacion consistia en haber sido confesor de la difunta princesa de Asturias, tan amada de su esposo Fernando y tambien de todos los españoles. En Galicia, donde el clero, siendo en proporcion mas numeroso que en lo demas de España, y estando desparramado en parroquias rurales, tiene mas influjo sobre los habitantes por estar con ellos en mas constante roce, no tuvieron sin embargo los curas la parte principal en el levantamiento, pues si á él concurrieron como las demas clases con ardiente celo, fué dando ayuda á los militares, en quienes tuvo su primer oríjen. El levantamiento galiego, aunque no fué acompañado de grandes excesos, no quedó como el de Asturias sin mancharse con sangre. El capitan general Filangieri opuesto al principio á la guerra por no ver medios de hacerla con ventaja, y puesto despues al frente de la junta, empezó á dar juiciosas disposiciones para la defensa de la provincia; pero sospechado de querer impedir la prosecucion de las hostilidades con vigor, segun pedian la ignorancia é impetuosidad del vulgo y de la soldadesca, fué asesinado bárbaramente por sus propias tropas. Galicia recibió auxilios de Inglaterra igualmente que Asturias. Para examinar el estado de los negocios y atender al buen empleo de los socorros enviados de la Gran Bretaña, llegó á la Coruña el diplomático Cárlos Stuart, despues Lord Stuart de Rothsay, cuya venida infundió al público grandes esperanzas.

En Santander, donde como en las demas partes reinaba desasosiego y disgusto, se aceleró el movimiento popular por amenazas que desde Búrgos envió el mariscal Bessieres, rompiendo un alboroto en el 26 de mayo. A imitacion de lo que se hacia en las demas partes de España, sin haberse concertado para ello, fué nombrada una junta compuesta de los señores del ayuntamiento y de los personajes de mas nota en la provincia, los cuales eligieron por presidente á su obispo. Era este prelado uno de los entes mas singulares que encontrarse pueden, piadoso, de algunas letras, de pésimos estudios, violento, hasta bufon en sus arrebatos y escritos, y propio para desordenarlo todo. Al principio rehusó ponerse á la cabeza del pueblo y de la junta; pero despues aceptando, no se contentó con tan escasa dignidad, pues tomó el título de regente soberano de Cantabria en nombre de Fernando VII, y se atribuyó el tra-

tamiento de Alteza, acompañando estos procedimientos con publicar algunos escritos cortos en su acostumbrado rarísimo estilo; con todo lo cual durante los primeros dias del levantamiento español alcanzó gran fama y del vulgo el mas alto concepto hasta en la misma Inglaterra, bien que poco despues á fuerza de singularidades y tambien por la corta importancia de sus operaciones vino á caer en olvido. Los levantados de Santander tomaron asimismo precauciones para defenderse de la invasion que los amenazaba, ocupando los puertos que dan entrada á aquellas montañas con tropas y paisanaje.

Mientras esto sucedia en las provincias septentrionales situadas en la costa y distante de los ejércitos franceses, en las interiores que tenian sobre sí el enemigo, no era menor el atrevimiento. Logroño levantó la bandera de la independencia, pero yendo sobre ella el general Verdier desde Vitoria la sujetó y mandó arcabucear á los que se habian señalado en el levantamiento, siguiendo la bárbara costumbre de tratar como rebelion la defensa del suelo patrio contra extranjeros; costumbre que sobre todas las cosas excitó la rabia de los españoles, y los llevó á cometer en los franceses horribles atrocidades. Igual ó superior atrevimiento fué el de Segovia, que, estando próxima á Madrid, desobedeció las órdenes que se le comunicaron para reconocer y prestar obediencia al nuevo gobierno, y aun pretendió resistir á los franceses que acudieron á ponerla en obediencia. Como era de suponer, la resistencia de los de Segovia, no obstante estar ayudados por turbas de campesinos y contar con la numerosa artillería de aquel departamento y colegio, no fué grande, habiendo de ceder al general francés Frere, que ocupó la ciudad despues de algun tiroteo. Pero los levantados huyeron hácia Valladolid á juntarse con las demas poblaciones, todas alzadas por la misma causa.

En Leon tambien se iba formando una fuerza, si no considerable por su número, respetable por el influjo moral que ejercia. Al saberse que en Asturias estaba proclamado de nuevo Fernando VII, y se habia declarado la guerra á los franceses, se resolvió imitar un ejemplo que concordaba con el deseo general, y llegando ochocientos asturianos enviados de su provincia, en el 1.º de junio se creó una junta, no obstante hallarse los franceses á poca distancia y no estar bien defendida aquella region por la naturaleza de su terreno. Fué puesto al frente de la junta el comandante militar de la provincia D. Manuel Castañon, el cual de allí á poco hubo de ceder la presidencia al ya citado ex-ministro de Marina y capitan general el bailío D. Antonio Valdés, con lo que adquiría aquel movimiento la autoridad propia de las empresas á cuya frente se ponen personages de importancia.

Otro tanto sucedió en Valladolid. Residia y mandaba allí el capitan general de Castilla la Vieja D. Gregorio de la Cuesta, teniente general antiguo, que ya habia mandado un ejército en la guerra contra la república, persona calificada aun en lo civil, pues habia sido algun tiempo gobernador del consejo real, soldado viejo, duro, despótico y de talento limitado, pero de alguna astucia y larga experiencia en los negocios po-

líticos y militares. Cuesta al principio no se prestaba á entrar en una guerra, para la cual conocia no estar España preparada; pero estrechado por el pueblo, que congregado tumultuariamente delante de sus balcones levantó una horca y amenazó colgarle de ella si no le capitaneaba, hubo de ceder domando su natural violento. Manifestó éste, sin embargo, en el acto de encargarse del mando, pues si bien creó una junta, la formó ciñéndole la autoridad á límites muy estrechos, haciendo lo mismo con todos cuantos cuerpos de esta clase nacian dentro de su jurisdiccion militar. Húbolas en Avila y Zamora. De esta última plaza así como de la de Ciudad-Rodrigo se auxilió con armas y municiones á los levantados de Valladolid. El rigor del general Cuesta no supo ó no pudo impedir horrorosos desmanes, pues en el distrito de su mando fueron asesinadas algunas personas odiosas por haber sido favorecidas del Príncipe de la Paz, y en la misma Valladolid pereció el subinspector de artillería de Segovia D. Miguel de Ceballos, víctima de la rabia de la plebe é insubordinada tropa, por no haber rechazado de la ciudad últimamente nombrada á los franceses, achacándosele á traicion no haber hecho un imposible.

Mientras así se manifestaba la opinion del pueblo español en tan generoso aunque temerario arrojo en las provincias septentrionales y centrales de la Península, en las meridionales y orientales se representaban puntualmente las mismas escenas, dándoles mas importancia que en otras partes en Andalucía lo dilatado, poblado y rico de sus cuatro reinos, la importancia del puerto de Cádiz, la vecindad de Gibraltar y la presencia de un ejército compuesto del que bloqueaba esta fortaleza de los ingleses, de la guarnicion de Cádiz y de algunos cuerpos de los del marqués del Socorro. Este general, vuelto de Portugal poco antes, ejerciendo otra vez su cargo de capitan general de Andalucía y gobernador de Cádiz, habia establecido en esta última ciudad su residencia, como solia suceder durante la guerra, no obstante la calidad de presidente de la audiencia que daba á los capitanes generales cierta especie de obligacion de estar al frente de aquel tribunal en Sevilla. El marqués del Socorro pasaba por adicto á los franceses, en cuyos ejércitos habia servido algun tiempo, y aunque no muy parcial de Napoleon por tener amistad con Moreau, en su campaña de Portugal habia estrechado su union con los aliados de España, á los cuales procuraba remedar, contribuyendo á hacérselo posible su gallarda presencia, su aspecto marcial, su valor impetuoso, la naturaleza de su instruccion, y ciertos hábitos á la moderna no semejantes á los de los generales sus paisanos. Con todo esto era muy querido en Cádiz, donde con su actividad y con mejoras hechas en la ciudad y sus cercanías se habia granjeado justo aplauso, al paso que divertia á los naturales con vistosos espectáculos de guerra y otras clases de entretenimientos. En el lugar llamado Campo de Gibraltar, frontero á la plaza de este nombre, mandaba con autoridad independiente el corto ejército allí situado el teniente general D. Francisco Javier Castaños, soldado antiguo, de alguna mas edad y bastantes mas años de servicio que el capitan general de Andalucía, señalado por sus modales suaves

y corteses, y que vivia con el gobernador inglés de la fortaleza enemiga en los términos de urbanô trato que median entre contrarios, siendo caballeros, sin ofensa de la lealtad de cada cual á su gobierno respectivo.

Así las cosas, el 26 de mayo, dia en que el levantamiento asturiano tomaba mas cuerpo y consistencia, se manifestaron síntomas de alboroto en Sevilla. Moviéronle varios en quienes influia á la par el general modo de sentir de los españoles y un deseo de distinguirse y medrar nada vituperable, cuando en vez de llevar á delitos ó á inútiles y perniciosas alteraciones del público sosiego, estimula á empresas, si en extremo atrevidas, por otro lado justas y nobles. Entre esta clase de hombres oscuros, á quienes dieron las circunstancias nombre y valor, se distinguió uno llamado Tap y Nuñez, cuya fama aunque de corta duracion ha sido digna de que la recuerde la historia. Por este y algunos cómplices empezó á bullir el pueblo sevillano y con él varios soldados del regimiento de Olivenza. Creció el tumulto y, no resistido, venció, pasándose á formar un gobierno en forma de junta como en otras partes, componiéndola varias personas, y entre ellas el mismo que gobernaba la ciudad con el título de asistente, no obstante ser amigo del Príncipe de la Paz, calidad que en otros lugares y en aquella hora solia costar la vida. Dos personajes empezaron desde luego á ejercer en aquella junta un influjo predominante. Era el uno el P. Manuel Gil, de los clérigos menores, instruido escritor y orador aventajado, vivo y ligero hasta un grado pasmoso en su edad, por demas inquieto, y que habiendo estado mezclado en una trama para derribar al Príncipe de la Paz en 1796, desde entonces vivia en oscuridad aunque no con rigor perseguido. Era el otro el conde de Tilli, de ilustre familia extremeña, que habiendo estado en Francia, conocia los modos de la revolucion de aquel pais, donde su hermano el ex-eclesiástico Guzman habia representado un papel notorio si no brillante, habiéndose dado á conocer como alborotador furibundo del bando mas extremado y sedicioso, y terminado su vida con la parcialidad de Hebert y Chaumette en el patíbulo. La junta sevillana se tituló suprema de España é Indias, título arrogante, con el cual disgustó á otros cuerpos de iguales facultades y procedencia, pero que sirvió ventajosamente con especialidad fuera de España, para dar al levantamiento del pueblo español el carácter de unidad bajo un gobierno, del cual carecia y necesitaba. Infamóse la revolucion sevillana con haber sido asesinado cuando rompió el conde del Aguila, caballero particular no dado á la política, y al cual hubo de hacer blanco de la furia del pueblo amotinado algun enemigo oculto. Compensóse esta desdicha, tolerada por un gobierno débil como recien nacido é hijo de un tumulto, con haberse dado providencias de sumo vigor y acierto para la prosecucion de la guerra, favoreciéndolas la fortuna. Creáronse juntas subalternas en varias ciudades principales de Andalucía, pero fueron mantenidas en dependencia de la principal, de lo que resultó notable provecho. Hiciéronse alistamientos y armamentos con diligencia. Correspondió con entusiasmo casi toda Andalucía á la voz de guerra, prestando obediencia á la autoridad encargada de llevarla adelante.

Pero el poder principal con que era necesario contar para la comenzada empresa era el militar, que en aquellas provincias no era corto entonces, por lo cual atendió desde luego la junta de Sevilla á asegurarse de la cooperacion y obediencia del ejército del Campo de Gibraltar y de la plaza de Cádiz, así como de los generales que en ambos puntos mandaban, siendo el uno de ellos la autoridad legítima superior de la provincia en los negocios de la guerra. Salieron diputados para uno y otro punto dos oficiales de artillería, acompañándolos voluntariamente algunos emisarios de mas celo que prudencia ó escrúpulos. Castaños recibió bien la noticia del levantamiento y la órden que se le enviaba de servirle. Ya de antemano al saber los sucesos de Bayona, previendo las consecuencias que podrian tener, se habia puesto en relaciones con el gobernador de Gibraltar, no con el vituperable objeto de unirse con él si España obedecia con gusto á la ley del vencedor, pero sí con el de estar mejor preparado, si el pueblo español se resolvia á hacer resistencia. Aunque Castaños habia recibido tambien órdenes de Madrid con promesas lisonjeras de favor si servia al rey nuevo, prefirió dar oidos á la voz de su patria, de que en su entender era intérprete legítimo el nuevo gobierno de Sevilla. Puso pues á disposicion de éste su persona y nueve mil hombres de tropas tan buenas como las mejores de España en aquellos dias. Mas dificultades presentó en Cádiz la empresa de asegurar aquella plaza á la causa nacional simbolizada en el levantamiento. El marqués del Socorro D. Francisco Solano era altivo, y con sus altas prendas no hermanaba la de un juicio maduro. Así recibió la noticia de los sucesos de Sevilla con disgusto, y sin embargo no se atrevió desde luego á declararse resuelto contrario de lo que el voto popular reclamaba. Dolíale haber de obedecer á una autoridad no conocida por las leyes y nacida en un motin, y le espantaban las desdichas que preveia como forzosas consecuencias de una guerra con los franceses, tan superiores á España en poder y ciencia militar, y además enseñoreados de la mayor parte de la monarquía y de las plazas fuertes de la frontera. Convocó, pues, una junta de generales, en que, discordes los pareceres, se adoptó un término medio, que fué el enviar comisionados á Sevilla y suspender toda resolucion definitiva, haciendo presente al público los peligros de la guerra, la posibilidad de que terminase fatalmente, y que los ingleses enemigos de España se aprovecharían de aquellos sucesos; consideracion esta última que resolvia la cuestion pendiente; pues siguiendo en mirar la guerra con la Gran Bretaña como no terminada, ya se decidia que no se emprendiese la resistencia contra el poder francés, la cual sin los auxilios británicos era imposible de llevar á efecto. No agradó lo resuelto al pueblo de Cádiz, que al revés pedia que se combatiera á la corta escuadra francesa, reliquia de la perdida en Trafalgar, surta todavía en aquel puerto. Crecia en el pueblo la ira, pero no cedia en el marqués la confianza en su propia fuerza, creyéndose muy amado de los gaditanos, y teniendo á estos por gente en extremo dócil y sumisa, sin contar con que era aquella ocasion de las en que el amor se convierte en ódio, y los mas débiles impelidos por una fuérte pasion proceden con arrebato. Dos dias pasó Cádiz en un estado ni de órden ni de

sumision, durante los cuales el cónsul francés en aquella ciudad se vió precisado á recogerse á su escuadra para salvarse de una violencia. Persistia el pueblo en su empeño de declararse contra los franceses, y el general en su conducta ambigüa, en que el deseo de acreditarse de valiente le llevaba á veces á provocar el furor de los que le acosaban con ruegos y reconvenciones. Una vez como le gritasen desde en frente de su casa que deseaban que se diesen providencias contra el enemigo, asomándose él á su balcon y señalando á los navíos ingleses puestos á la boca de la bahía, bloqueándola segun costumbre, «*allí están los enemigos*» dijo en tono de provocacion y desmintiendo sus promesas. En medio de estas irresoluciones llegó la hora en que el pueblo no quiso esperar mas, y precipitándose al parque de artillería, se apoderó de las armas allí guardadas, y aun arrastró los cañones con tal violencia, que los subió por encima de las cadenas colgadas de pilares que guarnecian las entradas de la plaza de San Antonio. Vió el general el tumulto, y contando con la tropa, no obstante haberle avisado los coroneles de ser infundada su confianza, mandó á su guardia hacer fuego á los sediciosos. Dispararon los soldados al aire sus fusiles, y si al estampido huyeron los amotinados, al notar que de ellos nadie habia caido, embistieron con mas ímpetu, renovadas en ellos la furia y la confianza. Combatióse la casa del general, echáronse abajo fácilmente las puertas, penetró en la mansion la rabiosa turba y la halló desierta, habiéndose huido por los terrados ó azoteas el objeto de su odio. Registradas las vecinas casas, fué encontrado el infeliz marqués en un secreto escondrijo. Acometióle la sediciosa gente, asióle, empezó á herirle, sacóle á la calle, y llevándole preso y casi arrastrando por la muralla, se complacia en multiplicarle las heridas, sin hacerle alguna mortal, conduciéndole á colgar en una horca que entonces estaba en Cádiz armada de continuo para los casos ordinarios de suplicio. La ilustre víctima de aquella barbarie acreditó en tal trance un valor casi sin par, pues á cada herida respondia con un gesto de desden, no advirtiéndose en él ni miedo á la muerte mas horrible ni aun dolor de los golpes. Andado ya gran trecho entre tormentos y no distante del patíbulo, una mano, segun se cree, amiga, puso fin á sus padecimientos y le excusó la última afrenta, atravesándole de parte á parte con una espada. Así acabó aquel digno hombre y buen soldado, siendo su suerte la mas llorada entre otros que tuvieron igual desdicha, aunque otros cayeron mas inocentes, si mereciese la calificacion de delito la repugnancia á entrar en guerra con los franceses, cuando la razon disuadia de ello, si bien lo mandaba la voz del pueblo con derecho en aquel caso á ser obedecida.

La muerte del marqués del Socorro causó á la par que pena terror y asombro, siendo un acto criminal de los que comprometen á los pueblos. El teniente general D. Tomás de Morla, de cuyas calidades algo se ha dicho en otro lugar de la presente historia, se encargó del mando compelido á hacerlo por el clamor popular, resultando que un hombre tímido, se pusiese al frente de una empresa arrojada, por haber otro hombre valerosísimo perdido la vida antes que atreverse á tomarla á su cargo. Las circunstancias con que fué entregada la autoridad á este general,

fueron propias para infundirle terror, porque sobre tener delante el cadáver ensangrentado de su antecesor, se le llevó á la vista del patíbulo para anunciarle que allí acabaría, si fuese infiel á la causa que habia abrazado. La junta de Sevilla, á la cual Cádiz prestó obediencia, confirmó á Morla en la capitanía general de Andalucía, y mandó salir de Cádiz á casi toda la guarnicion, para que uniéndose con las tropas del Campo de Gibraltar y las salidas de Sevilla, fuesen hácia la parte septentrional de las provincias andaluzas, á donde era sabido que venian encaminándose numerosas tropas francesas. La poblacion gaditana acudió casi toda á las armas para guarnecer su ciudad, formando numerosos batallones, en cuyas filas alternaban en igual servicio los inferiores y superiores en esfera y riqueza, no habiendo diferencia entré el oficial y el soldado, con lo que se anticipó la existencia de los cuerpos, que despues con el nombre de milicia nacional, á imitacion de la guardia nacional francesa, han representado tan importante papel en los modernos sucesos de España. El 30 de mayo solemnizó aquella ciudad con salvas los dias de su rey destronado, y al siguiente dia creando una junta sujeta á la de Sevilla, se abrieron tratos con las fuerzas navales inglesas que por largos años habian estado bloqueando el puerto. Ya por Gibraltar tambien se estaba en relaciones amistosas con los antes enemigos de España, convertidos de súbito en sus mas íntimos aliados. Ellos desde luego prometieron á nombre de su gobierno toda especie de auxilios y aun cinco mil hombres de tropas, reconociendo como gobierno el de la junta de Sevilla. Presenciaba atónita estos sucesos la escuadra francesa fondeada en la bahía de Cádiz, y aun viendo venir sobre sí la suerte que la esperaba, no acertaba á concebir cómo se osaba provocar el enojo de su poderoso emperador por el débil poder de los españoles.

En el dia 6 de junio la junta sevillana prosiguiendo en llevar á efecto su osado propósito de obrar como un gobierno independiente, declaró con toda solemnidad la guerra á Francia, y dictó muy cuerdas providencias sobre las futuras operaciones militares, aconsejando no empeñarse en batallas, sino molestar con escaramuzas contínuas é incesantes acometidas al enemigo, aprovechando lo quebrado del terreno y la disposicion favorable de la poblacion, en medio de la cual habia de guerrearse. Reconocieron los reinos de Córdoba y Jaen la suprema autoridad del gobierno establecido en Sevilla. En la ciudad capital del segundo de estos reinos hubo desórdenes, de los cuales fué víctima el correjidor, que sospechado de traicion, preso y enviado á un pueblo vecino, en él fué asesinado cruelmente, suerte que cupo á otros muchos empleados superiores y personajes de nota en toda España en aquellos momentos de furor, ó ya causasen estas desdichas necias sospechas de la enfurecida plebe, ó ya en otros casos aprovechasen ódios particulares la demencia popular, poniéndole por cebo á determinadas personas. En la ciudad de Córdoba, que por estar en el camino real de Madrid era punto principal en que habian de entrar los franceses en su marcha sobre Sevilla y Cádiz, se dieron disposiciones mas violentas que juiciosas para resistir á los enemigos. Tomó allí el mando de las tropas y pueblo dependiente en cierto modo de la jun-

ta de Sevilla, pero sin obedecer otra ley que la de sus desordenados caprichos, el mariscal de campo don Pedro Agustin de Echevarri, que despues de haber servido en la guerra contra la república francesa habia estado muchos años al frente de las fuerzas destinadas á perseguir á los contrabandistas y malhechores; hombre ignorante aunque de mediano nacimiento, tosco en sus modales, extremado en el modo de expresar sus afectos, despótico por demas, y en la manera de ejercer su autoridad y aun en casi todas sus obras y palabras con trazas de demente. Este caudillo, que por sus antecedentes debería haberse inclinado á las hostilidades en guerrillas, al revés confiado en que iba á esterminar á los franceses en una gran batalla, halagando las pasiones del mas ignorante vulgo de que fué por algun tiempo adorado, juntó un número crecidísimo de paisanos, y con poco mas de un batallon de tropas, tres ó cuatro cañones, y una turba allegadiza armada con toda especie de armas y sin órden fué á situarse en el puente de Alcolea, hermosa fábrica moderna hecha á dos leguas de Córdoba sobre el rio Guadalquivir en el camino real de la corte, juzgando que al embocar los franceses aquella angostura, acabaría con ellos fácilmente desde la opuesta orilla. A su tiempo se referirá el paradero de la lid que así se preparaba, la cual bien podria haber acarreado las mas fatales consecuencias.

Entretanto en Cádiz se llevó á efecto un proyecto que no comprometió menos con los franceses á aquella ciudad que la muerte dada al marqués del Socorro. Clamaban los gaditanos porque se obligase á la escuadra francesa anclada en aquella bahía á entregarse, y el gobernador Morla, sin acceder ni resistir á semejante deseo, procuraba ganar tiempo y ver el sesgo que tomaban los negocios no cuadrando con su índole las acciones atrevidas. El Almirante francés Rossilly puesto en el mayor apuro procuró mejorar de puesto por si era acometido, pero no pudo hacerse á la mar teniendo delante de sí una division inglesa superior en fuerza á su escuadra. Apeló el francés á toda clase de medios para salvar sus buques; dió por supuesto no haber guerra verdadera entre su nacion y la española; pasó de los halagos á las amenazas y volvió de estas á aquellos; todo sin fruto, de suerte que al cabo hubo de resolverse á hacer una inútil defensa. No consintieron los españoles que los ingleses ya sus amigos tomasen parte en el combate con la escuadra francesa, dejándoles solo hacer de testigos. Trabóse al fin la accion entre los navíos anclados y las baterías de tierra y cañoneras españolas, y terminó como era de suponer en breve tiempo, entregándose con su escuadra Rossilly lleno de no infundada confianza de que pronto sería libertado por el ejército francés á la sazon no distante, con castigo de sus apresadores. Dueños del mar los españoles enviaron desde Cádiz á Canarias y las provincias de América aviso del levantamiento de la nacion contra el emperador francés, dándose la junta de Sevilla por soberana de España; acto que si fué de orgullo y ambicion tuvo tambien el carácter y consecuencias de uno de aguda y sana política. Tambien envió la misma junta sus comisionados á Inglaterra siéndolo el general de ejército don Adrian Jacosne y el de marina don Juan Ruiz de Apodaca. Cuando estos llegaron á su destino en-

contraron allí á los enviados de las provincias septentrionales llegados antes, y algunos de los cuales, como eran los asturianos, ejercian un influjo superior debido á sus talentos. Sin embargo los diputados sevillanos adquirieron pronto grande importancia debiéndola á la gravedad de los sucesos que siguieron en Andalucía. Formóse de la turba de embajadores de juntas de las provincias españolas residentes en Lóndres uno á modo de congreso que hacia las veces de embajador de la monarquía toda, y se agregó á ella no sin tener gran parte en sus resoluciones don Agustin de Argüelles, que desde 1807 estaba allí como ajente secreto del gobierno español y ya mostraba las prendas que despues le hicieron tan famoso.

Bien habría deseado la junta de Sevilla establecer una autoridad central que fuese gobierno de toda España; pero pretendia serlo ella sola, y si bien concederle esta extravagante pretension habría redundado en comun provecho, no era de esperar que así sucediese cuando con el entusiasmo patriótico se habian dispertado á la par ambiciones numerosas y desmedidas. Granada misma, que siendo uno de los cuatro reinos de Andalucía tenia capitan general aparte, y un tribunal con el título de Chancillería, igual en esfera al de Valladolid y superior á los demas de España, no quiso reconocer en la junta de Sevilla la soberanía ni aun sobre las provincias andaluzas, y determinó tener por gobierno una junta suya propia y seguir las operaciones militares ofensivas y defensivas, segun su direccion, y por su cuenta y riesgo. El 29 de mayo llegaron allí las noticias del primer alzamiento de Sevilla, traidas por un oficial de artillería. Gobernaba en lo militar aquel reino su capitan general Escalante, hombre honrado y mediano, muy desigual á lo crítico de las circunstancias. Este militar, hecho á obedecer al gobierno, y por otra parte buen español, y como tal partícipe de los afectos generalmente reinantes, se vió en grande aprieto, y por lo pronto procuró diferir su resolucion, mandando al emisario sevillano que se retirase. Pero este, jóven y ambicioso, no ignorante de que en aquellos momentos con un acto de arrojo se subia con rapidez á la mayor eminencia, apeló á las pasiones populares en apoyo de la comision que traia, y de sí propio. No consiguió, sin embargo, mas que la primera parte de su objeto, pues levantándose el pueblo en el siguiente dia, hizó que de nuevo fuese proclamado Fernando VII, y creada una junta; pero poniendo en ella al mismo capitan general como presidente. Empezó esta nueva autoridad á gobernar con no menos vigor y acierto que su rival la sevillana; cuidó de que se hiciesen con actividad los alistamientos; juntó recursos de toda especie; se hizo reconocer y obedecer de toda la provincia sujeta á aquel comandante general, y aun de la rica y populosa Málaga, donde el alzamiento contra Napoleon fué llevado á efecto con ardor, y manchado con asesinatos. Tampoco faltaron en Granada, donde fué muerto, arrastrándose su cadáver por las calles, el mariscal de campo D. Pedro Trujillo, sin otro motivo que el de tener relaciones con el caido Príncipe de la Paz, y sin poder ser acusado de inteligencia con los franceses. Tambien la junta granadina quiso tratar con Inglaterra; pero se contentó con enviar un diputado á Gibraltar en vez de á Lóndres, y encomendó el desempeño de este encargo á D. Francis-

co Martinez de la Rosa, jóven citado en esta historia como ya poeta de mérito, y á quien tenia reservada la suerte mas de un linaje de ilustracion y aumento en su fortuna. El gobernador de Gibraltar, entrado en extrechos tratos con la junta de Sevilla, dió tibia acogida al ilustre enviado granadino, temiendo que con favorecer al gobierno de Granada fomentaríá la existencia de autoridades independientes en España, y perjudicaría á la causa comun. Esto no obstante, siguiendo la conducta observada por su gobierno, socorrió con armas y municiones á la junta de Granada, con lo cual, y con haber sacado recursos de la provincia, ó recibídolos de afuera, y empleádolos con tino, pudo esta formar un cuerpo de ejército corto en número, pero excelente en calidad, que fué á juntarse con las otras tropas de Andalucía, y á tomar parte en sus operaciones y en sus glorias.

En Extremadura gobernaba como capitan general de la provincia el conde de la Torre del Fresno, relacionado con el Príncipe de la Paz, y por esto mal quisto. Al llegar á Badajoz, ciudad de su residencia, el aviso del suceso del 2 de mayo, estaba allí recien vuelto de Portugal el desdichado marqués del Socorro, y puestos de acuerdo ambos generales, publicaron una proclama contra los franceses, y aun hicieron algunos preparativos para la guerra; pero sabedores de haberse restablecido el sosiego, y recibiendo despues órdenes de Madrid que les prescribian la obediencia al nuevo soberano, mientras el del Socorro se volvió á su capitanía general de Andalucía á perecer como queda referido, el conde se quedó en Badajoz, obediente como todos los de su clase á cuanto la córte le ordenaba. Llegó en esto el dia de San Fernando, 30 de mayo. Obedeciéndose ya de oficio lo resuelto en Bayona, no podia celebrarse con saludo los dias del que ya no era considerado como rey; pero el pueblo, teniendo por nulas las renuncias de Bayona, miraba á Fernando como á su soberano, y pidió atumultuado que se le hiciese el ordinario obsequio. De esto pasó el tumulto á mas, y clamándose como en las demas partes por guerra á los franceses, terminó el alboroto en quitar la vida al desdichado Torre del Fresno. Muerto este, le fué nombrado sucesor por el pueblo; pero creando asimismo una junta, la cual vino á ser superior de la provincia, y de varias de ellas dependientes nombradas en algunas cabezas de partido. Procediendo con la entonces general actividad, vino á juntarse allí un ejército de cerca de veinte mil hombres, aunque no de las mejores tropas, si bien contaba en sí no pocos soldados antiguos desertados del ejército español, que todavia estaba en Portugal. El levantamiento de los extremeños, cortando enteramente las operaciones entre las tropas francesas que ocupaban la provincia portuguesa del Alentejo, y las de la misma nacion, que estaban operando en la Mancha y la parte septentrional de Andalucía, les impidió concertarse, y contribuyó poderosamente á sus reveses y á los triunfos de las armas españolas.

Castilla la Nueva, participando de los comunes pensamientos y afectos, como tenia dentro de sí crecidas fuerzas enemigas, no podia formar juntas ni cooperar á la guerra. Pero los naturales se dieron á interceptar los correos, á asesinar con vituperable rabia, aunque hija de equivo-

cado justo motivo, á los franceses que andaban en partidas cortas ó en pocas fuerzas se quedaban en las poblaciones, y á fomentar y proteger la desercion de los soldados sus compatriotas, cuyos cuerpos estaban en territorio ocupado por el enemigo. Así los españoles, á quienes su suerte tenia obedientes á los franceses, se fueron casi todos pasando á incorporarse á los ejércitos formados en las provincias levantadas. De la guarnicion de Madrid apenas quedó una escasísima reliquia al servicio del que se titulaba nuevo rey, desertándose los oficiales y soldados, ya uno á uno, ya en partidas pequeñas, segun se presentaba la ocasion y era la facilidad de ejecutar el comun deseo.

No eran menos importantes los sucesos en las provincias orientales de la Península en aquellos mismos dias. En el reino de Murcia dió la primera señal del levantamiento patriótico la plaza fuerte de Cartajena de Levante, departamento de marina. Esparcido allí en el 22 de mayo el rumor de que la escuadra poco antes salida de aquel puerto iba á pasar á Tolon, y que para ello habia salido á encargarse de su mando, segun antes queda referido, el general D. José Justo Salcedo; y coincidiendo con estas nuevas las de las renuncias de Bayona, se excitó la ira popular con igual vehemencia que en otras partes de España, haciéndola allí grave el dolor de los que teniendo parientes ó amigos en los navíos los lloraban ó temian cautivos de los franceses. De dia en dia fué alargándose la situacion de ira, de temor y dudas, hasta crearse una junta para obrar contra los enemigos. En los alborotos que por algunos dias continuaron, murió asesinado con exquisita crueldad ejecutada hasta en su cadáver, el capitan general del departamento y teniente general de marina don Francisco de Borja, respetable anciano, inocente de todo delito, y aun del yerro de querer favorecer á los franceses, cuya desdicha fué estar mandando en aquellos dias de arrebato y desmanes. Así en toda España se iba procediendo del mismo modo, hasta, salvo en alguna rara escepcion, en punto á cometer delitos de la misma clase, y casi con idénticas circunstancias, como si obedeciesen todos á prévias disposiciones de superior autoridad, ó hijas de comun concierto, cuando solo nacian de ser tan unánimes los pensamientos y las pasiones, que llevaban á emprender los mismos hechos, á proceder de igual manera, y tambien á incurrir en las mismas faltas. El movimiento de Cartajena se comunicó desde luego á Murcia, capital de la provincia llamada reino de que la misma Cartajena es parte.

El pueblo murciano fué instigado primero por los estudiantes á abrazar la causa de la nacion, y los regidores de su ayuntamiento con el cabildo eclesiástico, y las principales personas de la nobleza congregados en junta hácia fines de mayo resolvieron proclamar de nuevo á Fernando VII, lo cual fué ejecutado entre alegres vivas. Procedióse despues á formar una junta que lo fuese de la provincia entera. A la misma sazon en Villena, ciudad del mismo reino, donde residia retirado el viejo conde de Florida Blanca, fué asesinado el corregidor, y elegida una junta de diez y seis personas, poniendo á su frente al casi caduco célebre ministro de Cárlos III. Este personaje, trasladado de su retiro á escena para él tan nueva como era un alboroto popular, debilitado por la vejez, entregado á una devo-

cion hasta nimia y pueril; y temeroso de las consecuencias que podian resultar de la gravedad de los negocios pendientes, al oir alrededor de sí cuando le paseaban en triunfo aclamaciones frenéticas á los objetos del general amor, que tambien saludaban en su persona la antigua fama é imaginados actuales merecimientos, contestaba con el singular grito de «viva el niño Jesus», aclamacion que, sobre ser prueba de su estado mental, tenia el mérito no corto para un personaje cauto á fuerza de años y de experiencia, de no comprometerle gravemente. No obstó la visible debilidad del ex-ministro á que fuese llevado á Murcia, y encargado de la presidencia de la junta de aquel reino, donde, recobrando alguna serenidad y fuerza de ánimo, volvió á las costumbres de los peores y últimos dias de su gobierno, procurando dar á la causa nacional el carácter de un restablecimiento de la tiranía civil y religiosa en toda su pureza. Así, acordes los ánimos en los principales puntos, que eran mantener á Fernando su trono, y á la nacion española su independencia y gloria, haciendo guerra á los pérfidos invasores de España, discordaban segun las personas que al frente de los varios movimientos se ponian sobre los medios mas oportunos para lograr el fin propuesto, y sobre lo que se habría de establecer cuando el objeto del comun deseo llegase á conseguirse.

Al mismo tiempo que se levantaba Murcia, lo hacia el vecino reino de Valencia, unido con él á punto de formar ambos una misma capitanía general; pero circunstancias particulares dieron al levantamiento valenciano un carácter de revolucion feroz y sanguinaria que no tuvieron á lo menos en tan alto grado los de otras provincias de la monarquía. En la ciudad de Valencia, como en las demas poblaciones, al recibirse la noticia de los acaecimientos de Madrid y Bayona, fueron grandes la cólera y sed de venganza. Allí tambien un alboroto popular, favorecido por las clases todas, excepto por algunas personas muy escasas en número, clamó por repetir ó ratificar la proclamacion del rey Fernando, y declarar y hacer guerra á los franceses. Entre los que capitanearon al pueblo, se señalaron D. Vicente Bertran de Lis, y el religioso franciscano fray Juan Rico, ambos de grande influencia en el pueblo, ambos hábiles y arrojados, ó iguales del todo á las circunstancias en que ejercian su influjo. Era capitan general de Valencia el conde de la Conquista, general antiguo, sin cosa que le distinguiese de los de su clase colocados á la sazon en puestos superiores; pero mas cortesano que la mayor parte de ellos. No tenia este general afecto partinular á los franceses, con los cuales no habia contraido compromisos, y, segun es de creer, deseaba el triunfo de la independencia de su patria; pero temia, como los hombres entendidos y enterados de la situacion de los negocios para España, una guerra que terminaría, segun lo mas probable, en su vencimiento y aumento de dureza en su servidumbre, y para sí propio, en castigo de su desobediencia y rebelion, si con el voto popular se conformaba, la pérdida de la vida, ó cuando no tanto, la del alto puesto á que habia arribado con todas las distinciones y ventajas á tanta altura consiguientes. Cauto, pues, y receloso de un peligro, tampoco quiso correr el opuesto resistiendo al pue-

blo enfurecido, y como otros, intentó ganar tiempo, serenar los ánimos, y llevar las cosas adelante en paz y sosiego. Pero un oficial subalterno del regimiento de Saboya, en quien iban hermanados el atrevimiento y deseo de medrar con el ardor patriótico propio de la época, poniéndose de parte del deseo popular, y ganándose algunos soldados, ocupando la ciudadela, alzó allí el pendon de guerra al enemigo en defensa del rey Fernando y de la patria, puesto antes de acuerdo con el padre Rico, en quien se figuraba la plebe mas grosera ver á San Antonio de Padua bajado del cielo para castigo de los impíos franceses. Resuelta ya la guerra, se creó una junta numerosa, presidida por el capitan general, y compuesta de gentes de todas clases, aun las mas humildes, en que habia vocales con el título de representantes del pueblo, viéndose así nacer con nombres nuevos ideas que no lo eran menos, y en la mezcla confusa de doctrinas é intereses que en favor de Fernando y de la independencia obraban acordes, alzando su frente el poder popular, aunque en pro de la monarquía, y empezando á existir de hecho, con lo cual su existencia de derecho habia de llegar dentro de plazo mas ó menos breve. El pueblo de Valencia, cuya inquietud y ligereza corren en proverbio, mostraba mas que otros de España un carácter desobediente y cruel en sus actos. El baron de Albalá, uno de los principales señores de la provincia, fué asesinado por traidor y amigo de los franceses, sin la menor prueba que de serlo le acreditase. Entró con esto en la nobleza gran terror, viendo tambien cuántas alas iba tomando la plebe, cuyos atrevimientos y desentono eran en verdad sumos, y bien podrian haber dado á recelar la renovacion de los excesos de la Germania en el siglo XVI; pero el ódio á los enemigos contenia á todos hasta cierto punto, forzándolos á unirse; y así los nobles, en vez de separarse de los plebeyos, trataban de excederlos, haciendo á su causa comun toda clase de sácrificios. Iban así los negocios de Valencia, haciéndose preparativos para la guerra como en otras partes, y conservándose en los negocios interiores el órden siempre mal seguro, cuando un hecho horrible, tras de manchar los actos de los valencianos con sangre inocente, estuvo á punto de revolverlo y desordenarlo todo facilitando el triunfo á los enemigos. Habia llegado allí procedente de Madrid el canónigo Don Baltasar Calvo, hombre atroz y asimismo singular, conocido en Madrid en tiempos anteriores como predicador de cierta elocuencia popular y como disputante inquieto y pérfido que acusaba de jansenismo á quienes sustentaban doctrinas opuestas á las suyas, acreditando en estas pequeñeces el mal natural de que habia de dar señalada muestra en negocios harto mas graves. Cuadraba con la índole y miras de Calvo hacer papel en aquellos movimientos; pero quería hacerle muy principal, y como á su llegada á Valencia encontrase declarada ya la guerra, formada la junta, y al padre Rico figurando en primer término por parte de los eclesiásticos, determinó hacer nuevo movimiento para distinguirse y encumbrarse por medio de delitos. Su objeto era apoderarse del mando, y caminó á él precipitando al pueblo contra los objetos de su ódio y embraigándole con su sangre. Los franceses de varias profesiones pacíficas, residentes en Valencia por mas ó menos tiempo, al estallido de la furia popular contra Napoleon

pagando la pena de los hechos de su emperador habian sido amenazados y maltratados, y para salvarlos de la última violencia la junta los habia encerrado en la ciudadela. Calvo, haciendo correr la voz de que habia traicion preparada, despertó como solia hacerse con semejante medio en aquellas horas de peligro y arrebato la suspicacia y rabia de la plebe, y señalando por primeras víctimas á los franceses presos, con la gente mas ignorante, furiosa ó perversa se echó sobre la ciudadela, la ocupó, y empezó á hacer una horrible matanza, pasando de trescientos los franceses que cayeron asesinados. Tembló á tales horrores toda la gente sensata y humana de Valencia; pero los aplaudió una parte numerosa de la poblacion ciega por su enconado ódio á cuanto era francés; y desatada ya la parte peor del pueblo, y viéndose que un delito enorme iba á traerlos en pos de sí no menores en número y calidad, volviósé todo confusion y cobardía. Por fortuna Calvo vacilaba y se detenia en su carrera, y Rico en quien habia pensamientos generosos y afectos humanos, no obstante participar de las ideas y pasiones de la plebe, á la par que odiaba en Calvo al delincuente, temia al rival y futuro tirano. Así, contraponiendo su influjo antiguo al nuevo que se levantaba, si no logró impedir el asesinato de los franceses, aunque á ello se esforzó, pudo á lo menos contener en sus proyectos ulteriores al director y caudillo de los asesinos. Fué sin embargo necesario contemporizar, porque Calvo era demasiado poderoso, y sus secuaces estaban resueltos á todo exceso. En vez, pues, de acabar con la junta dando muerte á los principales de ella, como pretendia el feroz canónigo, se dió á éste entrada en el mismo cuerpo, donde se presentó y tomó asiento bañado en la sangre que acababa de derramar. Hasta dentro de la junta le siguieron algunos de sus secuaces asesinos, y allí mismo, trayendo á ocho franceses hasta entonces perdonados, los cosieron á puñaladas, mientras otros, manifestando el último grado de estupidez en su barbárie, vinieron á hacer alarde de su desinterés entregando relojes y dinero hallados en los infelices á quienes habian quitado la vida, y pidieron su jornal por el trabajo del dia que habian pasado asesinando como por otra faena cualquiera. Dos dias mas duró esta situacion horrorosa, sin atreverse Calvo á ir adelante en su proyecto de deshacerse de sus compañeros y apoderarse del gobierno, y sin tener valor los demas para contenerle y castigarle. En el 9 de junio, el padre Rico, levantándose en medio de la junta, acusó al canónigo de traidor y de haber venido de Madrid como emisario de los franceses. Poco creible era tal acusacion; pero el que la hacia gozaba de grande poder sobre la plebe; y cargos de esta clase eran entonces creidos aun cuando fuesen descabellados, al paso que á la gente menos crédula acomodaba cualquier pretexto para libertarse del mónstruo que los tenia llenos de horror y susto. Fué, pues, preso Calvo y trasladado á Mallorca. En breve nombrado un tribunal, á cuyo frente estaba D. José Manescau, condenó á muerte al feroz eclesiastico, llevándose á efecto la sentencia, si bien es de sentir que se le condenase como á ajente de los enemigos, lo cual no era ciertamente, en vez de castigarle como asesino, con lo que sobre faltarse á la verdad, fué el escarmiento menos provechoso. No paró aquí el rigor, pues

persiguiéndose á los cómplices ó instrumentos de Calvo, llegaron á morir en la horca hasta doscientos de ellos, todos gente desalmada y digna de castigo por delitos anteriores. Tan extremada severidad fué disculpable, y aun necesaria en aquellas circunstancias, pues puso freno á la costumbre de asesinar que se iba haciendo muy comun con solo acusar á las víctimas de traidores.

No bien con la prision de Calvo quedó la junta de Valencia libre de peligros interiores, cuando se dedicó á hacer frente á los que de afuera la amenazaban. Púsose la ciudad en estado de defensa, bien que sus antiguas murallas hechas para resistir á otras armas no pudiesen defenderse largo tiempo contra la artillería. Proveyóse á formar un ejército, equipándole y armándole como mejor se pudo. Juntóse no poca gente, si bien no de la mejor calidad ni puesta en el órden debido. Salió á situarse en Almansa, pueblo de Murcia, cercano á Valencia, y célebre por la victoria allí conseguida que salvó el trono de Felipe V, un cuerpo de hasta quince mil hombres mandado por el conde de Cervellon, grande de España, valenciano, y general de corte, honrado y de sanas intenciones, pero escaso en luces y no sobrado en arrojo. Agregóse á esta fuerza con alguna poca tropa el general D. Pedro Gonzalez Llamas, militar viejo de largos servicios y corta instruccion, valiente, pero que solo sabia de la guerra la antigua y ordinaria rutina. Por otro lado en el puerto llamado de las Cabrillas que por las inmediaciones de Cuenca separa el reino de Valencia de Castilla la Nueva, se situó otra division valenciana de ocho mil hombres, cuyo mando tenia el general D. Pedro Adorno asimismo de la clase comun de los generales españoles de aquel tiempo.

Mayor importancia si cabe tuvo por sus resultas lo que ocurrió en Zaragoza. Sublevada allí como en otras partes la poblacion, pidió que se hiciese resistencia y guerra á los franceses, y desconfiando de D. Jorge Juan de Guillermi, capitan general de la provincia, se depuso y encerró en el castillo de la Aljafería, poniendo en su lugar al general Moria, aunque ofreciendo el mando superior al general D. Antonio Cornel, ministro de la Guerra por algunos dias reinando Carlos IV, y á quien habia dado buen concepto así como su breve ministerio su caida, pero este personaje rehusó encargarse del mando peligroso con que se le brindaba. Moria, obrando como interino y con poca fuerza por no gozar de alto favor entre los levantados, convocó una junta que se mostró tímida é irresoluta. Cuadraban mal procedimientos tibios con el ardor de los aragoneses, no inferior al de los demás españoles. Buscó, pues, el pueblo zaragozano un caudillo de su confianza, y fué á encontrarle en un hombre que, si bien militar hasta entonces, habia hecho su carrera en el servicio de palacio. Era éste el exento de guardias de corps y brigadier de ejército D. José Palafox y Melci, conocido hasta entonces solo por su buena presencia, afables modales, gusto en el vestir, y otras calidades que le hacian un galan cumplido, habiéndole proporcionado en la corte otros triunfos que los de las armas. Sus alcances eran reputados cuando mas medianos; carecia enteramente de instruccion así como de

conocimiento del servicio militar, y de su valor aun nada podia saberse no habiéndose puesto á prueba. Pero le recomendaba á la muchedumbre saberse que hasta cierto punto gozaba de la confianza del cautivo Fernando, y susurrarse que vuelto á España desde Bayona, á donde habia estado en principios de mayo, traia del rey comision reservada para dirigir la resistencia al comun enemigo. Palafox, sin embargo, nada habia hecho en la apariencia, habiéndose al revés retirado á una casa de campo donde vivia tranquila y recatadamente; pero en su retiro no se descuidaba de contribuir en cuanto era posible al levantamiento de sus paisanos en defensa de los derechos del soberano lejítimo y querido, y del honor público mancillado. El capitan general Guillermi desconfiaba de él; pero al parecer poco doseoso de comprometerse con los franceses ó con los españoles, no trató de molestarle. Depuesto Guillermi, y resistiéndose Cornel á sustituirle, Palafox fué llamado por la muchedumbre á ponerse al frente de Zaragoza levantada y de Aragon que habria de seguir el ejemplo de su capital muy en breve. El nuevo caudillo popular, elevado á la clase de teniente general de ejército y al puesto de capitan general de aquella provincia por eleccion de la muchedumbre, convocó una junta, pero no dándole el poder que à otras de su clase que nacian á la sazon, sino conservando en sus manos gran parte de la autoridad, no sin acierto. Dispuso asimismo convocar un congreso, al cual llamó córtes de Aragon, nada parecido á las córtes verdaderas, y cuya formacion, y aun cuyo nombre eran una cosa de perjuicio á la integridad, únidad y robustez de la monarquía española, resucitando la idea de apartar mas entre sí á los no bien unidos cuerpos que la componian. Abriéronse las sesiones de estas tituladas córtes en las casas de ayuntamiento de Zaragoza, asistiendo treinta y cuatro personas en representacion de los cuatro brazos de eclesiásticos, barones ó nobles, caballeros, y universidades ó ciudades, segun el uso antiguo. Aprobó el recien reunido congreso lo hecho por la muchedumbre, confirmó á Palafox en su dignidad de capitan general, y separándose, dejó nombrada una junta de seis individuos que, de acuerdo con el caudillo militar, atendiese y proveyese á la comun defensa. Palafox fué con todo la persona á quien se dirigió especialmente la atencion, simbolizándose en ella el levantamiento aragonés diferente del de otras provincias, en las cuales ningun hombre aparecia verdaderamente al frente sino como mero servidor del pueblo, y él fué tambien el que con actividad, y no sin valor, preparó las cosas para la resistencia á la invasion que amenazaba pronto, si no dando muestras de eminentes calidades militares ó políticas, acreditándose á lo menos de defensor sincero y firme de la causa que sustentaba. Bien se habia menester firmeza y brio en la situacion en que se veian los zaragozanos, pues los franceses estaban cerca por diversos lados y se preparaban á domar el levantamiento y castigar á sus fautores; y la ciudad tenia por defensa unas endebles tapias, y de guarnicion dos mil hombres escasos, no pasando su artillería de doce piezas de pequeño calibre. Todo lo suplió el deseo de resistir, y la indomable constancia de los aragoneses. Juntáronse tropas acudiendo á las filas numerosos reclutas. Buscáronse y halláronse

armas, y se logró tener un ejército, si de fuerza poco crecida y de muy inferior calidad para pelear en campo raso, propio para defenderse dentro de una poblacion, ayudándole un vecindario singular por su tenacidad así como por su denuedo. Agregaron á estos actos los zaragozanos dar un manifiesto donde hacian responsable al emperador francés, á toda su familia, y hasta á sus generales, de la seguridad de las personas del rey Fernando, de su hermano D. Carlos y de su tio D. Antonio, y declaraban que en caso de faltar tan preciosas vidas, para no dejar á España sin monarca legítimo, la nacion, usando de su derecho llamaría al trono al archiduque Carlos de Austria, si bien en calidad de pariente de Carlos III, y en caso de que no pudiesen venir á reinar los príncipes de Portugal ó de Sicilia ú otro á quien por mejor derecho tocase la corona. Así en este documento, obra sin duda de algun aragonés, y de cuya calidad no hubo de enterarse el poco advertido Palafox, asomaba la parcialidad antigua de la corona de Aragon al nombre austriaco, y mezclaba en un levantamiento á favor de los Borbones una idea favorable á la dinastía su competidora por la posesion del trono de España. En verdad todos los procedimientos de los zaragozanos manifestaban menos agudo discurso, y mas apego á ideas rancias, ó cuando menos un apego mas puro de mezcla con otras diferentes ú opuestas, que cuanto se vió al mismo tiempo en lo demás de la Península.

Tambien Cataluña, no obstante estar ocupada por el enemigo su capital con sus castillos y la importante fortaleza de San Fernando de Figueras, tuvo sus movimientos que terminaron en armarse toda la provincia y plazas libres contra los invasores. Así Lérida, Tarragona, Cardona y Tortosa, cerrando sus puertas impidieron la entrada dentro de sus muros al enemigo. Manresa quemó los decretos dados por el gobierno de Madrid. La feroz plebe catalana afeó tambien la heroicidad de su levantamiento con excesos crueles, siendo asesinado en Villafranca de Panadés el gobernador militar, y en Tortosa el que ocupaba el mismo puesto, y además varias víctimas inocentes. Ya mas tarde se congregó una junta de toda Cataluña, componiéndola diputados regularmente elegidos por todos sus distritos, la cual tuvo á Lérida por primera residencia.

En Navarra y en las Provincias Vascogandas, ocupadas las fortalezas por guarniciones competentes, estando Francia vecina y los ejércitos franceses de la Península por el otro lado, no pudo haber levantamiento formal de los habitantes contra el enemigo, y menos crearse una junta ú otra alguna autoridad independiente. Pero aun en aquellas provincias, poco afectas en general á las de Castilla y Aragon, de las cuales las separaban diferentes leyes, usos y costumbres, reinaban con fuerza los pensamientos y las pasiones que á cuanto llevaba el nombre español dominaban en aquellas horas de desventura y heroismo. Los vascongados y navarros ayudaron y aun instigaron á los soldados españoles que estaban en su territorio á pasarse á las filas de los que sustentaban la causa de la independencia, y algo despues formándose en partidas contribuyeron poderosamente á la defensa de España mirándola como á comun madre.

En las posesiones españolas separadas por el mar de la Península, y libres del peligro de invasion, solo se pensó en dar ayuda á los españoles de tierra firme. En Parma, capital de Mallorca, fué proclamado de nuevo solemnemente Fernando VII en 29 de mayo. Pudo excusarse allí por fortuna un delito, aunque hubo peligro de que se cometiese uno de no corta atrocidad, porque amenazó la plebe á un oficial francés que habia venido trayendo órdenes de Murat para el reconocimiento del nuevo gobierno, y para salvarle la vida tuvieron los que se habian apoderado de la autoridad que encerrarle en el castillo de Bellver, encierro de donde acababa de salir el ilustre Jovellanos. Del mismo peligro escaparon personas de mas nota, cuya muerte, si hubiese ocurrido, habría echado sobre el nombre español un borron indeleble. Estaban á la sazon en Mallorca dos sábios del instituto nacional de Francia, los célbres Arago y Biot, venidos allí para medir un arco del meridiano; y la ignorancia vulgar, escitada por el odio y recelos causados por todos los franceses, se figuró que aquellos astrónomos al hacer sus observaciones astronómicas y planos geodésicos estaban trazando modos de dar á Napoleon aquella ísla, descubriéndole el estado de su terréno y fortificaciones. La nueva autoridad popular, aunque despreciaba preocupaciones vulgares tan groseras, no osó resistirles de frente, y mandando prender á aquellos dos sábios, por algunos dias los tuvo encerrados; pero aprovechando á la callada la primera ocasion favorable para darles libertad, los embarcó en un buque que iba para Argel, proporcionándoles así la vuelta segura á su patria.

Hasta en las islas Canarias se siguió desde luego el ejemplo dado por la Península, pues llegando allí las órdenes de la junta de Sevilla disponiendo la guerra con Francia, fueron obedecidas de buena gana por los naturales que pensaban y sentian puntualmente lo que los españoles europeos. Proclamóse allí tambien á Fernando VII y se crearon juntas, habiéndolas separadas en varias islas por disputarse algunas la preeminencia desde tiempo antiguo y alegar derecho á mandar las otras, ya la que era residencia de la capitanía general, ya la que tenia á la real audiencia. El capitan general de las islas, sospechoso como era entonces todo el que tenia un mando superior, fué depuesto, pero no maltratado; entrando á sustituirle el teniente de rey D. Carlos O'Donell, á quien hubo de servir de recomendacion sonar á inglés su apellido, que era de irlandés verdaderamente.

Tambien se comunicó la inquietud de España al vecino reino de Portugal, cojido de sorpresa al ocuparle los franceses, y doblado con feroz impaciencia al nuevo yugo, cuyos sucesos es indispensable referir como parte de la historia del otro reino de la Península, así por estar enlazadas las operaciones de ambos en la guerra que rompió, como porque habiendo tropas españolas en territorio portugués, obraron estas acordes con el espíritu que animaba á sus paisanos.

Junot, desde que empezó en España el desasosiego nacido de los acaecimientos de Madrid y Bayona, empezó á observar á las tropas españolas que tenia consigo, y á disponer asimismo de las francesas de su mando para que cooperasen á las hostilidades si estas empezaban en España. Así

envió un cuerpo de cuatro mil hombres por el lado de Ciudad-Rodrigo para que obrase de concierto con el mariscal Bessieres y otro de la misma fuerza hácia la frontera meridional para que entrando en Andalucía por el Condado de Niebla auxiliase al general Dupont en su intento de enseñorearse de las provincias vecinas. El primero de estos cuerpos llegado á España se apoderó del fuerte de la Concepcion, situado en el límite de los dos reinos, y allí se quedó observando el giro que en uno y otro tomaban los negocios políticos y militares, al paso que el segundo encontró el territorio por donde habia de operar sublevado todo, y tan brava y pujante la insurreccion, que hubo de desistir de su empresa, imposible de llevar á efecto en aquellas circunstancias.

Entretanto sucedian en otros puntos de Portugal cosas gravísimas, así por parte de los españoles que estaban en aquel reino, como por la de los mismos naturales excitados por el ejemplo de sus vecinos. Los regimientos españoles que guarnecian á Oporto á las órdenes del general francés Quesnel, sabedores del levantamiento de Galicia, y habiendo recibido de la junta de la misma provincia órdenes de ir en su auxilio, aclamaron por general al mariscal de campo D. Domingo Belesta, y en el 6 de junio echándose sobre Quesnel y haciéndole preso, se pusieron en camino para su patria. La misma ciudad de Oporto sublevándose contra el gobierno francés enarboló la bandera de la independencia portuguesa, y si bien se sometió de nuevo á Junot por breve plazo, sabido haberse levantado en su mismo reino las provincias de Trás-os-montes, y Entre Duero y Miño, volvió á declararse por la independencia nacional, siguiendo su ejemplo toda la provincia de Beira y la importante ciudad de Coimbra. Formóse en Oporto, á imitacion de lo que se hacia en España, una junta, la cual reconocida como soberana en todas las provincias septentrionales de la monarquía portuguesa, y obrando ya como potencia independiente, entabló tratos amistosos con la Gran Bretaña, é hizo á modo de una alianza ofensiva y defensiva con la junta española de Galicia. Junot en Lisboa, viendo que su poder iba quedando encerrado en los estrechos límites de aquella ciudad y la tierra vecina y de unas pocas fortalezas, y desconfiando con razon de los españoles que tenia á su mando cuando supo estar alzada contra el poder francés toda España, desarmó á las tropas de esta nacion que mezcladas con las suyas estaban guarneciendo la capital donde residia, y las trató como á prisioneros de guerra. El marqués de Malaspina del regimiento español de dragones de la reina que estaba en Mafra en las mismas inmediaciones de Lisboa, logrando libertarse del desarme, pasó á España con toda la fuerza de su mando. Tampoco fueron cojidos fácilmente por sorpresa los españoles situados en la ribera izquierda del Tajo, pues si bien algunos de ellos fueron desarmados como los de la opuesta orilla, y ningun cuerpo pudo escapar íntegro, del regimiento de caballería de María Luisa desertaron casi todos los soldados y oficiales, y gran parte de los del de infantería de Murcia siguieron su ejemplo. En medio de esto los Algarbes y toda la tierra vecina del Mediodía de Portugal, rompiendo en una declaracion igual á la de sus compatriotas del Norte, crearon en Faro una junta, la

cual desde luego se unió en alianza por expreso tratado con el gobierno establecido en Sevilla. Así mientras en Bayona Napoleon se figuraba ser dueño de España á fuerza de perfidias y violencias, y se entretenia en adornar á su hermano con la corona del pais vecino, y en celebrar juntas de personas allí traidas por fuerza para hacer mejoras en gran parte ilusorias en el gobierno de su nueva conquista, el pueblo español con ímpetu generoso se levantaba unánime contra su dominacion, y falto de recursos se precipitaba en una guerra que habia de lastimar gravemente el orgullo, de menguar el poder y de ir trayendo lentamente la ruina del poderoso soberano, señor del continente. El levantamiento del pueblo español no habia sido obra de una sola clase, sino de todas, y yendo acorde en un objeto, en otros se proponia muy diversos fines, siendo yerro comun suponerle hijo del ciego fanatismo empeñado en sustentar la antigua tiranía civil y religiosa, como pretenden sus desaprobadores, y con especialidad casi todos los escritores franceses y aun algunos de otra nacion, ó representarle nacido de un ilustrado deseo de libertad política, como creen ó intentan persuadir sus admiradores. Las ideas mismas que en el reinado de Fernando se figuraban tener una era de buen gobierno y felicidad segun la opinion de cada cual en punto á la mejor calidad de los gobiernos y á la esencia del bien público, ahora, desaparecido de nuevo el rey cuando á modo de sombra fugaz por pocos dias habia estado en el trono como de paso, volvian á mirar su reinado futuro como un sueño compuesto por diferentes personas segun sus diversos y opuestos gustos, y su cautividad, y lo que durante ella habia de hacerse para restituirle el cetro, como la ocasion en que habia de reducirse á práctica la doctrina mas justa y conveniente todo ello con el nombre y con la aprobacion del príncipe prisionero. Este no habia cesado de ser un símbolo ó tipo ideal, si bien los desaciertos de los breves dias de su reinado despótico y desatinado podian haber desvanecido ilusiones trayendo desengaños. La compasion que inspiraba su suerte y el odio al usurpador confundian, como poco antes se ha expresado, sus yerros y culpas en el mas completo olvido. Fernando en Francia era de nuevo todo lo que creian ó deseaban que fuese gentes de discordes ó contrarios pareceres conformes en hacer guerra á los franceses y restituirle el trono y á España su independencia. Esta desconformidad, y al mismo tiempo unidad en los pensamientos y deseos de los españoles, cuando en 1808 se alzaron contra el poder francés, se descubre en los hechos y en los escritos de aquellos dias, así como en las circunstancias de las personas promovedoras ó aprobadoras de la declaracion nacional contra los invasores. En todas partes empezó el movimiento por la plebe, en todas, con rarísimas excepciones, favorecieron el propósito de esta los personajes de mas suposicion por su cuna, por sus empleos, ó aun por su talento y saber, haciendo á algunos el temor cautos por demás; pero siendo pocos los que no opinaban ser justa y conveniente la resistencia si hubiese esperanza de hacerla con feliz fortuna. Verdad es que el clero secular y regular predicó con furor la guerra abogando porque se hiciese encaminándola segun lo que creian que dictaba la justicia, y lo que

conocian ser particular provecho de su clase. Verdad es tambien que muchos personajes encumbrados y otros hombres llenos de preocupaciones, ó impelieron al levantamiento del pueblo, ó le aprobaron y ayudaron para sustentar todos los abusos antiguos en el gobierno español segun convenia á sus equivocados principios ó interesadas miras. No es menos cierto que á la cabeza de las juntas fueron puestas las personas á quienes estaba acostumbrado el vulgo á mirar con reverencia, siendo casi todas ellas contrarias á la causa de la reforma. Pero mal puede negarse que el primer ímpetu fué dado y dirigido en general por hombres de clase oscura y pobre; que los personajes de superior esfera aparecieron arrastrados aun cuando caminasen de motu propio, y que en las juntas entraron hombres nuevos cuyo poder repentino era de orígen popular, verdaderos tribunos ignorantes de la calidad de su oficio, pero conocedores de su fruerza, y que la empleaban como á su situacion correspondia. Así nació en España el poder de la muchedumbre, y á la par el de hombres que á esta debian su encumbramiento. En los procedimientos de los gobiernos ya creados y en las palabras que dirigian de oficio al público ó que consentian publicar á los escritores, se notaban la misma uniformidad y discrepancia, recomendando algunos sustentar el despotismo y fanatismo en su prístina pureza, y aun limpiándolos de la mezcla con que en tiempos modernos se habian contaminado; proponiendo otros volver pura y simplemente las cosas á su estado en los dias de Carlos III; y habiendo muchos y estos de no escasa influencia que estimaban oportuno y aun necesario, y creian fácil y casi seguro que se aprovechase la ocasion para poner límites á la desmedida autoridad real; establecer en la nacion un sistema en el cual gozasen de influjo y poder político los gobernados; y hacer mayores ó menores reformas, poniendo con ellas á su patria á la par con naciones mas ilustradas y felices. De todo esto se ven muestras en los hechos y escritos de la época memorable de que se ha tratado. Pero es fuerza advertir que en algunas cosas era unánime el deseo, é idéntico el modo de expresarle. Querían todos guerra con los franceses para vengar la afrenta hecha al nombre español y para afianzar la independencia nacional, que ocupando el trono un Bonaparte no existiría de hecho ni aun del todo de derecho, siendo el reino mera dependencia del poderoso emperador cabeza de la real familia, con grave perjuicio no solo del público decoro del nombre español, sino del interés real y efectido de la patria. Querían tambien sentar en el trono al rey derribado de él por la maldad del usurpador, porque en Fernando y su familia veian simbolizados sus deseos; porque, siendo el primero el rey elegido del pueblo, el honor de este estaba interesado en volver por sus derechos y los de su casa; porque se le compadecia y amaba, y aun se le creia un dechado de perfeccion, esperándose de él que segunda vez rescatado por el pueblo de su cautividad y peligros, á fuer de agradecido gobernaría puesta la mira en el comun provecho. Querían asimismo que en adelante no gobernase á España privado alguno como el aborrecido Godoy, y á este deseo iba aneja la necesidad de tomar precauciones para satisfacerle, las cuales no podian ser otras que coartar la vo-

luntad Real y el poder de los ministros en algun punto viéndose esto vaga y confusamente y sin acertar el modo de hacerlo, pero creyéndose indispensable y declarándose así en voz alta. De estos pensamientos nació la idea de expresar el objeto del levantamiento del pueblo español en un grito algo largo y compuesto de tres partes. Aclamábase, pues, rey, patria y religion, y el segundo de estos nombres indicaba un poder mas y el pensamiento consiguiente de hacerle efectivo. Por otro lado, el alzamiento habia sido popular y contrajo el gobierno, y con él adquirió el pueblo los hábitos propios del orígen de la situacion existente. El primero, si bien ejercia su autoridad sin trabas legales, y aun á veces con el mayor despotismo, ejercia una potestad que, aun siendo absoluta, tenia mucho de tribunicia. A cada paso temblaba, y en muchas ocasiones tenia que dar cuenta de su conducta á los gobernados. Estos por su parte si obedecian y no pensaban en limitar en general y de un modo fijo las facultades de la autoridad suprema, sindicaban á esta en sus operaciones cuando recelaban que les hiciese traicion, de donde nació la costumbre á veces de desobedecer y siempre de calcúlar si era ó no debido y conveniente prestar obediencia. La calidad de los sucesos y el estado de los negocios produjeron la salida á luz de periódicos numerosos que empezaron á tener influjo en sus lectores, y por el conducto de estos en la muchedumbre que no leia. Faltó en el reino la corte, y con ella el lustre de los que mandaban. Fernando VII representado por las juntas era un rey ideal cuyos representantes habian venido á ser personajes, algunos de ellos muy inferiores y hasta entonces no reverenciados. Los ministros de semejante gobierno bien podian tener todas las facultades de los que lo eran del rey; pero les era imposible aparecer como personas tan calificadas, de lo cual resultaba á su autoridad moral gran menoscabo y detrimento. Así mal pudo la revolucion española de 1808, aun en su primer orígen, haberse encaminado á conservar á España en su situacion antigua. Fué, pues, una nueva faz de la historia de la Península cuyas consecuencias forzosas habian de ser considerables alteraciones y transformaciones y la creacion de un estado nuevo, no solo en la parte gubernativa, sino en la social juntamente.

La insurreccion de los españoles en su principio y fines justa, y hasta acertada, tuvo desde luego algunos inconvenientes graves, y los preparó iguales ó mayores para lo sucesivo. Con haberse creado gobiernos independientes en varias provincias, se aflojó de nuevo el nunca bien apretado lazo que unia entre sí á las varias partes componentes de la monarquía española. Con un acto grande de desobediencia se convirtió esta en costumbre, cosa mas perjudicial en un pais donde el gobierno aun siendo despótico solia ser imperfectamente obedecido. Con tener gobiernos nacidos de súbito cuyo orígen era patente, y cuya vida venia por lo comun á ser breve, siendo compuestos ademas de hombres conocidos poco antes como meros particulares, mengüó y casi acabó la reverencia al ente moral llamado gobierno con perjuicio del bien público y de los mismos gobernados. La profusion con que las juntas repartian grados y honores, llegando algunas, y con especialidad las de Asturias, á nombrar gene-

rales hasta de la clase de capitanes, excitó muchas ambiciones, dejando para lo venidero ejemplos fatales por desgracia frecuentemente imitados. De haberse roto en pedazos el Estado, recibió su gobernacion tal daño y desconcierto, que en muchos años no pudo recobrarse. Compensaban algunas ventajas tantos y tan graves inconvenientes. Recobró el pueblo español la confianza en sí propio que tenia perdida, de donde se orijinó el bien que es consiguiente. El movimiento que le sacudió sacándole de su antiguo entorpecimiento y letargo le tuvo mejor dispuesto para esforzarse y adelantar intelectual y físicamente. Entraron, pues, en él ideas nuevas productoras de males y de bienes, pero que á la larga habian de serle provechosas.

En medio de las inquietudes que preparaban á España nuevo destino traido por mano de sus hijos, Napoleon en Bayona despreciando y casi ignorando el alzamiento de la Península contra su poder, se figuraba que iba á darle leyes á su gusto y á mantenerla sujeta para que sirviese á sus grandes proyectos ulteriores, siendo parte del imperio de Occidente, compuesto de monarquías dependientes de la francesa con reyes feudatarios. Servíale su hermano José haciendo el papel de rey, y no sin deseo de representarle de veras, ó dígase libre de tutela, como si esto fuese posible, siendo su poder falto absolutamente de raices y capaz solo de existir con el arrimo de su hermano victorioso, prepotente, y lleno de gloria. El titulado rey de España confirmó á Murat en la lugartenencia del reino, nombramiento no el mas acertado, pues recaia en un sujeto aborrecido por haberse bañado en sangre española. Esperaron en seguida ambos hermanos á que el congreso de Bayona empezase y despachase sus operaciones dando á España una constitucion nueva. Ya se ha dicho quienes componian aquel cuerpo inútil á todo buen propósito. Antes de que abriese sus sesiones, como para darle la medida de la libertad é independencia de que habia de disfrutar, Napoleon, que entre sus superiores prendas tenia la falta de querer mezclarse en todo y hacerlo todo por sí, pues le desagradaba cuanto no se ajustaba á su opinion hasta en pequeñeces, entregó á Azanza, nombrado como queda dicho presidente de las cortes, un proyecto de constitucion para España, obra de mano no conocida. Fuese lo que fuese, un cuerpo compuesto por la violencia, deliberando en tierra extraña, al lado de un amo imperioso y descontentadizo tenia que aprobarlo todo, salvo en algunos puntos de corta entidad. Abrió sus sesiones el congreso en 15 de junio, y se empleó primero en examinar y aprobar los poderes de los que le componian, inútil trabajo siendo patente la ilegitimidad de todos, y consistiendo los mas de ellos en un mero nombramiento del que se titulaba soberano. Siguióse leerse el decreto en que Napoleon cedia la corona de España á su hermano José en punto al cual solo se exijia obediencia. Así en la sesion del 17 aquel cuerpo determinó ir á reconocer á su nuevo soberano con el rendimiento debido. El dia 20 fué presentado el proyecto de constitucion sobre el cual empezó desde luego á deliberarse, no faltando quien en él se ocupase muy de veras y con candor, acaso porque se daban importancia á sí propios quienes la daban á aquellos actos, y por creer-

se no sin motivo que España habria de obedecer al nuevo monarca aunque en este caso eran inútiles las constituciones, habiendo de depender los bienes que ganase y los males que padeciese la nacion española de la voluntad de su rejenerador Napoleon, del cual su hermano titulado rey no pasaría de ser mero instrumento. Acordaron asimismo los congregados en aquella reunion algunas cosas útiles para alivio del pueblo suprimiendo varias contribuciones. El 22 pidieron algunos religiosos que no fuesen suprimidos enteramente los conventos, á lo cual hubo de accederse por el pronto. Ni aun á la inquisicion faltó allí un abogado, pues habiéndose hecho proposicion de abolirla, un inquisidor de los concurrentes, pues habia en la reunion gente de todas clases, procuró probar que el santo oficio considerado por un aspecto político no dejaba de tener ventajas, por lo cual no volvió á tratarse de esta materia, siendo de notar que en apoyo del tribunal llamado de la fé se levantó la voz de los consejeros del real consejo que eran parte de aquella concurrencia. Acabóse pronto la obra de la constitucion, como conociéndose ser inútil detenerse en lo que de antemano estaba resuelto. Era la tal constitucion de la clase de las enmarañadas que introdujo en Francia el famoso Sieyes al subir al mando el general Bonaparte, trabajo en que se procuraba dejar algunas apariencias de lo llamado gobierno representativo, pero despojándole de su índole y complicándole en su forma. Prometíase en él la libertad de imprenta para su tiempo, vana promesa nada acorde con la dominacion extranjera, ni con el carácter de Napoleon, incapaz de sufrir contradicciones, particularmente en los escritos dados á la luz pública. Otro artículo singular de la mal llamada constitucion, era que hubiese de haber perpétua alianza ofensiva y defensiva por mar y tierra entre España y Francia, disposicion que dejaba á la potencia inferior de las dos aliadas en una dependencia absoluta de la mas poderosa. Todo ello disgustaba en España, aunque por otra parte era poco sabido y no mas atendido cuando llegaba á saberse, causando ó indiferencia ó enojo en los apasionados á grandes reformas é instituciones de las llamadas de un gobierno libre lo despótico de aquellos procedimientos, la naturaleza de aquellas leyes tan favorables á la autoridad real, y lo parco de aquellas reformas; y al revés llenando de ira y desprecio á los apasionados á las cosas antiguas ver trocada la monarquía española tan escandalosamente por manos de advenedizos. Hecha la constitucion, que fué concluida en 30 de junio, y habiéndose añadido un artículo disponiendo que pasado el año de 1820 hubiese de presentar el rey las mejoras y enmiendas en la misma obra que hubiese acreditado la esperiencia de necesarias y convenientes, se procedió al acto de jurar fidelidad á aquellas leyes nuevas. Prestó su juramento de guardarlas José como rey, haciéndole en manos del arzobispo de Burgos. Prestáronle en seguida los del congreso, autorizando con su firma la constitucion, pero solo en número de noventa y uno, por no haberse podido juntar mas personas que figurasen como diputados en aquella representacion, en la cual solo veinte y uno tenian una especie de nombramiento por eleccion de ciudades ó cuerpos, siendo los demás personas de la servidumbre y corte del rey Fernando,

ó traidas por fuerza de las poblaciones ocupadas por los franceses en virtud de órden de los generales de los mismos extranjeros. Renovóse en Bayona el acto de echar mano de españoles residentes ó transeuntes, para hacerles poner la firma en lá constitucion como representantes del pueblo español, y aun así no se pudo completar el número de ciento y cincuenta de que segun órden superior habia de constar el congreso.

Otros cuidados ocupaban y embargaban los ánimos de quienes le componian. Aunque confusas y encubiertas habian llegado á Bayona nuevas del levantamiento de las provincias de España. Lo que se sabia daba poca inquietud al emperador, no ignorante de la mala situacion en que estaba la Península para defenderse de su poder, y aun teniéndola en menos que en lo que merecia; pero aun así, era conveniente y hasta necesario sosegar disturbios y alborotos, que en los súbditos voluntarios de José, y mas todavía en los forzados, no dejaban de causar miedo y congoja. Dispúsose, pues, escribir en nombre del congreso exhortaciones á la nacion española para que se sosegase, ponderándole la excelencia del nuevo gobierno que se le quería dar, y procurando convencerla de cuán inútil y dañoso sería resistirle. El levantamiento de Zaragoza hubo de sonar mas en Francia que el de otros puntos, por lo cual para poner en paz á los aragoneses, se determinó agregar la predicacion oral á la escrita, enviándoles diputados que los tragesen á la razon y obediencia, y siendo uno de ellos D. Ignacio Martinez de Villela, del consejo real, hombre de algun concepto por su saber, no obstante no ser el suyo de la mejor clase, y reputado de mala condicion y no mejores entrañas. Los predicadores hubieron de volverse desairados, no sin peligro de sus vidas, y los sermones impresos circulados tuvieron por tratamiento desprecio y contumelia. José y su hermano, sin embargo, prosiguieron en su carrera juzgando el ademan y continente guerrero de los españoles corto impedimento á la ejecucion de proyectos concebidos y empezados á ejecutar por un poder gigante. Cuando ya habian empezado las hostilidades en la Península con varia fortuna, y en algunas partes no con la mejor para las armas francesas, que habian tenido reveses considerables entre fáciles triunfos, José formaba su ministerio y se preparaba á subir á su trono. El 7 de julio fueron las córtes en cuerpo á hacer nuevo acto de sumision y obediencia á su hermano el emperador, quien, segun es fama, recibió á aquellas gentes como cortado y corrido. No obstante no conocia él su peligro, ni veia alrededor de sí mas que indicios de serle favorable la suerte en la empresa de la usurpacion del trono español como lo habia sido en todo cuanto hasta aquella hora habia intentado. Los que le rodeaban le obedecian rendidos, y aun los personajes empleados en el servicio particular del rey Fernando y de su Real familia habian enviado por escrito un juramento de fidelidad y obediencia á la constitucion y al rey nuevo. El mismo Fernando, así como su hermano Don Carlos y su tio, habian escrito á Napoleon dándole la enhorabuena por el advenimiento de su hermano al trono de España, y aun el primero, llevando á los términos mas feos una lisonja inútil y afrentosa, habia escrito al usurpador de su trono felicitándole por su encumbramiento, y

declarándole que se miraba como de la augusta familia de Napoleon por haberle pedido la mano de una de sus sobrinas, y tener todavía esperanzas de lograrla.

Los nombramientos de los que habian de componer su ministerio hechos por José recayeron en personas de mérito y renombre. Creándose un ministerio con el título del de Estado, aparte del de negocios extranjeros conocido en España con aquel nombre, fué encomendado á Urquijo, de cuyas calidades se ha dicho lo bastante en el curso de esta historia, y él se prestó á aceptar y ejercer su cargo con sinceridad y celo. De los negocios extranjeros, con el título de ministerio de ellos mismos, fué encargado Ceballos, quien conservando su puesto antiguo con nuevo nombre obraba forzado y dispuesto á abandonar la causa del usurpador por la de la patria, bien que buscando modo de hacerlo sin peligro. D. Sebastian Piñuela siguió en el ministerio de Gracia y Justicia. Otro tanto sucedió á D. Gonzalo O-Farril, que gravemente comprometido abrazó de veras y con entusiasmo el servicio del nuevo rey. Encomendóse el ministerio de Marina al famoso general Mazarredo que tanto concepto tenia de honrado y entendido, y éste, á pesar de no haber sido afecto á Bonaparte cuando le trató en París recien subido á primer cónsul, abrazó el partido de Napoleon con vehemente y tenaz empeño, creyendo por lo mismo que él no procedia contra su honradez, necedad y delito en los demás no imitarle. Para el ministerio de Hacienda se valió el nuevo rey de Cabarrus, que como nacido en Francia pudo aceptarle sin faltar á su patria, si bien al encargarse de él lo hizo con sentimiento, pesándole de estar en un partido contrario á los españoles, á quienes amaba sobremanera. Al lado de Cabarrus tenia su lugar en la lista de los ministros su amigo Jovellanos, nombrado para serlo del Interior, sin contarse con su voluntad; pero él no aceptó semejante nombramiento, resolviéndose al contrario, si bien despues de alguna incertidumbre y dudas, como quien recela recien salido de un peligro comprometerse de nuevo, á abrazar la causa de la independencia poniéndose entre los primeros que la sustentasen y dirigiesen. A estos nombramientos siguió dar otros destinos de superior categoría. Fué confirmado en el mando del regimiento de Reales guardias españolas el duque del Infantado, quien, constante en ser débil, no rehusó entrar en España sirviendo al usurpador, si bien pronto le desamparó viniéndose á los españoles leales. El príncipe de Castel-franco fué coronel de las Reales guardias walonas, y como hombre de escasa nota en calidad de político no mereció por ello vituperio, y asimismo volvió al servicio de su patria.

Dadas estas disposiciones entró el titulado José Napoleon I, rey de las Españas y de las Indias, á tomar posesion de la monarquía de que le habia hecho dádiva poco agradable el emperador; despótico tanto cuanto con otros con los de su familia. Pisó el suelo español con las armas en la mano compelido á abrirse paso hasta Madrid á viva fuerza. El odio general le suponia todo lleno de vicios y aun de defectos, representándole dado á la embriaguez y falto de un ojo. Así hasta desprecio inspiraba, siendo tal el atrevimiento de los españoles, favorecido por

la ignorancia vulgar, que el poder gigante de Napoleon era no solo resistido por ellos, sino escarnecido, usándose respecto á varon tan ilustre, pero con España pérfido y cruel, de los mas groseros insultos.

La entrada de José se verificó en 9 de julio de 1808; pero antes habia habido sucesos de que es necesario dar razon para referir las cosas con el órden debido.

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL
JAEN

CAPITULO TERCERO.

PRINCIPIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

No bien habian llegado á Madrid y á Bayona noticias de los levantamientos de las provincias de España, cuando de ambos puntos se expidieron órdenes para sujetar á los levantados, si bien lo que en la capital de España parecia de mas bulto y causaba mas inquietud á los dominadores del pais testigos del estado de los ánimos de toda España fuera de esta hubo de parecer pasajero alboroto que por fuerza habría de ser vencido, necesitando solo castigo y escarmiento. Ya se ha contado que el desacato de Segovia hecho á las inmediaciones mismas de Madrid llevó á enviar á aquella ciudad un corto número de tropas que pronto las sujetaron, huyendo hácia Valladolid sus defensores. Como la noticia del alzamiento de Santander llegase á Bayona de las primeras entre las de ocurrencias semejantes, y como el estar situada aquella ciudad en region montuosa, y en la costa diese que temer larga resistencia, aprovechando las ventajas del pais y los auxilios dados por los ingleses, mandó Napoleon al mariscal Bessières que encaminase allí fuerzas suficientes para sofocar del todo el levantamiento, al cual daba singular carácter el modo con que le dirigia el extravagante obispo. El mariscal mandó salir tropas de Búrgos el 2 de junio con órden de pasar á las montañas de Santander; pero pronto noticioso de que iba tomando cuerpo la insurreccion de Valladolid, llamó así las fuerzas enviadas hácia el Norte, y agregándoles otro cuerpo mandado por el general Lasalle, las dirigió á sujetar la residencia del capitan general de Castilla la Vieja, que por serlo, así como de la chancillería, tenia mas importancia. En la locura del entusiasmo reinante osó hacer resistencia á tales fuerzas la poblacion pequeña y abierta de Torquemada, y pagó su atrevimiento con ser incendiada y dada á saqueo. Escarmentada con este ejemplo Palencia se sujetó á los franceses y fué tratada benignamente. El general Merle pasó con algunas tropas á juntarse

con Lasalle, y ambos unidos fueron sobre Cabezon, en cuyo pueblo poco distante de Valladolid, y que tiene un puente sobre el Pisuerga, esperaba á los enemigos D. Gregorio de la Cuesta con cinco mil paisanos armados y algunas tropas, tanto de las escapadas de Segovia cuanto de las situadas en aquellos contornos, resuelto, quizá por no serle posible evitarlo, á disputar el paso del rio. Llegados los franceses triunfaron fácilmente de tan pobre resistencia, y dispersando á los españoles entraron en la tarde del mismo dia 12 en Valladolid, que los recibió sumisa y admirada de ver vencidos á sus defensores. Detuviéronse en Valladolid las tropas francesas cuatro dias, cumplidos los cuales salieron camino de Santander; pero dividiéndose Lasalle se detuvo en Palencia á fin de estarse allí observando al general Cuesta que se habia retirado hácia Medina de Rioseco; y Merle siguiendo para la montaña adelantó hasta tropezar el 21 con algunos miles de paisanos armados que capitaneaba Don Juan Manuel Velarde, fuerza allegadiza que no pudo hacer frente á contrarios aguerridos. Derrotadas, pues, y dispersadas aquellas turbas, entró Merle en la indefensa Santander el 22 de junio. Al mismo tiempo llegó á juntarse con él otra corta division francesa, salida de Miranda de Ebro á las órdenes del general Ducos y que tambien habin peleado con paisanos armados resueltos á defender el paso del puerto del Escudo y vencídolos á poca costa. Los principales promovedores del levantamiento de Santander, seguidos de alguna tropa y bastante gente armada, huyeron por mar y tierra hácia Asturias, refugiándose el obispo en buques ingleses, donde con sus singularidades causó no poca admiracion á los nuevos aliados de España. No continuó la fama de este prelado, que la dió mala al levantamiento de los españoles, midiéndose por sus rancias y descabelladas ideas propagadas por toda Europa las de los asociados en la empresa de sustentar la independencia de su patria.

Como queda apuntado en esta historia, el alzamiento de Zaragoza fué asimismo de los que principalmente llamaron la atencion del emperador de los franceses, y de cuantos en Bayona estaban congregados dando rey y leyes á España. Así, despues de procurarse sosegar aquel movimiento á fuerza de persuasiones, se apeló al mas eficaz argumento de las armas y salió de Pamplona con cinco mil infantes y ochocientos caballos el general de brigada Lefebvre-Desnouettes, no estimándose necesario mayor poder para vencer y domar el de los zaragozanos escasos de tropas y faltos de murallas. El general francés llegó á Tudela, atravesó por su puente el Ebro el 8 de junio, disputándole flojamente el paso sus enemigos; tropezó en Mallen con una turba de soldados y paisanos que capitaneados por el marqués de Lazan hermano de Palafox y pobrísimo soldado le salieron al encuentro, y los venció y desbarató; otra vez dió con ellos en Gallur y asimismo los puso fácilmente en huida en el 12 del mismo mes, y por último el 14 viniendo á las manos con Palafox mismo que gobernando cinco mil hombres del pueblo mal armados y visoños le presentó batalla, alcanzó tercera y poco disputada victoria, con lo cual se puso sobre la misma Zaragoza, y aun pe-

netró en ella esperanzado de dominarla casi sin mas pelea. Pero de súbito recogidos á sus calles y casas los naturales se hicieron firmes, rechazaron á los vencedores, y los obligaron á retirarse á un extremo de la ciudad, empezando una defensa que sirvió de inmortalizar su nombre.

Tambien desde Cataluña enviaron los franceses tropas á Aragon. La poblacion catalana armada al toque de rebato llamado allí de somaten empezó á juntarse para cortarles el paso. El general Schwartz salido de Barcelona el 4 de junio hubo de detenerse el 5 en Martorell de resultas de haber caido récios aguaceros, dando así á los levantados tiempo para prepararse á recibirle con las armas. Juntándose, pues, crecidas turbas de paisanos armados, diestros en el manejo de la escopeta, y prácticos en la tierra, aprovechando las ventajas de los terrenos quebrados y fragosos, cayeron sobre los franceses por todos lados, acudiendo particularmente los tiradores de Manresa y de Igualada que se juntaron en el Bruch, los cuales, envolviendo á los enemigos los obligaron á recojerse á Barcelona donde entraron el 8 de junio si no vencidos, imposibilitados de ir adelante. Fué entonces forzoso llamar á la capital de Cataluña un cuerpo de cuatro mil y doscientos hombres que á las órdenes del general Chabrán habia ocupado á Tarragona, los cuales, tras de desamparar la plaza de que eran dueños, tuvieron á su vuelta que abrirse paso combatiendo con la poblacion en varios puntos sublevada. El 13 salieron juntas de Barcelona las tropas de Schwartz y de Chabrán á castigar á los levantados de Manresa y la tierra comarcana, pero ocupando estos el puesto de Bruch, fuerte por su naturaleza, y empleando para defenderse además de la fusilería cañones de madera hechos de pronto, y que pudieron servir para algunos disparos, rechazaron completamente y con pérdida á sus enemigos. Ya entonces el general Duhesme que mandaba en Barcelona y en toda Cataluña, viéndose dueño solamente de las fortalezas guarnecidas por sus tropas y la provincia entera declarada su enemiga, trató de asegurar su comunicacion con Francia, no consintiéndole sus fuerzas otras operaciones que estas necesarias á su seguridad. Enviando columnas con este objeto tuvo la fortuna consiguiente á la superioridad de sus tropas sobre las confusas turbas que se les oponian, y los franceses desbarataron completamente á los levantados catalanes en Mongat el 17 de junio, y otra vez en el mismo dia en Mataró, dando esta última poblacion al saqueo. Faltaba con todo á los vencedores apoderarse de la plaza de Gerona, por su situacion importante, aunque por sus fortificaciones de poco valor, y á la cual estaba reservado inmortalizarse por mas de una gloriosa defensa. Esta vez por primera resistió á los franceses que escasos en número pretendieron entrarla á viva fuerza y quedaron rechazados. Hubo de volverse Duhesme á Barcelona logrado solo en corta parte su intento, y tuvo el disgusto de que habiendo dejado tropas en Mataró estas de contínuo hostigadas por los catalanes acabasen por tener considerables reveses.

Tambien por la parte de Cataluña que baña el Llobregat se alzó el pueblo armado, y si bien fueron desbaratados los insurgentes por tropas enviadas de Barcelona, retrocediendo, dispersándose, y juntándose de

nuevo, molestaron á sus contrarios y los compelieron á volverse á la capital, á cuyas cercanías se arrojaron á adelantar sus partidas, que veian desde las murallas los franceses con asombro y enojo, y los naturales con júbilo y grandes esperanzas.

Entretanto Murat desde Madrid daba órdenes activas para sosegar los alborotos de España, cuya importancia entera no llegó á conocer, pero que apreciaba en algo mas que el emperador su cuñado. Llamábanle particularmente la atencion Valencia y Andalucía. A esta última provincia habia desde luego pensado en dirigir un número bastante considerable de fuerzas, siendo necesario para complemento de la ocupacion de España la de Cádiz. Así en el 24 de mayo cuando todavía no se tenia noticia de levantamiento alguno importante, si bien el aspecto general de España anunciaba que no sin mas ó menos resistencia se verificaría la toma de posesion de su trono por el rey de la nueva familia, Dupont, que con su ejército estaba en las cercanías de Toledo con su cuartel general en la misma ciudad, recibió órden de ponerse en marcha para Andalucía. Este general acreditado en las anteriores campañas de los franceses en Alemania é Italia-emprendió su viaje lleno de confianza suma, y aun con la soberbia propia de sus paisanos en general favorecidos por la victoria anunció de antemano el dia en que entraría en la ciudad á que se le destinaba. Atravesó sin obstáculo los llanos de la Mancha por entre la poblacion pacífica y ceñuda, y el 2 de junio penetró por la Sierra Morena, en cuyas asperezas tampoco encontró enemigos. Pasadas ya las montañas y llegado á Andujar, tuvo allí noticias del alzamiento de Sevilla, lo cual lejos de detenerle le impelió á seguir para sosegar y castigar los actos que él calificaba de rebelion á su emperador, y que consideraba despreciables. En el 7 de junio llegó al puente de Alcolea, donde como poco antes queda referido, le esperaba el general Echevarri con cerca de tres mil hombres de tropa, alguna artillería y las numerosas turbas de mal armados y desordenados paisanos, que situados en la opuesta ribera del rio juzgaban imposible en su ignorancia que sus enemigos atravesasen el puente defendido por los cañones, ó hiciesen uso de los vados. Pronto les llegó el desengaño, y al ver la caballería francesa arrojarse á la corriente y la infantería adelantarse animosa y serena despreciando las balas, acometidos del terror natural en gente inesperta aunque valiente se pusieron en precipitada fuga los paisanos. Cumplió con su obligacion la tropa, pero envuelta hubo de ceder no sin pérdida, dejando á los franceses libre el paso á Córdoba. Retiróse precipitado el general Echevarri, sin dar una sola órden en aquel apuro. Adelantando Dupont, pronto andubo las dos leguas que hay desde el puente de Alcolea á Córdoba, y llegado á las puertas de la ciudad, las encontró cerradas; acto de temeridad y de desórden, no habiendo hecho preparativo alguno para la defensa. Uno ó dos tiros franquearon la entrada en la poblacion, y puesto el general francés al frente de los suyos penetró por las angostas calles, cuando un tiro disparado desde una ventana y asestado á su persona dejó muerto á uno de sus oficiales. Con este suceso creció en

los franceses la ira excitada por la resistencia de los españoles, y se aceleraron los excesos, que probablemente aun sin esta causa habrían ocurrido. Fué entregada Córdoba al saqueo y á todos los horrores que le acompañan. Cargáronse de botin los conquistadores, pero esto les fué fatal por mas de una razon, pues se detuvieron para saciar su codicia; con las riquezas adquiridas cargaron con el cuidado de conservarlas, y con la noticia de las atrocidades que habian cometido llevaron al último extremo la ya crecida rabia y sed de venganza de los andaluces. Tambien los manchegos noticiosos de estar ya sublevada toda España, cooperando en cuanto les era dable á las operaciones de sus compatriotas en otras provincias, se habian dado á hostilizar á los franceses, acometiéndolos cuando eran cortos en número, y cometiendo con ellos actos de la mas bárbara crueldad, con lo cual les interceptaban las comunicaciones. En Valdepeñas llegó á haber una refriega sangrienta mas fatal que á los españoles á los franceses, por serles mas dificil reparar las pérdidas que tenian. Amenazado así Dupont por su espalda, alrededor de sí tenia sublevada toda la poblacion, de suerte que habia quedado en Córdoba completamente cercado. Inquieto el general francés, falto de noticias por no consentir el estado de los pueblos que se le diesen de clase alguna, y noticioso confusamente de que iba á venir sobre él un ejército ya de alguna fuerza, y que le pintaban mayor los rumores que hasta él se abrian camino, despues de perder algunos dias, en vez de proseguir su camino, pensó en retirarse, cuerda resolucion en sus circunstancias. Retrocedió pues, saliendo de Córdoba el 16 de junio, y en el 19, dia que en el siguiente mes habia de serle fatal y no menos á las armas de su emperador, llegó á la ciudad de Andujar. Allí no queriendo retirarse mas, ni atreviéndose á adelantar, se detuvo largos dias entreteniendo su ocio con una inútil expedicion á la indefensa capital de Jaen, la cual fué asimismo saqueada, viciándose mas con ello los soldados franceses, y aumentándose el rencor en las poblaciones españolas.

Mientras así se detenia Dupont, y la activa y valerosa junta de Sevilla, sin desmayar por el revés del puente de Alcolea, daba providencias para proseguir con vigor las hostilidades, y el general Castaños con las tropas del Campo de Gibraltar, las de la guarnicion de Cádiz y otras pocas situadas en varios puntos del reino de Sevilla juntaba un mediano ejército, y le aumentaba con numerosos reclutas, en otras provincias ocurrian sucesos de alta importancia. Para sujetar á Valencia, no bien llegó la noticia de su levantamiento, habia sido destinado el mariscal Moncey con ocho mil hombres, corta fuerza para mandada por un mariscal del imperio, pero considerable para lo que permitian las circunstancias de los franceses, y para la calidad del enemigo al cual iba á combatir, que contaba con muy pocos verdaderos soldados. Además el mariscal habia de llevar consigo tropas de las Reales guardias de infantería española y walona; pero estas puestas bajo su mando se le desertaron y fueron poco á poco á juntarse con los españoles. No por esto suspendió Moncey su marcha, pero haciéndola despacio por los obstáculos que le presentaban la calidad del terreno, la escasez de recursos y la sublevacion del pais, en-

trado en Cuenca, hubo de detenerse allí algunos dias. Esta detencion causó disgusto en Madrid, de donde salieron el general Excelmaus y otros oficiales con encargo de avivar al mariscal en sus operaciones. Estos oficiales, al atravesar por pueblos todos ellos enemigos, fueron hechos prisioneros y enviados á Valencia, de suerte que Moncey así como Dupont se hallaba sin noticia de cuanto á su alrededor sucedia. La junta valenciana émula de la de Sevilla dió providencias de sumo vigor para la defensa de la provincia que gobernaba, y particularmente para la de la capital en que residia. Guarnecióse con tropas el paso de Cabriol, y se hizo otro tanto en el puerto de las Cabrillas, lugares importantes de la sierra que separa á Castilla la Nueva de Valencia. El P. Rico, que bajo su hábito religioso encubria muchas calidades de intrépido soldado, acudió á invigilar en la defensa de su provincia en los últimos puestos ocupados por sus tropas. Pero estas no eran capaces de resistir á las francesas, que aguerridas y experimentadas, una vez y otra las vencieron arrebatándoles los puestos ventajosos que defendian, y bajando á los fértiles llanos en que pocos impedimentos podian contenerlas en su victoriosa carrera. El indomable Rico escapado de la derrota de los suyos en las Cabrillas, habia ido á la ciudad de Valencia y excitado allí á la poblacion á hacer una defensa desesperada de sus hogares. Fué grande el entusiasmo de los valencianos, y hasta las mujeres y niños se pusieron á trabajar sin descanso en fortalecer su ciudad, añadiendo defensas á las escasas de su antiguo y frágil muro. Armáronse, pues, algunas baterías de campaña: estableciόse fuera de las puertas un campamento atrincherado con tropas mandadas por el general D. Felipe Saint March, á las cuales se agregaron numerosos paisanos armados, que trajo capitaneándolos D. José Caro, de Almansa y sus cercanías. Numerosas turbas de valencianos de los campos y lugares pequeños se habian recogido á su capital, donde cobrando aliento con verse abrigados por muros y cañones, contribuyeron á la defensa. El 27 avistando los franceses á Valencia y recibida su artillería, dieron principio á sus operaciones contra la ciudad, que, no siendo plaza fuerte, no creian capaz de hacerles larga resistencia. Defendiéronse bien desde luego los valencianos, pero no pudieron impedir que ganasen terreno sus enemigos, atravesando los defendidos canales de riego, venciendo otros obstáculos y llegando pronto á apretar la poblacion casi pegados á sus murallas. Deteniéndose entonces, intimaron la entrega al capitan general, cuya autoridad reconocian como legal, y aun á la misma junta, no obstante no ver en ella mas que una reunion de rebeldes. Aquel como militar antiguo veia la imposibilidad de defenderse, atendiendo á las reglas del arte de la guerra, y en la segunda habia muchos participantes de la misma opinion, por lo cual hubo un momento de duda y aun de disposicion manifiesta á rendirse con razonables condiciones. Pero Rico y otros caudillos populares no habian concitado al pueblo á resistir para ceder al primer grave peligro. Ademas los valencianos no sin razon temblaban de que la bárbara matanza hecha en los franceses indefensos sería castigada de nuevo. Así fué que de en medio de la junta, á la que habian asistido ademas el

ayuntamiento, una diputacion de la nobleza y otra de las artes y oficios convocadas á deliberar en aquel apuro, salió una voz llamando á las armas y calificando de traicion la duda ó la demora en lanzarse á la defensa, voz á que correspondió la plebe, atropellándose atumultuada á las puertas del lugar donde estaban deliberando sus superiores, amenazando con la muerte á los cobardes ó tibios, y arrastrando á todos á ocupar sus puestos, y desde ellos exponerse á todos los azares de un sangriento combate. Los franceses, visto que se preparaban á resistirles, acometieron con ímpetu esperanzados del triunfo, no creyendo posible que se defendiese bien una poblacion, cuyas fortificaciones eran ó inservibles para la guerra moderna, ó improvisadas; pero fueron mas de una vez rechazados, y consumido el dia 28 de junio en inútiles esfuerzos, vieron no ser sus fuerzas bastantes á la expugnacion de Valencia, segun estaba defendida, y hacerse su situacion en extremo peligrosa, si permanecian al pie de los muros de la ciudad, teniendo á todos lados una poblacion enemiga armada y furiosa. Determinó por consiguiente Moncey retirarse, y puso en ejecucion su propósito no por el camino que habia traido, sino por el mas rodeado y llano que pasa por Almansa y Albacete. Allí sin embargo le esperaba un grave peligro, pues volviendo con tropas poco numerosas y desanimadas por un revés inesperado, tenia que tropezar con fuerzas mandadas por el conde de Cervellon, las cuales, si no de buena calidad, tenian las ventajas que daban el conocimiento del pais, el entusiasmo reinante, la noticia de la victoria de sus compatriotas, y tener que habérselas con contrarios vencidos, que solo buscaban una retirada segura. Pero el conde, á quien habia hecho general su elevada clase y no sus servicios, falto si no de valor personal, de resolucion para comprometer á sus tropas, dejó pasar á los franceses sin disputarles siquiera el dificil paso del Júcar. Acudió desde Murcia con algunas tropas el general Llanos, militar si no de superiores alcances, de mas experiencia y resolucion que su compañero; pero no teniendo suficiente fuerza para cortar la retirada á los franceses, se contentó con molestarlos, sin estorbarles el paso del puerto de Almansa. Llegado Moncey á Albacete, ya en tierra llana y abierta, dió algun descanso á sus tropas, que bien le habian menester, despues de atravesar un pais enemigo viniendo rechazadas. Que un mariscal del imperio francés no hubiese podido ganar una ciudad no fortificada, y se hubiese visto al contrario obligado á retirarse largo trecho, y hasta fuera de los límites de la provincia que habia ido á ocupar, no era corto revés; pero este desaire de las armas francesas quedó oscurecido por otro harto mas grave.

Cuando, segun queda dicho en esta historia, salió Murat de Madrid enfermo y disgustado, quedó encargado del mando de los ejércitos franceses en España el general Savary, bien que sujeto á no poder dar órdenes sin que el general Belliard las refrendase. La poca antigüedad de Savary en su grado de general de division, y el haber en España empleados dos mariscales hizo poco agradable aun á los mismos franceses tener que obedecerle. A los españoles no era menos odioso el hombre que habia llevado á Fernando á Bayona á fuerza de artificios, que su antecesor cubierto con la

sangre española derramada en el dos de mayo. El nuevo general francés ajustándose á las órdenes de su emperador, atendió con diligencia á enviar refuerzos á los cuerpos de ejército empleados en sujetar las provincias levantadas, dándole mas cuidado que otros Dupont, no obstante su victoria en el puente de Alcolea, por saberse y con ponderacion la calidad y número de fuerzas que se estaban preparando á resistirle. Por esto envió órden al general Vedel de ir en su auxilio con las tropas de su mando que tenia en Toledo, y de reunirse al paso todas las cortas fuerzas desparramadas por la Mancha y acosadas por los levantamientos del paisanage de la misma provincia. Cumplió Vedel con su encargo al principio con próspera fortuna, y llegado en 26 de junio á las asperezas de Sierra Morena, forzó el paso de la angostura de Despeñaperros que intentaron defender los españoles aunque con fuerzas escasas, queriendo tener cercado á Dupont á la sazon establecido en Andujar. Siguió el general francés hasta llegar á la Carolina, donde hizo alto, y puesto en comunicacion con las fuerzas de su nacion que ya operaban en Andalucía, y aun reforzado por estas, cuidó de señorear la Sierra, de afirmarse en ella y de asegurarse por la espalda, á fin de que entre él y Madrid estuviese el camino expedito y seguro.

Tambien atendió Savary á las operaciones del mariscal Moncey antes y despues de recibir noticia del malogramiento de su expedicion contra Valencia. Con este objeto envió por la parte de Cuenca una division mandada por el general Augusto Caulaincourt, hermano de otro general del mismo nombre, despues y antes célebre como negociador y como guerrero con el título que llegó adquirir de duque de Vicenza, y á quien, por suponérsele participante en la muerte del duque de Enguieu, aunque solo contribuyó á ella siendo portador de órdenes cuyo tenor y objeto ignoraba, se profesaba casi general ódio en Europa. El hermano, oficial querido en el ejército francés y muy alabado por sus conmilitones por sus prendas de soldado y caballero, no acreditó estas honrosas calidades en su expedicion, pues llegado á Cuenca la entregó al mas bárbaro saqueo, no sin sospecha de apropiarse parte del botin, ni sin acompañar la rapiña con el sacrilegio, ordenando dentro de la misma catedral arcabucear á algunos de sus soldados que intentaron apropiarse lo destinado á saciar la codicia de sus superiores; siendo este acto así como uno de los que mejor pintan la moral de un ejército acostumbrado á continuas guerras y conquistas, de los que repetidos por España avivaron la llama del ódio contra sus perpetradores. Poco sirvió esta expedicion á Moncey, con el que no llegó á reunirse. Tambien salió el general Frere con algunas tropas á reforzar á Caulaincourt, pero ya tarde, pues el mariscal venia de retirada y aun estaba ya en el confin de Murcia y Castilla la Nueva, por lo cual viéndole en seguro las tropas enviadas en su auxilio, recibieron órden de retirarse hácia Madrid. Moncey asimismo vino á replegarse sobre el Tajo. Con arreglo á este plan general de concentrar las fuerzas francesas en el centro de España, tocaba á Dupont retirarse, y recibió órden de hacerlo, enviándole asimismo con nuevos refuerzos al general Gobert para hacerle mas llanas y seguras sus operaciones.

Mientras así se preparaban en el Mediodia de la Península sucesos graves y decisivos, los hubo hácia la parte Septentrional de no poca importancia y bastante buena fortuna para los invasores, infundiéndoles las mas halagüeñas esperanzas pronto desvanecidas. En Asturias y Galicia se estaban formando ejércitos de respetable fuerza, atendido el poder de aquellas provincias, pero se necesitaba tiempo para ponerlos en buen órden y arreglo, haciendo soldados de los reclutas que en gran parte los componian. Sin embargo, el general Cuesta que tenia juntas algunas fuerzas en Benavente, y estaba impaciente por aumentarlas y operar contra los enemigos con un ejército de respetable poder, pedia con vivas instancias socorro á aquellas dos provincias. Negóse la junta de Asturias á enviarle sus tropas; acaso guiada por el deseo á la sazon comun en España de obrar cada gobierno de provincia de por sí como potencia independiente, empleando sus propios recursos; pero alegando la fundada razon de que no convenia exponer sus soldados visoños contra otros aguerridos y diestros en la tierra llana de Castilla. Apretada sin embargo la junta asturiana, y contribuyendo el vulgo á estrecharla y compelerla á resoluciones activas, hubo de enviar á juntarse con los castellanos mandados por Cuesta el regimiento de Covadonga á las órdenes de don Pedro Mendez de Vigo, y de situar en Leon al pié de las montañas otra fuerza de igual número que gobernaba el mariscal de campo conde de Toreno, padre del insigne político é historiador, que heredando despues su título, añadió á este nombre tanta gloria. En Galicia habia sucedido á Filanjieri en el mando del ejército el brigadier don Joaquin Blake, elevado á teniente general, oficial con crédito de instruido, de valor frio, callado, severo, desapacible, que dado despues á aventurar batallas perdió muchas comprometiendo su fama con la muchedumbre, pero conservándola alta en el concepto de un corto gremio de devotos suyos, todos ellos gente entendida, y que en el momento de que ahora se trata quería cuerdamente instruir bien sus tropas antes de llevarlas á la refriega, exponiéndose por su prudencia hasta á la terrible sospecha que tan cara habia costado á otros generales. Pero la junta de Galicia, si bien de mala gana, acosada por mensajes de Cuesta y por el clamor de la plebe impaciente de que se pelease con el enemigo cuyo vencimiento creia fácil y aun seguro, envió órden á su general de que pasase á juntarse con el de Castilla. Obedeciendo Blake, dejando cinco mil hombres de reserva en Benavente, fué á juntarse con Cuesta, llevándole quince mil hombres, con lo que aumentó hasta veinte y dos mil la fuerza del general de Castilla la Vieja, el cual con grande opinion de sí mismo por haber ya mandado en tiempos antiguos y guerras pasadas, se determinó á correr el azar de una batalla campal con los ejércitos franceses. El mariscal Bessieres recibió con gusto la noticia de que los españoles venian á pelear en campo raso, y les salió al encuentro al frente de doce mil infantes y mil y quinientos caballos, compensando la superioridad de número de su enemigo con la ventaja que le llevaba en la calidad de sus fuerzas, experimentadas en muchas batallas y ufanas con no pocas victorias. Daba mas importancia á la lid que se iba á empeñar, que cabalmente en aquella hora iba entran-

do José en España, estando pendiente del éxito del combate que el pretensor del trono llegase á ocupar la capital de la monarquía. El 15 de julio por la mañana llegaron á avistarse los ejércitos contrarios en Palacios, á legua y media de Medina de Rioseco, que dió nombre á la batalla empeñada de allí á poco. Fué esta sangrienta, pero desde su principio estuvo poco dudosa la victoria, asegurándosela á los franceses su mayor experiencia, porque si bien en el ejército español habia muchos soldados y cuerpos antiguos, abundaban los reclutas, y aun á los veteranos faltaba en no corto grado la instruccion y sobre todo el ejercicio de la guerra. Bessieres mandó envestir primero con las tropas de Blake muchas de ellas del ejército antiguo de Galicia que habia militado en Portugal á las órdenes de Taranco, y las desbarató, no obstante haber peleado con denuedo, y estar situadas en lugar ventajoso. En seguida el general Merle, que era el que habia conseguido esta ventaja, cayó sobre las fuerzas de Cuesta, las cuales se retiraron abandonándole el campo. Hubo en aquella jornada por parte de los españoles algunos hechos insignes de valor y de entusiasmo patriótico, señalándose oficiales de varios cuerpos y aun soldados, entre los que se distinguieron los carabineros reales, y pereció mas de un militar de nota gloriosamente, pero en general fué floja la resistencia al vencedor que alcanzó un triunfo completo. La poblacion de Rioseco fué tratada ferozmente por los soldados victoriosos que entraron en ella recien concluida la refriega. Siguió Bessieres dando alcance á las fugitivas fuerzas de Blake hasta Leon, y mezclando con las operaciones militares las tentativas políticas, procuró entablar tratos con el general vencido, y reducirle á reconocer por rey de España á José; pero fueron en balde todos cuantos medios empleó, no siendo posible en aquellos dias lograr de los españoles que se sometiesen aun viéndose en la mas adversa fortuna.

José, que estaba á poca distancia del lugar donde los suyos habian vencido, vió con la derrota de los españoles abierto y franco el camino á Madrid, y se apresuró á entrar en la capital del que miraba como su reino. La noticia de la batalla de Rioseco no fué menos grata á Napoleon, el cual la comparó con la de Villaviciosa, que en 1710 habia afirmado la corona de España en las sienes de Felipe V; desacertadísima comparacion, no solo por lo que siguió, sino atendiendo á las circunstancias anteriores y contemporáneas al combate. En efecto, José caminando hácia Madrid, en vez de verse como Felipe V recibido con apasionado aplauso por el pueblo, fué el objeto en quien se repitió el trato dado por los castellanos al rival del mismo Felipe, el archiduque Carlos de Austria. Oyóse desde luego calificar de intruso, título que le quedó anejo. Encontró desiertas las poblaciones que atravesaba. Llegado al fin el 20 de julio á las cercanías de Madrid, hizo alto en Chamartin, casa de campo del duque del Infantado, y deteniéndose allí, dispuso hacer en la capital su entrada solemne. Ejecutó su propósito en hora para él aciaga, si debe contarse por desventura en quien reina verse objeto del no encubierto ódio de todas las clases de los sujetos á su poder, ódio que es seguro nuncio de desventuras mas ó menos remotas. Fué la pompa del

titúlado monarca corta, pero alguna, consistiendo principalmente en la lucida fuerza francesa que le rodeaba. Pero las calles á su tránsito estaban desiertas, los balcones casi todos sin colgaduras, no obstante haberse dado órden para ponerlas, y en los pocos que se presentaron á presenciar aquel espectáculo se notaba un aspecto de tristeza feroz, que repugnaba y aun infundia miedo, aumentando el horror de la escena uno ú otro viva de persona pagada para darle, que contrastando con el silencio y ceño general ténia visos de ironía amarga y amenazadora. Así, pero no imitando al ya citado archiduque, que teniendo idéntico acogimiento hubo de volverse atrás, siguió hasta el Real palacio que por entonces habia de ocupar solo pocos dias.

El 25 de julio, dia de Santiago, titulado patron de España, fué destinado á hacer la proclamacion solemne del rey nuevo en su corte. Tocaba en esta funcion llevar el pendon de Castilla al marqués de Astorga, conde de Altamira, alferez mayor del reino y de las primeras familias de España; pero este no queriendo hacer un papel que echaría un borron sobre su nombre, se huyó de Madrid, por lo cual hubo de ocupar su lugar el conde de Campo-Alange, de nacimiento, aunque tambien ilustre, bastante inferior, y que se prestó dócil á servir á los invasores. Fué la ceremonia semejante á la de la entrada del rey intruso, pero algo mas alegre por correr ya un rumor, si bien vago y confuso, de una gran victoria alcanzada por los españoles que hacia de aquella pompa una farsa; rumor de aquellos que divulgan grandes novedades ciertas, aun siendo engañosos por ser anticipados. Siguióse á la proclamacion exigir juramento de fidelidad y obediencia á José y á la constitucion de Bayona de todos los cuerpos y principales personajes y empleados del reino. Prestáronle algunos combatidos de contrarios temores, esquivaron otros el compromiso, y el consejo Real, llamado de Castilla, así como la sala de alcaldes de la real casa y corte llegaron al punto de resistirse, si bien con cautos modos, ganando tiempo y valiéndose de sutilezas legales, para dar color de demora á la negativa. Alentaba á los que así procedian saber que toda España estaba sublevada, y que la fortuna en algunos lugares habia sido ya muy contraria á los franceses. Así al pasarse al consejo Real la órden para que hiciese juramento de fidelidad y obediencia al titulado rey, ya entrado en su reino, y próximo á sentarse en su solio, respondió á la órden con un silencio de algunos dias. Dentro ya de Madrid José, en 22 de julio reiteró su mandamiento á aquel tribunal, fundándose en la constitucion de Bayona reconocida en cierto modo por el mismo consejo que de oficio la habia publicado. Este dilató dos dias su respuesta, atento á lo que de las provincias se sabia sobre las cosas de la guerra, y al cabo la dió, oidos sus fiscales, respetuosa pero no sumisa, representando no sin fundamento «no ser él representante de la nacion, ni tocarle hacer las veces de las cortes, á las cuales privativamente competia admitir una constitucion nueva, y que tratándose no ya de una ley sola, sino de la completa derogacion de todas las antiguas, sustituyéndoles otras de todo punto diferentes, mal podia un tribunal comprometerse á la observancia de tales no-

vedades, antes que la nacion no les diese total validez, aprobándola de una manera legal y solemne.» Juiciosas y fundadas razones eran estas, á las que solo podia responderse con la fuerza imperiosa; pero el consejo, viendo que sería al cabo compelido aun por los medios mas violentos á hacer lo que de él se exigia, cedió en punto á la constitucion, comunicándola de oficio para su cumplimiento con fecha del 26 de julio. Ya entonces iba tomando mas cuerpo y señales de verídica la voz anunciadora de una gran derrota padecida por los franceses, constando al consejo cuando menos que los enemigos estaban en grande aprieto en Andalucía, rechazados de Valencia, é incapacitados por entonces de hacerse dueños de Zaragoza. Por esto en el 28 en vez de hacer el juramento al rey insistió en excusarse, alegando para su negativa los motivos antes expuestos, y calificando sus dudas de escrúpulos de conciencia. Bien habria sabido el gobierno del usurpador desvanecer escrúpulos semejantes y hacerse obedecer; pero hubo de verse distraido á mayor cuidado, teniendo que buscar su seguridad en la fuga, y que abandonar á la representacion del ausente legítimo poseedor el ocupado trono. De los acaecimientos que dieron de sí tales consecuencias, conviene dar razon inmediatamente.

En las provincias septentrionales la victoria de los franceses en Rioseco solo habria servido de abrir paso á José hasta Madrid, pero Asturias y Galicia seguian levantadas, sin que osasen penetrar en ellas los vencedores. Aun en Castilla solo era suya la tierra que pisaban, sirviendo el alcance de su artillería de línea de demarcacion del pais sujeto á su obediencia. Pero el suceso que á la sazon sobresalia entre todos los de la Península, era la defensa de Zaragoza, de la cual, siendo en sí de tanta singularidad y mérito tan poco comun, se hacian abultadas ponderaciones, repetidas despues dentro y fuera de España, que daban y han seguido dando á la indudable heroicidad de los zaragozanos cierto carácter poético ó novelesco, y á su general Palafox el aspecto, pensamientos y hechos de un héroe fabuloso medio místico, medio caballero andante. Sin necesidad de dar crédito á lances inventados, los verdaderos de que fué teatro la capital de Aragon y su general el actor principal, bastan para dar motivo á la admiracion de todas las edades. Ya queda referido que vencido Palafox en Alagon, y echado hasta seis leguas de distancia de Zaragoza, los franceses se arrojaron sobre esta ciudad, le intimaron la entrega, y aun no recibiendo respuesta, penetraron por sus calles creidos de que no experimentarían mas resistencia, y que acometidos de súbito por los habitantes desde las casas y castillo de la Algafería y aun en las calles mismas, despues de haber tenido pérdidas considerables, hubieron de recojerse al muro, ó, dicho con mas exactitud, á la tapia que separa la poblacion del campo. Triunfantes los zaragozanos, elijieron para que los capitanease en la defensa, haciendo las veces del ausente Palafox, á don Lorenzo Calvo de Rozas, nombrado por ellos corregidor é intendente en el mismo levantamiento, sugeto hasta entonces no conocido y mero particular dado al comercio, el cual hermanaba con bastante talento natural y alguna instruccion, valor, ambicion,

y la inquietud y travesura que en tiempos revueltos dan ascendiente, y hacen de contínuo, cuando no poderoso, notable. Este caudillo popular se mostró digno de la confianza en él depositada, proveyendo con esfuerzo y acierto á la comun defensa. El general francés Lefebvre-Desnouettes encargado de dirigir el sitio, dos dias despues de haber sido rechazado de las calles que ya ocupaban sus tropas, hizo nueva intimacion á la ciudad, acompañándola con la amenaza de pasar á cuchillo á sus habitantes, si no se entregaban inmediatamente. Despreciada como era de suponer la intimacion, los franceses empezaron á levantar sus baterías, y á formalizar aquel singular sitio y ataque no de fortificaciones, sino de casas y calles, en que atendiéndose en parte á las reglas de la guerra, y siendo forzoso desatenderlas en otra parte mayor, palmo á palmo se iba á pelear, haciendo casi inútil cada ventaja conseguida por los agresores. Sabedor Palafox de que Zaragoza se defendia con seis mil hombres se encaminó á socorrerla; pero sorprendido en Epila y derrotado, hubo de retirarse á Calatayud. No queriendo el general dejar de tener parte en la defensa de la ciudad, y viendo que si venia sobre ella con tropas bastantes para llamar la atencion del enemigo, sería derrotado de nuevo, dejando en Calatayud parte de sus cortas fuerzas, volvió el 2 de julio con alguna muy escasa á las inmediaciones de Zaragoza. Esta padecia sobre manera, sin desistir por eso de su heróico empeño. En el 26 de junio los zaragozanos habian renovado sus juramentos de fidelidad al rey Fernando, agregándole el de derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de su religion y hogares. El 27 los franceses que habian recibido artillería gruesa y refuerzos desde Pamplona empezaron á hacer un fuego terrible á la ciudad, y quisieron aprovechar la circunstancia de haberse volado un repuesto de pólvora, para penetrar en su recinto y dominarla. Fuéles contraria la fortuna en este intento, pero favorable en lo exterior, pues se hicieron dueños fácilmente del monte Torrero, no teniendo los españoles en el campo la confianza que dentro de una poblacion los hacia poco menos que invencibles. Tenaces los zaragozanos, ensoberbecidos con sus ventajas, y sin desalentarse con sus reveses, en su noble ignorancia y orgullo achacaban á su valor propio, á la justicia de su causa y á la proteccion divina las primeras, y los segundos á traicion indudable, por lo cual condenaron á muerte al infeliz comandante de Torrero, así como á los gobernadores de algunas fortalezas poco importantes de Aragon, que no habian podido defenderlas del enemigo. Desde el 30 de junio empezaron los sitiadores á disparar bombas á la ciudad, continuando en este ejercicio durante largos dias con poco terror del vecindario, y haciendo el escaso daño que es consiguiente al uso de estas armas, aunque causándole algo notable en los edificios. Mas estrago hacia el fuego de los cañones, que si no en número muy crecido, eran mas que los bastantes para combatir una ciudad sin murallas, y aun para empleados contra una fortaleza mediana habrian sido de no poco efecto. No eran, sin embargo, las fuerzas de los sitiadores suficientes á circunvalar la ciudad muy estensa y poblada, y así seguian en comunicacion los sitiados con sus amigos de afuera, entrando y sa-

liendo Palafox segun estimaba necesaria su presencia entre las paredes de la poblacion ó en el campo. La artillería francesa no dejaba con todo de hacer estragos. Caian edificios y se peleaba entre las ruinas. Dieron los sitiadores varios asaltos al castillo de la Aljafería, al portillo, al convento del Cármen convertido en fortaleza. Rechazáronlos los zaragozanos y se volvió á aquel guerrear de nueva especie. Pero á los franceses favorecian su superior pericia que ayudaba á su valor, y la superioridad de su artillería, y así aunque sin cesar resistidos iban adelantando, ocupando puestos, desde los cuales dominaban la ciudad, y aunganando sus endebles muros. A fines de julio si no habia decaido el aliento de los sitiados, sus fuerzas se iban consumiendo. El 3 de agosto el coronel de ingenieros Lacoste, ayudante de campo de Napoleon, dirigió nuevos disparos de municion hueca á la ciudad, y cayendo algunas bombas ó granadas en el hospital de sangre, donde yacian los heridos, se originó de ello una confusion notable. El 4 del mismo mes habia brechas abiertas en varios edificios, y al fuego de los sitiadores apenas podian responder las baterías españolas. Embistieron aprovechando la ocasion los franceses, y penetraron por el derrumbado convento de Santa Engracia hasta llegar á la ancha calle del Coso, la principal de Zaragoza, con lo cual prorrumpieron ya en alegres aclamaciones, juzgándose dueños de la ciudad, cuando empezando á llover sobre ellos balas de todas las casas, hubieron de parar, conociendo ser harto incompleto su triunfo. Volándose en esto un repuesto de pólvora, les abrió paso por entre nuevas ruinas, facilitándoles situarse en puestos ventajosos. Pero al mismo tiempo llegaron socorros á los zaragozanos, que auxiliados prosiguieron tenaces en la defensa de la mayor parte de la ciudad, la cual aun tenian por suya. Salióse Palafox en busca de nuevos refuerzos, y entró su hermano el marqués de Luzan á hacer sus veces. El general Lefebvre-Desnouettes tuvo esperanzas de dar con el capitan general de Aragon en campo raso y allí destruirle; pero éste acertó á burlar á su contrario, y el 8 de agosto volvió á meterse en Zaragoza. Dueños ya sin embargo los franceses de algunas calles lo habrían llegado á ser de la ciudad entera, á no haber venido á sitiadores y sitiados nuevas de la mas alta importancia, acompañadas de una órden á los primeros de levantar el sitio, órden que revocada en breve, dilató algunos dias mas las operaciones de la guerra con aumento de gloria para los defensores de la capital de Aragon.

Los grandes sucesos recien ocurridos en Andalucía habian traido en pos de sí mudanzas considerables en la situacion de los franceses en España. Queda referido que Dupont se habia situado en Andujar, no pensando ya en adelantar, y poco dispuesto á retirarse de las Andalucías, y que los refuerzos que le fueron enviados desde Madrid ya solo eran con el intento de hacerle segura la retirada. En tanto el general Castaños con fuerzas considerables se le venia acercando, de forma que en el 9 de julio se atrevió ya á situarse á legua y media de Andujar. Era tal la fidelidad de los españoles á la causa de su patria y su odio á sus enemigos, que ni una sola noticia medianamente exacta enteraba á estos del número ó calidad de las fuerzas de sus contrarios. Vedel situado en la

Sierra Morena, habia sabido que Moncey, rechazado de Valencia, se habia retirado hasta la Mancha, revés para las armas francesas no comun, y propio para infundir desaliento á sus compatricios empeñados en empresa igual á la que el mariscal vencido habia tenido á su cargo. Empezaron las hostilidades entre los opuestos ejércitos en continuas escaramuzas. El 16 de julio cerca de la barca de Menjibar, que sirve de atravesar el Guadalquivir, hubo una refriega ya séria, en que consiguieron alguna ventaja y mostraron singular esfuerzo los españoles. Influia en los ánimos de estos hasta la casual circunstancia de ser en aquellos dias el aniversario de la gran victoria alcanzada por los cristianos sobre los infieles en las Navas de Tolosa, situadas en el mismo teatro de la nueva guerra, y parecia que la divina proteccion segunda vez sacaría triunfantes á los que, como sus antepasados, se figuraban pelear juntamente por la religion y la patria en los mismos lugares. Tarde al fin dispuso Dupont su retirada. Vedel para protejerla retrocedió desde Bailen, pues sabiendo que en Guarroman, distante de esta última poblacion dos leguas, se habian presentado algunos españoles á tirotearse con los suyos, receloso de que pudiesen embestir por allí considerables fuerzas, acudió á repelerlas ó ahuyentarlas, y en busca ó del enemigo que huia, ó de mejor puesto, adelantando en su retroceso dos leguas mas, llegó á la Carolina el 18. En la mañana del siguiente dia habia concertado el ejército español caer sobre Andujar y los franceses que la ocupaban por ambas márgenes del Guadalquivir, cogiéndolos entre dos fuegos. Con este intento pasando el rio por Menjibar, llegaron el mismo 18 á situarse en Bailen las divisiones de los generales Reding y Coupigni, el primero coronel de un regimiento suizo al servicio de España, y ya con el grado de mariscal de campo, valiente soldado, aunque no con grande talento de general, que se dió con celo á volver por la causa de la nacion á la cual servia; el segundo, mariscal de campo tambien, y de las guardias walonas, extranjero de orígen, segun declara su nombre, y como de inferior antigüedad puesto en obediencia á su compañero. Estas dos divisiones habian de caer sobre Andujar al dia siguiente y al tiempo que otro tanto hacian por la opuesta ribera del rio las demas fuerzas con el general en jefe Castaños. Así mientras Dupont tenia por uno y otro lado fuerzas contrarias prontas á combatirle, Reding y Coupigni se veian en igual situacion, teniendo contra sí á su frente los de Andujar y á su espalda las tropas de Vedel situadas en la Carolina. Pero cuando se preparaban los españoles á ir sobre Dupont, éste en la noche del 18 al 19 abandonando la ciudad en que habia pasado un mes ocioso se puso en camino para Madrid segun le estaba mandado. Estaba incierto el francés sobre si encontraría en el camino fuerzas españolas para disputarle el paso, y Reding y Coupigni no sospechaban que hubiese emprendido su jornada, y se le viniese acercando el enemigo. Iban á formarse cerca del amanecer los españoles en Bailen, cuya distancia de Andujar es de cinco leguas, á fin de atravesarlas y dar con sus contrarios, cuando de súbito se vieron acometidos. Pudo la sorpresa causar la derrota de tropas casi todas visoñas, y en que apenas las habia con conocimiento práctico

de la guerra; pero el ardor de los ánimos bastó á encender la ira, sin dar entrada al desaliento, al ver llegada la ocasion de venir á las manos con los franceses. Embistieron estos con denuedo, aunque no con todo el que era propio de tan aguerridos soldados, embarazándolos y ocupándoles el ánimo venir cargados de botin, y teniéndolos rendidos el calor propio de la estacion y del clima, así como turbándoles el espíritu verse rodeados de una poblacion furiosa, y creerse resistidos por un ejército numerosísimo. La artillería española, arma menos descuidada que otras en España; se acreditó en aquellos momentos, favoreciéndole ademas la fortuna, pues lo certero de sus tiros desmontó algunos cañones de los franceses. Rechazados los de Dupont en la primera acometida, se rehicieron y una vez y otra volvieron á embestir, estrellándose siempre en la firmeza de las tropas españolas. Los generales franceses hicieron el último esfuerzo poniéndose á la cabeza de sus columnas, en que se distinguia el hermoso batallon de marinos de la guardia imperial; pero no obstante la buena calidad de estas tropas y el ardimiento de todas ellas y de sus capitanes no les fué posible romper la línea española. Entretanto las fuerzas mandadas por Castaños, viendo abandonado á Andujar, ocuparon la ciudad y siguieron el alcance del enemigo que se retiraba, llegando sobre la espalda de éste algunos cuerpos de caballería á la hora misma en que retrocedia rechazado por su frente. En tal aprieto Dupont, rendidas sus tropas del cansancio y del calor, rodeadas de contrarios, cuyo número ignoraba y cuyo valor habia experimentado, se prestó á capitular entregándose con todo el ejército que mandaba. Estaban pendientes los tratos, cuando Vedel, que si hubiese llegado á tiempo habría cogido á las divisiones españolas de Bailen entre dos fuegos y dado á los suyos la victoria, adelantó aunque tarde, y en el primer ímpetu de su acometida, cayendo sobre dos rejimientos que se hallaban en Guarroman, los hizo prisioneros. Prosiguiendo en sus operaciones, pero caminando con lentitud aunque oia el fuego de la batalla, llegó cerca de Bailen, cuando estaban suspendidas las hostilidades y en tratos Dupont con sus enemigos y vencedores. Este despachó un ayudante á Vedel que le obedecia, mandándole que nada emprendiese, porque estaba tratando en nombre de todo el ejército francés de su mando. Vedel, segun cuentan los franceses sus defensores, creyendo que se trataba de una paz entre los españoles sublevados y el gobierno de Napoleon, mandó cesar el fuego. En tanto Dupont habia enviado un parlamentario á Andujar, para que se viese con el general Castaños, pidiendo no menos que permiso para sus tropas de retirarse hácia Madrid. No eran admisibles semejantes condiciones. Castaños las desechó en términos dudosos á fuerza de ser corteses, pero el conde de Tilli, vocal de la junta de Sevilla, que estaba al lado del general como vigilándole, insistió en que se usase de mas dureza. Intimóse, pues, al general francés que habia de entregarse prisionero de guerra, aunque concediéndole que sus tropas llegadas á Cádiz serían embarcadas y vueltas á Francia, y que se dejarían á los oficiales y soldados sus equipajes, donde estaba encerrado el botin que habian hecho en Córdoba y Jaen, incluso los vasos sagrados roba-

dos en los templos. Oidas estas condiciones en el ejército de Dupont, discordaron los pareceres en punto á admitirlas, repugnando á no pocos hombres animosos empañar así el lustre del nombre francés y el de las armas de la misma nacion vencedoras de toda Europa; influyendo en el ánimo de otros mas cuerdos ó mas rendidos al peso de la desdicha ver el miserable estado de las tropas, en quienes varias circunstancias, acabando con las fuerzas corporales, habian menguado los brios; y prevaleciendo en muchos el ruin deseo de salvar las riquezas allegadas con los excesos cometidos. Hubo, pues, quienes opinasen volver á la pelea, y procurar romper por medio de sus enemigos; pero fueron mas los que estuvieron por capitular salvando las vidas á costa de la gloria. Dupont dió órdenes contradictorias, obedeciendo á las cuales Vedel se retiró hácia Sierra Morena, con lo cual podia, siguiendo su camino, pasar á la Mancha sin estorbo, quedando libertado su ejército; pero hubo de volverse al recibir nuevo mandato, no sin que pudiese algo en su ánimo la respetable consideracion á la amenaza que le fué hecha, de que abandonado su general sería con cuantos con él quedaban pasado á cuchillo. Hízose, pues, la capitulacion que firmaron el general Castaños y el conde de Tilli por parte de los españoles, y los generales Marescot y Chabert por la de los franceses. Las tropas del inmediato mando de Dupont, cuyo número pasaba de ocho mil hombres, quedaron prisioneras de guerra, y como tales rindieron las armas á cuatrocientas toesas del campamento, con la condicion ya expresada de conservar los oficiales sus espadas, y estos y los soldados sus equipajes, y de ser todos llevados por mar á Francia, sin que pudiesen volver á servir en aquella guerra. A las tropas de Vedel cupo mejor suerte. Al dia siguiente de haberse entregado las de Dupont, pasó el general Castaños á Bailen, donde las divisiones de Vedel y Dufour en número de mas de nueve mil hombres entregaron sus fusiles, águilas, caballos y artillería, pero en calidad de depósito, no habiendo de considerarse como prisioneras y sí de acompañar á las del mismo ejército en su vuelta á su patria, quedando libres para empuñar de nuevo las armas contra los españoles. A estas últimas condiciones se sujetaron fuerzas destacadas del mismo ejército, que estaban en Sierra Morena y hasta en la Mancha obedientes á las órdenes de los generales de quienes dependian. Llegó al número de veinte y un mil hombres el de los que cayeron en manos de los españoles, que con solo treinta mil soldados, de ellos la mayor parte nuevos, alcanzaron tan notables ventajas. Tal fué la memorable batalla de Bailen y tales sus resultas. Costó alguna sangre por ambas partes, y no poca atendiendo á no ser crecido el número de los combatientes; pero la magnitud de las consecuencias excedió á lo reñido de la pelea. Desde que regia á Francia Napoleon Bonaparte no habian experimentado sus armas revés igual, ni que con mucho se acercase al de Bailen, siendo por confesion de los mismos historiadores mas apasionados de las glorias francesas este borron sobremanera sensible, por lo mismo que caia en una fama, cuyo resplandor deslumbraba sin estar ofuscado aun por la mas leve sombra.

La capitulacion fué mal observada por parte de los españoles, culpa que no se les debe disimular, aun cuando se consideren las razones que malamente los llevaron á cometerla. Las perfidias de Napoleon movian á creer, no sin fundamento para la sospecha, que, no reconociendo como gobierno el de sus enemigos, no respetaría lo que con estos se pactase, y volvería á enviar aun á los prisioneros á la Península á conquistarla y devastarla. Su falta de fé con el rey de España y la nacion española era sin razon estimada motivo suficiente para no guardársela á él ni á los suyos. La poblacion enfurecida no entendia de las leyes de la guerra, y atendia poco á las del honor, no dando oido á otra voz que á la de la venganza. Los saqueos hechos por los franceses, y principalmente la profanacion de los templos, incitaban á despojarlos de riquezas mal adquiridas, pero cuya conservacion les habia sido asegurada en una estipulacion solemne. Así fué que los prisioneros, igualmente que los de Vedel en su camino á los puertos, donde se habian de embarcar, fueron tratados con la mayor dureza. A pesar de los esfuerzos que para salvarlos hacian los encargados de su custodia, algunos cayeron asesinados, si bien no en crecido número. En Levrija fueron pasados á cuchillo casi todos los que allí estaban detenidos por algunos dias. En el puerto de Santa María al momento de irse á embarcar un número considerable, abriéndose la maleta de un oficial ó soldado, asomó en ella un cáliz, y no fué menester mas para que la plebe rabiosa se arrojase sobre todos, maltratándolos, intentando quitarles las vidas, y robándoles cuanto llevaban propio ú ajeno, no para restituirlo á sus legítimos dueños, sino para apropiárselo los robadores como buena presa. Estos eran desmanes populares que el gobierno procuraba contener, ya con firmeza, ya flojamente, y siempre sin poder conseguirlo. Pero de otros actos poco menos vituperables fué culpado el gobierno mismo. Reclamando los generales franceses el cumplimiento de las capitulaciones, les fué negado, y no solo las tropas prisioneras de Dupont, sino las de Vedel hubieron de quedarse en España en estrecho encierro, sujetos á rigores, aunque muy ponderados por los franceses, durísimos en verdad, inevitables por otro lado en la situacion de los ánimos y de las cosas, y no tan de culpar como el hecho de haberlos detenido. El general don Tomás de Morla procuró en cartas llenas de sofísticas razones abonar un hecho incapaz de defensa. Solamente los generales y algunos empleados superiores fueron enviados á Francia, algunos de ellos á experimentar el rigor de la ira de su emperador ofendido. Tales son, aun sustentando la causa mas justa y noble, los desafueros de la plebe desatada, y los efectos de la debilidad de gobiernos obedientes á las pasiones populares.

Alcanzada la victoria de Bailen, pasó el vencedor Castaños á Sevilla á gozar de su triunfo, y fué coronado con solemne pompa. Era indecible el alborozo de las libertadas Andalucías, y no menor la soberbia enjendrada por la increible recien alcanzada victoria. Pero en la alegría asomaron síntomas de una division, que podia malograr las ventajas conseguidas. Atribuian muchos á Reding la gloria toda de la jornada de Bailen, donde él solo con las tropas de su mando habia pelea-

do. Daban otros con justicia al general Castaños la parte que en los prósperos sucesos cabe al general superior que ha dirigido todas las operaciones. Con estos afectos parciales tocante á personas iban mezclados otros de provincia. Reding mandaba tropas de Granada; Castaños las de Sivilla: las juntas de uno y otro reino se miraban con poca amistad, pecando la sevillana de demasiado arrogante, y la de Granada de indócil y ambiciosa, y llegaron las cosas á punto de temerse en breve entre ambas el desvariado escándalo de un rompimiento.

Mientras estas cosas pasaban, la victoria de Bailen producia mejores frutos en el centro de España dominado por los invasores. El 28 de julio llegó á Madrid y al titulado rey de España José Napoleon la noticia del gran desastre ocurrido á las trapas francesas, siendo portador de ella el oficial que habia intimado á las tropas situadas en la Mancha y dependientes de Dupont la órden de ir á participar de la suerte de su general y compañeros. Convocó al momento el intruso monarca un consejo de sus generales y ministros, para determinar qué habria de hacer en aquel apuro. Ignoraban el estado de las fuerzas vencedoras, creyéndolas superiores á su verdadero número, y encaminándose ya á Castilla, para aprovechar las ventajas ganadas. Sabíase por otra parte que se encaminaba al mismo punto un ejército valenciano, sin que se supiese del todo su mala calidad y poco crecida fuerza. Bien habrian podido los franceses que ocupaban á Castilla la Nueva sostenerse en la línea del Tajo; pero con la incertidumbre y el conocimiento de estar sublevada contra ellos toda España, les faltó el arrojo y hubo de resolverse desamparar la capital y aun á ambas Castillas, yendo á situarse á la orilla Septentrional del Ebro. José Napoleon dejó á los que se habian dado á su servicio en libertad de seguirle ó abandonarle. No procedieron todos ellos de igual modo, pudiendo mas en el ánimo de unos la consideracion de la fé jurada á su nuevo señor y en otros la de lo que debian á su patria, y estimándose unos pocos con razon sobrada demasiado comprometidos por haber abrazado la causa de los franceses con celo, al paso que no faltaban quienes pudiesen alegar estarla sustentando forzados ínterin se presentaba ocasion de seguir la bandera de la independencia que tremolaba en las provincias. Acompañaron en su retirada al príncipe francés los ministros Urquijo, Azanza, O-Farril, Mazarredo, y Cabarrus con uño ú otro grande y varios personajes de inferior nota. Quedóse con los españoles el ministro Ceballos con el coronel de guardias y general duque del Infantado, y no pocos que en Bayona y Madrid habian reconocido y jurado fidelidad y obediencia al usurpador. Unos y otros se afeaban recíprocamente su conducta, y en la de ambos cabia disculpa, si bien era mas digna y gloriosa la resolucion de unir su fortuna á la de la patria.

Cumpliendo su determinacion, empezáron los franceses á evacuar la capital de España, haciéndolo en los dias 29, 30 y 31 de julio. Era inesplicable el júbilo de la poblacion, viéndose próxima á quedar libertada de un yugo aborrecido. Amaneció el 1.º de agosto, y la luz del nuevo dia vió retirarse á los últimos franceses. Acudió la gente á las calles y á los jardines del retiro convertido por los invasores en una especie de forta-

leza, dándose todos parabienes, hablándose como amigos los desconocidos, visitándose las abandonadas baterías, en suma, mostrándose la embriaguez propia de un triunfo inesperado y reputado completo. Faltaba absolutamente gobierno, y, sin embargo, en los primeros ímpetus de puro gozo faltó tiempo para pensar en entregarse al desórden. No habia tropas ni otro medio alguno de contener excesos, si hubiese intento de cometerlos, ni autoridad alguna con título legítimo á ejercer el mando. Por la tarde se juntaron por escitacion desconocida rondas de vecinos honrados, á que concurrian personas de todas clases en union amistosa. Pasado un dia, el consejo Real creyó llegado el momento de ponerse al frente del gobierno. Este tribunal tenia de derecho algunas facultades gubernativas, y siempre habia aspirado á tomárselas superiores y mas extensas, pretendiendo á imitacion de los parlamentos antiguos de Francia entrometerse en los negocios de Estado, y en cierto modo hacer las veces de las cortes. Aprovechó la ocasion de esforzar sus pretensiones, llevándolas á punto casi de sustituirse al trono vacante. La opinion del vulgo, y especialmente del madrideño, le era favorable, considerándole como barrera amparadora contra el despotismo. Así el 3 de agosto habló ya como quien ejerce la autoridad porque le corresponde, y estando todas las provincias de España gobernadas por juntas, él ejerció las facultades de tal en Castilla la Nueva.

Turbó la paz de la capital haber sido asesinado don Luis Viguri, de cuya privanza con el Príncipe de la Paz algo se ha dicho en la presente historia, y su cadáver fué arrastrado por las calles con bárbara ferocidad, habiendo sido causa de su tragedia calumnias de un criado, al cual habia tratado con dureza. Pero no pasó á mas el desórden, y por algunos dias no se manchó con nuevos asesinatos la plebe. El aspecto moral de Madrid era singular en sumo grado. Gobernando un tribunal nada propenso á las innovaciones ni al poder popular, y en medio de una revolucion encaminada, en sentir de sus ciegos detractores y de algunos de sus imprudentes apasionados, á sustentar la tiranía civil y religiosa, la autoridad era del pueblo; la imprenta habia roto sus trabas, dándose á luz escritos sin licencia, ó ejerciendo sus facultades con extremada blandura los censores; y se propagaban las doctrinas mas atrevidas en punto á lo que se llama libertad política y civil, y á la clase de gobierno que, terminada la guerra, habria de establecerse en España. Celebraban los poetas la gloria de la nacion en su levantamiento en tono y estilo propios de los republicanos de Grecia ó Roma. Sacó á luz Quintana sus poesías patrióticas hasta entonces ocultas por temor al despotismo existente, y por la vez primera vieron los españoles con asombro en páginas impresas ensalzados como héroes justos á los Comuneros, vituperado con exceso á Felipe II, condenada la conducta de los conquistadores de América, y alabada la imprenta como máquina destructora de la supersticion simbolizada en la corte Romana. En prosa el consejero don Juan Perez Villamil decia sin rebozo á Fernando que, restituido al trono, mandase poco, mandase menos que sus predecesores, y que recibiese una constitucion que le presentaría el pueblo al salir á recibirle, por

sus esfuerzos gloriosamente rescatado. El Semanario patriótico, periódico en que escribia el citado Quintana con otros amigos suyos, pregonaba las máximas de la filosofía del siglo XVIII, y hasta cierto punto las de la revolucion francesa, y no solo era leido con gusto, sino que adquirió la primacía entre los numerosos escritos de su clase, publicados en toda España en aquellos momentos. En suma, mientras los literatos adictos al Príncipe de la Paz y al gobierno absoluto de Cárlos IV huian con José, si bien en compañía de hombres de opuestas ideas, los caudillos de la secta reformadora se adherían con ardor á la causa de la independencia, deseosos y casi seguros de llegar á unirla con la del poder popular, limitando el del trono y con la destruccion de la intolerancia religiosa hasta un grado considerable. Al lado de estos escritos veian la luz pública otros en que se abogaban principios diametralmente contrarios. Todo era lícito, menos volver por los enemigos de España, y esto no tenia que prohibirlo la autoridad, porque lo prohibia con efecto mas seguro el miedo, siendo inevitable la muerte pronta de quien llevase á tal extremo su locura. En las provincias se repetia el ejemplo dado por la capital, pero con menos fuerza, apareciendo allí tambien desconformes las opiniones, salvo en el punto de hacer guerra á los franceses.

Entretanto libre de enemigos la mayor parte de la superficie de España, se hacia forzoso y urgente pensar en darle un gobierno, obra necesaria y conveniente en todos tiempos, y mas cuando habia que lidiar con un poderoso enemigo. Las juntas estaban entre sí desavenidas muchas, y otras enemistadas, no habiendo de ellas una sola que ni en aquellos dias de entusiasmo, por respeto al bien público, se prestase á obedecer á una de sus compañeras. El consejo mezclando el artificio con la arrogancia, escribió á las juntas y generales de los ejércitos, pidiendo á estos que acercasen tropas al centro del reino, y guarneciesen la capital, y á aquellas que enviasen á Madrid á algunos de sus vocales, que juntándose con el consejo mismo, formasen un cuerpo gobernador para atender á la guerra y otras providencias gubernativas, porque, segun afirmaba el mismo tribunal, en cuanto á providencias de mas entidad, á él solo convenia tomarlas. Los generales poco necesitaban ser llamados á la corte, pues su empeño, acorde con el comun interés, era ocupar la capital de la monarquía. Ni habia ya peligro en adelantarse, porque el enemigo, una vez resuelto á abandonar el centro de España, juiciosamente se habia propuesto concentrar su fuerza en las provincias Septentrionales, y aguardar allí las órdenes del emperador, y con ellas, segun era probable, numerosos refuerzos para enprender de nuevo la sojuzgacion de la Península con poder irresistible. Con este objeto ya, como se ha referido, se habia dado órden al ejército sitiador de Zaragoza de levantar el sitio de aquella ciudad. Repugnando, sin embargo, á los franceses desistir de una empresa que menoscababa su gloria por la mucha que daba á los sitiados, se dió desde Vitoria nueva órden de llevar á cabo la ocupacion de la capital aragonesa, de la cual dominaban ya los sitiadores alguna parte. Prosiguieron, pues, las hostilidades al lado y dentro de Zaragoza, pero con mas flojedad por parte de los agresores, y

con renovado esfuerzo por la de los naturales, que no habiendo desmayado en circunstancias desesperadas, mal podian dejar de defenderse hasta el último punto, cuando la aurora de su libertad se divisaba en el horizonte. Al cabo el 13 de agosto los franceses recibieron mandato de retirarse, viniéndoles encima un cuerpo de tropas enviado á socorrer á los zaragozanos desde Valencia, el cual, aunque no de gran número ni de calidad superior, era formidable á tropas reducidas en número, cansadas y desanimadas por el valor y fortaleza de sus contrarios. El 14 de agosto se alejaron de Zaragoza los franceses, habiendo perdido tres mil hombres en los dos meses que habia durado el sitio. Celebróse con entusiasmo la noticia de este suceso, no tanto por su importancia militar, cuanto por ser digno galardon de la constancia zaragozana. Rocojidos, pues, del todo los franceses á las provincias Vascongadas y Navarra, sin contar con lo que ocupaban de Cataluña, las tropas de las provincias españolas se acercaron á Madrid. Pero las juntas no fueron tan dóciles á la voz del consejo como lo habian sido los generales, por no convenir su interés con el de los consejeros. Al revés, disonándoles el tono de autoridad que tomába el tribunal superior del reino, en el cual con razon no reconocian autoridad gubernativa, se excedieron en las respuestas, siendo imprudentes y en cierto grado injustas. La de Galicia acusó á los magistrados del consejo Real de haber sido individualmente parciales, ó cuando menos débiles servidores del gobierno usurpador. La de Sevilla, mas que otras ufana de su triunfo, y cuyas pretensiones habian sido desde luego mas ambiciosas, así como su autoridad mas tribunicia, le echó en cara haber procedido contra las leyes del reino, allanando al usurpador el camino por donde con apariencias de legalidad pudiese dominar en España. Hasta Palafox, á quien especialmente procuraba halagar el consejo, porque el nombre de este general estaba a la sazon mas subido en fama que otro alguno, porque no habia creado junta, y porque en sus providencias y en las doctrinas propaladas bajo su mando se apartaba mas que otros gobiernos de la Península de ideas revolucionarias, no pudo ménos que echar en cara al supremo tribunal de la monarquía que no habia cumplido con todas sus obligaciones, por no haberse resistido á autorizar acto alguno de los de la usurpacion intentada. Aun la junta de Valencia, que al principio respondió con afectuosa cortesía al consejo Real, habiéndose recibido órdenes de éste sobre asuntos no de su competencia, y en las cuales no se contaba con la autoridad de la junta citada, prohibió que autoridad alguna del territorio de su mando tuviese correspondencia ó relacion con el tribunal que en Madrid gobernaba. Acosado el consejo por tantas censuras mezcladas con ultrajes trató de volver por su crédito, ya que no podia ejercer el poder á que aspiraba, y en un manifiesto no poco hábil defendió su conducta, sincerándose bien de varios cargos, eludiendo otros y alegando bastantes buenas razones en disculpa de su debilidad, cuando no podia negarla; y al mismo tiempo con destreza hizo patentes las faltas de sus censores, lo injusto de algunos de sus cargos, lo ácre de todos, la desunion que trabajaba á las juntas, las faltas que come-

tian, lo arrogante y desatinado de sus pretensiones, y como, sustentando la causa del trono, creaban el poder popular siempre formidable. Dividiéronse las opiniones en el reino, mezclándose parcialidades de provincia y de capital con las doctrinas sustentadas por hombres de diversas opiniones. En las juntas y en el consejo estaban representados los diferentes y en muchas cosas opuestos principios, acordes en defender la independencia de la nacion y el trono de su legítimo rey. Las primeras eran una verdadera potestad tribunicia, violenta, absoluta, y al mismo tiempo obediente al influjo popular y servidora de su interés; el segundo procuraba conservar las tradiciones y formas de la monarquía, sin descuidarse de tomar en ellas parte superior á la que le tocaba, y sustentaba la causa del poder absoluto de la autoridad gubernativa, si bien sujetándole á ciertas reglas. La causa de las primeras debia empeñar á su favor á todos los hombres amantes de novedades, el segundo á cuantos por interés ú opinion pretendian estorbarlas. Sin embargo, á los habitantes de las respectivas provincias era grata la causa de los gobiernos creados por su voto y sus salvadores, al paso que á los madrileños disgustaba ver poco respetado el decoro de la cabeza de la monarquía; tenidos en menos los que no pudiendo rechazar el yugo, habian estado obligados á padecerle, si bien con indócil sufrimiento, y la arrogancia así como no pocos desvaríos de las nuevas autoridades. Anhelaban todos los hombres juiciosos ver creado un gobierno único, sin lo cual mal podria salvarse la nacion, ó aun si salvarse le fuese posible, aun su salvacion le sería funesta. Así el Semanario patriótico empleó el gran poder de que gozaba sobre los ánimos de sus lectores de Madrid y aun de toda la Península en justificar al consejo ensalzando su manifiesto, con lo cual servia al mayor contrario de los principios á que en su sentir debia encaminarse la revolucion de España. En estos choques de opinion las operaciones militares parecian desatendidas. El ejército vencedor en Bailen, lejos de adelantar como esperaban amigos y enemigos, seguia inmóvil en el teatro de sus glorias. El general Reding habia sido llamado á Granada, y la junta de aquella ciudad, separando su causa de la de Sevilla, á la que obedecian Córdoba y Jaen, determinó separar tambien sus tropas de las de la potencia rival. Entonces fué cuando el fogoso conde de Tilli propuso en la junta, de que era vocal, emplear las armas contra su vecina. Pero el general Castaños, declarando que se miraba como general de España toda sin distincion de provincias, cortó esta disputa que llevaba trazas de demencia, logrando que hiciesen uno á modo de tratado de paz los gobiernos sevillano y granadino.

En esto vió Madrid llegar algunas de las deseadas tropas de las provincias. El 13 de agosto se presentaron ó hicieron su entrada en la córte las de Valencia en número de ocho mil hombres mandados por D. Pedro Gonzalez Llamas. Era singular el aspecto de aquellos soldados, los mas de ellos sin vestido militar, con los zaraguelles propios de la gente inferior de su provincia, cargados de escapularios y de cintas y estampas patrióticas y religiosas en los sombreros. Su disciplina era casi ninguna, como era de presumir, atendiendo al tiempo y circunstancias de

su creacion. Recibiéronlos con alborozo los madrileños, y se mezcló con aquella soldadesca la plebe, empezándose de allí á poco á ver muestras de que se intentaba cometer excesos de la peor clase. En efecto, un infeliz, cuyo nombre no pudo saberse, como tampoco la causa que le acarreó su trágico fin, fué muerto á puñaladas, arrastrando en seguida el cadáver por las calles, como habia sucedido con el de *Viguri*. Acudió el general Llamas á poner freno á tan terrible desórden, y, desacatada su autoridad, estuvo á punto de caer tambien asesinada. Sosegóse al fin el alboroto, pero ningun castigo alcanzó á los asesinos.

Pocos dias despues hicieron su entrada las tropas de Andalucía, á cuyo frente venia el general Castaños. Estas tenian otro aspecto que las valencianas, otra disciplina, y tambien otras glorias. Muchas de ellas para lo que eran entonces los soldados españoles se presentaban con buen arreglo y continente. Veíanse ademas en el mismo ejército algunas figuras extrañas para serlo de tropas regulares, como eran los lanceros de Jerez vestidos al uso de los campesinos de su tierra, y llevando las lanzas á modo de garrochas. El recibimiento hecho á los andaluces excedió al con que se habia festejado á los valencianos, porque la jornada de Bailen era el gran suceso de la guerra, y de él habia venido verse Madrid libre. Por otro lado aquellas gentes no inspiraban temores, no teniendo trazas de querer desmandarse con daño de la paz pública y peligro de las personas á quienes un acaso atrajese odio. Festejábaselas con loco entusiasmo; veíaselas con asombro; aplaudia la plebe á los lanceros jerezanos por contarse de ellos que con sus lanzas atravesaban las corazas francesas y ensartaban á los coraceros; y la gente entendida y cuerda apenas acertaba á comprender cómo aquellos cuerpos visoños habian logrado hacerse dueños de veinte y un mil franceses aguerridos. Al dia siguiente al de la entrada de los andaluces se celebró con mas alegría que pompa, aunque con solemne fórmula, la proclamacion de Fernando VII. Llevaba el pendon el alferez mayor, que fué saludado con grandes aplausos por haberse resistido, segun poco antes vá dicho en esta historia, á hacer su oficio en la proclamacion del usurpador, como le fué mandado. Hízose al fin punto á las fiestas, y se convirtió la atencion á graves cuidados, no siendo cortos ni leves los peligros de la patria. La necesidad de crear un gobierno era sentida de todos y confesada; pero obstáculos poderosos embarazaban su formacion, y daban á temer que el que se crease fuese mal ó nada obedecido. El consejo por un lado receloso y descontento, y por el otro ensoberbecido y creyéndose ya con influjo y poder, daba muestras de querer poner en pie las prácticas de la monarquía antigua en medio de la revolucion, y empezó á coartar la libertad de la imprenta, poniendo en fuerza y vigor la ley de no dejar publicar los escritos sin prévia licencia, y exigiendo á los censores que hubiesen de darla rigor extremado. Las juntas, si bien convenidas en nombrar una central ó un gobierno de cualquiera clase, disputaban en cuanto al modo de llevar á efecto su propósito, y lo hacian como quien estando bien con la situacion presente se vé obligado á mudarla, procurando dar largas y conservar entretanto su autoridad,

en parte engañando á los demas sobre sus deseos, y en otra parte mayor engañándose á sí propias. Sucedia, pues, que ya se daban pasos para el logro del importante objeto propuesto, y ya con otros ó se entorpecian progresos ulteriores, ó se perdia el terreno ganado. La junta de Asturias compuesta de nuevo con mas regularidad que habia tenido en su formacion primera, fué convidada á unirse con las de Galicia y la de Leon que tambien lo era de Castilla, para formar una central que gobernase las provincias del Norte de España. Figuraba en estas juntas el bailío Valdés, que como capitan general antiguo y ex-ministro hecho á mandar y á ser considerado mal se podia resignar á representar papel que no fuese de los primeros. El teniente general D. Gregorio de la Cuesta, si en dignidad no igualaba al personaje á quien acaba de citarse, no las habia tenido escasas en el reinado de Cárlos IV, y siendo ademas de condicion violenta y despótica en grado sumo, no solo se resistia á obedecer, sino tambien á admitir competencias en el mando, y aun á no ser puntual y sumisamente obedecido. Como este general habia sido gobernador del consejo, habiendo venido á Madrid, se puso en tratos con este cuerpo, y aprovechando el disgusto general que nacia de ver entorpecidas ó diferidas las operaciones militares, y resentido de que en dificultades suscitadas en un consejo de guerra de los principales generales, no se le diese el mando superior de todos los ejércitos, de que se juzgaba digno, hizo intencion de poner estorbos á la reunion de los diputados de las juntas, para que creasen un gobierno, tal vez alimentando la loca esperanza de ver formado uno, en que el tribunal primero del reino tuviese un influjo preponderante en la direccion de los negocios, y triunfasen de todo punto las doctrinas de la antigua despótica monarquía, y á él en su calidad de general tocase el mando superior que tanto codiciaba.

Falta así de gobierno la monarquía española, aunque decaida y en sumo peligro, todavía era presa propia para excitar ansioso deseo de apropiársela. Así los príncipes de la casa de Borbon destronados ó reinantes en otros puntos, al saber el levantamiento del pueblo español, comenzaron á bullir con el intento de ponerse á su frente, y segun las circunstancias se presentasen, sacar de aquel suceso el mejor partido posible. Siendo los derechos de la casa de Borbon los sustentados por los españoles, en la causa de estos afectaban mirar la suya propia los príncipes de la misma familia. Los de la rama principal, lanzada del trono francés, residian á la sazon en Inglaterra, y no dejaron de dar pasos con los enviados de las juntas, por ver si lograban ser acogidos por los españoles. Pero Luis XVIII, rey titular de Francia, era hombre indolente por sus hábitos y enfermedades, y ni pretendió ni podia venir á la Península, en donde por otra parte ningun papel era posible darle igual á la dignidad de que se decia revestido. Su hermano, el conde de Artois, creyéndose capaz de grandes empresas, no habria rehusado venir á gobernar el pueblo español; pero su concepto era escaso, por no haber dado pruebas de arrojo ó de tino en sus tentativas para recobrar el poder perdido en su patria. Además á los ojos de los españoles en aquella ho-

ra para estos príncipes, la ventaja de ser Borbones estaba compensada con el inconveniente de ser franceses. Los príncipes de Portugal se hallaban fugitivos y de viaje para el Brasil, y en el momento de la revolucion de España no pudieron aspirar á gobernarla como despues intentaron. Los de la rama reinante en Nápoles y Sicilia, refugiados en esta última isla, y mas cercanos en parentesco á Fernando VII, hicieron mas para esforzar su pretension de sentarse como regentes en su trono vacante. Puesta en esto la mira, vino á Gibraltar el príncipe Siciliano Leopoldo. Fué poco atendida su pretension, que no favorecieron sino con tibieza los ingleses resueltos solo á tantear la disposicion de los ánimos en España, y si deseosos de que esta tuviese un gobierno para dirigirla en sus esfuerzos contra el comun enemigo, tal vez recelosos por otra parte de que en manos de un príncipe débil no estuviese tan segura la causa de la independencia española como en las del pueblo alzado á defenderla, y al parecer dispuesto á todo trance á sustentarla.

Era en verdad pasmosa la quietud reinante en punto á operaciones militares, pareciendo que con haberse retirado el enemigo al Ebro, se habia concluido la guerra. Las personas juiciosas, sin dejar de culpar la flojedad en proseguir las hostilidades, ó entender al aumento de los ejércitos, y á pertrecharlos y alimentarlos, consideraban cuántas dificultades se oponian á la creacion del gobierno; que no habiéndole era imposible proveer á las necesidades públicas en lo militar, ó en lo civil y que, concentrados los franceses en reducido espacio, sería temeridad productora de grandes desgracias ir á caer sobre ellos con tropas mal dispuestas, no bien unidas entre sí, sin un general á quien todas obedeciesen ó respetasen, y por estas causas impropias para otra cosa que para llevar un revés notable y funesto. Pero el vulgo, muy numeroso en dias en que el entusiasmo arrastraba á gentes de superior esfera á participar de todas las pasiones y preocupaciones vulgares, creyendo que á los ya vencidos enemigos bastaba alcanzarlos para obligarlos á huir y desamparar la parte de España que todavía ocupaban, miraba con impaciencia y achacaba á traicion la suspension de las hostilidades. Aumentó este disgusto la noticia de algunos cortos desastres, propios por otra parte para hacer evidente con la experiencia el peligro de provocar á las fuerzas francesas sin tener la suficiente para resistirles. Al recibirse la noticia de la batalla de Bailen y evacuacion de Madrid, la villa de Bilbao, sin contar con mas que con su aliento, no obstante hallarse cercana á puntos donde el ejército francés era formidable, y estar situada en un valle rodeado de alturas, que hacian dificilísima su defensa, se atrevió á declararse contra el comun enemigo, y nombrando una junta decretó un alistamiento general del señorío de Vizcaya. Recibieron los bilbainos socorros de gente y armas de Asturias; pero yendo sobre ellos algunos franceses mandados por el general *Merlin*, los desbarataron completamente, ahuyentaron á los asturianos, y haciéndose dueños de la villa sublevada, la trataron con el duro rigor comun á ejércitos conquistadores hechos á mirar y castigar como delito actos de legítima defensa. Al mismo tiempo algunos navarros aun en el mismo

confin de Francia tuvieron el atrevimiento de alzarse contra los invasores, y no fueron menos desgraciados que los bilbainos, sofocando su levantamiento el general Dagout salido al intento de Pamplona con una columna, y ejecutando en los vencidos la acostumbrada tiranía. Dolieron mucho estos reveses á los españoles, persuadidos ya de que la victoria debia seguir constantemente sus banderas, y de que solo la traicion ó un descuido criminal podia haber causado las desgracias padecidas. No les faltaba razon ni para la ira ni para el miedo, esperándose que el poderoso emperador francés no dejaría sin venganza la afrenta de sus armas, ni desistiría del propósito de sujetar á España á su yugo. En medio de las desventuras que amenazaban, uno ú otro suceso próspero servia de consuelo. Uno de ellos, sobre aumentar un tanto las fuerzas militares de la nacion, sirvió de nueva prueba de cuán acordes sentian y obraban los españoles en aquellos momentos aun en los puntos mas apartados. Las tropas que, como algo antes vá dicho al contar los sucesos del reinado de Cárlos IV, habian ido á la Alemania septentrional á militar con las francesas, y á las cuales se habian agregado las que antes guarnecian á Etruria, estaban en Dinamarca declarada enemiga de la Gran Bretaña, y necesitada de auxilio contra su poderosa enemiga. Su general el marqués de la Romana, hombre de crédito muy superior á sus merecimientos y que de todo presumia y hasta de literato, vano, ligero, descuidado, aunque valeroso y amante de su patria, no teniendo de cuanto pasaba en España mas noticias que las comunicadas por los conductos de oficio y los periódicos franceses ó del continente, solo sabia de los sucesos de Bayona haberse traspasado la corona de España á persona y estirpe nuevas, y del levantamiento del pueblo español que habia en la Península algunos alborotos reprimidos no bien se manifestaban. Las escuadras inglesas que bloqueaban los puertos dinamarqueses procuraban enterar á aquellos soldados de lo que en su patria ocurria, y la junta de Sevilla señalada por su solicitud, babia enviado allí á Don Rafael Lobo, oficial de la marina española. Entre las tropas reinaba el espíritu de curiosidad inquieta propio de gentes que poseidas del amor á la patria, general en quienes de ella estan muy distantes, saben que está siendo teatro de grandes sucesos, cuya verdadera índole y magnitud se les ocultan. Un oficial arrojado, no pudiendo sufrir la angustia de tal situacion, metiéndose en un barquichuelo, obligó á los dinamarqueses que le tripulaban á llevarle á la escuadra inglesa. Llegado allí, habló con su compatriota Lobo y vió las proclamas de las juntas y los partes de las batallas dadas en la Península. Volvióse á los suyos, comunicóles todo cuanto ha sabido, y encendió en los ánimos las mismas pasiones, despertando los mismos pensamientos que en él habian excitado las novedades llegadas á su conocimiento, siendo uniformes en pensar y sentir como españoles. Formóse desde luego el propósito de volverse á España á participar de la suerte de la patria peleando contra el enemigo. Accedió á ello el general, aunque le tacharon sus enemigos de hacerlo como forzado, no contando que sobre él pesaban mas que sobre otro las resultas de aquella determinacion arrojada, en que com-

prometia no solo su persona, sino las de sus oficiales y soldados. Procedióse á la par con cautela y brios, hiciéronse los españoles dueños de algunas poblaciones y fortalezas de Dinamarca que guarnecian, y con asombro de los dinamarqueses se embarcaron gran parte de aquellas tropas. Acudieron los franceses á estorbarlo, y echándose sobre otra parte de aquellos cuerpos, cuyos generales fueron menos cautos ó mas remisos, los detuvieron haciéndolos por el pronto prisioneros de guerra. Pero mas de una mitad pasó á los navíos ingleses, proporcionando así á su patria el refuerzo de sobre diez mil soldados veteranos, acostumbrados á guerrear con los franceses y en mejor órden militar que las tropas de la Península. No fué de menos auxilio á la causa de la independencia española el ruido que hizo en tierras extrañas tan singular suceso, contribuyendo á descubrir el estado de la Península representada como sujeta y aun satistecha por los franceses en regiones cerradas á los ingleses, y sin mas conocimiento de lo que en Europa ocurria, que lo que permitia decir ó escribir el poder gigante y despótico del dominador del continente.

Al mismo tiempo la Gran Bretaña aliada íntima de España en la guerra por esta recien emprendida y que lo era antiquísima de Portugal, determinó libertar el reino su amigo y dependiente del poder del comun contrario, cooperando así á la causa que sustentaba la Península contra el poder francés, y preparándose á ulteriores empresas. Salió con este intento un ejército británico de los puertos ingleses, y fué reforzado con tropas de Gibraltar, y aportando á Portugal en punto poco distante de Lisboa, efectuó allí su desembarco. Tocó en el momento de hacerle el mando superior de aquellas tropas al teniente general Sir Arturo Wellesley, célebre por una completa victoria alcanzada en la India sobre un poderosísimo ejército de Maratas, y por otros ínclitos hechos en las mismas apartadas regiones. Salieron al encuentro á los ingleses algunos franceses, y acometiéndolos en Roliza quedaron vencidos en un porfiado combate. Volvieron con muy superiores fuerzas, y empeñándose en Vimieiro una batalla alcanzaron las armas inglesas nueva victoria. Pero el general vencedor que despues con el título de Wellington creció tanto en gloria y fortuna, no siguió en el mando del ejército que al principio no le estaba destinado. Tuviéronle sucesivamente varios generales de su nacion, todos ellos de escaso renombre y mérito. Los vencidos franceses, viendo serles imposible mantenerse en Portugal, propusieron á sus contrarios una capitulacion, en virtud de la cual abandonarían aquel reino; pero siendo embarcados no como prisioneros, sino con sus armas, y libres para volver á la guerra en España. Aceptóse la propuesta por el general inglés Sir Hew Dalrimple, que á la sazon mandaba el ejército británico. Firmóse este tratado en Cintra, y fué ejecutado fiel y puntualmente. Clamó contra él casi unánime el pueblo de la Gran Bretaña, si con razon ó no es dudoso, siendo de notar que Sir Arturo Wellesley, no responsable de él, no vaciló en aprobarle de una manera clara y terminante. Tal como fué dejó á los ingleses dueños de Portugal, y en estado de poder en futuras campañas ser de grande auxilio á la causa general de la Península; pero

desde luego añadió á las filas francesas un buen número de soldados que recien llegados á su patria volvieron á invadir á España por los Pirineos.

Mayores socorros habia menester la causa de la independencia española que la vuelta de las tropas del Norte ó la libertad de Portugal en el apuro á que ya iba viniendo. Trataron sin embargo los españoles y su gobierno, con los escasos recursos que tenian, de proseguir en la empresa de su defensa sin arredrarse de su propósito, aun viendo los graves peligros que amenazaban. Ibase siguiendo trabajosamente en la tarea de formar el gobierno venciendo los obstáculos que se presentaban á cada paso, y procurando avenir el interés de unos con el de otros que le tenian diferente y aun opuesto. El arrebatado Cuesta vuelto á Castilla cometió el desafuero de prender al bailío Valdés y al vizconde de la Quintanilla, vocales de la junta de Leon que venian de camino á Madrid diputados á formar el gobierno central, tanto por ódio del general á la junta que los enviaba, cuanto por su deseo de oponerse á la formacion de un gobierno creado por las juntas. Pero entretanto los diputados de las demás de la Península habian llegado á la capital, y como la necesidad de un gobierno era tanto cuanto urgente visible, los designios del consejo y de quienes con él procedian acordes empezaron á ser mal mirados, de donde les vino su malogramiento. Congregados los enviados de las juntas, eligieron á Aranjuez para lugar donde habia de establecerse y recibir el gobierno nuevo. Instauróse este solemnemente el 25 de setiembre, componiéndose de dos diputados de cada junta de provincia, y determinándose que Toledo y Madrid, donde no habia semejantes cuerpos enviasen cada una dos representantes, así como que dos personajes de Navarra lo fuesen de aquel reino ocupado por los franceses. A las islas Canarias se dió un diputado solo, y se pensó en que le tuviesen los vireinatos y las principales capitanías generales de América, como tambien las islas Filipinas. El nombre de la nueva autoridad fué junta suprema central gubernativa de España é Indias, y constó de veinte y cuatro vocales, por no hallarse presentes los diputados de todas las juntas, con la llegada de los cuales subió, andando el tiempo, á treinta y cinco el número de los que la formaban. Su composicion primera fué informe, tomando aquel cuerpo numeroso toda la autoridad antigua de la corona, esto es, la potestad ejecutiva y legislativa en toda su extension, siendo así que en el ejercicio de la primera tenia que tropezar con las dificultades que un gran número de pareceres suscita en las deliberaciones. Siguiendo el uso de España de dar á los cuerpos colectivos honores y tratamiento como á las personas, uso al cual se habian conformado las juntas de provincia, tomó la central el dictado de magestad, haciéndose tratar en todo como el rey, y dió á su presidente el título de alteza, y á cada uno de los que la componian el de excelencia, dando tambien á todos estos la gerarquía y el uniforme y sueldo de consejeros de Estado, añadiéndole por condecoracion una placa en que estaban representados ambos mundos. Estas eran puerilidades; pero conformes á las ideas y prácticas dominantes, y en las cuales incurríau

á su vez los que las censuraban si les llegaba ocasion de hacerlo. Mas grave falta fué la de no haber dado al nuevo cuerpo gubernativo mas conveniente forma. Oponíanse sin embargo á ello obstáculos difíciles de superar, naeidos de la resistencia de cada junta de provincia á dejarse gobernar, y mas por un cuerpo en que no tuviese diputados.

CAPITULO CUARTO.

DEL GOBIERNO DE ESPAÑA POR LA JUNTA CENTRAL Y DE LA PROSECUCION DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Desde que nació la junta central tuvo dentro de sí divisiones y fuera enemigos con quienes combatir, y que la asaltaban por diversos lados. Fué nombrado su presidente el conde de Florida Blanca, en quien la edad habia apagado las fuerzas mentales, y de ningun modo la aficion al despotismo, y en cuyo espíritu habian echado raices y crecido las preocupaciones rancias, allegándosele otras nuevas. El conde desde luego trató de encaminar los negocios al restablecimiento de la monarquía antigua; pero de tal manera, que no fuese usado el poder absoluto como en los buenos dias del reinado de Carlos III. A esto se oponian varios de quienes era cabeza Jovellanos; pero este esclarecido varon, tímido y nada acertado político, buscaba términos medios, batallando en su cabeza el horror á los excesos populares y el apego á prácticas antiguas con ideas filosóficas, aunque templadas, de las dominantes en el siglo XVIII. Por fin en la misma junta habia un partido amante de la revolucion, demagógico por su instinto cuando no lo era por sus doctrinas, y representante verdadero de lo que eran las juntas de provincia en los primeros dias del alzamiento.

El consejo Real, que habia visto con poco gusto la formacion de la junta, trató desde luego de hacerle resistencia. A este efecto, cuando recibió órden del nuevo gobierno para que le reconociese y diese de oficio la noticia de su existencia á varias autoridades, segun era costumbre, determinó responder en vez de con la obediencia, con una consulta, en la cual, oidos ante los fiscales y con arreglo á su dictámen, pidió la reduccion á menor número del de los que componian la junta, la extincion de las de provincia, y que fuesen convocadas las cortes como habia mandado Fernando VII por un decreto dado con toda reserva en Bayona. Estas peticiones eran juiciosas, aunque la resistencia del consejo al gobierno en el acto de hacerlas no fuese ni justa ni prudente; pero todo cuanto salia de aquel tribunal daba, cuando no disgusto, recelos á los apa-

sionados al gobierno popular y á las reformas, y así pidiendo cortes el consejo no acertó á agradar á los que las deseaban. Sucedió, pues, que recibieron con enojo la consulta hombres de diversas parcialidades; los amantes de las juntas de provincia por descubrir en ella las intenciones de sus contrarios, y el de Florida Blanca porque viéndose dueño del mando quería ser lisa y llanamente obedecido. Jovellanos presentó en la misma junta un papel en que venia á pedir casi lo mismo que el consejo, apoyando sus proposiciones en consideraciones cuerdas y favorables á un sistema de monarquía templada, si bien opuestas á la moderna teórica y práctica de fabricar nuevas constituciones. El dictámen de Jovellanos fué desechado, siéndole adversos con igual empeño los revolucionarios y los absolutistas, y al consejo le dió por respuesta una órden para que obedeciese y cumpliese sin demora lo que se le mandaba. Hízolo así el tribunal, dejando para mejor ocasion hacer sentir á la junta los efectos de su ódio mas enconado con el desaire recibido.

Dueña ya del poder la junta central, y reconocida soberana, aunque de mal grado, por las de provincia y por el consejo, empezó á ejercer su autoridad, siendo su advenimiento saludado con extremos de alegría por lo general de los españoles necesitados de un gobierno, y recelosos de que se les dilatase la satisfaccion de necesidad tan urgente. Dividióse en cinco secciones con arreglo á otros tantos ministerios que habia á la sazon en España, y entendiendo una en los de Estado ó negocios extranjeros; otra en los de Gracia y Justicia; la tercera en los de Guerra; la cuarta en los de Marina, y la quinta, por último, en los de Hacienda. Lo que cada seccion resolviese habia de proponerse en junta plena, donde se examinaría y deliberaría, recayendo sobre ello resolucion segunda y definitiva. Tal modo de proceder, en todas ocasiones embarazoso y lento, tenia gravísimos inconvenientes en dias en que casi todas las providencias habia menester ser dadas y llevadas á efecto con vigor y prontitud. Nombróse un secretario general del cuerpo, que fué D. Martin de Garay, empleado antiguo, hombre íntegro y de ilustracion, un tanto apegado á ideas nuevas, aunque poco aficionado á las prácticas del gobierno popular de que le desviaban sus hábitos y carácter. De la secretaría creada para la junta fué oficial mayor el aventajado escritor y poeta Don Manuel José Quintana, abogado y principal personificacion de las doctrinas de la escuela filosófica francesa del siglo XVIII en lo moral y en lo político, y que en el Semanario patriótico las estaba á la sazon difundiendo y sustentando en España, con aceptacion poco menos que universal, por ir mezcladas con pensamientos y afectos patrióticos de los mas comunes y gratos en aquellos momentos á la muchedumbre.

Las primeras obras y las primeras palabras de la junta central no salieron muy acordes, siendo aquellas conformes á las ideas y voluntad del conde de Florida Blanca, y estotras dándose á luz por la pluma de Quintana, el cual convirtió al gobierno que le empleaba en intérprete de su particular opinion y deseos. Mandóse suspender la venta de los bienes procedentes de obras pías; dióse licencia á los jesuitas de entrar en España, si bien como meros particulares; dispúsose poner en toda su fuerza y

vigor las leyes que prohibian imprimir cosa alguna sin prévia licencia, y estando vacante el cargo de inquisidor general por haber seguido á José Napoleon el ilustrado y manso personaje que le desempeñaba, le fué nombrado sucesor sin demora. Todos estos actos disgustaron á un número corto, pero considerable por su valor, de personas ilustradas que habian abrazado la causa de la independencia nacional y le daban algun realce y decoro. La muchedumbre no hizo en ello alto, indecisa aun entre cuál de los dos sistemas opuestos debería seguirse una vez vencidos los franceses y rescatado el monarca cautivo, y atenta solo á vencerlos y á sentar otra vez á Fernando en su trono. Al mismo tiempo dió la junta un manifiesto ó proclama de superior elocuencia, aunque un tanto digna de censura por emplear las galas de la poesía; en que los pensamientos participaban del carácter del patriotismo griego ó romano, ó del francés en los dias de la revolucion de aquel pueblo; y donde, al paso que se prometia con arrogancia á la nacion darle un ejército de quinientos mil infantes y cincuenta mil caballos, número, si necesario para la guerra que habia emprendido, bastante difícil de juntar y de mantener, se le prometia en términos si no expresos nada equívocos, darle una constitucion que convirtiese la monarquía en templada ó limitada, empleando el poder popular en contrapeso de la autoridad de la corona. Este escrito agradó generalmente, á unos por las doctrinas que contenia, y á todos porque en su estilo apasionado y abundante en perfecciones rebozaba ódio y deseo de dañar al comun enemigo.

No correspondieron á tan magníficas promesas ni á las esperanzas que iban encaminadas á despertar, si bien ya las despertaron en pocos, los sucesos que siguieron. El manifiesto de la junta central salió á luz el 26 de octubre, cuando ya habian llevado las armas españolas algunos reveses, y estaban amenazadas de otros harto mayores. Lejos de acercarse estos ejércitos al número de quinientos y cincuenta mil hombres prometidos, ascendian á poco mas de cien mil, y esos mal provistos y no bien arreglados. Quedaron divididas las fuerzas españolas por decreto del nuevo gobierno central en cuatro ejércitos principales: primero el de la izquierda, en que estaban comprendidas las tropas de Galicia y de Asturias, las del marqués de la Romana recien llegadas por mar de Dinamarca, y las procedentes de alistamientos hechos en las montañas de Santander; segundo el de Cataluña, donde estaban incluidas, ademas de las fuerzas creadas en el mismo principado, una division enviada desde Portugal de las tropas que allí quedaron con los franceses, vueltas á la libertad, y otra procedente de Mallorca, juntamente con cuerpos venidos allí de Aragon, Valencia, y aun de Granada, distinguiéndose los de esta última provincia por su número y buen estado; tercero, el del centro, que habia de constar de las cuatro divisiones de Andalucía, de las fuerzas de Castilla la Vieja, de las de Extremadura, y de las de Valencia y Murcia, que habian entrado en Madrid mandadas por el general Llamas; y cuarto y último el de reserva que constaba de las tropas de Aragon y de las de Valencia y otros puntos que habian acudido á dar socorro á Zaragoza. Creóse desde luego una junta de guerra, de la que fué nombrado presidente

el general Castaños; pero este hubo de encaminarse en breve al ejército á ponerse al frente del de Andalucía, y los que le estaban agregados. Convenia haber nombrado un general de todos los ejércitos; pero esto no era posible, pues al contrario, mirándose los de cada junta como de diferente potencia, obraban independientes y apenas acordes.

Concentrados los franceses despues de su retirada de Madrid componian una fuerza de cerca de cincuenta mil hombres, con once mil de excelente caballería, habiendo recibido desde luego algunos refuerzos mandados por el mariscal Ney, apellidado contra los suyos el *valiente de los valientes*, y no menos que por su valor distinguido por su pericia, sobre todo obrando en obediencia á autoridad que dispusiese las grandes operaciones militares. Contra estas tropas, aun teniéndolas de igual calidad, se hacia menester emplear fuerzas muy superiores, estando ellas por su situacion en la cuerda de que sus contrarios tenian que formar el arco. Así fué que la primera operacion militar en aquellos puntos fué un desastre para los españoles. Un batallon titulado de *tiradores de Cádiz*, compuesto de gente perdida sacada de los presidios, pero valerosísima, fué cercado en Lerin, gracias á la impericia de los generales, y despues de defenderse heróicamente, hubo de rendirse. Su esfuerzo causó admiracion, y su pérdida grave pena por lo que en sí era, y por las desdichas que prometia.

Entretanto Napoleon se preparaba á emprender con vigor la conquista de España. Queriendo ante todo asegurarse de que no tendría enemigos con quienes lidiar en el Norte mientras llevaba adelante su empeño de hacerse señor absoluto del Mediodia de Europa, pasó á tener vistas con el emperador de Rusia en Erfurth, y halagando la ambicion de aquel soberano, y manejándole con destreza en sus preocupaciones y caprichos, recabó de él una aprobacion poco menos que expresa de sus proyectos en la Península, logrando en la opinion general infundir la idea de que las dos principales potencias europeas, si no estaban unidas en estrecha alianza, mucho mas que de esto distaban por entonces de pensar en venir á las manos. Acompañó á este paso el de justificar el emperador de los franceses su conducta en Bayona á los ojos de la nacion que gobernaba, procurando hacerlo ante la Europa entera. Si bien su perfidia y violencia no admitian justificacion, la encontraron en su senado y cuerpo legislativo, que, faltos absolutamente de poder, á no ser para adular, aprobaron su maldad en términos vilmente lisonjeros. Entonces nada quedaba que hacer sino inundar la Península de tropas, poniéndose el emperador á su frente, con lo cual quedó á los franceses una prodigiosa superioridad en el número de sus fuerzas, en su calidad, en la pericia de sus generales, y en el incomparable mérito del varon que las gobernaba. El 8 de noviembre fué el dia en que Napoleon, acompañado de los esclarecidos mariscales Soult y Launes, atravesando el Bidasoa, pisó los términos de España. Habíale antecedido su poderoso ejército, y aún empezado á obrar, siendo el estado de los combatientes por ambas partes el que sigue:

Por la de los españoles, el ejército de Galicia, mandado por D. Joa-

quin Blake, y formado de nuevo despues de la derrota de Rioseco, habia pasado por las montañas de Asturias y de Santander á las provincias Vascongadas, y héchose dueño de Bilbao, que le arrebató poco despues el mariscal Ney, y que recobró el 11 de octubre, desde donde habiendo recibido un mediano refuerzo de las tropas de Asturias mandadas por don Vicente María de Acevedo, oficial valiente, elevado por la junta de su provincia del grado de coronel al de capitan general, fué á establecerse con la mayor parte de sus fuerzas entre Zornoza y Durango.

Las tropas castellanas pasadas á orillas del Ebro, y cuyo mando habia sido dado al teniente general D. Juan Pignatelli, por habérsele quitado á Cuesta en castigo del atentado que cometió prendiendo á dos diputados de la junta central, se habian ido á juntar con las fuerzas de Valencia y Murcia, que en número de cerca de cuarenta y cinco mil hombres de muy inferior calidad, situadas poco despues de su salida de Madrid cerca del mismo rio. Agregóseles el general D. Manuel de la Peña con la segunda y cuarta division de Andalucía, que juntas tenian diez mil hombres, y siendo de los vencedores de Bailen, por esto y por su calidad anterior, excedian á sus compañeros. Todas estas fuerzas juntas apenas ascendian á setenta mil hombres.

El ejército de Aragon era tambien poco numeroso. Palafox, que le mandaba, sobre juzgar su gloria superior á la de los demas generales españoles, atendia solo al cuidado de Zaragoza con cuya defensa estaba enlazada su fama, como si solo á defenderla de nuevo aspirase.

Al frente de ejércitos hasta cortos en número, indisciplinados, de soldados visoños, en que solo se distinguian en el de la izquierda las tropas venidas del Norte, y otras pocas veteranas, y en el del centro las procedentes del ejército del Campo de Gibraltar y guarnicion de Cádiz, estaban los enemigos divididos en ocho cuerpos en que se comprendian las tropas retiradas de Madrid, y las recien llegadas de Francia; todas ellas diestras tanto cuanto valientes, con excelente oficialidad y hábiles generales, y si desalentadas las unas por las desdichas padecidas en la Península, ufanas las otras con las muchas y gloriosas victorias conseguidas en Alemania é Italia durante su larga carrera, y estas y aquellas consumidas de ansioso deseo de vengar las afrentas hechas al nombre francés, y de probar á su emperador que sabian volver por el honor de sus armas. Mandaba el primer cuerpo el mariscal Victor; el segundo el de la misma clase Bessieres; el tercero Moncey; el cuarto Lefebvre, y el quinto Mortier, todos de la misma alta dignidad militar; el sexto el mariscal Ney, ya citado, y el sétimo y octavo los generales de division Saint-Cyr y Junot. Todas estas tropas juntas ascendian cuando menos á ciento y ochenta mil hombres. Sus posiciones eran por la parte de Bilbao enfrente de Durango; y por la de Navarra y Castilla en el terreno que ocupaban desde la toma de Lerin, y desde que al mismo tiempo auyentaron fácilmente á unas pocas tropas castellanas. Entrado Napoleon en España, llegó á Vitoria el mismo dia 8, y encontrándose allí con su hermano José, dispuso las grandes operaciones militares que habian de restituir á este su dependiente trono.

Ya estas operaciones habian empezado en Vizcaya. En 31 de octubre el mariscal Lefebvre habia caido sobre Blake, y despues de una dura refriega desalojádole de Zornoza. Llegaron refuerzos al general francés despues de su victoria, y al español despues de su retirada el de las tropas procedentes del Norte, que, siendo parte de su ejército, se habian quedado atrás, con lo cual, alentado este último, cayó sobre el general francés Villate, que lo era de una division del cuerpo de Lefebvre, situada en Balmaseda, y alcanzó sobre él una lijera ventaja. Iba á aprovecharla adelantando, cuando se encontró con que le venian encima el 7 de noviembre los mariscales Lefebvre y Victor con fuerzas muy superiores. Ante ellas hubo de retirarse; pero habiéndose separado los dos mariscales enemigos, Blake fué á presentar batalla á Victor en Espinosa de los Monteros, lugar de las montañas de Santander. Peleóse con valor por ambas partes durante el dia 10 de noviembre, aunque no sin superioridad por la de los franceses; pero al siguiente dia 11, renovada la batalla, se declaró la fortuna por los que en todo eran tan superiores á sus contrarios, quedando rotos y desbaratados completamente los españoles. Huyeron estos á larga distancia, dándoles alcance el vencedor, y ejecutando en ellos su ira. Fué grande la pérdida de los vencidos en muertos, heridos y prisioneros, contándose entre los que perdieron la vida varios generales y oficiales superiores. Cupo esta suerte al general Acevedo, no en la pelea, sino cuando se retiraba herido, cayendo víctima de algunos soldados desmandados que en la furia del alcance no respetaron en su persona las leyes de la guerra. Esta circunstancia merece especial mencion en la historia por otra que la acompañó. Poco antes de perecer Acevedo en la retirada, fué abandonado de cuantos le seguian, menos de un oficial jóven, hijo de Asturias, que se mantuvo á su lado hasta su postrer momento, teniendo la fortuna de caer prisionero en vez de morir como su general y amigo. Era este D. Rafael del Riego, recien salido entonces del cuerpo de guardias de corps, y á quien, andando el tiempo, tocó representar tan principal, y para él al cabo tan trágico papel en los sucesos de su patria.

Al tiempo mismo que vencido el ejército de la izquierda huia á buscar abrigo entre las asperezas de la region montuosa y septentrional de España, no iban mas felices las armas de España en otros puntos. Desde Vitoria, Napoleon, sin descansar, segun su costumbre de no hacerlo en las cosas de la guerra ó del gobierno, habia dispuesto que el quinto cuerpo de su ejército mandado por el mariscal Moncey se pusiese desde luego en Lodosa en observacion del ejército español del centro, y del de Aragon ó de reserva; que del sexto cuerpo se quedase una parte en Logroño, y otra mayor gobernada por el mariscal Ney; penetrando en Castilla la Vieja se adelantase hasta Aranda de Duero; y que dejando el mando del segundo cuerpo el mariscal Bessieres que le tenia, para tomar el de toda la caballería del ejército principal, se pusiese al frente del mismo el mariscal Soult, con cuyas fuerzas y las de Ney, iría el mismo emperador sobre Madrid por el camino real que pasando por Búrgos sigue hasta atravesar los montes divisorios de las dos Castillas por el puerto de Somosierra, y re-

mata en la capital de la monarquía. Al frente de estas formidables fuerzas, ignorando su número y calidad, se habia puesto el llamado ejército de Extremadura, division de doce mil hombres, casi todos visoños y con nueva oficialidad, y que tenia por cabeza al conde de Belveder, hijo del marqués de Castelar, general de ninguna experiencia ni instruccion. Bastó una fuerza enemiga igual mandada por el arrojado general de caballería Lasalle para desbaratar á aquella tropa novel en Gamonal, cerca de Búrgos, siendo tan completa la derrota, que puestos en fuga los vencidos, entraron revueltos con ellos los vencedores en la capital de Castilla la Vieja. Aturdido el conde, escapó á Lerma, y de allí á Aranda, y no parando ni en este último punto, fué á abrigarse á Segovia entre los montes, por lo cual la junta central, privándole del mando, encargó del de aquellas fuerzas al general D. José de Heredia, oficial veterano.

Entrado Soult en Burgos se alteró algo el plan de la campaña en punto á seguir sobre Madrid este mariscal con las fuerzas, pues separando de ellas solo una columna que fué á Lerma dando alcance á los vencidos y fugitivos extremeños, se encaminó á las montañas de Santander á cortar al ejército de Blake que por allí se iba retirando, y que viéndose acosado por este contrario al paso que el mariscal Lefebvre le seguia por el que habia sido su frente, se internó por las montañas de Asturias, acabando allí de dispersarse. Soult se hizo dueño de Santander, corrió parte de la costa vecina, dió alcance á algunas tropas asturianas tropezando al fin con ellas, las desbarató y puso en confusa huida, y despues de haber seguido á Blake por la Liébana dejando ya desecho completamente á su contrario, se volvió á Castilla desembocando por los llanos de la tierra de Campos. Lefebvre en tanto viendo á Blake perseguido por su compañero, torció su camino tomando el de Valladolid. El cuerpo del mariscal Victor pasó á Burgos á juntarse con Napoleon que allí habia llegado.

Viéndose el emperador francés en la antigua capital de Castilla la Vieja, seguido de fuerzas poderosas, advirtiendo la debilidad del enemigo que se le ponia al frente, despues de haberle tenido en mas que merecia al saber el desastre de Bailen, incurrió en el error contrario de tenerle en poco, y creyó conquistada á España, lisonjeándose de verla pronto sujeta y pacificada. Empezó á usar de sus derechos como conquistador, y el primer uso que de ellos hizo, no fué cuerdo ciertamente. En un decreto con fecha del mismo Búrgos concedió indulto y perdon general á todos los españoles que contra sus tropas habian hecho armas, sin exceptuar de este acto de clemencia ni á los vocales de las juntas, ni á los generales de los ejércitos; pero no así á los duques del Infantado, de Hijar, de Medinaceli y de Osuna; al marqués de Santa Cruz del Viso, á los condes de Altamira y Fernan-Nuñez; al ex-ministro de Fernando y de su hermano, que lo estaba ya siendo de la junta central, don Pedro Ceballos y al obispo de Santander, á los cuales declaró enemigos de Francia y España y traidores á ambas coronas. Acto tal en las circunstancias en que estaba España fué mirado como un nuevo insulto, así en lo que tenia de clemente, como en lo que tenia

de severo, y la eleccion hecha de las personas para exceptuarlas del castigo era descabellada y prueba de cuán poco conocia el conquistador cuál era la índole, y quiénes las cabezas del levantamiento de los españoles, mereciendo además la fea nota de ser una disposicion dictada por la codicia, pues llevaba consigo la confiscacion de bienes de los proscriptos, y estos, salvo uno ó dos de ellos, eran señalados principalmente por sus riquezas.

Vaciló algun tiempo el emperador de los franceses en la eleccion del punto á que habria de encaminarse en persona con su principal ejército. Libertado Portugal, algunas tropas inglesas de las que habian lanzado á los franceses del vecino reino, se encaminaban á la frontera de España, cuando recibieron de su patria un refuerzo de diez mil hombres y un general de alto crédito entre los suyos, siendo este Sir Juan Moore, valeroso soldado, de delicado pundonor, de no corta instruccion, de condicion irascible y descontentadiza; con todos sus méritos nada capaz de comprender la naturaleza de la causa que iba á servir, ni del arte de la guerra mas que las reglas que dictan hacerla por medios ordinarios, y que escluyen los esfuerzos del talento para sacar partido de situaciones poco ventajosas. Los ingleses en número de poco mas de veinte mil hombres habian entrado en España en dos divisiones. La que venia á las órdenes inmediatas del general de todo el ejército, penetrando por el reino de Leon, habia llegado á Salamanca, y allí estaba detenida; muy descontento Moore de la situacion en que encontraba las cosas, y de la excasez de recursos en que se hallaba, quejándose en parte con razon de verse mal atendido, aunque esto fuese forzosa consecuencia del general desórden é inherente al desconcertado movimiento del pueblo español, y en otra parte con extraordinaria injusticia por tener el desvarío de buscar en España otra Inglaterra, ó de estimar el levantamiento de los españoles conforme á las favorables pero imposibles descripciones novelescas hechas de él por sus apasionados. Así el general británico suponia tibio al pueblo, que consumido de excesivo aunque loco ardor lo estaba sacrificando todo á la comun defensa, y enemigo de los ingleses al mismo que en aquella ocasion los miraba como á redentores amados, aunque no acertase á servirlos como ellos deseaban. La presencia de los aborrecidos enemigos de Francia en España irritaba en extremo al emperador francés, que miraba con ódio personal á los ingleses. Así pensó Napoleon por algunos momentos ir sobre ellos antes que otra cosa, pero le detenia por otro lado la consideracion de que el ejército británico se mantenia muy distante, y de que, estando la principal fuerza española cercana é intacta, valia mas dedicarse desde luego á la fácil empresa de destruirla. Prevaleció esta última opinion en su ánimo, y enviando ocho mil hombres para ponerse al frente de los ingleses en los llanos de Castilla la Vieja y Leon, volvió sus armas contra el ejército español del centro. Este, sobre no ser muy numeroso ni capaz por sus circunstancias de resistir á un ejército francés, estaba desordenado y dividido. Castaños, no obstante su victoria en Bailen, por su condicion dulce y por su lentitud no agradaba á los mas apasionados

y ardientes revolucionarios. Por esto le habian agregado otros personajes que formasen una especie de consejo, á cuya influencia tuviese que someterse. Eran estos don Francisco Palafox, hermano del capitan general de Aragon, sugeto de cortísimas luces y ninguna instruccion, falto, en suma, de toda capacidad para el consejo ó para la pelea; el marqués de Coupigny, que á pesar de haber compartido en Bailen las glorias de Reding, no pasaba de ser un oficial muy mediano aunque valiente; y el conde del Montijo, que con algun talento natural y bastante instruccion para su clase hermanaba una falta completa de juicio y una extremada inquietud ambiciosa y descabellada. En un consejo de guerra celebrado á mediados de noviembre vino á juntarse con estos personajes desde Zaragoza don José Palafox, cuyo voto á pesar de sus buenas calidades y servicios podia ser de muy poco peso, y se resolvió obrar activamente contra el enemigo. Pero recibiéndose por el mismo tiempo noticias de la completa derrota de Blake en Espinosa, y de la dispersion de los extremeños junto á Burgos, entró alguna irresolucion en punto á acometer á un enemigo terrible siempre, y mas cuando acababa de ser favorecido por la victoria. Duraban las dudas, cuando vinieron á ponerles término los franceses, presentándose el 19 al frente del ejército de Castaños el mariscal Lannes con treinta mil infantes y cinco mil caballos de los cuerpos 5.º y 6.º, mientras Ney con veinte mil hombres se encaminaba á Soria amenazando cortar á sus contrarios la retirada al centro de la Península. Reunidas todas las fuerzas españolas de los ejércitos del centro y de Aragon ó de reserva, ascendian á poco mas de cuarenta mil hombres, en quienes faltaba ya hasta la confianza, hija de los pasados triunfos y muerta por los recien ocurridos reveses. El 22 se celebró en Tudela nuevo consejo de guerra no con mejor éxito que los anteriores, pues nada se resolvió en él importante. Lo mas conveniente habria sido retirarse por Aragon hácia Castilla la Nueva, pero prohibia hacerlo el estado de los ánimos, porque habria sido achacado á traicion un paso tan cuerdo, siendo doloroso achaque de situaciones en que la fuerza popular impera la obligacion de ceder á preocupaciones vulgares. El 23 de noviembre acometieron los franceses á sus contrarios por la parte de Alfaro. Resistieron algun tiempo los españoles con esfuerzo, pero prevaleció la mayor fuerza y pericia del enemigo. Fué completa la derrota huyendo desordenados los vencidos. Otra de las divisiones del mismo ejército mandada por don Manuel de la Peña fué desbaratada en Cascante, escapando de la derrota no del todo desordenadas las tropas procedentes del ejército de Andalucía. Las reliquias de los aragoneses, valencianos y murcianos, á quienes salvó la fuga de morir ó caer en manos del enemigo, fueron á recojerse á Zaragoza, á donde se habia retirado de antemano Palafox, en el momento de ir á empezar la batalla, exponiéndose por ello á una dura reconvencion de su enemigo Castaños, y guiado no por falta de valor, sino por su invencible preocupacion hija de su corto saber, que le llevaba á considerar en la defensa de la ciudad, orígen de sus glorias, el objeto principal de la guerra de España. Castaños con escasísimas reli-

quias de su destrozado ejército llegó á Calatayud el 25 de noviembre. Sin duda habria caido en poder de los franceses, si estos se hubiesen interpuesto como debian entre Madrid y las tropas fugitivas; pero el mariscal Ney encargado de hacerlo así no empleó su acostumbrada diligencia, consintiendo á sus tropas detenerse en saquear horriblemente á Soria. Por esto pudo el general español llegar á Sigüenza, no sin tener un choque con el enemigo su retaguardia, que resistiéndose con denuedo le aseguró la retirada.

Vencidos ya y dispersados los ejércitos españoles que operaban en las provincias de la parte septentrional y central del reino, quedaba poco menos que franco y expedito á Napoleon el paso á Madrid, donde creia que llegando vencedor aseguraría con la posesion de la capital la de la nacion entera; yerro increible nacido de no conocer ni las circunstancias particulares de España, ni la índole de la guerra en que se habia empeñado. Los españoles ocupaban con escasa fuerza, y esta compuesta de malas tropas, el puerto de Somosierra, creidos en la ignorancia comun de aquellos dias de que eran casi inexpugnables semejantes angosturas. No participaba enteramente de esta opinion el gobierno, pero tampoco conocia de lleno la grandeza del peligro, y aun en lo que la conocia, apenas osaba proceder como era debido, mandando retirarse por temor al descontento popular, del cual podrian nacer las consecuencias mas fatales. Así anunció en una Gaceta extraordinaria que los enemigos estaban sobre Somosierra en número de ocho ó de treinta mil hombres; desigualdad tan notable que uno de los números siendo cierto amenazaba con las mas graves calamidades, al paso que el otro declaraba no haber motivo de temor á lo menos por algun tiempo. Así el 27 de noviembre dispuso salir de Aranjuez para pasar á Talavera camino de Extremadura, y á punto de ir á emprender el viaje, dió órden contraria determinando no mudar todavía el lugar de su residencia. En tanto las tropas francesas, con las que iba su emperador, allanaron fácilmente el paso de Somosierra, arrojándose sobre las baterías españolas la caballería de lanceros polacos los cuales empleaban su valor con encarnizamiento en sujetar al pueblo español al yugo extranjero, al paso que ardian en deseos de libertar á su patria del que le tenian impuesto las potencias que se le habian repartido. Rota ya la débil barrera que defendia á Castilla la Nueva, se adelantaron sobre Madrid los vencedores. Huyó esta vez la junta central, saliendo de Aranjuez en 1.º de diciembre con mas precipitacion y menos órden que lo habria hecho en tiempo oportuno, y señaló á Badajoz por punto para reunirse de nuevo. Abandonada Madrid á sus propias fuerzas, entró en ella el desórden consiguiente á la naturaleza de la guerra en que estaba empeñada la nacion española. Las gloriosas defensas de Zaragoza y Valencia incitaban á los madrileños á imitarlas, y el ardor si no el valor del pueblo hacia preciso no entregarse sin resistencia. Pero la capital del reino con su vasto recinto era mas dificil de defender que poblaciones aunque grandes mas reducidas; la confianza propia de los dias primeros del alzamiento popular estaba muy quebrantada; los pocos soldados que habian de ayudar á la defensa

se resentian de la postracion de ánimo causada por los recien padecidos reveses; y las fuerzas que amenazaban, por su número y por el insigne varon que las capitaneaba, cuyo nombre era prenda segura de victoria, excedian mucho por todos títulos á las que habian sido rechazadas por los valencianos y zaragozanos. No obstante, el pueblo madrileño pedia armas y no era posible negárselas; y así de pronto le fueron dadas, procurándose fortalecer la poblacion como mejor se pudo, abriendo zanjas y colocando cañones en algunas puertas, aunque no pudiendo convertir en murallas sus tapias endebles, dilatadas y faltas de baluartes. Nombróse para la defensa una junta que habia de entender en el gobierno político y militar con facultades omnímodas, y cuya presidencia se dió al duque del Infantado, el cual, no obstante su debilidad en Bayona y su poco acierto como consejero de Fernando VII en su breve reinado, conservaba, aunque con grande menoscabo, el concepto que sus prendas le habian granjeado entre los españoles. Empezó la defensa por un alboroto acompañado de un asesinato, siendo la víctima el regidor de Madrid marqués de Perales, que por su modo de vivir imitaba los hábitos de la plebe, y debia serle y aun le era grato, y que en la confusion cayó por golpe asestado por algun enemigo suyo particular, acusándole de haber distribuido cartuchos llenos de arena en vez de estarlo de pólvora. No pudo la junta impedir este delito ni castigarle, estando falta de poder para otra cosa que para servir á las pasiones populares. Prosiguióse, pues, en los trabajos de la defensa, y el dia 2 se presentó el enemigo. Hizo éste una intimacion, á que se dió por respuesta que la ciudad habia resuelto defenderse. Dieron principio los franceses á sus operaciones cañoneando algunas puertas, de donde se respondió con vigor á su fuego, y no empeñándose por allí la pelea; mientras tanteaban los sitiadores por qué parte flaca podrían entrar mas fácilmente, creyeron los madrileños que podrían salir del empeño en que se habian metido airosos cuando no triunfantes. No lo creia así el duque del Infantado, el cual temiendo caer en manos de Napoleon por saber que estaba proscripto, y que entre cuantos con él se hallaban en tan mala situacion era mirado con particular ojeriza por el emperador francés, trató de escapar de un punto donde se veia próximo á perderse, y con no poca habilidad logró, en momentos en que todo intento de retirarse se hacia sospechoso y atraia la muerte á quien le manifestaba, que le dejasen salir de la capital para ponerse al frente de un ejército imaginario, pronto á venir á socorrerla. Por su partida recayó el mando en el teniente general don Tomás de Morla, en quien habia sobra de juicio y saber para conocer lo inútil y descabellado de la defensa y falta de valor para llevarla á efecto con esfuerzos desesperados. El 3, renovando los franceses la pelea, abrieron brecha en las tapias del jardin del Buen Retiro, y entrando por ella se situaron en aquella eminencia desde donde está Madrid dominado. Con pocos esfuerzos habrian adelantado mas, y aun quizá héchose dueños de la capital de España, pero no convenia á la política de Napoleon entrar á viva fuerza y entregar al saqueo la poblacion en que habia de sentar su hermano su trono. Así se detu-

vieron los vencedores, dueños ya del paseo del Prado y de la entrada de las principales y anchísimas calles que en él desembocan. Hubo entonces una suspension de armas que se empleó en tratos entre los franceses y la junta, en la cual casi todos estaban resueltos á ceder aunque pocos querian declarar su pensamiento, y el general Morla se hallaba determinado á la entrega, por otra parte inevitable. Hubo por desgracia que emplear artificios para engañar al pueblo, persuadiéndole de que la suspension de hostilidades no iba encaminada á la rendicion sino á otros objetos, y que, terminada pronto, se volvería á la defensa. Así anocheció el dia 3 de diciembre, pasándose en triste tranquilidad las horas que mediaron hasta el nuevo dia. Al amanecer ya era notorio á la gente de la clase ilustrada que dentro de poco tiempo se firmaría la capitulacion que pondria á Madrid en manos del enemigo, pero no lo creia así la ignorante y furiosa plebe. Agolpáronse hácia las puertas de Segovia y la Vega, y otras cercanas que llevaban al camino de Extremadura, único de los vecinos á la capital libre todavia de la presencia del enemigo, millares de personas á las cuales compromisos particulares, su situacion de empleados ó meramente su patriotismo ó su miedo incitaba á huir de una poblacion próxima á ser ocupada por los vencedores irritados. Acudió igualmente á los mismos lugares ó se mantubo en ellos otra turba ciega y feroz, resuelta á estorbar á todos la salida para que nadie escapase de la suerte comun, y ó siguiese la defensa ó cayese el yugo igualmente sobre todos los cuellos. Reinó la confusion; en medio de ella escaparon muchos; otros menos afortunados hubieron de volverse atrás no sin experimentar mal trato. En medio de esto se proseguia con ardor en llevar á cabo la capitulacion, que al fin á mediados del mismo dia 4 fué concluida y firmada. Pasó para el intento el general Morla á Chamartin, donde estaba Napoleon. Trató el emperador de los franceses á Morla con mas que comun dureza y desprecio, echándole en cara la falta de cumplimiento de la capitulacion de Bailen, que el general español habia procurado justificar por escrito en dias poco distantes. A pesar de estas dificultades alcanzaron los defensores de Madrid condiciones ventajosas; algunas de ellas equívocas, como eran la conservacion de las leyes, sin expresarse cuales y hasta qué punto y término habian de ser conservadas; otras claras y terminantes como era un perdon absoluto de todo lo hecho durante la guerra. Entraron en breve las tropas francesas en la capital de España, y Napoleon, á poco de haber manifestado tanto enojo porque se violasen las capitulaciones, violó la que habia hecho con los defensores de Madrid del modo mas escandaloso posible. Titulándose conquistador, y no respetando el derecho imaginario de su hermano, dió varios decretos benéficos unos y tiránicos otros, arobándose en todo no solo á la autoridad de legislador, sino las facultades de juez en menosprecio de los pactos en que él mismo habia entrado. En uno de estos decretos privó de sus destinos á todos los consejeros del Real ó de Castilla, añadiendo á esto ponerlos presos, y en otros abolió el horrible tribunal de la inquisicion, redujo considerablemente el número de conventos, acabó con los señoríos, y suprimió las adua-

nas interiores dejando solo las de la frontera. No paró aquí su violencia, pues envió presos á Francia al decano del consejo Real, á otros varios magistrados y á algunos grandes de España, estendiendo su rigor al ilustre poeta don Nicasio Alvarez de Cienfuegos, oficial de la secretaría de Estado, que no obstante ser adicto á las doctrinas reformadoras y filosóficas, por haber dado muestras de parcial de la causa de la independencia española, en un estado de quebrantada salud fué arrebatado á tierra extraña, causándosele con esto muy pronto la muerte. Al marqués de San Simon, teniente general español, pero nacido en Francia, se juzgó como á emigrado francés contra toda ley y justicia despues de tantos años de naturalizado en su patria nueva, y salió condenado á muerte, si bien no se ejecutó la sentencia por haber ablandado las lágrimas de su hija al conquistador, que aprovechó la ocasion de hacer alarde de clemente despues de no haber sido justo.

No obstante las violencias de Napoleon, lo que tenian de benéfico algunos de los decretos de que acaba de hablarse le granjeó parciales entre los españoles ilustrados descontentos de los actos primeros de la junta central contrarios á la ilustracion y favorables á la antigua tiranía civil y religiosa, al paso que á algunos sirvieron de pretexto para abrazar la causa de los invasores en perjuicio de la de su patria, creyendo á esta última abandonada enteramente por la fortuna.

En el momento de hacerse la capitulacion de Madrid, muchos de los que, como antes se ha referido, estaban á las puertas esperando la ocasion de huir, removido el obstáculo que les cortaba el paso, se lanzaron por el camino que llevaba á provincias libres del yugo extranjero. No bien fué ocupada la capital, cuando saliendo á dar alcance á aquellos fugitivos alguna caballería francesa, si bien no pudo tropezar con los que iban delante, se encontró á muchos, soldados algunos y otros empleados, á quienes en parte por persuasion y en parte á golpes obligó á volverse á la poblacion de que ya eran dueños los enemigos. A algunos de estos desgraciados faltó firmeza despues de esta prueba, y habiendo manifestado su intencion de seguir al gobierno legítimo en su fuga, sirvieron despues al del usurpador. Entre ellos merece mencion el poeta Melendez por lo ilustre de su nombre. Despues de haber ido á Asturias á predicar sumision á los franceses y vístose allí en gran peligro, se habia declarado por la causa de su patria, y publicado versos llamando al arma contra los franceses; pero siendo, segun es fama, de los que huyeron de la corte á la entrada de los vencedores, y fueron alcanzados en su fuga; nombrado despues para un destino por José Napoleon, tuvo la debilidad de aceptarle, originándosele de ello, andando el tiempo, la proscripcion y morir en suelo extranjero, digno de lástima, aunque menos que su amigo y discípulo Cienfuegos, no obstante haberse vituperado por los que aprobaron la tragedia de éste último la ferocidad de España en haber negado un monumento á las cenizas del primero. Usó José Napoleon este medio de dar empleos á personas de quienes sabia que le eran desafectas; en muchos casos con bastante fortuna. Pero hubo otros en

que fué desdeñado su favor, siendo esto lo que hacia el mayor número de los españoles.

Dueño ya Napoleon de la capital de España, hubo da admirarse al ver cuánto distaba de sacar de su ocupacion las ventajas que se habia prometido. Estaban aniquilados los ejércitos españoles, y sin embargo la guerra no tenia la menor apariencia de terminarse. Solos los conquistadores en medio de la muchedumbre no tenian mas terreno que el que pisaban, y en medio del corto número de sus servidores por donde quiera veian los semblantes de siervos temblando de ira bajo el yugo. Los correos que despachaban eran interceptados por todas partes. Los soldados dispersos corrian á reunirse á sus banderas á puntos mas ó menos distantes, dispuestos á pelear una y otra vez, quizá á huir alguna, pero á someterse nunca. Irritado el conquistador de la indocilidad tenaz de los españoles, respondió á una arenga que el corregidor de Madrid nombrado por su hermano, y mas intérprete de la voluntad del pueblo, vino á hacerle, dándole el parabien por sus victorias, y pidiéndole la vuelta de José á su capital que el derecho de conquista le daba el de gobernar á España, dividiéndola en otros tantos vireinatos, cuantas eran sus provincias; pero que sin embargo consentiría en traspasar su nuevo derecho al rey que habia dado á España, luego que los madrileños todos diesen á este pruebas de su sumision y fidelidad, haciéndole juramento de obediencia salido del corazon y sin restricciones jesuísticas. Como la buena voluntad no nace por mandado de una fuerza prepotente, era difícil conseguir de los habitantes de Madrid ó de los de otra cualquiera parte de España lo que el vencedor apetecia, siendo esta pretension suya una prueba mas de los enormes desvaríos en que incurrió en el curso de esta empresa tan superior entendimiento. Al cabo si no era fácil mandar en las voluntades, poca dificultad habia para conpeler á actos exteriores, y por ser forzados nulos. Por esto se obligó á los madrileños á ir á las parroquias á prestar juramento de fidelidad á José Napoleon I. El temor obligó á muchos á no resistirse á tan inútil ceremonia. No por haber conseguido el emperador de los franceses su intento se apresuró mas á volver à su hermano la corona que suponia ser de nuevo suya. Al contrario, cuando se le vino á presentar José, fué de él tan mal recibido, que hubo de retirarse al Pardo descontento y con pocas apariencias en su retiro de monarca reinante. En estas cosas reparaban algunos españoles; no así los mas para quienes era indiferente que reinase Napoleon ó su hermano, mirando ambas cosas como iguales, y reputando la dignidad real en los soberanos intrusos como mera farsa de duracion breve. Este modo de pensar no en todo acertado varió un tanto, andando el tiempo, pero permaneció en los ánimos del vulgo, donde en lo relativo á la causa de su patria y de su rey nunca murieron la ciega fé ni la mas ó menos ilustrada esperanza.

Napoleon distrayéndose al fin de estas atenciones del gobierno, convirtió su pensamiento á las de la guerra, resolviendo á un mismo tiempo caer sobre los ingleses, y completar la destruccion de los ejércitos españoles. De estos, las tropas que habian defendido mal á Somosierra man-

dadas por el bizarro general San Juan, el cual hizo cuanto pudo en aquel desastre, se habian retirado bajo el mando del mismo general y de Heredia hácia Segovia, desde donde pasando los puertos de las sierras de Guadarrama, y entrando en el Escorial habian venido en desórden y confusion sobre Madrid á socorrerle ó tener parte en su defensa; pero al verla en poder de los franceses, juntándose con otras salidas de la misma corte, huyeron á Talavera todavía mas en tropel, señalándose al mismo tiempo por excesos de toda clase. Llegados al pueblo á que se encaminaban, y deteniéndose allí, no mejoraron de conducta, y achacando á traicion de San Juan su propia cobardía y el inevitable revés llevado en Somosierra, rompieron en una sedicion en que los acompañó incitándolos un fraile, y embistiendo con el infeliz general, le asesinaron saciando despues su atroz rabia en su cadáver.

En poco mejor estado se hallaba el ejército del centro. Habiendo logrado llegar al centro de la Península no con poca dificultad, muy disminuido en número pero contando todavía mediana fuerza, se iba encaminando á Madrid, pero llegado á Guadalajara, tuvo noticia de que habian forzado los enemigos el paso de Somosierra, y bajado por consiguiente á Castilla la Nueva y á las inmediaciones de la capital de la monarquía. El conocimiento de su propia debilidad y de la gran fuerza del ejército francés detuvo á los generales, á quienes no podia ocultarse que ir á socorrer á Madrid era buscar batalla campal con un contrario, con el cual no se podia en aquella situacion pelear sin seguridad de vencimiento y ruina. Como la resistencia de la capital duró solo dos dias, sabida su ocupacion, resolvieron cuerdamente los encargados del mando (no habiendo quien le tuviese en propiedad por haberse retirado el vencedor de Bailen, acusado de traicion en el extremo de la demencia popular comunicada á la soldadesca) retirarse hácia los montes de Toledo, en cuyas asperezas podrian las tropas hallar abrigo, y allí juntarse con fuerzas nuevas, y por todos títulos reponerse de la miserable situacion á que habian llegado. Puesto en movimiento el ejército, se le agregó el 6 de diciembre con muy corto número de gente el general Llamas, que se habia visto obligado por el enemigo á desamparar á Aranjuez. Entonces aquellas escasas y trabajadas reliquias del ejército de Andalucía pasaron por varios puntos el Tajo, ya no con intento de pasar desde luego á los montes de Toledo por estarles casi interceptado el camino, sino de abrigarse en las sierras vecinas de Cuenca. Veníales ya cercano el enemigo vencedor, de forma que algunos soldados rezagados fueron sorprendidos en la poblacion de Nuevo Bastan y acuchillados allí, y ahuyentados ó hechos prisioneros por una escasa fuerza francesa. Como si no bastasen tantas calamidades, vino á agregarse á ellas la de una sedicion militar. En la ceguedad del fanatismo político de aquellos dias no se creian las desgracias ocurridas lejos ni aun cuando estaban sintiéndose las vecinas. Así fué que era voz corriente y creida entre el vulgo de militares y paisanos que Madrid seguia defendiéndose, y costó mas de una vida en varios puntos en España, y puso en peligro de muerte á no pocos haber dado ó creido la noticia de la entrada de los enemi-

gos en la capital. En el mismo ejército no faltaba quien afirmase que Madrid se estaba resistiendo, y que era necesario acudir á darle socorro, y traicion lo que impedia ó demoraba tal movimiento. D. José Santiago, oficial de artillería valiente y ardoroso, que portador á Granada de la noticia del primer alzamiento de Sevilla, habia estado á punto de provocar al asesinato del capitan general Escalante, y en quien premios obtenidos excitaban mas la ambicion, encubriéndosela ó justificándosela á la propia conciencia el arrebatado amor que profesaba á la causa de la independencia de su patria, ó creyó verdades las patrañas corrientes relativas á los sucesos de la guerra, ó quiso aprovechar la credulidad agena para su particular encumbramiento, creyendo tal vez servir al Estado con incitar á sus compañeros á actos de arrojo, y sustituirse él en el mando á generales ineptos y tibios cuando no cobardes. Mandaba las divisiones 1.ª y 4.ª del ejército reducidas á muy corto número el general conde de Villadieso, de incapacidad conocida y falto si no de valor personal en el campo de batalla, de todo linaje de resolucion en casos de apuro. Contra este se dirigió la sedicion, empezándola algunos carabineros reales, tropa antes del mayor concepto entre la caballería española y algo decaida en el tiempo de que se vá hablando, en que se señalaba solo por la sedicion, y agregándosele algunos soldados de artillería, hasta que se puso al frente de ellos Santiago en el pueblo de Mondejar. La voz de la tropa sublevada y de quien la capitaneaba era ir á Madrid, lo cual intentado habria sido ir á echarse en poder de los franceses. Dos dias duró la sedicion no reprimida y aun pujante, y solo la aplacó haber hecho dimision del mando del ejército el general La Peña, poco respetado por su carácter suave y por sus reveses, y haber sido nombrado en su lugar por eleccion el duque del Infantado, salido poco antes de Madrid, y al cual recomendaban mas que sus hechos recientes su crédito antiguo, su alta gerarquía, estar proscripto por Napoleon, y la novedad, de grande atractivo en todos tiempos y de mayor en el de revoluciones. Mandando ya el nuevo general y aplacada la sedicion, fué necesario proceder á castigarla. Hízose así, y celebrado consejo de guerra, salieron de él sentenciados á muerte el oficial Santiago y dos ó tres soldados que fueron arcabuceados en breve. Esta fué la vez primera en la cual quedó castigada la insubordinacion militar, á la cual daban cierta autorizacion recien pasados sucesos, siendo muy de lamentar que el necesario rigor de la pena cayese sobre un oficial, aunque ambicioso é inquieto, distinguido por buenos servicios y amor á su patria, y en soldados á quienes descarriaba el mismo ardor de sus nobles afectos.

Hecha esta justicia, pasó el ejército á Cuenca. Allí vinieron tambien en breve las reliquias de la segunda division, que habia sido alcanzada y puesta en huida el 8 en Santa Cruz de la Zarza por una division francesa mandada por el general Montbrun. El 16 llegó igualmente un cuerpo de poca fuerza, que separado del ejército desde el dia de la derrota de Tudela á las órdenes de don Melchor Lili, conde de Alacha, habia logrado abrirse paso por entre las fuerzas enemigas

que por todas partes le cercaban, y en vez de perder gente traer consigo algunos prisioneros. Diéronse á esta retirada grandes alabanzas, y aun se sospechó que podria tener grande habilidad el oficial que la habia dirigido, que elevado despues á mandos superiores, sin desmerecer el concepto de leal y valiente, no pudo conseguir el de superior habilidad en la guerra.

Mientras se iba formando otra vez trabajosamente un ejército en Cuenca, habia quedado desamparada la provincia de la Mancha. No convirtió á ella desde luego su atencion el enemigo. Aun Toledo permaneció libre hasta el 19 de diciembre, dia en que le ocuparon los franceses sin manifestarse conato alguno de resistirles. Siguióse desparramarse por los llanos de la Mancha los vencedores, ocupando el terreno hasta Manzanares, y aun adelantando mas sus partidas, no sin dar muestras alguna vez de querer acercarse á los puertos de Sierra Morena. En ellos y en las vecinas asperezas habian ido á guarecerse algunos fugitivos, y siendo la opinion vulgar que las cordilleras de sierras y sus pasos eran barreras insuperables, con tal que se defendiesen bien, allí se determinó juntar tropas para la defensa de las Andalucías no sin buen acuerdo, pues el lugar si no intransitable era defendible, y la opinion suponiéndole gran fuerza, alentaba á sus defensores y hasta infundia un tanto de respeto á los enemigos. Por esto se atendió desde luego á fortalecer y defender el paso de Despeñaperros, angostura principal en la carretera que vá de Madrid á las provincias andaluzas. Tampoco se descuidaron del todo otros pasos poco distantes, si bien reinaba la opinion desatinada de que solo por el camino real era probable que viniesen los invasores. Fuese como fuese, ya en mediados de diciembre entre soldados dispersos venidos á refugiarse á aquel punto, cuerpos que aun no habian acudido al ejército, y voluntarios de Andalucía y de la Mancha, habian llegado á reunirse en Sierra Morena como seis mil infantes y sobre trescientos caballos. Habíanse asimismo construido algunas baterías. Tenia el mando de aquel ejército, y para ejercerle se habia establecido en Andujar, el marqués del Palacio, oficial antiguo de caballería, con crédito de valiente, de alta estatura, fornido, de modales correspondientes á su forma y algo singulares, con pretensiones hasta de literato, lleno de rarezas que casi rayaban en locura, y general en suma poco á propósito para un mando importante en aquella guerra. Sin embargo, no se le presentó por entonces ocasion de mostrar su impericia, pues, llamando la especial atencion de Napoleon los ingleses, dejó para otro tiempo la sujecion de la parte meridional de España.

Mientras se encaminaba Napoleon contra enemigos, á quienes miraba con encarnizado odio, la junta central, gobierno del pueblo español, pasaba á establecerse en Andalucía. Donde quiera que llegaba, encontraba su autoridad respetada, y si en uno ú otro caso imperfectamente obedecida, reconocida al cabo como legítima por todas las voluntades. Activa en medio de sus afanes y trabajos mas que lo habia sido en horas de menos apuro, atendia al alistamiento de nuevas tropas, á su armamento, y á la reunion de las antiguas con solícita diligencia, y no

se descuidaba de negociar con el gobierno inglés y con el general de las tropas de la misma nacion, procurando, aunque en balde, satisfacer á Moore con esfuerzos no siempre favorecidos por la fortuna á consecuencia del general desconcierto. Teniendo que contemporizar con las juntas provinciales que la miraban como hija suya, hubo de acceder á lo que le pidió la de Badajoz, apoyada por la del partido de Mérida, dando al general Cuesta el mando que tenia el general Galleon, con quien al parecer estaban mal avenidos los extremeños. Cuesta era con razon mirado como enemigo de la central, y sus primeras providencias y operaciones al encargarse del mando dieron márgen á sospechas acaso infundadas de que intentaba satisfacer su ódio; sospechas á que daba márgen ser tenido aquel anciano por hombre de condicion rencorosa. En efecto, estableciendo su cuartel general en Badajoz, llamó á sí las tropas situadas en Zalamea, dejando así descubierta á Andalucía, al paso que daba muestras de intentos de hacer alguna empresa contra el enemigo. Al mismo tiempo la junta central, despues de detenerse poco en Badajoz, escogiendo con bastante tino á la populosa ciudad de Sevilla por lugar de su residencia, pasó allá é hizo en ella su entrada el 27 de diciembre, siendo recibida con gusto, y prosiguiendo en el ejercicio de la potestad suprema, no obstante las rivalidades de aquella junta de provincia, la mas orgullosa de España, así como la mas ufana y no sin razon de sus pasados esfuerzos y triunfos. No bien se estableció en su nuevo asiento, cuando poniendo su atencion principal en Sierra Morena, aunque prestándola á todas las partes de la monarquía, envió al brigadier Serrano Valdenebro á cubrir á Santa Olalla y Ronquillo, enviando refuerzos de gente y armas hácia Despeñaperros y poniendo las contiguas cordilleras y los puertos que las cortan en un estado de defensa respetable.

Recien llegada la junta á Sevilla, murió de vejez su presidente el conde de Florida-Blanca. Honróse altamente su memoria elevando á la dignidad de grandes de España á los herederos de sus bienes y título. No era impropio recompensar así los servicios del difunto, que, no obstante sus faltas, habia gobernado muchos años con próspera fortuna. Pero si fué ensalzado su nombre, poco dolor causó su pérdida, porque los años habian menoscabado en gran manera sus buenas calidades, dejándole su aficion al despotismo, y ademas una devocion supersticiosa con toda la tenacidad de una edad avanzada. Sucedióle en la presidencia el marqués de Astorga, conde de Altamira, de ilustrísima cuna y crecida riqueza, de condicion buena y suave, de ningunas luces ni ciencia, pero amante del bien de su patria y de su rey, dócil en sus rectas intenciones, y tal que no servia de obstáculo á que sustentase la junta doctrinas mas reformadoras, y á ellas ajustase sus actos. Cobró mas influjo en aquel cuerpo Jovellanos, al cual ayudaba Garay. Calvo de Rozas, revolucionario de otra estofa, impelia á veces á pasos mas apresurados por el mismo camino. Quintana tenia con Garay influjo, del cual participaban varios amigos suyos de su misma escuela filosófica y política.

Los negocios de la guerra eran con todo los primeros á que se hacia

forzoso atender. Apenas quedaba un ejército de mediana fuerza en España, y escaseaban armas y dinero. El ejército inglés así por el mal humor de su general, como por otras circunstancias de la política británica recelosa de compometer en la Península fuerzas considerables, servia de escaso auxilio en aquellos instantes. Venció en gran parte tantas y tales dificultades la junta, cuya activa gobernacion en los primeros meses del año de 1809 la hizo merecedora de alta alabanza.

Sin embargo, los reveses de la guerra se sucedian con rapidez asombrosa. Zaragoza estaba sitiada, y encerrado dentro de sus endebles muros un ejército de treinta mil hombres, por fuerza habia de caer con la ciudad en manos de los sitiadores, contribuyendo á ello el hambre y enfermades pestilentas que son su inevitable consecuencia. La guerra de Cataluña aunque reñida poco influia en las operaciones de lo demas de España. Napoleon vencedor al frente de fuerzas de bastante poder iba sobre los ingleses resuelto, segun él decia, á arrojarlos á la mar. En este apuro Sir Juan Moore ya emprendió movimientos decisivos. Una fuerte division de su ejército mandada por el general Hope habia pasado por las inmediaciones de Madrid á poco mas de mediado noviembre, y haciendo alto en el Escorial, casi al mismo tiempo en que Napoleon pasaba por Somosierra los montes que dividen á ambas Castillas, en direccion opuesta los atravesó pasando á la Vieja por el puerto de Guadarrama. Teniendo ya Moore á sus inmediatas órdenes todas sus fuerzas, hizo un movimiento arrojado para llamar á sí la atencion de los franceses, pues no obstante la superioridad de las fuerzas de Napoleon manifestó intento de operar contra él, adelantándose de Salamanca por el camino de Valladolid. Mudando sin embargo de resolucion en cuanto al punto que habia de escojer para sus operaciones, torció hácia Toro y Benavente, á fin de juntarse con otra division inglesa mandada por el general Baird, que habiendo desembarcado en Galicia, venia en su auxilio y con las tropas del ejército español de la izquierda, que en número de diez y seis mil hombres se habian reunido en las inmediaciones de Leon, habiéndose encargado de su mando el marqués de la Romana. Queria el general británico caer sobre el cuerpo del mariscal Soult y destruirle, antes que Napoleon pudiese penetrar en Castilla la Vieja. Juntas todas las fuerzas británicas contaban veinte y tres mil infantes y dos mil y trescientos caballos, tropa vistosa, disciplinada, valiente, aunque casi toda ella poco aguerrida y no acostumbrada á las operaciones de una campaña, mayormente si esta habia de hacerse con largas marchas y cortos recursos. Con el auxilio de los españoles de la Romana apenas contaba Moore, estimándolos en mucho menos que merecian, si bien valian poco en la situacion lastimosa en que estaban, habiendo ademas justificado en breve con su conducta el nada favorable concepto que merecian á su aliado. Soult tenia solo á sus órdenes diez y ocho mil hombres, y los concentró en Carrion resuelto á pelear ó á retroceder segun le dictasen las circunstancias. Pero los ingleses recibieron aviso el 23 de diciembre de que venia sobre ellos Napoleon al frente de crecidas tropas, y no juzgaron conveniente aventurar una campaña que de segu-

lo habría de traerles su vencimiento. Retiráronse, pues, hácia las costas los isleños yendo en dos columnas, la una por el camino de Benavente y la otra por el de Valencia de S. Juan.

Napoleon, á pesar del arrebatado deseo que le llevaba á buscar á los ingleses, no pudo usar en aquella ocasion de su celeridad acostumbrada. Primero hubo de detenerse en Madrid embebido en cuidados políticos sobre el arreglo de la que estimaba su nueva conquista, y luego, puesto ya en camino, tropezó con obstáculos con que no pensaba tener que habérselas, sucediendo entonces como otras veces nacer inconvenientes del extremado rigor del frio no esperado en regiones meridionales. Encontróse casi cerrado con la nieve el puerto de Guadarrama, y nueva ventisca y nevada afligió al ejército padeciendo el mismo emperador no poco. Venciéronse al fin estos estorbos, que publicados y aumentados por la voz vulgar, infundieron en muchos españoles la creencia de que habia ocurrido un desastre considerable á su temido enemigo. Este penetrando en Castilla la Vieja, siguió en su propósito de perseguir al ejército británico en su retirada. Pero Moore habia aprovechado la tardanza de su contrario para reunir en Astorga sus dos columnas y asegurarse bien por su espalda y costados. Por desgracia los ingleses, que sujetos á la mas rígida disciplina, cuando rompen el freno se entregan á los excesos mas atroces, yendo de retirada y faltándoles cuanto se habia menester para sus no cortas necesidades, cometieron todo linaje de demasías, ayudando á ello no entenderse con la poblacion ni en lengua ni en costumbres. Exasperáronse los españoles con sus huéspedes viéndose por ellos maltratados, y durante alguno, aunque breve, plazo, en la parte de España en que habian estado ó seguian los ingleses, eran estos aborrecidos como habian sido poco antes amados. Poco sin embargo hubo de durar su residencia entre el pueblo que se les iba volviendo contrario. Una division española se dejó sorprender en Mansilla, y huyó dispersándose, segun uso de aquellos dias, en que perdida la confianza de los momentos primeros del levantamiento, y no abandonado el propósito de resistir al invasor, los españoles al verse acometidos huian para ir á juntarse en mas distante lugar, presentando siempre á su pais como enemigo de los que pretendian tenerle tranquilo así como sujeto. Las tropas del marqués de la Romana huyeron desordenadas de Leon de resultas del revés de Mansilla. Sir Juan Moore con este desastre que le confirmaba en sus preocupaciones contra sus aliados, esta vez justificadas, se retiró apresuradamente con intento de embarcarse. Fué con estos sucesos indecible la confusion en ingleses y españoles. Los primeros, roto el freno de la disciplina, se embriagaban, robaban y huian; los segundos, abandonando su artillería toda á sus contrarios, se dispersaban á punto de no quedar junto un solo cuerpo de mediana fuerza. Salvóse con trabajo de caer en manos del enemigo el marqués de la Romana, que seguido solo de su estado mayor llegó al valle de Valdeorras, de donde pasó á establecer su cuartel general en la Puebla de Tribes reuniendo allí sus tropas, que, si bien no en crecido número, acudieron á sus banderas.

El ejército inglés entretanto huyendo con precipitacion por las angosturas de Manzanal, llegó el 2 de enero á Villafranca en estado lastimoso, habiendo asolado el terreno que acababa de recorrer, y recibiendo en parte en su desórden y en la mala situacion de muchos de sus soldados el castigo de los excesos que habia cometido. El 1.º de enero de 1809 habia llegado Napoleon á Astorga con setenta mil infantes y diez mil caballos. Juzgó inútil el emperador de los franceses emplear tanta fuerza contra enemigos fugitivos y ya inferiorísimos en número, y desistiendo de su propósito de ir en persona sobre los ingleses para arrojarlos al mar segun su frase, encargó de dar alcance á Moore al mariscal Soult con veinte y cinco mil hombres. Otros motivos, sin embargo influyeron en el ánimo del conquistador, no solo para no seguir dando alcance á los ingleses, sino aun para salir de España antes de tiempo. Noticias de Francia recibidas en Astorga le hicieron necesario distraerse de los cuidados de la Península á otros que estimaba mayores, y que le llamaban á Francia sin pérdida de un momento. El Austria, que estaba aumentando sus ejércitos de un modo considerable, empezaba ya á dar muestras de su intento de aprovechar los embarazos que causaba á Napoleon la guerra de España, para vengarse de las afrentas, y repararse de los perjuicios que habian causado á su gloria y poder las armas francesas en las últimas guerras. Iban con tal rigor y celeridad los preparativos del gobierno austriaco, que, deteniéndose el emperador francés en la Península, muy de temer era que cayesen sus enemigos sobre sus ejércitos, cogiéndolos mal preparados para hacerles frente. Por fortuna de Napoleon en sus contrarios faltaban el atrevimiento y la diligencia por que él se distinguia. Así no bien supo que le amenazaba nueva guerra, cuando resolvió atender á ella dejando la de España á sus generales, lleno por otra parte de la equivocada persuasion de que estaba ya hecha la conquista de la Península, quedando solo por llevar á cabo la empresa de pacificarla, sujetando á las partidas de gente armada, que durante algun tiempo harían su posesion desabrida é inquieta. Pasó, pues, de Astorga á Valladolid, á donde llegó el 6 de enero, y, enterado allí de que las hostilidades en Alemania no romperían tan pronto como se habia recelado, se detuvo diez dias hasta recibir noticias de las operaciones contra los ingleses.

Estas habian terminado prósperamente en cuanto á obligar á los isleños á recogerse á sus navíos, pero no en cuanto á causarles pérdida de nota ni á disminuir la gloria de sus armas. Soult penetró por el Vierzo divididas sus tropas en dos columnas. Llegado á Carabelos, tropezó con sus enemigos y los desalojó de algunos puestos, pero hubo de detenerse sin alcanzar ventaja alguna considerable. Moore, contenido ya su contrario, precipitó su retirada, en la cual tuvo el disgusto de ver á sus tropas entregadas á desórdenes aun superiores á los que ántes habian cometido, destrozando cuanto encontraban, y entre ello armas y pertrechos que desde Inglaterra habian venido para las tropas del marqués de la Romana, y abandonando sus equipages, su artillería y aun sus heridos á los que les venian dando alcance. Hicieron al fin alto los fugitivos en Lugo, para dar aviso á su escuadra y transportes de que se iban á embarcar en la Coruña,

y tenerlos listos para recibirlos. Situóse en tanto el general inglés en puestos formidables, y allí las mantuvo dos dias dándoles descanso y aliento, y al tercero, viendo que Soult habia recibido refuerzos y se preparaba á caer sobre él con probabilidad de vencerle, prosiguió su retirada. De nuevo tuvo que detenerse un dia en Betanzos para reponerse del desórden introducido otra vez en sus filas. Ya á orilla del mar llegaron los ingleses á vista de la Coruña el 11 de enero, pero tuvieron el disgusto de no encontrar allí los buques á que habian de refugiarse. Fuéles, pues, necesario prepararse á pelear, para hacer con seguridad su retirada rechazando á sus enemigos. Con este intento ocupó Moore el monte Mero, altura vecina á la Coruña. Llegados el 14 á su frente los franceses, empezaron á maniobrar para darles batalla, pero cabalmente en aquel punto entraron en el puerto los buques ingleses con tanta ansia esperados. A su vista se detuvieron los franceses, de suerte que dieron lugar al ejército británico de embarcar sus enfermos y heridos y aun su tropa de caballería desmontada, matando antes los caballos, así como de salvar su artillería en número de hasta cincuenta y dos cañones y obuses. No podia con todo embarcarse el ejército entero sin pelear con un enemigo superior, y por esto no faltó quien aconsejase á Sir Juan Moore que celebrase una capitulacion para completa seguridad de su retirada; pero el general inglés, cuyos pensamientos eran levantados y heróicos, desechó con indignacion la propuesta, no queriendo renovar ejemplos dados en casos semejantes por sus compatriotas. Dilatóse el embarque hasta el 16, y en este dia ya no pudo hacerse sin batalla. Trabóse esta con encarnizamiento, probando los franceses á destruir á sus enemigos antes del embarque, y procurando los ingleses rechazar á los agresores para recogerse con desahogo y vencedores á sus buques. Dieron prueba los de una y otra nacion de su ordinario valor, acometiendo aquellos con el ímpetu de gente sobre denodada aguerrida y casi siempre vencedora, y resistiendo estotros con la firmeza en ellos comun al defender un puesto. Al cabo despues de una dura y porfiada refriega quedaron los franceses rechazados. Cayó en la pelea mortalmente herido Sir Juan Moore, y poco despues espiró en el campo de batalla, informándose en sus últimos momentos con ansia del estado de la jornada, y no sin llevar la satisfaccion de saber que moria vencedor, por lo cual repitió las ya mas de una vez repetidas palabras de Epaminondas en Mantinea. Diósele sepultura en el campo mismo en que habia caido, alejados de allí los rechazados franceses. La poesía inglesa celebró esta muerte en una de las mas lindas producciones de una nacion que las cuenta numerosas de mérito eminente. El aplauso universal correspondió á estos acentos, y la admiracion debida á Moore sirvió de disculpa de sus faltas en la campaña rescatadas por su última accion, y oscurecidas por el mas hermoso espectáculo posible, el de la muerte en brazos de la victoria.

La ventaja alcanzada por los ingleses les sirvió para su gloria y seguridad, pero no á la causa de España que quedó abandonada con haberse retirado sus aliados. El general Hope, sucesor de Moore en el mando, aprovechó el triunfo conseguido embarcando sosegadamente sus

tropas en la noche del 16 al 17. Los habitantes de la Coruña ayudaron á los ingleses á pasar á sus buques con seguridad, y el gobernador Alcedo entrando en tratos con los franceses, los alargó hasta que vió al ejército británico del todo fuera de peligro. El 20 entró Soult en la Coruña sin resistencia por parte de los moradores ó de la escasa guarnicion, y en virtud de una capitulacion honrosa hasta cierto punto, pero poco digna de los españoles de aquellos dias, pues envolvia el reconocimiento de José como rey por parte de los vencidos. Los vocales de la junta de Galicia se dispersaron por el reino; empleados nombrados por los franceses y escojidos de entre sus parciales se encargaron del mando; y el antes gobernador con muchas de las autoridades eclesiásticas y militares no se resistieron á jurar fidelidad y obedediencia al rey intruso. Todo al parecer aseguraba á los franceses la posesion pacífica de la populosa Galicia, lo cual era de fatal ejemplo para la causa de la independencia española. Algunos sucesos mas concurrieron al fácil triunfo de los invasores, si bien por fortuna pronto les hizo difícil la posesion del terreno ganado, y llegó hasta arrebatársele el levantamiento patriótico de los gallegos.

Dueño Soult de la Coruña, envió un corto número de tropas mandadas por el general Mermel á apoderarse del Ferrol, y no estando dada providencia alguna para defender aquel arsenal, el segundo de España, ni contando la ciudad con medios para resistir, á no buscarlos en un heroismo desesperado, una capitulacion no mas honrosa que la de la Coruña puso en el 27 de enero la poblacion y el puerto en poder de los invasores. Creció con esto la consternacion de Galicia; decayeron los ánimos de todos; pocas ciudades dieron la menor muestra de estar resueltas á defenderse; y el marqués de la Romana, que en los sucesos pasados desde su llegada á España habia dado pocas pruebas de arrojo ó de pericia, quizá por no consentirle otra cosa el estado infeliz de los negocios, se quedó en un rincon de aquel vasto y poblado reino con un corto número de soldados. Viendo los franceses que se retiraba hácia Portugal, y dándoles poco cuidado su escasa fuerza, desistiendo de perseguirle se encaminaron á Santiago de Compostela. Entró allí el mariscal Soult sin oposicion de los naturales el 3 de febrero, y siguió encaminándose á Tuy. Veíase claro que el intento del mariscal era penetrar en el territorio portugués, y en efecto, determinando invadir el vecino reino, dió á su colega Ney, igual en gerarquía, y cuyo cuerpo de ejército habia asimismo entrado en Galicia, el mando de este reino mientras él pasaba á conquista mas importante. La Romana, logrado un respiro de que tenia harta necesidad, se mantuvo con sus tropas en la raya que divide á Portugal de España.

Napoleon no pudo detenerse en Valladolid hasta saber el próspero suceso de sus armas en Galicia. Aprovechó los diez dias de su estancia en aquella ciudad en dictar varias providencias con que creyó afianzar su gobierno en España, cuidándose poco de respetar la independencia de la dignidad real aparente de que habia revestido á su hermano. Mandó venir á su presencia desde Madrid á diputados del ayuntamiento de

aquella córte y de los tribunales superiores del reino en ella residentes, para que le trajesen los libros donde estaban las firmas de los que habian reconocido á José por rey de España. Despues de estas puerilidades, cuyo ningun valor no debia ocultarse á tan superior entendimiento, salió precipitado para Francia, dándole alas el deseo de prepararse á la guerra en Alemania que veia casi inevitable.

José, aunque dominado por su hermano, cuyo poder superior miraba con impaciencia, llevándole como un yugo, aficionado á su potestad real, quiso hacer actos de rey, y ya en los dias primeros de enero habia pasado al real sitio de Aranjuez á tomar posesion de aquel palacio y jardines. Allí tambien pasó revista al cuerpo de ejército mandado por el mariscal Victor, que se preparaba á ir contra los españoles del ejército del centro, vuelto á formar aunque con poco numerosa y no buena fuerza en Cuenca y sus cercanías, y que á veces se adelantaba hasta la orilla izquierda del Tajo. El duque del Infantado, general de estas tropas, débil en grado sumo y no acertando ni á dirigir las operaciones militares por su impericia, ni á resistir á los clamores vulgares que le exigian que obrase, y á los cuales por falta de fortaleza cedia, daba órdenes y las revocaba para dar ótras diversas ú opuestas, con poca confianza en sus tropas y en sí propio, y no sabiendo inspirar la que él no sentia. Una vez quiso despejar la orilla izquierda del Tajo de partidas sueltas francesas, que, pasando el rio, la recorrian, y enviando para el intento gran parte de su vanguardia, no supo darle órdenes que la dirigiesen, á que se añadió que mál mandadas y faltas de aliento y de inteligencia estas tropas, tropezando en Tarancon con ochocientos dragones franceses, fueron rechazadas retirándose y casi huyendo. El mariscal francés determinó alejar de alli y escarmentar á un ejército cuya vecindad le era incómoda y podría venir á serle peligrosa. Adelantó, pues, sobre Uclés, donde estaban los generales Venedas y Senra con nueve mil infantes y mil y quinientos caballos. A corta distancia estaba el duque del Infantado en Carrascosa con lo demas del ejército, no tan cerca de Uclés que pudiese dar pronto socorro á las tropas allí situadas, ni tan lejos que le fuese imposible ir en su auxilio, si acometidas por el enemigo seguian algun tiempo resistiendo. Cayeron los franceses sobre los españoles de Uclés, y encontrándolos decaidos de ánimo, faltos de disciplina, sin buen órden, mandados con poca habilidad, y acostumbrados á ser vencidos y aun á huir, los envolvieron y desbarataron fácilmente, haciendo en ellos gran matanza, y cogiéndoles un crecido número de prisioneros á punto de dejar aquel cuerpo destruido completamente. El duque del Infantado, al llegarle la noticia de estar trabada la batalla entre el enemigo y su vanguardia, irresoluto y tímido, no por miedo personal, sino por no acertar con una providencia que fuese en su sentir apropósito para sacar á sus soldados y á la patria de aquel peligro, no dispuso adelantar ni retroceder, hasta que en breve le llegó la noticia de estar los suyos aniquilados, trayéndosela los pocos fugitivos que escaparon de aquel desastre. Mientras los franceses vencedores cometian en Uclés excesos atroces, cebándose en la sangre y bienes de la poblacion

indefensa con inaudita barbarie, y dando, con detenerse en actos tan crueles, tiempo á los españoles para respirar, el general de los últimos abandonando á Carrascosa, se retiró á Cabrejas procurando hallar abrigo y seguridad en aquel distrito montuoso. No creyó con todo poder mantenerse allí largo tiempo con las desanimadas reliquias de su ejército, y celebrado consejo de guerra, fué dictámen del mayor número de los que á él asistieron, retirarse hasta Valencia para recibir allí los refuerzos necesarios. Abandonándose, para hacer con mas ligereza la retirada, toda la artillería, se apoderó de ella el enemigo. Pero el duque, mudando de parecer ó cediendo á consejo ageno, determinó no irse á Valencia, y se encaminó al reino de Murcia, llegando el 21 de enero á Chinchilla. Desde allí, torciendo hácia Poniente, resolvió cubrir las Andalucías, residencia del gobierno de España, lo cual podia hacer respaldado en la Sierra Morena, fuerte por sí y cuya fortaleza se creia entonces muy superior á la que tiene real y verdaderamente. Siguiendo su camino el duque por las faldas de la Sierra que miran á la Mancha, fué á situarse en Sta. Cruz de Mudela, desde donde cubria á Despeñaperros y los lugares inmediatos al camino real de Madrid á Sevilla. Discurrió entonces nuevos planes de operaciones activas contra el enemigo, pero habia dado pruebas de demasiada incapacidad para que se le dejase el mando del ejército, y así fué llamado á Sevilla y puesto en su lugar el conde de Cartaojal, que gozaba de alto concepto de militar inteligente. Retiróse desabrido el del Infantado á aumentar el número de los enemigos de la junta central, y no obstante la justicia de la providencia que le separaba del mando, con declararse enemigo del gobierno se ganó aprobadores y parciales.

A los franceses fué de gran provecho su victoria en Uclés, aunque por otra parte sirvió de acreditar la firme adhesion que el mayor número de los madrileños seguia profesando á la causa de la independencia. Una numerosa turba de prisioneros entrando en la capital de la monarquía puso patente á los mas incrédulos haber llevado las armas españolas un gran revés de los que, contados por los invasores, siempre pasaban por patrañas. Causó la vista de aquellos infelices notable efecto en los ánimos, compasion, desaliento, ira; por lo mismo resolucion en algunos de doblarse al yugo que parecia imposible sacudir, al paso que en otros solo mas vivo y enconado deseo de venganza. Acudian á centenares las gentes á visitar á los prisioneros ofreciéndoles con largueza cuanto podia templar el rigor de su desdicha. Por desgracia reinaban entre ellos calenturas pestilentes de las conocidas con el nombre de *castrenses* y del género pútrido, que siendo de la peor especie, se comunicaron á no pocos habitantes de Madrid, aumentando el contagio y la mortandad los males de una situacion ya muy funesta. Entretanto José aprovechó la victoria de los franceses para asegurarse en su trono. Obtenido el beneplácito de su hermano, hizo su entrada solemne en Madrid el 22 de enero. Hubo de lisonjearle que no fué recibido como en julio anterior, pues tomadas de antemano disposiciones por su gobierno para excusarle nuevo desaire, se consiguió del miedo ó de la curiosidad

que fuese bastante numerosa la concurrencia á aquella pompa. De las calles fué el intruso monarca á la iglesia colegial de S. Isidro, donde recibiéndole parte del cabildo de la misma con un obispo al frente, fué cantado un Te-Deum solemne, concluido el cual, pasó el usurpador al palacio de los reyes de España.

Ver la causa de los invasores favorecida por la victoria á punto de quedar poca esperanza de salvar la independencia española, algunas providencias ilustradas del nuevo gobierno, y la memoria de las erradas primeras disposiciones de la junta central movieron á varios personajes, particularmente de los que se distinguian por su instruccion é ideas filosóficas, á abrazar el partido de los franceses. Ni faltaron militares que se pasasen á sus banderas aficionándose al ejército francés por verle en tan buen órden y arreglo, y deseando formar otro español semejante á su sombra. A esto último se empezó á atender alistando al servicio del intruso soldados prisioneros. Sin embargo, en aquellos mismos dias no faltaron empleados de los que sorprendidos en Madrid por la entrada de los enemigos y obligados á seguir sirviendo sus destinos, por temor á los rigores de la tiranía vencedora, así como atraidos á hacerlo por el deseo de asegurar su fuga para ponerse á las órdenes del legítimo gobierno, pusieron por obra su propósito de salirse de la córte, viniéndose á las filas de los defensores de la independencia, sin retraerlos de este paso la próspera fortuna de las armas francesas ó los reveses de las españolas y el consiguiente peligro de la patria. Fulminó José contra estos fugitivos un decreto de proscripcion, monumento de desacordada injusticia por su parte y título de honor para los proscriptos (*).

Cuando así triunfaban los invasores en el centro de la Península y en Galicia, en Cataluña y Aragon, si vencian asimismo, compraban caro el triunfo alguna vez compensado ó dilatado con reveses. Los catalanes, no obstante seguir el enemigo siendo dueño de Barcelona y Figueras, persistian en la resistencia contando por suyas las numerosas aunque inferiores fortalezas del Principado, y aprovechando lo quebrado del terreno, y sus hábitos belicosos. Haber sido otra vez rechazado Duhesme en su tentativa contra Gerona sirvió de alentar á los levantados, y sacando partido de la disposicion de los ánimos la junta del Principado, trasladándose de Tarragona á Villafranca del Panades, hizo reforzar la línea del Llobregat. Duhesme, resuelto á no dejarse encerrar en los muros de Barcelona ó en su inmediato recinto, cayó sobre la línea española entre Molins de Rey y Sanucir, pero si consiguió algunas ventajas, no las alcanzó tales que mejorasen su situacion considerablemente. El ejército español de Cataluña aumentado con refuerzos venidos de Portugal y de Mallorca y aun de otros puntos, contaba ya en octubre de 1808 diez y nueve mil y quinientos infantes y ochocientos caballos, cuyo mando tomó en 28 del mismo mes el general D. Juan Miguel de Vives, que

(*) Los primeros en esta lista de proscripcion fueron Don Vicente Alcalá Galiano, tesorero general, y Don Antonio Alcalá Galiano, alcalde de la Real casa y córte, tios carnales del autor de este compendio.

tenia la autoridad superior militar en las islas Baleares, y el cual, no obstante ser militar antiguo, carecia de los conocimientos necesarios para dirigir las operaciones contra enemigos tales como eran los franceses. Envió este su vanguardia al Ampurdam, dando el mando de ella á Don Melchor Alvarez, oficial antiguo de las reales guardias españolas, de imponderable firmeza y pundonor, y que despues adquirió gloriosísimo renombre. Llevaba esta fuerza órden de observar al enemigo por los distritos cercanos á la raya de Francia, mientras su superior, acercándose á Barcelona, trataba de ponerle sitio no sin esperanzas fundadas de hacerse dueño de ella por sorpresa. En efecto, los barceloneses en odiar á sus dominadores no eran excedidos por poblacion alguna de España, y no encubrian sus pensamientos y afectos sino hasta el punto en que los obligaba á hacerlo el cuidado de la propia seguridad, al paso que los oficiales de la guarnicion, pensando y sintiendo como el vecindario, por no doblarse á reconocer por rey á José, gustosos se sujetaban á ser tratados como prisioneros de guerra. Favorecian los intentos de Vives estas disposiciones, por lo cual cada dia se iba acercando mas á Barcelona, cuya defensa, teniendo que atender además á la conservacion del Principado, se iba haciendo imposible á Duhesme que tenia á sus órdenes corto número de tropas. Pero á fines de 1808 Napoleon, al invadir á España con un poderoso ejército, no se olvidó de enviar crecidos refuerzos á sus tropas en Cataluña. A principios de noviembre atravesó la frontera que por aquel lado lo es de España y del departamento francés de los Pirineos orientales, que antiguamente era el condado de Rosellon, el titulado séptimo cuerpo del ejército francés de veinte y cinco mil infantes y dos mil caballos, cuyo mando tenia el general de division Gouvion-Saint-Cyr, todavia no elevado á la dignidad de mariscal del imperio, pero en mérito y concepto sin superior en el ejército francés y con muy pocos iguales. Dió al punto principio este nuevo caudillo enemigo á sus operaciones, disponiendo que el general Reille pusiese sitio á la plaza de Rosas, pequeña y poco fuerte pero de alguna importancia y fácil defensa por estar muy cercana al territorio francés, y asentada en la orilla del mar con un puertecillo por donde recibia de los ingleses oportunos socorros. Empezó el sitio de esta plaza el 7 de noviembre y se dilató hasta la noche del 26 al 27 del mismo, en la cual se entregó á los sitiadores, siguiendo en defenderse la ciudadela hasta el 5 del próximo diciembre en que tambien se rindió; defensa que, si no se señaló por una heroicidad extremada, atendida la calidad de aquella fortaleza no fué poco honrosa á los sitiados. Cerca de la misma poblacion estaba un fuertecillo titulado de la Trinidad, cuyo gobernador, próximo á caer en manos del enemigo, se embarcó con los suyos en buques ingleses del mando del capitan de la marina real británica lord Cochrane, que en aquel caso dió muestras del extraordinario arrojo y de la habilidad en su profesion por que despues se distinguió en su borrascosa carrera. Tomada Rosas, dejó Saint-Cyr en el Ampurdam al general Reille con su division de mediana fuerza, y poniéndose al frente de quince mil infantes y mil y quinientos caballos, se encaminó á Bar-

celona resuelto á abrirse paso por entre los españoles que la tenian cercada. Estos asimismo habian recibido un refuerzo de once mil y setecientos infantes y de setecientos caballos mandados por el general Reding, á quien habia cabido tanta parte en la victoria de Bailen; tropas en excelente pie, formadas en Granada, sirviéndoles en parte de cuadro los vencedores de Andalucía, llevadas por mar á aquella provincia distante, y que despues, guerreando en ella algunos años constantemente, se acreditaron por su disciplina así como por su denuedo. Tambien habia venido en socorro de Vives un corto cuerpo de cuatrocientos aragoneses mandados por el marqués de Lazan, fuerza por todos títulos de valor escaso. Mientras un general francés de los mas aventajados con fuerza respetable por su número y mas todavía por su calidad venia sobre el ejército español de Cataluña, el general de éste apenas atendia á detener á su poderoso contrario, teniendo distraida y embebida la atencion con el proyecto y la esperanza de hacerse dueño de Barcelona, á lo cual le alentaban brindándole con su cooperacion los comandantes de las fuerzas navales inglesas empleadas en las aguas vecinas. El 26 y 27 de noviembre tomó Vives algunos puestos ocupados por los franceses del ejército de Duhesme, y el 5 de diciembre llegó á situarse en las inmediaciones de Barcelona. Pero entretanto venia adelantando Saint-Cyr, y era ya tiempo de hacerle frente. Para el intento fué Vives á juntarse con Reding con algunas tropas, pero las de ambos generales no presentaban mas que ocho mil hombres de fuerzas regulares, bien que auxiliadas por crecidas turbas de somatenes. Al marqués de Lazan y al coronel Milans, este último práctico como otro ninguno en la tierra de Cataluña que conocia á la par como militar antiguo y como diestro é incansable cazador, se dió encargo de observar los movimientos de los franceses. Saint-Cyr, hermanando con la habilidad el atrevimiento, y resuelto á socorrer á Barcelona, dejando á un lado la fortaleza de Hostalrich ocupada por los españoles, vino á situarse en campo raso haciendo frente á Vives situado entre Llinas y Villalva, teniendo á Milans por su izquierda, y por sus espaldas al marqués de Lazan y al coronel Claros. Al cabo el 16 de diciembre se arrojó el general francés sobre la línea española, y aprovechando la superior calidad de sus tropas la rompió, arrolló y desbarató á los que la defendian, y dando alcance á los vencidos, se apoderó de almacenes copiosamente abastecidos de víveres y pertrechos que tenian en Sarriá, llegando el 17 de diciembre á ponerse á la vista de Barcelona; lograda así su empresa de dar socorro á sus compañeros ya encerrados en las murallas de la capital de Cataluña y puestos en el mayor apuro. El vencedor francés, despues de descansar en la ciudad que para los suyos habia salvado, en el dia 26 se encaminó al rio Llobregat, en cuya ribera izquierda se situó, reforzado por la division del general Chabran, mientras ocupaban los españoles la opuesta orilla. Allí se reunió con los suyos el general Vives, que en la derrota del 16 atolondrado huyó solo. Poco despues el mismo general pasó á verse con la junta del Principado residente en Villafranca, á fin de concertar con ella las operaciones futuras.

No bien se habia separado de su ejército el general, cuando se presentaron á darle batalla los franceses. Reding, que en ausencia de su superior mandaba el ejército, resolvió defenderse en un campo atrizcherado que ocupaban sus tropas en las colinas de Ordal. El 21 de diciembre al amanecer empezó la refriega cerca de Molins de Rey, poblacion de la cual tomó su nombre aquella jornada. Ocupóla el general Chabran; siguióse envolver los franceses la derecha de los españoles y arrollarla por el centro, y nacer de hay una espantosa confusion en la izquierda, arremolinándose y hacinándose los ya vencidos y fugitivos en el puente que por allí atraviesa el Llobregat y en sus inmediaciones. Fué completa la derrota que llegó á presenciar el general Vives, acudiendo á la batalla en el momento en que se estaba acabando con el vencimiento de su ejército. Perdieron los españoles toda su artillería cayendo prisionero el general de esta arma conde de Caldagues, aventajadísimo oficial en su profesion; perdieron asimismo una cantidad enorme de armas arrojadas por los que huian, y almacenes abundantísimamente provistos en Villafranca del Panadés y Villanueva de Sitjes, quedando enteramente disuelto el ejército y toda Cataluña á merced de los vencedores, los cuales forzando el paso del Bruch en la parte meridional del Principado, llenaron de espanto y desconsuelo las poblaciones hasta una larga distancia.

No eran, sin embargo, las derrotas de los españoles desdichas irremediables, viniendo á ser corto el provecho que sus contrarios sacaban de sus victorias. Saint-Cyr obligado á abastecer de víveres á Barcelona, y viéndose, no obstante su triunfo, con las comunicaciones entre su ejército y Francia nada seguras ni expeditas, tuvo que atender á otros objetos que al de aniquilar á los vencidos, habiendo además de ocuparse en defender los suyos de las partidas que por todas partes los acosaban. Mientras el francés estaba así ocupado, los españoles dispersos fueron reuniéndose poco á poco al abrigo de las murallas de Tarragona. Vives, cuya campaña habia sido desdichada y poco gloriosa, fué separado del mando del ejército por la junta, cediendo al clamor popular esta vez justo aunque vituperable, por apellidar traicion á lo que solo era ineptitud, y por haber pedido la muerte del desafortunado general que á duras penas pudo salvar la vida. Reding fué su sucesor, pues no obstante haber sido desbaratado en Molins de Rey, por la memoria de Bailen y por sus prendas de activo, valeroso y afable, no habia desmerecido en el concepto popular. El nuevo general se ocupó con diligencia en formar su ejército y ponerle en buen órden y disciplina. Tuvo tanta fortuna que á los pocos dias ya contaba con respetables fuerzas, y á tal punto se recobraron y levantaron de ánimo los catalanes, que sobre no desistir de la defensa de su propia provincia, pensaron en ir á socorrer á Zaragoza otra vez sitiada y puesta en grave apuro.

Tiempo es de tratar del segundo sitio de la capital de Aragon, menos meritorio y feliz; pero no menos memorable que el primero. Desde que los franceses en agosto se retiraron de las cercanías de aquella heróica ciudad, los zaragozanos y Palafox habian hecho increibles esfuerzos para convertirla en plaza fuerte, trabajándose en ello con diligencia y

acierto bajo la direccion del oficial de ingenieros San-Genes, pero sin poder conseguir por la falta de tiempo, así como por lo extendido de su recinto, hacer de ella una verdadera fortaleza. Roto y disperso el ejército español en Tudela, gran parte de sus fugitivas reliquias fué, como poco antes va dicho, á buscar abrigo en unas murallas supuestas por la opinion vulgar inexpugnables. Hasta veinte y ocho mil hombres de infantería entraron en Zaragoza, poniéndose al mando de Palafox, á cuyas órdenes servian de segundos los generales O-Neille y Saint-March y el de artillería Villalba. Contaba el ejército encerrado en Zaragoza la fuerza de caballería, enorme para una ciudad sitiada, de cuatro mil hombres, que mandaba D. Fernando Gomez Butron ascendido á general por haberse señalado en el primer sitio.

Pasóse algun tiempo entre las victorias de los franceses que los hicieron dueños del centro de la Península, y el principio de las operaciones formales contra Zaragoza. Así hasta el 29 de diciembre no fué combatida la ciudad, pero en el dia últimamente citado se presentaron delante de sus muros los cuerpos del ejército grande francés tercero y quinto mandados por los mariscales Moncey y Mortier, fuerzas infinitamente superiores á las empleadas contra la misma ciudad en la ocasion anterior, y que, así por la alta dignidad de quienes las mandaban como por su número, declaraban cuánta importancia daban los franceses á aquella empresa. Moncey, el cual como mas antiguo que su colega mandaba el ejército, dispuso inmediatamente tomar el puesto del monte Torrero, órden ejecutada por los suyos con feliz fortuna en pocas horas. Ordenó asimismo al general Gazan apoderarse del arrabal situado en la ribera izquierda del Ebro, pero en este puesto fueron menos afortunados los sitiadores saliendo rechazados con pérdida considerable. Entonces tratando de hacer formal y regular el sitio, como si lo fuese de una plaza fuerte, abrieron trincheras los franceses contra el castillo de la Aljafería, el puente de Huerva y el convento de S. José, convertido en fortaleza, como otros varios edificios de igual ó parecida clase. Mientras proseguian sus trabajos los sitiadores, los molestaba en gran manera causándoles pérdidas de alguna importancia el general Butron, que con su caballería hacia frecuentes salidas. Retirándose los mariscales, vino á tomar el mando del ejército sitiador y de las operaciones del asedio el general de division Junot, antes virey de Portugal y creado por su emperador duque de Abrantes, quien por gozar de valimiento con Napoleon, compartia los mandos principales con los personajes revestidos de la dignidad superior de la milicia. El nuevo general activó los trabajos de los suyos, y llevados estos adelante con ardor, y procediendo los franceses con su acostumbrado denuedo, no obstante la firmeza de los sitiados, el 10 de enero se hicieron dueños del convento de S. José, y el 12 de un reducto llamado del Pilar que les fué abandonado por sus defensores. Llevando adelante las ventajas ganadas, combatieron los sitiadores con mas furia á la ciudad empleando las minas y las bombas. Para huir de los estragos causados por estas últimas, se apiñaban los habitantes en las casas de los barrios á donde no alcanzaba ó alcanzaba menos el fuego del ene-

migo, y de esto y de haber en la ciudad un número de tropas muy superior al que suele componer la guarnicion de una plaza sitiada, resultaron enfermedades pestilentes, propagarse el contagio, escasear los alimentos y aumentar la mala calidad de los que quedaban las enfermedades. No obstante la valerosa entereza de los zaragozanos veian que el enemigo era harto mas fuerte que lo habia sido en el sitio primero, y que adelantaba con paso firme en la destruccion de sus fortalezas, ciñéndolos cada vez mas á su recinto incapaz de defensa contra los medios empleados para ganarle ó destruirle. Tampoco los sitiadores adelantaban lo que era de esperar, considerando que no era Zaragoza una verdadera plaza, ni sus fortificaciones mas que obras endebles hechas de priesa. Molestábanlos además partidas sueltas y aun cuerpos poco numerosos de tropas ó paisanaje armado, bastantes á impedirles las comunicaciones y á causarles grave perjuicio. Viéndose que Junot tardaba en reducir á la capital de Aragon, vino á tomar el mando de las tropas sitiadoras el mariscal Lannes, guerrero de los de superior crédito entre los suyos por su valor impetuoso, actividad y devocion á su emperador. La llegada del general nuevo activó las operaciones de su ejército, dándoles concierto á la par que vigor, con lo cual se apretó hasta lo sumo el sitio. El mariscal Mortier, que no queriendo servir á las órdenes de Junot, el cual le era inferior en grado, se habia ido á Calatayud con la division del general Suchet, fué llamado por su colega y empleado en ahuyentar á tropas españolas, que bajo el mando de Perena se acercaban á combatir á los franceses en las cercanías de la ciudad sitiada. Esta operacion permitió á los sitiadores proceder con mas desahogo, libres ya de la molestia que por la parte del campo se les causaba, y en estado de atender con redoblado vigor á rendir á los zaragozanos. Habíase alargado en tanto el sitio á mas de mes y medio, sin que decayese en los sitiados la constancia. Sin embargo, los franceses eran dueños de las fortificaciones exteriores, desde donde enviaron parlamentarios, enterando al general español de los reveses llevados por sus compatriotas y de la retirada de los ingleses, y haciéndole propuestas de capitulacion honrosa; pero Palafox, acorde con sus compañeros, en parte creyendo falsas ó ponderadas las victorias de su enemigo, y en parte, aun creyéndolas ciertas, resuelto á llevar la defensa hasta el último extremo, no dió oidos á proposiciones de entregar á Zaragoza ni aun con las mas honrosas ventajas para su vecindario y las tropas que la guarnecian. Prosiguióse, pues, peleando con encarnizamiento, aplicándose las minas no solo á las fortalezas sino á las casas particulares, y viniéndose á las manos entre los humeantes escombros. Costaban caras á los franceses estas singulares refriegas, en que perdian con buen número de soldados algunos excelentes oficiales, siendo de los que cayeron el general de ingenieros Lacoste que bañó con su sangre las calles de una ciudad, donde á fuerza de sangre se iba ganando cada edificio y cada palmo de terreno. Pero la caida de Zaragoza se iba haciendo inevitable, agotados los recursos de sus defensores y entera la fuerza de sus contrarios. Así el 18 de febrero, al cabo de cincuenta dias de continuo pelear, fué entrado el arrabal, ha-

ciéndose firme en él el enèmigo. Al mismo tiempo por otros lados dentro de la ciudad iban ganando los sitiadores gran parte de sus calles. Las enfermedades, haciéndose de mas gravedad, se difundian entre la tropa y el vecindario. Lo que no alcanzaba á hacer el temor á las armas francesas lo conseguian el hambre y la peste, quebrantando la fortaleza de ánimo en los sanos, así como las fuerzas corporales en estos y en los enfermos. Palafox fué acometido de las calenturas reinantes que le postraron, aunque no amenazándole con peligro de muerte, pero obrando en él con terrible efecto, viendo desvanecido el sueño que le tenia persuadido de ser imposible la toma de Zaragoza. En esta situacion de apuro fueron ya atendidas las intimaciones del general francés, nombrándose una junta que con él tratase de la entrega de la heróica ciudad, cuya fama era tan alta en España y en todo el mundo. Hubo una tregua mientras se ajustaba la capitulacion, que fué firmada el 20 de febrero en términos de honra y mediana ventaja para los rendidos. Entraron los franceses en Zaragoza para violar la capitulacion que habian firmado, segun era en ellos costumbre. La ciudad fué en parte dada á saco, y el general Palafox, á quien en estipulacion solemne se habia concedido libertad de retirarse donde le conviniese quedando bajo su palabra de honor prisionero de guerra, fué llevado preso á Francia no bien convaleció, y encerrado en el castillo de Vincennes, donde siguió encarcelado hasta el año de 1814. El vencedor mariscal Lannes hizo una entrada triunfal en la vencida y arruinada capital de Aragon el 9 de marzo, y con devocion poco sincera, y creida aun mas falsa que lo era en sí, pasó á la catedral de Ntra. Sra. del Pilar á dar gracias á Dios por su victoria, accion semejante á las que hacian sus compañeros de armas en otros puntos, con las cuales creian captarse la benevolencia del relijioso pueblo español, infundiéndole horror con lo que á sus ojos era sacrílega hipocresía. Con el objeto asimismo de reconciliarse al clero y por medio de éste á la muchedumbre, trajo el mariscal francés á Zaragoza y á oficiar en la ceremonia de su presentacion en el templo, así como á predicar su mision á los conquistadores, al obispo sufragáneo de aquella diócesis el padre Santander, hombre de ilustracion, pero de carácter débil, y no tuvo su presencia el influjo que se prometian quienes le llamaban, pues la voz del clero poderosa cuando ibá á una con las pasiones populares excitándolas ó manteniéndolas en su vigor, oida celebrando el triunfo de los enemigos de la patria y exhortando á serles sumisos sólo causaba escándalo y horror á la par con odio á la persona culpada de obrar contra el interés público con abuso de su sagrado ministerio.

La caida de Zaragoza con los triunfos de los franceses en el centro del reino y aun en Cataluña, juntamente con el abandono de la Península por los ingleses, dió á la causa del usurpador una apariencia de fuerza, contribuyéndo á atraerle parciales ó á reducir á manifestarle sumision á muchos que antes se resistian á dar la menor prueba de reconocimiento del monarca nuevo. Así se presentaron en Madrid diputaciones de ayuntamientos con protestas de fidelidad al que se titulaba rey, y hubo cabildos eclesiásticos y hasta prelados que imitaron esta

conducta, á punto que el gobierno de la junta central hubo de fulminar contra algunos de estos últimos un rigoroso decreto. Adelantóse asimismo en la obra de formar los regimientos españoles al servicio de José, llenándose medianamente los cuadros de algunos. Tambien se empezó á formar con el título de Guardia Cívica un cuerpo que mantuviese el órden dentro de las grandes poblaciones. De Madrid salieron comisarios á las provincias ocupadas á ponderar las victorias de los franceses, la ninguna esperanza de próspera suerte que presentaba la resistencia, y los beneficios hechos por el gobierno intruso, anunciando otros mayores prometidos ó pensados. Todo esto mejoraba poco la situacion de José Bonaparte y de sus servidores, perdiendo pronto el uno y los otros el poco terreno que ganaban. La sumision de algunos solo sirvió de desconceptuarlos en la opinion general hasta hacerlos odiosos como traidores; los soldados traidos á las banderas enemigas de la patria aunque se llamasen españolas las desamparaban pasándose con las armas y el vestuario que habian recibido á las filas de los leales; y los comisionados réjios no eran atendidos, y si quedaban faltos de un auxilio poderoso de tropas francesas, corrian grave peligro de perder la vida. José por otra parte estableció una policía á imitacion de la del imperio francés, la cual con su existencia y rigores, de clase para los españoles poco conocida, empleándose particularmente en perseguir como culpados á los adictos á la causa nacional, se hizo odiosísima haciendo partícipe de su odiosidad al gobierno que la habia creado. Además José no podia impedir los excesos cometidos por las tropas francesas, y no acertando á contenerlos, por ser poco respetado por los generales de su hermano, mal podia con providencias benéficas desmentidas por las realidades, ó con el lustre de una dignidad real poco reverenciada por los que le servian de apoyo, ganarse el afecto ó la estimacion de los españoles. Así pasaba su vida entregado á los deleites; y, ponderándose estos defectos suyos así como ignorándose sus buenas calidades, no solo era mirado con odio sino tambien con desprecio.

No así la junta central, cuyos ejércitos eran vencidos y aniquilados sin que por eso dejase su poder de ser muy superior al de los vencedores. Establecida en Sevilla, gobernaba á toda España, siendo obedecidos sus mandamientos aun en el mas oscuro y apartado rincon de la Península, si no estaba oprimido por las armas francesas. En su nueva residencia recibió la grata noticia de que el gobierno defensor de la independencia española, fuese cual fuese su título ó forma, podia contar con ser reconocido y obedecido por las ricas y extensas posesiones ultramarinas de la corona de Castilla en América y Asia, prontas á concurrir con sus hermanos de la Península á la guerra contra los franceses y el usurpador del trono de S. Fernando. Los sucesos de Bayona sabidos en las islas y continente de la América española habian encendido en los ánimos pasiones iguales á las que movian á los peninsulares. Los habitantes de las islas de Cuba y Puerto-Rico primeros despues de los de Canarias en saber el levantamiento de los españoles contra Napoleon, le aprobaron completamente. Otro tanto sucedió en Yucatan y en los

puertos de la costa oriental de nueva España. En la ciudad de Méjico habiéndose recibido órdenes de los diputados de la junta de Asturias en Lóndres y directas de la junta de Sevilla, para que se siguiese en aquel reino apartado sustentando los derechos de Fernando VII contra sus enemigos en obediencia á los gobiernos que obraban en su real nombre, convocándose el 9 de agosto de 1808 una junta general de autoridades á la que fueron llamados personajes de nota y cuenta, quedó resuelto no reconocer otro soberano que Fernando VII y sus legítimos sucesores de la régia estirpe de los Borbones, y prestar obediencia mas ó menos explícita y terminante á las juntas de España. Lo mismo sucedió en Tierra-Firme, en Buenos-Aires, en Chille, en el Perú y en Nueva Granada, y andando el tiempo, como se supo despues, en las posesiones asiáticas de las Filipinas y Marianas. En Méjico ocurrieron algunas desavenencias que podrian haber acelerado la declaracion de aquel reino en Estado independiente; pero en sujetarse á Napoleon nadie pensó, siendo al revés cargo injusto que cada parcialidad hacia á su contrario suponerla dispuesta á entenderse con los franceses. En Buenos-Aires Liniers, ya virey, á quien Napoleon habia halagado mucho celebrando sus triunfos sobre los ingleses, y que desconfiaba de estos, y los aborrecia como á antiguos enemigos de España y aun como á suyos particulares, al llegarle la noticia de estar España alzada en guerra contra Napoleon y en alianza con la Gran Bretaña, hubo de manifestarse dudoso y acaso pesaroso, pero se limitó á obedecer con tibieza las órdenes de las juntas de España, y á impedir juiciosamente que se formase un cuerpo de la misma naturaleza en su vireinato, temiendo con razon que su existencia preparase la de un cuerpo soberano é independiente, separando de la obediencia á la metrópoli á aquellas provincias. El gobernador de Montevideo D. Francisco Javier Elio, soldado valiente pero hombre díscolo, corto de luces y sobrado en imprudente ambicion, notando frialdad en su superior Liniers, casi le tachó de traidor, y procedió á formar junta en Montevideo, con lo cual dió en aquellas rejiones un ejemplo funesto de desobediencia y allanó el camino á fatales novedades. Pero entretanto los de opuestas opiniones de mejor ó peor gana repetian aun en los puntos mas remotos la aclamacion del pueblo español, de vivas á su legítimo rey Fernando y á su patria, y de guerra á los franceses.

Siguióse acreditar con hechos los españoles ultramarinos su adhesion á la causa sustentada por la metrópoli. En las Antillas alzándose la parte de Sto. Domingo antes española, cedida á Francia por el tratado de paz de Basilea, otra vez tremoló el pendon de Castilla, y se puso bajo la obediencia de su antigua madre patria. En todos los puntos de América se prepararon á socorrer á la Península con cuantiosas sumas ya de las rentas y caudales que allí tenia el Estado, ya de donativos, siendo mucho lo que pudieron enviar los paises de minas que daban un producto copioso. Agradecida la junta central á tales muestras del patriotismo de los americanos, dió en 22 de enero de 1809 un decreto que reconocia ser los estados de América no colonias sino parte integral de la monarquía, disponiendo que cada uno de los vireinatos y ca-

pitanías generales independientes enviase á la junta central vocales que compartiesen con los diputados de las juntas peninsulares el gobierno de España en ambos emisferios. Quedó igualmente resuelto como consecuencia del principio sentado en el mismo decreto que los naturales de las posesiones españolas de América y Asia fuesen iguales en derechos á los de la Península.

Tambien se vió con satisfaccion la junta central reconocida por Inglaterra como gobierno legítimo de España. Ajustóse en efecto entre ambos gobiernos en 9 de enero de 1809 un tratado de paz y alianza, en que la Gran Bretaña se obligaba á auxiliar á los españoles con todo su poder en la guerra pendiente, no reconociendo en caso alguno el título de rey de España sino en el actual legítimo poseedor y su descendencia ó familia, y la junta central se comprometia á defender hasta el último trance la causa comun, sin ceder á la Francia, ni aun en el caso de hacer con ella paz, porcion alguna de su territorio ni en Europa ni en otra parte del mundo. No era este tratado por demas ventajoso á la potencia mas débil y necesitada de socorros, no habiendo el gobierno británico extipulado dar al español subsidios fijos y regulares, como era su costumbre darlos á las potencias continentales que estaban en guerra con el poder francés; pero aunque la junta central pretendió semejante clase de auxilios, lo hizo en balde, no siendo atendida por ser poco fuerte y hallarse en apuros en que le era fuerza pasar por todo. Fundábanse los ingleses para resistirse á dar subsidios, en que habian socorrido y seguian y continuarían socorriendo á varias provincias de España con crecidas sumas, armas, vestuario y otros artículos, sin contar con que empleaban en la Península con gran costo de sangre y dinero un ejército numeroso, cuyo aumento estaba preparado. No eran sin embargo tan cuantiosos los auxilios pecuniarios llegados desde Inglaterra á los españoles. A las juntas de la provincia de Galicia, de Asturias y de Sevilla se habia dado por el gobierno inglés sobre sesenta millones de reales, tocando veinte á cada una. Por el pronto se habia asistido á la central con un millon y doscientos mil reales en dinero y veinte millones en barras. Alegaban por otra parte los aliados de España que contaban con escaso numerario, y que para tenerle de las minas americanas, habian menester que se les abriese el tráfico con aquellas regiones, donde encontrarían pesos duros á trueco de los géneros que vendiesen. Mal podia el gobierno español acceder de súbito á una solicitud que derribaría por los cimientos la política, no solo de España sino de Europa entera, en punto al comercio de las colonias con otra nacion que con la metrópoli. Así hubo de reducirse á los recursos de la Península medio dominada por el enemigo, y por esto y por el desórden reinante en la parte libre del yugo en mala situacion para dar mucho al gobierno, y á los auxilios de América, grandes en verdad aunque apenas suficientes á satisfacer enormes necesidades. Con estos cortos medios, sin embargo, armó el gobierno español á principios de 1809 ejércitos de respetable fuerza, y siendo estos vencidos y dispersados, como se verá, acertó á rehacerlos y á ponerlos de nuevo en buen estado al frente de!

enemigo. Reconocida la junta como gobierno supremo no era con todo obedecida como pedia el bien público que lo fuese. La costumbre antigua del pueblo español y aun de los empleados subalternos de cumplir mal los mandamientos de sus superiores, lejos de desaparecer, habia crecido con las revueltas y con estar el gobierno falto de la dignidad que lleva consigo la persona de un monarca. Las juntas de provincia no llevaban á bien estar sujetas á sus propios diputados por ellas enviados á formar la central. Aun donde no habia habido junta soberana, la obediencia tenia con el carácter de voluntaria las ventajas é inconvenientes inseparables de serlo, pues ó se servia con celo, ó se rehusaba mas ó menos directamente el servicio. Habia enviado la junta central algunos de sus vocales en comision á varios puntos del reino, donde estimó que serviría su presencia de hacer ir los negocios con la diligencia y exactitud necesarias. A la importantísima plaza de Cádiz habia ido el marqués del Vilcel, diputado en la central por Cataluña, señor de cortas luces y grande vanidad y orgullo, violento en vez de firme, de insufrible en lo no, dado á ejercer su autoridad en pequeñeces, bien intencionado en general, y representante en el cuerpo de que era miembro de las ideas menos favorables á la ilustracion y mas apegadas al sistema antiguo de tiranía civil y religiosa. En Cádiz en los dias primeros del levantamiento contra los franceses, sobre salir numerosos voluntarios á las filas del ejército, se habia formado una milicia voluntaria destinada meramente á la guarnicion de la plaza, donde servian sin paga casados, viudos con hijos, y solteros, de todas edades y condiciones, siendo soldados y oficiales de una clase misma. Esta fuerza que en la guerra hizo buen servicio, tenia los inconvenientes anejos á su índole, sirviendo ya de impedir desórdenes, ya de fomentarlos. Sucedió además lo que en casos tales siempre acontece, que fué pretender quienes, sirviendo en esta milicia, tenian obligacion por la ley de entrar en suerte para empuñar las armas en mas activo, afanoso y peligroso servicio, eximirse de las quintas ó de los alistamientos para el ejército permanente, confundiendo su causa con la de los excluidos por las leyes de ser soldados. Cuando llegó á Cádiz el marqués del Vilcel, corrió el rumor de que venia á sacar de allí el cupo de gente con que la ciudad debia aumentar las fuerzas que á la sazon estaban en campaña. La malicia dió á estas nuevas otra significacion, dando á creer lo que era absurdo é imposible, esto es, que iba á darse órden á la milicia sedentaria, segun estaba compuesta, de salir al campo á militar en el ejército como otra fuerza cualquiera de las regulares. Creyeron no pocos verdad este desatino; aparentaron otros creerlo, recelosos de la verdad y poco dispuestos á entrar en quinta; cundió con esto el descontento, del cual á la sedicion habia entonces poca distancia. El marqués del Vilcel con sus providencias y conducta era apropósito para crear disgustos ó aumentar los que ya hubiese, y si en cualquiera poblacion se habria hecho desagradable, en Cádiz lo era en grado sumo, afectando modales de noble y usando un entono muy poco al uso y gusto de un pueblo comerciante, donde la igualdad reinaba en el trato social y en las costumbres. Aña-

dió á esto entrometerse en negocios de familia y castigar á personas por cumplir mal con las obligaciones del matrimonio. Todo ello era una tiranía incómoda mas que formidable, inútil á todo fin político, y propia para mover á un alboroto, cuando al fuego del descontento se echase un material que le hiciese romper en llama. Sirvió de este material el temor de que se sacasen soldados de Cádiz, y de pretextó para sedicion uno de clase muy comun en aquellos dias. Habíanse formado de soldados de varias naciones desertores del ejército francés algunos cuerpos al servicio de España. Uno de estos fué destinado á Cádiz, y pasando á la isla de Leon, de allí se encaminó al lugar de su destino. Propagóse de repente por Cádiz la noticia de que venia á ocupar la plaza un batallon de *polacos*, gente devota á los franceses, de quienes era de temer que entregasen la ciudad al comun enemigo. Rompió con ésto la sedicion, encaminándose á la puerta de Tierra los alborotados; fuera de las murallas dieron con aquella tropa de infélices extranjeros, maltratando á algunos, amenazando á otros y prohibiéndoles la entrada en el recinto de Cádiz; volvieron furiosos á las calles; y fueron contra el marqués del Vilcel, no encubriendo los mas bulliciosos y perversos su intencion de quitarle la vida. Pero los voluntarios de Cádiz, hasta entonces no muy opuestos á un motin que á muchos de ellos libertaba del duro servicio de las armas, acudieron á impedir un exceso de mala clase, y metiendo entre sus filas al marqués, le depositaron en el convento de Capuchinos en calidad de preso. Continuó entretanto el tumulto ya seguido solo por la peor gente de la plebe, no aprobado por personas de clase superior pero tampoco sujetado. Pasó la noche en inquietud y desgobierno. Al dia siguiente fué asesinado el comandante del resguardo D. José Heredia, á quien acarreó su trágico fin, mas que la circunstancia de haber privado su familia con el Príncipe de la Paz, haber perseguido el contrabando. Los amotinados dueños del poder, siempre suponiendo ó en parte sintiendo temor de ser entregados á los franceses, aunque ningunos habia cerca, nombraron por gobernador, por no tener confianza en general alguno, al guardian de capuchinos; singular rasgo del instinto popular que descansaba solo en aquel, cuyo interés estaba mas opuesto al del gobierno intruso. Al cabo cansados los sediciosos y no teniendo objeto evidente el levantamiento, se restableció el órden, y los que dando la cara habian hecho de cabezas del motin, fueron presos. Salió de su encierro libre y seguro ya el marqués del Vilcel, pero se volvió á Sevilla y á su asiento en la junta. A los cuerpos voluntarios de Cádiz se dieron grandes honras en recompensa de su servicio en salvar la vida del vocal de la junta. Dejó el religioso capuchino el gobierno militar al general á quien competia. Quedaron exentos de la quinta los mozos solteros de Cádiz, si no por declaracion expresa, por tolerancia. Tales fueron el principio y fin de un tumulto manchado con sangre y afeado con ridículos accidentes, en cuya descripcion se ha detenido la pluma por ser suceso de los que caracterizan á un gobierno y á una época.

En medio de estos vaivenes en el público sosiego y sumision, la jun-

ta central llevaba adelante sus trabajos. Los reveses de las armas españolas llegados á su noticia la afligian, pero no la desalentaban. La caida de Zaragoza fué anunciada en Gaceta extraordinaria en una á modo de proclama, en tono poético, elocuente, y con hermosos pensamientos y afectos expresados con gala; pero pecando algo de incorreccion en la forma y mucho en la sustancia por lo agena del tono de un gobierno que habla de oficio. Pero estas cosas cuadraban con el gusto y las ideas dominantes de que era digno intérprete Quintana, escritor de casi todos los manifiestos de la junta. Diéronse á los zaragozanos y á su guarnicion recompensas subidas; grados á los oficiales, y ventajas á los soldados, nuevos timbres á la ciudad que ya los tenia muy notables. Convidóse á los poetas á escribir un poema en loor de la ciudad heróica, señalando la junta un premio á la composicion que fuese juzgada superior á las demás por voto de jueces inteligentes. Así de las mismas desdichas se sacaba partido, remedándose los hechos y modos del patriotismo romano.

Los franceses por algun tiempo detenidos en la carrera de sus triunfos, y aun en la de sus operaciones, al fin dieron muestras de querer adelantar por las partes meridional y occidental de la Península. Mientras invadia Soult á Portugal, á la sazon poco defendido, y casi sin tropas del pais, así como con muy pocas inglesas, el mariscal Victor, vencedor en Uclés, habia penetrado, torciendo su camino muy á la derecha, por Extremadura, no encontrando oposicion séria para el paso del Tajo, donde aun eran escasas las fuerzas de los españoles. Oponíase á estas tropas el general Cuesta con una fuerza como de veinte mil hombres, muchos de ellos soldados nuevos, algunos antiguos, todos en mediano estado de instruccion, no capaces de disputar la victoria en batalla campal á un número igual ó poco inferior de franceses, y sin embargo en admirable estado, atendiendo á que poco antes apenas contaba España fuerza alguna por aquellos lugares y los vecinos. Al mismo tiempo que cubria á Sevilla por Extremadura este ejército, el español llamado del centro, compuesto de las reliquias del que con el mismo nombre habia sido vencido en Tudela y en Uclés, vuelto á formar en Sierra-Morena y su falda por la parte de Andalucía y de la Mancha, habia llegado á contar hasta diez y seis mil infantes y tres mil caballos, no inferiores á las fuerzas de Cuesta. Dióse el mando de la vanguardia de este ejército al duque de Alburquerque, grande de España, de pocos años, llegado por mero favor de corte al grado de brigadier, y en nada distinguido hasta entonces, pero en quien habia ocultas grandes calidades de soldado, valor caballeresco, pundonor, actividad, y hasta cierto punto habilidad en las operaciones militares. El duque, dando rienda á su ardor, empleó las fuerzas de su mando en varias expediciones en los llanos de la Mancha, algunas de ellas favorecidas por la fortuna, otras menos felices, ninguna por algun tiempo de bastante importancia por sus resultas. Así en Mora de Toledo, al frente de nueve mil infantes y dos mil caballos, sorprendió algunos dragones franceses y alcanzó sobre ellos una corta ventaja, que sirvió de dar aliento á sus tropas, scostumbradas á ser venci-

das y aun á huir ya habia algunos meses; pero reuniéndose los franceses, y viniendo sobre los españoles, estos cuerdamente se hubieron de retirar de puesto en puesto hasta llegar á Manzanares, donde hicieron alto no siendo seguidos. Incansable Alburquerque y ambicioso proponia otras expediciones de parecida naturaleza, á que se oponia el conde de Cartaojal su superior, muy preciado de sus conocimientos teóricos en el arte de la guerra, por los cuales gozaba de alta reputacion en España. Desaviniéronse con esto ambos generales, habiendo de nacer de su desavenencia ó de su impericia uno de los reveses mas vergonzosos de la guerra.

El general de division Sebastiani habia tomado el mando del cuarto cuerpo del ejército francés por haber pasado á Alemania el mariscal Lefebvre. Este general entendido y arrojado, aunque no de los primeros entre los suyos por su pericia militar, determinó emprender operaciones activas contra sus contrarios, no obstante serles muy inferior en número. Aprovechándose de tener los españoles sus fuerzas desparramadas por ciertas combinaciones de Cartaojal, que este reputaba muy sábias, cayó de súbito sobre sus contrarios. Sorprendidos estos resistieron poco, poniéndose en vergonzosa fuga. Así fueron derrotados sucesivamente los españoles, en Ciudad-Real, en el Viso, en Santa Cruz de Mudela y aun en el Visillo, nueva poblacion dentro de Sierra-Morena, cediendo á un corto número de franceses, y desbandándose poseidos de un terror increible. Recojióse el ejército á Despeñaperros, estableciéndose su cuartel general en Santa Elena, punto altísimo de la sierra en que termina el puerto por que atraviesa el camino real de Madrid á Andalucía. Llegaron allí los vencidos en corto número, siendo tal la dispersion que hubo muchos cuya fuga no paró hasta meterse en lo mas interior de las provincias andaluzas, no faltando quienes llegasen á ver el mar que baña sus costas. Paráronse los vencedores franceses en Santa Cruz de Mudela, no teniendo fuerzas para pasar adelante, y esperando noticias del mariscal Victor que estaba llevando la guerra adelante en Extremadura. Acaso, si hubiesen sabido los enemigos el estado del ejército derrotado y el del Mediodía de España habrían sacado gran partido de su victoria, acompañada de otra que casi al mismo tiempo alcanzaron sus armas en lugares poco distantes.

Maniobrando el mariscal Victor, como vá dicho, en Extremadura con diez y ocho mil infantes y tres mil caballos al frente del general Cuesta, éste que contaba ya hasta veinte mil hombres de infantería y dos mil de caballería se aventuró á presentarle batalla con imprudencia en una llanura cerca de Medellin, donde tenian grande ventaja las tropas francesas. El general español con escasa habilidad, puesta su caballería á los costados, adelantó contra sus enemigos de frente. Durante dos horas siguió con denuedo peleando la infantería española; pero mal colocada la caballería, padeciendo mucho del fuego enemigo, y cerrando con ella la contraria muy superior en calidad, fué envuelta y se retiró del campo, con lo cual quedó decidida la suerte de aquella jornada, siendo acuchillados los españoles y rotos, y haciendo en ellos los vencedores una hor-

rorosa carnicería. El general Cuesta mas animoso que prudente en su vejez, se vió entre los enemigos, y tuvo la dicha de no ser conocido, escapando con la libertad ó la vida casi por milagro. Fué completa la derrota de los españoles, y terrible su pérdida, señaladamente en muertos. Hizo mas cruel aquella tragedia una circunstancia propia de la época, de mas entusiasmo que cordura, no solo por parte de los gobernados, sino por la del gobierno mismo. Noticiosa la junta central de haber cometido los franceses algunos excesos, segun tenian de costumbre, acababa de publicar un decreto acompañado de su correspondiente proclama, en que con frases de poético arrebato exponiendo la sanguinaria conducta del enemigo, disponia que por cada español muerto á manos de estos se quitase la vida á un número superior de franceses. De este decreto se habia mandado á los generales dar comunicacion á los del ejército contrario que tuviesen al frente. Cumplida por Cuesta esta órden en el dia anterior al de la batalla de Medellin, corrió por el ejército francés la voz de que en adelante no se daría cuartel en la guerra. Con arreglo á esta idea procedieron los vencedores, no perdonando las vidas de los que ya estaban á su merced vencidos é indefensos. Así la mortandad de Medellin fué mucho mayor que debería haber sido, atendiendo al número de los combatientes.

Si Cuesta habia sido imprudente en dar la batalla y poco diestro en dirigirla, despues de la derrota con nueva animosa imprudencia acertó á impedir los progresos del enemigo y á disminuir el mal efecto que en la nacion española debia producir el recien ocurrido desastre. En su parte llamó mal perdida á aquella batalla, y esta expresion singular hizo casi dudar de que se hubiese perdido. Achacó á dos regimientos de caballería su vencimiento, y castigándolos en la honra les mandó quitar una pistola por via de afrenta, hasta que portándose mejor en otra ocasion la recobrasen. Cayó este rigor sobre uno de los regimientos que habian estado en el Norte, y aunque por esta y otras muchas razones opinasen muchos que no era merecido el castigo, la severidad aunque excesiva hizo buen efecto. Por último, con las reliquias de su ejército se alejó poco del campo de batalla, y de resultas de su firme proceder adelantó poco terreno el ejército victorioso. Correspondió á esta conducta del general el gobierno, afligido al tiempo mismo, pero no desalentado, con la dispersion del ejército de Cartaojal. Imitando la junta la conducta del senado romano cuando dió gracias á Varron por haber perdido por su propia culpa la batalla de Canas, pero sin desesperar de la suerte de la república, en medio de la total ruina de su ejército aprobó la conducta de D. Gregorio de la Cuesta; ratificó la calificacion por él mismo hecha de la jornada de Medellin de mal perdida; elevó al teniente general vencido á la clase de capitan general, suprema en la milicia; le envió prontos y cuantiosos refuerzos; y separando del mando del ejército de la Mancha al conde de Cartaojal, y aun poniéndole en juicio por estimar su revés mas digno de pena ó censura, dió el mando de aquellas tropas al teniente general D. Francisco Venegas, poniéndole bajo las órdenes de su superior el general de Extremadura, del cual su ejército venia á formar una division separada.

Este proceder tuvo quienes le aprobasen y quienes al contrario le vituperasen; pero en esta ocasion á lo menos fué seguido de felices consecuencias.

Por entonces el gobierno de José hizo una de las tentativas que nunca interrumpia, á fin de ganarse la voluntad de los hombres de mérito y concepto empeñados en sustentar la causa de la independencia de su patria. Por encargo de él, ó quizá de propio movimiento, fué su intérprete el general Sebastiani, á quien su victoria en la Mancha y la de Victor en Medellin hubieron de persuadir ser oportunos para el logro de sus intentos aquellos instantes en que vencidos de nuevo los ejércitos españoles casi aparecian para siempre aniquilados. Escribió el general francés varias cartas, señalándose por su importancia una al general Venegas, á quien se habia dado el mando del ejército puesto á su frente, hombre ilustrado así como soldado antiguo y pundonoroso, y otra á Jovellanos, diputado en la junta central por la de Asturias. Las cartas contenian suposiciones falsas; pero tenidas por verdades por los franceses, ciegos de parcialidad á su emperador y á su patria á saber que la resistencia de España al poder francés era obra de los ingleses y de un partido empeñado en sostener los privilegios y abusos del sistema antiguo de la monarquía y sociedad española, error sustentado aun por escritores de nuestros dias. Las respuestas fueron las que se debian esperar, negándose los asertos de Sebastiani, y desechándose sus propuestas. Distinguíase la de Jovellanos por lo noble y juicioso de sus pensamientos, así como por la elegancia de su estilo y pureza de su frase. No pasó mas adelante la correspondencia, cuyas únicas resultas fueron darse al público en la Gaceta del gobierno de Sevilla, siendo recibidas las respuestas al francés con general aprobacion y aplauso.

Mas activa y firme la junta central en este apuro que lo habia sido antes ó lo fué despues, se mantuvo en Sevilla no obstante el peligro que habia en no moverse, y atendió á reforzar los ejércitos, teniendo sus esfuerzos felices y aun prodigiosas resultas. Favorecíanla algunas circunstancias compensando las desdichas padecidas. Los franceses habian invadido á Portugal, pero adelantaban poco; Galicia se habia sublevado contra sus dominadores. Sabíase que el gobierno inglés trataba de enviar á Portugal un ejército poderoso mandado por sir Arturo Wellesley, acreditado por su victoria en Vimieira, así como por triunfos anteriores. Por último, constaba que en toda España se iban formando partidas contra los franceses que en guerra contínua les causaban pérdidas aunque pequeñas multiplicadas, y cortándoles las comunicaciones los reducian á la tierra que pisaban con fuerzas respetables, y, lo que se juzgaba de importancia superior, habia noticia de estar próxima á romper la guerra entre Francia y Austria, á la cual era fama haberse preparado la última potencia con ejércitos cuyo número parecia fabuloso. De todos estos sucesos anunciados por mayor, será bien dar razon un tanto circunstanciada.

El mariscal Soult, como queda dicho, dejando al mariscal Ney el mando de Galicia, puesto en camino para Portugal, habia llegado el 3 de febrero á Santiago y el 10 á Tuy; pero habiendo experimentado dificultad para pasar el Miño, y empezando ya á sublevarse los gallegos, hu-

bo de subir por la ribera del mismo rio y de encaminarse á Orense, resuelto á entrar en Portugal por Chaves, desvaratando y auyentando antes á las fuerzas del marqués de la Romana situadas en aquellas inmediaciones. En efecto, el marqués se andaba buscando abrigo en las murallas de la fortaleza portuguesa que se acaba de nombrar, y, ya acercándose á ella, ya desviándose de allí corto trecho, aumentaba sus fuerzas y contribuia con buen éxito á que levantasen los gallegos partidas que cobrando aumento daban harta ocupacion á los enemigos, dominadores, pero ya no dueños pacíficos de su provincia. Adelantándose la Romana á Monterey, dió al levantamiento de Tuy y del paisanage de sus inmediaciones un carácter temible. Pero al aproximarse el mariscal Soult, el general español, incapaz de entrar con él en batalla, hubo de retirarse. Ocupó, pues, el francés á Orense, y, resuelto antes de entrar en territorio portugués á acabar con el enemigo, aunque débil molesto, que tenia cercano, envió su vanguardia mandada por el general Franceschi á dar alcance y ahuyentar á los españoles. No le esperó la Romana, y con alguna pérdida por haber dado el enemigo con tropas de su retaguardia, y dispersádose estas, se metió en Castilla, y luego en Asturias, desde donde andando siempre por el confin de Galicia, protejia el levantamiente casi general de aquella provincia vasta y populosa. En una ocasion, aprovechando un descuido del enemigo, sorprendieron sus tropas el castillo de Villafranca, donde cayeron prisioneros sobre mil franceses. Este acontecimiento alentó sobremanera no solo á los gallegos sino á todos los españoles, cuando llegado á noticia del gobierno se publicó dándole la importancia debida y aun mas que esta como debia presumirse. Soult no temiendo que la sublevacion de Galicia pudiese traer consigo graves inconvenientes, sino puramente molestia á las tropas dejadas allí, cuyo número era suficiente para dominar aquel reino, y puesta la mira en hacerse dueño de Portugal, en lo cual tenia notable empeño el emperador, penetró por fin en territorio portugués y por entre la poblacion enemiga, no sin trabajos y obstáculos, logró hacerse dueño de la importante ciudad de Oporto. Allí se detuvo, no estimando acaso suficientes sus tropas para proseguir en la empresa de la conquista encaminándose á Lisboa. Allí tambien se dejó llevar á concebir pensamientos que le fueron sugeridos ó que fomentaron en su ánimo algunos aventureros traviesos, lisonjeándose con que podría ceñirse la corona portuguesa, acaso sin fuerte oposicion por parte de le Gran Bretaña si no se manifestaba del todo sumiso al imperio francés. Como no era singular en aquellos dias convertirse en cetro el baston de general, el mariscal francés hubo de creer posible subir á un trono, sin atender á que el portugués no podia ser sino de una persona cuya devocion á la Gran Bretaña llegase á ser dependencia. Pasó así algun tiempo Soult en Oporto, hasta que viniendo sobre él una fuerza considerable le lanzó, como se dirá mas adelante, de Portugal, metiéndole de nuevo en Galicia.

En esta provincia seguian las cosas prósperamente para los españoles. Los franceses continuaban siendo dueños de las principales plazas, pero llegaron á verse en ellas como sitiados. No dejaba de dar cuidado al marisca!

Ney, encargado del mando del estendido territorio gallego, el estado de Asturias; provincia donde si bien nunca se habian reunido fuerzas considerables, las asperezas de la tierra y la idea de ser aquellas montañas perpétuo abrigo de la independencia española mantenian los ánimos levantados y firmes. Despues de los grandes reveses de los ejércitos españoles en Espinosa y Tudela y de la ocupacion de Madrid, la junta asturiana con suma actividad habia juntado sumas de mediana consideracion y armado algunas tropas. Dió el mando de estas á D. Francisco Ballesteros, elevándole de un grado inferior que tenia, ya separado del servicio militar, á la dignidad de mariscal de campo, arrogándose facultades que solo al gobierno central competian, pero que muchas autoridades inferiores se tomaban, y aun algunos usaban en propio provecho, acciones que justificaba á veces la necesidad, y de las cuales alguna vez resultaron ventajas. Ballesteros, cuya fama despues creció tanto, acreditó actividad y aun talento militar desde el momento en que subió al mando, y con solo cinco á seis mil hombres de tropas casi todas visoñas obrando hácia la parte oriental de Asturias, desalojó de las orillas del Deva á un corto número de franceses que las ocupaban, y penetrando en la provincia de Santander llegó hasta S. Vicente de la Barquera. Mientras quedaba cubierta aquella parte del principado, la diligente junta de Asturias viendo á Galicia en poder de los franceses, tambien cuidó de defenderse por la parte de Occidente por donde confinan ambas provincias. Con este intento envió allí al general D. José Worster con siete mil hombres de tropas asimismo recien levantadas. Este general, llevado de su celo superior á sus conocimientos y á sus fuerzas, determinó entrarse algun trecho por Galicia, donde las poblaciones sublevadas le pedian socorro. A su entrada los franceses que guarnecian los puntos vecinos mandados por el general Mauricio Mathien, se retiraron, pero maniobrando con superior habilidad revolvieron sobre el general español, le sorprendieron en Mondoñedo, le desbarataron y ahuyentaron con dispersion de su gente, y entrando á su vez en Asturias asolaron y saquearon varios concejos de la parte occidental del principado. Duró poco esta correría hecha con corta fuerza, pues noticiosos los franceses de que se iban reuniendo en el centro de Asturias las tropas derrotadas, se recogieron á Galicia. Allí seguia el ejército de la Romana, compuesto solo de seis mil infantes y doscientos caballos y mandado ya por su mismo general, ya durante ausencias de este por D. Nicolás Mahy. Tan escasa fuerza no podia entrar en batalla con un cuerpo francés, pero tampoco los enemigos podian juntar un crecido número de tropas para ir sobre ella y destruirla, distraida su atencion á varios puntos, molestándolos en todos contrarios cuyo número y el estar desparramados los hacia mas formidables. Por otro lado el reducido ejército español cada dia se aumentaba y aprovechaba las ocasiones en que podia caer sobre un número de franceses inferior, ó protejer grandes levantamientos de paisanaje, con el cual iban mezclados soldados y oficiales dispersos que hasta llegaban á dar golpes duros al enemigo.

Uno de estos fué de grande importancia y en sí por sus resultas. En

la ciudad de Vigo tenian los franceses una mediana fuerza, no pudiendo dejar desocupado aquel puerto especialmente cuando el mariscal Soult estaba metido en el reino de Portugal cuyos confines están tan cercanos. No siendo bastantes los franceses para tener seguras todas sus comunicaciones, su guarnicion en Vigo quedó como cortada estando en las inmediaciones la sublevacion brava y pujante. Llegó el aliento de los sublevados hasta precipitarse sobre Vigo é intentar coger prisioneros á sus defensores. Acudieron, pues, allí grandes turbas armadas, y ayudándolas por la parte del mar las fuerzas navales inglesas, las tropas encerradas en Vigo se vieron en grande aprieto. Al cabo desesperanzadas de salir de su encierro hubieron de allanarse á capitular; pero repugnaba al pundonor militar entregarse á paisanos. Por fortuna estaba entre los levantados gallegos un D. Pablo Morillo, soldado de marina en otro tiempo, distinguido por cierta viveza é inteligencia superiores á su condicion, aunque no notables para sujeto de mas elevada esfera; ascendido ya á la clase de oficial, aunque en grado subalterno; que habia prestado servicios en Extremadura, y cuya ambicion sin duda le llevó á mezclarse con aquellas turbas armadas en vez de seguir sirviendo en las filas. Morillo, al entender que los franceses buscaban un oficial de grado superior á quien rendirse, determinó aprovechar la coyuntura para hacer un servicio á su patria que lo sería tambien á su propia fortuna. Dióse pues por coronel y tratando con sus enemigos como tal, firmó por parte del ejército español una capitulacion que puso en su poder sobre mil franceses. Dió el venturoso oficial el parte competente de este suceso, disculpándose con modestia de haberse tomado un grado superior, si bien trasluciéndose que aspiraba á verse confirmado en él y aun que lo tenia casi por seguro. Hízole en efecto coronel el gobierno, dando así principio á la celebridad de un nombre que la tuvo en ambos emisferios, señalándose por grandes servicios y graves faltas.

Un triunfo como el que se acaba de referir dió notable aumento en fuerzas y esperanzas á la sublevacion gallega. Al paso que crecia esta se reforzaba el ejército de la Romana, el cual llegó á contar dos divisiones, una de ellas mandada por D. Martin de la Carrera, bizarrísimo general de caballería, de estatura y fuerzas hercúleas, y caballerosos pensamientos. Sucesos posteriores atrajeron reveses á los levantados, pero, como se dirá á su tiempo quedó al fin triunfante el levantamiento gallego, y libre para siempre de los franceses aquella provincia.

En Cataluña era varia la fortuna de la guerra, pero peleándose siempre con esfuerzo compraban los enemigos caros sus triunfos y no decaia en los vencidos la esperanza, si bien por algun tiempo las operaciones militares en aquel principado no estuvieron enlazadas con las que se seguian en lo demás de la Península. El valor feroz de los catalanes los incitaba á actos crueles de que por otra parte no faltaban ejemplos en el resto de España. Así en Lérida alborotada la plebe pasó á cuchillo á los prisioneros franceses, cebando asimismo su furia en españoles sospechados de traidores. Reding vencido en Moling de Rey rehizo en enero de 1809 su ejército llegándole refuerzos de Granada y de Mallor-

ca. Como los franceses, recien alcanzada una victoria, tenian que detenerse desperdiciando el tiempo para operaciones militares con emplearla en buscar víveres, pudieron los españoles dedicar algunos dias á adestrar sus tropas sin ser molestadas. Determinóse por la junta y el general sacar partido de los miqueletes y somatenes en la clase de guerra para que eran propios, y evitar batallas campales acosando á los invasores con contínuas escaramuzas. Por desgracia estando pendiente el sitio de Zaragoza llegó al ejército de Cataluña con siete mil hombres el marqués de Lazan hermano de Palafox, y tanto por deseos de salvar á tan cercano pariente, cuanto por ser propio de aquella familia harto escasa de luces considerar la defensa de la capital de Aragon como el objeto principal de la guerra de España, pretendió que se fuese á obligar á los franceses á desistir de su empresa contra la heróica ciudad ya reducida al mayor apuro. Ensoberbecidos los españoles con ver cuán fácilmente se recobraban de sus pérdidas, se resolvieron á tomar la ofensiva en Aragon, pero antes les era forzoso dar un golpe al ejército de Saint-Cyr, para que no viniese en su seguimiento. Discurrió, pues, Reding una combinacion atrevida y en su entender diestra para desbaratar á su contrario, y fué enviar al general Castro con quince mil hombres á ponerse entre Barcelona y el ejército francés cortando á éste la retirada, mientras él al frente de ocho mil hombres le acometia desembocando por el coll de Sta. Cristina, y los miqueletes ó somatenes le caian encima desde las vecinas montañas. Tenia este plan el defecto de extender mucho una línea, haciéndola mas fácil de romper á un enemigo valeroso y hábil. Rompióla en efecto Saint-Cyr el 16 de febrero; dió con Castro que estaba en Igualada y le arrojó sobre Cervera; y revolviendo contra las demas fuerzas españolas, las desalojó de los puestos que ocupaban. Acudió Reding con su acostumbrado denuedo á reunir á los vencidos, y con los que pudo juntar, se fué en buen órden hácia Tarragona, pero cediendo otra vez á su ardor probó la suerte en una batalla, embistiendo en Valls con una division francesa que allí la habia situado, á lo cual acudiendo Saint-Cyr al socorro de los suyos con todas sus fuerzas, quedaron completamente derrotados los españoles, saliendo Reding de la pelea gravemente herido. Vencedores los franceses, entraron en Reus, ciudad señalada por sus fábricas y tambien por su ilustracion, y siendo allí bien recibidos, contra lo que en España solia suceder, se detuvieron por aquellos lugares amagando á la vecina plaza de Tarragona, y cortándole las comunicaciones con los otros puntos del Principado y aun con toda España, llenos de esperanza de que hacinadas las tropas vencidas en aquella ciudad, abundando entre ellas los heridos, y padeciéndose muchas dolencias graves y contagiosas, su entrega sería infalible y dentro de muy corto tiempo. Pero Saint-Cyr como sus paisanos conocia mal el aliento y teson de los españoles en aquellos dias, y la calidad de la guerra en que el ejército francés estaba empeñado. Los catalanes así cómo los españoles todos creian firmemente que al cabo habian de triunfar de sus contrarios, y á poco de llevado el mas duro revés, se presentaban tan resueltos á resistir como si en nada hubiesen experimentado

los rigores de la suerte. Al revés los vencedores, por falta de sustento y por otras causas, se quedaban imposibilitados de recoger el fruto de sus ventajas, y decaian de ánimo por lo mismo que veian serles inútiles sus triunfos, juzgando insufrible y en su terminacion forzosamente fatal aquella porfiada guerra. Así Saint-Cyr como despues de la jornada de Molins de Rey se volvió á Barcelona á socorrer las necesidades de su ejército, y se halló con que los somatenes, cargando sobre los suyos de nuevo, tenian á aquella capital bloqueada. Entrado Saint-Cyr en la ciudad, quiso darse á temer conociendo que en balde intentaría ser querido, y dió órden á varios empleados que antes no habian hecho expreso juramento de fidelidad y obediencia á José Napoleon, de prestarle inmediatamente, á lo cual resistiéndose algunos, fueron presas hasta veinte y nueve personas principales y enviadas á Francia. Dispuso volver á la campaña el activo y entendido general francés, y emplear sus tropas en alguna empresa de lucimiento y ventajas, eligiendo poner sitio á Gerona, sin temor de ser distraido de operacion tan importante por el ejército español, pues éste casi estaba aniquilado y sin cabeza, por haber muerto el general Reding de sus heridas. Procedió, pues, aunque molestado por los somatenes y tropas, al sitio que se habia propuesto hacer, el cual fué de tanta duracion y para los sitiados á tal punto glorioso, que bien merece la mencion muy especial que de él se hará en el curso de la presente historia.

Yendo así los negocios en Cataluña, en el centro de España y en los puntos de la circunferencia ocupados con grandes fuerzas por los franceses, y donde no podia haber cuerpos de tropas españolas capaces de entrar con ellos en batalla ó de defenderse; en las poblaciones aparecieron cuadrillas armadas, que con el nombre de cuerpos francos y mas con el de guerrillas vinieron á ser insufrible azote de los dominadores de España, no permitiéndoles descanso, interceptándoles los correos, matándoles los soldados que se desviaban en corto número de los lugares donde estaban con fuerza, en suma, menguándoles con el número la fortaleza de ánimo de un modo apenas imaginable. Muchos fueron los capitanes de estas partidas que se hicieron famosos aunque en desigual grado, siendo muy diferente su mérito, pues algunos eran bandoleros y no mas, al paso que en otros habia verdadero amor á su patria, arrojo y cierto grado de pericia. Casi todos se señalaban por lo crueles y aun feroces, bien que de esta regla habia excepciones, y que mereciese disculpa en ellos la ferocidad, por ser tratados por los enemigos con el mas bárbaro rigor posible. Señaláronse entre ellos D. Juan Diaz Porlier, llamado el Marquesito, por suponerle ó suponerse él pariente cercano del marqués de la Romana, de orígen desconocido, y de los mejores de su clase, así en lo humano como en lo hábil y valiente; D. Juan Martin Diez, llamado el Empecinado, sin letras ni cultura, activo y de valor singular, persona de baja esfera á quien cupo en suerte dar su nombre á los leales defensores de su rey y patria, habiendo puesto á estos por apodo el de Empecinados los servidores de los franceses; D. Gerónimo Merino, cura de Villoviudo, forzado y duro, clérigo de mala vida, ajeno de toda

humanidad, astuto y fecundo en ardides; Longa, herrero de Vizcaya; Palarea, antes médico; Mina, estudiante navarro, á quien siguió mucho despues su tio Francisco Espoz y Mina, llegando á oscurecer con su fama á todos los de su clase, y otros de poco inferior renombre ó merecimiento. Sobre estas gentes corta autoridad ejercia el gobierno de la junta central ó aun las de provincia, pues guerreaban por su propia cuenta y riesgo; gobernadores y legisladores en la tierra á donde alcanzaban sus golpes. Diéronse, sin embargo, á no pocos de ellos grados militares como el de capitan al Empecinado, ya despues de haberse empezado á distinguir en atrevidas expediciones.

Guerra de tal clase era funestísima á España, pero dejaba esperanza de ver salvada su independencia aun despues de perderse una y otra batalla, porque hacia casi imposible su posesion por el conquistador. Mejor esperanza daba al gobierno saber que iba á empezar la guerra en Alemania, pues empeñado en ella Napoleon contra fuerzas formidabilísimas por su número, no podría enviar á España socorros, y los ejércitos franceses en la Península menguando todos los dias llegarían á ser poco temibles, al paso que los españoles adquirirían aumento de gente y la instruccion teórica y práctica necesaria á buenos soldados y oficiales. En abril fué el principio de las hostilidades largo tiempo esperadas, entrando el archiduque Cárlos, generalísimo de los crecidos ejércitos austriacos, por Baviera, y dando una proclama ó manifiesto en bello y animado lenguaje, donde anunciaba estar resuelto su gobierno á seguir la guerra con teson hasta poner coto á los ambiciosos proyectos, y reducir el desmedido poder del emperador de los franceses. La junta, viendo próxima aquella guerra, habia nombrado para pasar á Viena en calidad de ministro plenipotenciario del gobierno español á D. Eusebio Bardají y Azara. Pero aunque este personaje pasó inmediatamente á su destino, el gobierno austriaco, infelicísimo en la guerra, obrando con su cautela ordinaria, no hizo formal reconocimiento del gobierno popular español ni del rey al cual representaba, si bien habia estado en tratos secretos con la junta, y dado nombramiento de su encargado de negocios en Sevilla al señor Gennotte; que tampoco se presentó clara y terminantemente con su carácter de oficio, y cuya poco elevada categoría declaraba poco miramiento á la potencia donde se le enviaba, originado del deseo de no comprometerse. Esto, sin embargo, no se notó al principio, ni se supo hasta muy tarde el papel que representaba en la córte de Alemania Bardají; así que, á fines de abril todo era en la España libre alegres esperanzas, suponiéndose á Napoleon empeñado con un enemigo, cuyo poder haría larga y porfiada la guerra, y viéndose al mismo tiempo en las provincias de España si no victorias, valor despues de las derrotas y aumento en los medios para remediar los reveses.

No se limitaba la junta á atender á las cosas de la guerra, sino que considerando con acierto enlazada la cuestion de las reformas que convenia hacer en el gobierno con la defensa de la independencia española, á la cual importaba granjear ó conservar la adhesion de los hombres entendidos y bien intencionados, á quienes procuraba ganar

el usurpador expidiendo decretos indudablemente benéficos y justos, resolvió asegurar al pueblo español leyes enfrenadoras del poder absoluto en el último reinado tan funesto y aborrecido, segun promesa que ya habia hecho en su manifiesto de octubre del año anterior dado en Aranjuez; promesa á cuyo cumplimiento se oponian los que sustentaban las opiniones del difunto Florida-Blanca. D. Lorenzo Calvo de Rozas, diputado en la central por Aragon y el mas atrevido entre sus compañeros, así como el mejor representante de la insurreccion española en su violencia y hasta en algunas de sus preocupaciones políticas, fué quien á principios de mayo hizo en el cuerpo de que era miembro la proposicion de que fuesen *convocadas* las córtes. Algunos del partido reformador, aun cuando no quisiesen ir tan apriesa, aprobaron la propuesta; otros hicieron lo mismo de buena voluntad y con celo; y no faltaron personas de las mas opuestas á las reformas que aprobasen con calor la idea de juntar las córtes, no previendo el rumbo que estas habian de tomar; de suerte que lo propuesto por Calvo fué inmediatamente aprobado. Muchas causas ademas del cuidado del bien público impelian á la junta á un paso que declaraba en ella resolucion de desprenderse de la autoridad para darla á otro cuerpo reconocido en las antiguas leyes y costumbres de la monarquía. La junta nunca habia sido reconocida sino de mala gana. Quejábanse muchos de que los diputados que la formaban habian ido á nombrar un gobierno y no á componerle. Censurábase con razon que un cuerpo de mas de treinta miembros ejerciese la suprema potestad ejecutiva con perjuicio de la necesaria celeridad y aun del acierto, y con peligro del secreto de sus deliberaciones. Los descontentos de sus providencias eran muchos como son los de todo gobierno, y mas de los que mandan en tiempos de inquietud y revueltas; y, como tambien es costumbre, aquellos cuyo descontento era menos fundado le daban suelta con mas acrimonia y encono. El duque del Infantado, con mucha razon separado del mando del ejército que habia desempeñado muy mal, y no era capaz de desempeñar bien, andaba metido en tramas, á las cuales, si su flojedad daba poca fuerza, no dejaba de dar algun valor la autoridad de su nombre. D. Francisco Palafox empleaba su incapacidad inquieta en hacer daño, cosa á que alcanzan las mas débiles fuerzas; el conde del Montijo con harto mas talento y saber, pero quizá con menos juicio todavía, se ocupaba en promover disturbios casi sin objeto conocido, y habiéndose ido á Granada trataba allí de excitar contra el gobierno central parcialidades é intereses de provincia. Los consejeros y sus adictos conservaban á la junta el rencoroso odio que habian tenido á las de provincia, esperando ocasion oportuna para saciarle. Todos los apasionados al sistema antiguo de la monarquía española aborrecian en el gobierno popular existente la calidad en él forzosa de innovador, y las personas deseosas de grandes innovaciones con imprudente impaciencia pensaban y vituperaban la tardanza en enmendar los antiguos abusos y acabar con el poder despótico de la corona. Era imposible á la junta central satisfacer á tan opuestas pretensiones, pero acertó á sostenerse, y para el intento presentó en perspectiva el dia en

que habria de resignar su poder en manos de las córtes, cuerpo en el cuál irian hermanadas las condiciones de una potestad nueva á la cual iban anejas esperanzas, y de un nombre antiguo y venerable.

Resuelto que se atendiese á la proposicion de Calvo, y examinada ésta por las varias secciones en que estaba dividida la junta, salió á luz un decreto en 22 de mayo, donde anunciaba el gobierno el restablecimiento de la representacion legal de los reinos de España en córtes generales de todos ellos, las cuales habrian de celebrarse en el año próximo venidero ó antes si lo permitiesen las circunstancias. Disponíase en el mismo decreto que una comision de cinco vocales de la junta se ocupase en los trabajos necesarios para dictar la forma que habrian de tener las córtes, examinando para el intento la que habian tenido las de épocas pasadas, y la que convendria darles atendiendo á hermanar la práctica antigua con las necesidades modernas. Obró con lentitud esta comision, de donde vino suponer que la convocacion á córtes era un mero trampantojo con que pensaba la central ganar tiempo, manteniendo diversas alegres esperanzas. Aunque de algunos de la junta hay razon de suponer que no deseaban ver juntas las córtes, es injusto achacar tal modo de pensar á varios de quienes la componian ó aun al cuerpo entero. En verdad aquel gobierno, en la época corrida desde enero á julio, un tanto favorecido por la fortuna, se acreditó de digno de la que tenia, tanto por su actividad en atender á la guerra, cuanto por sus providencias encaminadas á traer útiles reformas. A su sombra empezó de nuevo á publicarse con crédito el Semanario Patriótico, no escribiendo ya en él Quintana, pero continuándole los literatos D. Isidoro Antillon y D. José María Blanco, de la misma escuela filosófica y política, y predicadores en su periódico de las doctrinas reformadoras. A la proteccion dada á esta obra, que por desgracia le fué despues retirada, se agregó llevar adelante las cosas del gobierno de un modo bastante conforme á las ideas abogadas en el Semanario. Pero esta conformidad no era completa ni continua, y aquel cuerpo numeroso, en circunstancias críticas, cediendo á embates opuestos, deshacia por un lado sus propias obras, excitando descontentos, que aun siendo en alguna parte fundados, llegaron á ser injustos por lo excesivos.

Mientras atendia la junta á tan diversas ocupaciones, en las provincias de España alternaban las ventajas con los reveses, si bien no siendo de superior importancia ni los últimos ni las primeras. No así fuera de España, donde un triunfo de gran consideracion por sus circunstancias en Portugal, y gravísimas desdichas en Alemania, hicieron pronto decisivas en contrarios sentidos aquellas guerras.

El levantamiento gallego seguia, con algunos sucesos adversos á los levantados, pero en lo general próspero á estos, cuyas fuerzas crecian al paso que menguaban las de los enemigos. Lograron las tropas de Galicia una corta ventaja cerca de Vigo contra tropas francesas venidas sobre ellos desde Tuy, y llevaron despues un golpe, yendo á buscar en esta última ciudad á sus contrarios, pero al cabo consiguieron dejar limpia de franceses toda la ribera derecha del Miño. Juntóse con las fuerzas le-

vantadas el general La Carrera con la division del ejército de la Romana de su inmediato mando, y contando ya con diez y seis mil hombres fué sobre Santiago, y la ocupó despues de haber desbaratado un cuerpo de tres mil franceses. Hubo, sin embargo, de retirarse, por venirle encima los mariscales Soult y Ney, los cuales despues de mediado mayo volvian á juntar sus fuerzas en Galicia, habiendo sido, segun se referirá en breve, lanzado de Portugal el primero, y teniendo que evacuar el segundo á Asturias que por algun tiempo habia ocupado.

La espedicion de los franceses á esta última provincia habia sido para ellos afortunada, habiéndoles allanado el camino del triunfo discordias intestinas juntamente con la inferior calidad de las tropas que les hicieron frente. El marqués de la Romana, cuya ligereza y caprichos increibles deslustraban en él las prendas de caballero y soldado, y aun las de hombre instruido de que presumia, aunque con poca, si bien alguna, razon, despues de desacreditarse como general por no acertar á hacer con su ejército una operacion siquiera medianamente meditada, en un arrebato, cuyo origen no se comprende, abandonando su ejército habia pasado á Asturias á proceder contra la junta de aquella provincia. Este cuerpo compuesto de los personajes mas notables del Principado habia contraido altos méritos y cometido algunas graves faltas, pero merecia consideracion por su influjo en los ánimos de los asturianos tanto cuanto por sus servicios. A nada de esto atendió el marqués, y disolviendo de su propia autoridad y á viva fuerza la junta, mandó formar, ó diciéndolo con propiedad, creó él otra que la sustituyese. Disgustó á tal punto este hecho, que personas de mérito llamadas por el marqués á la junta nueva rehusaron ser de un cuerpo, cuyo origen condenaban. Con el descontento de los asturianos entró el desconcierto en las operaciones militares. Embebido la Romana en estos cuidados, olvidó el de su ejército, cuya parte principal seguia en Galicia ociosa al mando de Mahy sobre la ribera del rio Navia. Aprovechó esta coyuntura el mariscal Ney, el cual, no obstante ver tan alborotada á Galicia, creyó oportuuo sujetar la vecina provincia de Asturias. Para llevar á efecto su propósito, se concertó con las fuerzas francesas que ocupaban por un lado las llanuras de Castilla y por otro las montañas de Santander, y seguido de seis mil hombres atravesó la region montuosa que separa del territorio gallego el asturiano, y fué á caer sobre Oviedo, mientras el general Kellermann, acudiendo desde Valladolid con igual número de soldados, penetraba en el Principado por los puertos, por donde confina con Castilla. La Romana, viéndose casi sorprendido por tan poderoso contrario, huyó apresuradamente al puerto de Gijon, donde se embarcó para ir á desembarcar un Rivadeo, dejando órdenes á las divisiones de Ballesteros y de Worster de que obrasen de concierto contra los franceses. El primero de estos generales se entró por las asperezas y garganta de Covadonga, teatro de las verdaderas ó supuestas hazañas de Pelayo, y el segundo lentamente se fué acercando por los montes á Oviedo. En esta ciudad habia entrado el vencedor Ney, entregándola á un saqueo horroroso por espacio de tres dias. Pero en

breve hubo de volverse á Galicia, no sin dejar guarnecida la capital de Asturias por Kellermann con su division, y en Villaviciosa al general Bonnet que desde Santander habia entrado en el territorio asturiano. Llamaban al mariscal á la provincia de su antiguo mando sucesos importantes que le amenazaban con fatales y graves resultas. Tenia noticia de estar triunfantes los sublevados gallegos por la parte de Tuy, de haber sido arrojado Soult de Portugal, y de que Mahy con las tropas de la Romana en número de seis mil infantes y doscientos caballos, asistido por crecidas turbas de paisanaje armado, se habia puesto sobre la ciudad de Lugo, llegando al vecino monasterio de Meora, y aun habia arrollado hasta encerrarla en la misma ciudad á una columna francesa y desbaratado otra fuerza mandada por el general Fournier, junto á las casas de la misma poblacion. Mahy, al acercarse este nuevo enemigo hubo de desistir de tomar á Lugo, y se replegó sobre Mondoñedo el 23 de mayo al paso mismo que La Carrerra se retiraba de las cercanias de Santiago. Juntos los dos mariscales franceses por breve plazo, adquirieron la superioridad en Galicia, pero no la bastante para conservarse largo tiempo en aquella provincia apartada, de donde los arrojaban el estado de sublevacion interior y acontecimientos de otros puntos de la Península.

Tambien en Aragon mostraba variedad la fortuna. Caida Zaragoza, quedaron como postrados los ánimos de los aragoneses, cuya veneracion á su capital rayaba en idolatria, y que con llorarla perdida estimaban segura ó tenian en poco la pérdida de lo demás de España. Así la plaza fuerte de Jaca, y Monzon con su castillo se rindieron á los vencedores franceses sin hacer resistencia. Dilatáronse estos por el alto y bajo Aragon, y adelantando por este último y por el camino de Valencia hasta Morella y la vecina tierra del Maestrazgo, por todas partes iban cobrando contribuciones como enemigos, á pesar de que no encontraban oposicion armada. Viendo los franceses tan pacífico á Aragon, sacaron de él el quinto cuerpo de su ejército mandado por el mariscal Mortier, y dejaron allí solo el cuerpo tercero, á cuyo frente vino á ponerse el general de division Suchet, oficial de crédito, á quien estaba destinado empezar sus operaciones en España por un revés, y adquirir despues en ella mas lauros y ventajas mas notables y contínuas que los demas generales franceses. A su llegada no encontró ya Suchet las cosas en tan buen estado para los suyos, cuanto lo estaban poco antes. La junta central habia dispuesto que se formase nuevo ejército llamado segundo de la derecha, que guerrease en Aragon por el linde de este reino con Cataluña. El mando de esta fuerza juntamente con el del ejército del Principado habia sido encomendado á D. Joaquin Blake, cuya fama de general inteligente seguia siendo muy subida. A este ejército fueron agregados ocho batallones valencianos mandados por D. Pedro Roca, tropas nuevas con las cuales era temeridad aventurar una batalla. Blake, sin embargo, siendo aficionado á darlas, acaso por tener confianza en su propia habilidad, á poco de haber llegado á su destino, salió de Tortosa el 7 de mayo á emprender operaciones ofensivas. Algo recobrados ya de su desmayo los aragoneses, se habian sublevado

contra sus dominadores en el territorio cercano á Monzon, y el general español determinó aprovechar este levantamiento, tomando el acto de favorecerle por principio y fundamento de sus empresas. Estas empezaron para él prósperamente, pues un cuerpo francés salido á castigar y escarmentar á las poblaciones levantadas hubo de ser vencido en las órillas del Cinca, y Blake, sacando partido de esta ventaja y yendo sobre Alcañiz, obligó á retirarse al general Laval que le ocupaba. Viniendo así el general español triunfante, Suchet creyó necesario salirle al encnentro, no obstante estar sus tropas escasas en número y en menos buen órden y arreglo que solian estarlo las francesas. Fué, pues, este general sobre Alcañiz, en cuyas inmediaciones aceptó gustoso su contrario la batalla que se le presentaba. Disputóse con ardor el campo, pero salieron rechazados los franceses, siendo esta jornada, aunque entre ejércitos poco numerosos y no de grandes resultas, la primera batalla campal que despues del suceso de Bailen habia sido ganada por las armas españolas. Aumentó Blake el lucimiento de su triunfo con haber dado un parte de él muy bien escrito, en que no era llevada la jactancia, como solia hacerse, á extremos ridículos, si bien se ponderaba un poco la victoria. Retiróse Suchet hácia Zaragoza, y fué en su seguimiento aunque lentamente su contrario. Volvieron á darse batalla franceses y españoles en Maria, lugar poco distante de la capital de Aragon, y quedaron vencidos los segundos, retirándose si bien no en completo desórden; pero dándoles alcance los vencedores, dieron con ellos en Belchite, donde poseidos de un vergonzoso terror, sin pelear huyeron enteramente desordenados, dejando casi solo al general en el campo de batalla, y permitiendo á este escapar la prontitud con que habian huido los suyos cuando todavía estaba lejos el enemigo. Blake participó al gobierno esta desdicha en un parte bien escrito y lleno de dignidad, donde no encubria ni lo grave de su derrota ni la mala conducta de sus soldados. Así esta breve campaña aumentó la fama del general español que la dirigia, no obstante haberle sido adversa la fortuna. Del ejército vencido los fugitivos correspondientes á la division aragonesa mandada por el marqués de Lazan fueron á reunirse cerca de Tortosa, y los valencianos por la parte de Morella y S. Mateo. No fué á buscarlos Suchet, á quien por entonces daba poco cuidado aquel enemigo, y bastante el arreglo de las cosas en Aragon y en su ejército, conociendo no estar tan domados y resignados al yugo los aragoneses, como habia indicado su anterior decaimiento, y ser necesario preparar aquel corto ejército á sérias lides.

Mientras Blake guerreaba en Aragon, el mando de Calaluña, que tambien tenia, estaba confiado interinamente al marqués de Coupigni, que no se ocupaba en operaciones importantes en la apariencia, y atendia especialmente á apoderarse de Barcelona, fiado en tratos secretos que dentro tenia, y que le aseguraban la posesion de la ciudad. Pero los conjurados para entregarla fueron descubiertos por los franceses que, segun uso de la guerra, condenaron á muerte á los principales, ejecutándose la sentencia sin misericordia. Lloraron mucho los españoles á estos mártires de la causa de su patria, que llevaron con fortaleza he-

róica y resignacion cristiana su castigo; atroz para quien consideraba la injusticia y perfidia con que habian empezado los invasores la guerra, pero conforme con otra parte al rigor de las leyes militares en una ciudad sitiada. No obstante esta última consideracion el patriotismo español ha perpetuado con el buril la fama de estas víctimas, acompañando la representacion de su sacrificio con justos elogios á su constancia y baldones á sus verdugos.

Valencia libre hasta entonces de franceses desde la retirada de Moncey, enviaba sus tropas á otras provincias. En su junta, que como todas las de lugares apartados de la central, si obedecia á esta, tenia mucho de potencia independiente, no faltaban graves desavenencias que entorpecian las operaciones.

Por último, en Extremadura y la Mancha, donde estaban enfrente del enemigo los principales ejércitos españoles, no ocurrió desde marzo hasta fines de julio suceso alguno de nota, ni casi un encuentro en que se derramase sangre. El mariscal Victor, despues de su victoria en Medellin, en vez de perseguiz á Cuesta se situó en Mérida, desde donde observaba á Badajoz y al ejército vencido, dándole cuidado el levantamiento general de los extremeños que á imitacion de los demás españoles molestaban de mil maneras á las fuerzas enemigas, y atendiendo á los negocios de Portugal, donde pronto aparecieron los ingleses con fuerzas respetables. Cuando allí seguia parado Cuesta, recibidos refuerzos de la Mancha y de nuevas levas, iba teniendo un ejército considerable. Por otro lado el de Venegas, que de él dependia, situado en la parte de Sierra Morena que mira á la Mancha, y constando ya de diez y nueve mil hombres de infantería y de alguna aunque no suficiente caballería, empezó á extenderse por los llanos de la última provincia y aun á aproximarse á Madrid. Este atrevimiento puso cuidado y aun susto en José Bonaparte, que mandó al mariscal Mortier, cuyo cuerpo estaba en Castilla la Vieja, acercarse al puerto de Guadarrama, y pidió á Victor una division de infantería y caballería, con la cual pasó el mismo titulado rey á ponerse al frente del cuarto cuerpo de ejército francés mandado por el general Sebastiani. No tenia Venegas sus fuerzas en estado de entrar en batalla con las enemigas que le salian al encuentro, ni las órdenes de su superior acordes con el interés comun le permitian entonces pelear, por lo cual hubo de recogerse á sus anteriores acantonamientos en las faldas y entrañas de Sierra Morena. Libre ya José de aquel embarazo devolvió al mariscal Victor las tropas que le habia tomado prestadas, y volvió á los ocios todavía inquietos de su córte.

Tiempo es ya de referir los sucesos de Portugal, cuyo influjo en los de España por fuerza habia de ser y fué poderoso. Habia desembarcado en el vecido reino, segun se esperaba, Sir Arturo Wellesley al frente de un ejército de mediano número y admirable disciplina, y sin perder tiempo fué sobre Soult, el cual como vá referido, permanecia inmóvil en Oporto y sus inmediaciones. Maniobró el general inglés con destreza procurando envolver á su enemigo y cercarle, para lo cual tuvo que atravesar el Duero; pero el hábil francés logró escapar si bien no sin

pérdida, viéndose obligado á evacuar enteramente el territorio portugués donde habia entrado como conquistador y alimentado esperanzas de fundarse un trono. Siguióle el ejército británico hasta la frontera española de Galicia y dejándole en España, cesó de darle alcance, si bien para entrar en el territorio español por otro punto obrando en union con el general Cuesta.

Si los acontecimientos en la nacion vecina á España eran tan favorables á la causa comun de la Península, al revés la lejana guerra de Alemania iba tan próspera para el emperador francés, que amenazaba con pronta destruccion al imperio austriaco y al pueblo español con peligro gravísimo aunque remoto. No bien abrió Napoleon la campaña, cuando cerca de Ratisbona alcanzó victorias tan señaladas que justificaban el tono soberbio de la proclama que inmediatamente dió, apellidando á sus tropas soldados de César y á las vencidas fuerzas enemigas turbas ó gavillas de Jerjes. Quedó abierto al vencedor el camino de Viena, donde por segunda vez entró triunfante á principios de mayo. Con no menos próspera fortuna guerreaba en Italia su ejército mandado por el príncipe Eugenio de Beauharnais, delante del cual se retiraba el archiduque Juan. Ocupada Viena, pasó adelante el ejército francés, y en una batalla llamada por los austriacos de Aspern y por sus contrarios de Esling tuvo Napoleon un considerable revés, pues fué rechazado, y destruido un puente echado por él sobre el Danuvio, viéndose forzado el orgulloso y hábil conquistador á refugiarse en una isla del mismo rio, donde estuvo en peligro de perder la libertad ó la vida. Salváronle de este apuro su buena estrella y haber quedado ociosos los austriacos en el mismo momento de haber alcanzado aquella ventaja, y mas todavía en los dias posteriores. No desperdició el tiempo Napoleon para reponerse del revés padecido, del cual tuvo desde luego compensacion en una victoria adquirida en el Raab por su ejército de Italia, que venia persiguiendo al opuesto austriaco en su retirada sobre Hungria. El emperador de Rusia habia tambien medio declarado la guerra al Austria, y se acercaba con su ejército al teatro de la guerra; dudoso amigo y no mas claro contrario, mientras estaba indecisa la suerte; pero declarándose al cabo por aquel que llevaba de su parte la fortuna. Medrosa la Prusia, no osaba manifestar su odio al poder francés que la tenia tiranizada. Lleno de indignacion el pueblo aleman contra los franceses sus dominadores, toleraba sin embargo que varios de sus gobiernos, y por consiguiente los ejércitos de estos obrasen como sus aliados, si bien manifestándose el fuego del descontento en llamaradas, habia producido levantamientos de caudillos aventureros atrevidos, los cuales, ayudados solo por el buen deseo de sus compatriotas, hubieron de caer vencidos, perdiendo algunos la vida en la prosecucion de sus gloriosas pero inútiles empresas. Todo ello vaticinaba un triunfo completo al emperador francés, aunque no podia presumirse que fuese para él la terminacion de la campaña tan próxima y feliz como vino á serlo, ni que sacase de la victoria tan escaso provecho que se redugese á la preparacion de su ruina.

Mientras llegaban á España las nuevas de estos acontecimientos;

ponderados y creidos los pocos prósperos sucesos, y dudándose de la verdad ó magnitud de los desastres, las cosas en la Península tomaban un giro favorable á la causa de la independencia española, y tal que las cortas ventajas prometian mayores venturas, realizadas despues solo en cierto grado y por plazo breve.

Entrado Soult en Galicia cuando venia arrojado de Portugal, y acudiendo allí al mismo tiempo Ney desde Asturias, habian, como poco há queda referido, recobrado la superioridad sobre las fuerzas españolas ya numerosas y pujantes en aquellos lugares, pero sin poder sujetar enteramente el levantamiento de los gallegos. Desunidos los dos mariscales concertaban mal sus operaciones. Ney yendo hácia la parte de Vigo, quiso forzar el paso del rio Miño por el puente defendido por el paisanage armado y por una division del ejército de la Romana antes mandada por Carrera y entonces por el conde de Noroña, mediano poeta, y apreciable literato que como diplomático habia sido ministro plenipotenciario de España en San Petersburgo, y aunque soldado antiguo general de habilidad muy escasa, al cual, sin embargo, favoreció completamente en esta ocasion la fortuna. Duró dos dias la lid, y terminó en tener que desistir de su empresa los franceses saliendo rechazados. Soult entretanto no dió sócorro á su compañero, y maniobrando contra el marqués de la Romana, al cual obligó á cejar hasta ponerse en el confin del territorio portugués, y haciendo castigos en las poblaciones culpadas de haberse alzado contra los franceses, bajó hácia las Portillas y de allí pasó á la Puebla de Sanabria, desamparando por el reino de Leon á Galicia, no sin atender á que los vencedores ingleses habrian de penetrar en España por las riberas del Tajo ó por las cercanías de Ciudad-Rodrigo, y que hacian falta allí fuerzas numerosas para contrarestarlos. Llegado el mismo mariscal á Zamora, despachó desde allí á dar á José noticia de sus operaciones pasadas, del estado de su ejército y de sus proyectos al general Franceschi, el cual yendo para Madrid cayó en manos de una partida española mandada por un fraile capuchino, y tuvo á dicha salvar la vida á trueco de ser llevado prisionero. Así se veia este cuerpo francés en punto á la seguridad de sus comunicaciones en el mismo apuro que las demas fuerzas de su nacion en otros lugares de España. Ney dejado en Galicia con escasísimos recursos y entre graves peligros se creyó imposibilitado de sostenerse en aquella provincia, y resuelto á evacuarla puso pronto por obra su propósito, saliendo el 22 de junio de la Coruña, y llegando en breve con sus tropas á Astorga, de forma que el suelo gallego, en lo extenso y poblado superior á otras provincias de España, salvo los cuatro reinos de Andalucía, quedó limpio de franceses para siempre.

Tambien hubo de ser evacuada Asturias al mismo tiempo, pero menos afortunada que la provincia vecina siguió durante tres años mas siendo teatro de invasiones y correrías hechas por las fuerzas del enemigo. Contribuyó á la libertad del Principado ser llamados sus dominadores al centro de España por sucesos graves de la guerra, aunque no sirvieron de poco para el mismo fin los esfuerzos del paisanaje y de las

tropas que obraban en los mismos puntos. Ballesteros, empezando á dar muestras de la actividad por que despues se señaló, habia juntado hasta diez mil hombres en la parte oriental de la provincia, y viéndola ya sin enemigos, pasó de súbito á la de Santander, y echándose sobre su capital la ocupó arrojando de ella las fuerzas que la guarnecian. Pero esta expedicion gloriosa al principio no lo fué á su terminacion, pues descuidándose el general español como en ninguna otra ocasion de su vida se dejó sorprender á punto que cayendo sobre él sus contrarios le desbarataron completamente hasta no dejarle un solo soldado, huyendo él por mar con demasiada mesura. Algo se salvó de su gente que dispersa de pronto, pasó despues á reunirse á Diaz Porlier el Marquesito, cuya conducta en aquel desastre fué valerosa y hábil, y que se escapó corriendo gravísimos peligros. Revés tal de los grandes y vergonzosos de la guerra de la Península hizo poca mella en los ánimos por haber ocurrido en lugar distante del teatro principal de las operaciones militares, y por coincidir con él ser libertadas del yugo Asturias y Galicia; acaecimiento celebrado con entusiasmo por los españoles.

El conde de Noroña, vencedor en San Payo, pasó á la Coruña al haberla desocupado los franceses. Siguióle en breve el marqués de la Romana á la misma ciudad, donde fué recibido con arrebatos de alegria, pero él la trocó pronto en descontento disolviendo las juntas; providencia juiciosa mirándola bajo cierto aspecto, pero en general y en aquella ocasion desacertada, pues con darla detuvo los preparativos de armamento y defensa, no compensando él con su actividad la de los cuerpos populares. Así fué que distraido y desidioso dejó pasar un mes sin juntar su ejército y pasar á Castilla, donde habria sido su presencia de grande ventaja. Al cabo envió al general Mahy á tomar el mando de Asturias, y asimismo ordenó que diez mil hombres escogidos de las tropas del mismo Principado con el general Ballesteros á su frente viniesen á reunirse con sus tropas á Castilla. Entró el marqués de la Romana en Astorga á principios de agosto con diez y seis mil hombres y cuarenta piezas de artillería, fuerza que empleada antes con alguna actividad á las espaldas de los ejércitos franceses juntos en Castilla la Nueva y Extremadura en grande número y para considerables operaciones, tal vez habria influido bastante en la fortuna de la guerra, sirviendo de aprovechar las victorias ó de estorbar ó disminuir los reveses de que va á darse cuenta en esta historia.

Llegado el mes de julio, libre Portugal, embravecida la guerra en Alemania, y aunque favorable á los franceses con apariencias de durar algun tiempo, y considerablemente reforzados los ejércitos españoles, juiciosamente creyó la junta central oportuno emprender grandes operaciones ofensivas, cuyo primer objeto fuese lanzar al rey intruso de la capital de la monarquía. Al intento habian de concurrir muchas fuerzas. Era la principal el ejército de Cuesta que operaba en Extremadura, y cuyo número pasaba de treinta mil hombres, al cual debia agregarse el ejército británico vencedor de Soult, que con su general Sir Arturo Wellesley se encaminaba á España y aun estaba ya pisando sus términos.

Por la Mancha y á la derecha de esta fuerza principal, pero á notable distancia, que habría sin embargo de ir disminuyendo segun se fuese adelantando sobre Madrid hasta desaparecer del todo á algunas leguas de la córte, obraba el ejército de la Mancha mandado por el general Venegas, con la fuerza de veinte mil hombres, á los cuales solo faltaba competente número y buena calidad de caballería. Por último, á la izquierda del grande ejército extremeño y por la Extremadura alta lindera con el reino de Leon andaba el arrojado y activo oficial inglés Sir Roberto Wilson con un cuerpo llamado legion de españoles y portugueses, al cual sostenia á lo lejos el general Beresford, que con tropas de la última nacion venia por la parte de Castello Branco á entrar en España por las cercanías de Ciudad-Rodrigo. A estas fuerzas oponian los franceses otras iguales ó poco menos numerosas, con la ventaja de que las suyas situadas en Madrid ó en su comarca podian, como puestas en el centro, caer sobre un punto de la circunferencia por donde las acometia su contrario, sin que este recibiese socorro. Los franceses así reconcentrados cerca de la capital de España se componian de los cuerpos 1.º y 4.º mandados por el mariscal Victor y el general Sebastiani, y de una fuerza llamada de reserva á que se agregaba la guardia del titulado rey de España. Por el otro lado y muy á la izquierda del ejército español estaban los mariscales Soult, Ney, y Mortier en la parte del reino de Leon y de la Extremadura con él confinante, los cuales con los cuerpos de ejército francés titulados segundo, quinto y sexto compondrían cincuenta mil hombres. Por órden de Napoleon venida de Alemania el mando de esta fuerza habia sido conferida al mariscal Soult; pero José oponia á esto dificultades, á que se agregaban, embarazos causados por la rivalidad del valerosísimo é indócil Ney, á quien repugnaba sujetarse á su mas prudente colega. Así este ejército tardó algo en ponerse en el teatro de la guerra, del cual estaba sin embargo poco distante.

En esta situacion de los negocios y de las tropas adelantó por fin en España con las suyas Sir Arturo Wellesley siguiendo la ribera septentrional del Tajo, y llegado á Plasencia el 8 de julio, el 10 pasó á las Casas del Puerto á verse con el general Cuesta y concertar las futuras operaciones. Hecho así y juntas en breve las fuerzas inglesas y españolas, el 21 estaban entre Oropesa y Velada. Desde luego asomaron señales de desavenencia entre los dos generales de las naciones aliadas. El inglés, á pesar de sus méritos en la India y de sus triunfos en Portugal no gozaba aun entre los extranjeros del alto concepto que despues llegó á adquirir, y con las calidades de los hombres de su nacion tenia en parte sus defectos de apego á las cosas propias y despego con los extraños, y de exigir para sus necesidades puntualmente lo que en su sentir alcanzaba á satisfacerlas, sin contentarse con menos ni sacar todo el partido posible de circunstancias desfavorables. El general español soberbio, presuntuoso aunque de pocos alcances, y que con muy corta cantidad de esperiencia hermanaba la terquedad y por otro lado la marrullería muy comun en la vejez, en su vanidad y preocupaciones se reputaba habilísimo general y tenia en menos al inglés, no creyendo

á los de este pueblo propios mas que para marinos. Con estos discordes elementos en su seno fué adelante el ejército aliado que el 22 tuvo algunas escaramuzas de su vanguardia con la caballería francesa mandada por el general Latour-Maubourg. El 23 propuso el general inglés dar batalla al comun enemigo, pero Cuesta, empeñado en contradecirle en todo alegó que era domingo y no quería ensangrentar tan santo dia, con lo cual dejó pasmados á los ingleses de la supersticion española, siendo así que ellos observan con harto mas rigor el precepto de guardar las fiestas que los pueblos de la religion católica y aun que los protestantes del continente. En la noche del 23 al 24 los franceses muy inferiores en número á los aliados levantaron el campo yéndose la vuelta de Toledo. Entonces tocó á Cuesta querer ir adelante y á Sir Arturo Wellesley resistirse á hacerlo por no contar con los víveres suficientes para su ejército, circunstancia sin la cual los de su nacion no gustan de moverse. Picado el viejo Cuesta se fué solo con sus españoles, adelantando mas allá del Alberche hasta ponerse en Torrijos. Al retirarse el mariscal Victor se reforzó con la reserva y guardia del general José que acudió al ejército en persona, y con parte de las fuerzas del cuerpo del general Sebastiani, que con las que le quedaron tuvo á Venegas á raya. Revolviendo los franceses sobre los españoles, embistieron con su vanguardia y la desbarataron, retirándose Cuesta al abrigo del ejército inglés, no sin intencion, que dejó traslucir, de arrojar sobre este al enemigo, estando persuadido de que los isleños aunque valerosos procuraban economizar su sangre y excusar dar batallas en tierra no propia, y de que él con sus tretas acertaba á comprometerlos. Viéndose el general británico con su contrario cerca, se situó junto á Talavera de la Reina, preparándose allí á la lid campal ya inevitable. El 27 de julio empezaron las operaciones acometiendo los franceses á la derecha de los aliados, compuesta de los españoles, y causando en ella algun desórden. Cerró sin embargo la noche sin ventaja formal de uno ú otro de los combatientes, y con el nuevo dia se renovó la pelea. Fué esta porfiada y sangrienta, tomando alguna bien que no la principal parte el ejército español, si bien lo negaron sus aliados y aun el general de estos con notoria injusticia; señalándose algunos cuerpos y particularmente el regimiento de caballería del Rey; portándose otros con mas flojedad, y combatiendo los ingleses con denuedo y firmeza tales, que al caer la tarde, rechazado y vencido el enemigo, hubo de retirarse, aunque sin ser roto ni apelar á la fuga; circunstancia por la cual, junta con sucesos posteriores que inutilizaron al vencedor su triunfo, han pretendido los franceses que fué dudoso el éxito de una jornada para ellos adversa si bien no vergonzosa. Tal fué la batalla de Talavera, donde el ejército aliado ganó una victoria cierta, aunque disputada y poco completa, cabiendo al ejército británico la mejor, con mucho, si no la única, parte de la gloria de aquel dia. Retiráronse hácia Madrid los franceses, no sin esperanza de cobrarse del revés padecido á consecuencia de los movimientos de Soult, que con fuerzas poderosas venia cayendo sobre la izquierda de los aliados, y aun si estos adelantaban demasiado, sobre su

espalda. Tal consideracion retrajo al vencedor inglés de perseguir á su enemigo.

Mientras pasaban estos sucesos, la poblacion de Madrid llena de alegres esperanzas casi creia llegado el momento de verse redimida del yugo. Vióse entonces que si la causa del usurpador se habia granjeado parciales, y si en las apariencias lo general del pueblo mostrándose sumiso estaba resignado, distaba mucho de haberse extinguido el fuego que ardia en los españoles contra los opresores de su patria. Sin temor á los satélites del gobierno todavía en pie, y á la corta guarnicion francesa dejada en Madrid, acudió el pueblo á las puertas con el no disimulado intento de recibir á sus compatricios vencedores, cuya pronta llegada era tenida por cierta. Los secuaces del gobierno extranjero y los compatriotas del intruso monarca veian á la plebe, juntamente con personas de superior esfera, darse parabienes por la caida del usurpador, y no osaban reprimir manifestaciones para ellos insultantes. Las nuevas de la batalla de Talavera ponderadas vinieron á aumentar el general entusiasmo.

En Sevilla, residencia del gobierno, no fué recibida con menos alegria la victoria de Talavera, creida asimismo mas completa que lo fué, y de la cual con razon se esperaban consecuencias felices y muy otras de las que tuvo. Habia precedido á la noticia del triunfo la de una imajinaria derrota que llenó los ánimos de congoja y miedo. Al desordenarse un tanto las tropas españolas el dia 27, huyeron algunos de los encargados de las provisiones, y el 28, cuando aun estaba dudosa la batalla, y en un momento de la refriega de los mas favorables para los franceses, el mal ejemplo dado por los fugitivos del dia anterior fué seguido por otros; y como el miedo pone alas en los que huyen, y como corre con mas velocidad la noticia de los sucesos adversos que la de los prósperos, difundióse la voz de haber sido vencidos los aliados, y llegó hasta la junta central con visos de ser verídica. Vino en pos é inmediato el desengaño y con él la alegria consiguiente. Premió el gobierno español al general británico elevándole á la dignidad de capitan general de ejército en España, y dió á los oficiales de su nacion premios de clase parecida. Tampoco se quedó corto el gobierno inglés, por quien fué nombrado el general vencedor par de la Gran Bretaña ó Lord con el título de vizconde de Wellington, nombre algun tiempo despues y hoy tan famoso en los anales de Europa. Pero cuando así se recompensaba la victoria de Talavera, sus resultas, lejos de corresponder á las esperanzas concebidas, eran fatales cuanto cabia serlo, originándose de ello tildar la oposicion británica la conducta de los ministros en celebrar como triunfo uno poco menos que revés, y difundirse erradas opiniones acerca de quién habia llevado lo mejor en la batalla.

Poco há vá referido que no persiguió el ejército inglés al francés en su retirada. Uno de los motivos de no haberlo hecho, fué la falta de provisiones originada de la huida de los empleados en este ramo: otra haber adelantado el mariscal Soult con sus fuerzas pasando ya de Plasencia en el 1.º de agosto. Añadióse á esto crecer la desunion entre el general Cuesta y el del ejército aliado. Lord Wellington determinó retirar-

se y lo hizo sin demora, buscando la orilla del Tajo y pasar á la opuesta del rio, poniendo á este como barrera entre él y su contrario. Viéndose Cuesta abandonado, y que sabiendo estar solo venian sobre él Victor y José repuestos de la pérdida pasada, cuerdamente determinó no esperarlos y se retiró hácia el Tajo no sin dar amargas y, en alguna parte aunque no en el todo, fundadas quejas de la conducta de los ingleses. Retirándose el ejército aliado, los cuerpos franceses de Soult y Victor se unieron. El ejército inglés ya separado del español se mantenia poco distante del rio; el de Cuesta mas inmediato al enemigo pero asimismo en la ribera meridional en ademan de defender el paso de los puentes y con particularidad el del Arzobispo, de todos el mas expuesto. Contra este determinaron dirigirse las tropas francesas del segundo y quinto cuerpo que habian venido con Soult, mientras el mariscal Victor llamaba la atencion á los españoles amagándolos por la parte de Talavera. El mariscal Mortier, á cuyo mando estaba el quinto cuerpo francés, fué quien emprendió esta operacion, llevándola á término con feliz suceso y poca resistencia de su enemigo, pues vadeando el rio ochocientos ginetes á las órdenes del general Caulaincourt, célebre por el saqueo de Cuenca, cayeron sobre los españoles cogiéndolos por sorpresa y los pusieron en huida. Quedó de resultas forzada la barrera del Tajo, y se derramaron por la Extremadura baja los vencedores, retirándose llenos de desesperacion y temor los vencidos. El general inglés con su ejército se retiró tambien hácia la frontera de Portugal, pero ocupando la plaza de Badajoz y sus cercanias, y haciéndose allí firme algunos meses impidió que el enemigo se adelantase hácia Sevilla ó se desviase gran trecho del Tajo. Cuesta, desgraciado y ofendido, rindiéndose al peso de sus muchos años, al cansancio, y al desaliento nacido de ver quebrantado su orgullo, hizo dimision del mando, no sin resolucion de vengarse del gobierno, al cual achacaba sus propias faltas y las de otros. Sucedióle en el mando por breve tiempo D. Francisco Eguia, militar veterano, de limitados alcances, no ageno de prudencia, terco y presuntuoso. Por algun tiempo no ocurrió en Extremadura suceso alguno ni siquiera de mediana nota, no viniendo á las manos las fuerzas de las naciones enemigas.

No así en la Mancha, donde Venegas, que habia adelantado sobre Madrid sabedor de la batalla de Talavera, resolvió aprovecharla y aun hasta echarse sobre la capital de la monarquía. Con este intento se puso sobre el Tajo en Aranjuez, y aun envió parte de sus tropas á la otra parte del rio, hasta dar con los franceses en el puente largo sobre el rio Jarama. Aun despues de la retirada de Cuesta se mantuvo el general del ejército español de la Mancha dependiente del de Extremadura en la ya arriesgada situacion á que habia llegado, acaso por no haber recibido órdenes claras y terminantes, y tal vez por no suponer al ejército aliado en la mala situacion en que se veia pocos dias despues de haber alcanzado una victoria. Viniendo los franceses sobre el Tajo, todavía con escasa fuerza, Venegas mandó quitar el puente de barcas por que se atravesaba el rio siguiendo la carretera de Madrid, y desde la ribera que ocupaba con los fuegos de su artillería y fusilería respondió á los de los ene-

migos. Los jardines de Aranjuez, delicioso lugar de recreo de los reyes de España, fueron teatro de esta lid inútil que los estropeó manchándolos además con sangre vertida sin objeto alguno, pues cansadas de hacerse daño las opuestas tropas de una á otra márgen de la corriente, se retiraron cada cual por su lado, celebrando los españoles el suceso casi como un triunfo, y blasonando con razon de la bizarría que habian acreditado aunque en combate de poco empeño. Fué desgracia que tal yez el engreimiento nacido de no haber salido mal de la jornada de Aranjuez detuviese á los españoles mas de lo debido por las cercanias de Toledo, aconsejándoles la cordura irse á buscar el abrigo de Sierra Morena. Libres ya de temor por la parte de Extremadura los franceses con alguna fuerza vinieron sobre el ejército español de la Mancha alcanzándole en Almonacid y presentándole la batalla que él aceptó de buen grado. No fué muy porfiada aunque sí sangrienta la refriega, pues si algunos cuerpos del ejército de Venegas cumplieron con su obligacion y aun se portaron con bizarría, otros pelearon flojamente y no pocos huyeron pronto, señalándose como siempre en la Mancha en darse á la fuga la caballería, arma que ha menester tiempo para formarse, y que siendo compuesta de gente visoña no hacia frente al enemigo en aquellos extendidos llanos. Aunque no dejó de costar cara la derrota á los vencidos, fué mas en ellos la dispersion que la mortandad, y recogiéndose los fugitivos á su abrigo antiguo en los montes, pronto quedó el ejército como antes, aunque mas quebrantado de ánimo con su nuevo vencimiento. Perdió Venegas el mando como general á quien habia vuelto la espalda la fortuna, y por mas de dos veces estuvo un general interino al frente del ejército del centro, ocioso en su línea de la Sierra, y no molestado por sus contrarios victoriosos.

Coincidia con estos reveses de los españoles haberse recibido de Alemania noticias fatales, que sabidas en el momento mismo de la ventaja conseguida en Talavera, aguaron el gozo que habia causado, y al llegar los desastres posteriores amenazaron con gravísimos males. Repuesto Napoleon del golpe recibido en Aspern ó Esling, y aprovechado el letargo de los austriacos en un punto, y el triunfo en otro del ejército francés de Italia, echó al Danubio puentes de admirable construccion, y atravesando por ellos el rio, en la opuesta ribera dió sobre el principal ejército de sus enemigos y alcanzó en Wagram una de sus mas esclarecidas victorias. Desmayó y rindióse al peso de tantas desdichas el gobierno austriaco, que con tantas esperanzas y tal poder habia entrado en aquella guerra, y al cual habia sido funesta la breve campaña pasada hasta un grado increible. Presentóse á los vencedores un personaje de la mas alta categoría, general en el ejército derrotado, y pidió una tregua que le fué concedida ajustándose en Zuaïm, pero segun uso del emperador francés con tales condiciones que equivalian para él á ventajas nuevas ganadas en el campo. Creyóse sin embargo por algun tiempo que se rompería la tregua para volverse á blandir las armas, y esta idea halagó á muchos en España, á donde enviaba nuevas para infundir aliento su enviado Bardají, no bien tratado en la córte á que habia ido, pero

en quien el exceso de amor á su patria ofuscaba el entendimiento, poniéndole delante visiones deleitosas. Así pasaba el tiempo no sin traer consigo sucesos políticos que preparaban otros militares de la mayor gravedad en sí y en sus resultas.

José Bonaparte, vencedoras sus tropas por todos lados de los contrarios que habian estado á punto de lanzarle de Madrid, y recibidas las nuevas de los triunfos de su hermano en Alemania, y con la casi certeza de que iba á ajustarse allí una nueva paz dejando á Francia libre de enemigos escepto los españoles é ingleses, se creyó no sin motivo sentado firmemente en su trono. Empezó, pues, á proveer al gobierno de su monarquía por medio de infinitos decretos, benéficos algunos, otros encaminados al castigo de sus contrarios y á atraerse parciales con el cebo del interés. Formó y puso en buen órden su consejo de Estado, confiscó los bienes de los que le eran opuestos, como solia hacer su hermano, á quien no acomodaban en este punto las máximas misericordiosas de la jurisprudencia moderna; declaró perdidos los títulos así con grandeza como sin ella, cuyos poseedores no impetrasen su renovacion de su corona, reconociéndole así por legítimo rey; abolió las órdenes militares y la de Carlos III, creando en su lugar un remedo de la legion de honor francesa con el título de órden real de España; y conservando la del Toison de oro por lo que su venerable y respetada antigüedad lisonjeaba la ambiciosa vanidad de su familia advenediza; y suprimió enteramente las comunidades religiosas de hombres, así las mendicantes como las que vivian de sus rentas, destinando los bienes de monacales al servicio del Estado. Con estas providencias procuraba además mejorar algo el estado de la Hacienda pública, lastimoso por cierto, pues solo entraban en las tesorerías algunas contribuciones de Madrid y principalmente el derecho de puertas, porque los pueblos españoles, no reconociendo por rey al que se titulaba tal en la córte, mal podian pagarle, y los generales franceses, donde quiera que estaban, aplicaban al sustento de sus tropas cuanto podian cobrar por medios ordinarios ó violentos. Hubo, pues, de apelarse al recurso de un empréstito forzado, con el cual se despojó violentamente de lo suyo á las personas ricas de la capital; de apoderarse asimismo de la plata labrada de los particulares con la promesa conocidamente vana de pagársela algun dia; de llevar á la casa de moneda juntamente con esta propiedad agena toda la plata de palacio que fuese ó como de desecho por su antigüedad, ó de uso menos necesario; de quitarse á las iglesias las cosas de metales preciosos no indispensables para las continuas atenciones de los oficios divinos, y de arrebatar al convento del Escorial las muchas preciosidades allí contenidas, para aprovechar su corto valor convertido en dinero con destruccion del que tenian como obras del arte. Medios de tal naturaleza causando grandes daños daban pobre producto, pero era necesario pasar por la condicion de quien puesto en el mayor apuro, por ganar poco, consume infinito. Creáronse asimismo unos documentos con el título de cédulas hipotecarias, en las cuales habian de convertirse los créditos antiguos contra el Estado, y que habian de servir para pago de

los llamados bienes nacionales puestos en venta, aunque dejando á quienes no quisiesen comprar semejantes posesiones la facultad de recibir por sus cédulas inscripciones en el libro mayor de la deuda pública que iba á abrirse. Como tambien suele suceder á los gobiernos, no menos que los particulares poco escrupulosos en horas de grande ahogo, fueron creadas segundas cédulas llamadas de indemnizacion y recompensa, cuyo efecto principal fué rebajar el cortísimo valor que tenian las hipotecarias. Por estos caminos no adelantaba mucho el monarca intruso. Sus reformas desabridas á la porcion numerosa de españoles adictos á los antiguos usos y abusos de su monarquía, si le granjeaban el buen afecto y los servicios de algunas personas de doctrinas reformadoras ó débiles y servidoras de la fortuna, no alcanzaban á ganarle la voluntad de quienes desdeñaban aun lo bueno viniendo del enemigo de su patria, ó la sumision de quienes por ceguedad, convertida al cabo en perspicacia por increibles sucesos, estimaban transitoria en el suelo español la dominacion francesa. Es cierto que algunos cortesanos de José y con ellos gente de las que en todo especulan tomaron cédulas hipotecarias, y las emplearon en comprar bienes pertenecientes á las órdenes religiosas abolidas ó confiscados á personas particulares; pero fué corto el número de los que así procedieron con mas imprudencia todavía que maldad, de suerte que el papel del gobierno intruso, perdiendo mucho desde el principio, llegó á no tener valor mas que en el nombre. José entonces falto de recursos tuvo que pedírselos á su hermano, el cual poco aficionado á gastos, y mirando á las otras naciones como destinadas á dar lo suyo á la Francia en vez de recibir de esta auxilios, recibió mal desde luego la peticion; pero convencido al cabo de la necesidad de mantener á su hermano, si quería conservarle en su mal seguro trono, se allanó á socorrerle con dos millones de francos (cerca de ocho millones de reales) mensuales.

Mientras de los dos gobiernos enemigos en España aquel por entonces mas favorecido de la fortuna se veia con no pocos embarazos, aquel cuyas armas acababan de ser vencidas y al cual amagaban terribles desdichas, no dejaba de batallar con disgustos y dificultades. Las derrotas padecidas por los ejércitos habian lastimado mucho el crédito y debilitado el poder de la junta central; y, como en aquellos dias mas que en otros ser desafortunado atraia desconcepto, debilidad y hasta peligro, un gobierno, nunca del todo bien quisto ni perfectamente obedecido por tener que luchar con ambiciones poderosas, y carecer de mil requisitos necesarios para vencerlas, hubo de verse en pugna con todos los contrarios que esperaban una ocasion oportuna para derribarle. Cabalmente coincidió con la batalla de Talavera haber llegado á Cádiz con direccion á Sevilla el primer embajador del gobierno británico al de España; siendo la persona revestida de esta dignidad una muy notable por varios títulos, el marqués Wellesley, hermano del general del ejército de su nacion, par de la Gran Bretaña, elocuente, instruido, diestro, señalado por haber sido gobernador general de la India y alcanzado allí importantes victorias y crecidísimas riquezas; político sagaz, y, aunque del partido

llamado tory, de los que en su parcialidad profesaban doctrinas mas reformadoras, tocando casi en los principios de los whigs sus contrarios. El recibimiento hecho á este personaje al desembarcar en España fué distinguido por arrebatadas muestras de aprecio y aplauso, porque las salvas de artillería y los repiques de campanas anunciaron á un tiempo el obsequio hecho á su venida y el regocijo por el triunfo de su hermano y de las armas aliadas sobre los franceses. Rodeado, pues, de tanta aura popular y del consiguiente poder pasó el embajador á Sevilla, donde á su llegada halló harto mudada la situacion de los negocios; desavenidos los generales y ejércitos españoles entre sí, y la junta mal con el uno y no del todo bien con el otro; y los ánimos irritados y ansiosos de novedades como si en estas pudiese encontrarse el remedio de lo pasado ó mejor suerte en lo futuro. Así vino á ser para el gobierno español un embarazo y un peligro la presencia de una persona, cuya dignidad no comunicaba poca al gobierno al cual venia diputado. Contrarios temibles, con quienes habia entrado en furiosa guerra ya sorda, ya manifiesta el mismo gobierno, buscaron en el embajador inglés apoyo, y si, como se verá, no le encontraron directo, al cabo de sus quejas y pasos sacaron auxilios para combatir á la autoridad de la central harto debilitada, pero sin lograr vencerla. Habia por aquel tiempo la junta formado de nuevo un consejo con el mismo carácter que el antiguo vulgarmente llamado de Castilla, pero fundiendo en él solo los otros que, con el título de Indias, de Hacienda, de Guerra y de Ordenes, tribunales y á la par cuerpos consultivos con algunas facultades gubernativas propias y arrogándose otras, eran parte principal en la monarquía española. Vivia en el consejo unido el espíritu que animaba al de Castilla; con sus mismas pretensiones; con sus rencores por verlas negadas. Habian discordado los pareceres en la junta en punto á establecer aquel tribunal, y allegándose en esta ocasion Jovellanos al partido favorable á las cosas antiguas, triunfaron los que opinaban por el establecimiento del consejo; hecho pagado por el cuerpo favorecido con enorme ingratitud, de la cual el varon y escritor insigne tomó, andando el tiempo, noble venganza, afeando con una vehemencia fundada en la justicia y revestida de decoro, y mas fuerte por ir acompañada de dignidad y dolor la conducta de que fué casi víctima el gobierno en la ocasion de que ahora se trata.

Por último, vino aquellos dias á tomar asiento en la central como diputado por Valencia, el marqués de la Romana, cuya lijereza é inquietud no le habian dado ni siquiera arrojo, á falta de juicio, en calidad de general, y que, pasado á ser miembro de un cuerpo gobernador, se llegó á él para insultarle y dividirle.

Hasta un incidente de poca monta, agregándose á otros mayores y dándosele valor muy superior al que le correspondia, con granjear á la junta enemigos de cierta clase le aumentó embarazos trayéndole desconcepto. El Semanario Patriótico, constante en abogar doctrinas de innovacion y reforma, alguna vez desaprobaba cauta y blandamente actos del gobierno, como para dar ejemplo del uso de la discusion libre de los negocios por via de la imprenta. A los vocales de la junta apegados á

las antiguas máximas de gobierno disgustaban tales doctrinas y libertades; á otros no sonaban tan mal, contándose entre los últimos el secretario Garay, con quien podia mucho *Quintana*. En una mala hora, sin embargo, alguna censura del Semanario hubo de ser mas desabrida, y queriendo algunos suprimir el periódico ó tenerle á raya, y otros al revés dejarle seguir segun iba, vino á abrazarse por partido un término medio, que fué pedir á los escritores mas prudencia en lo sucesivo. Ofendiéronse estos del aviso, aunque dado con amistosas contemplaciones, y determinaron suspender la publicacion de su obra, de lo cual dieron cuenta al público en expresiones tales que bien indicaban no haber tiranía donde se daban á la prensa sin daño de aquellos de quienes habian salido. A poco de suspendido el Semanario, empezó á publicarse el Espectador Sevillano, obra de D. Alberto Lista, escrita con doctrinas tambien de la escuela filosófica y reformadora. Pero aunque este nuevo periódico siguió sin tropiezo, muchos no perdonaron á la junta central la temprana muerte del anterior, así como mas antiguo, superior en fama. Así acusaban algunos á la junta de no respetar la libertad de los escritores, cuando otros la acusaban de inclinacion á sistemas de que el libre uso de la imprenta es parte necesaria.

Todas estas fuerzas, á modo de enemigos, embistieron con la junta en la hora de su mayor amargura y de las públicas desdichas. D. Francisco Palafox, de cuyos cortos alcances y desatinado bullir vá hecha mencion en la presente historia, propuso á la misma central su disolucion y que nombrase un rejente, al cual traspasase su autoridad; señalando para ejercer tan elevado cargo al cardenal de Borbon, hijo del infante D. Luis y arzobispo de Toledo y de Sevilla; aunque de la Real familia, no con la calidad de infante por ser hijo de madre de inferior esfera, personaje de menos que mediana capacidad si bien de rectas intenciones, y cuyo mando en dias tan críticos no podia atraer otra cosa que desconcierto y desgracias. Opusiéronse casi todos los vocales de la junta á una disposicion, donde veian unos la pérdida de su dignidad y poder, y otros graves peligros para el Estado, Al mismo tiempo el embajador inglés, intérprete de las quejas de su hermano el general, y achacando á culpas del gobierno español y de sus generales haberse malogrado las ventajas conseguidas en la última campaña, proponia á la junta considerables reformas, que, no reduciéndose á la parte militar, comprendiesen mucha de la polílica, dando á los negocios un giro favorable al poder é influjo popular y á la ilustracion del siglo; ideas no muy propias de un tory y ajenas de la competencia de un embajador, bien que disculpables en aquellas circunstancias, y algo de alabar y muy alabadas por las doctrinas que contenian. Por otro lado el consejo hizo una consulta renovando con alguna diferencia la de octubre del año anterior, donde saliéndose enteramente de su esfera, sin hallar para ello disculpa en la necesidad, y entrometiéndose en todos los negocios del gobierno muy en perjuicio del órden necesario en el Estado, acumulaba cargos contra la junta su enemiga, juntando en uno los mas opuestos entre sí; ó fuese que su ceguedad en materias políticas no le consintiese ver las

cosas en su punto debido, ó porque le acomodase amontonar acusaciones para aparecer mas cargado de razon á los ojos de la vulgaridad irreflexiva. Así en la misma consulta se vituperaba al gobierno por haberse separado del mando á Cuesta, parcial del consejo y muy enemigo de los ingleses, y por tener descontento al gobierno británico; y al paso que se hablaba de córtes como para lisonjear á los adictos á un sistema en que tuviesen representacion y poder los pueblos, se dejaba traslucir el odio á las juntas populares, y, desaprobándose con razon la composicion de la central por ser cuerpo tan numeroso impropio para ejercer la potestad ejecutiva, se pedia el restablecimiento del antiguo sistema de la monarquía en casi toda su pureza. Mientras así combatia el consejo en la central á las juntas provinciales, algunas de estas volvian á su antiguo y nunca del todo abandonado sistema de desobediencia, señalándose en este punto la de Extremadura y mas todavía la de Valencia, esta última dividida en violentas y ridículas parcialidades en que hacia el primer papel el general hermano de la Romana D. José Caro; ambicioso sin seso, que empleó su valimiento con los tribunos en derribar al general conde de la Conquista, y despues revolviéndose contra sus amigos, empezó á perseguirlos ilegal y atrozmente, sin cuidarse, embebida la atencion en estas disputas, de atender á las cosas de la guerra. Tambien en Sevilla atizaba el descontento la junta de provincia, que teniendo á su lado la central, aunque no muerta, vivia una vida oscura, y se acordaba de su antigua grandeza superior en su breve duracion á la de las demas de España.

Estos malcontentos, viendo que nada podian contra la central, cuyo cuerpo débil resistia á tan varios y poderosos embates, crecieron en furor resolviéndose algunos de ellos, con el auxilio que les daba el contínuo clamor de los otros, á pasar de las palabras á las obras. Así se concertaron varios de la parcialidad favorable al consejo en un plan para disolver la junta, enviar presos á Filipinas á algunos de sus vocales, y nombrar un consejo de rejencia, restableciendo en la plenitud de sus derechos ó, diciéndolo con mas propiedad, en la del poder que sin razon pretendia, al ambicioso tribunal; con ponerle como por tutor del nuevo gobierno, como habia aspirado á serlo de los reyes. Con este objeto empezaron los conjurados á repartir dinero, y ganaron ó creyeron haber ganado á algunos rejimientos, pensando dar el golpe y al mismo tiempo la promesa de juntar las córtes, como si estas nacidas de tal origen pudiesen tener el carácter que á los parciales de un gobierno popular y reformador sería grato y parecería conveniente.

A los primeros dias de setiembre esta conjuracion estaba próxima á estallar, si bien adelantaba flojamente, por no ser sus cabezas distinguidas por su arrojo ó por su habilidad ó por alguna de las calidades necesarias en los promovedores y ejecutores de tales empresas. El duque del Infantado, uno de ellos, sabiendo que estaban un tanto desavenidos con la junta el embajador inglés y aun el general y su gobierno, en su fatuidad creyó oportuno enterarle de la conjuracion, sin duda esperando recibir de él algun linage de apoyo. El marqués Wellesley asustado de

las probables consecuencias de tal locura, trató de disuadir á los trazadores de aquel delincuente desatino de su propósito, y aun no les encubrió que daría alguna noticia de su proyecto al gobierno, si bien sin comprometerlos. Hízolo así, y la junta tomó precauciones para defenderse, aunque sin castigar á sus enemigos. Entretanto ella misma sentia los inconvenientes de su composicion poco apropósito para el buen despacho de los negocios, y así resolvió concentrar en un corto número de miembros de su propio cuerpo la potestad ejecutiva. El bailío D. Antonio Valdés, hombre de los tiempos antiguos en que habia sido ministro, y poco entendido en máximas generales de gobierno, sin ser enteramente del partido innovador ni del opuesto, tomando en ésta ocasion un partido extremo, propuso á la junta que todos sus vocales hiciesen dimision de su cargo; proposicion con mas visos de generosa que calidades de cuerda, que fué, como era de esperar, desaprobada. Calvo de Rozas, en quien con ideas revolucionarias iba hermanado un apego al mando llevado al punto mas subido, propuso crear dentro de la junta una comision llamada ejecutiva, á la cual estuviese encomendado el despacho ordinario de los negocios, y señalar al mismo tiempo para 1.º de marzo del año siguiente de 1810 la apertura de las córtes con el título de generales y extraordinarias, cuya forma habia de ser muy diferente de la que cuerpos con el mismo nombre habian tenido en tiempos antiguos. Ambas propuestas fueron aprobadas, nombrándose de la misma junta, para extender el reglamento que hubiese de seguir la comision ejecutiva, una compuesta de Jovellanos, el bailío Valdés, el marqués de Campo Sagrado, Castañedo y el conde de Jimonde. En esto vinieron á parar los proyectos de destruccion del gobierno existente y de la fundacion de otro nuevo, estribando en diversa basa, con diferente forma y muy otro objeto que el de la central, para que fuese á terminar en la reunion de córtes muy desemejantes de las que iban á ser convocadas.

Si es de admirar que un gobierno desdichado en la guerra, mal compuesto, si acertado á veces desatinado en otras ocasiones, y dueño de poca confianza por parte del pueblo así como por la de varias autoridades de él dependientes, resistiese á la formidable liga que le combatió, no es dificil de explicar la causa de su triunfo. Por lo mismo que eran muchos y de diversa clase sus contrarios, se embarazaron estos mutuamente en sus conatos para derribarle, disgustando los planes de los amigos del consejo á los de las juntas, y no pudiendo convenir á aquel ó á sus parciales lo que favorecia las miras de las autoridades revolucionarias que le profesaban tan antiguo odio. El gobierno inglés asimismo no queria la ruina del español sino su vida y conversion á ideas y conducta mas provechosas á la causa comun, y mas conformes al interés general de la Gran Bretaña. Por último, la misma debilidad de la central le fué útil, porque cedió, cuando resistiendo acaso habria venido á quedar rota, sin contar con que, á la par que se manifestó débil, no dejó de dar pruebas de diestra, á lo menos lo bastante para resistir á quienes la combatian.

No le volvió, sin embargo, la victoria ni la tranquilidad interior,

ni la robustez, ni el tino y acierto que habia tenido en sus mejores dias. El proyecto de reglamento presentado por su comision para que á él se atuviese la ejecutiva salió desaprobado, teniendo parte en ello los que deseaban el nombramiento de un regente ó de un consejo de regencia compuesto de pocos individuos. Palafox renovó sus tramas para llegar á este fin. Ayudóle el marqués de la Romana, leyendo un papel que despues en una obra inmortal calificó Jovellanos de desaforado, donde repetia contra la junta todos cuantos cargos habia discurrido ó abultado la malevolencia de sus enemigos. En la confusion que reinaba en aquel cuerpo, que de la lid sustentada habia salido triunfante pero muy lastimado, desagradó el papel pero no á todos su autor, resultando que se volviese al propósito de nombrar la comision ejecutiva, y que llevado á efecto fuesen nombrados para componerla, en primer lugar el mismo marqués de la Romana con el del Villel, y los señores Riquelme, Caro, Jócano y la Torre, todos parciales del sistema antiguo de la monarquía española, de que el consejo era representante. En tanto salió á luz con fecha de 4 de noviembre un decreto anunciando que la convocatoria á córtes saldria el dia primero del año de 1810, á fin de que las sesiones se abriesen en 1.º de marzo siguiente. Activábanse al mismo tiempo los trabajos de la comision nombrada fuera de la junta y encargada de proponer en qué forma se juntaría la futura representacion legal del pueblo español. Presidia la comision el conde del Pinar, y era su secretario D. Agustin de Argüelles, intérpretes y tipos uno y otro de opuestas ideas y doctrinas. La que dentro de la junta entendia en el mismo negocio, caminaba con no menos diligencia, sobre todo despues de haber salido de ella Caro y Riquelme, entrando á sustituirlos Garay y el conde de Ayamans. Lo mas singular fué que prevaleciese generalmente la opinion de hacer de las córtes un cuerpo solo en vez de componerlas de dos, uno formado por los brazos del clero y la nobleza, y otro por el de las ciudades aumentado hasta tener representantes por toda la poblacion de la monarquía. Esta última forma tenia por abogado á Jovellanos con algunos mas personajes de bastante valer, al paso que por la primera estaban los parciales de una reforma radical á imitacion de la hecha en Francia en 1789, y aquellos á quienes repugnaba convertir la monarquía española en un remedo de la inglesa, y á quienes agradaba ó convenia mas ver los tres brazos deliberando juntos; y las córtes, así como con la misma forma, con tan corto ó tan mal definido poder como habian tenido los cuerpos del mismo nombre en la monarquía castellana.

Pero si eran importantes estos trabajos, mas lo era atender á la prosecucion de la guerra, en la cual se preveian grandes reveses. En ello puso su principal cuidado la comision ejecutiva de la central, que se instauró el dia primero de noviembre de 1809, dejando á lo demas del cuerpo de que era parte por únicas facultades y ocupacion la de proveer los empleos principales y dedicarse á tareas legislativas. Encontróse la nueva autoridad con los negocios en crítica situacion, habiendo ya llegado la noticia cierta de estar ajustada la paz entre Francia y Austria, y tal que dejando á la última harto humillada y reducida en poder, de-

jaba al de Francia desembarazado para llevar adelante su proyecto de sujetar las regiones meridionales de Europa. Esta noticia, en vez de encubrirse, fué dada al pueblo español con arrogancia en una proclama no falta de elocuencia pero sí de juicio en sus frases declamatorias, donde se prometia á España que, si no podia vencer á su contrario, *á lo menos* quedaría hecha un cementerio lleno de amontonados cadáveres franceses y españoles. Este lenguaje del Sr. Quintana sonaba bien todavía, pero no tanto cuanto en la época primera del levantamiento de la nacion contra los franceses, abundando ya entre las clases superiores personas que no creian conveniente á la felicidad de la nacion dejarla cubierta toda de escombros bañados en sangre. Pero á mucha parte del pueblo no solo era grato lenguaje tal de feroz patriotismo, sino tambien conforme con lo que hasta cierto punto pensaba hacer é hizo, pues, si bien la resistencia á los invasores en las poblaciones no fué la que en los tiempos recien pasados, los campos siguieron tiñéndose en sangre propia y extraña, lo cual, causando á España graves males, hacia casi imposible su perfecta sumision al yugo. Pero si las noticias de Alemania eran aflictivas, en España algunos sucesos daban márgen á lisonjeras esperanzas, persuadiendo cuando menos de que al volver el emperador á caer sobre sus enemigos los españoles, los encontraría no ménos adelantados y en mejor situacion para resistirle que en la vez primera. Galicia habia arrojado de su suelo á los franceses. En Valencia no habian vuelto á penetrar ni se temia por entonces su entrada. En Cataluña las derrotas no habian puesto plaza alguna importante en manos del vencedor, salvo la de Rosa que cayó en la grande invasion de fines de 1808, y Barcelona y Figueras ocupadas por traicion en dias de paz y alianza. Murcia puesta como en un rincon no llamaba á sí á los contrarios, y libre contribuia con lo demas de España á la comun defensa. Las Andalucías respiraban seguras amparadas por el creido casi inexpugnable antemural de Sierra Morena. En Extremadura el ejército inglés aunque apartado de la guerra activa se mantenia entero en el confin del territorio portugués. Todo el centro de España estaba lleno de partidas cada dia mas molestas á los dominadores del suelo. Fieles las Américas enviaban con mano larga socorros, y presentaban un puerto seguro á que recogerse, aun despues de llegar al extremo el rigor de la desdicha. Además una victoria en batalla campal, si alcanzada sobre corta fuerza francesa, conseguida de un modo completo, habia ilustrado las armas españolas en Tamames, lugar pequeño de Castilla, siendo mandados los vencidos por el general Marchand y los vencedores por el duque del Parque. La calidad de esta jornada en que habia caido un águila en poder del ejército victorioso, y desordenàdose en el campo hasta huir dispersos los franceses, ensoberbeció al gobierno llevándole á prometerse iguales triunfos. Contaba además con numerosas fuerzas en órden mas que mediano. El ejército del duque del Parque, reforzado despues de su triunfo con una division crecida venida de Asturias mandada por Ballesteros, y con otra castellana á las órdenes del marqués de Castro Fuerte, ascendia á cerca de treinta mil hombres. El de la Man-

cha, recobrado ya de su pérdida en Almonacid, no estaba escaso en número, y tambien constaba de fuerzas respetables el de Extremadura. Dispuso, pues la junta central enviar sus fuerzas todas sobre el enemigo hasta arrojarle de Madrid, lo cual en su sentir era empresa de corta dificultad, y aun obligarle á evacuar à Castilla la Vieja y situarse otra vez en las márgenes del Ebro antes de recibir refuerzos de Alemania. Con este objeto se determinó aumentar considerablemente el ejército de la Mancha, dejando en Extremadura una division al mando del duque de Alburquerque, teniendo seguridad de que por allí no penetrarían los franceses, á quienes amenazaba el ejército inglés por su costado derecho. Pasó, pues, el general Eguia á la Carolina seguido de fuerzas numerosas, con lo cual llegó á tener á sus órdenes hasta cincuenta y dos mil hombres en la parte de la Sierra Morena, por donde vá el camino de Andalucía, y en la llanura vecina á aquella cordillera por la parte del Norte. El primero y cuarto cuerpo francés mandados aquel por Victor y este por Sebastiani se aprestaron á disputar á sus contrarios la posesion de la Mancha. El general Eguia se hizo adelante con todo su ejército, pero vista la calidad de sus tropas y la superioridad que le llevaban los franceses, hubo de retroceder buscando otra vez abrigo en los montes. Extrañó la junta este proceder, y aun así lo dijo á su general, el cual ofendido en su excesivo orgullo respondió al gobierno en tono desabrido y hasta poco respetuoso, dándole con mal modo buenas razones en abono de su repugnancia á entrar en batalla. Separóle la junta del mando y le dió á D. Juan Manuel de Areizaga, muy recomendado por Blake por su conducta en la batalla de Alcañiz, poco conocido hasta entonces, y valiente en la hora de pelear y aun en la de arrojarse á una campaña, pero tímido en casos de apuro para discurrir medios de salir de él, siendo corta su instruccion y sus luces. Al tomar el mando del ejército este general coincidió en las miras de la junta, y se resolvió á ir á apoderarse de Madrid sin demora. El 3 de noviembre emprendió su movimiento desde Sierra Morena lleno de loca confianza. Caminaba el ejército alentado, formando siete divisiones su infantería, con crecida fuerza de caballería, al frente de la cual estaba el general Freire, cuyo concepto de valiente y aun de hábil en el manejo particular de su arma era el mas subido. Viendo los franceses adelantarse á los españoles con tanta fuerza, se retiraron, yéndose el general París hácia los montes de Toledo y el general Milhaud mas á la derecha por el camino real hasta hacer alto en la Guardia. Algo mas adelante de esta poblacion al subir la cuesta llamada del Madero, vinieron á las manos la caballería francesa y española, siendo esta última sobradamente acuchillada y teniendo gran pérdida, aunque al cabo retirándose el enemigo le dió razon de reclamar para sí la victoria si bien él asimismo por su parte pretendia haberla alcanzado. Al fin se recogieron á Aranjuez los franceses y aun pasaron el Tajo poniéndole entre ellos y los españoles. Llegado Areizaga con su ejército á orillas del mismo rio, en vez de atravesarle forzando el paso por Aranjuez, se fué á buscar mejor camino por vados ó puentes, siguiendo por la ribera meridional ó izquierda contra la

corriente, y tras del impetuoso arrojo con que venia mostró suma irresolucion, desperdiciando el efecto que su venida habia hecho en los franceses mal preparados, y consumiendo una semana entera en no hacer cosa alguna, como si ninguna idea le ocurriese en punto á sus operaciones. Aumentóse lo desagradable de su situacion, pues rompiendo el tiempo en contínuos y recios aguaceros, hinchó las aguas del Tajo impidiendo atravesarlas, y encenagó la orilla haciendo por demás molesta su estancia en ella á las tropas. Al fin cansado Areizaga de dar vueltas, se volvió á Aranjuez, cuando, perdida ya la ocasion de ocupar la capital, debería haberse vuelto al confin de Andalucía. Entretanto los franceses recobrados del asombro que les infundió la inesperada temeridad de sus enemigos, empezaron á tratar de defenderse y de ofenderlos, yéndose juntando sobre Aranjuez los cuerpos cuarto y quinto mandados por el general Sebastiani y el mariscal Mortier, la reserva á las órdenes del general Dessoles y la guardia del monarca intruso, mientras el mariscal Victor maniobraba por la izquierda, sobre la derecha de los españoles. El mismo rey intruso salió para su ejército, cuyo mando tomó el mariscal Soult con el título de mayor general de José. Miéntras así se preparaba la ruina de los españoles, la poblacion de Madrid otra vez se entregó á alegres esperanzas, y renovó las escenas de la campaña de Talavera, sabiendo estar inmediato á Madrid un considerable ejército de sus compatriotas. Pero Areizaga ya no podia ni quería tomar la ofensiva, y no atreviéndose á esperar á los franceses junto al Tajo, fué á situarse en Ocaña y sus cercanías, escogiendo para pelear un lugar que ninguna ventaja le presentaba. Puestos los franceses en Aranjuez, echaron adelante su caballería que tropezó con la española cerca de Ontígola como á tres cuartos de legua de distancia del real sitio. Llegados frente á frente unos de otros, los ginetes de las naciones enemigas fueron á trabar la pelea sin socorro de la infantería, pero en el primer momento de la refriega los carabineros Reales, olvidados de su antigua gloria, se pusieron en huida confusa imitándolos otros cuerpos, y sosteniéndose los guardias de corps, en quienes suplió el pundonor de cada individuo la falta de instruccion militar y de disciplina propia de un cuerpo en que todos los soldados eran oficiales. No obstante la buena conducta de esta tropa, por desgracia escasa en número, fué completa la derrota de los españoles, si bien no les dieron alcance los franceses, recogiéndose al abrigo de su infantería despues de su triunfo. Fué circunstancia particular de aquel combate haber caido en él, atravesado de parte á parte el cuerpo de una lanzada y con diez heridas mas, en la primera flor de su juventud D. Angel de Saavedra, hermano del duque de Rivas, que dejado por muerto y salvado casi milagrosamente, logró conservar la vida para ser una de las glorias de España como poeta, y representar un papel político en las córtes de la nacion, ya con su nombre antiguo, ya con el título de su hermano, heredado por muerte de este sin dejar hijos. La pelea de caballería con caballería en Ontígola fué funesta precursora de mas formal batalla entre la fuerza de los opuestos ejércitos y de una cuyas consecuencias fueron infinitamente mas fatales. Pasóse el dia 18 de noviem-

bre en incertidumbre sin retirarse los españoles como aun podian, aunque no ya sin peligro y sin cargar sobre ellos los franceses. Amaneció el dia 19 y con él la luz que habia de ver la mayor desdicha de los españoles en toda la guerra de la Península. Habíase situado Areizaga en Ocaña, y colocadas sus tropas en las inmediaciones de la poblacion al parecer sin plan ni objeto alguno, el general se subió á la torre de la iglesia mayor de la misma villa, para ver desde allí mejor la pelea, no por resguardar de peligro su persona que sabia exponer como valiente, sino por no acertar mas que con desvaríos. Viniendo los franceses sobre el ejército español embistieron con la division del general Lacy que resistiendo por algun tiempo con denuedo, no viéndose socorrida ni apoyada, hubo de retroceder, no sin desordenarse. Poco menos sucedió á otras divisiones cayendo sobre varios generales valientes no merecida nota, pues, no recibiendo órdenes, no viendo operaciones concertadas y acometido cada cual por el enemigo sin ser auxiliado, cedieron al enojo y al desaliento, y abandonaron cada uno por su lado una lid que mal podian sustentar. Huyó casi sin pelear el ala izquierda de los españoles, mientras entraban victoriosos en Ocaña los franceses revueltos con los fugitivos de la derecha y vanguardia de los vencidos. El general Areizaga bajándose de su torre, sin dar disposicion alguna para la retirada, y entregado si no al miedo, al aturdimiento causado por la derrota y por la misma rudeza de entendimiento, que no le dejaba discurrir en medio de su pena, se retiró á Daimiel dejando lo que fué su ejército hecho una turba confusa, la cual por todas partes huia perseguida y acuchillada por los vencedores, á quienes se entregaban á centenares. Esta fué la desdichada batalla de Ocaña, funesta de suyo, y mas que por su magnitud por la de sus consecuencias. Perdió el ejército español cinco mil hombres entre muertos y heridos con toda su artillería y equipajes, y mas de trece mil prisioneros. Perdió asimismo todavía mas crecido número de soldados que huyeron tirando las armas, para no volverlas á coger unos durante la guerra y otros por largo tiempo, y perdió al fin la honra, y él y la nacion la confianza en su propia fuerza de un modo sin ejemplo en los grandes reveses anteriores. Apenas llegaron á Despeñaperros unos pocos fugitivos, y si pasados algunos dias se formaron allí algunos batallones agregándoseles una division y alguna fuerza de caballería, se notaba en estas tropas tal decaimiento de ánimo, que ni en aquellas montañas, antes miradas como seguro asilo, se creian ya fuertes, dando visibles muestras de estar dispuestas á hacer muy floja defensa si allí las venia á acometer el ejército victorioso. El desconsuelo fué general en España y vino acompañado de espanto. La junta central procuró encubrir su pena y abatimiento bajo apariencias de fortaleza, y repitiendo la imitacion de la conducta del senado romano hecha con Cuesta despues de su derrota en Medellin, en vez de castigar ó reprender á Areizaga le consoló hasta enviándole de regalo un caballo. Eran sin embargo muy diferentes unas de otras circunstancias, y ademas hechos semejantes no son para repetidos, sucediendo pecar de ridículo lo mismo admirado una vez como sublime. La junta participó del desconcepto de su general y

no sin motivo, pues la imprudencia de la primera no habia sido inferior á la del segundo, de suerte que á ambos tocaba la responsabilidad de aquella campaña. Tan abatidos estaban los ánimos, que en general mereció poca atencion, si bien alguna, otra gran desdicha venida muy en breve en pos de la de Ocaña. De resultas de la completa victoria de los franceses tenian estos tal libertad para obrar con desahogo en el centro de la Península, que el ejército del duque del Parque así como el de Extremadura habian quedado muy expuestos. Este último corto en fuerzas se retiró sobre Trujillo, y estando todavía á poca distancia el ejército inglés, y no conviniendo á los franceses adelantarse por aquel lado, ni mirando con recelos tan flaca fuerza, siguió bajo el mando de Alburquerque sin ser molestado por los enemigos, hasta que poco despues pudo prestar á su patria un servicio de la mas alta importancia. No así el de Castilla la Vieja, que por su mayor y algo considerable fuerza, y tambien por haberse adelantado hasta Medina del Campo, habia infundido algun cuidado en los franceses. Sin embargo, sabedor el duque del Parque de la triste jornada de Ocaña se hizo atrás, pero yéndole encima fuerza enemiga hubo ya de pelear cerca del Carpio el 23 de noviembre, quedando en la refriega indecisa la fortuna. No pudo ó no supo con todo el duque del Parque retirarse hasta el punto que debia, evitando entrar en batalla, y alcanzado el 28 en Alba de Tormes por un ejército francés mandado por el general Kellermann, fué completamente vencido, si bien parte de su infantería, mientras huian sus compañeros y la caballería toda, formándose en cuadro resistió á los franceses con firme denuedo retirándose con órden, y sacando del vencimiento salva la honra, hecho por el cual obtuvieron varios soldados y oficiales distinciones, pero que en nada remedió el desastre de la causa de España en aquella nueva infeliz jornada. Las reliquias del ejército derrotado en Alba fueron á reunirse con su general en las cercanías de Ciudad Rodrigo; pero ni allí se sostuvieron largo tiempo, pues á fines de diciembre se trasladó al lugar de San Martin de Trebejos abrigándose con la cordillera de la sierra de Gata. Ya en esto el ejército inglés trató de salir de España y de meterse en Portugal, pasándose á la orilla septentrional del Tajo. El general lord Wellington desde agosto hasta mas de mediado diciembre habia mantenido su ejército inmóvil en Badajoz y su comarca; pero él aprovechando su descanso habia ido á Sevilla á ver al embajador su hermano y á concertarse con él sobre operaciones militares, en que la política tenia una parte principal. No dejó el prudente general inglés, ó en la residencia del gobierno español, ó desde su ejército de dar consejos cuerdos á la junta y á sus generales, procurando disuadirlos de aventurar batallas, pero tuvo el disgusto de verse desatendido, cuando desaprobó la expedicion á Madrid terminada en la batalla de Ocaña, aunque insistió en retraer de tan loca empresa á sus promovedores. Al cabo de una embajada de breve duracion hubo de retirarse el marqués á su patria, acompañándole el general á Cádiz hasta dejarle embarcado. Lord Wellington fué en esta ocasion tratado con agasajo afectuoso pero algo tibio. El marqués vuelto á su

patria pronto pasó á ocupar en el ministerio británico el puesto de ministro de negocios extranjeros, al cual le elevaron sucesos, de que por estar en algo enlazados con la guerra de España, será bien dar noticia si bien solo superficial y breve.

Cuando ardia la guerra en Alemania, y reinaba fundada esperanza de ver la poblacion germánica alzada toda contra el poder francés, y al tiempo mismo que acababa de venir á España el ejército británico que libertó á Portugal en mayo y venció en Talavera en julio, se empezó á preparar en Inglaterra una expedicion poderosa destinada á obrar contra el comun enemigo, aunque sin saberse en qué lugares. Si esta fuerza que salió á fines de julio de los puertos de la Gran Bretaña hubiese venido á desembarcar en el Norte de España, era casi segura en aquel tiempo la ruina del poder francés en la Península; de suerte que antes de poder ser socorridos los ejércitos que en ella guerreaban, habrían los aliados puéstose en el mismo Pirineo. Si la misma expedicion hubiese pasado á Alemania, el espíritu de resistencia y odio á los franceses que allí habia, dando muestra de sí al verse con fuerte apoyo, habría mudado la suerte de la guerra hasta en su mismo teatro principal en lo interior del imperio austriaco. Pero por desgracia de la Inglaterra miras de particular interés, que por serlo visiblemente obraban contra sí y á nada aprovechaban, causaron que fuese á Holanda aquel formidable armamento. Mandaba el ejército escogido enviado allá el general conde de Chatham, hijo y heredero del título del primer Pitt, y hermano mayor del segundo, pero sin las altas prendas de su familia, siendo de alcances medianos y desidia extremada; de modo que en aquella malhadada empresa era igual el desacierto en elegir el punto de su destino ó el caudillo que habia de darle cima. Aportó la expedicion á la costa holandesa, y desembarcando, despues de alguna resistencia, tomó la plaza de Flessinga y toda la isla de Walcheren, sin pasar mas allá en sus operaciones. Estas reducidas á tan pobre empresa no tuvieron el menor efecto ni en la misma Holanda, cuyos naturales, aunque descontentos con el yugo francés, no se creyeron bastante apoyados para arrojarse á sacudirle. En Alemania la expedicion inglesa solo causó disgusto, suponiéndose de ella que el gobierno británico siempre atendia á un interés particular en las ligas contra Francia en perjuicio de los objetos que en comun se proponian los aliados. Así celebró su tregua y se preparó á convertirla en paz con la Francia el gobierno austriaco, sin cuidarse de si los ingleses seguian ó no con sus tropas ocupando la isla holandesa. Entretanto la posesion de su conquista iba costando muy cara á las tropas británicas, pues siendo Walcheren lugar pantanoso y muy enfermizo, se vieron acometidas de calenturas pestilentes, con tal estrago, que cayendo en poco tiempo muchas víctimas, se miró la evacuacion de la isla como acto forzoso. Vino, pues, á parar una expedicion de tanto poder y de gran costo á ser no menos costosa en vidas, sin el menor provecho, ni aun el de conservar el terreno ganado de que se sacaba poco partido. El mal éxito de esta expedicion causó en Inglaterra un clamor vehementísimo contra los ministros que la habian dispuesto, aumentándose lo fundado de la pública

desaprobacion con el espanto que infundia la rápida terminacion de la guerra de Austria y el poder adquirido por el terrible enemigo de la Gran Bretaña con este nuevo triunfo. Reinó grande inquietud en Inglaterra en el público, en el parlamento, y aun dentro del mismo ministerio. Desavenidos unos con otros los ministros se hicieron cargos, quiénes de incapacidad y quiénes de doblez, resultando salir á reñir en desafío el de Negocios Extranjeros Canning con Lord Castlereagh que lo habia sido de la Guerra, y quedar el primero herido de un balazo. Esto trajo la disolucion del ministerio, que sin embargo volvió á formarse de la misma parcialidad tory, por muchos años dueña del mando en la Gran Bretaña con breves intervalos señalados por faltas y desconcepto de sus rivales. El recompuesto ministerio inglés siguió la misma conducta que el antiguo, y aun aumentaba la confianza de que no sería abandonada la Península ver ocupando uno de los puestos principales en el gobierno británico al hermano del general que mandaba las fuerzas de la misma nacion en España, y que, aun dejando el suelo español por el portugués, contribuia en el segundo á la defensa de una y otra monarquía.

Esta defensa venia sin embargo á ser sobremanera dificil, y aun para salir bien tenia que ser comprada á costa de extraordinarios y prolongados reveses y padecimientos. Apenas quedaba en España un ejército con el cual se pudiese contar, salvo en Cataluña, donde la atencion estaba puesta en la tenaz y gloriosísima resistencia de Gerona, en un sitio de que se dará razon cumplida por merecerla muy circunstanciada y á parte. Las tropas vencidas en Ocaña y en Alba no habian quedado capaces de hacer frente al enemigo durante algun tiempo. Un corto ejército en Galicia ocupaba aquella provincia, de la cual no pudo salir en algunos años. El gobierno, aunque reducido á pocas manos y mejor forma, no habia cobrado vigor ni firmeza, abrumado por el peso de la pública desventura, y falto absolutamente de recursos para remediar los males pasados ó impedir los venideros. La comision ejecutiva nombró á la Romana general del ejército de Sierra-Morena cuyo mando tenia Areizaga; pero el marqués, en vez de ir á ponerse al frente de unas tropas que solo habian de atraerle desaires y desdichas, prefirió quedarse en Sevilla en guerra contra un gobierno débil donde estaba mas seguro de alcanzar victoria. En lugar de un general nuevo pasaron á la Carolina varios vocales de la junta central, el marqués de Campo Sagrado, general y buen caballero, pero sin experiencia de la guerra, D. Rodrigo Riquelme, togado, y D. Juan de Dios Rabe, hacendado de Córdoba, provincia que representaba en la central. Estos tres personajes llevaban encargo de activar el aumento y nuevo arreglo del ejército, y de poner en buen estado de defensa los puertos de la sierra; trabajo inútil, siendo estos tantos en la extension de aquellos montes, y faltando á sus defensores el aliento necesario para pelear aun en los puestos mas ventajosos.

En medio de estas calamidades y del general gravísimo peligro, los revoltosos no paraban, segun su costumbre de bullir mas cuanto menos resistencia esperan, y de creer encontrar remedio á un grave apuro cuando le agravan con la disension y el desórden. D. Francisco Palafox,

siempre el mismo, y el conde de Montijo, su pariente cercano, que le igualaba en la inquietud, aunque no en la insuficiencia, no obstante serle inútil y al provecho comun perniciosa la cantidad de su talento y saber, no descansaban en la obra de promover un alboroto contra el gobierno para derribarle. Sacando la junta fuerzas de su misma flaqueza se atrevió á prender á estos dos personajes, poniéndolos en estrecho encierro en Sevilla. Ayudóla en esta obra el marqués de la Romana, á pesar de haber estado en union con los mismos á cuya represion y prision coadyuvaba; pero si se deshizo de sus cooperadores fué para continuar por su propia cuenta la obra en que ellos estaban trabajando, pues no cesó de turbar la paz y buena inteligencia dentro y fuera de la junta. A larga distancia tomaba parte en sus planes su hermano D. José Caro, inferior á él en prendas intelectuales, é igual en lijereza y ambicioso deseo de trastornos, el cual en Valencia aspiraba al mando absoluto de aquella provincia, á fin de que fuese gobernada toda España por su familia, capaz solo de codiciar el gobierno y de debilitarle, pero no de llegar á apoderarse de él, y menos todavía de ejercerle con provecho ó gloria. Todas las tramas de Caro vinieron á parar en que por medio de un sugeto de poca importancia, llamado D. Lázaro de las Heras, criatura é instrumento del marqués de la Romana, fuesen presos D. José Canga Argüelles y otros vocales de la junta valenciana, señalados por sus servicios en el alzamiento primero y en la defensa de la ciudad contra Moncey, pero un tanto inquietos asimismo, y culpados de dedicarse á rencillas particulares. Estos disturbios solo servian de tener á Valencia distraida enteramente del cuidado de la causa comun; pero poco podian influir en la suerte general de España, destinada por aquellos dias á ver dilatarse los invasores por la mayor parte de su superficie.

A pesar de sus ahogos y esfuerzos, la junta central, dentro de sí desunida y á fuera desconceptuada y casi despojada de poder, dió algunas providencias útiles, así en lo tocante á la guerra como en negocios políticos dignos de inferior atencion, pero que la merecian en algun grado y que entre la gente mas instruida que juiciosa la llamaban harto mas que lo debido. Atendíase particularmente á la próxima celebracion de las cortes. Contra el dictámen de la comision nombrada para proponer la forma que habia de darse á la representacion del pueblo español prevaleció al fin en la junta, viniendo á quedar aprobada, la opinion de Jovellanos, resolviéndose á conformidad que individuos del clero superior y la alta nobleza formasen un cuerpo privilegiado y en parte hereditario, y que otro mas numeroso fuese creado por eleccion popular, dando á esta la mayor latitud, pues habian de elegir procuradores ó diputados no solamente las ciudades de voto en cortes por medio de sus ayuntamientos, sino la poblacion de toda España por un método indirecto, concurriendo á nombrar los primeros electores casi la generalidad los varones mayores de veinte y cinco años. Extendióse la convocatoria á cortes para el cuerpo popular; pero quedó reservada la relativa al superior ó prilegiado, ignorándose no solo como habia de componerse, sino hasta si habia de tener existencia. Cuando se preparaba la reunion de las cortes, tam-

bien se trataba de si convenia ó no acompañarla con la concesion de la libertad de imprimir sin sujecion á prévia censura. Pedian esta libertad con calor y ahinco los hombres de la secta reformadora; oponíanse con teson á que se concediese los de opiniones diametralmente contrarias; y estaban tímidos é indecisos aquellos en quienes el apego á moderadas y justas innovaciones y mejoras no oscurecia los peligros anejos á la soltura de los escritores en horas críticas, ni destruia hábitos y preocupaciones de antigua fecha, difíciles de compaginar con sus doctrinas sobre la latitud que debia darse á los derechos individuales y al libre exámen de las materias políticas por parte de todos los ciudadanos. Jovellanos se señalaba entre estos últimos, combatido por diversos pensamientos y afectos, y ya temeroso de la aparicion de escritos imprudentes, desmandados y groseros, ya opuesto á continuar ejerciendo sobre la expresion de la voluntad del hombre una jurisdiccion reputada en aquellos dias entre los hombres ilustrados tiránica y perniciosa. El canónigo de Sevilla Morales, hombre de instruccion y saber, aunque vano y lijero, leyó delante de una junta de las varias formadas para tratar de materias de legislacion en aquellos dias un escrito en favor de la libertad de imprenta bien pensado y expresado, aunque lleno de opiniones que la mayor experiencia de nuestros dias ha acreditado en parte de vulgares, y en parte de erróneas. Apostrofábase en este papel á Jovellanos, que estaba presente, invocando el auxilio poderoso de su aprobacion en favor de la libertad de imprimir, y pidiéndosela en nombre de sus padecimientos pasados traidos á cuenta como pruebas de las demasías del poder donde está sofocada la voz de la queja, y con ella la de la justicia. Pero el insigne varon cuyo voto se solicitaba no quiso darle, y su irresolucion fué el dictámen del gobierno en este punto, quedando las cosas como estaban, y aplazada para otra época la abolicion ó confirmacion de la prévia censura.

Llegábase la hora en que habian de abrirse las sesiones de las cortes, pues corriendo ya enero apenas faltaban para el dia destinado á tan importante ceremonia dos breves meses. La comision ejecutiva de la junta central se habia renovado segun disponia su reglamento, saliendo de ella el marqués de la Romana y los señores Riquelme y Caro, y entrando en su lugar el marqués del Villar, el conde de Ayamans y Don Felix Ovalle, mudanza que influyó poco en el estado de los negocios, como no podría haber influido en aquella ocasion la de unos nombres por otros, fuese cual fuese su importancia. Dióse con fecha de 13 de enero un decreto disponiendo que pasase la junta central á la isla de Leon y allí quedase establecida el primer dia del próximo febrero, para que en el mismo dia del mes siguiente, segun estaba dispuesto, abriese el sólio en las cortes de la monarquía. Bien se notaba, aunque no se dijese, que el miedo de la casi inevitable invasion de las Andalucías por los franceses impelia al gobierno á salir de Sevilla, y callarlo él, sin satisfacer á persona alguna, aumentó la injusta desaprobacion con que miraba el vulgo un paso de absoluta necesidad. Los mal intencionados y los necios levantaron un clamor bien recibido y acompañado por la numerosa

grey de los de la segunda clase ponderando la cobardía del gobierno, tildándola hasta de traición ó poco menos, y, sin proponer claramente que debia quedarse, vituperando su intento de recojerse á lugar seguro. Este clamor en tan delicada materia por fuerza habia de llevar á lances de sedicion propios para agravar el triste estado de la patria.

Veíase en efecto estar dispuestos los franceses á allanar la hasta entonces respetada barrera de Sierra-Morena, y que trayendo para el intento fuerzas formidables era imposible resistirles con esperanza de feliz suceso, contando para la defensa con tropas escasas en número y enteramente faltas de aliento. José Bonaparte habia juntado el primero, cuarto y quinto cuerpo del ejército francés, mandados por el mariscal Victor, el general Sebastiani y el mariscal Mortier, y agregando á estas fuerzas su reserva y algunas tropas españolas que habia conseguido tener juntas, y cuyos oficiales le servian con celo si bien no en general los soldados, determinó ponerse al frente de aquel ejército poderoso que ascendia á cincuenta y cinco mil hombres, llevando á su lado al mariscal Soult quien, con el título de su mayor general, ejercia la suprema autoridad militar sobre los generales sus colegas. Bien habrían querido algunos españoles entendidos y juiciosos no hacer resistencia á tanto poder en la extendida línea de Sierra-Morena, guarnecida por fuerzas incompetentes aun para cubrirla; pero el número de los que así opinaban era corto, reinando aun muy generalmente la opinion de ser aquella cordillera casi inexpugnable medianamente defendida; participando de este error el mismo gobierno si no todos cuantos le componian; no atreviéndose muchos á manifestar la opinion contraria aunque la tuviesen; y en suma tocándose en esta ocasion como en muchas anteriores los inconvenientes anejos á una guerra emprendida, sustentada y dirigida por la opinion popular, donde si hay entusiasmo hay á la par locura, y son si mas fáciles de remediar, mas difíciles de evitar los reveses. Resolvióse, pues, esperar lo que de sí diese la suerte, y aun para la necesaria traslacion del gobierno á la isla gaditana aguardar el momento en que fuese posible llevarla á efecto con menos alboroto. No tardó en llegar la ocasion; pero fué como bien se podia presumir tal, que el abandono de Sevilla puso la causa de la nacion á punto de perderse.

En efecto, el 20 de enero de 1810 los franceses, dueños de toda la Mancha, emprendieron su movimiento por forzar el paso de Sierra-Morena por varios puntos. El del puerto del Rey, defendido por el general español D. Pedro Agustin Giron, despues marqués de las Amarillas por herencia, y creado en sus últimos dias duque de Ahumada, fué tomado fácilmente por el general Dessoles, haciendo los defensores muy débil resistencia. El general Gazan entró por el puerto del Muradal sin encontrar casi oposicion, é internado ya en la sierra echó una de sus brigadas á que cayese por un costado sobre el angosto paso de Despeñaperros. Este lugar, tenido en tan alta estima por la opinion del vulgo, tampoco fué defendido ni con mediano vigor, pues viendo los españoles que le guarnecian venirles encima por el frente y por el mismo arrecife de Madrid el mariscal Mortier, y ya pasados los montes otras fuerzas ene-

migas huyeron, dejando en poder de sus contrarias quince cañones y un crecido número de prisioneros. El general Areizaga que aun conservaba el mando, perdido ya hasta el valor á fuerza del atolondramiento que en él producia verse una vez y otra tan fácilmente vencido, y no atinar con un modo de defenderse, si no con mejor éxito con mas gloria, huyó á buscar por abrigo la línea del Guadalquivir, en la cual tampoco era posible sostenerse. José con el mariscal Soult, allanada á muy poca costa la barrera por tan largos dias reputada formidable, viendo bajar sus tropas de los montes á derramarse por las espaciosas y ricas Andalucías, adelantó triunfante, y pisando el terreno de Bailen, teatro de la afrenta de sus compatriotas, y en que poco tiempo antes habia quedado al parecer roto su cetro, pasó á establecer su cuartel general en Andujar. Casi al mismo tiempo llegó allí el mariscal Victor que habia atravesado la cordillera por el Almaden, arrollando á las divisiones españolas de los generales Zerain y Copons que apenas le hicieron frente. Con mas vigor que otros se defendió el general Vigodet en los puntos de Venta Nueva y Venta Quemada contra el general Sebastiani, á quien tocaba pasar por aquellos puntos la sierra; pero obligado el español á ceder despues de una alentada resistencia, se vió de súbito abandonado por sus tropas que se entregaron á la mas desordenada fuga, dejándole casi solo. Hubo de recojerse este general á Jaen, donde encontró á Areizaga con Giron y Lacy, no mejor acompañados que él venia, siendo general el terror en los soldados al verse vencidos con tan poca dificultad en Sierra-Morena, y acudiendo como cuando mas al recurso de dispersarse, si bien no como otras veces para volver todos á sus filas, pues fueron muchos los que para siempre las abandonaron. De los generales vencedores, Sebastiani mas activo ó mas afortunado que sus compañeros, alcanzó á los que huian, y dando con algunas tropas mandadas por el general Castejon cerca de Arquillos las desbarató, haciendo prisionero al mismo general con un número crecido de oficiales y soldados; y corriéndose en seguida hácia su derecha se puso en comunicacion con el general Dessoles, mientras por su izquerda destacaba fuerzas á Ubeda y Baeza, con lo cual quedó toda la orilla derecha del Guadalquivir en poder de los franceses, y sin un solo soldado español salvo los prisioneros. Maniobrando los demás generales de José del mismo modo, y llegados todos á la orilla del gran rio de Andalucía le atravesaron por distintos puntos Sebastiani y Victor, entrando el primero en Jaen el 23 de enero, y en el mismo dia el segundo en Córdoba. A esta última ciudad pasó José muy en breve. Acordándose los cordobeses de que por haber recibido mal á Dupont habia sido su ciudad horrorosamente saqueada, se apresuraron á hacer buen acogimiento al vencedor y al que se titulaba rey de España, enviando diputaciones del ayuntamiento y de otros cuerpos á dar al monarca intruso el parabien por la victoria de sus armas, y á prestarle juramento de fidelidad y obediencia. Aceptó José pasmado y gozoso aquellos obsequios, é hizo su entrada solemne en Córdoba, pasando á la catedral, donde se cantó un *Te Deum* entre muestras de regocijo, si no espontáneas, menos violentas que las usadas en otras par-

tes de España con el odiado enemigo. Era general en aquella hora en Andalucía recibir bien á los invasores, como si con haber estos forzado el paso de Sierra-Morena ya fuesen señores de España, y estuviese bien amoldarse gustosos á la obediencia cuando ya la resistencia habia llegado á ser inútil. Detúvose José con su ejército en Córdoba para observar el corto ejército del duque de Alburquerque que estaba en Extremadura hácia su derecha, queriendo sin duda cortarle el paso á la orilla del mar para hacer así mas completa su victoria.

Alburquerque, cuya division no era de considerable fuerza, no bien se retiraron los ingleses de Badajoz, viéndose solo en Extremadura trató de mirar por su seguridad, pero no viéndose amenazado de próximo peligro se mantuvo sobre las orillas del Guadiana. Allí continuaba recibiendo de la junta órdenes contradictorias, hasta que noticioso de hallarse los franceses en Andalucía se resolvió á cubrir á Sevilla y protejer la retirada del gobierno, maniobrando para ello con igual habilidad que arrojo, y al cabo con acierto; y teniendo cuidado de enviar una corta parte de sus tropas á Badajoz para dejar medianamente guarnecida aquella plaza casi abandonada. No pudo, sin embargo, aunque lo intentó, juntar con sus tropas las reliquias de las divisiones de Zerain y Copons que, retirándose de Almaden por el confin de Andalucía y Extremadura, se fueron á buscar la costa en el Condado de Niebla. Pero aun falto de estas fuerzas y con las que tenia se arrojó Alburquerque á pasar á la orilla izquierda del Guadalquivir, pudiendo con esto y la retirada que despues hizo salvar en la isla de Cádiz la causa de la independencia española.

La junta central, recibida la noticia de haber pasado los enemigos á Sierra-Morena, y viendo la imposibilidad de detenerse mas en Sevilla, en cumplimiento de su resolucion anterior determinó emprender su viaje á la isla de Leon, y para hacerlo con seguridad y sin escándalo, disuelto el cuerpo todo para volverse á juntar llegado al lugar de su destino, sus diversos miembros salieron amparados por las tinieblas de la noche, unos bajando embarcados por el Guadalquivir, y otros tomando el camino de Jérez y los puertos por Utrera. Antes de la disolucion y partida de la junta en el 18 de enero, Calvo de Rozas, atrevido y vigilante, y nada suave con sus enemigos, habia denunciado tramas para turbar el público sosiego llegadas á su noticia, y propuesto para atajar el mal que sobrevenia providencias rigorosas y eficaces. Dictáronse algunas de estas, y entre ellas la de mandar á larga distancia á los presos Palafox y Montijo; pero tal órden dada tarde no fué cumplida, poniendo estorbo á que lo fuese la confusion reinante. Quedada Sevilla sin gobierno por ausencia de la central; los antes conjurados contra esta y todos los hombres revoltosos determinaron dar rienda á su ambicion ó locura á que ya no podia oponerse resistencia. Amotinóse el pueblo; culpó á los centrales de traidores; determinó crear gobierno nuevo; sacó de su encierro á Palafox y Montijo; renovó el clamor de guerra contra los franceses, mostrándose dispuesto á no consentirles la entrada en la ciudad si no por la fuerza de sus armas; y, teniendo á mano la junta de pro-

vincia de Sevilla, varios de cuyos vocales, aunque se estaban preparando para huir, no se habian puesto todavía en camino, otra vez revistió á aquel cuerpo de la autoridad y dignidad de gobierno supremo de España. Prestáronse á hacer papel en tan ridículas escenas algunos personajes respetables, cuales por ambicion, y cuales por miedo. D. Francisco Saavedra, antes de la junta sevillana, y despues ministro de Hacienda de la central, no tuvo reparo en aceptar la presidencia del nuevo cuerpo titulado gobernador de España, que le fué conferida por los amotinados. El general Eguia y el marqués de la Romana tambien se hicieron parte de aquel cuerpo fantástico, cuya vida podia durar tan poco, obedeciendo el primero á su odio contra un gobierno que le habia quitado el mando del ejército, y participando el segundo con escándalo y desvarío en procedimienos inícuos contra la junta en que él habia tenido asiento. Tambien el conde del Montijo y Palafox fueron agregados á la nueva junta sevillana. Compuesta esta en un momento de demencia lo estaba de todos los enemigos de la central, cuyo odio nacia de causas diversas, y contenia en sí por un lado á los partidarios del consejo y del sistema antiguo, y por otro á violentos amigos de las juntas y doctrinas revolucionarias; elementos entre sí incompatibles, y que lo eran mas por haber estado en pugna y quedarles de ello señales. Ni era de esperar que se sometiese España toda à una junta de provincia, cuando para obedecer á la central en sus primeros dias habia habido tantas dificultades. Pero no miraban tan lejos los alborotadores en quienes corria parejas con la perversidad la locura. Crearon asimismo una junta llamada militar, compuesta de los de esta profesion agregados por el motin á la de Sevilla, y, como era de esperar en tales momentos, en esta segunda junta residió la verdadera fuerza del gobierno durante el brevísimo y ajitado plazo que hubo entre su nacimiento y su muerte. El marqués de la Romana fué nombrado por esta nueva autoridad en que él mismo tenia tanto poder, general del ejército de la izquierda en lugar del duque del Parque, al cual se destinó á Cataluña; y á Blake, recien vuelto de este principado, donde habia tenido poca fortuna, se encargó del ejército del centro, suponiéndole existente, aunque de él quedaba solo el nombre. Digno fué de notarse que, no habiendo sido reconocida, como no podia serlo, la legitimidad de este que se tituló gobierno, cuyo orígen fué una sedicion escandalosa, y cuya existencia no llegó á durar una semana, los mandos que dió á la Romana y á Blake fueron conservados en los mismos, porque en medio de aquel desórden acudieron ellos á tomarlos, y no se vió razon ó medio para poner en su lugar otros generales.

La junta de Sevilla, cuya ceguedad apenas se concibe creyéndola verdadera, sin acertarse por otro lado de que podia servirle siendo aparente, empezó á hacer esfuerzos para excitar á los sevillanos á defender con vigor su ciudad contra los franceses. Para el intento tiró á excitar todo linage de pasiones, y acudió al clero á fin de que este con sus predicaciones infundiese en los ánimos entusiasmo patriótico á la par que relijioso, pero todo en balde, pues los clérigos mismos participaban del general desaliento, y ni podian enardecer á los demas estando ellos ti-

bios, ni querían comprometerse con los franceses previendo que los tendrian pronto por señores. Sevilla en su extendido recinto y con sus muros romanos era incapaz de defensa á no tener un ejército por guarnicion; sus naturales, aun concediendo que sea preocupacion tenerlos en demasiado poca estima, no igualan en teson á los aragoneses; las fuerzas que sobre ellos venian, excedian en gran manera á las empleadas por los franceses en el primer sitio de Zaragoza, y el entusiasmo de los primeros dias del levantamiento del pueblo español y de la guerra habia pasado como pasan semejantes arrebatadas pasiones, estando al revés en una de las horas de desmayo propias de contiendas dilatadas, y á la cual sucedió en la de España contra los franceses una época de ratificarse con teson en el propósito de la defensa; pero no de renovarse el ardor primitivo. Así los sevillanos andaban sediciosos y amenazadores pero no resueltos, y haciendo dificil el acto de la entrega de su ciudad no dejaban de hacer su defensa imposible. Bien lo veia el conde del Montijo, que, despues de haber revuelto aquella ciudad hasta ponerla en rebelion como por ceder á su natural propenso á inquietudes aun sin objeto, trató de mirar por su seguridad personal huyendo. Tomó, pues, por pretexto que iba á verse con el general Blake para concertar con él las operaciones de la guerra, y se escapó del peligro dejando sin una de sus principales cabezas á la sedicion triunfante. No manifestaron mas firmeza sus compañeros; ni podian, á no ser dementes. La plebe sevillana imitando á la madrileña en diciembre de 1808, trató de estorbar la salida de la ciudad á las pocas tropas y á algunos personajes de cuenta que iban á ponerse en salvo; pero estos últimos pudieron evadirse recatadamente, y los soldados rompiendo por entre una confusa turba que intentó atajarles el paso en el puente de Triana, la pusieron en huida sin causarle mas daño que el del miedo, y por la orilla derecha del Guadalquivir se encaminaron hácia el Condado de Niebla. Tal fué el fin de una rebelion de la peor clase imaginable, cuyos fautores y caudillos acreditaron igual falta de tino que de valor, con mengua de su entendimiento y descrédito de sus intenciones.

Los fugitivos, así los vocales de la junta como varios empleados y particulares que tomaron el camino de la isla Gaditana por Utrera y Jerez, no pudieron llegar á su destino sin correr graves peligros. Las poblaciones, aun las mas pequeñas, estaban amotinadas, y poseidas á la par de rabia y miedo, trataban de cebar sus pasiones en los que venian huyendo, acusándolos de haberlas vendido, y creyendo remediar los males de la patria y los suyos propios con quitar las vidas á los objetos de su estúpido aborrecimiento. La plebe jerezana, como la de toda ciudad populosa en casos tales, se distinguió por su ferocidad, si bien por fortuna contentándose con desahogar en alaridos y amenazas su cólera, no pasó á perpetrar asesinatos, aunque estuvo muy cerca de cometerlos. El venerable arzobispo de Laodicea, obispo coadyutor de Sevilla, presidente á la sazon de la junta central, y el marqués de Astorga, conde de Altamira, digno igualmente de respeto por su alta esfera, sus canas y su adhesion y servicios á la causa pública, escaparon como por milagro

de la furia de aquellos bárbaros, que estaba empeñada en saciarse en su sangre. Otras personas de menos nota se vieron amenazadas, y aun alguna hubo de caer en aquella confusion, ignorándose su suerte y nombre. Por fin, entre peligros y trabajos llegó la junta central á reunirse en la isla de Leon, donde se ocupó en traspasar á otras manos la autoridad que en las suyas estaba difunta. Pero mientras llevaba á efecto esta resolucion importante, alrededor de ella pasaban sucesos de que será bien dar antes noticia.

Los franceses sabedores de los sucesos de Sevilla se adelantaron á sofocar una sedicion que no les daba cuidado, y á arrojarse sobre la isla Gaditana y ocuparla, ignorando en parte cuán fuerte era por naturaleza, y lisonjeándose no sin razon de que la encontrarían mal defendida, por no haber en ella tropas suficientes para cubrir los puestos que necesitaban ser guarnecidos. Ni ellos ni el mismo gobierno español habian contado con la division del duque de Alburquerque, suponiendo que se retiraría de Extremadura á buscar la orilla del mar en el Condado de Niebla. Pero el duque, como poco antes vá dicho en esta historia, con singular acierto y valor se habia puesto en el camino real de Madrid á Cádiz, llegando á la ciudad de Carmona. Allí se encontraron sus guerrillas con las avanzadas francesas, con las cuales se tirotearon algun tiempo; pero siendo el objeto del general español retirarse sobre Cádiz y guarnecerla con la isla de Leon, retrocedió ante sus enemigos logrando la ventaja de no ser alcanzado. Así fué hácia Jerez, donde reunió sus tropas. Adelantaron las francesas, cuyo principal empeño era á la sazon apoderarse de Sevilla, dando importancia á aquella ciudad abierta por haber sido durante mas de un año residencia del gobierno contrario al del rey intruso, y porque allí tuvo su orígen el poder que triunfando en Bailen habia dado tanta importancia al levantamiento de los españales. Púsose Victor delante de los muros de la capital de Andalucía en los últimos dias de enero, y la encontró casi sin gobierno habiendo huido los que en el último alboroto se enseñorearon del mando. Estaba sin embargo Sevilla con apariencias de querer defenderse, y así el 31 de enero se preparó el mariscal francés á combatirla y entrarla á viva fuerza, cuando salieron de la poblacion parlamentarios ofreciéndose á entregarla, pero poniendo por condicion que en algo se la distinguiese de las demas capitales de provincia de Espana, y que el gobierno de José hubiese de convocar las córtes de la monarquía. A esta última singular pretension respondió el general de José con una negativa, pero, en nombre del titulado rey de las Españas y de las Indias y con autorizacion suya competente, declaró que protegería contra toda violencia al vecindario y á las tropas que dentro estuviesen, comprometiéndose además á que no se perseguiría á persona alguna por haberse declarado contra los franceses en defensa de la causa de su patria, y á que no se impondria contribucion extraordinaria de guerra. Aceptáronse estas condiciones, no habiendo medios de no acceder á ellas ni aun á otras mas duras, y á consecuencia hicieron los invasores su entrada en la capital de las Andalucías en el dia 1.º de febrero. Huyeron hácia el Condado de Nie-

bla las personas que se creian comprometidas, no obstante las promesas de perdon y olvido hechas por el conquistador, y yendo hácia el mismo punto una corta division de tropas mandada por el vizconde de Gaute, hicieron estos fugitivos alto en Ayamonte, donde la junta de Sevilla se estableció, componiéndose de algunos de sus vocales antiguos, no ya con pretensiones de soberana, sino como autoridad dependiente de la del supremo gobierno, y con mando como de junta de provincia sobre los pueblos de la suya libres del yugo francés, sin que por su usurpacion de pocos dias se le hiciese cargo grave ó leve.

Encontraron los franceses en Sevilla recursos considerables, no habiendo permitido la precipitacion con que de allí hubo de escapar el gobierno español, ni los desórdenes qué siguieron, la traslacion á punto seguro de varios objetos de que podia aprovecharse el enemigo. Así cayeron en poder de este con la magnífica fundicion de artillería numerosos cañones de bronce, obuses, morteros y además grande cantidad de fusiles, muchos de ellos ingleses, tabaco de las reales fábricas, y azogues. Encontraron asimismo de parte de la poblacion un recibimiento casi cariñoso. Cundió como mal pegadizo por Andalucía la costumbre de tratar á los conquistadores con agasajo. La gente de clase elevada y fino trato gustaba de la presencia y modales de sus nuevos huéspedes; los literatos se declaraban parciales y defensores de las ideas ilustradas del gobierno de José; una parte del clero se sometia á la usurpacion con gusto, y otra porcion mas crecida, aunque á su pesar, sufria sumisa; y la plebe misma, si mas leal á la causa de la nacion, no mostraba á los dominadores odio apasionado. Por lo mismo que tanto horror tenian los andaluces á los franceses, viéndolos otros que su preocupacion se los figuraba caian en el contrario extremo de apreciarlos aun siendo enemigos de su patria, y los sevillanos, poco antes de la ocupacion de su ciudad temerosos de experimentar duros rigores por haber sido residencia del principal poder rebelde á José, se maravillaban de la bondad con que eran tratados, y procuraban merecerla en parte por gratitud y en parte por miedo. El mariscal Victor, no teniendo por qué detenerse en su fácil conquista, mientras José le seguia á hacer su entrada en Sevilla, se encaminó con diligencia á Cádiz, pero solo para hacer el bloqueo de la isla que forma esta ciudad con la isla de Leon, pues el refugio y baluarte de la independencia española, despues de haber estado en peligro de caer arrastrando consigo á toda España, se hallaba ya seguro.

Mientras el mariscal Victor sin resistencia se enseñoreaba de la provincia de Sevilla, lo demas del ejército francés de Andalucía daba pasos para asegurarse sus conquistas ó dilatarlas. Formóse en Córdoba una crecida reserva al mando del general de division Dessoles. El quinto cuerpo que obedecia al mariscal Mortier, despues de seguir á Victor á Sevilla, dejando en esta ciudad una brigada para guarnecerla, pasó á la vecina provincia de Extremadura entrando en ella por su parte meridional, mientras por la septentrional y siguiendo las márgenes del Tajo la invadia el segundo cuerpo antes del mariscal Soult y ya del general de division Reynier. A la izquierda de todas estas fuerzas Sebastiani con su

cuarto cuerpo se veia mas favorecido por la fortuna y abusaba de sus favores. Siguiendo este general al fugitivo ejército del centro, y alcanzando alguna vez á sus desordenadas reliquias aniquilaba fácilmente aquella fuerza incapaz de resistencia. Así cerca de Alcalá la Real la caballería de Freire acometida por los vencedores, en parte se le entregó prisionera, y en otra parte mayor huyó desparramándose por todos lados en su vergonzoso terror. Así cayó en Isnallar en poder de los franceses un parque de artillería tarde retirado de Andujar, donde se hallaba de servicio para el ejército español de Sierra-Morena. Al tiempo mismo que el general francés con sus colegas forzaba el paso de estos montes, Blake en virtud del nombramiento que en él hizo de general del ejército del centro la junta de Sevilla en los breves dias de su rebelion, habia ido á ponerse al frente de aquella fuerza, sin que hiciese oposicion á reconocerle por su sucesor Areizaga, no reparando en si era ó no legítima la autoridad que pasaba á otras manos el mando de un ejército imaginario. En efecto, Blake encontró al lado de su despavorido antecesor solo algunos oficiales y soldados sueltos de diferentes cuerpos rendidos de cansancio y caidos de ánimo, y un batallon de guardias españolas fiel al honor del nombre de su cuerpo y entero en aquella ruina. Con no poco mérito Blake cargó en el lugar pequeño de *Diezma* con la responsabilidad aneja á su nuevo destino, y llevó aquella pobre gente á Huescar, poblacion del reino de Granada ya en los confines de Murcia, donde alejado del teatro de la guerra y por la misma cortedad y mala clase de sus tropas desatendido, pudo ir formando de nuevo un ejército pequeño, que ya en los dias primeros de febrero constaba de cinco mil hombres de todas armas.

Sebastiani, no haciendo caso de tan pobre contrario, fué á ocupar la ciudad de Granada abierta y sin defensa, y cuya posesion, considerándola militarmente, nada valia, pero que en una guerra política tenia el valor de una capital mas de provincia sujeta al nuevo gobierno. No pensaron en resistir los granadinos, ó si algunos manifestaron intencion de hacerlo, fueron disuadidos de ello hasta por el clero; y, resuelta la entrega, salió una diputacion á recibir al general vencedor á alguna distancia, y á darle la bienvenida con la seguridad de que podia entrar en la ciudad sin condiciones. Hízolo así Sebastiani, no encontrando mas que sumision y aun agrado, y hasta el regimiento suizo de Reding al servicio de España que se habia distinguido en Bailén, se pasó á las banderas francesas ó á las de José Napoleon como rey de España. A pesar de esto, el conquistador se portó con altanería y dureza, tratando mal á las autoridades españolas y echando al pueblo una gravísima contribucion extraordinaria de guerra, con lo cual dió principio á la época de su mando en aquel distrito, donde siguió señalándose por un despotismo fastuoso y un espíritu de rapiña poco honroso á su carácter.

En esto una revuelta loca vino á llamar su atencion y á darle motivo de saciar su sed de sangre y oro. Málaga al saber la entrada de los franceses en Andalucía, se habia alterado como otras poblaciones vacilan-

do sus habitantes entre el miedo y la rabia, ó, como suele suceder, dominados á la par por la segunda y el primero. Habria cesado la inquietud parando en sumision como en las demas poblaciones grandes de Andalucía, si algunos hombres inquietos y traviesos no hubiesen aprovechado la ocasion para alzar una bandera, creyendo en el ignorante furor de su patriotismo servir á su patria, y no dejando de conocer que servian por el pronto á su propio encumbramiento. Vivia allí un coronel retirado llamado D. Vicente Abello, hombre hasta entonces nada conocido, y en quien dominaban las pasiones de los primeros dias del alzamiento del pueblo español; odio á los franceses, fé viva en el poder de los españoles, y persuasion de que solo vendiéndolos los traidores podian estos últimos ser vencidos. Instigábale además una ambicion viva, no conociendo por sus cortos alcances que al querer satisfacerla en ocasion inoportuna iba á acarrear á la causa pública grave daño y á sí mismo corto provecho. Agregáronsele otros hombres revoltosos, como él ciegos en punto á la situacion de las cosas, como él resueltos á hacer fortuna. Sublevaron, pues, al pueblo malagueño contra el gobierno español y contra los franceses, declarando haber sido España vendida por el primero, y que el entusiasmo popular fácilmente podria alcanzar victoria sobre los segundos. Siguióse al alboroto cometerse los excesos consiguientes á sediciones semejantes. Hízose Abello general, repartió cargos y dignidades militares y civiles á sus allegados; echóse sobre los escasos fondos públicos; no respetó los de los particulares sacando en Velez Málaga hasta un millon de reales al duque de Osuna; prendió á todos cuantos sugetos tenian antes mando, poder ó consideracion, y entre ellos al viejo general Cuesta, residente á la sazon en aquella ciudad y no empleado; soltó la rienda á la plebe y aun la azuzó á desmandarse; y con todo esto juntó numerosas turbas, disponiéndose á ir con ellas mal armadas y sin órden ni disciplina á vencer á los franceses aguerridos y á la sazon victoriosos. Sabedor Sebastiani de esta inesperada resistencia que se le prevenia, salió de Granada y fué sobre los malagueños. Encontróse con unas partidas de campesinos y soldados nuevos de Abello que intentaron defender el paso de «la boca del asno» creyendo inexpugnables las angosturas de las sierras y con facilidad las desalojó de su puesto y puso en huida. Mas adelante y en tierra mas llana se le presentaron las numerosas cuadrillas de los sublevados á darle batalla; pero, como era de esperar, á la primer acometida se desordenaron acogiéndose á la fuga y, entrándose en Málaga, empezaron á saquear la poblacion, parando en sus desmanes por haberlos seguido de cerca y ocupar pronto la ciudad los franceses. Sebastiani usó con el mas bárbaro é injusto rigor del derecho de conquista, haciéndose dueño de los fondos públicos como igualmente para sí los de particulares que halló á la mano, apropiándose los frutos de la violencia de los sediciosos. Impuso ademas á Málaga una contribucion de sobre diez y seis millones de reales. Por último, aunque no pudo hacerse dueño de la persona de Abello que huyó á Cádiz, cogiendo á algunos de los cómplices principales del caudillo de la sublevacion, los mandó juzgar y condenar á muerte por un consejo de oficiales franceses, llevando á eje-

cucion la sentencia, como si tuviese sobre aquellos hombres jurisdiccion sobre todo por hechos anteriores á ocupar sus tropas el territorio donde fueron cometidos. Así la soberbia francesa no respetaba la independencia de la nacion española, y menos cuando creyendo ya á España sujeta estimaba rebelion la pertinacia en resistirle. Pero la sujecion de la Península, creida por los franceses lograda, distaba mucho de estarlo, gracias á los sucesos que pasaron por aquellos dias en la isla Gaditana, los cuales dieron nueva faz á la política y á la guerra.

CAPITULO QUINTO.

DE LA DEFENSA DE LA ISLA GADITANA Y GOBIERNO DE ESPAÑA DESDE AQUEL PUNTO POR EL PRIMER CONSEJO DE REGENCIA.

Llegada á la ciudad de Cádiz y á la isla de Leon la noticia de irse aproximando los franceses, no dejó de causar inquietud, hallándose en mal estado de defensa, con guarnicion escasa para el dilatado espacio de sus líneas; pero no por tenerse fundado temor se abrigó la idea de poner aquellos lugares en poder de los franceses. Cuando con las nuevas de los triunfos de estos llegaron las del alboroto de Sevilla, ignorándose qué habia sido de la junta central desaparecida durante su viaje, creció la incertidumbre en los gaditanos. Llenos de ansia los ánimos, pero dominante el propósito de no entregarse; deseándose un gobierno y no encontrando á cual obedecer; y coincidiendo con esto ambiciones de pueblo, cuando cobrando el de Cádiz tanta importancia por los sucesos no se estimaba menos digno de gobernarse á sí propio que otros de la Península, el síndico del ayuntamiento D. Tomás Isturiz, de una casa antigua y distinguida de comercio, hombre de talento, instruido y de condicion entera y firme, no sin mezcla de arrojada, propuso la formacion de una junta á fin de que atendiese á la comun defensa y á todas las necesidades. Fué aprobada su propuesta, y, procediéndose con arreglo á ella, se pasó á componer la junta con bastante regularidad, por eleccion; dando cada varon cabeza de familia al comisario de su barrio una papeleta cerrada, donde iban escritos los nombres de tres individuos; formándose de los sugetos en estas papeletas nombrados una lista; eligiendo de ella el mismo ayuntamiento cincuenta y cuatro personas para últimos electores, y votando estos á los que habian de componer la junta en número de diez y ocho vocales. Creado así el nuevo cuerpo, se dispuso asimismo que se renovase por tercio cada cuatro meses. Estableciόse esta autoridad el 29 de enero entre universal aplauso de los gaditanos que la miraban como gobierno supremo de su ciudad y distrito, convertidos á la sazon en potencia independiente, sin saberse si duraría mucho tiempo estado semejante. En la junta de Cádiz asomó desde luego un odio ciego á la central, siendo hija de las preocupaciones de aquella hora, y no obstante haber en ella hombres

que despues se adhirieron con furia al sistema del antiguo despotismo, en lo general representó la causa de las reformas, bien que tambien la de no pocas de las vulgaridades de la primera época del alzamiento.

Preparábase en tanto la defensa no solo de la ciudad de Cádiz, fuerte por la parte de tierra y la de una cortadura abierta en el arrecife que vá á la isla de Leon en tiempo del gobierno del general Morla en 1808 y todavía poco adelantada, sino la de las líneas del puente de Suazo, por donde un brazo de mar, sobre el cual está hecha la antigua obra de este puente, separa del continente español aunque á distancia cortísima la isla, que, desde los dias de que se vá ahora hablando, lleva el nombre de Gaditana. Acudia á trabajar en las fortificaciones antiguas y nuevas todo el vecindario sin distincion de personas, reparando aquellas, levantando estas, y derribando el lindo caserío de la puerta de Tierra para dejar despejado el terreno que habian de barrer los fuegos de la artillería de la plaza. Una fausta noticia vino á dar esperanza de que aquellos trabajos serían mas útiles por venirles lo que les faltaba que era una guarnicion suficiente. Cuando se creia que no habia quedado un regimiento español entre Sevilla y Cádiz, y á la division de Alburquerque ó vencida ó retirada á Extremadura, llegó un ayudante del duque anunciando que estaba allí cerca y sin obstáculo que le impidiese entrar seguido de unos nueve ó diez mil hombres. Tras este suceso vino otro no tan agradable al vecindario de Cádiz ó á su junta, pero provechoso á la nacion entera y por consiguiente aun á los mismos que siendo parte de toda España le miraron con inconsiderado disgusto. Atendiéndose á otros negocios, á tal punto se habia olvidado al cuerpo gobierno supremo de la monarquía por mas de un año, que los dispersos miembros vinieron á juntarse en la isla de Leon con arreglo al decreto público y solemne dado para el intento, sin siquiera hacerse alto en su llegada, reunion y primero y único acto. Fué este el traspaso de la potestad suprema á un consejo que titularon de regencia, componiéndole de cinco individuos,. en el que depositaron el poder ejecutivo en toda su plenitud, accion para la cual si no estaba la junta central competentemente autorizada, tenia mas legítimos poderes que cualesquiera otros cuerpos, habiendo sido formada por representacion de las provincias, y regido la nacion con universal consentimiento y obediencia, sin que por otro lado fuese fácil crear por vias legales en la hora de su disolucion un gobierno que la heredase. Con mas atrevimiento que derecho pasaron los centrales á dictar varias reglas de conducta al gobierno su sucesor, poniéndole por precepto, entre otras cosas, que juntase inmediatamente las cortes, á lo cual obligaban decretos dados hasta por el mismo rey desde Bayona, y la voz del pueblo y de individuos y cuerpos de distintas opiniones solo unánimes en desearlas y exigirlas; y que propusiese á la representacion de los pueblos, no bien estuviese congregada, una ley asegurando y protegiendo la libertad de la imprenta, á la que se mandaba á la regencia proteger y afianzar aun antes de estar reconocida por ley hecha en córtes, por ser uno de los mejores medios de difundir la ilustracion y de amparar en el goce de la libertad políti-

ca y civil á los ciudadanos. No contentándose los de la central con hacer estas mandas forzosas, expidieron, antes de fallecer su autoridad, nuevo decreto para la celebracion de la córtes, componiéndolas de los tres brazos eclesiástico, militar ó noble, y civil ó de las ciudades, pero no en tres diversos estamentos, sino en dos cuerpos á remedo del parlamento inglés, llamando de dignidades al primero, y popular al segundo. Atendíase tambien en este decreto á un punto de la mayor importancia en aquella hora, que era cómo habian de tener diputados en las próximas córtes las provincias ocupadas por el enemigo tan completamente que fuese imposible hacer en ellas las elecciones. Este decreto poco agradable á los reformadores, cuyo empeño era tener las córtes juntas en un solo cuerpo á semejanza de la asamblea constituyente de Francia, no fué mas acepto al consejo de rejencia, el cual no quería córtes de forma alguna. Por la ocultacion de este decreto se hizo un cargo injusto, andando el tiempo, á D. Manuel José Quintana, suponiendo que, como cabeza de la secta amiga del gobierno popular, habia quitado de enmedio un documento, por el cual quedaba resuelta la cuestion pendiente sobre si habrian de componerse las córtes de dos cuerpos ó de uno solo. Daba verosimilitud á este cargo sobre ser Quintana quien recogió muchos de los papeles de la junta central por haber sido oficial mayor de su secretaría notarse su influjo en los últimos actos de aquel gobierno, señaladamente en la intempestiva recomendacion de la libertad de la imprenta. Pero no fué suya la culpa de una ocultacion que bien pudo ser pérdida casual, y en que por otro lado hubieron de tener empeño personas mas poderosas.

Dadas por la junta central estas importantes disposiciones, le quedaba que hacer el nombramiento de los que habian de componer la nueva rejencia. Procedióse á ello inmediatamente, y recayó la eleccion en los señores D. Pedro de Quevedo y Quintana obispo de Orense, de cuyas prendas, faltas y singularidades va ya dicho algo en esta historia; Don Francisco Saavedra, cabeza de la última rebelion sevillana, y que sucesivamente en muchos altos puestos no habia justificado el alto concepto de que algun dia disfrutó; el general D. Francisco Javier Castaños, que para gobernar pecaba por ser demasiado complaciente; el general de marina D. Antonio Escaño, ministro de su ramo bajo la central, buen oficial pero no de gran talento ni de conocimientos fuera de su profesion, y D. Esteban Fernandez de Leon, á quien se nombró en representacion de la España ultramarina, personaje de mediana nota y no muy conocido. Este último nombramiento fué revocado, juzgándose oportuno que fuese natural de las provincias de Ultramar el personaje revestido de su representacion en el gobierno, y por eso en lugar de Fernandez de Leon, español de nacimiento, fué puesto D. Miguel de Lardizabal y Uribe, hijo de Nueva España, hombre de alguna instruccion, bien que no vasta ni selecta, de regular talento, poco acompañado de juicio, travieso en su juventud, y en su edad madura dado á trocar por travesuras de otra clase las de sus primeros años; artero y vengativo. Los nombres de los nuevos regentes eran tales que no podian causar dis-

gusto, contándose entre ellos personajes que se habian distinguido altamente en sus respectivas carreras y adquirido en la revolucion española elevada fama; pero no excitaron universal aprobacion no habiendo en aquellos dias persona alguna que fuese del todo acepta á la opinion popular de resultas de las desdichas ocurridas descontentadiza en grado sumo.

A la junta de Cádiz cogió de sorpresa el nacimiento del consejo de regencia. Repugnábale ver á su lado una autoridad superior á la suya, y por otra parte mal podia pretender que siguiese España sin gobierno ó que un cuerpo elegido por el vecindario de Cádiz rigiese á la nacion entera. Así, hubo de resignarse á reconocer á la recien creada autoridad, reservándose el censurar la legitimidad de su orígen; el crearle embarazos aprovechando el favor que disfrutaba en un pueblo todo á su devocion, y alguna vez el hacerle resistencia. Uno de sus primeros pasos fué ensañarse contra los caidos diputados de la central, de cuyos mayores delitos habia sido uno la creacion de la nueva regencia. Propuso, pues, á esta la junta gaditana que tratase á los miembros del disuelto cuerpo que habia gobernado á la nacion española como á delincuentes, ó cuando menos como á personas sospechosas, mandándolos retirarse á sus respectivas provincias, prohibiéndoles pasar á alguna de las posesiones ultramarinas de España, poniéndoles donde quiera que residiesen bajo la vigilancia de los capitanes generales, y encargando que no se consintiese á muchos de ellos residir en una misma provincia; á todo lo cual se agregaban insinuaciones sobre la conveniencia de formarles causa, y aun de registrarlos suponiéndolos detentores de caudales de los que habian manejado. Era además de inícuo desvariado y grosero este modo de pensar y de proceder, que echaba sin el menor fundamento un borron sobre el nombre de personas dignísimas, y ni siquiera á un Jovellanos respetaba.

El consejo de regencia, aunque desde luego miró á la junta de Cádiz como un poder rival, temible y odioso, no acogió con disgusto acusaciones contra el gobierno su predecesor y padre. Influia sobre manera en aquel cuerpo nuevo el consejo de Castilla, cuyo ódio á la junta central, á proporcion que cada dia habia sido mas infundado é inícuo, se habia ido exacerbando. Así un tribunal por su interés y doctrinas forzosamente contrario de la junta de Cádiz con ella contribuia á un acto de estúpida injusticia. Procedióse, pues, contra los que habian sido de la central, encarcelando á algunos como el conde de Tilli y Calvo de Rozas, molestando así como insultando á todos, registrando con indecencia acompañada de grosera ignorancia los equipages de los que por mar se iban de Cádiz á otros puntos voluntariamente, ú obedeciendo á la órden de sus perseguidores; buscándose los caudales públicos en sus baules como se busca dinero en el hatillo de criado pobre y despedido, ó joya perdida en persona sospechosa.

El consejo Real no se contentó con intervenir en la persecucion que acaba de referirse instigando á ella, sino que renovando sus cargos contra la junta central en un documento nuevo y solemne, les agregó acusaciones contra las juntas de provincia é impugnaciones de las máximas de gobierno sucesivas

desde 1808, y sustentadas en escritos y obras, tratando de persuadir á volver al sistema de gobierno de la monarquía española tal cual era en los dias de Carlos IV ó en época mas atrasada. El documento á que ahora se hace aquí referencia tenia la acostumbrada forma de consulta, siendo su fecha del 2 de febrero, y en tono de sermon, despues de declamar contra la propagacion de principios sediciosos, subversivos, y propios para lisonjear al sencillo pueblo, achacando á esta circunstancia los reveses padecidos en la guerra; aconséjaba á la regencia y al pueblo la veneracion á las antiguas leyes, loables usos y santas costumbres de la monarquía, encargando que se usase de rigor contra los novadores, y no diciendo cosa alguna, con increible descaro en su silencio, de la convocacion de las cortes, siendo así que las habia pedido mas de una vez cuando le cumplia solicitar la convocacion como pretexto, al paso que ahora, mirando por su verdadero interés, se oponia al nacimiento de una autoridad popular que por fuerza habria de aniquilarle, ó de reducirle á la clase de tribunal meramente. No desagradaba al consejo de regencia una doctrina en cierto modo favorable á su autoridad, siéndolo al ejercicio de la ilimitada potestad real que él representaba, y por esto se sometió á la tutela en que quería ponerle el consejo; tutela al cabo fácil de sufrir, porque solo se dejaba sentir de cuando en cuando y en pequeñeces. Resultó de todo ello que la regencia se manifestase del partido contrario á las reformas, á diferencia de la central que se habia inclinado ya á las unas, ya á las otras opiniones. Cuéntase que el mismo consejo de regencia, habiendo jurado en manos de la junta central que convocaría las cortes, y teniendo escrúpulos de quebrantar este juramento ó de cumplirle, solicitó ser libre de esta obligacion, y que el consejo Real usando de una potestad propia de la autoridad eclesiástica, pero fundándose en ser el juramento contrario á leyes de que él se decia custodio y sustentàculo, dió como una absolucion relevando al gobierno del deber de atenerse á la promesa jurada.

Otros cuidados ocupaban á las diversas autoridades establecidas en Cádiz y la isla de Leon ó que allí habian venido à buscar asilo. No bien habian nacido la junta de Cádiz y el consejo de regencia, cuando aparecieron enfrente del lugar en que residian vencedores ejércitos franceses, cuyas fuerzas primeras se divisaron el 5 de febrero de 1810, bajando por el cerro de Buena Vista à ocupar la ciudad del Puerto de Santa María. Siguióse hacer la intimacion de estilo á Cádiz como à plaza de guerra, y sin cuidarse de si era ó no residencia de un gobierno. El gobernador militar de Cádiz, que era el general D. Francisco Javier Venegas, no desempeñaba ya su encargo, sino en calidad de presidente de la junta que habia tenido la cortesía de ponerle à su frente, no dudando de su lealtad y firmeza. La respuesta á la intimacion de los franceses fué dada por la junta gaditana sin consultar al consejo de regencia que se estaba estableciendo en la isla de Leon, y fué con razon aprobada por su dignidad, sencillez y laconismo que la hacen digna de particular mencion en la historia. Decia, pues, como sigue. «La ciudad de Cádiz, fiel á los principios »que ha jurado, no reconoce otro soberano que al Sr. D. Fernando VII.»

Los sucesos posteriores salvando el trono del rey, á quien así se ratificaba el juramento de fidelidad cuando parecia nécia pertinacia no desmentirle, aumentaron à estas nobles y sencillas palabras la importancia que de suyo tenian y aun habrian conservado, si hubiese tomado otra vuelta la fortuna. Hecha esta manifestacion se procedió conforme á ella. Las líneas que á la orilla del brazo de mar, por el cual está separada la isla Gaditana del continente, se extienden desde la embocadura del llamado rio de Sancti Petri en el Atlántico hasta su otra boca, enfrente del arsenal de la Carraca, provistas de numerosas y bien artilladas baterías habian recibido con la entrada de la division de Alburquerque fuerzas competentes para defenderlas. Protejíanlas por su frente pantanosas salinas cuyo terreno era imposible pisar sin hundirse completamente en los cenagales, salvo por estrechísimas veredas conocidas solo de los salineros, y únicamente quedaba paso firme por el arrecife, barrido por fuegos de flanco y frente, y rasantes. El arsenal de la Carraca, aunque situado fuera de la isla, estando rodeado de caños y pantanos de la misma especie, quedaba tambien defendido, y solo era posible llegarse á él por la espalda. Sin embargo, para la mejor defensa de la isla Gaditana era necesario adelantar la línea formando la segunda y avanzada en el arrecife que vá á Puerto Real, en punto en que se acerca y casi toca al camino el caño llamado de Zarraque, al paso que por otros lados continúan cubriendo el puesto y haciendo intransitable el terreno los numerosos cenagales de las salinas. A pocos dias de haberse puesto los franceses sobre la isla de Leon, ocupando á Chiclana y Puerto Real y llegando á veces hasta el puente de Suazo, hizo una salida el duque de Alburquerque con número considerable de tropas, y protegido por lanchas cañoneras que á su costado navegaban, y haciéndose dueño del puesto á que acaba de hacerse referencia, llamado del portazgo por estar allí úna casilla destinada á cobrarle á los traginantes, en aquel lugar dispuso formar una batería, que por treinta meses sirvió de límite al poder del imperio francés, dominante en casi toda España, y dilatado desde el Báltico hasta las costas de Andalucía.

Quedó formada en la isla que comprende la ciudad de Cádiz y la de la isla de Leon, hoy San Fernando, una á modo de compendiada nacion española. Cinco mil ingleses acudieron á aumentar la guarnicion, y á las tropas españolas traidas por Alburquerque se agregaron pronto algunas mas venidas por mar del Condado de Niebla y de otros puntos, reliquias de los deshechos ejércitos que habian guerreado en el Mediodia de España. Poblaban la bahía una escuadra inglesa mandada al principio por el vice almirante Purvis y despues sucesivamente por varios generales de la marina británica, y varios navíos españoles al mando del teniente general de la armada D. Ignacio de Alava; y defendian la misma bahía y los numerosos caños de la línea lanchas cañoneras inglesas y españolas en cantidad considerable. Ceñida así la isla Gaditana por el mar, ya ancho, ya cortado en pequeñas corrientes, y à modo de la Gran Bretaña protegida por murallas de madera, salvo en un punto donde las batería de tierra con los fuegos de mar por los costados la hacian inexpugnabls

á quien no pudiese disponer de fuerzas marítimas, quedó, considerada militarmente, en un estado de seguridad completa. Desde aquel lugar era obedecido mas ó menos el gobierno, y reconocido, aun por los que le prestaban poco perfecta obediencia, como la legítima autoridad suprema de la monarquía. En el mismo á un tiempo reducido Estado y plaza sitiada habia una corte, si no como la de los reyes, su remedo fiel hasta cierto punto. Apiñábase dentro de aquellos límites una poblacion excesiva de todas las provincias de España, y que comprendia gran parte de los personajes principales del reino por su nacimiento, riqueza ó empleos, y los tribunales y los ministerios con sus dependencias, y entre estos objetos así hacinados habia los partidos, las ambiciones, las pretensiones, las competencias, los desabrimientos, las marañas cortesanas, las artes tribunicias, los diversos modos de contender por el mando y los puestos superiores porque se distingue la residencia de los gobiernos de grandes Estados. Habia mas, pues en virtud de las circunstancias, dos cuerpos se disputaban la suprema potestad: el consejo de regencia con derecho á gobernar la nacion; la junta de Cádiz, dueña del afecto del pueblo, por el cual habia sido creada, y donde vivia; aquel reconocido superior pero mal obedecido: estotra no aspirando á la supremacía de nombre, pero resuelta á tenerla de hecho, y, si no tanto, la facultad de desobedecer y de vindicar en sus opiniones al cuerpo en que estaba depositada la autoridad del rey de España. No era de las mayores dificultades en tal situacion encontrar medios de proveer á los gastos necesarios para las grandes obras de fortificacion en que se trabajaba, para el número crecido de toda clase de pertrechos de que habia absoluta necesidad, y para la manutencion de un ejército y del gremio de empleados que tenia consigo el gobierno, y al cual daban aumento los fugitivos, cuyos destinos estaban en puntos ocupados por los franceses. Los recursos que venian de América, los auxilios escasos ó anticipos con que socorria á España el gobierno inglés, y contribuciones y préstamos hechos á los propietarios y comercio de Cádiz eran los medios de hacer frente á tales y tantas necesidades. La junta de Cádiz propuso á la regencia que se encargaría del manejo de la hacienda pública, encargo que podia desempeñar con mas acierto que otro cuerpo ó empleado alguno. Conociéndolo la regencia accedió á la propuesta, acaso no de buena gana, porque lo llevaban á mal los empleados, cuyo influjo en el gobierno era poderoso, y asímismo por preverse que al servicio iría agregado cobrar la junta gaditana excesivo poder, y usarle entrometiéndose en todos los negocios. En efecto, puestos los caudales públicos á disposicion de la junta, compuesta casi toda de comerciantes, se notó habilidad y acierto en su manejo, y hasta la generosidad porque solia distinguirse el comercio gaditano. Por otro lado no dejaron de presentarse los inconvenientes que se habian temido. La junta, llena de preocupaciones, si, en cierta parte y por pedirlo así su interés, favorable á las doctrinas reformadoras, y su representante por lo mismo que lo era el gobierno su rival de las ideas opuestas, contraria en otra parte á los principios ilustrados y generosos, empleaba los aumentos de su poder, nacidos de ser

dueña del dinero, en suscitar todo linage de embarazos. Así, habiéndose quejado, quizá con alguna imprudencia é injusticia, el duque de Alburquerque de algunas faltas en la asistencia á sus tropas, la junta respondió al general, á quien sus altos servicios debian merecer el perdon de sus defectos, con la mas destemplada grosería, como satisfaciendo el ansia de insultar á los grandes propia de los pequeños, los cuales cuando encuentran una ocasion de satisfacer este mal deseo no dejan de aprovecharla. Quedó ofendido, y justamente, el pundonor del general; dividió los ánimos la disputa; declaráronse los gaditanos por su junta, en la cual aprobaban sobre todo el vituperable exceso de su insolencia; estuvieron por Alburquerque los empleados y los forasteros de nota refugiados en Cádiz, así como un número crecido de gente imparcial y juiciosa; y el gobierno, inclinado á sostener al duque, no se atrevió á hacerlo y hubo de ceder, siguiéndose renunciar el mando del ejército el salvador de la isla Gaditana, y pasar de embajador extraordinario á Lóndres. Triunfante la junta compensó esta su falta, y otras iguales ó mayores, con extraordinarios servicios, cubriendo bastante bien todas las atenciones públicas, y tanto cuanto lo consentian los cortos medios que tenia á su alcance.

De este modo el sitio de la isla Gaditana quedó reducido á un mero bloqueo por tierra, que á los bloqueados, dueños de la mar, apenas causaba molestias sensibles. Recien llegados los franceses subieron de precio en Cádiz y la isla de Leon los víveres; pero, abolidos los derechos de entrada, acudieron de Galicia libre, de los puntos de la costa cercanos, de otros distantes, y aun de tierras extrañas cargamentos de todo lo necesario, con lo cual vino á la crecida poblacion allí encerrada la abundancia, y aun hasta cierto grado la baratura. Sin gran cuidado, pues, quedó al gobierno en punto á su residencia, y pudo atender á los negocios de lo demás de España, cuya suerte distaba infinito de ser lisonjera en aquellos momentos.

Las Andalucías casi todas obedecian á los franceses, y, lo que daba mas pena y podia inspirar sério temor, obedecian en los primeros momentos con la apariencia de hacerlo gustosas. Paseábase por ellas el intruso José, pasmado y gozoso viéndose bien acogido en sus principales ciudades. Los franceses, á quienes el recuerdo de los dias anteriores ó inmediatamente posteriores á la para ellos trágica jornada de Bailen, habia persuadido de ser aquellas provincias las mas feroces y apasionadas en aborrecerlos, atónitos, se daban el parabien de encontrarse por primera vez en España en tierra amiga, y auguraban de la mudanza de opinion de los andaluces igual variacion en el modo de pensar de los demás españoles. El titulado rey, creyéndose firme en su trono, empezó á arreglar el gobierno de su monarquía, y á dar providencias que en ella difundiesen la ilustracion, y le acarreasen no corto grado de prosperidad. Estando en Sevilla prometió juntar las Cortes, y aun para el intento mandó averiguar por nuevo censo el estado de la poblacion del reino; promesa vana, no cuadrando con la clase de gobierno establecida por Napoleon en los paises sujetos á su obediencia, ya directa, ya

indirecta, el libre exámen de los negocios de Estado por medio de cuerpos en público deliberantes. Dividió asimismo á España en treinta y ocho prefecturas, y cada una de estas en varias subprefecturas, remedando puntualmente el sistema de gobierno interior del imperio francés. Con estos cuidados mezclaba dulces ócios, pasatiempos, y deleites, recreado con el suave clima andaluz, y el halago de los naturales de las recien conquistadas provincias, á punto tal que no se habria vuelto á Madrid á no haberle llamado graves atenciones. Sin embargo, aun en Andalucía el yugo francés no era universalmente llevado con gusto, y aquellos que al recibirle lo hicieron con alegre resignacion, pudiendo mucho en los ánimos el asombro de no encontrar á los conquistadores crueles y tiranos, hasta el punto que los retrataba el ódio y los creia el miedo; pasando tiempo y sintiendo el peso de duros tributos y la insolencia de dominadores extranjeros, empezaron á suspirar por verse libres, y á contribuir con mayores ó menores esfuerzos al triunfo de la causa de la patria. Si en la clase media y entre los literatos siguió contando el gobierno intruso con parciales, aun en la primera y sobre todo en la plebe volvió á tener numerosos y acérrimos enemigos. Los pueblos de la serranía de Ronda, llenos de gente bravía y dada al contrabando, se alzaron formando guerrillas, favoreciéndolos estar cercana Gibraltar, poblacion con la cual tenian frecuente trato aquellos naturales para sus empresas de ilícito comercio. Ayudóse tambien desde Cádiz á esta sublevacion, pasando el oficial superior de marina Serrano Valtenebro á dirigirla y fomentarla. A poco hormigueaban las guerrillas por aquellas sierras, y de ellas bajaban al llano molestando á los enemigos. Tambien en la parte occidental de Andalucía el Condado de Niebla, casi todo él asentado á la orilla del mar, se mostraba fiel á la causa de la patria; y como los franceses no podian guarnecerle con suficientes fuerzas, y á los ingleses y los españoles de Cádiz era fácil hacer allí desembarcos, se mantenian aquellos distritos en devocion poco interrumpida al legítimo gobierno, al cual prestaron servicios constantes. Así en los mismos lugares donde mas próspera se habia mostrado la fortuna á los invasores, no estaba la independencia española del todo perdida.

Hácia el Oriente en el confin del reino de Murcia con el de Granada Blake juntando fuerzas de los poco antes dispersos ejércitos habia llegado á tener bajo su mando cerca de doce mil hombres, que si venian á las manos con los franceses eran sin duda vencidos, pero á quienes costaba á los vencedores trabajo y aun pérdidas tener que desbaratar una vez y otra. Blake llamado á mandar el ejército de la isla Gaditana como sucesor de Alburquerque, dejó sus tropas á Freire, conocido hasta entonces solo por valeroso y un tanto hàbil en gobernar la caballería, arma en que se habia formado.

Mas allá en el reino de Valencia continuando las discordias intestinas que en todo el año de 1809 tuvieron embebida la atencion de quienes gobernaban la provincia, ya fuese la junta, ya los generales, hubo de hacerse punto en tan fatal ocupacion teniendo que atender á rechazar una agresion formidable. El general Suchet, despues de sus victorias en Maria y Belchite à mediados de 1809, habia seguido gobernando á Aragon con

tanta felicidad que ningun enemigo resistia á sus armas, y aun entrándose en Navarra habia puesto freno á las correrías de Mina el mozo. Envalentonado con estas prosperidades, aunque aun habia por Aragon haciéndole guerra cuerpos francos y tres cortas divisiones del ejército español vencido en junio cuando le mandaba Blake, despreció á tan débiles enemigos, y como tenia considerables fuerzas á sus órdenes dejó para contener á estas tropas españolas quince mil hombres y él puesto al frente de catorce mil no cabales acometió la empresa de ganar la ciudad de Valencia, cuya caida le aseguraría la de casi toda la provincia del mismo nombre. Dividiendo sus fuerzas envió á un cuerpo mandado por el general Habert por la orilla del mar y tomó en persona con otro cuerpo superior en número el camino que vá por Segorbe. Al ruido de la venida se conmovió Valencia, libre desde junio de 1809 de los estragos y temores de la guerra que apenas se habia dejado sentir ni en sus confines durante tan largo plazo. Pero ni por el comun peligro cesó la desunion que estaba allí trabajando los ánimos y quebrantando las fuerzas, pues el general Caro, excitando las pasiones furiosas de la plebe al saber la venida de los invasores, procuró convertirlas contra sus enemigos personales distrayéndole estos cuidados de proveer á la comun defensa. Adelantaban entretanto una y otra columna francesa no tropezando con récia resistencia en su camino, y venciendo los leves obstáculos que se les oponian, de suerte que llegando á juntarse en Murviedro el 3 de marzo de 1810 unidas emprendieron sin demora la marcha sobre Valencia. Viéndolos tan cerca los valencianos, la plebe alborotada empezó á achacar á culpas de los de adentro estas ventajas de sus contrarios á fuera, y Caro, justificando su violencia é injusticia con estar apremiado por circunstancias de sumo peligro, supuso haber descubierto tratos secretos entre el ejército francés y algunos personajes de la ciudad, y envió á S. Felipe de Játiva á la junta casi como presa poniendo en su lugar uno á modo de consejo de guerra permanente ó junta de policía. Así gastaba el tiempo en satisfacer sus personales resentimientos cuando la ciudad de Valencia en el 5 de marzo vió por la segunda vez un ejército francés al pié de sus muros. Intimó Suchet la entrega á la ciudad, que respondió declarándose resuelta á defenderse; pero el general francés no la combatió como veinte meses antes habia hecho Moncey, esperando que los bandos interiores rompiendo en guerra uno con otro le allanarían la entrada, hasta que pasados algunos dias siguiendo en paz interior y órden los valencianos, y acosados los sitiadores por nubes de paisanos armados que los estaban dañando ó amenazando por mil partes, faltos además de medios para hacer un sitio regular ó arrojarse á un asalto repentino con esperanza de feliz éxito, abrazaron la resolucion de retirarse por el mismo camino por donde habian venido; propósito cuerdo si no glorioso que llevaron á ejecucion en la noche del 10 al 11 de marzo. La vuelta de los invasores á Aragon no fué con la comodidad con que habian hecho su viaje primero, pues acometidos por turbas de paisanaje armado, al cual daba aliento no haber sido tomada Valencia, y crecer en Aragon el levantamiento no sin algunos sucesos prósperos para los sublevados, hubieron

de abrirse paso trabajosamente, llegando no vencidos pero tampoco en paz y sin daño. En efecto, si el general polaco Klopicki, á quien largo tiempo despues los sucesos de su patria elevaron al mas alto puesto y á claro renombre, sirviendo entonces al despotismo francés para privar de su independencia á los españoles, habia desalojado de un campamento atrincherado cerca de Villel al general español D. Pedro Villacampa, este, cayendo á su vez sobre los franceses, habia encerrado á parte de ellos en Teruel arrebatándoles algunos convoyes, mientras otra division mandada por Perena entraba por el alto Aragon, y se paseaba por las riberas del Cinca; sucesos de alguna importancia en sí y de mayor por cuanto levantaban los espíritus poco antes decaidos, y llamaban la atencion del general francés al territorio mas especialmente sujeto á su mando. Acudió pues Suchet á los puntos donde los suyos recibian daño ó corrian peligro, y cómo por aquellos dias hácia el confin de Navarra Mina el mozo con su sólita actividad andaba en sus correrías llevándolas hasta las Cinco Villas, cayó sobre él, le persiguió, y, no obstante los ardides del diestro guerrillero, en el 31 de marzo logró hacerse dueño de su persona. Fué enviado preso á Francia el partidario navarro, portándose en esta ocasion los dominadores de España con mas misericordia que solian con los que blandian contra ellos las armas no siendo militares. La prision de Mina hubo de ser muy llorada por sus paisanos, pero no por largo tiempo pues un tio del prisionero llamado D. Francisco Espoz y Mina se puso al frente de la partida de su sobrino, y emulando sus hazañas muy en breve llegó á excederlas.

Mientras en Valencia, Aragon y Navarra así alternaba la fortuna, si bien á los franceses daba la dominacion y á los españoles el poder de hacerla insegura, inquieta y á veces fatal á sus contrarios, en Cataluña la guerra seguida con mas regularidad traia consigo reveses gloriosos para los vencidos, y algunas ventajas que los compensaban. En junio de 1809 los franceses, todavía mandados en Cataluña por el hábil Gouvion-Saint-Cyr, habian emprendido el sitio formal de Gerona. Esta ciudad, aunque plaza fuerte de muy inferior calidad en su clase, habia sido objeto de dos tentativas infructuosas para ocuparla hechas en los dias primeros de la guerra. Cuando al ir á mediar el año de 1809 estuvo amenazada de mayor peligro, se encargó de su mando el mariscal de campo D. Mariano Alvarez de Castro, caballero granadino, de ilustre familia, que habia servido en las reales guardias españolas, oficial de delicadísimo pundonor y de sin par entereza, y si no de las dotes intelectuales que forman un gran general, de las calidades morales que constituyen un defensor de plazas con quien pocos puedan ponerse en cotejo. Llegados los franceses á vista de la ciudad, pronto hicieron sus líneas de circunvalacion y trincheras, y empezaron á emplear contra ella una artillería no poco numerosa. En la noche del 13 al 14 de junio comenzaron á arrojar bombas, y continuaron dañando á los edificios y sin hacer mella en la fortaleza de espíritu de los sitiados. Prosiguiendo con actividad y acierto en sus operaciones los sitiadores, se hicieron dueños de los reductos de San Luis y San Narciso en el dia 19 de junio y del de San

Daniel en 21 del mismo. Entonces el general Saint-Cyr, viendo por un lado que adelantaban los suyos, y por otro con cuánto teson se resistian y tenian trazas de seguir resistiéndose los de Gerona, vino á cubrir los trabajos del sitio, mientras el ejército español de Cataluña, corto en fuerzas para dar batalla á los franceses, los molestaba, procurando por varios medios el socorro de sus compatriotas encerrados en la plaza y duramente combatidos. El 3 de julio dirigieron los franceses sus operaciones contra el fuerte de Montjuich, fortaleza inferior á la del mismo nombre que está inmediata á Barcelona. El castillo, no obstante su poca fuerza, resistió á un asalto dado el 4 de julio, y á otro que se le dió el 8, subiendo en este último cuatro veces á la brecha los sitiadores, y volviendo otras tantas rechazados; pero como el general Saint-Cyr en su ordinario acierto consiguiese al mismo tiempo algunas ventajas en el campo, haciéndose dueño de Palamós, y burlando los intentos de las partidas sueltas que por todas partes los hostilizaban, pudieron sus tropas dedicarse sin distraccion á los trabajos del sitio, y siguiéndolos con ardor y constancia apretarle sobremanera. Sin embargo, aunque fueron tomadas sucesivamente las obras avanzadas de Montjuich, el fuerte siguió defendiéndose, hasta que el 12 de agosto le desamparó su guarnicion, recogiéndose á la ciudad, á donde llegó en salvo despues de haber defendido con gloria el endeble castillo por espacio de cuarenta dias. No por haber caido Montjuich, dió señales de estar pronta á entregarse Gerona, cuyo teson crecia con los peligros, estando ya tan apretado el sitio, que dentro se padecian en grado sumo los rigores del hambre al par que los de las armas enemigas. Blake, vuelto por entonces de Aragon despues de su desdicha en Belchite, dedicó su atencion á aquel sitio, procurando ó compeler á los enemigos á levantarle, ó cuando menos enviar socorros de víveres, pertrechos y tropas frescas á los cercados. Mal podia conseguir lo primero, y á pesar de su aficion á dar batallas, siendo hombre de conocimientos vió serle imposible con sus tropas pelear en el campo sin quedar completamente vencido; por lo cual, chocando con la impaciencia de los catalanes y haciéndose á estos poco grato con su condicion seca y desabrida, no menos que con su juiciosa conducta, hubo de reducirse á enviar expediciones á la apurada guarnicion distrayendo en tanto para facilitarles la entrada la atencion del enemigo. Una de estas expediciones compuesta de tres mil y trescientos hombres y llevando consigo un gran convoy, con toda especie de auxilios, mandada por D. Enrique O'Donnell logró burlar la vigilancia de los franceses, entrar en Gerona, auxiliarla y retirarse despues, llevándose tropas cansadas, y dejando dentro soldados menos rendidos é igualmente firmes; empresa muy celebrada por haber sido llevada á efecto con valor é inteligencia, y haber acarreado al oficial que la ejecutó alto concepto, proporcionándole sucesivos aumentos de gloria y fortuna, sin redundar en concepto de Blake que la habia ordenado, y á quien no favorecia por aquellos dias la opinion, aunque nada hiciese por donde mereciese tenerla contraria. Los franceses, viendo socorrida á Gerona, resolvieron entrarla á viva fuerza, y despues de combatirla con furia con su artillería, y de abrirla brechas

en sus endebles fortificaciones, la dieron un vigoroso asalto el 19 de setiembre, pero con no menos desgracia para ellos que los anteriores, pues volvieron rechazados. Entonces no queriendo perder mas gente y seguros de que el ejército español no podria forzarlos á levantar el sitio, convirtieron este en bloqueo, esperando triunfar por medio del hambre que aquejaba bastante á los sitiados. Intentó Blake enviar á la plaza segundo socorro, y envió una expedicion con este intento, pero tuvo la desgracia de que cayese en manos de los sitiadores. Recibieron estos socorros de Francia y un general nuevo, viniendo à sustituir al entendido Saint-Cyr el mariscal Augereau, atrevido é irreflexivo, de harto menos talento que su antecesor, aunque superior á él en grado y de alta fama adquirida en las campañas de Italia, y que en años anteriores habia servido en Cataluña, por lo cual le creyó Napoleon mas apropósito para seguir en aquel teatro la guerra. Pero el mariscal presuntuoso, despues de haber ensayado el medio de la persuasion pretendiendo ganarse á los españoles en una proclama escrita en mal castellano y ridícula en grado sumo, no fué mas favorecido por la fortuna que Saint-Cyr, pues si consiguió ventajas, las tuvo caras y tardias. Prosiguió el bloqueo de Gerona, resistiendo la plaza á los rigores del hambre los meses de octubre y noviembre. Llamábase en tanto la atencion del gobierno y pueblo español á aquella heróica defensa no inferior á la de Zaragoza. La junta central desde Sevilla concedió á los defensores de Gerona las mismas honras y mercedes que habia hecho á los de la heróica capital de Aragon, y extimuló á los catalanes á esforzarse por salvar aquella ciudad, honor de España y muy particularmente de su provincia. Juntóse para el intento en Manresa á fines de noviembre uno á modo de congreso compuesto de personajes catalanes de todas las clases y lugares del Principado. Pero en esta junta nada pudo resolverse, sirviendo solo de tener desabrimientos con Blake, hombre frio y metódico, y por esto impropio para tratar con aquellas gentes y manejarse en la situacion en que se veia. No obstante el poco fruto de la junta congregada en Manresa, el mariscal Augereau receló que pudiesen orijinársele nuevos embarazos, si no se hacia dueño de la ciudad sitiada, y así del bloqueo pasó otra vez al uso de la fuerza. Empleando, pues, de nuevo su artillería, y habiendo abierto brechas en el arrabal del Cármen, le asaltó y ganó el 2 de diciembre. Desde allí puso nuevas baterías, y llevando adelante sus operaciones con vigor y fortuna, en breve tomó el reducto llamado de la Ciudad y las casas de la Gironella. Casi dueños de Gerona eran ya los franceses, y los sitiados en la parte que aun conservaban se mostraban dispuestos á seguir resistiendo, dando ejemplo y aun excediendo á todos en fortaleza el gobernador Alvarez, en quien se veia inflexible resolucion de sepultarse entre los últimos escombros de la ciudad cuya defensa le habia sido encomendada proporcionándole tanta gloria. Pero el hambre habia acabado con las fuerzas del vecindario y de las tropas, y traido consigo las enfermedades que siempre la acompañan. Así despues de haber respondido Alvarez con desprecio á nuevas y repetidas intimaciones de entregarse, hubo de caer rendido á una fatal dolencia acompañada de delirio. Tuvo, pues, que dejar el

mando de la ciudad algunos dias, y con esto se allanó Gerona á capitular; siendo ya su entrega inevitable. Firmóse la capitulacion el 11 de diciembre de 1809, y en el mismo dia ocuparon los franceses los ensangrentados escombros que durante siete meses les habian resistido con heróica pertinacia. El gobernador Alvarez mal convalecido de su enfermedad fué sacado el 23 de diciembre para Francia en calidad de prisionero, y vuelto de allí á poco á España y metido en un estrecho encierro en el castillo de San Fernando de Figueras, causándole en breve la muerte tan bárbaro rigor; accion en verdad inhumana é indigna de vencedores generosos, que valió á los franceses, entre justísimas acusaciones, lo poco fundada de haber castigado la constancia del defensor de Gerona, dándole muerte en secreto. En los últimos dias de su gobierno la junta central decretó que se diese á Alvarez, si aun vivia, una recompensa digna de sus eminentes servicios, y que, en caso de haber muerto, su memoria y su familia recibiesen en honores y gracias el galardon debido á su noble constancia y á su heróico patriotismo.

Con la caida de Gerona entró grande pena en los ánimos de los catalanes, pero no desmayo, achacando la preocupacion vulgar á impericia ó á traicion de los generales cuantas desgracias se padecian, y estándose siempre resuelto á probar fortuna con seguridad de encontrar la mejor bajo nuevo caudillo. Pasó el mando militar de la provincia de manos de Blake, que aborrecido hubo de desamparar á Cataluña yéndose á Sevilla, á la de los generales marqués de Portagó, Conde, y Henestrosa, los tres de cortísima capacidad, señalándose el último por nada comunes extravagancias. En tanto el congreso catalan de Manresa, queriendo gobernarlo todo, se desavenia con los generales, é indócil como lo son los naturales de aquella provincia; si por un lado con indómito valor persistia en la guerra, por otra parte gobernadores y gobernados á porfía suscitaban estorbos á que se prosiguiese con la regularidad debida. Los somatenes eran en algunos casos funestísimos al enemigo, aprovechando su conocimiento de la tierra en que eran prácticos y su natural coraje, pero atrayéndose con su indisciplina y desórden grandes reveses, y causándolos no menores á las tropas regulares españolas. Las del ejército de Cataluña se distinguian entre todas las de España por su valor y disciplina, y su método de guerrear, aunque tampoco en batallas campales pudiesen resistir á los franceses. Reforzar el ejército con quintas se hacia casi imposible, no prestándose á ello los catalanes. Así el corto ejército español hubo de replegarse á Manresa, dejando francas las comunicaciones con Barcelona, hasta entonces casi siempre mas ó menos bien bloqueada y constantemente escasa de recursos. Augereau pasó, tomada Gerona, á la capital de Cataluña, y abasteciéndola bien y separando de su gobierno al general Duhesme que le tenia desde el principio de la guerra, y puesto en su lugar el general Mathieu, pasó á Hostalrich á apretar el sitio que le tenia puesto poco antes. En medio de estos apuros tomó el mando del ejército español D. Enrique O'Donnell, cuya gloriosa espedicion á Gerona juntamente con otras prendas suyas militares nada vulgares le habian granjeado aprecio y amor entre los catala-

nes, aprecio y cariño no fáciles de conseguir y mas difíciles de conservar. En los primeros dias de su mando este nuevo caudillo justificó el buen concepto que á los suyos merecia, y se hizo estimar de sus contrarios, aun siendo por ellos vencido. Fué á dar una batalla en Vich y quedó derrotado, pero no sin alguna gloria en su mismo vencimiento. Mas feliz fué en otra empresa sobre Villafranca del Panadés, donde el general D. Juan Caro, tercer hermano del marques de la Romana, hizo prisioneros á setecientos franceses. O'Donnell, vencedor ó vencido, con su actividad y valor, y con el celo y aliento que solia entonces inspirar á los catalanes, daba harto que hacer á sus contrarios, trayendo á Augereau constantemente afanado por el camino de Hostalrich á Barcelona. No pudo, sin embargo, impedirse que Hostalrich cayese en poder de los franceses despues de una brillante defensa, en que se señaló á la par con el gobernador y aun mas que él el comandante de la artillería D. Miguel Lopez de Baños, en época posterior famoso en la historia de su patria. Apurada á punto de no poder proseguir la defénsa la guarnicion de aquel castillo, en vez de entregarse prisionera, determinó salirse de la fortaleza bajo el amparo de las tinieblas de la noche, y ejecutó su empresa en gran parte con felicidad, pues aunque el gobernador con tres compañías, alcanzado por los franceses, quedó prisionero, se salvó Lopez de Baños con alguna mas fuerza. Augereau, sin embargo de haber hecho estas conquistas, no hubo de satisfacer á su emperador, quien envió en su lugar á tomar el mando del ejército francés de Cataluña al mariscal Macdonald. Llegado este á su destino, vino desde Aragon á ayudar sus operaciones el general Suchet, á quien tocó la gloria de llevar á cabo las mas importantes empresas en Cataluña, segun se dirá mas adelante en esta historia.

En las regiones occidental y septentrional de España triunfaban asimismo en alguna ocasion los enemigos, y no por eso asentaban su dominacion, apareciendo ejércitos nuevos cuando otros eran deshechos y dispersados, y mostrándose la poblacion dispuesta á sustentar pertinazmente la causa de su patria. Al llegar la Romana á encargarse del mando del ejército de Extremadura encontró la provincia bien dispuesta, á la junta de ella activa, enviando por todos lados guerrillas que desde Badajoz corrian la provincia hasta las dos riberas del Tajo, molestando á sus dominadores, y al ejército de la izquierda, cuyo mando habia tenido el duque del Parque, situado en las márgenes del Guadiana. Pronto ascendió esta fuerza, á pesar de sus pérdidas, á veinte y seis mil hombres de infantería y dos mil de caballería, con los cuales se puso el nuevo general entre Badajoz y la plaza de Elvas ó Yelves en Portugal, protegido por ambas fortalezas y enviando adelante y á alguna distancia á una division mandada por el general La Carrera, cuyo encargo era cortar ó dificultar las operaciones del enemigo entre la parte meridional de Extremadura y la septentrional con el territorio de allende la sierra de Baños. Las fuerzas de este ejército una y otra vez venian á las manos con las del quinto cuerpo francés del mando del mariscal Mortier, que, despues de tomada Sevilla desde esta ciudad habia pasado á la provincia de

Extremadura; pero en estos repetidos encuentros ninguno hubo de grande empeño ó consecuencias, ó aun siquiera de mediana nota. Ballesteros, que mandaba la izquierda del ejército de la Romana, estaba mas expuesto que otros á un revés, y maniobrando delante de sus poderosos contrarios, cuando tenia que retroceder buscaba abrigo en los montes medianeros entre Extremadura, Portugal por la parte baja del Alentejo y los Algarbes y el reino de Sevilla, y en algunas ocasiones llegaba á reunirse con los españoles dueños del Condado de Niebla. La izquierda del mismo ejército español mandada por D. Cárlos O'Donnell tambien solia pelear con las tropas del segundo cuerpo del ejército francés, en cuyo mando habia sucedido el general Reynier al mariscal Soult, y que situado en Mérida desde allí se echaba sobre sus contrarios siempre que estos se adelantaban. De este modo la Romana, acaso por no consentirle otra cosa su situacion y recursos, al frente de un ejército de mediana fuerza se mantenia en el poco lucido ocio que habia señalado sus anteriores campañas.

Galicia desde su evacuacion por los franceses se habia mantenido libre, pero ayudando poco á la causa de la nacion estando dividida entre dos juntas rivales, que parecidas á potencias independientes por estar distantes del gobierno, se hacian entre sí guerra, no queriendo ocuparse en juntar medios para hacerla al comun enemigo. Tenia el mando militar de aquellas provincias el general D. Nicolás Mahy, oficial de mérito ordinario y de ninguna manera propio para vencer grandes dificultades. Pasó este la parte última del año de 1809 quieto en su provincia, y, entrado 1810, dilatándose por toda la Península los enemigos, y habiendo penetrado en Asturias, trató de acudir al socorro de aquella region vecina, pero hubo de detenerse para cubrir á Galicia por la parte del Vierzo, situándose ya en Lugo, ya en Villafranca, por haber venido sobre Astorga y sitiádola los franceses.

En medio de esto Asturias era teatro de reiteradas invasiones, alternando en ocuparla casi toda y en evacuarla en todo ó en parte los enemigos. En el mes de enero, al tiempo mismo en que eran invadidas las Andalucías, el general francés Bonnet, viendo el Principado con solo cinco á seis mil hombres de tropa y las partidas de Diaz Porlier, invadió aquella tierra, forzó con poco trabajo la línea de Colombres, y obligando al general Llano Ponte á recogerse al Infiesto y al general Arce y á la junta de provincia creada por la Romana á evacuar á Oviedo, entró en esta capital el 30 del mes últimamente citado. Pero se detuvo poco, pues amenazándole Porlier con sus cuerpos francos y Castañon con algunas tropas, abandonó la ciudad, de que se apoderaron inmediatamente los generales españoles. Revolviendo sobre estos sus contrarios, los acometieron y arrollaron en el puente de Colloto, y otra vez entraron triunfantes en Oviedo, mas no sin haber experimentado resistencia de parte del general D. Pedro Bárcena, que granjeándose gloria logró asimismo el mando del ejército de operaciones. En el flujo y reflujo de ambiciones particulares mezcladas con los varios sucesos de la guerra, el general Arce, haciendo dimision del mando, cuidó antes de reunir junta nueva creada con arreglo á la antigua constitucion del Principado por

todos los concejos de la provincia. Esta nueva autoridad se dedicó á juntar y á armar tropas, y nombró para el mando de ellas y de toda Asturias al general D. José Cienfuegos que fué auxiliado con dos mil hombres venidos de Galicia. Tomando entonces los españoles de nuevo la ofensiva, y maniobrando Porlier por la espalda de los invasores con su acostumbrada habilidad en la guerra de partidas en la cual era maestro, Bonnet segunda vez desocupó á Oviedo; pero recogiendo despues de retirarse víveres y municiones revolvió sobre la misma ciudad, y el 29 de marzo entró en ella por la vez tercera, refugiándose los españoles detrás de la línea del Nalon, de donde los desalojaron los franceses. Semejantes operaciones, igualmente funestas á los combatientes de ambos lados, ni daban tranquilidad á aquel territorio, ni hacian su posesion otra cosa que precaria á sus dominadores.

El centro de España hervia al mismo tiempo en partidas de guerrillas, cuyos caudillos mas ó menos hábiles y válientes, pero todos activos y algunas veces afortunados, adquirían diversos grados de fama. Sonaban entre otros en la Mancha los nombres de Francisquete, de Diaz, de Orobio, de Abad y de Pastrana; en la provincia de Toledo el del médico Palarea y el de Bustamante apellidado el Caracol; por la parte de Guadalajara el del famoso Empecinado que dió harta ocupacion al general Hugo, padre del insigne poeta del mismo nombre y de otro escritor que ha pintado las cosas de España con mas imaginacion que fidelidad; en la provincia de Cuenca el de Martinez de San Martin, médico como Palarea; en la de Segovia el de Ubil; en la de Avila el de Gomez; en la de Toro el de Aguilar; en la de Valladolid el de Príncipe; en la de Valencia el de Tapia; en la de Búrgos el del cura de Villoviado, Merino; en la de Rioja el de Amor; en la de Soria el de Duran; por la parte de Ciudad-Rodrigo el de D. Julian Sanchez al frente de sus lanceros; en las montañas de Santander el de Campillo; en las provincias Vascongadas los de Aróstegui, Longa y Jáuregui, apellidado el Pastor, y por último, en Navarra y la parte de Aragon con ella confinante el de Espoz y Mina, que acertó á juntar muchas partidas en una por medio de astucia y violencia, logrando hacerse señor de aquellos campos, y ser siempre formidable aunque alguna vez vencido, á punto que cobraba derechos de aduanas por sus partidas apostadas en varios puntos de tráfico. Tambien en las Andalucías fueron apareciendo partidarios, adquiriendo fama, ademas de Ortiz de Zárate, llamado el Pastor, así como el guerrillero de Guipuzcoa, Zaldivia ó Zaldivar, cabrero de las montañas vecinas de Jerez, que recorria la comarca causando mas males que bienes, pero al cabo molestando á los enemigos. Algunos de estos hombres con sus servicios mezclaban atroces excesos, haciéndose dignos de la calificacion de bandidos, y casi ninguno de ellos dejaba de pagar con crueldad las de los franceses.

Tal era el estado de la España que gobernaba á veces de nombre y alguna vez de hecho el gobierno establecido en Cádiz. Este tenia que atender á un tiempo á los negocios de la guerra y á los de la política, siendo los últimos en aquella compendiada nacion de no corta gravedad, pues se trataba constantemente de juntar las córtes, y previéndose que con ce-

lebrarlas habria de ocurrir una gran mudanza en la forma de gobierno de la monarquía española, los adictos al sistema antiguo resistian con mal embozada ó descubierta pertinacia la convocacion, al paso que los de la secta reformadora la deseaban y hasta la pedian con vehemencia y empeño. La regencia, con pocos deseos de desprenderse de su autoridad y desde su principio apegada á las doctrinas antireformadoras, era sostenida en su resistencia por los consejos y por un número crecido de empleados, á que se allegaban algunos individuos particulares de las provincias ocupadas por los franceses, y otros, bien que muy pocos, de la misma isla Gaditana. Pero el vecindario de esta y especialmente el de la ciudad de Cádiz, compuesto en la mayor parte de comerciantes ó de gentes que de estos dependian, miraba con gusto la perspectiva de un gobierno popular; y entre los refugiados venidos de las diversas provincias á buscar asilo en aquel último baluarte de la independencia española, se contaban los principales hombres de instruccion é ingenio, escritores los mas y corifeos de los que pedian las reformas, comprometidos por sus escritos contra los franceses, y persuadidos de que España para triunfar, así como para hacer uso provechoso de su triunfo, habia menester la libertad política y civil de que gozaba la Gran Bretaña, y que Francia en su revolucion habia buscado y á la postre perdido. Eran desiguales las fuerzas de los contendientes, pues, manteniéndose neutral el ejército, y siendo flaco en fuerzas el gobierno, la voz popular, casi unánime en tan estrecho recinto, habia de prevalecer sobre la resistencia de unos pocos cuerpos y personas, cuyo influjo, si en otras partes de la monarquía sin duda habria sido poderoso, en Cádiz ni era entonces ni jamás habia sido sentido. La junta de Cádiz, aunque en ella tenia poder algun otro personaje de la secta antireformadora, distinguiéndose en estas opiniones el cura Ruiz, predicador afamado, elocuente aunque no de buen gusto en su elocuencia; teatral en sus modos y de corto mérito en sus escritos, en su mayor parte favorecia la idea de juntar las córtes, no por aficion á la existencia de un poder legítimo y nacional que menguaría el suyo, sino por el gusto de contradecir y sañar al consejo de regencia su contrario, así como movidos algunos de sus vocales por el mas noble motivo de desear el triunfo de doctrinas en su concepto ciertas y provechosas. Duró algun tiempo esta pugna sorda en los primeros dias del bloqueo de la isla Gaditana, y sonando mas segun iba adquiriendo empeño. Además, cuando llegó á la regencia el obispo de Orense, que no pudo venir hasta mediado el año de 1810, por hallarse en Galicia cuando fué nombrado, y no poder por sus años y carácter usar de grande diligencia, los contrarios á las reformas y á las córtes tuvieron un auxiliar poderoso, no solo por el elevado puesto del prelado á quien tocó la presidencia del cuerpo de que era miembro, sino por su condicion tenaz ayudada de la astucia propia de la vejez, y de exceso en el hablar muy propio para causar dilaciones.

Pero, antes que esta guerra política pudiese tener resultas importantes, en la de España con los franceses iban ocurriendo sucesos que daban á la par motivos al temor y á la esperanza. Al situarse los france-

ses en frente de Cádiz, quedó por los españoles el fuerte de Matagorda, situado en la costa opuesta, y á un lado de la embocadura del caño llamado del Trocadero, donde tenia á modo de un arsenal la marina mercante. Dueños los enemigos de la vecina poblacion de Puerto Real, y de la costa cercana por la desembocadura del rio de San Pedro, brazo de Guadalete que entra en el mar cerca del mismo Matagorda, prepararon allí numerosas baterías. Un incidente desagradable les proporcionó, si no una ventaja, hacer desde allí daño á los españoles. En los primeros dias de marzo, como un mes despues de empezado el bloqueo de la isla Gaditana, rompió un furioso temporal del sudoeste de los comunes en la proximidad del equinoccio. Fué este, sin embargo, mas recio y duradero que suelen serlo aun los de aquella estacion, y soplando furioso el viento, y encrespándose horrorosamente las ondas, los navíos españoles, que por temor al fuego de la artillería francesa se veian precisados á fondear á la boca del puerto, faltos de abrigo, hubieron de padecer mucho, y rompiendo dos de ellos sus cables, se fueron á la parte de la costa ocupada por los sitiadores. Procuróse en vano salvarlos, y se logró sacar de ellos la tripulacion por entre un diluvio de balas, gracias á los esfuerzos de las lanchas cañoneras y botes de la marina británica y española; pero fué imposible sacar los cascos viniendo así á perderse las reliquias de la armada que en Trafalgar habia recibido un durísimo golpe. Para evitar la repeticion de esta desgracia fueron enviados á la Habana algunos buques, yéndose con ellos á tomar el mando de aquel apostadero el general de marina D. Ignacio de Alava, mientras los de igual clase D. Juan María Villavicencio y D. Cayetano Valdés, el primero señalado por su varia instruccion, firme carácter y don de mando, y el segundo por su extraordinaria bizarría acreditada en los combates navales de S. Vicente y Trafalgar, y últimamente en tierra en la batalla de Espinosa donde habia recibido una grave herida, tomaban el mando el uno de los restos de la escuadra y el otro de las fuerzas sutiles, desempeñando ambos su encargo con actividad infatigable. Era crecido el número de cañoneras y embarcaciones menores armadas así inglesas como españolas, y además el navío S. Pablo anclado en frente del Trocadero protejia con sus fuegos aquella parte de la bahía. Una pequeña guarnicion inglesa ocupaba el castillejo de Matagorda que en balde habian procurado los de su nacion tomar en el año de 1702, cuando en la guerra de la sucesion de España intentaron hacerse dueños de Cádiz. De repente, como á mediados de abril, completos los inmensos preparativos de los franceses, numerosas baterías rompieron un vivísimo fuego contra el castillo. Acudieron las cañoneras y respondiendo con su artillería, atronaba el aire el espantoso estruendo, y llovian las balas, aterrando á los habitantes de Cádiz el prodigioso ruido. No obstante el buen servicio prestado por las fuerzas sutiles no pudo defenderse Matagorda teniendo que evacuarle los ingleses despues de perder no pocos soldados, y el navío S. Pablo incendiado por balas rojas disparadas de las baterías enemigas hubo de picar cables y retirarse, dejando así dueños de ambas orillas del Trocadero á los enemigos, y en libertad para molestar á las embarca-

ciones que atravesaban por la bahía, pero no por eso mas adelantados en su empresa contra la opuesta costa. Causó disgusto en la poblacion sitiada este suceso que despues fué de alguna gravedad por haber proporcionado á los franceses medio de hacer llegar bombas á la ciudad de Cádiz, construyendo obuses de alcance superior al de los conocidos; pero esta ventaja no fué conseguida sino algunos meses despues y por el pronto la pérdida en Matagorda fué olvidada, volviendo á reinar en los ànimos de los encerrados en Càdiz y la isla de Leon no solo perfecta seguridad, sino tambien alegría. Antes y despues de enseñorearse los franceses de la boca del Trocadero, unos pontones anclados en la bahía y llenos de prisioneros de la misma nacion en distintas veces al empuje del viento y del mar se habian ido à la costa, salvàndose con los suyos los infelices allí presos, y pereciendo no pocos por el fuego de las cañoneras que con necesario aunque fatal rigor les disparaban no bien los veian rotos los cables dirigirse à la playa. Hízose, pues, indispensable retirar de la bahía de Càdiz à gran parte de aquella desdichada gente, enviàndola à la isla de Cabrera, donde hubieron de tener graves padecimientos, dando oríjen à que vituperasen à los españoles por su inhumanidad los franceses, sin hacerse cargo de que en aquella guerra, no provocada por España, la necesidad de defenderse hasta en el último rincon obligaba à tomar providencias duras.

Defendida la isla Gaditana por un ejército mas que suficiente à cubrirla, y teniendo el gobierno que atender á lo demas de España y aun que proporcionarse à mantener comunicaciones con los puntos de la costa poco lejanos, pensó en enviar à estos expediciones que recordaran à los extranjeros dominadores de la tierra y à los sojuzgados españoles que la guerra no habia concluido. Bien querían darla por acabada los franceses, á quienes exasperaba hasta sacarlos fuera de los términos de la razon la indomable constancia de sus contrarios. Por esto el mariscal Soult, en quien quedó el mando de las Andalucías luego que se retiró de ellas José Napoleon, queriendo dar á entender que vencidos y destruidos los ejércitos españoles habia pasado à ser rebelion ó inquietud de gente agavillada lo que antes era guerra, dió un decreto declarando que los soldados obedientes à la regencia de Càdiz no serían en adelante considerados como tales, y sí como bandoleros. Este acto de barbarie, cuando no solo en las provincias distantes sino aun en la vecina Extremadura se mantenia armado y guerreando un ejército español, no tuvo el menor efecto, pues habiendo declarado con razon la regencia que por cada soldado español à quien pasasen los enemigos por las armas, tres de estos de los que estuviesen en poder de los españoles serían ahorcados, desistió el mariscal de la ejecucion de sus órdenes, dejàndolas no pasar de amenaza.

La primera expedicion enviada à la isla Gaditana fué destinada à dar auxilio à los sublevados de la serranía de Ronda y à apoderarse de Algeciras, juzgàndose con razon favorable aquel teatro para operaciones, por estar vecina la plaza de Gibraltar, y à corto trecho las asperezas de la serranía de Ronda y otras montañas con ella enlazadas, de suerte que

quienes eran dueños del mar podian crear en aquellos lugares un poder temible à los dueños de Andalucía, teniendo en los reveses mas de una retirada segura. Mandaba esta expedicion el mariscal de campo D. Luis Lacy, oficial de impetuoso valor y de algunos conocimientos, nacido en España, aunque oriunda su familia de Irlanda, que al romper la guerra estaba sirviendo en el ejército francés y le abandonó, viniéndose à las banderas de su patria natural, y cuyos servicios en el año y medio de guerra corrido habian sido muy señalados. Desembarcó este general sus fuerzas, compuestas de tres mil y doscientos hombres, y si bien no pudo sorprender à los franceses de la costa los obligó à retirarse, y fué sobre la misma Ronda, agregàndosele las numerosas partidas de guerrilla de aquella comarca, mientras por la parte oriental de las mismas sierras una fuerza inglesa de ochocientos hombres salida de Gibraltar les servia de apoyo, distrayendo la atencion del enemigo. A la inteligencia y vigilancia francesa no podia ocultarse cuànto peligro nacería de aquella operacion de los españoles si se dejaba tomar cuerpo à la empresa comenzada. Así, no perdiendo tiempo vino sobre Lacy el general Gerard, y envió tropas desde las líneas de bloqueo de Càdiz el mariscal Victor hàcia la parte de Levante, enviàndolas Sebastiani desde Màlaga hàcia la de Poniente, de modo que concurrieron crecidas fuerzas en los montes cercanos à Gibraltar y Algeciras. No pudiendo resistir la poco numerosa division española à tan poderosos contrarios se embarcó; pero manteniéndose à vista de la costa, no bien se retiraron los franceses, cuando volvió à echar en tierra sus tropas en Algeciras, poniéndose en comunicacion con San Roque y hasta con Marbella en la costa del Mediterràneo. Volvieron entonces sobre ella sus enemigos, y viendo Lacy serle ya imposible sostenerse en aquellos lugares, vuelto à embarcarse hizo rumbo para Càdiz el 22 de julio sin haber sacado gran fruto de su expedicion; pero enseñando con el ejemplo que las fuerzas encerradas en Càdiz podian, sobre atender à la fàcil defensa de la isla, mantener viva la guerra en otros puntos de España. Puesta constantemente la mira en este objeto, à poco de haber llegado à Càdiz el mismo Lacy volvió à salir con otra expedicion, no à la parte misma que la anterior, sino à la opuesta de Poniente, desembarcando con tres mil hombres en el Condado de Niebla, donde alguna fuerza española mandada por el general D. Francisco Copons se mantenia ya retiràndose, ya adelantando, y conservando con la posesion de parte de aquel territorio franca la comunicacion, ya de uno, ya de otro paraje de la costa y de sus puertecillos con los puntos de España libres de la dominacion francesa. Con la llegada de la expedicion volvieron su atencion los enemigos à un lugar ó reputado por ellos de poca importancia, ó à que no les era fàcil atender sin distraerse de mayores cuidados. Fueron, pues, sobre Lacy fuerzas respetables, y él, incapaz de hacerles frente, despues de haber alcanzado algunas leves ventajas en los primeros momentos de su desembarco se recojió à sus embarcaciones, dando la vuelta al lugar de donde habia venido, y dejando logrado uno de los objetos de su empresa, que fué traer sobre él tropas de las que estaban molestando al ejército de la Romana.

Expediciones de tan corta fuerza poco podian influir en la suerte general de la guerra, salvo en cuanto contribuian á mantener en buen estado la bloqueada isla Gaditana. Pero en España si seguia la fortuna siendo favorable á los franceses, les vendia caros sus favores, y se los hacia de escaso provecho despues de conseguidos; de suerte que adelantaban terreno y ganaban ciudades á costa de contínuo guerrear, y dueños ya de lo ganado lo gozaban en posesion agitada é insegura. El deshecho ejército del centro, cuyo mando habia tomado Blake despues de la entrada de los franceses en Andalucía, habiéndole dejado para encargarse del de la isla de Leon se formaba lentamente por los confines de los reinos de Granada y Murcia mandado por el general Freire, y á principios de abril contaba ya doce mil hombres de infantería con dos mil caballos. El general Sebastiani, á quien no adormecian del todo los regalos y deleites á que estaba entregado en Granada, entrando ya en algun cuidado con la reunion de tal fuerza enemiga, determinó desbaratarla, y puesto al frente de ocho mil hombres fué hácia el reino de Murcia, entrando sucesivamente en Baza y en Lorca. Freire, que mandaba el ejército español, juzgándose con razon incapaz de resistir al ejército francés que venia en su busca, retrocedió hasta la parte meridional del reino de Valencia buscando apoyo en las plazas fuertes de Alicante y Cartagena, y enviando alguna fuerza á reforzar la guarnicion de esta última ciudad, á la cual iba acercándose el enemigo. Entró Sebastiani triunfante en Murcia el 23 de abril, y se distrajo con su ejército á otros cuidados que al de seguir en alcance de contrarios mirados por él con desprecio. Echó el general francés una enorme contribucion á los pueblos ocupados por sus tropas, las cuales con violencias ayudaron á las disposiciones de su general, resultando cargarse los invasores de botin hasta un grado increible, con lo cual terminó una breve campaña de poca honra y de gran provecho para quien la mandó y para sus secuaces, y uno de los mas feos ejemplos de rapacidad dados por los franceses en todo el discurso de la guerra de la Península. Cuatro dias solamente estuvo ocupada Murcia, y el 26 de abril salieron de ella sus dominadores de vuelta para Granada con su rica presa. El odio excitado por su conducta, resucitando en los pueblos el antiguo un tanto amortiguado patriotismo, llevó al paisanaje á sublevarse á su retirada. Al mismo tiempo por su costado en las Alpujarras empezaron á levantarse partidas numerosas que les impedian detenerse en aquella region espesísima, y á veces bajaban á molestarlos al llano. Los españoles de Freire otra vez entraron en el reino de Murcia, y se pusieron en el confin del de Granada. Blake, que habia venido á mandar el ejército de la isla Gaditana, viendo ya á esta segura, y que cualquiera general podría atender á su defensa, creyó conveniente emplear los conocimientos militares que en él solian suponerse, y que por fuerza su propia opinion habia de concederle en mas activa campaña; y se ofreció al gobierno para tomar el mando del ejército de Murcia, no reputándose á Freire propio para mandar mas que la caballería. Entrando gustoso en ello el consejo de regencia, pasó á Murcia el general y se puso al frente de aquella fuerza, crecida ya hasta contar catorce mil hombres, apoyados

por numerosas partidas que sin ser parte de él le servian de auxilio contra sus enemigos. Al nuevo amago de los españoles otra vez salió Sebastiani á campaña; pero al acercarse á Murcia la memoria de sus pasados excesos de tal manera influyó en los ánimos en los pueblos, que un levantamiento casi general le amenazó con grrves obstáculos y aun con peligros. Retrocedió ó no osó adelantar el francés á vista de aquel espectáculo, y con su irresolucion alentó no solo á los murcianos sino á la poblacion del reino granadino, la cual empezó á sublevarse. Envalentonado con estos movimientos Blake volvió á satisfacer su ambicion de dar batallas, que habia reprimido por algun tiempo, y presentándola ó aceptándola en Baza fué completamente vencido, siendo raro en aquellos dias en los españoles resistir á sus enemigos en campo raso. Pero esta victoria nueva fué tan infructuosa á los franceses como las que antes habian alcanzado, pues si sofocó la llama que empezaba á arder por los paises teatro de aquellas lides, no la apagó del todo, y el ejército español derrotado y disperso se juntó de nuevo como tenia de costumbre. Restituyóse, pues, Sebastiani á Granada, contento con ver pacificado el distrito que gobernaba, y juzgando por las apariencias de poca entidad el teson español que habría de ceder á la fuerza del tiempo.

No sucedió así por fortuna de la gloria é independencia de España, si bien era de temer que así fuese, y aun habrían llegado á ser realidades las esperanzas de los enemigos, si inesperados sucesos, de que mas tarde se hará mencion, no hubiesen salvado una causa ya en mal estado, áunque despues de una porfiada y gloriosa defensa. Entretanto la obstinacion daba largas á la guerra y hacia á los enemigos ingrata é insegura la victoria, pero sin estorbarle ir ganando terreno palmo á palmo y afirmarse en parte de sus conquistas. Servia asimismo á los extranjeros el espíritu de discordia intestina comun á los españoles en todas las edades, y que en los sucesos prósperos y adversos de la guerra de que se vá ahora tratando no dejó de aparecer, malogrando los triunfos, agravando las desdichas, menguando las fuerzas, é impidiendo emplearlas con actividad ó tino. De esto era buen ejemplo Valencia, en donde el general D. José Caro, dado á rencillas y odios particulares, dejaba á Suchet obrar á su gusto sin hostilizarle despues de haber desistido de su empresa contra Valencia. Al cabo, ó corrido, ó temeroso de que su descuido le atrajese una desdicha de parte de la poblacion irritada imposibilitando á sus parciales sostenerle, hubo de enviar al general O-Donojar con algunas fuerzas á atajar los progresos de sus contrarios. Este general fué poco favorecido por la fortuna, y aunque sin perder una batalla notable llevó mas de un revés, con poca gloria propia y grave peligro público. Ni aun esto alcanzó á estimular á Caro á salir de su ocio y atencion á su particular interés, sacándole fuera de los muros de la ciudad de Valencia. Por fin andando el tiempo, sobreviniendo sucesos importantes, y habiendo llegado Suchet, despues de alcanzar notables ventajas en Cataluña, á poner sitio á Tortosa, situada en el mismo confin del reino valenciano, el descuidado general llamado por el que mandaba el ejército español en el principado vecino, hubo de acudir á dar so-

corro á la ciudad sitiada. No fué Caro mas valiente ó mas atinado al frente del enemigo que lo habia sido en el gobierno de Valencia, y no bien llegó al teatro de la guerra y al punto de medir sus armas con las francesas, huyó casi sin pelear. Con este último hecho, colmada la medida de sus vituperables desaciertos, cayó en el desprecio público; y como él para satisfacer su condicion rencorosa tratase de perseguir á los que le eran contrarios; descubriéndosele su proyecto, los destinados á ser sus víctimas movieron fácilmente al pueblo valenciano á sublevarse. No teniendo Caro fuerzas ni ánimo para hacer frente á la indignacion popular, apeló á la fuga de oculto, y disfrazándose con hábito de religioso logró salvar la vida y refugiarse á Mallorca. Sucedióle en el mando militar del reino de Valencia D. Luis Alejandro de Bassecourt, algo mas alentado que su antecesor, y menos desviado de atender al público provecho por el cuidado del suyo particular, pero general asimismo de cortos alcances y no muy feliz fortuna.

Mientras estas cosas pasaban en Valencia, en Cataluña seguia la guerra con calor, mostrando ambas partes combatientes esfuerzo y aun á la par pericia; adquiriendo los franceses grandes ventajas, pero disputándoselas siempre los españoles y hasta venciéndolos en alguna ocasion; y en suma, conservándose puro y con lustre el honor en los vencidos y nunca apagado aun cuando pareciese sofocado el fuego de la resistencia. D. Enrique O'Donnell seguia siendo grato á los catalanes y con su actividad y denuedo aprovechaba el favor que de ellos recibia. El congreso catalan establecido á fines de 1809 seguia congregado, y ayudaba al general con celo y eficacia obrando á modo de potencia independiente, pues al distante y encerrado gobierno de Cádiz solo podia prestar y prestaba obediencia en el nombre. El mariscal francés Macdonald venido á suceder á Augereau, acosado por todos lados por la poblacion catalana, y teniendo que emplear sus fuerzas en guarnecer las conquistas hechas por sus predecesores, solo podia atender á conservar las ciudades ganadas, y principalmente á mantener abastecida de víveres y demás objetos necesarios para su seguridad á la plaza de Barcelona. Así iba consumiendo su ejército en diarias marchas y escaramuzas con escasa gloria y no mas provecho. Pero entretanto la fortuna favorecia en la misma Cataluña á su compatriota Suchet, que desde Aragon habia pasado á seguir la guerra en la parte Occidental y Meridional del principado. Su primer empresa en esta provincia habia sido el sitio de Lérida á que dió principio por órden recibida de su emperador en abril de 1810. El 23 del mismo mes se habia presentado O'Donnell con mas denuedo que prudencia á darle batalla á fin de compelerle á levantar el sitio; pero, no obstante su valor, acompañado de cierto grado de inteligencia y la bizarría que supo inspirar á sus tropas, hubo de ceder á la incontestable superioridad de sus contrarios, saliendo completamente vencido. Los vencedores, despues de su triunfo, apretaron el sitio, y aunque siguió defendiéndose la ciudad con teson, ganadas muchas de sus fortificaciones esteriores, al cabo el 13 de mayo hubo de ser entrada á viva fuerza. Perdida la ciudad se recogió la guarnicion al castillo, en-

cerrándose allí con ella gran parte del vecindario. Esta circunstancia hubo de servir de impedimento á la defensa de la fortaleza. Procedieron los sitiadores á combatirla y le arrojaron algunas bombas, con el intento de causar estrago é infundir temor en aquel reducido espacio lleno de gente. Faltó esfuerzo al gobernador García Conde para sostenerse, y cediendo al temor de los sitiados ó al suyo propio, pidió capitulacion, y al dia siguiente al de la toma de la ciudad puso en poder de los sitiadores el castillo. En O'Donnell, arrebatado y lleno de ambicion y de esperanzas, causó tal ira este suceso, que no vaciló en tachar en un documento público al general García Conde de traidor ó de cobarde. Suchet, ganada Lérida en Cataluña, pasó á sitiar la vecina plaza de Mequinenza, situada en Aragon, y de las pocas de aquel reino que estaban todavía por los españoles. El general francés Musnier dirigió con inteligencia y actividad los trabajos de este nuevo sitio, y como la ciudad no fuese de gran fortaleza, hubo de ser tomada en la noche del 4 al 5 de junio, recogiéndose la guarnicion á la ciudadela, que tres dias despues fué entregadá por su gobernador Don Manuel Carbon. Siguióse caer en manos del mismo ejército francés sin resistencia el castillo de Morella, el cual, si por el arte no era muy fuerte, lo era por la naturaleza en grado sumo, estando asentado en lo alto de una escarpada peña entre sierras, pero sin ser dominado por altura alguna, y dándole considerable importancia su situacion en los confines de Aragon y Valencia, dominando la region fragosa llamada el Maestrazgo. Cayeron al mismo tiempo en poder de las tropas francesas unas isletas llamadas las Medas, situadas en la embocadura del rio Ter. Tras de tantos triunfos de los enemigos hubo una á modo de suspension de hostilidades, preparándose los vencedores á empresas nuevas, y con no menos brios los vencidos á persistir en su resistencia con no disminuido empeño.

Por la parte occidental de España tambien ardia la guerra con mas ardor en unas que en otras partes. Ningun acaecimiento de nota señaló la campaña de aquella primavera y verano en Extremadurá, aunque ni aun allí cesaron de estar empuñadas y blandiéndose las armas. Tambien continuó libre y en paz Galicia, al paso que Asturias padecia contínuas invasiones. En la primera provincia un suceso horroroso apenas alteró la paz pública. El general de marina D. José de Vargas tenia el mando del Ferrol, y se hallaba tan escaso de dinero como solia estarlo el desdichado cuerpo de la armada española. De súbito, en aquellos dias de mal obedecer y poco respetar á la autoridad, y de desconfianzas que aumentaban la insolencia en los gobernados, se difundió la voz de haber algun dinero en las arcas, noticia con la cual se alborotó la mal pagada gente que dependia de la marina. Una turba de mujeres de la mas baja esfera con increible ferocidad se arrojó á casa del general, y pidiéndole pagas, y diciendo él que no tenia de qué dárselas, se echaron sobre su persona, y quitándole la vida ejecutaron en su cadáver las atrocidades acostumbradas en aquellos tiempos. Este hecho atroz, no orijinado de sospechas de traicion, quedó impune, ó poco menos, siendo uno de los que pintan la condicion de aquella época, y digno por lo mismo de mencion

en la historia. Ningun otro turbó la paz de Galicia, donde siguió lentamente juntándose un ejército, por no permitir mas actividad la distancia del gobierno, ni la escasez de recursos.

Pero en el mismo confin del territorio gallego iban adelante con vigor las hostilidades. La ciudad de Astorga, medianamente fortalecida, fué punto á que se dirigieron los franceses, tanto á fin de tener mas segura la entrada en Galicia, cuanto para asegurar mejor sus costados en la grande empresa que iban á acometer de conquistar á Portugal, y lanzar al mar á los ingleses; empresa cuya importancia merece que se dé de ella razon muy circunstanciada en la presente historia. El general Loison vino á intimar á Astorga á mediados de febrero, y empezó operaciones activas contra la plaza el 21 de marzo. Resistiéronse tan bien los sitiados, que merecieron la honra de que viniese el duque de Abrantes Junot á apretar el cerco de tan mezquina fortaleza, y aun así se dilató la resistencia, no entregándose la ciudad hasta el 22 de abril con una capitulacion honrosa, mal observada por los conquistadores.

Ahora es tiempo de referir los principios de la grande espedicion á Portugal, cuyas resultas tanto contribuyeron á la salvacion de la independencia de la Península. Vencedor Napoleon del Austria, habiéndola obligado á firmar una paz desventajosa, y forzados los ingleses á abandonar su inútil conquista de la isla de Flesinga, no quedando á Francia otro enemigo en el continente que los españoles y portugueses levantados y el ejército de su poderosa enemiga la Gran Bretaña, pasó el emperador de los franceses á su capital, y abriendo su cuerpo legislativo, en un discurso arrogante, cuyo tono soberbio estaba jus ificado por sus increibles victorias, declaró su instinto de pasar en breve á España á terminar aquella guerra, no considerándola ya del pueblo español, sino del ejército británico que ocupaba aquel suelo. «Cuando me presente, dijo, »allende los Pirineos, amedrentado el Leopardo (*) se arrojará al Océa»no, para evitar su vergüenza, derrota y exterminio. El triunfo de mis »armas será el del genio del bien sobre el del mal, el de la moderacion »del órden y de la moral sobre la guerra civil, la anarquía y las pa»siones malévolas. Confio en que mi amistad y proteccion restituirán á »los pueblos de España el sosiego y la ventura.» A estas palabras de notoria injusticia y falsedad es de creer que siguiesen las obras correspondientes; pero por desgracia del insigne varon que las pronunció, en este caso su amenaza no pasó de serlo. Nuevos proyectos de engrandecimiento de otra clase que el conseguido por las armas, distrageron su atencion de una guerra peligrosa mirada por él con desprecio!, faltándole en este caso su ordinaria prevision y su no menos constante activi-

(*) Por el leopardo ya se entiende que designaba Napoleon á los ingleses. Sin embargo en las armas de Inglaterra no hay leopardo, y sí por un lado un leon, y por el otro un unicornio. Era mania en el emperador francés caracterizar de leopardo al que no tiene de tal la menor traza, como si no quisiese dar el nombre de leon tenido por animal nobilísimo á su poderosa enemiga. Lo mas singular es que lo del leopardo picaba á los ingleses, al paso que por lo impropio los sorprendia.

dad. Queriendo dar firmeza á la par y estension á su poder gigante, y á su persona dignidad de otra clase que la altísima ganada por sus victorias y prodigiosos aciertos como gobernador y legislador, divorciándose de su mujer, compañera de sus primeros dias y de su sucesiva elevacion hasta el trono, pretendió y consiguió la mano de la hija del emperador de Austria. Tan alto é inesperado enlace admiró al mundo, y aun deslumbró á quien le contrajo, que, si en parte con razon, por otro lado con yerro, atribuyó á cálculo de una política juiciosa y sagaz un hecho en que la vanidad influia no poco. Las pompas de tan ilustre matrimonio ocuparon por algun tiempo la atencion de los franceses y del emperador mismo, atónitos los mas y celebrando aquel estraño aumento de gloria y fortuna, pero no faltando quienes vituperasen y temiesen, ya porque juzgasen inútil y pernicioso buscar á la grandeza personal el auxilio de la de la cuna, ya porque cediesen á una preocupacion francesa contra la alianza austriaca, ya porque previesen del monstruoso recien efectuado consorcio una falsa seguridad de donde podría venir en época posterior peligro y hasta ruina. Fuese como fuese Napoleon, desistiendo de su intento de pasar á España, encargó la expulsion de los ingleses de la Península á uno de sus generales, escojiéndole de los mas hábiles y afortunados, y asimismo de los que no habian hasta entonces estado en aquella guerra. Fué el elegido el mariscal Massena, célebre por sus campañas en Italia y Alemania, y por haber salvado en Suiza en 1799 con la señalada victoria de Zurich á la república francesa, puesta en inminente peligro. Dióse á este insigne caudillo un poderoso y lucido ejército, y se dictaron las providencias competentes para auxiliarle en la importante empresa encomendada á su arrojo, celo y pericia. Para el intento fué dividida España en gobiernos militares, y los generales encargados de estos quedaron siendo soberanos de sus respectivos distritos. José, á quien su título de rey solia dar deseos de serlo de veras, sin considerar que en sus circunstancias aspirar á tanto rayaba en locura, y los españoles empleados en el servicio del intruso monarca, mirando por el bien de su patria, y deseosos de cohonestar su propia conducta acreditándose de servir á España y no á un gobierno extranjero, reclamaron alta y vivamente contra esta providencia, que disgustó sobremanera hasta á los pueblos ocupados por el enemigo; bien que el disgusto de estos no se aplacaba con ver al trono ilegítimo independiente en la apariencia por mas ó menos breve plazo. Las représentaciones de su hermano, aunque fueron esforzadas por el marqués de Almenara, embajador de España en París, y por el ministro don Miguel José de Aozanza, enviado en embajada extraordinaria á representar contra actos que rebajaban la dignidad é independencia del trono y pueblo español, hicieron poco efecto en el ánimo de Napoleon, persuadido por un lado de que todo cuanto le facilitase vencer redundaría en provecho de José, y no acostumbrado por otra parte á respetar monarquías, que era su intento conservar en inferioridad y dependencia de su imperial corona. Así persistió en su propósito, causando no poco disgusto à sus parciales en España.

Componíase el ejército de Massena de los cuerpos 6.º y 8.º del ejérci-

to francés que ya estaban en Castilla, y del segundo que se le agregó de Extremadura, con tal aumento de fuerzas, que juntos componian la de sesenta y seis mil infantes y seis mil caballos. Tomada Astorga y ocupada Asturias, el costado derecho de este ejército estaba libre de enemigos, y por su izquierda le daba poco que temer el marqués de la Romana con sus tropas escasas en número y decaidas en aliento. A su frente tenia al ejército inglés de Lord Wellington inferior en fuerzas, aunque compuesto de buenos soldados. Dió principio el general francés á sus operaciones poniendo sitio á Ciudad-Rodrigo, cuya posicion, no obstante ser plaza de poca fuerza, hacia necesario poseerla á quien quisiese internarse con seguridad en el reino vecino. A principios de junio el 6.º cuerpo mandado por el mariscal Ney, que algunos dias antes tenia rodeada la plaza, empezó los trabajos del sitio, mientras el 8.º cuerpo mandado por Junot se mantenia á corta distancia situado en San Felices, y la caballería á las órdenes del general Mont-Brun se extendia por ambas márgenes del vecino rio Agreda. Casi á la vista se puso el ejército británico, cuyo cuartel general estaba en Viseo, poblacion de Portugal poco distante de la raya, y al cual vino á agregarse procedente del ejército de la Romana la division del general D. Martin de La Carrera. El sitio fué llevado adelante con vigor; pero no manifestaron menos los sitiados defendiéndose con un teson y acierto que si no los puso al par de los defensores de Zaragoza y Gerona los elevó á poco inferior altura, teniendo ademas que combatir con enemigo mas poderoso. Gobernaba la ciudad D. Andrés Perez de Herrasti, oficial antiguo de guardias españolas, y de prendas propias para señalarse en una defensa. Mas de un asalto dieron los franceses saliendo rechazados, y viendo serles dificil la expugnacion de la ciudad, aumentaron el fuego de su numerosa artillería, causando con ella extragos horrorosos. En mas de una salida se distinguieron gloriosamente los sitiados, dando pruebas así como de valor de habilidad, y volviendo á veces triunfantes y siempre con honra. Eran grandes la ira y clamores de los españoles al ver que el general británico impasible casi presenciaba aquel espectáculo, sin dar paso alguno para socorrer á Ciudad-Rodrigo. Pero Lord Wellington, en quien era la firmeza de carácter prenda sobresaliente, no se dejó mover por imprudentes reconvenciones y quejas, persuadido de que para la salvacion de la Península eran necesarios aquel y aun algunos mas dolorosos sacrificios. Así la ciudad sitiada, despues de dilatar su defensa hasta el 10 de julio, en este dia, no pudiendo ya continuarla, se entregó al mariscal Ney por medio de una capitulacion honrosa. Dueños de Ciudad-Rodrigo los franceses, se apoderaron del fuerte de la Concepcion y de otros lugares de menor importancia, é invadieron á Portugal llenos de las esperanzas mas alegres. Separóse con esto el general La Carrera del ejército británico y se volvió al de la Romana, el cual habia procurado en balde inducir al general inglés á aventurar una batalla en defensa de Ciudad-Rodrigo. Lord Wellington que tenia ya formado el plano de su campaña, fiel á su propósito comenzó sus operaciones defensivas con el éxito de que se dará razon mas adelante.

Poco próspera se mostraba la fortuna á la causa de la independencia española en aquellos momentos, y sin embargo el gobierno, encerrado en la isla Gaditana, obraba como si España estuviese á su obediencia, y la poblacion de aquellos lugares pensaba del mismo modo, extendiéndose esta opinion fuera de aquel recinto á las numerosas clases, de quienes vivian en el territorio dominado por la fuerza enemiga. Así se atendia no solo á los cuidados de la guerra sino á otros de distinta especie, útiles solo suponiéndose que España hubiese de cobrar su independencia. El consejo de regencia que residió algunos dias en la isla de Leon, se habia trasladado á la ciudad de Cádiz, no por creerse allí mas seguro, sino porque su presencia oscurecia y contenia la dignidad y autoridad de la junta su émula. Siendo este gobierno compuesto de menos individuos que la junta central, tenian con él algun mas poder é influjo sus ministros. D. Eusebio Bardagí y Azara, vuelto de su legacion en Viena donde habia acreditado mas celo que perspicacia, fué encargado del despacho de Estado, ó sea de Negocios Extranjeros, y asimismo por algunos dias del de la Guerra. Habia desempeñado varios ministerios á una el marqués de las Hormazas, empleado antiguo de muy mediana capacidad, á quien el acaso y el general desconcierto llevaron y mantuvieron en tal encumbramiento en dias de grave apuro cuando hombres de mérito eminente apenas alcanzarían á hacer frente á los peligros del Estado. En su manejo de los negocios extranjeros Bardagí se mostró complaciente por demas con la Inglaterra, acorde en esto con el general Castaños; pero no sacrificándole cuestion alguna importante, ni sin que mereciese disculpa una complacencia dictada por las circunstancias. En el despaho de la Guerra el mismo ministro cedió un tanto á preocupaciones vulgares, favoreciendo á las partidas de guerrilla, y protejiendo á caudillos ignorantes y atrevidos. Vióse una prueba de esto en un suceso poco notado de los historiadores de la guerra de España, y de que se juzga conveniente hacer aquí mencion para pintar con fidelidad el estado de los ánimos y opiniones en aquellos dias, no siendo de temer que se deslustre la gloria de España en su resistencia al inmenso poder francés, porque en el modo de llevar á cabo su heróico propósito anduviese como en otras cosas del mundo mezclado lo ridículo con lo sublime. Un oficial llamado D. Mariano Renovales habia estado en el segundo sitio de Zaragoza, y quedando prisionero cuando cayó la ciudad en poder del enemigo, logró despues ponerse en salvo. Estando dotado de alguna intrepidez y de no poca presuncion, se metió en unos valles de los Pirineos y los sublevó contra los franceses á mediados de 1809. Un general francés que mandaba en aquellas cercanías, antes de pasar á reducir á la obediencia á los sublevados, escribió á su caudillo unas cartas para disuadirle de hacerle resistencia. Respondióle Renovales, llevándole la pluma, segun cuentan un fraile, en dos escritos pedantes donde le citaba á Voltaire y á Rousseau para juntificar la defensa de la independencia española; escritos que no obstante su ridiculez fueron citados con elogio en la Gaceta de oficio de la junta central residente á la sazon en Sevilla. La sublevabion de que se vá haciendo ahora referencia, fué pronto

sofocada, y Renovales huyó, sin haber hecho los esfuerzos á que parecia resuelto en sus altisonantes frases, si bien no con cobardía, no siéndole posible salir bien de su descabellada empresa. Vínose á Cádiz el fugitivo, y logró persuadir al gobierno y al ministro interino de la Guerra de que era hombre á propósito para sublevar contra los franceses las provincias septentrionales de España en que él mismo habia nacido. Preparóse, pues, una expedicion de que Renovales habia de tener el mando, y se hicieron los preparativos con no poca costa, ayudando á ellos con fervor los ingleses, á quienes la desconfianza de los ejércitos regulares españoles, excesiva por ser llevada al extremo, inducia á mirar con favor á los guerrilleros ó á oficiales que con estos tuviesen semejanza. Persuadido sin duda el general de la nueva empresa de que su pluma valia tanto cuanto su espada, y ensoberbecido con el aura popular de las primeras composiciones salidas á luz á su nombre, preparó para su expedicion varias proclamas impresas por órden del gobierno en la imprenta Real y lastimosos ejemplos de la locura à que llevaba en aquellos dias el orador patriótico hoy caidos en el olvido. En una de ellas, despues de amenazar à los franceses y sus partidarios, con actos de cruel barbarie, estampaba la singular frase siguiente: «por consiguiente, ya se acabó la humanidad,» y en otro ó el mismo escrito, refiriéndose á la preocupacion vulgar que suponia al intruso monarca dado con demasia al vino y le apellidaba José Botellas, se le nombraba con este indecente apodo, á que iba aneja una llamada á nota, y al pie en vez de esta una muy mal hecha figura grabada que representaba al mismo personaje con un vaso de vino en la mano y medio cayéndose de resultas de su exceso en la bebida. Solo resta decir que à tan desvariados preparativos correspondieron algunos meses despues grandes desastres. La expedicion de Renovales, llevada á efecto à entradas del otoño en los mares tempestuosos de la costa cantàbrica, tuvo que luchar con las tempestades y con los enemigos. Perdióse una fragata de guerra con su tripulacion entera y las tropas en ella embarcadas; otros buques fueron dispersados por el temporal, y los pocos soldados que desembarcaron fueron ahuyentados y destrozados por los franceses, causando esta empresa puramente calamidades á quienes en ella iban, y à los pueblos que les sirvieron de teatro gran desperdicio, así como de sangre, de dinero. Tambien escapó esta vez Renovales, en quien habia fé en medio de sus yerros, siendo su fortuna estar destinado á hacer varios papeles con no muy feliz suerte y bastante dudosa fama.

Otro paso se dió aquellos dias en que el mismo Bardagí en su calidad de ministro de Estado tuvo alguna parte; pero fué al fin para deshacer una obra mal empezada, é imposible de llevar à feliz remate. El duque de Orleans, que hoy reina en Francia con tan sólida gloria y fortuna con el nombre de Luis Felipe, vivia en Sicilia casado con una hija del monarca napolitano, que lanzado de su trono se mantenia en aquella isla protegido por el mar y por las armas de la Gran Bretaña. La fama de este príncipe se hallaba entonces algo oscurecida, olvidados los grandes sucesos en que fué actor; pero habia quienes recordasen que en sus primeros

años se habia acreditado de valiente; que habia manejado las armas en defensa de su patria; que instruido y no falto de talento desde su primera juventud, se habia perfeccionado en la escuela del infortunio; y que, si bien haber llevado la escarapela republicana, asi como la memoria de los yerros y delitos de su padre, le habian hecho odioso á los partidarios de la monarquía, al cabo estaba reconciliado con ellos y con los príncipes de su estirpe; y las acciones mismas, que á los ojos de un partido francés eran abominables, redimian en gran parte la calidad de ser Borbon en el concepto de otros menos apasionados á los personajes de la rama mayor de la misma familia. Discurrieron, pues, algunos que la presencia del duque de Orleans en los ejércitos españoles podría ser conveniente; idea errada en verdad en aquellos dias, cuando en Francia no habia quien osase manifestarse desafecto al emperador, y en España ser francés era calidad poco agradable al vulgo; y ser príncipe extranjero disgustaba á los que bastante tenian con los propios, y haber sido general republicano era una mancha, segun el modo de pensar de los amantes de la monarquía. Sin reparar en esto y en que del duque se sabia poco para que tuviese valor su nombre, D. Francisco Saavedra, uno de los del consejo de rejencia, aun antes de entrar á serlo, y en los últimos dias de su estancia en Sevilla habia concertado con otros personajes la venida del príncipe à España. Fué diputado á Sicilia para traerle D. Mariano Carnerero, muy de la confianza de Saavedra, aun en los primeros años de su mocedad conocido hasta entonces como literato y mediano crítico, y poeta agudo; travieso, y con mas sagacidad que la que su edad prometia. Accedió desde luego el de Orleans à la propuesta, y embarcàndose con Carnerero, se apareció à vista de las costas de Cataluña. Alborotáronse los catalanes con aquella venida inesperada que no llevaron á bien el general O'Donnell ni la junta, casi ignorantes de que se esperase á tal personaje, inciertos de lo que habrían de hacer con él, y nada dispuestos á entregarle el mando. Vista la disposicion de los ànimos, no insistió el de Orleans en estarse en Cataluña, lo cual sin duda tampoco se le habría consentido. Volvió, pues, la proa á Càdiz, á donde aportó y desembarcó en seguida, no causando menos admiracion por no ser esperada la venida de tan singular huésped. Hiciéronsele con todo medianas honras, no tantas como debería esperar un príncipe de la casa de Borbon en los estados que obedecian á un rey su pariente, y en que no habia á la sazon personaje alguno de su elevada clase. Pero ocurrió desde luego la dificultad de no haber colocacion en España para persona tan alta. Los ingleses, cuyo influjo era tan poderoso, le miraron con recelo creyéndole menos fácil de manejar que un gobierno compuesto de meros particulares. Saavedra, solo contra sus cuatro colegas, no se atrevió á sostenerle, à pesar de haberle llamado, y Bardagí entró con él en contestaciones, si bien respetuosas, ofensivas á la dignidad de un hombre por cuyas venas corria sangre de reyes. Por otra parte ningun miramiento ni respeto podia alcanzar á satisfacer á quien conocia que su presencia, estando despojado de toda autoridad, le hacia representar un papel harto desairado. Detúvose, sin embargo, el duque de Orleans en Cádiz algunos meses, siempre descontento y quejoso, pero sin quererse

volver, y allí estaba todavía cuando congregándose las córtes ocurrió con él un lance de que se darà razon mas adelante.

En tanto la regencia no sabia cómo eludir la convocacion de las córtes que se le seguia pidiendo de un modo apremiante. Procuraban en balde volver las cosas á los tiempos antiguos, no siendo lo posible hacer en el lugar donde se hallaba, las veces de un rey en su palacio. En el dia de San Fernando, 30 de mayo de 1810, tuvo córte para festejar al rey cautivo. Aunque tenia algo de tierno aquella pompa, en que un gobierno reducido al recinto de una isla bloqueada, representaba á un rey prisionero, y en que una nacion en compendio sostenida por la opinion general del pueblo dominado y opreso le rendia tributos de amor y reverencia, la escena, falta del brillo de una corte vino á ser ridícula por un incidente en ella ocurrido. El marqués del Palacio, general y hombre estrafalario, de cuyas singularidades algo se ha dicho y habrá que decir mas despues en el discurso de esta historia, deseoso de manifestar su horror á las novedades, vistió con superior permiso á unos cuantos soldados de caballería con traje del llamado vulgarmente á la española antigua, aunque usado solo en cierta época en España; y al frente de aquella gente disfrazada, cuyas trazas eran de cuadrilla de máscaras ó de comparsa de teatro, se encaminó al lugar donde tenia su córte la rejencia, y dejada á la puerta la escolta, con su vestido igual al de esta penetró en el salon, donde calándose sus anteojos, leyó un discurso en malos versos, exhortando á renovar las costumbres de nuestros mayores, imitándolos hasta en el vestido y porte. Daban realce à la escena y à la arenga la alta y membruda persona del orador, y su voz hueca y extraños modos. Oyóle la rejencia con seriedad; reprimieron su risa los circunstantes, y saliéndose el marqués no pasó á mas aquella funcion, episodio de los muchos singulares que ocurrieron en una época famosa à la par por sus glorias y por sus rarezas.

Lejos de renovarse la España antigua, iban los negocios encaminándose á la creacion de una España nueva que, nacida entonces y sofocada despues una vez y otra, en mas de una ocasion ha resucitado y hoy vive. La regencia hubo al fin de ceder à los ruegos que se le hacian convocando la córtes para el mes de setiembre. Precedió á este paso dado por aquel gobierno con repugnancia suma habérsele recordado mas de una vez la obligacion que de darle tenia contraida, y si bien se miró como osadía hacer semejante recuerdo, y á algunos de estos atrevimientos, respondieron con aspereza y amenaza los regentes; la fuerza estaba de parte de los suplicantes que reprimidos flojamente insistian en su empeño. En alguna ocasion hubieron de tener miedo los mas acalorados en provocar la reunion del cuerpo apetecido, tanto que D. Alvaro Florez Estrada, citado en la presente obra como de los principales promovedores del primer alzamiento de Asturias y extremado en sus ideas en punto à la libertad política, hubo de huir á Inglaterra temeroso de ser preso. Otra vez el insigne político é historiador conde de Toreno, á la sazon muy en su primera juventud, se apersonó en el palacio de la regencia llevando la voz de los que pedian la pronta celebracion del congreso, y tuvo una reyerta con el obispo de Orense, en que el prelado dió muestras de terco y habla-

dor, y el conde de la petulancia propia de los pocos años. Vínose al fin al punto deseado, en que algunos veian un medio de coadyuvar al buen éxito de la guerra, presentando como objeto de su terminacion y premio dado al pueblo español por sus esfuerzos el establecimiento de una forma de gobierno, donde los derechos de los gobernados sirviesen de barrera á las demasías de los gobernadores, y la libertad dada á la expresion del pensamiento trajese consigo ilustracion y mejoras, al paso que otros condenaban la idea de encaminar por tal via la defense del altar y del trono, en su sentir único propósito justo y asimismo verdadero del pueblo español en su alzamiento; no faltando unos pocos de opiniones medias inclinados á aprobar la reunion de las cortes y la introduccion de moderadas reformas y novedades pero recelosos de que fuese intempestiva una mudanza á la cual habrian de seguir y acompañar desde luego desavenencias y discordias. Eran asimismo muchos los que clamaban por cortes sin alcanzar lo que ellas habrían de traer consigo, ó presumiendo que se contentarían con hacer pocas y útiles innovaciones. Pero á pesar de lo que discordasen los pareceres, nadie proponia un medio de evitar la reunion de las córtes, ni acaso lo deseaba. Fuera de esto era comun opinion que habría de salir de las córtes un remedio eficacísimo á todos los males públicos, siendo propio de los españoles en aquellos dias, como lo es de los pueblos inexpertos, esperar de las leyes prodigios de ventura.

Al expedir el consejo de regencia la convocatoria mandó hacer la eleccion de los diputados con arreglo al decreto dado por la junta central, y no pensó en convocar al cuerpo llamado de dignidades. Influyeron varias circunstancias para inducir al consejo de regencia, nada inclinado al gobierno popular, á fovorecer así á la democracia, harto mas que la junta central acusada y con algun motivo de inclinacion á ideas nuevas y reformadoras. Pero entre quienes deseaban con ardor y sinceridad las córtes, los mas las querían compuestas de un cuerpo solo que sin trabas y embarazos se arrojase á hacer grandes reformas, y entre los de otras opiniones algunos eruditos pedantes solo veian que las córtes de Castilla, si bien compuestas de tres brazos, deliberaban en un cuerpo solo, y proponian no apartarse del modelo antiguo; y unos pocos con refinada malignidad se prometian que un cuerpo solo compuesto de los diputados del pueblo, no teniendo la dignidad que otro donde tuviesen asiento personajes de superior esfera, ó saldría flaco en poder, ó por sus imprudencias se precipitaría hasta llegar á perderse.

Ahora vendrá bien explicar circunstanciadamente, aun á costa de repetir algo de lo antes dicho, cómo se llevó al fin á efecto la eleccion de los que compusieron las primeras córtes generales del reino. Conservóse á las ciudades de voto en córtes el derecho de enviar á ellas un procurador ó diputado, el cual, segun el uso antiguo, fué elegido por el ayuntamiento. Dióse igual derecho á las juntas de provincia en premio de los servicios que habian prestado á la causa de la patria. Dispúsose ademas que el pueblo eligiese un diputado por cada cincuenta mil almas, concurriendo á esta eleccion toda la poblacion de España, sin escepcion de las ciudades

que enviaban diputados por su propio derecho. La primera votacion era por sufragio casi universal, gozando del derecho de elegir todos los españoles de mas de veinte y cinco años no empleados en servicio doméstico, ni procesados ó fallidos, ni deudores á los fondos públicos, ni sobre quienes hubiese caido una pena infamatoria sin haberse rehabilitado. Pero esta muchedumbre solo nombró en las respectivas parroquias electores llamados de partido, los cuales, pasando á lugares destinados al intento, nombraron segundos electores llamados de provincia. Estos últimos, reunidos en la capital de la suya, ó en diferente lugar señalado al intento en razon de no permitir otra cosa los sucesos de la guerra, nombraron á los diputados. Por medio de esta triple eleccion, si los primeros electores eran mas numerosos, los últimos y verdaderos venian á quedar reducidos á muy corto número. Para ser diputado no se necesitaba calidad alguna fuera de las exijidas para ser elector en punto á edad y exencion de tacha. Así la revolucion de España, empezada por todas las clases en comun; no resistida ni tampoco capitaneada por la superior parte de la nobleza, que la miró con favor, y coadyuvó á ella con celo; popular en alto grado en sus formas y modo, cuando no en sus fines; en la cual obtuvieron el mayor influjo en la opinion escritores cuyas ideas eran las de la revolucion de Francia, si bien en sus primeras y mas templadas doctrinas; y mezclando con todo esto ciertas ideas antiguas, y las de intolerancia religiosa, aunque muy mitigada, iba á dar de sí una representacion nacional en que todas las clases estuviesen confundidas, y de que saliesen las doctrinas francesas de 1780 reducidas á leyes interpoladas con una ú otra antigualla española, y al aplicarlas teniendo resultas muy diferentes de las que habian tenido allende los Pirineos.

Obedeciendo España al mandato de su gobierno, llegó á tanto el entusiasmo patriótico del pueblo, que por vericuetos y despoblados, aprovechando los parages donde se podia ir á votar, acudia á celebrar las elecciones que, si en punto ninguno, salvo en Extremadura, Galicia, Valencia y Murcia, pudieron ser hechas con todas las formalidades dictadas por la ley, salieron sin embargo llevadas á efecto con no corto grado de perfeccion y legalidad; siendo justo afirmar que expresaron la voluntad de la nacion española en aquellos dias, ni mas ni menos como lo habrian expresado, si libre el territorio por aquel método de elegir hubiesen sido generales y en los parajes debidos las votaciones.

Pero habia mas de una provincia de España donde no era posible hacer eleccion que tuviese ni aun mediano grado de regularidad. Para obviar este inconveniente, se discurrió en la residencia del gobierno supremo un medio por donde en las próximas córtes todas las provincias de España tuviesen voz y voto, estando representadas, no con el número de diputados que por su poblacion las correspondia, pero sí por algunos, y suponiéndose, no sin motivo, que su voluntad presunta no se desviaría mucho de la real y verdadera. Fué el arbitrio elegido congregar en Cádiz á los forasteros allí residentes naturales de las provincias ocupadas en todo ó en su mayor parte por el enemigo, y hacer que elijiese cada cual un suplente que la representase en las córtes, ínterin podia procederse

en ella á una eleccion menos imperfecta. No fueron, sin embargo, casi todas las provincias de España representadas por esta clase de diputados, á los cuales se dió el título de suplentes, aunque con falsedad se haya dicho asi mas de una vez para suponer que en las córtes era el mayor número de personas no nombradas por eleccion legítima, aun sin contar con que nombrando solamente un representante cada una de las provincias ocupadas, y las libres tantos cuantos le correspondian, estos últimos excedian mucho en número à los primeros,

Procedióse en Cádiz á las elecciones. De las que se hacian por los refugiados á aquella ciudad en nombre de sus provincias, hubo de llamar especialmente la atencion la de Madrid. Congregáronse al intento en el patio del edificio destinado á hospital de mujeres de la misma ciudad los naturales ó vecinos de la provincia donde está la capital de la monarquía, y que lleva su nombre; formando un gremio no poco crecido. Asistian los gaditanos y los de otras partes de España con curiosidad y empeño á aquel espectáculo nuevo, en el cual ocurrieron con motivo del juicio de tachas algunos incidentes singulares. Resultó con general sorpresa elegido para diputado suplente por Madrid D. José Zarraquin, relator del consejo real, sugeto no falto de ilustracion ni apegado al sistema de la antigua monarquía, pero de escasa nota y fama hasta entonces, no obstante ser digno de aprecio, siendo muy de admirar que en él recayesen los votos, cuando por su clase, por sus empleos ó por su celebridad literaria muchos de su provincia debian al parecer haberles sido preferidos. A la eleccion por Asturias celebrada en un aposento pequeño de la misma casa, dió celebridad la clase de los electores, y quien vino á ser elegido. Eran varios de los asturianos residentes á la sazon en Cádiz personajes de no comun mérito y reputacion, distinguiéndose entre ellos el conde de Toreno, á quien su poca edad no permitia aun ser diputado, y D. Agustin de Argüelles, y por la opinion opuesta el conde del Pinar. Presidia este último la junta electoral, no sin dar muestras de desabrimiento y de deseo de avasallar á los presididos; pero estos le resistieron con valentía, á punto de obligarle á apodarlos á media voz de jacobinos pero bastante alto para no escaparse sus palabras á la noticia del auditorio. Fué elegido diputado suplente por Asturias Argüelles, á quien tocó ir á representar en el teatro de un cuerpo deliberante, nuevo para él y para su patria, uno de los principales papeles, y aun puede decirse el primero.

Tambien por las provincias ultramarinas fueron nombrados suplentes hasta que llegasen los diputados que se les habia mandado elegir, tocando varios á algunos de los mas extendidos vireinatos ó de las mas poderosas capitanías generales de aquellas apartadas regiones. Pero cuando así daba la madre patria pasos para sacar á los americanos y asiáticos de la clase de colonos, los primeros iban dando principio á la obra de emanciparse de la potestad de la metrópoli hasta llegar en adelante por sus pasos contados á ser potencias independientes. Bien será dar una idea en breves palabras de estos sucesos que han dejado á lo monarquía española despojada de las inmensas opulentas posesiones descubiertas y

ganadas por el valor é ingenio de sus hijos, siguiendo á un extranjero, cuya gloria es en parte de España tambien, por haberle creido, ayudado y adoptado.

La junta central, cuando tuvo noticia de haberse declarado la América española por la causa sustentada por la España antigua, dió á los americanos altas alabanzas, y les hizo magníficas promesas. Declaróse ser los paises de la España de Ultramar no colonias sino parte integrante de la monarquía. Dispúsose que de ella viniesen diputados á representarla tomando asiento en la junta. Decretóse que en las futuras córtes la América y Asia española, estarían representadas por cierto número de procuradores elegidos por algunos ayuntamientos. Prometia la madre patria mas que lo que podia cumplir, ó decretaba máximas abstractas contradichas por la práctica, sin pensar ni por asomo en ajustar la segunda á las primeras. Así no habia de ser lícito á los españoles americanos ó asiáticos, como lo era á los europeos, comerciar con las naciones extrañas, recibiendo, ni aun á trueco de pagar subidos derechos, de primera mano sus mercaderías. Así el número de los diputados que aquellas regiones habian de enviar á las córtes, habia de ser harto menor respecto á su poblacion que el de los elegidos por las provincias de Europa. Ni los elegidos podian serlo de la misma manera que en el continente antiguo. Por generosa que fuese España, no era ni justo ni posible que se convirtiese en dependencia de tierras que antes lo eran suyas, ni que, quebrantando reglas antiguas todavía generalmente observadas, renunciase al monopolio comercial que ejercia en los paises que habia conquistado. Por esto si en sus halagos á los americanos no llegó á prometerles imposibles, ni á despertar esperanzas locas para burlarlas en seguida, les dió un pretexto de queja y de acusarla de inconsecuente por no cuadrar sus disposiciones con las máximas que promulgaba. Durante el gobierno de la junta central habia indiscreta profusion en repartir empleos, y se proveian infinitos en América, dándose á gente de escaso valer y europea casi toda. Los americanos, á pesar de algunos espíritus inquietos que los incitaban á tomar las armas contra su patria, no querían exponerse á una lid reñida por ir en busca de una independencia, para gozar de la cual estaban poco ó mal preparados.

Por otro lado los personajes á quienes tenia el gobierno encomendados los mandos principales de aquellas distantes posesiones, eran casi todos generales viejos, si honrados y pundonorosos, nada capaces de hacer frente á apuros imprevistos, propios en suma para ser poco temidos por los americanos deseosos de revueltas, y que ninguna seguridad daban á la España peninsular de que, sobreviniendo un peligro, le conservasen aquellos dominios importantes. Los ingleses, aunque aliados de España y con empeño en que no padeciese su causa hasta quedar perdida por falta de los auxilios que recibia de América, recelosos por otro lado de ver caer al cabo la Península bajo el yugo francés, y no llevando á mal que aun terminada la guerra en favor de la independencia española, quedase la Península desapojada de sus posesiones ultramarinas, halagándolos por otra parte el deseo de hallar mercados para sus géneros, y no

viendo al gobierno español en disposicion ni posibilidad de abrirle el de sus colonias, atizaban en estas el fuego, preparándolas, en caso de ser España de Napoleon, á erigirse en estados independientes, y en todas circunstancias á proporcionar á las fábricas británicas un lugar donde se despachasen sus productos. Los anglo-americanos, cuyo gobierno no habia reconocido al de la España sublevada aunque tampoco al de José, llevados por razones de su política contraria á la de Inglaterra á no reconocer en los españoles amigos de la Gran Bretaña el derecho de insurreccion á que la república de la América septentrional debia su origen, tambien y con mas empeño y descaro, no estando ligados con el gobierno de la Península por vínculo alguno, incitaban á la América meridional á separarse de Europa, previendo en esta separacion un medio de ejercer ellos en los negocios del nuevo mundo un influjo predominante. Tantas causas juntas tenian hacinados materiales para un incendio, faltando solo una chispa que le produjese, y sirvió de tal la noticia de haber invadido los franceses las Andalucías, y disuéltose la junta central, gobierno reconocido de la España europea y americana. Como en los ánimos de los españoles de Ultramar no menos que en los de los europeos ardia el odio á los franceses, y como además no se ocultase á los americanos que, dominada España por el señor del continente y los mares por la Gran Bretaña su enemiga, tendrían que elejir entre la independencia ó una suerte desgraciada de separacion del comercio del mundo, era general la disposicion á no seguir dependiendo de la Península, si el rey intruso llegaba á gobernarla. Aprovecharon esta ocasion hombres en quienes un arrebatado é irreflexivo amor á la independencia, ó un deseo de medrar hasta remontarse á los primeros puestos de un Estado nuevo, llevaba á desatender cualesquiera otras consideraciones. Estando así las cosas, en Caracas, donde residia el capitan general y gobierno supremo de los vastos estados de Venezuela, al llegar la noticia de las victorias de los franceses y disolucion del gobierno español en 19 de abril de 1810, alterándose el público sosiego, se pusieron al frente del pueblo alborotado los que aspiraban á la independencia. D. Vicente Emparan, que con el título de capitan general gobernaba aquella provincia, cogido de sorpresa, entrado en años, valiente para circunstancias ordinarias, pero desigual á la grandeza de sucesos imprevistos y de extraordinaria magnitud, así como falto de fuerzas suficientes para dar á respetar su autoridad, no pudo ó no supo contener la sublevacion, y se dejó pacíficamente despojar del mando. Recayó este en el ayuntamiento, que dominado por los fautores del alboroto se declaró junta suprema de aquella provincia, agregándose algunos vocales mas elegidos entre las cabezas de la sublevacion. Las pocas tropas que allí habia, cuyos oficiales y soldados en gran número eran naturales de aquel pais, tomaron partido con los levantados. No así la audiencia, compuesta de majistrados españoles, la cual desde luego dió muestras de intentar ó poner á aquel movimiento los obstáculos legales de que podia disponer únicamente. Aunque en aquella provincia habia hombres deseosos de declararse desde luego emancipados de la potestad del trono español, viviendo allí

no pocos de aquellos con quienes habia contado el general Miranda para ayudarle en sus expediciones, de que se ha dado razon en la presente historia, eran estas gentes escasas en número y poder, y hubieron de apelar al artificio, contemporizando con la opinion reinante, seguros de que al cabo una vez establecido un gobierno no habría de renunciar su poder ni para sujetarse al cetro de un monarca. Así la junta áunque titulándose suprema é independiente, alegaba por motivo de su formacion y existencia la necesidad de salvarse de la dominacion francesa; no haber gobierno en España disuelto el de la junta central; estar toda la Península ocupada por el enemigo y en peligro inminente de caer bajo su yugo la corta parte todavía libre; y que asistia á las provincias españolas de allende los mares igual derecho que á las europeas para elejir una autoridad que á nombre del rey mirase por su salvacion y las gobernase. La nueva junta, como las de provincia de España, se declaró representante del cautivo Fernando VII, á cuyo nombre comenzó á gobernar, declarando con inútil doblez que á la vuelta del rey á España, si se verificaba, ó en caso de establecerse en la Península un gobierno con córtes, donde fuesen legítimamente representadas las Americas, se desprendería de la autoridad de que se habia encargado. Agregóse á esto la promesa de que continuaría Venezuela viviendo en amistad y alianza con la España europea, y aun dándole auxilio en sus esfuerzos para defenderse del enemigo que intentaba dominarla. Mal podia con todo encubrirse el objeto de aquellos sucesos, cuyo paradero infalible habia de ser ó quedar sujeto el levantamiento, tratándosele como una rebelion, ó constituirse una nueva potencia americana. Así fueron pocos los engañados, aunque algunos procurasen serlo, y otros lo aparentasen. El depuesto general Eupetram fué obligado á embarcarse, é igual suerte se dió á la audiencia. Quedó con esto separado desde entonces de la obediencia á la Península, aun cuando por breve plazo volviese á ser reducida á ella por conquista la mayor parte del territorio de Venezuela. Sin embargo, Coro y Maracaibo, donde el gobernador D. Francisco Miyares acertó á mostrar mas firmeza, se mantuvieron obedientes al gobierno español, poniéndose en estado de hostilidad con los demas distritos de la misma capitanía general, que siguieron el ejemplo dado por Caracas.

Casi la misma coincidencia que habia habido en los sucesos de las diferentes provincias de España en la época de su primer alzamiento en 1808 hubo en América en el tiempo de que se vá ahora tratando, pues sin concierto previo, reinando en los ánimos las mismas disposiciones, vino á tomarse en puntos entre sí muy distantes una determinacion igual ó parecida. En Buenos-Aires sobre las causas generales productoras de inquietud en la España ultramarina causaban desasosiego ó incitaban á la rebelion las maquinaciones de la infanta Doña Carlota, cuyo esposo príncipe del Brasil estaba gobernando aquel imperio en el nombre de su madre anciana y demente. Así la monarquía portuguesa, convertida por los sucesos de la Península en americana, obraba con no menos poderoso y fatal efecto que la república de la parte septentrional del mismo continente en la empresa de arrebatar á su metrópoli las colonias españolas. Tambien habian

dejado en Buenos-Aires los ingleses, cuando por algunos meses tuvieron aquella ciudad en su poder, arraigada en los ánimos de varios naturales la idea de separarse de España enemiga entonces de Inglaterra. Así al llegar las nuevas de las desdichas ocurridas á los españoles en enero de 1810, causaron en el Rio de la Plata el mismo efecto que en Venezuela. Hubo, pues, agitacion, alboroto, creacion de junta. El virey D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, escaso de luces y de firmeza, no solo no hizo resistencia à los planes de los alborotadores, sino que dió su consentimiento para la formacion de la nueva autoridad, y aun por breve plazo se dejó poner à la cabeza de la junta con el título de su presidente. Pero le duró poco su nueva dignidad, siendo separado de su puesto y enviado fuera. La junta de Buenos-Aires instaurada en el mismo mes y año que la de Caracas obró como ella, proclamando de nuevo à Fernando VII, declaràndose su representante, ofreciéndose à sujetarse à él si volvia à su trono, suponiendo, sin embargo, à los españoles peninsulares ya del todo sujetos al poder francés, y al mismo tiempo prometiéndoles con notable contradiccion auxilios para sostener la guerra. Montevideo dependiente del vireinato de Buenos-Aires, pero ciudad rival de la en que residia el virey, estuvo à punto de crear una junta y separarse de España; pero al saber que eran falsas las noticias esparcidas de estar la Península toda sujeta à Napoleon, y que al revés existia un gobierno de la nacion española en la isla Gaditana, determinó seguir obediente á este, contribuyendo à mantenerla en la fidelidad su desafecto à la capital vecina. En las provincias interiores del vireinato de Buenos-Aires D. Santiago Liniers levantó la bandera española resuelto à conservar aquellas regiones à España à todo trance. La junta de Buenos-Aires, sin arredrarse por el aura popular de que gozaba el antes salvador de aquel pais venido à ser su contrario, dispuso emplear las armas para sujetarle, logràndolo como à su tiempo se verà, y usando con bàrbara injusticia de la victoria, no sin echar un borron sobre su fama.

Poco despues el vireinato de Nueva Granada se declaró igualmente contra España, formàndose en su capital Santa Fé de Bogotà en 22 de julio una junta suprema de gobierno tambien à nombre de Fernando VII como las demas del continente Americano. El virey D. Antonio Amat fué depuesto y hubo de retirarse. Siguióse imitar las provincias dependientes à la capital en su alzamiento, y nacer de allí à poco entre los distritos levantados desavenencias, discordias y hasta guerra civil, perpetuada allí con pocos dias de respiro hasta el momento presente.

Otro sesgo tomaron los negocios en el vasto y rico imperio de Nueva España. Estábale gobernando en calidad de virey en 1808 el teniente general D. José de Iturzigaray, cortísimo de alcances y entrado en años, cuando le llegaron las noticias del primer levantamiento de España contra los franceses. Prestóse con docilidad á obedecer á la junta de Sevilla; pero, siendo débil así como en ingenio en fortaleza, hubo de dar oido favorable á proposiciones de crear en Méjico una junta, acaso no encontrando reparo en que allí se hiciese lo que en las capitales de España. Los españoles europeos allí residentes sospecharon este proyecto,

suponiéndole quizá mas adelantado que lo que estaba, y dando ellos un ejemplo de rebelion para estorbar la proyectada por los criollos, y encendiendo mas el odio que entre ellos y los naturales de América ardia siempre aunque oculto, el cual empezaba á asomar y crecer favorecido por las circunstancias; con las armas en la mano en 16 de setiembre de 1809 se echaron sobre el personaje representante de la autoridad real, y le depusieron de su dignidad llegando hasta prenderle. Cuando estos sucesos vinieron á conocimiento de la junta central, este gobierno hubo de pasar por lo hecho, aunque sin darle aprobacion expresa, y nombró por virey interino al arzobispo de aquella diócesi D. Francisco Javier de Lizana; cosa no insólita en Ultramar, donde eclesiásticos habian ejercido aquel cargo político y aun militar en cierto modo, pero mal apropiada á una época muy diferente de aquella en que el clérigo inquisidor La Gasca habia pacificado el Perú puesto en rebelion, y aun ya desemejante del tiempo en que un arzobispo convertido en guerrero habia defendido de los ingleses dueños de Manila al resto de las Filipinas. Sin embargo, aun bajo tan flaca autoridad fueron en paz las cosas durante algunos meses. A los principios de 1810, y ocupadas ya por los enemigos las Andalucías, el gobierno ceñido al recinto de la isla Gaditana dió el vireinato de Nueva España al general Venegas, hombre de superior calibre al de los empleados por aquellos dias en las provincias Americanas. Partióse de Cádiz el recien nombrado virey á su destino; pero á su llegada encontró harto alterado el sosiego en el pais, cuyo gobierno le estaba encomendado. Habia fallecido el arzobispo rendido al peso de los años, y dejado sin cabeza legítima el cuerpo de aquel Estado, en cuyas entrañas ardia el mal que á lo demas de América estaba consumiendo. Aprovechando estas circunstancias, fué enarbolada allí la bandera de la independencia no en la capital, ni por el ayuntamiento, sino por un cura de una poblacion pequeña, sugeto hasta entonces no conocido sino por sus pobres feligreses. Era este D. Miguel Hidalgo de la Costilla, cuya hasta entonces ignorada parroquia estaba en el lugarillo llamado Nstra. Sra. de los Dolores en la provincia de Guanajuato, famosa por sus ricas minas. La instruccion de este eclesiástico era corta, pero hermanaba con pensamientos religiosos otros de inquieta ambicion; y, siendo natural de aquella tierra, miraba á los españoles con aborrecimiento mas que de criollo. Cuentan que habiéndose visto con un general francés enviado á aquella region, y que andaba por ella disfrazado procurando ganarla á la causa de José, ó cuando menos sublevarla contra la Península para privar á esta del auxilio que de allí recibia, con él trazó el plan de una conspiracion encaminada á hacer á Méjico independiente. Lo cierto es que el emisario de Napoleon fué preso á corta distancia de aquellos lugares y llevado á la ciudad de Méjico, donde quedó en poder de los españoles. Hidalgo entretanto sublevando á los judíos en nombre de la vírgen de Guadalupe, mirada por ellos con supersticiosa devocion, y acusando á los europeos llamados gachupines de irreligiosos proyectos, pronto tuvo á sus órdenes numerosas aunque mal armadas y confusas turbas. Logrando en seguida ponerse de acuerdo con D. Ig-

nacio Allende y D. Juan Aldama, ambos capitanes del regimiento de milicias de la Reina, compuesto de gente criolla, se adelantó hasta San Miguel el Grande, y trajo allí aquel cuerpo á sus banderas. A este feliz suceso siguió crecer prodigiosamente el número de sus secuaces. Acompañaba, pues, á aquel general de nueva especie una hueste numerosa, poblando el aire de estrepitosos clamores de mueras á los gachupines y vivas á Fernando VII y á la vírgen de su adoracion favorita, cuya reverenciada imajen llevaban en sus banderas y sobre sus personas. Llegaron aquellos rebeldes á hacerse dueños de la ciudad de Guanajuato y de las ricas minas de su territorio, las cuales inutilizaron en gran parte para largo tiempo. Extendiéronse en seguida hasta Valladolid de Mechoacan, é iban ya sobre la misma ciudad de Méjico falta de gobierno. En esta capital, como en otras de América, no faltaban hombres, cuyas ideas coincidian con las de los levantados en punto á hacer independiente á su patria. Así un levantamiento empezado muy de otro modo que los demas de América iba á tener una terminacion igual ó parecida. Por fortuna en aquellos mismos momentos desembarcó Venegas en Veracruz, y corriendo á la ciudad de Méjico, cuando ya Hidalgo solo distaba de ella catorce leguas, logró dilatar por algun tiempo el triunfo de la independencia mejicana, segun se dirá en esta historia.

Entretanto el vireinato del Perú, segundo en grandeza é importancia entre los Estados de la España ultramarina, se mantuvo por el pronto en paz, conteniéndole hábilmente su virey D. José Fernando Abascal, y consiguiéndose allí al revés que en Méjico que los indios, no obstante estar fresca la memoria de la rebelion de Tupac Amaru, ó quizá por este mismo motivo, se mantuviesen inclinados á España en oposicion á los criollos deseosos de la independencia como los demas americanos.

Tampoco Chile se declaró contra el gobierno español en algun tiempo manteniéndola obediente su capitan general, aunque al fin hubo de correr la suerte de los demas Estados vecinos.

El gobierno de Cádiz, mientras esto ocurria en América, no sin temerlo él, aunque tal vez no tanto cuanto deberia, desde el dia primero de su establecimiento no habia perdido de vista á la España ultramarina. Desde luego se cuidó de que uno de los regentes fuese americano, considerándole en el cuerpo de que era miembro como representante de las provincias españolas del nuevo mundo. En seguida nombrándose comisionados que fuesen á aquellas regiones á llevar noticias ciertas de los últimos sucesos de España, y de que en medio de las desgracias padecidas existia en un lugar inexpugnable un gobierno reconocido por toda la nacion, no cesando en lo demas de España la resistencia del enemigo, se comunicó á aquellas provincias lejanas la noticia de oficio de que iban á tener representacion en las próximas cortes. Al dar la regencia la órden para que los americanos eligiesen diputados la acompañó con una proclama imitando á la junta central, y, aunque ni Quintana ni sus doctrinas tenian valimiento con los rejentes, como lo habian tenido con los centrales, él como escritor de mérito y fama fué elegido para extender esta nueva alocucion, y la obra llevó señales de ser de su autor, como era

fuerza que sucediese. Quintana, que en sus poesías habia llorado las desdichas antiguas de la inocente América, «vírgen del mundo», y en cuya prosa de oficio asomaban pensamientos poéticos mucho mas que lo debido, lleno por otra parte de doctrinas de gobierno popular, dijo á nombre de la regencia en el manifiesto de esta á los españoles ultramarinos: «Desde este momento (refiriéndose al dia en que se hiciese la eleccion de «diputados) vuestros destinos ni dependen ya de los vireyes ni de los gober«nadores, están ya en vuestras manos.» Tacharon algunos de imprudentes hasta lo sumo las palabras antecedentes, y aun se llevó el exceso en vituperarlas hasta el extremo de atribuirles en algun grado el levantamiento de América, siendo así que, cuando mas, sirvieron en algun caso de pretexto á los levantados para justificar el acto de tomarse por sus manos su propio gobierno; pretexto á falta del cual habria habido otros y no escasos, haciendo la sublevacion americana de mayor motivo que de frases de un manifiesto. Otra obra de la regencia en sentido diametralmente contrario hubo de tener peores resultas por lo desabrida que fué á los americanos y á los ingleses, excitando á los primeros á rebelarse, y á los segundos á mirar con favor una rebelion, de la cual les resultaba provecho. En el dia 17 de abril de 1810 fué expedida por el ministerio de Hacienda de la regencia una órden permitiendo á los puertos habilitados de Indias comerciar directamente con las naciones europeas y aun con sus colonias. Tuvieron noticia de esta resolucion el comercio de Cádiz y la junta de la misma ciudad, y el primero asustado de ver cesar un monopolio, fundamento principal de su riqueza, se indignó contra aquella disposicion hasta salirse de todo límite razonable, al paso que la segunda, compuesta en su mayor parte de comerciantes, y representante é intérprete del interés de esta clase en su ciudad, se quejó al gobierno por la concesion que acababa de hacer á los americanos, dando á su queja el carácter y tono de amenaza, y ejerciendo en esta ocasion como en otras la tutela que sobre el gobierno supremo se habia arrogado. Temió la regencia segun su costumbre, y, fuese porque desde luego los términos de la resolucion, segun estaba extendida, no cuadraban con su índole primera, ó porque habiendo procedido de ligero quisiese volverse atrás, negó y aun aparentó ignorar que se hubiese publicado aquel decreto, y aun mandó hacer sobre el negocio una pesquisa legal, poniendo en causa hasta al marqués de las Hormazas, que era su ministro de Hacienda. Llevóse adelante este negocio, siendo encausado por él un oficial de la misma secretaría de Hacienda llamado D. Manuel Albuerne. Vino á resultar que la resolucion primitiva se reducia á un permiso para introduccion de harinas, acompañado de bastantes restricciones y solo aplicable al puerto de la Habana en la isla de Cuba, y que al extender la órden la secretaría de Hacienda de Indias de su autoridad privada la habia hecho extensiva á todos los productos y géneros extranjeros y para todos los puertos de las islas y del continente de América. Aunque esto apareció legalmente, no quedó tan claro el negocio que no diese lugar á dudas y á las correspondientes murmuraciones. Por otro lado todas las personas puestas en causa por haber tenido parte en la Real órden que se suponia falsa,

salieron absueltas, lo cual no se avenia con estarles probado el delito de que se las acusaba. Mal librada quedó en la opinion pública la regencia de un lance que daba fundado motivo á achacarle, si no mas grave falta, notable incapacidad cuando menos. Lo peor fué que la revocacion de la órden causó grave disgusto en los americanos é ingleses, teniendo trazas de ser dictada por las interesadas miras del comercio gaditano, y acarreando á éste odio de quienes tenian interés contrario al suyo, así como proporcionando ocasion á declamaciones contra la tiranía europea respecto á la España ultramarina.

En medio de tan desagradables sucesos llegó á España y á su gobierno el 4 de julio la noticia del levantamiento de Caracas, y á fines de agosto la del de Buenos-Aires. Turbóse el consejo de regencia con la grandeza del mal ocurrido, pero se consoló en parte, atribuyendo neciamente el paso dado por los americanos á la equivocacion que padecian en punto á los sucesos de España, y se lisonjeó de que, llegando á aquellas regiones distantes la noticia de seguir España resistiendo al poder francés, no sin esperanzas de triunfo, ni sin ventajas compensadas por reveses y con un gobierno al frente reconocido y obedecido por toda la Península y las islas de ella dependientes hasta la de la misma América, aplacarían los disturbios, volviendo á la obediencia á la metrópoli quienes de ella se habian separado. Apurado con todo, aun consolàndose con tales esperanzas y dudosa todavía del medio á que convendría apelar para reducirá la razon por el pronto á los desobedientes americanos, pidió dictamen à su como tutor el consejo Real, esperando de aquel cuerpo de jueces poco diestros en materias políticas algun arbitrio peregrino para sofocar rebeliones. El consejo discurrió enviar allí un consejero Real, pareciéndole que solo uno de su gremio podia acertar con el remedio del grave mal que se habia presentado, remedio por otra parte que no podia encontrarse sino en un número suficiente de fuerzas navales que sostuviesen un respetable cuerpo de tropas. Accediéndose à lo propuesto por el consejo, y no habiendo ni navíos que emplear por estar aniquilada la marina española, ni tropas de que echar mano, por tener todas las españolas harta ocupacion con la de defender su suelo patrio; ni recursos pecuniarios para emprender costosas expediciones lejanas, faltando los indispensables para llevar adelante con desahogo la guerra en la Península, fué meramente enviado à los americanos subleyados el consejero D. Antonio Cortabarría, magistrado respetable, entrado en años, si lleno de esperiencia, no ciertamente en negocios de Estado ni en los de Ultramar, y de condicion blanda y conciliadora. Encargóse à este personaje que concertase sus operaciones con el gobernador de Maracaibo D. Fernando Miyares, el cual, como poco antes vá dicho, mantenia aquel distrito y el de Coro en obediencia á la metrópoli, y á quien se dió el cargo de capitan general de Venezuela èn premio del distinguido servicio que habia prestado. Pero a Buenos-Aires en vez de un togado suave se envió á un militar áspero y violento. Ya, antes de saberse el levantamiento de aquella provincia, habiendo noticia de que la infanta Doña Carlota andaba empleando malas artes para conmoverla, habia salido de España para Montevideo el general D. Gaspar

de Vigodet, oficial acreditado en la campaña de la Mancha y señalado por su condicion y modales afables y corteses. En seguida y para domar la rebelion, fué enviado con el nombramiento de virey del Rio de la Plata D. Francisco Javier Elío, dándole hasta quinientos hombres, una fragata y un buque menor de guerra; eleccion desacertada, no solo por el carácter de aquel en quien recayó, sino por ser enemigo de Liniers, que á la sazon estaba sustentando la causa de España á costa de los mayores sacrificios. Resta decir que á Elío se dió encargo de apelar á todos los medios posibles de conciliacion antes de valerse de la fuerza, siendo así que no podia escogerse hombre menos á propósito para emplear con acierto medios conciliatorios. Por otro lado estos eran inútiles, y la fuerza que podia emplearse incompetente al fin á que podia destinarse. Así la dulzura del majistrado y el ímpetu del general produjeron idéntico efecto en Caracas y Buenos-Aires.

Si el gobierno en Cádiz no desesperaba de traer á la obediencia á los americanos, casi iguales esperanzas alimentaba al público, creyéndose en general, aunque con notorio desatino, que juntas las córtes y teniendo en ellas representantes las Américas, á la voz de sus diputados y del congreso volvería á unirse con la España europea la parte de la ultramarina desgajada de su tronco. Así no sin confianza se procedió en Cádiz á elejir diputados suplentes para representar las Américas, valiéndose del medio usado para las provincias de la Península ocupadas por los franceses. Presidió las elecciones el consejero de Indias D. José Pablo Valiente, magistrado con fama de hábil é instruido. Fueron nombrados sugetos de mérito, distinguiéndose entre ellos Mejía, de ingenio agudísimo, de una imaginacion que corregia á veces el mal gusto contraido por sus no buenos estudios, con rasgos de singular talento, travieso por otra parte en demasía y nada escrupuloso, así como con razon sospechado de aspirar á la independencia de su patria.

Hechas las elecciones, por algunos momentos los residentes de la isla Gaditana desviaron la consideracion de los sucesos de la guerra, no señalada en aquellos dias por sucesos de extraordinaria magnitud, aunque sí por continuos reveses alternados con algunas ventajas, para atender á la gran mudanza política que iba á hacerse en el gobierno de la monarquía. Pero en lo demas de España si un escaso gremio de hombres instruidos pensaba en lo que harían las córtes, lo general de las gentes solo se inquietaba pensando en el sesgo que tomaba, y en las resultas que tendria la guerra. Habíanse elegido los diputados, ignorándose en gran parte la calidad del encargo que se les daba, y habia resolucion de obedecer al gobierno de Cádiz, fuese cual fuese su forma, si procedia á nombre de Fernando VII, y continuaba sustentando la causa de la independencia española.

Próximo ya á abrirse el congreso, empezaron á asomar pretensiones sobre las operaciones preliminares de su formacion. Una de ellas era solo examinar y dar por buenos y valederos los poderes de los diputados, otra quién habria de presidir al cuerpo que iba á nacer, en su primer sesion ó tal vez durante su existencia. Veíase ya claro que las córtes habrían de

mudar la antigua forma de gobierno de España, y por ello, así como se mostraban ufanos, llenos de alegres esperanzas y con aumento prodigioso de fuerzas los novadores, se irritaban, asustaban y afligian los de la opinion contraria. El consejo de regencia, queriendo dar á estos últimos apoyo ó quizá meramente satisfaccion ó consuelo, en 16 de setiembre, ocho dias antes del 24 señalado para la apertura de las córtes, dió un decreto restableciendo todos los consejos en su antigua forma y con la plenitud de sus facultades. Este paso, mirado como indicio de querer sustentar el sistema antiguo, fué de imprudencia suma, pues prometia mas que lo que podia cumplir, anticipándose á hacer arreglos propios de las próximas córtes, causando á estas celos, infundiendo temores en los amantes de reformas, y no contribuyendo à dar fuerza á la opinion ó al interés de que tenia trazas de ser defensa. La cámara de Castilla reclamó entonces su derecho antiguo de examinar y aprobar los poderes de los diputados ó procuradores, y el consejo, con alguno aunque no tanto fundamento, exigió que su gobernador ó, á falta de él, su decano presidiese el futuro congreso, y que en él tuviesen entrada algunos consejeros en calidad de asistentes. No se podian tachar tales pretensiones de desmandadas ó descabelladas, aunque no fuesen admitidas, pero, si se quería satisfacerlas, se tendría otra clase de córtes que la que se iba á congregar, consistiendo la dificultad de resolver este negocio, en que unos deseaban córtes al uso antiguo, y otros con mas razon, y particularmente con mas probabilidad de buen éxito, las querían de un carácter enteramente nuevo, y copia, bien que variada, de la famosa asamblea constituyente de Francia. Vencieron estos últimos, como era de suponer, predominando entre los diputados electos los partidarios de las reformas y del gobierno popular, y reinando entre otros de ellos, apegados al sistema de la monarquía antigua, aversion al consejo Real y á la regencia; afecto de odio hijo de las preocupaciones de los primeros dias del levantamiento, y en el cual vivia el espíritu de las juntas de provincia. Así fueron desechadas las pretensiones del consejo por la regencia muy á despecho de esta, la cual se contentó con declarar que no las admitia por ser extraordinarias las próximas córtes, y que dejaba á salvo los derechos del consejo y cámara en punto á las córtes ordinarias. Como de resultas de esta resolucion quedase en pie la dificultad de quién habría de examinar y aprobar los poderes de los diputados, se salió del apuro con anuencia de estos mismos, disponiendo que viese y aprobase la regencia los poderes de seis de entre ellos, los cuales ya reconocidos verdaderos y legítimos representantes de la nacion declararían en seguida tales á sus colegas. Tomada esta determinacion, y obrándose con arreglo á ella, el 24 de setiembre de 1810 empezó sus sesiones el memorable congreso que trocó la España antigua por la moderna la cual hoy vive algo variada en su aspecto, pero regida por el mismo espíritu y encaminada á los mismos fines.

CAPITULO SESTO.

DE LAS CORTES DE 1810 Y DE LOS SUCESOS DE LA GUERRA Y GOBIERNO DURANTE SU EXISTENCIA.

Juntos los diputados, cuyos poderes ya estaban declarados por válidos, se encaminaron en cuerpo á la iglesia mayor de la isla de Leon, acompañados de la regencia, á fin de dar principio á sus operaciones implorando el auxilio de la providencia divina. Estaba preparada para sus reuniones la pobre casa de comedias de la isla de Leon, transformados sus palcos en tribunas, y uniendo un tablado puesto sobre las lunetas, como solia hacerse en los bailes públicos, el resto del edificio con el foro. Un dosel al frente cubria el retrato de Fernando VII, y un sillon régio, aunque humilde, vuelto de espaldas indicaba juntamente la supuesta presencia y la verdadera ausencia del cautivo monarca. A su ida á la iglesia, y á su tránsito desde ella al teatro, fueron saludados los diputados por altas aclamaciones de una concurrencia numerosísima, habiendo acudido á la isla de Leon gran parte de la poblacion de Càdiz y aun la de algunos lugares vecinos á presenciar aquel espectáculo nuevo, en que veian muchos la aurora de la felicidad del reino, quienes conociendo y quienes ignorando la calidad de la dicha que se prometian, pero llenos todos de alegres aunque mas ó menos confusas esperanzas. Las numerosas baterías de la isla Gaditana celebraban con saludos aquella festividad, oyendo el estrépito los vecinos franceses con asombro, debiendo parecerles exceso de heroicidad ó de locura la pretension de renovar el gobierno de un Estado vasto y populoso desde un recinto estrecho y bloqueado. Entrando los representantes de la nacion en el lugar destinado á sus reuniones, le encontraron lleno de espectadores, resolviéndose así, como por descuido, el gran problema sobre si habrían de deliberar las córtes en público ó en secreto, contra el uso antiguo, que era guardar el secreto mas riguroso. Fuera de esto, la regencia, segun sospecharon sus contrarios por malicia, y á fin de desacreditar á las córtes dejándolas en sus primeros actos como nave sin timon ni piloto en peligro de perderse, ó, como es mas razon suponer, por el desacierto con que obró en todo lo relativo á la reunion del congreso, dejando las cosas à la ventura, nada tenia preparado para dirijir á aquella reunion de gente novel en la entrada de su carrera, ni para dar al recien nacido cuerpo clase alguna de forma

ó vida. Las córtes, sin embargo, procediendo con el instinto natural en los cuerpos colectivos no menos que en las criaturas naturales, no por el desamparo en que se veian, sintieron linage alguno de embarazo. La regencia al dejarlas solas en su salon les habia dejado un escrito, en el cual hacia dimision de su autoridad ante la mas legítima y superior de los diputados de los pueblos legalmente elegidos y juntos en un cuerpo reconocido por las antiguas leyes y costumbres de la monarquía; les manifestaba su deseo de no continuar ejerciendo el poder; y les recomendaba como necesidad urgente la creacion de un gobierno nuevo con arreglo á la índole antigua y á la situacion presente de los reinos de España. Las córtes, antes de tomar conocimiento de este escrito procedieron á nombrar un presidente y dos secretarios, recayendo el primer cargo en D. Ramon Làzaro de Dou, diputado por Cataluña, eclesiástico entrado en años, docto en ciencias eclesiásticas y no destituido de otra clase de instruccion, y siendo nombrados para los segundos D. Evaristo Perez de Castro, diplomático antiguo y á la sazon oficial de la primera secretaría de Estado, y D. Manuel Lujan, abogado y relator del consejo. De estos tres el primero y último eran diputados propietarios. Hecha la eleccion, entró el deliberar sobre el documento presentado por la regencia, y solo se resolvió que de él quedase testimonio. En seguida levantándose D. Diego Muñoz Torrero, diputado por Extremadura, sacerdote de grande virtud, de carácter entero y firme, de instruccion varia, de claro y sano entendimiento, pero imbuido en las máximas políticas abstractas de su siglo, que eran las de la revolucion francesa, si bien purgadas de su irreligion y en parte de su exceso en materia de innovaciones, y en quien iban hermanados con sus principios políticos otros relativos á la disciplina eclesiástica muy opuestos á las pretensiones de la Sede Romana, hizo las proposiciones siguientes, explanándolas y apoyándolas en un breve discurso. Primera: que los diputados que componian el congreso y representaban la nacion española, se declaraban legítimamente constituidos en córtes generales y extraordinarias, y que en ellas residia la soberanía nacional. Segunda: que conformes en todo con la voluntad general pronunciada del modo mas enérgico y patente, reconocian, proclamaban y juraban de nuevo por su único y legítimo rey al Sr. D. Fernando VII de Borbon, y declaraban nula y de ningun valor ni efecto la cesion de la corona que se decia hecha en favor de Napoleon, no solo por la violencia que habia intervenido en aquellos actos injustos é ilegales, sino principalmente por haberle faltado el consentimiento de la nacion. Tercera: que no conviniendo quedasen reunidas las tres potestades legislativa, ejecutiva y judicial, las córtes se reservaban solo el ejercicio de la primera en toda su extension. Cuarta: que las personas en quienes se delegase la potestad ejecutiva en ausencia del Sr. D. Fernando VII, serían responsables por los actos de su administracion con arreglo á las leyes, habilitando al que era entonces consejo de regencia para que interinamente continuase desempeñando aquel cargo, bajo la expresa condicion de que inmediatamente y en la misma sesion prestase el juramento de reconocer la soberanía de la nacion representada por los diputados de las

córtes generales y extraordinarias; de obedecer sus decretos, leyes y la constitucion que habrían de establecer segun los santos fines para que se habian reunido, y de mandar observarlos y hacerlos ejecutar; de conservar la independencia, libertad é integridad de la nacion, la religion católica, apostólica romana, y el gobierno monárquico del reino; de restablecer en su trono al amado rey D. Fernando VII de Borbon; y de mirar en todo por el bien del Estado. Quinta: que se confirmaban por entonces todos los tribunales y justicias del reino; así como las autoridades civiles y militares de cualquiera clase que fuesen; y en fin, sexta y última, que se declaraban inviolables las personas de los diputados, no pudiéndose intentar cosa alguna contra ellos, sino en los términos que se establecerían en un réglamento próximo á formarse. En estas proposiciones que, aprobadas pronto, aunque no sin un ligero debate, fueron convertidas en decreto, está señalado el nuevo giro que tomó la revolucion de España, y se vé tambien qué clase de ciencia política, qué preocupaciones, y qué amalgama de novedades con antiguallas predominaban en las primeras córtes.

Recibido por la regencia este decreto, manifestó ella tener dudas sobre la calidad y extension de la potestad ejecutiva, que con separacion de la legislativa se le encomendaba, y consultó sobre ello al recien establecido congreso. Dió este por respuesta una declaracion no muy explícita y un tanto pedante, por ser una pura teórica, donde se expresaba que del poder ejecutivo no querían las córtes para sí parte alguna, dándosele al gobierno por entero, pero dejando oscura la línea divisoria de ambos poderes, no demarcada hasta entonces en España, y dificil de señalar bien en cualquiera ocasion ó tiempo. Solo falta añadir que el paso de la regencia fué considerado por los apasionados á las córtes como artificioso y encaminado á hacerlas tropezar ó resbalarse, y que la respuesta del congreso fué tenida, en concepto de los mismos jueces, por hábil y digna; idea sustentada hasta en tiempos modernos por escritores, cuyo mérito moral y político no está acompañado de imparcialidad en este caso, y juicio que mal puede confirmarse, no siendo razon ver mas que una evasiva ó una vaga trivialidad en lo que ha merecido alabanza aun á hombres eminentes.

La regencia hubo de sujetarse á las resoluciones del congreso que recibió de mala gana. En el público fueron aplaudidas y asimismo vituperadas por algunos, bien que en el primer momento no conocieron su valor y objeto ni la mayor parte del público, ni un número considerable de diputados que les dieron su voto. Todos los gobiernos que se habian sucedido en España habian representado la soberanía del rey cautivo. Todos ellos habian sido representacion del pueblo é hijos de eleccion popular, hecha ya ordenadamente, ya en tumulto; y, ausente el monarca, sus derechos y los del pueblo se confundian en el cuerpo reconocido soberano. Era, pues, muy natural, esperándose tanto de las córtes, y considerándose ser ellas la potestad suprema en un Estado á la sazon sin rey, considerarlas sucesoras en la soberanía de la junta central ó aun de la misma regencia. Hasta contribuyó á este engaño, como se explicará en seguida,

la algo pero no del todo frívola circunstancia del ceremonial que se dispuso de modo que á una con la nacion apareciese el rey representado y aun presente en el congreso. Pero esta ignorancia de la calidad, y aun mas todavía de la intencion de lo resuelto por las córtes al declararse soberanas, no se ocultó á personas perspicaces é ilustradas, y lo que dijeron unas para sostener, y otras para combatir el dogma de que la soberanía reside en la nacion ó en el pueblo descubrió á quienes lo ignoraban, una region desconocida en el pais de la política, y que en ella se habia entrado, convirtiendo á no pocos en defensores de doctrinas que habian sentado, y aun elevado á la clase de ley sin conocerlas. Por otra parte la teórica de ser la nacion soberana, inútil cuestion escolástica en otras circunstancias, era en aquellos dias un hecho, y útil y aun necesaria de sustentar si habia de seguir España resistiendo al usurpador, como estaba resuelta á hacerlo, aun en el caso de que su rey y los herederos de este libremente y de buena gana ratificasen el traspaso que habian hecho de la corona.

Como se ha apuntado, y mezclándo doctrinas nuevas, ó aunque antiguas, poco vulgarizadas con prácticas añejas y corrientes, se dieron las córtes el tratamiento de Majestad, conforme el uso español de dar á algunos cuerpos tratamientos de príncipes, y siguiendo puntualmente á la junta central y á la regencia, no sin aparecer como estos gobiernos representantes del rey, y asimismo dando á la soberanía en él representada atributos y honores propios de la Real y no de la popular, pues el retrato del rey puesto en el trono del salon de sesiones, como lo estaba en el lugar en que ejercian la potestad réjia los anteriores gobiernos, fué rodeado y guardado por las guardias de la Real persona. Tan extraño maridaje de la teórica, y aun de la práctica de la revolucion francesa en sus primeros dias, con la etiqueta del palacio de los soberanos de España descubria confusion de ideas, y á su vez la perpetuaba ó enjendraba, pero se avenia bien con el carácter vario y confuso de la revolucion española.

Este se manifestó con mas claras señales, y predominó en las primeras deliberaciones de las córtes. Habiendo la regencia por aquellos dias dadó empleos á algunos diputados, se consideró con mas ó menos razon que lo habia hecho para ganarse votos, lo cual se tuvo á grave delito, segun costumbre de los pueblos noveles en el arte de lo que se llama gobierno parlamentario. La ira contra la autoridad encargada del gobierno y el vehemente deseo de llevar el desinterés hasta extremos, de ostentacion en parte, pero tambien de realidad, se manifestó en diputados que entonces acordes despues se manifestaron con calor de opiniones diametralmente opuestas. D. Juan Nicasio Gallego, eclesiástico del partido reformador y distinguido poeta; D. Francisco Gutierrez de la Huerta, relator del consejo, declamador verboso, aunque acertando á ser en algunas ocasiones elocuente, no sin instruccion, si bien no de la mejor clase, y que vino á ser de los principales campeones del partido opuesto á las reformas; y D. Antonio Capmani en general de la secta amiga de novedades, pero que hermanaba con el sosten de los principios é interés de esta par-

cialidad preocupaciones nacidas de afectos personales y de opiniones y contiendas literarias, notable además por su vanidad pueril y caprichos, concurrieron en hacer proposiciones prohibiendo á los diputados, mientras lo fuesen, aceptar para sí ó para otra tercera persona empleo, pension y gracia ú otras mercedes ó condecoraciones de la potestad ejecutiva. En esta porfia, en que unos querían señalarse extremándose, y otros combatian á quienes intentaban pasar del punto donde ellos creian conveniente pararse, vino á quedar resuelto que la prohibicion propuesta comprendiese á los diputados, no solo mientras ejerciesen su cargo, sino un año despues del dia en que volviesen á la vida privada. Eludióse, como se debia presumir, semejante ley hasta en punto á las personas de los diputados, cuando dejaron de serlo, y en lo tocante á terceras personas sucedió lo que era de esperar; siendo imposible la averiguacion de las gracias que se conseguian á otros que á los mismos suplicantes.

Una verdadera torpeza, hermanada con culpa de la regencia ó de alguno de los ministros, dió márgen á mas fundadas censuras, y atrajo mas descrédito al gobierno. El secretario del despacho de Gracia y Justicia D. Nicolás María de Sierra, hombre de talento é instruccion, y reputado hasta entonces amigo de reformas moderadas, habia escrito á la junta de Aragon una medio órden medio carta de confianza, encargándole que elijiese ella todos los diputados correspondientes á su provincia, en vez de ceñirse á nombrar el que le correspondia en su clase de junta, y recomendándole que fuesen elegidos el primer oficial de su secretaría D. Tadeo Calomarde y el primer secretario del despacho de Estado D. Eusebio Bardají y Azara. Era esta recomendacion conforme á prácticas antiguas, y ateniéndose á ellas, bien podría defenderse con ejemplos, no obstante ser contrarios á la índole y aun al texto de las leyes; pero no cuadraba á la eleccion de córtes como las que se habian convocado, viéndose en esto, como en todo, que el recien instaurado congreso era con nombre antiguo, muy otro del que pretendia ser, y chocando en este punto las doctrinas y el interés de quienes pretendian resucitar lo pasado, y quienes intentaban dar vida á un cuerpo que naciese de lo presente. Resultó que la regencia no tenia conocimiento del paso dado por su ministro, y las córtes se contentaron con dar por nula la eleccion hecha á gusto de Sierra, y no pasaron adelante, ni culpando al gobierno, ni poniendo en causa al ministro. Otro suceso de mas empeño tenia á la sazon como disuelto el consejo de regencia, incompatible con las córtes ya declaradas sus enemigas.

En la noche del mismo dia 24 de setiembre, en el cual abrió sus sesiones el congreso, obediente el gobierno, de grado ó muy á su pesar, al primer decreto de las córtes, se presentó en ellas á prestar el juramento que se le habia dictado. Notóse que no venia con sus colegas el obispo de Orense á la sazon presidente, y se alegó como causa de su falta de asistencia su edad avanzada y notorios achaques. Empezó, sin embargo, á susurrarse que dimanaba su ausencia de mas grave motivo. Convirtióse pronto en certeza el vago rumor, haciéndose público que estaba deliberando en secreto el congreso sobre la resistencia que hacia el prelado á

jurar por soberanas á las córtes, no considerándolas como representantes del monarca, á quien era en su concepto inherente la soberanía. Súpose que los debates de las córtes sobre este punto eran acaloradísimos; que se proponian resoluciones violentas contra el obispo renuente; que no la faltaban defensores; que él con terquedad suma y no menos parladuría arguia la cuestion, tratándola como cosa de escuela, y sustentando su dictámen con mezcla de teson y argucia. Los amigos de las reformas y de la libertad, como suele suceder en los dias y pueblos en que hombres nacidos y criados bajo un gobierno absoluto, y por otra parte empeñados en llevar á efecto una mudanza violenta, establecen un sistema, al cuall apellidan libre, opinaban por forzar la voluntad del obispo, aun valiéndose para ello de excesivos rigores. Alargándose la disputa, hubo una especie de avenencia, aunque al parecer se allanó el obispo á hacer el juramento que se le exigia, y en realidad le prestó, pero tal vez acompañándole, segun fué fama y sucesos posteriores dieron á creer, de restricciones mentales y hasta en parte expresas si bien no publicadas. Fuese como fuese, el prelado enarboló una bandera que desde luego tuvo secuaces, cuyo número creció en lo venidero.

El cuidado de formar un gobierno y otros no menores ocupaban á una al congreso que atento á todos daba muestras de una actividad prodigiosa aunque no siempre atinada. Uno de los mas graves empeños que desde luego se presentaron, fué tratar del estado de América á fin de volver á la obediencia á las provincias que de ella se habian separado, y de mantener unidas á la madre patria las restantes. Unidos los diputados americanos por interés hasta cierto punto comun, ya fuesen suplentes, ya propietarios, de los cuales los elegidos por Nueva España vinieron pronto á tomar asiento en las córtes, obraban casi siempre acordes dando en general aumento y apoyo al partido reformador, contradiciéndole alguna vez, y en lo relativo á las cuestiones de la España Ultramarina, favoreciendo la causa de los indepedientes, ya deseasen su pronto y completo triunfo; ya le quisiesen para época mas adelantada; ya solo aspirasen á dar á aquellas provincias lejanas tales derechos y poder en el cuerpo general de la monarquía, que, ó su separacion se hiciese necesaria, ó se recurriese al imposible de trasladar el gobierno allende los mares. El diputado Megía en su elocuencia incorrecta, pero brillantísima, dirigida por su no comun travesura, puesto al frente de sus colegas expresó su opinion en una figura hermosa y valiente. «V. M. (dijo hablando á las córtes), puede considerarse como un coloso que sentado un »pié en Europa y otro en América, lucha á cuerpo perdido con el poderoso tirano del continente: el punto de apoyo está allá, y, si falta, la »monarquía se sumerje miserablemente en el Océano.» Tal debia presumirse la importancia de mantener á América obediente; pero esto solo se logró en parte mientras se alargó la guerra, y sin embargo salvó su independencia España. Los diputados europeos desde luego empezaron á resistir á las pretensiones de los americanos, pero admitiendo el principio absoluto de que estas emanaban, el cual era ser iguales en derechos las Españas de ambos mundos; en buena lógica tenian que conceder

las consecuencias, y para no hacerlo apelaban á pobres argucias. Estas cuestiones se trataron mas de una vez durante la larga existencia de aquellas córtes. En sus primeros dias solo produjeron inútiles debates en que el congreso, siguiendo á la regencia y á la central, se mostró generoso en abstracto, y juiciosamente parco en la aplicacion á la práctica de los derechos que en los americanos reconocia.

Enlazóse con la cuestion de América otra que nada tenia á ella relativo sino sospecharse ó saberse de los diputados americanos que favorecian en mas ó menos grado los intentos de un personaje por su clase encumbradísimo aunque por su situacion reducido á representar un papel poco decoroso. Era este el duque de Orleans que seguia en Cádiz disputando con la regencia y con su ministro sobre darle un lugar cual le correspondia en los negocios de España, puesto dificil de encontrar por cierto. Hubo de promoverse en sesion secreta un debate sobre la persona de este príncipe á quien deseaban algunos elevar á la regencia, sin considerar que si era un Borbon tenia la calidad de extranjero y aun la de francés. La resolucion de las córtes, aunque tomada en secreto, sabida, fué mandar al duque, en términos en que el aparente respeto mal podia encubrir el exceso del desaire, que saliese inmediatamente de Cádiz. No bien recibió el de Orleans este mandato inesperado, cuando montando á caballo, vestido el uniforme de capitan general español, pasó á la isla de Leon y al edificio en que se juntaban las córtes. Celebraban estas á la sazon sesion secreta, y el príncipe hubo de esperar en lugar poco cómodo, desde el cual aun se descubria parte de su persona por los espectadores, que se agolpaban á la puerta del teátro. No acertaba el congreso á resolver la respuesta ni el trato que podria darse al huesped que venia á visitarle, y así, no teniendo donde darle cabida, hubo de pasar por el inconveniente de tratarle con descortesía extremada aun si se usase con persona de inferior esfera. Negóse, pues, al príncipe la entrada y él todo demudado hubo de montar á caballo y atravesar de nuevo por la turba de curiosos, entre los cuales muchos aplaudian su desdicha, saciándose entonces en falta de reverencia á las personas reales el enojo causado por largos dias de escandaloso y desconcertado despotismo. Vuelto á Cádiz el duque de Orleans, el teniente general de marina y comandante de la escuadra D. Juan María Villavicencio tuvo encargo de no perderle de vista hasta dejarle embarcado y próximo á salir de España, comision desabrida que desempeñó con tino y urbanidad respetuosa, dorando en cuanto pudo con los modos la dureza del proceder de que era instrumento. Este lance con un príncipe á quien tenia reservada la suerte futuras glorias patentizó el espíritu que reinaba en las córtes y el público á un tiempo admirador y en cierto modo dominador del recién establecido congreso.

La libertad de la imprenta fué materia que ocupó á las córtes en sus primeras sesiones. Desde el principio del levantamiento los escritores habian tomado mucho vuelo, y, ya sujetos á la prévia censura ejercida con extremada indulgencia, ya imprimiendo sus obras sin licencia, cuando flaca la autoridad dejaba dormir las leyes, habian cobrado en los nego-

cios públicos extraordinaria influencia. No les bastaba con todo un poder precario y mal seguro, y aspiraban à tenerle fundado en la ley. La opinion de la gente entendida con raras excepciones era favorable á la abolicion de la censura prévia: el vulgo, mas numeroso tratándose de estas materias, que lo es en el momento presente, y comprendiendo á no pocas personas de superior esfera, se cuidaba poco de semejante cuestion, y la repugnancia muy general todavía á que se consintiese ni aun mediana latitud en el exámen de materias religiosas, no servia de óbice al goce de la mayor libertad en punto á cuestiones políticas, aviniéndose los reformadores, de ellas unos de mala gana y con doblez, y otros con sinceridad, á que no se extendiese á la religion el nuevo derecho que habria de concederse á la expresion y publicacion de los pensamientos. La libertad de imprenta tuvo con todo violentos antagonistas así como acalorados parciales. Distinguióse en aquel debate y empezó en él á representar el papel primero en aquellas córtes el diputado hasta entonces suplente por Asturias D. Agustin Argüelles, de alta estatura, de no mal talle, de figura aunque no bella espresiva y noble, de buen metal de voz si bien chillona en las ocasiones en que se acaloraba, de accion desairada, de memoria felicísima, de instruccion varia, vivo en sus afectos, dominado por las ideas reinantes, que eran las de la revolucion francesa, pero mezclando con estas doctrinas otras inglesas adquiridas tanto por el estudio cuanto por su residencia en la gran Bretaña, y deslustrando tantas y tales dotes oratorias con graves defectos, pues pecaba en grado no comun de poco lógico, de destartalado, de violento aunque su excesiva y un tanto afectada cortesía enfrenaba mal los ímpetus de su ira, y de hombre dominado por preocupaciones temosas de patriotismo, de secta y aun de pandilla. Seguian á este orador otros de medianas prendas, varios de ellos eclesiásticos y todos sostenedores de las máximas contrarias á las ultramontanas. Por la parte opuesta empeñó la lid el diputado Morales Gallego, andaluz, de ideas rancias y algun saber, si bien de mala clase, á quien hacia hasta algo ridículo tener en grado eminente los defectos de pronunciacion propios de las gentes de su provincia. Llevóse adelante el debate alegándose por ambos lados, entre una y otra razon buena, no pocas triviales, y manteniéndose la contienda por lo comun con vagas generalidades donde se daban por axiomas los que todavía á la sazon creidos tales no pasan hoy en sentir de los mas entendidos, sino por bastante oscuros problemas, porque entonces el influjo y efectos de la imprenta libre, solo eran conocidos en Inglaterra y lo habian sido en Francia por breve plazo; y por consiguiente no habia podido la experiencia enmendar los errores ó rectificar las doctrinas de una teórica no comprobada por los hechos. Triunfó la causa de la libertad, quedando concedido á los españoles el derecho de dar á sus escritos sin necesidad de prévia licencia, bien que solo tratándose de materias políticas, pues en las religiosas continuaba la obligacion de no darlas á luz sin censura y permiso de la autoridad eclesiástica competente. Para declarar si los impresos publicados en virtud de la libertad concedida eran ó no dignos de represion y de castigo sus autores, se dispuso que en cada provincia hubiese una junta lla-

mada de censura, y otra para todo el reino en la residencia del gobierno supremo nombrada por las córtes, tocando á estas juntas solo la calificacion de las obras que les fuesen denunciadas, y á la suprema fallar en apelacion de las calificaciones hechas por las subalternas, y pasando en seguida á los tribunales ordinarios las causas á fin de aplicar penas á los autores cuyas obras calificadas de delito los sujetasen á pena. No bien fué publicada la nueva ley cuando la aprovecharon los periodistas. El Semanario patriótico volvió á ser publicado en su época tercera, no ya con el poder que antes tenia, pues compartia el suyo con otros escritos de igual ó parecida clase. El *Conciso*, diario de muy escaso valer, empezado á publicar con licencia en los dias primeros de la reunion de las córtes, adquirió con la libertad de imprenta atrevimiento é influjo. Posteriormente fuéronse publicando mas diarios, pero pasó algun tiempo antes que los hombres de doctrinas favorables al sistema antiguo de la monarquía usasen ó abusasen de la libertad á que se opusieron para desacreditar y destruir un gobierno contrario á su opinion ó interés.

Muy en breve fué nombrada una comision para que propusiese un proyecto de ley política con el título de Constitucion de la monarquía española. Menos contradiccion que se debia suponer hubo á esta idea, no asomando en el congreso, ó no siendo esforzada la opinion sostenida en escritos por Jovellanos sobre ser una constitucion el conjunto de leyes, usos y costumbres de un pueblo afianzada y reverenciada por haber existido largos años y estar como desconocido su orígen. En la comision nombrada para un proyecto de ley de tal importancia entraron muchos diputados, algunos de ellos de ideas opuestas á las reformas radicales y á las doctrinas de la revolucion francesa, pero teniendo contra sí el mayor número que era de los novadores. Entretuvo algunos meses á la comision su tarea, y fué presentado á las córtes su proyecto por partes, pero ni aun la primera fué leida en el congreso hasta mediar el año de 1811.

La retirada del obispo de Orense del consejo de regencia, y el poco favor que con las córtes tenian sus colegas, llevó al nombramiento de nuevo cuerpo en el cual estuviese depositada la potestad ejecutiva. Dispúsose que su nombre fuese tambien consejo de regencia, y que constase solo de tres individuos, eligiéndose por el pronto suplentes para llenar los huecos de aquellos, en caso de ausencia, renuncia ó causa alguna que les imposibilitase el ejercicio de su cargo. Procedióse á la dificil tarea de hacer una eleccion por un gremio de hombres no bastante numeroso para que turbas enteras obedezcan á influjos de superioridades conocidas, ni bastante corto para que bien examinados los méritos de los candidatos pueda asegurarse siquiera medianamente el acierto. Hubieron de revolverse varios nombres y los merecimientos de quienes los llevaban; de desecharse los que tenian contra sí reparos hijos de la justicia ó de la envidia; y de sacarse á plaza personas nuevas en las cuales, si no habia fama, faltaban los inconvenientes que la celebridad lleva consigo. Vino, pues, la eleccion á ser singular, aun cuando no desacertada. Salió electo regente el general D. Joaquin Blake que à la sazon estaba mandando el ejército del centro cerca de Murcia. Este nombramiento á nadie pudo admirar, ha-

biéndose distinguido el general durante el curso de la guerra y gozando del crédito de hábil é instruido. Pero sus dos colegas, aunque personas de honradez y no de corto saber en algunos ramos, habian vivido hasta entonces apartados del teatro político á punto de que al presentarse en la escena haciendo el alto papel de regentes, eran enteramente desconocidos de la muchedumbre. El uno D. Gabriel de Ciscar era un marino con el grado de capitan de navío, insigne matemático y erudito, con no cortos conocimientos en humanidades, pero que habia vivido hasta entonces una vida oscura, excepto para el mundo científico, y en quien una grande probidad y entereza no estaban hermanadas con la práctica de los hombres y de los negocios. El tercer regente era asimismo matemático y astrónomo, de buenos alcances y ciencia, pero inferior en renombre aun á su compañero y con no mayor grado que el de capitan de fragata. Para suplente de Blake fué elegido el marqués del Palacio, no acertándose qué razon pudo inducir á elevar á tal personaje á la dignidad de regente ni aun por plazo corto. Aceptado el cargo por los favorecidos se presentaron á jurar en manos de las córtes los propietarios y el suplente. Los primeros lo hicieron sin dificultad adhiriéndose desde luego á la causa del gobierno popular y de las reformas que en el congreso predominaba. Pero el marqués, ó por ser de opinon contraria, ó por deseo de hacer ruido portándose en todo con singularidad, al preguntarle si reconocia la legitimidad de las córtes y que en ellas residia la soberanía de la nacion, en vez de responder lisa y llanamente, sí juro; dijo: «sí juraré sin perjuicio del juramento que tengo hecho al Sr. D. Fernando VII.» Alborotáronse las córtes y no menos los concurrentes á las tribunas con el escándalo de una respuesta en que se reproducia algo variada la resistencia á jurar manifestada por el arzobispo de Orense. Mandóse salir al momento al marqués, empezóse à deliberar sobre su desacato, opinóse ser conveniente castigarle, discordaron los pareceres sobre el modo de darle castigo, y no faltó quien dijese que se le cortase la cabeza sin especificar si habia de ser por decreto del congreso; pasando tambien en los periódicos esta expresion de un diputado celoso como prueba de su arrebatado amor á la libertad y no como nacida de un espíritu de cruel tiranía. No se pasó á tanto. El marqués, á pesar de sus modos de arrogancia teatral, no hubo de estimar conveniente sujetarse á una persecucion, no sosteniéndole la fé para llevarla con fortaleza, y los diputados, sintiendo que á su primer ímpetu de enojo sucedia afectos de misericordia y aun casi tentacion de risa por la conducta de la propuesta víctima, tambien se avinieron á dejar impune aquel hecho calificado al principio de atroz rebelion. Explicó el marqués tan bien cuanto pudo su frase mal sonante, dióse por satisfecho el congreso, y entró á sustituir al general Blake otro suplente mas dócil ó menos escrupuloso. A poco vino el general á ocupar su puesto y quedaron los tres regentes en el ejercicio de su autoridad. Era esta en verdad bastante limitada, á pesar de asegurarse que en la regencia residia en toda su plenitud el poder ejecutivo. Las córtes en realidad legislaban y gobernaban, y el titulado gobierno era un mero ejecutor de sus decretos, sujeto ade-

más á que se apelase al congreso de sus resoluciones. Hasta en el tratamiento se anduvo con él parco, dándole solo el de Alteza, y reservando el de Magestad á las córtes. El nuevo consejo de regencia no hizo variacion notable en el ministerio en sus primeros dias. Siguió D. Eusebio Bardagí en el despacho de negocios extranjeros, ó dígase de la primera secretaría de Estado, dando vado á los pocos negocios que en su ramo ocurrian, de los cuales presentaba algunas y no leves dificultades el modo de tratar con los ingleses, señaladamente en el negocio de la independencia de América, en que el gobierno británico hacia profesion de neutral y no de aliado de España, y se acreditaba de no poco parciál á la causa de los americanos. El ministerio de la Guerra pasó por mas de una mano, pero no estuvo en las de persona alguna notable. En los primeros dias de la nueva regencia, la Hacienda y Gracia y Justicia estuvieron tambien á cargo de sujetos de escasa fama. Con todo eso no faltaron enemigos á la regencia ó á los ministros, no obstante hacerlos tan inofensivos mas todavía que lo sano de su intencion lo flaco de sus fuerzas.

Ocupaba por entonces los ánimos un rumor á que dieron algun asenso las córtes viendo en él no sin razon un grave peligro. Afirmábase que viendo Napoleon la perstinaz resistencia de los españoles, trataba de casar á Fernando con una princesa de la sangre imperial, volviendo á sus primeros intentos sobre España, y que, una vez entrado el príncipe cautivo en su familia, saldria de su prision, y aun empuñaría otra vez su perdido cetro; pero teniéndole ni mas ni menos que José en una clase de dependencia del emperador francés su poderoso pariente. Añadíase que el monarca preso, lejos de mirar con repugnancia tal enlace, le deseaba y aun no habia cesado de solicitarle, no desistiendo del empeño que manifestó en los breves dias de su reinado. Daba valor á estas suposiciones un suceso ocurrido á mitad del mismo año de 1810. Un aventurero, segun dicen, irlandés, y que se titulaba el baron de Kolly, presentándose al gobierno británico, prometió sacar á Fernando VII de la prision en Valençey y llevarle á Inglaterra de donde pasaría á España. No obstante la ordinaria prudencia del gobierno británico, no tanta en verdad cuanta se le suele suponer para extremarse en darle alabanza ó vituperio, el aventurero á quien se vá ahora haciendo referencia, hubo de ser atendido y aun de merecer cierto grado de confianza del marqués Welcesley. Despachósele, pues, á Francia, provisto de dinero, llevando sobre sí pedrería de valor cuya venta le diese recursos, y por credenciales que le autorizasen con el príncipe al cual iba á libertar, una carta escrita por el rey su padre al de la Gran Bretaña. Fuese poca precaucion por parte de los comprometidos en negocio de tanta delicadeza y reserva, ó fuese perfidia del mismo agente, de quien se sospechó, aunque sin haber fundamento para probarle su delito, lo cierto es, que antes de llegar el baron de Kolly á Valençey, ya estaba enterado del encargo que llevaba, y le iba siguiendo los pasos la policía francesa. Ni faltaban á esta espías dentro de la prision misma en que estaba Fernando, acusándose con trazas de verdad á uno ú otro de su servidumbre. Kolly fué preso no bien llegó á París y encerrado en Vincennes, donde se le propuso que pasase enga-

ñosamente á cumplir su comision con Fernando dando cuenta de cuanto ocurriese al gobierno francés. El aventurero, segun afirmó despues, desechó la propuesta, por lo cual quedó en estrecho encierro, siendo de extrañar que no pasase mas adelante con su persona el rigor del emperador francés, nada misericordioso en su trato de los espías, y dando esta circunstancia fundamento á sospechas que sería injusto calificar de ciertas, cuando no están averiguadas. Presentóse en Valençey un Kolly supuesto, que enteró al príncipe de la comision que el verdadero traia. Fernando llevaba su prision con aparente conformidad y aun no sin mengua de su decoro daba señales de estar satisfecho de su suerte. Tenia á su lado á su hermano D. Carlos y à su tio D. Antonio, sabiéndose que el último se entretenia en estorbar á su sobrino la lectura, sospechando que encontrase en la biblioteca del lugar de su residencia libros peligrosos; empresa lograda con poca dificultad por no tener el ilustre preso grande aficion á cultivar su entendimiento. Viviendo aquellas Reales personas triste é insípidamente variaban poco la vida que llevaban en la corte de España, donde la etiqueta prohibia todo linage de distraccion, y donde además Fernando habia pasado los años de su mocedad en una especie de cautiverio. Habian sido separados de la servidumbre del príncipe el duque de S. Carlos y Escoiquiz, pasando á confinamiento en diversas ciudades de Francia, y quedaba solo en el servicio y confianza del rey prisionero D. Juan Amezaga, pariente del canónigo su preceptor y mal consejero, y cabalmente la persona á quien se atribuye estar á sueldo de la policía imperial para vender á su amo y soberano. Con este sujeto se habia avistado el supuesto Kolly, y héchole la proposicion de huirse. Ya sospechasen los príncipes ser ardid de sus carceleros ó del gobierno del emperador la propuesta de paso tan peligroso, ya temiesen cualquier acto de arrojo por no empeorar de situacion, estando resignados con la suya y poco dispuestos á unirse con la causa del pueblo español puesta entonces en grave peligro, denunciaron al gobernador del castillo que les servia de prision M. Berthemy como emisario inglés al que se presentaba venido á salvarlos. Siguióse à este hecho à todas luces indecoroso en grado sumo publicar el Monitor cartas de Fernando, una de agosto de 1809 dando á Napoleon el parabien por los triunfos alcanzados en aquellos dias, y otra de abril de 1810 donde declaraba deseos de ser hijo adoptivo del emperador de los franceses, al cual titulaba su soberano, añadiendo que se creia digno de una adopcion en la cual ponia la felicidad de su vida por su amor á la sagrada persona de Napoleon y por su obediencia sumisa á sus intenciones. Estos documentos, si algo tenian forjado no carecian enteramente de certeza, y si bien podian ser disculpados por el estado de violencia en que se hallaban los cautivos, todavía no podian pasar sin justa tacha, considerándose que exije dignidad aun el rigor extremo de la desdicha, sobre todo si cae en personajes de la mas elevada esfera. Sin embargo, pocos en España conocian hechos que verdaderos ó abultados redundaban en descrédito del amado monarca por quien el pueblo se estaba sacrificando, y aun muchos conociéndolos los estimaban suposicion pura, no sin llevar fuera de los límites de lo justo

su credulidad favorable á su soberano. Pero á fines de 1810 fué tomando cuerpo, con haberse divulgado mas el suceso de Kolly y las cartas de Fernando á Napoleon, la voz que suponia posible y aun probable el matrimonio del rey de España con una señora de la familia imperial de Francia á que poco antes vá hecha referencia. Algunos diputados à quienes los hechos del monarca preso habian dado á conocer la poca firmeza de su carácter, no dejaron de recelar que se doblase á cuanto de él exigiese su opresor, y temieron las mas funestas consecuencias à la causa de la independencia, gloria y felicidad de su patria. Señalóse el primero D. Antonio Capmany, en quien el ódio à los franceses tenia visos y aun calidades de manía, y al cual descaminaba su pasion à punto de hacerle inclinarse demasiado al gobierno inglés, cuyo embajador lisonjeándole la vanidad le habia convertido en cierto modo en uno de sus agentes, bien que sin precipitarse en vergonzosos extremos, y aun ignorando él mismo que llevaba al exceso su servicio á un godierno extraño. Este diputado, pues, en 10 de diciembre de 1810 hizo la proposicion de que las córtes generales y extraordinarias, deseosas de elevar á ley la màxima de que en los casamientos de los reyes debe tener parte el bien de los súbditos, declarasen y decretasen que ningun rey de España pudiese contraer matrimonio con persona alguna de cualquiera clase, prosapia y condicion que fuese, sin prévia noticia, conocimiento y aprobacion de la nacion española, representada legítimamente en las córtes.» Esta proposicion fué bien acogida por personas de contrarias opiniones, yendo todos á porfia en sostenerla hasta aprobarla. Los apegados á los antiguos usos de la monarquía traian á cuento disposiciones de la edad media, cuando por un lado flaquísimo en fuerzas, y por otro lado con poca sujecion constante el poder real, hasta en los actos domésticos de los monarcas, solian intervenir los mas poderosos entre los gobernados. Los de opiniones reformadoras, propensos á cercenar la potestad del trono hasta lo sumo, mezclando con ejemplos antiguos doctrinas abstractas favorables á la autoridad popular, sustentaban que esta debia intervenir en los enlaces de los príncipes. A todos animaba é impelia el odio á Napoleon, comun entonces á los españoles, y el afecto á la Gran Bretaña, consiguiente á la alianza contraida para hacer de consuno la guerra á un contrario acerbamente aborrecido. Su proposicion salió convertida en decreto dado en 1.º de enero de 1811, y cuyo tenor fué el siguiente: «Las córtes generales y extraordinarias, en conformidad de su decreto »de 24 de setiembre del año próximo pasado, en que declararon nulas »y de ningun valor las renuncias hechas en Bayona por el legítimo rey »de España y de las Indias el señor Don Fernando VII, no solo por falta de »libertad sino tambien por carecer de la esencialísima é indispensable cir»cunstancia del consentimiento de la nacion, declaran que no reconoce»rán, y antes bien tienen por nulo y de ningun valor ni efecto todo »acto, tratado, convenio ó transaccion de cualquiera clase y naturaleza »que hayan sido ó fueren otorgados por el rey, mientras permanezca en »el estado de opresion y falta de libertad en que se halla, ya se verifi»que su otorgamiento en el pais enemigo, ó ya dentro de España, siem-

»pre que en este se halle su real persona rodeada de las armas ó bajo »el influjo directo ó indirecto del usurpador de su corona, pues jamás le »considerará libre la nacion ni le prestará obediencia hasta verle entre sus »fieles súbditos en el seno del Congreso nacional que ahora existe ó en »adelante existiere, ó del gobierno formado por las córtes. Declaran asi- »mismo que toda contravencion á este decreto será mirada por la nacion »como un acto hostil contra la patria, quedando el contraventor responsa- »ble á todo el rigor de las leyes. Y declaran por último las córtes que »la generosa nacion á quien representan no dejará un momento las ar- »mas de la mano, ni dará oidos á proposicion de acomodamiento ó con- »cierto de cualquiera naturaleza que fuese, como no preceda la total eva- »cuacion de España y Portugal por las tropas que tan inícuamente los »han invadido, pues las córtes están resueltas con la nacion entera á pe- »lear incesantemente hasta dejar asegurada la religion santa de sus mayo- »res, la libertad de su amado monarca, y la absoluta independencia é »integridad de la monarquía.» Este decreto verboso contenia todas cuantas doctrinas corrian con valimiento en aquella hora, y por confun- dirse todas ellas en un interés comun, tuvo en el público general favora- ble acogida, habiendo sido votado unánime y nominalmente por ciento y catorce diputados.

Habia precedido á esta resolucion del Congreso otra en que á propues- ta del señor Perez de Castro habia sido decretado que á costa de la na- cion española se erijiese un monumento al rey de la Gran Bretaña, don- de se perpetuase la memoria de lo que à su gobierno debian los españo- les. No pasó de promesa esta determinacion de las córtes, la cual puede servir de respuesta á injustos cargos de autores ingleses que tildan á la na- cion española de ingrata y desconocida en punto al auxilio que recibió de sus amigos, y de jactanciosa hasta el extremo de atribuir su salvacion únicamente á los esfuerzos propios.

Con esto y con atender á los negocios de la guerra en la Península y á los de América, se ocuparon las córtes en el año de 1810, durante los tres meses y pocos dias corridos entre su instalacion y la entrada del nue- vo año. En punto á la España ultramarina, solo cometieron desaciertos, bien que en sus circunstancias acertar era imposible. Estrechaban los ame- ricanos á sus colegas à que, reconocido ser ambas Españas iguales en de- rechos, se diese á la ultramarina el número de diputados que por la po- blacion le tocaba, y todos cuantos derechos en lo relativo á comercio go- zaban los europeos, poniendo tambien su gobierno interior en igual pié, con arreglo à idénticas leyes. Respondian las córtes, donde los diputados de la Peninsula eran tan superiores en número, concediendo el principio y negando con argucias ser legítimas las consecuencias de ellos deducidas. En lo tocante á las provincias declaradas independientes, solo se hacia de- cretar que volviesen á la obediencia reconociendo la suprema autoridad de las córtes donde América estaba representado. Qué efecto producian tan vanos decretos, donde iban en comun reconvenciones, amenazas y hala- gos, se dirà al contar los sucesos de la guerra en uno y otro hemis- ferio.

Distinguíase el Congreso por el decoro que reinaba en sus debates. Empezaron estos en público, y así continuaron, sin que hubiese proposicion formal ni para que siguiesen de este modo, ni para que fuesen secretos en adelante. Unicamente en los primeros dias alternaron con frecuencia las sesiones secretas con las públicas, y aun durante la larga vida del Congreso hubo de aquellas en número mas que el debido, tanto por tratar aquel cuerpo materias, no solo legislativas, sino de gobierno, en las cuales se hace necesario el secreto, cuanto por creerse impropios para ser examinados en público asuntos á los cuales cabalmente conviene la publicidad como por excelencia. Era costumbre en muchos leer sus discursos, como lo ha sido en Francia largos años, y aun se usa hoy, si bien corrigiendo la poca atencion del auditorio el inconveniente de pràctica semejante. Pecaban por otro lado los debates por hacerse en ellos, ya de palabra, ya por escrito, arengas que tenian mucho de didácticas; falta comun de naciones noveles en las deliberaciones públicas, á la cual se agregaba cierta verbosidad é hinchazon peculiares á oradores y escritores castellanos, defectos á que inclinan en España las costumbres y el idioma. Fuera de esto el porte y continente de los diputados, remedaba al de los magistrados en los tribunales. No se consentia dar muestras de aprobacion ó censura como se hace en el parlamento britànico, privando así á la elocuencia de un recurso que la sostiene, y excitándola la produce. Pero lo que se negaba à los diputados, en quienes hay derecho de manifestar su opinion, pues por su voto la declaran, y por otros medios no es razon negarles que la demuestren, se consentia en cierto grado à los concurrentes á las tribunas, cuya obligacion al asistir á los cuerpos deliberantes es guardar absoluto silencio. Si es verdad que en este punto se extremó en dias posteriores la calumnia, atribuyendo à los desmanes de los concurrentes à las galerías mas exceso en calidad y calidad que el que real y verdaderamente tuvieron, y mayor influjo que el que en efecto les cupo en lo resuelto por las córtes de Cádiz, no por eso deja de ser cierto que hubo demasías y no cortas ni infrecuentes, produciendo en algunas ocasiones fatales efectos, que los parciales de aquel cuerpo han procurado en balde encubrir, así como los ponderaban sus contrarios. Continuaron las córtes en la isla de Leon hasta entrado el año de 1811. Mucho empeño tenian en trasladarlas à Cádiz los corifeos del partido reformador, no ignorando cuànto influye en cuerpos de tal clase estar rodeados de una poblacion numerosa, donde las doctrinas favorables al poder popular cuentan por lo comun crecido número de parciales acalorados. Los de la opuesta opinion no se oponian à la mudanza de residencia, poco enterados sin duda del valor político de paso semejante. Pero una circunstancia dolorosa hubo de demostrar la traslacion del Congreso á la ciudad de Cádiz. Las calenturas pestilentes, que con el título de epidemia habian aflijido à principios del siglo à las Andalucías, dilatàndose á los pueblos de la costa en otras provincias, y que en Càdiz en 1800 y 1804 habian hecho tanto estrago, aparecieron de nuevo en el otoño de 1810, estacion en que siempre se manifiesta esta enfermedad terrible. Fué difícil averiguarles el orígen, suponiéndolas algunos traidas de las islas Antillas,

y propagadas por su carácter pegadizo; otros nacidas por condiciones del aire del lugar en que aparecen; proposiciones ambas que cuentan razones de peso en su apoyo, si bien da valor à la primera que, establecidas hoy con rigor las cuarentenas para buques procedentes de aquellos puntos, el azote ha cesado de descargar sobre las provincias meridionales y orientales de la costa de España, donde en 1819 en Càdiz, y en 1821 en Barcelona descargó sus últimos golpes. En 1810, viniendo mas tarde que lo que solia, acabó la epidemia con la entrada del invierno, que siempre le pone fin; y fué menos mortífera que otras veces. A los gaditanos respetaba, salvo à los niños nacidos despues de la última invasion del mal, no acometiendo este á quienes una vez le han pasado, como lo ha venido á acreditar una constante experiencia. Pero en los forasteros tan numerosos entonces en Cádiz, se cebó, si bien no extendiéndose como en ocasiones anteriores. Sobre una cuarta parte de los que la padecieron perdieron la vida, siendo esta en general la proporcion entre los muertos y los enfermos de tan cruel dolencia. Perecieron algunas personas notables. Lo singular fué que en este año no se comunicase la epidemia á la isla de Leon, donde hubo solo unos pocos casos. Las tropas se acamparon, y recibieron de la libre circulacion del aire señalado beneficio, teniendo poca aunque alguna pérdida. No fué grande la consternacion. La mayor mortandad fué del 31 de octubre al 1.º de noviembre, en que se enterraron poco mas de cincuenta cadáveres. Despues decayó, y á fines del año habia desaparecido del todo.

Así al cerrar el año 1810 estaba patente aun á la vista menos perspicaz cuál era la índole política, y cuál sería el forzoso paradero de los trabajos de las córtes. Hijas estas de los sucesos del primer levantamiento, y de la situacion de España en 1808, representaban á la sociedad española, con su confusion de clases y de ideas; con su gobierno desquiciado por el desconcierto del despotismo en sus últimos dias, y su consiguiente descrédito, y por una sublevacion en que, trocadas las cosas, pasó el mando á los que solian obedecer sumisos, y hubieron de obedecer á los gobernados aun los mismos, elevados por ellos á despótica, pero responsable y mal segura autoridad; con sus doctrinas de intolerancia religiosa, flacas ya en fuerzas, y combatidas por una secta incrédula y otra religiosa, cuyas doctrinas ilustradas y suaves se diferenciaban de las hasta entonces profesadas y sustentadas por la iglesia española; con su gremio de hombres instruidos, corto en número, pero no escaso en poder, allegado á las novedades, y que aprovechaba la ocasion de poner en práctica su teórica; con sus tribunos ignorantes, dueños del poder al sublevar el pueblo contra los franceses, y despues de haber ejercido la potestad tribunicia sin conocerla, enseñados por quienes sabian mas en punto à la naturaleza de su situacion y fuerzas, y resueltos á hacer su papel ya que habian llegado á conocerle; y en fin, con su pueblo cansado del mal gobierno, y deseoso de no ver ejercida la potestad real en daño público y con mengua de su propio decoro. Pero si en el Congreso y en sus resoluciones se notaba la conformidad de los principios que dominaban á la nacion entera en su empresa de sustentar su independencia, y mirar por su futura fe-

licidad, dentro del mismo cuerpo aparecieron ya claras las diferencias de opinion, antes poco patentes, sobre el sesgo que habia de darse á los negocios políticos, y el espíritu y forma que habría de tener la monarquía española restablecida. Aparecieron, pues, en la España libre dos opuestos bandos, todavía acordes en hacer guerra al usurpador y á sus secuaces, pero discordes entre sí, y con visos y hasta seguridad de llevar la discordancia de pareceres, hija de la oposicion de los intereses, hasta los términos de ódio acerbo y pugna encarnizada.

Mientras distraian los ánimos de los habitantes de la isla Gaditana sucesos políticos de no poca importancia presente, pero que la tenian principalmente por su influjo en lo futuro, los acaecimientos de la guerra seguian su curso; peleándose con vigor en Cataluña entre contínuos reveses; libres todavia por un lado Valencia y Murcia, y por otro Galicia; alternando en ser ocupada y desocupada Asturias; enfrente del enemigo dos ejércitos cortos en fuerzas, uno en Extremadura y otro en el último confin oriental de Granada; viniendo alguna vez á las manos con el enemigo, y saliendo vencidos siempre; los puntos de la costa vecinos á Cádiz, ya dominados por el enemigo, ya abandonados; contribuyendo á la defensa de la isla bloqueada, y á mantener viva la guerra en Aragon y las tierras vecinas una junta ambulante con generales celosos que molestaban contínuamente al enemigo, y solian causarle pérdidas sensibles, teniéndolas ellos mismos crueles; el centro de la Península lleno todo de guerrillas, azote juntamente de los pueblos y del enemigo, pero auxilio poderoso de los ejércitos por el mal incalculable que hacian á los franceses; y por último, empeñada en el vecino reino de Portugal una campaña, cuyo éxito, siendo desgraciado para los aliados del pueblo español, habría de traer consigo el triunfo completo de la usurpacion, y siendo al revés feliz, habría de dar largas á la guerra, y, de terminarla, aprovechando ocasiones, en dar la victoria á la causa de las dos naciones peninsulares en su resistencia al yugo extranjero. Una razon algo mas circunstanciada de estos sucesos, y señaladamente de la guerra de Portugal, aunque reducida á los límites de un compendio, es de todo punto indispensable.

Al paso que Suchet, dueño de Lérida y vencedor, se disponia á proseguir sus operaciones por los puntos por donde confina Cataluña con Aragon y Valencia, y que el mariscal Macdonald, general á cuyo cargo estaba particularmente el Principado, concertaba sus operaciones con su compañero, y á veces bajaba hasta las inmediaciones de Tarragona; infatigable O'Donnell, y no falto de habilidad en su ambicion y arrojo, llevaba adelante la guerra, esquivando ya batallas campales que veia serle funestas, pero no desperdiciando ocasiones para encuentros y sorpresas que inutilizasen al enemigo sus ventajas. Mientras Suchet sitiaba á Tortosa, asentada á orillas del Ebro en el linde de Cataluña con Valencia, y apretando el cerco desbarataba á los españoles señaladamente en una salida donde cayó prisionero el coronel D. José María Torrijos, despues tan famoso; el general español determinó irse á la parte del Norte, y allí á poca distancia del territorio francés dar á sus contrarios golpes, que, sobre causarles pérdidas, llamasen su atencion à aquellos lugares. Para el intento embar-

có O'Donnell en Tarragona algunas tropas con artillería y pertrechos, y saliendo él de la misma ciudad por tierra en el mes de setiembre, fué á Villafranca à ponerse al frente de la division mandada por el marqués de Campo Verde, y agregándole alguna caballería, despues de dejar fuerzas observando á Macdonald, yéndose hasta las montañas cercanas á los Pirineos, cayó sobre el pueblo de La Bisbal, donde así como en sus inmediaciones y castillo estaba el general francés Schwartz con fuerzas bastante considerables. Rodeadas estas por los españoles, que maniobraron con diligencia y habilidad, hubieron de entregarse prisioneras. Cayeron al mismo tiempo en poder de los tenientes del general español Fleires y Aldea las poblaciones de San Feliu de Guixols y Palamos, ambas fortificadas. Ascendió la pérdida de los franceses á mil y doscientos prisioneros, entre ellos el general Schwartz con sesenta oficiales y diez y siete piezas de artillería. Aunque solia pelearse bien en Cataluña, esta fué la primera ventaja de consideracion alcanzada por las armas españolas en muchos meses, y redundó en grande honra de su general, cuya felicidad fué compensada con la desgracia de haber salido de la refriega gravemente herido. El gobierno, gozoso al recibir tan fausta noticia, cuya importancia pareció aun mayor que la que efectivamente tenia, premió al vencedor concediéndole el título de conde, y haciéndole del lugar de La Bisbal, donde se habia señalado á costa de su sangre. Este revés de los franceses fué seguido por otros, aunque leves, bastando el mas ligero favor de la fortuna para infundir visos á los españoles en cuyo teson apenas hacia mella el vencimiento. El marqués de Campo Verde, paseando orgulloso por cerca de Puigcerdá, en la misma raya de Francia, echó contribuciones á pueblos de la Cerdaña francesa. El baron de Eroles, señor catalan de ilustre cuna y riqueza, que ya se habia distinguido en el sitio de Gerona, puesto al frente de soldados y paisanos armados del Ampurdan, tambien á mediados de octubre apresó un convoy enemigo en la Junquera, primera poblacion de España en el camino real de Francia á Cataluña, y siguió guerreando con felicidad por aquella tierra. Viniéndose mas al Mediodia Campo Verde, hizo frente á las tropas de Macdonald cerca de Solsona, y sin empeñar batalla se recojió á la fortaleza de Cardona, situada en aquellas montañas, y que nunca en el discurso de tan larga guerra llegó á caer en poder del enemigo. Con los reveses de Macdonald hubo Suchet de suspender sus operaciones contra Tortosa, bien que á fines del año volvió á apretar el cerco. Tambien á este general francés enmedio de su constante buena ventura ocurrió una desgracia, porque un batallon napolitano dependiente de su ejército fué sorprendido y hecho prisionero por el teniente coronel Villa, dependiente del baron de la Barre, que mandaba una division española en las orillas del Ebro.

En Aragon seguian asimismo con actividad las hostilidades, aunque no entre ejércitos crecidos. Don Pedro Villacampa, oficial antiguo de alta estatura y complexion robusta y récia, aprovechaba su conocimiento de aquella tierra, y su diligencia infatigable en contínuos combates, donde ya llevase lo mejor, ya lo peor, siempre causaba molestia y daño á los dominadores de aquel suelo. Por desgracia envió allí la regencia desde

Cádiz á tomar el mando de Aragon y de los cuerpos del ejército ó de partidarios allí empleados á D. José María Carvajal, cuya incapacidad era suma y estaba acompañada de un espíritu inquieto. Tal caudillo, como otros de la misma clase, impropios para el linage de guerra que eran enviados á seguir, y no bien quistos en poblaciones cuyo celo las llevaba á obedecer con gusto solo à capitanes conocidos ó de su eleccion, ningun bien produjo, y sí considerables embarazos. No obstante, Villacampa tuvo algunos felices sucesos que obligaron á Suchet á enviar contra él desde el sitio de Tortosa hasta siete batallones y cuatrocientos mil caballos mandados por el general polaco Klopiki. Este alcanzó mas de una ventaja sobre Villacampa, que en una ocasion al frente de tres mil hombres se atrevió á presentarle batalla, pero, mal ayudado por Carvajal, salió vencido con pérdida considerable para el número de su gente. Siguieron alternados los sucesos de la guerra en aquel territorio, no desmayando los españoles aun despues de ser reiteradas veces vencidos. Tambien por la parte de Valencia el general D. Luis Bassecourt no cesaba de llamar la atencion de los franceses de Cataluña, siendo su principal intento embarazarlos en su prosecucion del sitio de Tortosa. Pero las operaciones del corto ejército valenciano no fueron ni mas alentadas ni mas felices que solian ser las de aquella parte de España. Vencidas con poca gloria aquellas tropas hubieron de retirarse, dejando à los enemigos desembarazados para proseguir el sitio en que tenian tanto empeño. Concurria ya el mariscal Macdonald á las operaciones de Suchet, habiendo ya abastécido á Barcelona, cuidado constante de los generales franceses en Cataluña, y dándole poca inquietud el ejército español, que, si bien animoso y entero, no estaba en situacion de medir sus fuerzas con las contrarias, faltándole un general, por haberse retirado en aquellos dias á Mallorca O'Donnell, muy molestado por su herida mal curada, y no menos por los desabrimientos anejos al mando, principalmente tratando con los catalanes, propensos á trocar de súbito el amor en odio. Finalizó, pues, el año en Cataluña quedando Tortosa en vísperas de caer en poder de los franceses, ya sin esperanza de salvarse.

En el opuesto extremo septentrional de España, Galicia libre contribuia poco á la defensa comun de España, no siendo el general Mahy, que allí seguia mandando, hombre superior en actividad ni en talento, y no prestándose los gallegos al aumento del ejército para servir fuera de sus provincias, á lo que se allegaba ser grande la escasez de todo linage de recursos; llamada la atencion del gobierno con mas especialidad á puntos de la Península donde ardia la guerra y eran grandes los peligros y males. El vecino Principado de Asturias, por algun tiempo no ocupado por el enemigo, temia siempre verle de nuevo en sus entrañas, guerreándose en general allí con poca fortuna. Infatigable en medio de esto el guerrillero Diaz Porlier no solo molestaba al enemigo cuando este penetraba en el territorio asturiano, si no que en atrevidas expediciones solia alcanzar ventajas, por desgracia de poca importancia y pronto perdidas, pero aun así suficientes para dar ocupacion y cuidado á un mediano número de tropas francesas. Así hubo de llevar á cabo en las montañas de

Santander empresas que causaron algun daño al enemigo; pero viniendo sobre él gran golpe de tropas tuvo que embarcarse y recogerse á Galicia. Mas adelante, la expedicion de Renovales, de que antes queda hecha mencion, ocupó particularmente á los que estaban encargados de la prosecucion de la guerra por la costa septentrional de la Península y tierras vecinas. Esta expedicion, como tambien se ha apuntado, tuvo trágico fin, contribuyendo á su ruina las tempestades y la direccion desacertada que se dió á las operaciones.

En las Provincias Vascongadas y Navarra, los atrevidos guerrilleros obligaban à los franceses à tener guarnecidos varios puntos, à hacer correrías que les causaban cansancio y pérdidas, y á combatir amenudo; y como en guerra de sorpresas, en que sus contrarios, prácticos en la tierra y favorecidos por la poblacion, solian acometerlos á mansalva rara vez sin feliz fortuna. Espoz y Mina fué tan atrevido y hábil, así como tan constante en sus empresas, que llenos de ira los franceses de ver en la proximidad misma de su territorio las armas españolas no rendidas, siempre pujantes, y alguna vez victoriosas, hicieron grandes esfuerzos para poner término á un mal de que resultaba descrédito à sus armas y gobierno dentro de su misma patria. Fueron, pues, sobre el atrevido guerrillero hasta cerca de treinta mil hombres, y de tal modo le acosaron y estrecharon que hubo de desparramar su gente y huir seguido de pocos, pero no sin aparecer de nuevo en la misma Navarra y allegar secuaces á su bandera.

Poco menos acontecia en el centro mismo de España. El Empecinado recorriendo particularmente las provincias de Guadalajara y Madrid con su prodigiosa actividad, dió harto que hacer al general Hugo que mandaba las tropas francesas en la primera provincia. Llegó el partidario español á contar hasta mil y quinientos infantes y seiscientos caballos, con cuyas fuerzas, empleadas con pericia para la clase de guerra en que estaban empeñadas y siempre con diligencia, y en alguna ocasion con arrojo, hasta hubo de insultar al monarca intruso en su capital, entrando algunos de sus soldados en la posesion Real de la Casa de campo, separada de Madrid solo por la pobre corriente del Manzanares. El general francés ofreció á su contrario darle un grado de oficial con otras mercedes si pasaba al servicio de José Napoleon, oferta desechada, como era de presumir, por el guerrillero.

Por aquellos dias el gobierno del usurpador formó el proyecto de tener guerrillas á su devocion para oponerlas á las que sustentaban la causa de la independencia. Como en ningun pais ni tiempo faltan hombres á quienes se puede ganar satisfaciendo su interés ú otra pasion vehemente con cualquier motivo excitada, encontraron los ministros de José Napoleon uno ú otro español que se prestase á servir su causa al frente de una partida. Pero era descabellado proyecto el de guerrear de un modo que hace necesario tener favorable á la poblacion, cuando se la habia de encontrar acérrima contraria. Así los guerrilleros del intruso, escasísimos en número, solo pudieron en algun caso, aprovechando su conocimiento del pais, causar leves males á las guerrillas patrióticas; pe-

ro puestos en contínuo peligro, como rodeados de pueblos enemigos, poco hicieron y desistieron en breve de su empeño. Algunos de ellos, sin embargo, lograron adquirir cierta fama y aun escapar con la vida amenazada de contínuo, hasta ocupar, andando el tiempo, puesto en el ejército español, no pareciendo oportuno repetir sus nombres por no acarrearles odio largo tiempo despues de cometidas y purgadas sus culpas.

En Extremadura las fuerzas del marqués de la Romana distraian la atencion del mariscal Mortier, cooperando en cierto modo á la defensa de Portugal. Eran allí como en otras partes contínuas las refriegas, y en Canta-el-Gallo llegó á haber una el 11 de agosto en que el mismo general presentó batalla á los franceses; pero por fortuna no se empeñó del todo, cuando ya estaba próxima la victoria del enemigo, habiendo el general La Carrera con su caballería salvado á la infantería medio envuelta. Tambien en Fuente de Cantos el 15 de setiembre pelearon con crecidas fuerzas francesas los generales Butron y La Carrera, y, vencidos por la superior habilidad y superioridad de sus contrarios, perdieron alguna artillería y estuvieron á punto de ser completamente desbaratados, debiendo la felicidad de haber escapado de su total ruina al auxilio que les dieron algunas fuerzas portuguesas mandadas por el inglés Madden. En esto, yendo adelantado el mariscal Massena con su poderoso ejército por el reino de Portugal, y retirándose de él los ingleses, el marqués de la Romana de súbito determinó irse con el ejército británico, llevándose consigo parte de sus tropas y dejando otras al mando del general D. Gabriel de Mendizabal, puesta á Badajoz en estado de defenderse de su sitio y dada órden á la junta de provincia y demás autoridades de que se trasladasen á Valencia de Alcántara; accion de singular imprudencia muy propia del carácter indócil é irreflexivo del marqués, quien, procediendo así, obró sin órden y aun contra la voluntad presunta del gobierno al cual debia obedecer, dejando pobre en fuerzas á Extremadura, y yéndose á dar aumentos á un ejército extranjero que no los necesitaba ni pedia.

En Murcia despues del revés llevado en Baza, nada hubo notable por algun tiempo. A fines del año, llamado Blake á Cádiz á ser parte del consejo de regencia, dejó aquella fuerza de su mando al del general Freire que se situó en Lorca ocupando con sus tropas las tierras linderas al reino de Granada.

En el bloqueo de la isla Gaditana nada ocurria digno de particular nota. Guarnecido aquel fuerte recinto por veinte mil hombres entre ingleses y españoles, y protegido por fuerzas marítimas numerosas, estaba en seguridad completa. Bien lo conocia el mariscal Soult, que con autoridad casi soberana gobernaba á Andalucía y deseoso de molestar, cuando menos, á los sitiados en Cádiz, preparó una fuerza sutil, que obrase á la boca de aquel puerto y en las aguas vecinas. Para ello mandó construir barcos en San Lucar y Sevilla, empleando en su obra hasta operarios traidos de Francia. Pasó en persona á San Lucar el mariscal, cuando ya estaban listas las embarcaciones, á fin de ver desde la costa cómo se efectuaba la travesía de aquellas fuerzas desde la desembocadu-

ra del Guadalquivir hasta el punto de la bahía de Cádiz vecino á la costa ocupada por el enemigo, y una de las bocas por donde cerca de la ciudad del Puerto de Santa María desagua en la mar el Guadalete. Emprendieron su viaje los nuevos cañoneros en número de veinte y seis, y yéndose atracados á la costa, pasaron sin tropiezo por parte de los bajíos ó de los enemigos por delante de Chipiona en la noche del 31 de octubre y el vecino dia primero de noviembre. Llegados á Rota fueron vistos, y, queriendo continuar una parte de ellos hasta el puerto de Santa María, en su tránsito fueron acometidos por las fuerzas sutiles de inglesas y españolas. No obstante el denuedo y habilidad de estas, las francesas casi cosidas á la costa, protegidas por los fuegos de una artillería numerosa, así de baterías como volante, que por la tierra cercana los venia acompañando y socorriendo, lograron ponerse en salvo dentro del Guadalete. Tuvieron alguna pérdida en este combate los ingleses y españoles cayendo de los primeros muerto en esta pelea un bizarro mozo recien ascendido de guardia marina á teniente y que quiso justificar su ascenso yendo voluntario á aquel empeño. Los ingleses honraron la memoria de este malogrado oficial, haciéndole un entierro lucido, á que asistió gran parte de la poblacion de Cádiz y de la oficialidad española. Causó en los franceses esta corta ventaja la soberbia que en ellos solia infundir no ser desbaratados en el mar, y se entregaron á alegres esperanzas, que pronto fueron desvanecidas. En efecto, aquellos barcos en veinte meses mas no volvieron á moverse, quedando inútiles de todo punto, hasta que abandonaron los sitiadores de Cádiz la vecina costa.

En las líneas de la isla de Leon solia desperdiciarse el tiempo y malgastarse las municiones con disparos é inútiles escaramuzas. Costaban algunas vidas hostilidades tan infructuosas. No fueron quienes menos padecieron en ellas los franceses, pues en una batería inmediata á Chiclana quedó muerto de una granada el general de artillería Senarmont, oficial de crédito entre los suyos, cabiendo la misma suerte, ó la de ser gravemente heridos, á algunos mas oficiales de los que estaban á su lado. En una de las baterías españolas perdió la vida de una bala de fusil, tiroteándose con el enemigo, un oficial jóven de talento é instruccion, llamado D. José de Laraviedra, el cual fué muy lamentado, no obstante ser persona de poca nota, así por sus grandes prendas personales, como por lo inútil de su sacrificio. Desistióse cuerdamente de refriegas, en que ninguna ventaja compensaba el daño que se recibia, y por mas de año y medio que duró todavía el bloqueo de la isla Gaditana, no se hostilizaron las opuestas líneas, sino en los casos en que hubo necesidad de coadyuvar á importantes operaciones militares.

El Condado de Niebla se mantenia en parte libre y en parte ocupado por los franceses, alternando, segun los sucesos de la guerra, en estar en su poder ya unos ya otros puntos. Por la parte oriental de la costa mas cercana á Càdiz, Algeciras y el vecino campo de San Roque al abrigo de Gibraltar se conservaban por lo comun sin guarnicion francesa y en obediencia al legítimo gobierno.

El nuevo consejo de regencia, al espirar el año de 1810, dió nueva

forma, y especialmente nueva denominacion, á los ejércitos que guerreaban contra el enemigo, teniendo bajo su autoridad hasta seis fuera del que ocupaba la isla Gaditana, desde cuyo reducido y bloqueado espacio bajo las baterías enemigas seguia gobernada la vasta extension de la tierra de España. Llamóse primer ejército al de Cataluña; 2.º al de Aragon y Valencia; 3.º al de Murcia; 4.º al de la isla de Leon y Càdiz; 5.º al de Extremadura; 6.º al de Galicia y Asturias, y 7.º al que estaba en el territorio comprendido en las montañas de Santander, las provincias Vascongadas, Navarra, y la parte de Castilla situada en la ribera septentrional del Ebro. De estos ejércitos algunos lo eran verdaderamente, aunque ninguno de ellos sobrado en fuerzas, al paso que otros existian en cierto modo en la imaginacion, componiéndose de divisiones volantes, de cuerpos sueltos, y de partidas. No obstante el grande servicio que estas últimas prestaban, perjudicaban por otro lado à las operaciones regulares de la guerra, sobre causar grandísimo daño á los pueblos, porque se acogian á ellas desertores de los ejércitos, deseosos de vivir con menos sujecion y de hacer mas botin, y ademàs de esto con su mal ejemplo perjudicaban à la disciplina de los soldados fieles á sus banderas. Andaban por aquellos dias muy discordes los pareceres en punto á la cantidad y calidad del servicio que hacian las guerrillas, yéndose los de opuestas opiniones, como suele suceder, á extremos. Los ingleses, muy descontentos del ejército español, por despreciar las tropas regulares de esta nacion, ensalzaban á las irregulares; y muchos españoles, señaladamente los del vulgo, eran de su mismo parecer; al paso que entre la gente entendida y entre la oficialidad picada de ver preferidos á los guerrilleros, abundaban los que pecaban por llevar demasiado adelante la opinion contraria. De estos era Blake, á cuyo carácter frio y metódico y alcances inferiores á sus estudios disgustaba cuanto no era rigorosamente ordenado. Así en la regencia dió órdenes para que las partidas de guerrilla se sujetasen en gran manera á los generales de los distritos donde obraban, poniéndose con ellos en concierto. Tenia esta órden el inconveniente de no poder ser puntualmente obedecida, porque era la índole de las guerrillas proceder sin sujecion à freno ó plan alguno, y tan hermanadas estaban con sus ventajas sus desventajas, que para libertarse de las segundas era fuerza renunciar completamente á las primeras. Siguieron por consiguiente las partidas obrando á su antojo, obedeciendo rara vez y como con violencia á los generales, y dañando á la par á los enemigos y à los pueblos en el territorio en que guerreaban. Su mayor mérito consistió en haber tenido ocupadas muchas tropas francesas, que, segun es probable, habrian dado à los suyos la victoria, agregándose à los ejércitos numerosos á la sazon empleados en importantísimas campañas.

La que á mediados de 1810 empezó en Portugal, á poco de haber caido en poder de los franceses Ciudad-Rodrigo, es digna de particular mencion aun en este compendio por el influjo que tuvo en la suerte de España, y por haber llamado á sí poderosamente la atencion de Europa, y aun en las partes del mundo civilizado, donde se mira con empeño

cuanto ocurre en el continente europeo. Las dos naciones prepotentes, cuya rivalidad antigua y moderna por largos siglos habia tenido y tenia en continua inquietud al mundo, acostumbradas à medir sus fuerzas por lo comun en los mares, donde era constante y generalmente reconocida la superioridad del poder británico, iban esta vez à contender por la palma del triunfo, y de resultas, probablemente por la existencia, en los campos de batalla donde eran comunmente reputados superiores los franceses. Abandonada por Napoleon la idea de dirigir aquella empresa, la habia puesto á cargo de uno de sus capitanes mas hábiles y acreditados, à quien una continuacion de triunfos habia valido la calificacion de «hijo mimado de la victoria.» Por el lado opuesto mandaba el ejército británico un caudillo, que en la India con córtas fuerzas habia vencido huestes numerosísimas de soldados, aunque bárbaros, valientes, y que ya en la Península en dos ó tres jornadas, peleando con los franceses, habia quedado vencedor, aun cuando lo poco completo de sus triunfos diese márgen à los vencidos á disputar con poca razon que no lo habian sido real y verdaderamente. Las fuerzas por ambas partes opuestas eran crecidas, bien dispuestas, con sus méritos particulares y distintos, y provistas de todo lo competente á un ejército bien arreglado. Constaba el ejército inglés de cerca de treinta mil hombres, á que se agregaba igual número de portugueses, estos últimos mandados por oficiales ingleses entre otros de su nacion, y arreglados en unilacion cabal de los regimientos británicos. A estas fuerzas regulares habia que añadir las llamadas milicias y ordenanzas portuguesas, calculándose las primeras por historiadores dignos de crédito en unos veinte y seis mil hombres. Superior en fuerzas era el general francés, que blasonó, en una proclama dada desde Ciudad-Rodrigo à la nacion portuguesa, de tener ciento y diez mil hombres bajo su mando, y que hubo de emprender con mas de setenta mil la invasion del reino cuya conquista se prometia. En la misma frontera y à la márjen del Coa vinieron á las manos ingleses y franceses sin llegar á trabar batalla, ni ser claramente de unos ó de otros la victoria. Pasaron los invasores á poner sitio á Almeida, fortaleza de Portugal de bastante mérito y no poco concepto, bien pertrechada y defendida por cuatro mil hombres, de la cual se esperaba que hiciese una vigorosa defensa. No correspondió el éxito à esperanzas tan halagüeñas y fundadas, pues habiéndose volado en la ciudad sitiada unos almacenes de pólvora muy á principios del sitio, y causando este accidente terrible destrozo en las murallas así como daño en las casas particulares y congoja y pavor en los habitantes, el coronel inglés Cox gobernador de la ciudad hubo de entregarla á los sitiadores, contribuyendo á que lo hiciese con excesiva precipitacion un alboroto del pueblo y soldadesca, al frente del cual se puso el teniente de rey de la misma plaza, manifestàndose traidor ó cobarde. La mala defensa hecha por Almeida contrastó con la que acababa de hacer Ciudad-Rodrigo, de muy inferior fortaleza, así como con las que habian hecho varias ciudades de España, y aun no lejos de aquellos lugares pocos meses antes la pobre Astorga, sacàndose de este cotejo consecuencias, si no desfavorables al concepto de los portugueses

de mal agüero para el éxito de la campaña pendiente. Influyó esta desdicha aun en los ánimos de los ingleses, siendo general en el ejército de estos y en la nacion británica la persuasion de que estaba perdida la causa de la Península, y que era locura querer defenderla contra el poder gigante empeñado en reducirla al yugo. Aun el mismo gobierno de la Gran Bretaña hubo de ceder al temor, encargando à su general no obstinarse demasiado en la resistencia, y atender á salvar tropas, cuya conservacion, preciosa por muchos títulos, lo era mas en circunstancias en que podría necesitarse de su valor y pericia para la defensa del suelo patrio. En medio de tanto dacaimiento lord Wellington no desmayó, adhiriéndose con firmeza á un plan que de antemano habia formado, y cuya ejecucion le era fácil. Segun testimonio fidedigno, este ilustre capitan, cuando, à poco de haber desembarcado en Portugal por la vez primera en 1808, hizo en las inmediaciones de Lisboa una campaña feliz contra los franceses mandados por Junot, habia examinado con cuidado la naturaleza y configuracion del terreno en aquellos lugares, y notando una série de alturas que por un lado rematan en el mar y por otro en el Tajo, dejando detras uno como triángulo, en que está encerrada Lisboa, y al cual sirven de base los mismos montes y de costados las aguas del Océano y del rio, dijo con espíritu casi profético que, empeñàndose y alargándose la guerra, la independencia de la Península podría salvarse en aquel puesto, aprovechando el arte las ventajas de la naturaleza, con formar allí líneas provistas de una numerosa artillería, y que, difíciles de ganar de frente, defendidas por los dominadores del mar habrían de ser inexpugnables. Cuando vino Portugal á ser gobernado por una regencia sujeta al influjo inglés, y en que el embajador de la misma nacion tenia asiento y voto, se empezó á atender á las líneas á que acaba de hacerse referencia. Mandando lord Wellington el ejército angloportugués no descuidó el fortalecer aquellos puntos, donde, segun su intencion primera, confirmada despues por contínuas meditaciones, habia de resistirse al poder francés con mejor esperanza y casi con seguridad de feliz fortuna. A mediados de 1810 estas líneas, á que dió nombre la poblacion de Torres Vedras, estaban en perfecto estado de defensa, ayudando á la naturaleza en cuanto era posible el arte, y proveyéndolas los recursos de un gobierno poderoso de artillería y todo linaje de pertrechos en cantidad hasta sobrada. El plan de campaña del general inglés era, pues, el siguiente. Despues de irse retirando delante del ejército de Massena, no sin venir á las manos con él en algun caso, y aun, si para ello se viese ocasion favorable, de darle batalla; el ejército inglés, á no ser que una victoria señalada le proporcionase mudar de plan, habia de irse retirando hasta recogerse à las líneas, dejando la tierra toda talada, devastada y despoblada, de suerte que mientras los ingleses, amparados sus costados por sus fuerzas navales, provistos de todo linaje de recursos, con abundantes víveres, sanos y descansados esperaban á ser acometidos no sin casi certidumbre de rechazar á los agresores y escarmentarlos, los franceses teniendo al frente á contrarios valerosos situados en fortísimos puestos y en rededor soledad y ruinas, habrían, ó de arrojarse á un asalto para salir recha-

zados y deshechos, ó de consumirse por el hambre y las dolencias consiguientes á una escasez extremada. Facilitaba á lord Wellington el cumplimiento de su propósito, que estaba Portugal sujeto á un gobierno absoluto, y éste á la voluntad del general de las fuerzas aliadas, sin contar con que el espíritu de los portugueses, ardiendo en odio á los invasores, los llevaba á obedecer con menos repugnancia y mas puntualidad órdenes despóticas y duras que les prescribian sacrificios enormes. Tomada, pues, Almeida, fueron adelante los invasores, y sus contrarios á su vista ó poco menos, siendo frecuentes entre los opuestos ejércitos las escaramuzas. Molestaban á los franceses las tropas ligeras de sus enemigos favorecidas por el paisanaje, y en una ocasion el coronel inglés Trant les dió un golpe considerable, haciéndoles hasta cien prisioneros y cogiéndoles algun equipaje, con lo cual y con otras operaciones semejantes se veia forzado Massena á ir despacio, y, enfrenado el ímpetu natural de su gente, tenia que guerrear de modo muy diverso de aquel á que estaba acostumbrado. Seguian ingleses y franceses el valle del Mondego y las vecinas sierras, maniobrando los segundos para envolver á los primeros; estotros para evitar ser envueltos, aprovechando su mayor conocimiento del pais y el que le daban los naturales, negándosele al enemigo. De súbito, yendo los anglo-portugueses por las sierras, lord Wellington determinó hacer alto en la llamada de Busaso, y allí, situado en un lugar fortísimo, dar batalla á sus perseguidores, variacion en su plan cuya razon no podia ser otra que la alegada por él mismo en su abono; á saber, que quería hacer prueba de sus tropas y dar á conocer su valor á ellas propias y á los franceses. Vinieron, pues, unos y otros á las manos el 27 de setiembre, haciéndose esfuerzos extraordinarios por ambas partes, acometiendo con su acostumbrado impetuoso arrojo los guerreros de Napoleon, y resistiendo en sus fuertes puestos con su sólita firmeza los soldados británicos, y lanzándose furiosos á sus contrarios despues de repelerlos. Una vez las tropas capitaneadas por el general Reynier llegaron á la cima del monte ocupado por sus enemigos, y señores del bien disputado terreno se creyeron victoriosos; pero embestidos con furia por los que aparecian vencidos, hubieron de perder lo ganado y de rodar por el collado abajo, no sin venir apretados por el ímpetu de quienes los seguian. Por el otro costado de la pelea el valor sin par de Ney tampoco alcanzó á triunfar de la resistencia que le opuso el general Crawford con sus esforzadas tropas. Despues de una refriega, aunque feroz breve, prosiguió flojamente la batalla, parando en un tiroteo terminado con las sombras de la noche. Fué, pues, la victoria de los ingleses, pero con poco notables ventajas para el vencedor, que peleó en la defensiva, resuelto á retirarse aun cuando llevase lo mejor en la jornada. Tal fué la inútil batalla de Busaso, gloriosa á las armas inglesas y al recien formado ejército portugués, cuya buena calidad quedó en aquel dia probada. Los franceses rechazados pero no deshechos fueron adelante, y, encontrando en aquella ocasion un buen guia que siempre les hacia falta, con un movimiento diestro pusieron en grave peligro al ejército contrario, amenazando trocarle el triunfo en

ruina, con doblarle por un costado é interponerse entre él y los lugares á donde se retiraba. Conoció á tiempo Wellington la índole y probables resultas de la maniobra de Massena, y logró burlarla retirándose con prontitud y tino. Por fin, tras de algunos peligros causados por inconvenientes imposibles de impedir, poco antes de mediar octubre entró en sus preparadas líneas el ejército inglés y allí hizo alto, quedando como encastillado en una inexpugnable fortaleza. Llegado en su seguimiento Massena al pie de las líneas se asombró de un espectáculo inesperado, no teniendo noticia de que tales medios de defensa existiesen. Bien conoció el diestro y experimentado capitan la naturaleza del obstáculo insuperable que tenia delante, y así, despues de emplear su discurso y pericia en tantear su situacion y la de su contrario, y ver si habría medio de vencer, enterado de serle imposible el triunfo, paró, quedándose á esperar mayores fuerzas ó coyuntura mas favorable. El ejército británico, costando á su nacion sumas increibles, siguió descansado, bien abastecido y casi seguro en sus puestos. Al francés no amenazaba peligro por parte de las armas de quienes no trataban de salirse del seguro donde se habian ido á retraer, pero le consumian la escasez y los males que á esta son anejos, á lo cual se agregaba la inutilidad de su estancia en Portugal, y el consiguiente desaliento producido por un descanso, cuyo término no puede ser la victoria. Ni dejaban de hostigarle con grave molestia y algun daño cuerpos de tropas ligeras y paisanos armados no suficientes á vencerlos en séria refriega, pero sobrados para menguarle con algo de la fuerza física toda la moral, como acaban lentamente con fiera terrible pero postrada fuerzas de animales ruines y hasta de insectos.

Al acabar octubre se presentó en las líneas inglesas el marqués de la Romana seguido de ocho mil españoles, sin acertarse por qué habia venido, ni dar al ejército inglés el auxilio que al español de Extremadura quitaba. Es de creer que el mismo general no acertaba á explicarse á sí propio la razon de su viaje. En él terminó su vida, habiendo fallecido aun no entrado en la vejez en las líneas de Torres Vedras, sin haber hecho durante la guerra cosa que justificase su anterior concepto; sino al revés habiéndose acreditado de hombre inquieto y peligroso.

Mediado noviembre, Massena, vista la imposibilidad de asaltar las líneas de Torres Vedras con fundada esperanza de ganarlas, y que su estancia al frente de su contrario, tras de acarrearle descrédito, le causaba otros daños no leves, hubo de levantar el campo y retroceder á buscar puesto mejor donde situarse y pasar con menos escaseces, esperanzado, ó de que viniendo en su seguimiento los enemigos, se le presentaría ocasion de darles batalla con probabilidad de vencerlos, ó de que tal vez, recibiendo refuerzos, tendría facilidad de emprender operaciones activas, ó de que, pasando el Tajo, podría por la orilla opuesta á espalda de las líneas caer sobre Wellington, si le era posible atravesar otra vez la misma caudalosa corriente. El general inglés, prudente sobre todo, no abandonó sus líneas, aunque yendo sobre su enemigo podría haberle dado un duro golpe, y se contentó con escaramuzas y con ade-

lantar su cuartel general que puso en Cartaxo. Así Massena no perseguido retrocedió poco terreno, dejando el que antes ocupaba lleno de cadáveres y devastado, claros testimonios de sus apuros y padecimientos y de su rabiosa ira. Situóse cerca de Santaren en lugar fuerte y donde podia ser abastecido. Llegábanle en tanto refuerzos poderosos, entrando en Portugal hasta catorce mil infantes y dos mil caballos mandados por el general Drouet, y poco despues tres mil á las órdenes del general Foy, buen guerrero, acreditado despues como orador insigne, é historiador aunque algo parcial hábil y elocuente, que á la sazon, despues de haber servido largo tiempo en sus ejércitos en Portugal, herido en Busaeo, habia ido á Francia comisionado por su general para informar del estado de los negocios á su emperador, y que volvia con órdenes particulares de éste así como con auxilio de tropas, no sin haber experimentado de parte de los cuerpos sueltos españoles resistencia, daños y peligros en el discurso de su larga jornada. Pero la venida de Foy ocurrió ya en enero de 1811, habiendo terminado 1810 estándose Massena en Santaren y Wellington en sus líneas, aunque adelantado de ellas corto trecho con algunas de sus fuerzas. Al francés se habia reunido Drouet, pero sin proporcionarle mas ventaja que la de ocupar mas territorio, y dilatar su dominacion hasta la ribera del mar por la parte septentrional de las líneas. En la parte del Norte del reino de Portugal fuerzas portuguesas ya crecidas mandadas por el general Selveira, célebre desde entonces, y cuya celebridad fué despues grande en los anales de su patria, daban cuidado á los invasores, y aun osaron alguna vez hacerles frente, y si bien llevaron reveses, y vencidas por Drouet quedaron por este privadas de toda comunicacion con el ejército de Wellington y la ciudad de Lisboa así como con las provincias de ambas riberas del Tajo, todavía manteniéndose hácia Tras Os-Montes, y señoreando esta provincia y la de Entre Duero y Miño, dejaban á espaldas de sus contrarios una fuerza temible, sin contar con que la importante ciudad de Oporto seguia libre de la dominacion francesa. Tan poco cumplida se veia la amenaza de Napoleon de arrojar á los ingleses al mar al año poco mas ó menos de haberla pronunciado en un lugar augusto y en una ocasion solemne.

Abríase, pues, el año de 1811 sin traer satisfaccion à alguno de los poderes que se disputaban el señorío de la Península, compensadas á cada paso las grandes ventajas conseguidas por los franceses con sucesos de bastante importancia y trascendencia para inutilizarles en parte el triunfo; llorando los españoles terribles pérdidas; y contribuyendo la porfiada guerra pendiente á la destruccion de la infeliz España, sin que por eso desistiese el pueblo español de su empeño, contento con seguir padeciendo si con ello aseguraba á la larga su triunfo.

En la isla Gaditana, residencia del gobierno, contándose con fuerzas sobradas, empezó à formarse un proyecto de operaciones á nada menos encaminadas que á compeler á los sitiadores á levantar el bloqueo que tenian puesto á aquellos lugares. Este no se habia hecho mas molesto que antes; pero una circunstancia, agravada despues, no dejaba de pertur-

bar aunque en grado corto la perfecta tranquilidad y aun dicha de que disfrutaban los gaditanos. Lisonjeábanse estos con razon de que su ciudad estaba fuera de tiro aun de bomba del lugar menos distante de la costa opuesta ocupada por los franceses. De repente en una mañana de diciembre de 1810 un zumbido extraño se oyó por los aires, siguiéndole un golpe recio, y con asombro se supo haber caido una bomba ó granada de gran tamaño en medio de la ciudad, muy cerca de la torre de Vigia llamada vulgarmente de Tavira. No habia reventado aquella municion hueca, segun suelen hacer las de su especie, pues en vez de venir rellena toda de pólvora, lo estaba solo en corta cantidad de esta materia terrible, y en lo demàs de plomo, á fin de que, aumentado su peso, pudiese alcanzar á mayor distancia. Así no causaba semejante proyectil grande estrago no esparciendo sus cascos à lo lejos con violencia y ruina, aunque su pesado bulto destruia los edificios y quitaría la vida à aquellos á quienes en su caida alcanzase. Habian los franceses, segun queda apuntado en otro lugar de este compendio, adelgazado el discurso y aprovechado su ciencia para hallar medio de alcanzar con sus tiros à donde aun no se llegaba con los modos hasta entonces conocidos y usados, y siguiendo el invento de un ingeniero de su nacion, llamado Villautroys, habian dirigido para el intento la construccion de un nuevo género de obuses que fueron hechos en la fundicion de Sevilla, y colocados en la punta de la Cabezuela; lugar entre la embocadura del rio de San Pedro y la del caño de Trocadero, y de cuantos tenian ocupados los franceses el mas próximo á la misma ciudad de Càdiz. El disparo de que hablamos, infundió algun terror, pero el que causó duró poco. Siguiéronle algunos mas en el mismo dia y los inmediatamente siguientes; pero con la casualidad de que ninguna bomba de las arrojadas despues, durante mas de un año, alcanzase à donde llegó la primera, quedándose todas en el barrio inmediato á las puertas de Tierra y del Muelle y á la vecina plaza de San Juan de Dios. Con esto viéndose ser leve el peligro, y ese meramente de una parte de la poblacion, cesó el miedo y aun empezó á hacerse mofa en coplillas vulgares de las bombas francesas; mofa no interrumpida aun cuando siguieron pasando con frecuencia sobre las cabezas de los sitiados, adelantando en su alcance, quebrantando algunos edificios, y aun causando algunas muertes. Todas estas circunstancias, sin pasar de ser menudencias, sirven de pintar el singular carácter de aquella guerra y de aquel bloqueo, donde una como nacion pequeña se albergaba en breve recinto y hacia mudanzas de la mayor consideracion en la política, teniendo afuera ejércitos y provincias obedientes en contínuas lides contra el enemigo, y dentro partidos diversos, choque de opiniones, libertad de escribir, enredos cortesanos y manejos tribunicios, y á la par con todo esto las condiciones de una plaza de guerra sitiada.

Mientras en Cádiz se preparaba la grande expedicion de que acaba de hablarse, dando mas ánimo para acometerla sucesos que van á referirse, los cuales distrageron considerable fuerza enemiga y al principal en el mando de los ejércitos franceses en las Andalucías del bloqueo de

la isla Gaditana, no paraba la guerra en la Península, haciéndose en cada punto segun la clase de fuerzas que en él militaban. Extremadura vecina á Portugal, donde, empeñada la campaña de Massena contra los ingleses, se estaba resolviendo si habia ó no de quedar España exenta del yugo, fué de los lugares en que las hostilidades cobraron mayor importancia. Acudieron allí tropas francesas y españolas, viniendo de opuestos lados. Soult habia recibido órden de su emperador de ir á dar socorro á Massena, entrando en el territorio portugues de la ribera meridional del Tajo. Las divisiones españolas del ejército de la Romana pasadas sin provecho alguno, ni propósito que le prometiese, á juntarse con el ejército británico, por mandado del gobierno de Cádiz hubieron de volverse á los mismos lugares en que poco antes estaban. Al mariscal, señor absoluto en lo político y civil de las ricas y vastas Andalucías, agradaba poco dejar su gobierno con todas sus honras, poder y ventajas para ir á meterse en una expedicion dificil, en la cual veia á Massena en apuros y sin esperanza de salir triunfante. Lord Wellington no tenia descuidada la tierra de la orilla del rio opuesta á la en que él estaba situado, y habia enviado á aquel punto fuerzas respetables mandadas por el general *Hill*, y por haberse ausentado este, por el general Beresford, cuyas órdenes obedecia el ejército portugués. Antes de entrar en operaciones con una fuerza contraria digna de respeto, estimó conveniente el guerrero francés quitar á sus aliados ó á ellos mismos las fortalezas en que se apoyaban: Badajoz y Olivenza en España, y en Portugal Campo Mayor y Yelves. Propúsolo así á su gobierno, y fué su propuesta aprobada. Dispúsose, pues, á su empresa, haciendo para ella los competentes aprestos en Sevilla, y, logrado ya tener á su satisfaccion las cosas, se puso en camino, no sin tomar algunas precauciones para asegurar contra cualquier atrevimiento de los españoles la capital de Andalucía en que residia de ordinario. Al mismo tiempo las tropas de la Romana, salidas de las líneas inglesas, se aproximaban á Badajoz, ciudad destinada á llevar el primer golpe del enemigo. Tenia esta plaza dentro de sí numerosa guarnicion, los suficientes pertrechos para una buena defensa, y por gobernador á D. Rafael Menacho, militar antiguo que habia servido en tropas ligeras, de valor y teson nada ordinarios, de condicion al parecer áspera, y modales un tanto toscos en su franqueza. Sin ser las fortificaciones de Badajoz ni de segunda clase, para lo que en general son las plazas de España tienen mas que mediano mérito, y exceden en mucho á otras ciudades, cuya defensa las habia inmortalizado en aquellos dias. Era, pues, de esperar que, resistiéndose la ciudad, como prometia su fortaleza y las prendas de su gobernador, se daría tiempo á operaciones militares que prometian sucesos felices á la causa de la independencia española y portuguesa.

Soult creyó oportuno, antes de sitiar à Badajoz, hacerse dueño de Olivenza, plaza antes portuguesa y cedida á España en la paz de 1801 que terminó la guerra de corto empeño, á la cual se daba el apodo de guerra de las Naranjas. Olivenza tiene fortificaciones regulares pero pobres, y á tal punto estaba descuidada que carecia hasta de cañones, ha-

biendo de hacer su defensa con ocho de campaña que metió en ella don Ildefonso Diez de Rivera, despues conde de Almodóvar. Las fuerzas que llevaba consigo Soult asi para ganar esta plaza como para todas sus empresas en la campaña empezada ascendian á diez y nueve mil infantes y cuatro mil caballos con cincuenta y cuatro piezas de artillería, llevando su ejército gran copia de pertrechos y víveres. Iba con él el mariscal Mortier sujeto á su mando, y á no largo trecho, dependiente del mismo ejército, estaba sobre Trujillo el general Lahoussaye con tres mil hombres de infantería y quinientos de caballería. Por la parte de los españoles mandaba D. Gabriel de Mendizabal, cuyas fuerzas aunque un tanto aumentadas con las venidas de las líneas de Lisboa eran cortas y no de la mejor calidad, y estaban además desparramadas, siendo su general hombre de extraordinario valor y no menos celo, pero de corto discurso, á quien habia dado fama haber mandado el cuadro que tanto se distinguió en la batalla de Alba de Torres en 1809. Ballesteros, cuya fama empezaba á subir despues de haberse oscurecido no poco con el golpe que llevó en Santander cogido de sorpresa, separándose de este ejército hácia su izquierda, tomó por órden de la regencia el mando del Condado de Niebla, en el cual comenzó desde luego á distinguirse por su arrojo y actividad, siéndole mas de una vez favorable la fortuna, aunque en poco importantes combates por él ponderados en partes jactanciosos. El gobernador de Olivenza, pecando asimismo de jactancia, prometió defenderse hasta el último extremo; pero cumplió mal su palabra, pues empezado el sitio en el dia 2 de enero, entregó la ciudad el 22, cuando aun habría podido alargar la defensa, si bien solo haciendo esfuerzos extraordinarios. Ganada Olivenza, empezó Soult las operaciones contra Badajoz abriendo trincheras para combatir sus muros el 28 de enero. Siguieron las operaciones del sitio con gran vigor y esfuerzo por parte de los sitiadores, y con no menos brios y teson por la de los sitiados, arrojando los primeros gran cantidad de balas y bombas; llevando el vecindario con resignacion y fortaleza los estragos causados por el fuego enemigo; y haciendo la guarnicion salidas en que alternaba sus favores la fortuna. Tardó algun tiempo en circunvalarse enteramente la plaza, por lo cual, aun yendo vivas las operaciones del sitio, todavía los sitiados tenian franca la comunicacion con el ejército de Mendizabal. Pero al cabo Soult llegó á rodear á Badajoz con sus tropas y líneas, quedando al ejército español solo el recurso de aventurar una batalla para compeler á levantar el sitio. Prohibia la prudencia arrojarse á un combate, en que inferiores los españoles hasta en el número, y mucho mas en la calidad de sus fuerzas, tenian casi certeza de quedar vencidos. Por esto lord Wellington con sumo empeño encargaba á Mendizabal que no entrase en batalla, y antes bien procurase atrincherarse en su campamento. No atendió el irreflexivo ardor del general español á consejos tan cuerdos, y descuidó aun las precauciones mas comunes, manteniéndose cercano á su contrario, y creyendo tener en la corriente de los rios Guadiana y Gévora suficiente defensa. Resultas fatales castigaron tanto desatino con descrédito del bien intencionado pero imprudent-

te Mendizabal, y gran daño de la causa que defendia. Envió sobre él Soult suficiente número de tropas, mandando los ginetes el general Latour Maubourge, y la infantería y toda la division el mariscal Mortier, y vadeando los franceses el Gévora sin verlo los españoles embistieron con estos, y despues de una floja defensa completamente los desvarataron y ahuyentaron. Fué esta jornada, á que suele dar nombre el rio Gévora, de las mas fatales de toda la guerra, pues del corto ejército vencido tres mil hombres quedaron prisioneros, mas de ochocientos muertos ó heridos, y los demas dispersos, perdiéndose la artillería, grande número de fusiles y bagajes y municiones en abundancia. Mendizabal se portó con valor personal, exponiendo denodadamente la vida, pero sin serenidad, perturbándole el ànimo su desventura. Los generales Butron y España procedieron con mas acierto, conteniendo el primero, con parte de la caballería que mandaba, á la demás cuando iba desordenada y huyendo, y á los vencedores cuando seguian el alcance á los fugitivos. Con no menos valor y fortaleza se portó D. Pablo Morillo, el mismo que en Vigo se habia hecho coronel por un acto de arrojo acompañado de habilidad para buscar aumentos á su fortuna. Recogiéronse los vencidos á varios puntos, à Campo Mayor D. Càrlos de España, á Yelves Butron y Morillo con ochocientos hombres. Quedó abandonada á su suerte Badajoz, pero no por esto desmayó Menacho, resuelto á emular en la defensa de la ciudad encomendada á su valor las glorias de Zaragoza, Gerona y Ciudad-Rodrigo. Proseguia, pues, impávido el gobernador, cuando el 4 de marzo, yendo á la muralla y observando desde ella una salida que habia dirigido contra los sitiadores, fué muerto de una bala de cañon, terminando así de súbito su carrera. Sucedióle en el gobierno el mariscal de campo D. José de Imaz, quien, viendo la plaza en mal estado, pero no tal que no consintiese alargar la defensa, juntando consejo de guerra y escudándose con agenos pareceres, tras de usar del artificio de dar su voto con los pocos opuestos á entregarse, como cediendo al mayor número, capitulando puso la ciudad en poder de los franceses. Dolió mucho este suceso, porque coincidiendo con acontecimientos felices en Portugal, en parte malogró sus consecuencias, siendo fácil sacarlas por demás ventajosas, á haberse dilatado la defensa de Badajoz, donde cayeron prisioneros al tiempo de su entrega mas de siete mil hombres, y se perdieron ciento y setenta piezas de artillería, municiones y víveres en abundancia. A su entrega siguió la de la plaza portuguesa de Campo Mayor, defendida por su gobernador con noble aliento, pero que falta de fuerzas hubo de entregarse al mariscal Mortier el 22 de marzo despues de once dias de sitio. No aprovecharon, sin embargo, cuanto era de esperar al vencedor francés tantos triunfos, pues hubo de llamar su atencion haberse verificado en aquellos dias la proyectada expedicion desde la isla Gaditana, no sin haber causado un revés á los sitiadores, y amenazàdolos con otros de superior magnitud, al paso que la libertad en que iba quedando el territorio portugués disminuia sobre manera la importancia de las conquistas hechas por los enemigos en Extremadura. Aquí es lugar propio de dar mas especificada noticia de estas operaciones, una de las cuales causó só-

rios disgustos, siendo la otra ocasion de salvarse á la postre la independencia de España.

En 26 de febrero salió de Càdiz la expedicion mas de un mes antes proyectada, cuyo objeto era dar á los sitiadores por su espalda un golpe que los compeliese à retirarse del bloqueo. Ya de antemano habia ido de la isla Gaditana á Algeciras una corta fuerza, que juntándose con algunas tropas, antes empleadas en la Serranía de Ronda, llegó à formar una division intitulada 1.ª del 4.º ejército, cuyo mando tomó D. Antonio Bejines de los Rios. Auxilió à esta division desde Tarifa, ocupada desde mucho antes por una corta guarnicion inglesa, el oficial de esta nacion mayor Brown, el cual con algunos soldados fué à situarse en Casas Viejas, poblacion de caseríos desparramados, asentada en el camino de herradura que và de Algeciras á Medinasidonia á orillas del rio Barbate. En Tarifa desembarcaron en 27 de febrero todas las tropas venidas de la isla Gaditana, cuyo número, comprendiendo la division de Bejines, ascendia à seis mil infantes españoles y cuatro mil y trescientos ingleses con ochocientos ginetes de ambas naciones, de que eran del ejército britànico los doscientos. Mandaba toda la expedicion el general La Peña, que lo era del ejército de la isla Gaditana, oficial de cuyos cortos alcances y debilidad harto vá dicho en esta historia al referir los sucesos de la guerra, cuando mandó el ejército á fines de 1808, y en quien habia únicamente prendas de hombre pundonoroso y buen caballero, valor personal y modos afables y corteses. Llevaba á su lado y à la cabeza de su estado mayor al general D. Luis Lacy, valiente, no falto de habilidad, de instruccion, pero algo ligero y violento. A las órdenes de La Peña iba mandando las tropas britànicas el general de esta nacion Sir Tomás Graham, oficial veterano, que habia servido con distincion al lado de los ejércitos austriacos contra los franceses, entendido é instruido, y de condicion algo arrebatada y soberbia. La caballería estaba á cargo de D. Santiago Whittingham, de nacion inglés, pero que de ser comerciante en su patria habia pasado à coronel y luego á general español, habiendo estado en la jornada de Bailen al lado de Castaños, con quien se fué desde Gibraltar, haciendo en su ejército las veces de comisionado de su gobierno. Llevaba este corto ejército hasta veinte y cuatro piezas de artillería. Habíase dispuesto auxiliarle en sus operaciones desde la isla de Leon, donde quedó con el mando el mariscal de campo D. José de Zayas, oficial de gran bizarría y pundonor, con buen talento y algunos conocimientos, dado por desgracia à descuidarse en algunas ocasiones, aunque redimiendo con sus prendas las malas consecuencias de sus descuidos. Estaba proyectado echar un puente de barcas por uno de los caños que unen con el vecino continente la isla Gaditana hàcia el lugar donde està el castillo de Sancti Petri. Púsose al cabo este puente, el cual quedó protegido por las baterías del mismo castillo, por otras de la línea española y por los fuegos de las numerosas cañoneras que acudian donde quiera que se necesitaban.

En tanto la expedicion mandada por La Peña procedia lentamente é irresoluta. Al cabo despues de haber dudado sobre el camino que tomaría,

eligió el peor en sentir de los entendidos, viniéndose por la parte cercana al mar al lado de Vejer é inmediata à Conil, para tener franca la comunicacion con la isla por el puente de barcas á que se ha hecho referencia. Pero este auxilio habia faltado. En la noche del 3 de marzo teniendo, segun fué fama, Zayas uno de sus momentos de descuido, y faltando la vigilancia á las tropas que guarnecian la cabeza del recien echado puente, se arrojaron sobre ella los franceses, cogieron de sorpresa é hicieron prisioneros á los que la guardaban en número hasta de trescientos hombres, casi todos ellos de la guardia real, y adelantando en su ímpetu por aquel camino de tablas pisaron algunos la tierra de la isla Gaditana. Acudió Zayas á la noticia y ruido de aquella desdicha, y puesto al frente de algunas tropas con su acostumbrado denuedo embistió con los franceses vencedores, y pronto los lanzó al continente. Pero no pudo rescatar los prisioneros, ni disminuir el mal efecto causado por la sorpresa padecida. Aun para evitar la repeticion de lance tan desagradable, se quitaron algunas barcas del puente, cortándose así de nuevo la comunicacion entre la isla y la tierra firme. Ignorábase en tanto qué era de la expedicion, y si no se temia un revés considerable, reinaba aquel espíritu de duda congojosa, que en algunas ocasiones lleva á presentir desdichas, aun no acertando á expresar la cantidad ó calidad de las que se temen. A la postre en la tarde del 4 de marzo la division salida de la isla Gaditana llegó á las inmediaciones de la línea francesa, aproximándose por los lugares donde hacia frente al castillo de Sancti Petri, despues de haber amagado á Medinasidonia. El mariscal Victor contaba con escasa fuerza para resistir á la que sobre él venia, no ascendiendo sus tropas á mas que á quince mil hombres, sin contar cinco mil que tenia repartidos por la costa y poblaciones poco distantes. Púsose, pues, con diez mil soldados entre Conil y Chiclana en los pinares que circuyen esta última villa, lugar de recreo de los gaditanos, entonces convertido en teatro de guerra, donde habia de resolverse si seguirian ó no los enemigos en el bloqueo y bombardeo del asilo del gobierno y de la independencia de España. Frente á frente ya las tropas de las contrarias naciones, no tardó en trabarse la pelea empezándola la vanguardia española guiada por el general Lardizabal contra una division francesa guiada por el general Villalte. La lid fué reñida, el éxito estuvo dudoso, y la ventaja fué al fin de las armas españolas, volviendo rechazado el enemigo. Pero cuando los aliados se encaminaban à ponerse en comunicacion con la isla Gaditana, lo cual lograron en breve, los franceses se dirigieron al cerro llamado del Purco cerca de la posesion de la Barrosa, poco antes ocupado por los ingleses de Graham llamados por La Peña á acercársele para proseguir sus operaciones. Este lugar habia quedado casi sin fuerzas, no obstante ser su posesion de superior importancia, pues teniéndola el francés, dividia al ejército aliado y arrinconaba una parte de él en la playa. Conoció Graham el daño que á los suyos amenazaba, y volviendo atrás, sin órden para hacerlo del general español al cual obedecia, se fué á embestir al enemigo. Empeñóse una refriega furiosa, en que ingleses y fran-

ceses dieron pruebas extraordinarias de valor, siendo tal la furia con que pelearon que en solo hora y media y entre fuerzas escasas igualó la carnicería á la que habría habido en una bien disputada batalla de mas numerosos ejércitos y duracion menos corta. El terrible fuego de la artillería británica bien dirigido y el ímpetu de algunos de sus batallones, y especialmente del regimiento 87, cerrando con sus enemigos á bayoneta calada, en lo cual sobresalen los soldados ingleses, dieron á estos la victoria, cayendo en su poder un águila y cuatrocientos prisioneros, entre ellos el general Ruffin mortalmente herido; dejando muertos sobre dos mil hombres y de ellos al general Rousseau; y precipitando á los enemigos cuesta abajo de la altura por cuya posesion habia sido lo recio de la pelea. Perdieron los ingleses hasta mil soldados con cincuenta oficiales. No acudieron á su socorro los españoles, salvo algunos que sin órden llegaron en el punto de haberse alcanzado la victoria é ir los vencidos en precipitada fuga. Peleaba, sin embargo, entretanto la division de Lardizabal con la de Villatte, no con sumo empeño, aunque no tan flojamente que dejase de perder hasta trescientos hombres, causando una pérdida casi igual á sus contrarios. Esta victoria de tanto brillo, aunque en lid de escasa gloria, podría haber sido de mucha trayendo resultas notables, si la discordia entre ingleses y españoles no hubiese inutilizado el triunfo.

Enojado hasta lo sumo Graham de no haber sido auxiliado mientras peleaba, y doliéndole sobre manera la gran pérdida de los suyos, segun uso de los generales ingleses, en quienes no obstante el valor de su nacion, causa pena ver derramada la sangre que en el calor de las batallas prodigan; alegando con alguna razon La Peña en su abono que el inglés, sin obedecer sus órdenes y aun sin darle aviso de su movimiento, se habia ido à punto distinto del que le estaba señalado, alterando así el órden de la batalla; replicando á esto el general británico y sus defensores que la maniobra acertada de la division inglesa habia salvado aquel corto ejército de su ruina, y aun dádole el triunfo, sin contar con que fuese ó no así, trabada con calor la lid, aun la misma prudencia mandaba acudir al punto donde seguia con mas empeño; é insistiendo los defensores del general español en que, habiéndose seguido el plan propuesto, acaso, combatiendo con el mismo valor, habría sido mas completa y de mayores resultas las victorias, vinieron desde luego los ánimos y las cosas á tal estado de irritacion y desavenencia, que las tropas inglesas se entraron de súbito en la isla de Leon por el puente de barcas recien restablecido en el dia 6 de febrero, protestando su general que, habiendo cumplido con su obligacion á tanta costa y sin el debido apoyo, no se movería de aquel recinto, y se contentaría con auxiliar desde él las futuras operaciones de los españoles. La Peña desamparado por sus aliados, no se atrevió solo á medir sus fuerzas con las de los franceses, y el 7 de febrero se recogió con sus tropas á la isla Gaditana, dejando fuera al general Bejines con su division, el cual retirándose á la serranía vecina de Algeciras, ocupó á su paso á Medinasidonia, y acometido por los franceses en el empinado cerro en que está asen-

tada esta ciudad tuvo la fortuna de rechazarlos. Mientras seguian estas operaciones por tierra, en la vecindad de las líneas de la isla de Leon las fuerzas sútiles aliadas, obrando en la bahía y embarcando algunas tropas, particularmente de los excelentes soldados ingleses de marina, fueron sobre la costa frontera á Cádiz, que se dilata desde Rota al Puerto de Santa María, y comprende ambas poblaciones, y efectuaron allí un desembarco, no encontrando casi enemigos, por haberse agolpado estos hácia Chiclana, donde se disputaban la victoria las opuestas fuerzas. Fueron las resultas del desembarco destruirse algunas baterías, pronto reparadas por los franceses, y pasearse las tropas por la playa y tambien por las calles de las dos poblaciones que se acaban de citar, comprometiendo á no pocos de sus habitantes, salidos arrebatados de gozo á darles la bienvenida, y que despues hubieron de padecer ó de temblar volviendo á caer á pocas horas bajo el yugo francés, y dando á los gaditanos, con el espectáculo de ver triunfantes los suyos en los sitios donde solian ver à sus contrarios, alegres esperanzas muy en breve desvanecidas, y sin fundamento aun en la hora misma de concebirse; pues en aquel momento los ingleses se habian recogido á la isla, y estaba perdido enteramente el fruto de las ventajas recien alcanzadas. En efecto, las tropas de desembarco se volvieron pronto á sus buques, y pasando á ocupar sus líneas el ejército español detrás del inglés, y deshecho el puente de barcas, quedó el bloqueo de la isla Gaditana, que contaba de duracion trece meses, en el mismo pié que antes, en el cual hubo de continuar por plazo todavía mas largo que el ya corrido.

La expedicion malograda tuvo fatales resultas, nada compensadas por el lustre que en ella adquirieron las armas inglesas. Empezaron disgustos entre las dos naciones aliadas, renovándose con mayor empeño los que habia habido en los dias de la expedicion de Moore, y en los que inmediatamente siguieron á la batalla de Talavera; pero perpetuándose en esta última ocasion, de forma que, una vez mas callados y otra mas manifiestos, hubieron de vivir hasta 1813 y 1814, apareciendo entonces mas claros con dolorosas consecuencias para uno de los partidos en que á la sazon estaba dividida España. Desde luego, en la época de que se vá ahora tratando, Sir Tomás Graham dió suelta á su ira en términos muy fuera de lo razonable. El general Lacy, de condicion violenta, tampoco acertó á reprimirla, y defendiendo la conducta de La Peña en un escrito no falto de buenas razones, entre otras de menos peso, trató al general inglés con tan poco miramiento, cuanto era el de este en su trato de los españoles. El consejo de regencia quiso mediar, y favoreció á Graham con un título acompañado de grandeza, que el agraciado se manifestó dispuesto á aceptar al principio, y desechó despues, no sin muestras de desprecio ó descortesía. Llegaron las cosas á punto de llamarse á desafio Lacy y el general británico, cortàndose por fortuna el lance, que verificado habría sido escandaloso, y aun anunciado no dejó de serlo. En la poblacion de la isla Gaditana tomaron la parte de los ingleses en general los de la parcialidad opuesta á las reformas, el vulgo de todas opiniones y la parte de los reformadores mas acalorada mientras se allegaban ó inclinaban á

defender mas ó menos completamente á Lacy y á La Peña no pocos oficiales del ejército y un corto gremio de hombres entendidos de los favorables á las reformas. Pero la voz de estos últimos sonaba poco, ahogada por el recio destemplado clamor de sus contrarios. No fué menor el que se levantó en Inglaterra contra los españoles, á quienes sus orgullosos aliados, si una vez trataban con extremado favor, solian mirar con excesivo desprecio y vituperar con pocos ó mal entendidos motivos, siendo comun en el pueblo inglés hablar con muy corto conocimiento de los extranjeros, á los cuales conocen mal por ser de ellos muy diferentes.

En las córtes, que en febrero de 1811 se habian trasladado á Cádiz, hubo de sentirse la conmocion causada en los ánimos por los sucesos de la expedicion que acaba de referirse. Seguia aquel congreso sus trabajos, atendiendo mas á las variaciones políticas que iba haciendo y trataba de llevar á efecto en el sistema de gobierno de la monarquía que á los cuidados de la guerra pendiente. Cada dia adquirían mas predominio las doctrinas y el interés de los reformadores, viniéndose à su bandera diputados neutrales ó antes del gremio opuesto, cuales por convencimiento, cuales por atencion á su particular provecho, y tambien pasándose unos pocos de sus filas á las contrarias, al paso que algunas alternaban en sustentar màximas de libertad popular extremada y antiguos abusos. Así el congreso, que en sus últimos dias de residencia en la isla de Leon, habiendo salido á luz un periódico muy mal escrito, donde en altisonantes é incorrectas frases se sustentaban los derechos de los americanos, y se hacia profesion de incredulidad en punto al dogma de la inmortalidad del alma, habia procedido contra esta obra, mandándola pasar al tribunal de la inquisicion, reconociendo con este hecho la existencia del mismo tribunal á la sazon suspendido, muy en breve manifestó inclinaciones harto opuestas, de que los mas celosos en impugnar el periódico denunciado y en proceder contra él se mostraban participantes. En medio de su carrera de innovaciones, un suceso político y militar, que ninguna relacion tenia con la causa de las reformas ó con la opuesta, vino á excitar pasiones que eran eco de las del público, y que dividieron de distinto modo que solian estarlo á los diputados. Llevaban la voz, principalmente para acusar al ejército español, un D. Domingo García Quintana, diputado gallego, el cual, si era en general mas favorable que adverso á las ideas reformadoras, representaba particularmente en las córtes las vulgaridades de la época primera de las juntas y de la parte del pueblo mas apasionada y menos instruida, y el cura de Algeciras Terreros, por un lado proclamador de doctrinas democráticas llevadas al último extremo, por otro sustentáculo de la tiranía relijiosa y de las máximas ultramontanas, y que acabando por hacerse odioso á los amantes de las reformas, en los primeros dias del congreso y aun en la época de que se vá hablando, no dejaba de ser grato á los concurrentes á las sesiones, declamando violentamente contra el gobierno, y cayendo en gracia por lo singular de sus modales y su acento gutural y ceceoso mas que lo comun aun en la tierra andaluza donde

se le oia. Argüelles y sus amigos, cuyo influjo por lo comun predominaba en aquel cuerpo, llenos de amor á la absoluta independencia y gloria de su patria, y por otra parte mas justos por ser mas entendidos, llevaban á mal que en obsequio á los ingleses se baldonase tanto á los españoles; que se hiciese tiro á la regencia, á la cual daban ellos apoyo; y aun que se faltase á la justicia en los juicios dados sobre la cuestion pendiente; pues sin disculpar enteramente á La Peña y á Lacy, no los estimaban culpados tanto cuanto la voz popular acorde con la del ejército y pueblo inglés los suponia. El consejo de regencia participaba de esta última opinion, señaladamente el general Blake, en quien habia parcialidades contrarias á los ingleses, originadas acaso en ser de familia irlandesa y perseguida, y otras favorables á Lacy, amigo suyo, y á una turba de oficiales de clases superiores, que de ambos eran allegados. Suscitóse con este motivo la cuestion acerca de la preferencia dada por algunos á las guerrillas, y como el consejo de regencia hubiese sujetado á los capitanes de estas á ciertas reglas, y no reconociese por oficiales á quienes á ellas no se sujetasen, el cura de Algeciras, haciendo un elogio de los guerrilleros, porque, segun decia, andaban por los montes á caza de fieras francesas, los contrapuso á los oficiales, á quienes por mofa calificó de veteranos, porque arrastraban por las calles y los cafés sus sables; expresiones aplaudidas con indecencia por la gente que las oyó desde las galerías. Así se exacerbaban los ánimos, y como habia libertad de escribir, no faltaron hombres que con la pluma aumentasen el escándalo y los disgustos. A todos excedió en osadía un autor de pocas letras y menos juicio, que en pésimo estilo y con ideas dignas de su corto saber y no grandes luces empezó á desatarse en vituperios á la regencia. Titulàbase este escrito periódico el *Robespierre Español*, y clamaba porque se pusiese al frente de España un dictador sanguinario con potestad absoluta, pero mezclando con esto doctrinas de extremada libertad política, y acreditando conocer mal al personaje terrible, cuyo nombre usaba. Así la revolucion se mostraba con los extravíos consiguientes al camino en que se la habia puesto, pero sin producir estas demasías resultas funestas, siendo un remedo frio de verdaderos furores hijos de grandes causas.

Mientras esto pasaba, Massena cansado de su estancia en Santaren donde poco mas podia hacer que delante de las líneas de Torres Vedras, y viendo que allí se le consumiría su ejército sin fruto, mientras el inglés, manteniendo enteras y aumentando sus fuerzas, podria llegar á estado de darle un duro golpe, tomó el partido de retirarse, abandonando á Portugal cuya conquista se habia puesto á su cargo. Levantó, pues, sus reales y emprendió su movimiento en la noche del 5 al 6 de marzo maniobrando con la habilidad de un capitan consumado, la cual no le faltó en todos sus movimientos, de suerte que si no salió vencedor de la campaña supo retirarse sin recibir daño alguno considerable de parte de su enemigo. Sabedor Wellington de que se retiraba su contrario salió en su seguimiento, pero, cauto siempre, se contentó con ver retroceder ante sus armas las francesas, no queriendo aventurar batallas cuando sin ellas

lograba su objeto de salvar á Portugal, dando así remate á una campaña calificada de inmortal por un juez entendido (*), porque en ella era todo obra del cálculo, y nada quedaba al arbitrio de la fortuna; pero malogrando ocasiones de adquirir grandes ventajas que solo están reservadas á los atrevidos, cuando, aventurando mucho, casi por violencia hacen suya la suerte de la política ó de las lides.

Cubriendo Ney la retirada de Massena con su esfuerzo acompañado de habilidad en el campo de batalla contenia á quienes venian dándole alcance, peleando siempre con denuedo sus tropas sin vencer ni quedar vencidas. No obstante, la retirada fué funestísima á los franceses y no lo habia sido ni era menos á los pueblos de su antigua estancia y tránsito, causándose horrorosos excesos igualmente fatales á las víctimas y á los perpetradores. Al cabo el 5 de abril pisó el mariscal francés los términos de España, dejando en Portugal por suya la plaza de Almeida situada cerca de la frontera, y saliendo con poco mas de cuarenta mil hombres mal trechos pero no desalentados del reino en que habia entrado como conquistador con faustos auspicios para su fortuna. Lord Wellington tambien hizo alto, no pensando conveniente seguir entonces sus operaciones contra el ejército francés en aquella parte de España. Puso su atencion en la Extremadura española y la portuguesa que con ella linda, habiendo estimado oportuno contener por allí al enemigo en la carrera de triunfos que habia empezado. Ya habia enviado á aquellos lugares una division de sus tropas cuyo mando tenia el general Beresford, oficial de crédito entre los suyos, y aun entre los portugueses, cuyo ejército fué puesto á su mando con el título de su general en jefe y facultades latas hasta en lo político, pero en quien, juzgando por sus hechos, nada acreditó habilidad notable desde que vencido en Buenos-Aires habia venido á militar en la Península. Cuando Beresford llegó á ponerse en el linde de los dos vecinos reinos acababa de caer la plaza portuguesa de Campo Mayor en poder de los franceses que poco antes se habian apoderado de Badajoz y Olivenza. Pero los conquistadores se habian afirmado tan mal en sus conquistas estropeadas todavía del sitio que acababan de padecer, que Campo Mayor fué recobrada á los tres dias de perdida, volviendo á ser de los anglo-portugueses en 25 de marzo. Acaso, andando el general inglés diligente, Badajoz, desmantelada aun, se le habria entregado despues de una corta resistencia. Pero aunque los franceses tuvieron tiempo de poner la capital de Extremadura en buen estado de defensa, imposibilitando que fuese tomada á poca costa y en breve tiempo, no por eso desistieron los aliados del empeño de recobrarla. Para el intento empezaron à reunirse fuerzas españolas, volviendo à juntarse los dispersos del ejército de Mendizabal. Fué á tomar el mando de aquellas tropas el general Castaños, personaje que por estar revestido del cargo superior en la milicia, así como por haber ejercido la alta dignidad de regente, daba importancia á la fuerza puesta bajo su mando, al paso que por sus modos corteses y conciliatorios y por sus

(*) El baron Rogmat en su libro del arte de la guerra.

relaciones antiguas era muy á propósito para obrar unido con los ingleses. Tambien por aquellos dias salió de Cádiz para el Condado de Niebla una expedicion al mando del general Zayas, que desembarcando en Huelva el 19 de mayo hubo de alcanzar alguna corta ventaja; pero que cayendo sobre ella gran golpe de franceses se vió obligada á retirarse, si bien fué á desembarcar en otro punto inmediato del mismo Condado, siendo su objeto obrar unida con Ballesteros formando á modo de una ala del ejército español de Extremadura. Pero Ballesteros en quien iban hermanadas malas con buenas calidades, lejos de prestarse á servir con Zayas, hasta procuró desconcertarle en sus planes y quitarle sus tropas, por lo cual el general salido de la isla Gaditana hubo de volverse á Cádiz el 31 de marzo, habiendo contribuido al mal éxito de su expedicion hasta un furioso levante que la puso á pique de perecer, y que en el puerto de Cádiz hizo daños iguales á los del vendaval del año anterior, pero sin enviar buques á la costa ocupada por el enemigo, pues, soplando el viento de tierra y no levantando récia marejada, no hizo efecto en los buques mayores, y solo se cebó en los menores, echando gran cantidad de estos contra los muelles de Cádiz y estrellándolos con pérdida de no pocas vidas.

Castaños recien llegado á su ejército le encontró harto reducido en fuerzas y le repartió en dos divisiones pequeñas, poniéndolas á cargo de D. Pablo Morillo, cuyo renombre y mérito iban cada dia creciendo, y de D. Carlos de España, nacido en Francia pero criado en España, y entrado al servicio español desde su primera mocedad; personaje en quien concurrian con algunas buenas prendas de militar muchas malas calidades de hombre. La caballería fué puesta á cargo del conde de Peune Villemur, oficial poco antes venido de tierras extranjeras á servir en la guerra pendiente, y que se acreditó desde luego de valeroso y entendido. Con estas cortas fuerzas maniobraba Castaños por las orillas del Guadiana esperando á juntarse con Beresford que las traia crecidas. Los anglo-portugueses embistiendo á Olivenza se hicieron dueños de ella á los seis dias de haberle intimado la entrega, y su general se encaminó al mismo tiempo á la inmediacion de Badajoz, cuyo sitio iba á formar sin demora. Lord Wellington dejando una parte de su ejército enfrente del de Massena, pasó tambien al confin de Portugal con la Extremadura española, y aun hizo un reconocimiento de la plaza de Badajoz, si bien en breve dejó á Beresford proseguir el sitio y continuar en el mando de aquella parte del ejército aliado. Hubo de influir en la determinacion del general británico de venir á aquellos lugares una pretension que tenia entablada con el gobierno español, y cuyo éxito no le fué satisfactorio, pues queriendo vencer los inconvenientes que se habian presentado en la campaña de 1809, sir Enrique Wellesley, ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña en Cádiz, hermano del mismo Wellington, habia solicitado que se diese á este el mando militar de las provincias confinantes con Portugal, teatro de las operaciones que iban á emprenderse, para que pudiese emplear por sí los recursos que estas presentaban. Pero el consejo de regencia se hallaba á la sazon muy disgustado

con los ingleses, particularmente Blake en cuyo ánimo el ódio antiguo de familia al gobierno británico estaba renovado y exacerbado por las disputas originadas del mal éxito de la expedicion de la Peña y Graham. Así, pasando los regentes á las córtes, en sesion secreta en la noche de uno de los primeros dias de abril expusieron la pretension de los ingleses, y dieron razones para que fuese desatendida, manifestando mas calor que el propio de aquel negocio, y aun suponiendo comprometida la independencia ó cuando menos la gloria de España en dar el mando de algunas de sus provincias á un general extranjero. Convinieron las córtes en las ideas de los regentes que cuadraban con las de Argüelles y los amigos de este, y que en todos los diputados excitaron afectos de mal entendido patriotismo. La negativa que siguió hubo de ser muy desabrida al orgulloso inglés; pero Wellington seco y frio aparentó hacer de ella poco caso, y celoso de la causa comun y de la gloria particular de su nombre, vuelto á su ejército en las inmediaciones de Almeida, se dedicó á proseguir la campaña con su teson acostumbrado. No bien habia llegado á sus reales, y encontrado que Massena habia repuesto su ejército y aumentádole, cuando se preparó á dar una batalla contra su costumbre de evitarlas, estimando que el francés se arrojaría á cualquiera empresa por conservar en poder de los suyos á Almeida, y juzgando necesario por su parte pelear para estorbar el logro del proyecto de su contrario. El 5 de mayo de 1811 en Fuentes de Oñoro aceptó, pues, Wellington la batalla que le presentó Massena, y lidiándose con encarnizamiento por ambas partes hubo un momento en que estuvieron los franceses vencedores, causando á los ingleses graves pérdidas; pero recobrados estos, y cerrando con el enemigo, si no llegaron á vencer, tampoco quedaron vencidos; de suerte que fué indeciso el éxito de la jornada; de ninguno de los contendientes el campo de batalla, y favorables al ejército británico las resultas, porque no se levantó el sitio de Almeida ni fué la ciudad socorrida, objeto principal de Massena. El general Branier, gobernador de la plaza sitiada, viéndose apretado é incapaz de seguir resistiendo, tomó la resolucion de salirse con sus tropas, operacion arriesgada que ejecutó con valor, tino y feliz fortuna, habiendo volado parte de las fortificaciones, roto por dos líneas de tropas inglesas y portuguesas y juntádose al cabo con el ejército francés sin dejar á los sitiadores mas que la posesion de la desmantelada fortaleza y sin prisioneros. Este último suceso fué de algun lustre para las armas francesas que salian con el suyo no poco empañado de su desdichada campaña. Terminada esta, dejó Massena el mando de su ejército, algo en desgracia de su emperador, y vino á sucederle en 11 de mayo el mariscal Marmont, duque de Ragma, oficial muy de la confianza de Napoleon y hábil y afortunado guerrero que acababa de añadir glorias nuevas á las suyas antiguas en la recien concluida campaña de Italia. El nuevo general francés acantonó la mayor parte de sus tropas en la parte del reino de Leon lindera con Portugal y envió diez mil hombres, reliquias del 9.º cuerpo de ejército al mando del general Dronet hácia Extremadura y las Andalucías, donde por entonces andaba mas embravecida la guerra.

Lord Wellington situó su ejército en frente de su contrario y á no grande distancia en territorio portugués, poniendo sus tropas entre el rio Coa y el Doscasas mientras algunas tropas de Marmont ocupaban los lugares medianeros entre el Agueda y el Tormes y el grueso de las mismas fuerzas quedaba sobre las riberas de este último rio.

En tantó las inmediaciones de Badajoz eran teatro de sucesos de gravedad en que fué considerable la efusion de sangre, sin resultar á la postre ventaja de consideracion á alguno de los combatientes. Sitiada por los anglo-portugueses la capital de la Extremadura española, el mariscal Soult determinó hacer los mayores esfuerzos posibles para salvarla, y otro tanto intentaron los aliados para volverla á su poder y frustrar los proyectos de su enemigo. El francés, dejando bien fortalecidas y presidiadas las líneas fronteras à la isla Gaditana para evitar una expedicion nueva del ejército allí bloqueado, y tomando precauciones para libertar á Sevilla de una sorpresa, salió de esta última ciudad el 10 de mayo, llevando consigo fuerzas escogidas sacadas de los cuerpos repartidos en las Andalucías, y una caballería, sobre buena, numerosa, á que agregó artillería en cantidad considerable. Movíale á hacer estos esfuerzos los que á la sazon estaban haciendo los españoles para ayudar á sus aliados en la nueva campaña en Extremadura, porque á las fuerzas de Castaños, escasas en número para servir aun de auxiliares á las de Beresford, se habia agregado una division respetable por su número, y mas aun por la buena calidad, salida de la isla Gaditana, y al frente de la cual venia el presidente del consejo de regencia. Blake, á quien su frialdad aparente no libertaba de disculpable ambicion, ni apagaba cierto ardoroso amor á la causa que defendia, confiado en su propio mérito, estimado por él, como suele serlo por los hombres todos, en grado superior á su valor real y verdadero, creyó necesario asistir en persona á operaciones de la mayor importancia, y solicitada y alcanzada de las córtes la necesaria dispensa de la ley que le prohibia mandar ejércitos siendo rejente, en 16 de abril habia dado la vela del puerto de Cádiz, llevando consigo las divisiones tercera y cuarta del ejército de la isla de Leon, y además una titulada de vanguardia. Desembarcado vino á juntarse con él Ballesteros, segun es de presumir no de buen grado, pero sin poder resistirse á obedecer á oficial tan superior y tan calificado personaje. Juntas estas fuerzas, ascendian á mas de diez mil infantes y mil y doscientos caballos, con doce piezas de artillería al mando de oficiales distinguidos. Encamináronse estas tropas á las cercanías de Badajoz, cuyo sitio seguia, bien que llevado adelante con poco vigor y menos habilidad.

Lentamente fueron adelante los españoles, que en los primeros dias de mayo se pusieron cerca de sus aliados. Lord Wellington, pasado en aquellos dias á hacer frente á Massena, habia dejado á su teniente Beresford instrucciones sobre la conducta que habia de seguir, y enviado á los generales españoles una memoria sobre las operaciones que estimaba convenientes, entrando muy por menor en los puestos en que debian retirarse los cuerpos, y en los movimientos que habrían de hacer en determinadas ocasiones. La cuestion peliaguda sobre á quién tocaría el mando de

las fuerzas en una batalla, quedó resuelta por el mismo general británico en favor de aquel en los ejércitos aliados cuya graduacion fuese mas alta. Tocaba á consecuencia de esta resolucion el mando al general Castaños, quien propenso siempre á satisfacer á los ingleses, y guiado en esta decision acertadamente por su carácter conciliador, dispuso que mandase en toda operacion el general de los ejércitos aliados cuyas tropas concurriesen á ella en mayor número. De aquí resultó que viniendo á juntarse los españoles con los anglo-portugueses, y siendo los primeros en número de quince mil hombres, y de diez y seis mil los segundos, recayese en Beresford el mando. Juntas las fuerzas aliadas, é inmediatas á ellas las de Soult, era inevitable una batalla, deseada por otra parte por los dos ejércitos contrarios. El aliado, levantando el sitio de Badajoz, vino á situarse en las cercanías de una poblacion poco considerable, llamada la Albuera. En el 15 de mayo de 1811 los franceses empezaron la batalla que los aliados recibieron. Fué esta sangrienta cual ninguna otra en la guerra, disputada con encarnizamiento, y seguida con varia fortuna; peleando con extraordinario denuedo las tropas españolas, aunque en algunos momentos hubieron de flaquear, llegando los franceses, de los cuales se distinguieron notablemente los húsares y los lanceros polacos, á arrebatar á sus contrarios cañones y banderas, haciendo en el instante de este triunfo casi suya la victoria; volviendo con furia los anglo-portugueses sobre el enemigo, casi vencedor y á costa de gran pérdida, lanzándolos de la altura, por cuya posesion se contendia mas vigorosamente; ayudando á este movimiento los españoles; y viniendo á terminar la jornada en retirarse los franceses con alguna confusion, pero llevándose trofeos, sin ser seguidos por sus contrarios, que habian padecido demasiado en la refriega. Así vino á quedar el campo de batalla por los aliados; pero los franceses no se retiraron del lugar de donde habian venido á emprender la batalla, presentándose al dia siguiente resueltos á recibirla de nuevo, si no á buscarla acometiendo. Fué, pues, la victoria del ejército español y anglo-portugués; pero no completa, y si gloriosa por el valor acreditado por los combatientes, no tanto por la habilidad mostrada en las operaciones, así como comprada á mucha costa, pues de los españoles ascendió la pérdida á mas de mil y trescientos muertos y heridos, pereciendo algunos oficiales de mérito, y habiendo padecido notablemente las guardias reales de infantería; y los ingleses y portugueses tuvieron hasta cuatro mil muertos y heridos, siendo de los primeros dos generales, y de los últimos varios, y además dejaron en poder del enemigo seiscientos prisioneros. A proporcion fué la pérdida de los franceses, no menor que de ocho mil hombres, en que á los generales cupo no poca parte, siendo dos los que perdieron la vida.

La noticia de la batalla de la Albuera fué recibida con arrebatado gozo en Cádiz y con satisfaccion en la Gran Bretaña. El ayudante del jeneral Blake, D. Sebastian de Llanos, vino á traer al gobierno español el parte de oficio de tan gloriosa jornada, y fué admitido á la barandilla de las córtes, á las cuales presentó una bandera ó enseña cojida en la pelea al enemigo. En Lóndres votó el parlamento á propuesta del gobierno «que reconocia altamente el distinguido valor con que se habian

»portado los españoles mandados por el general Blake en la batalla de la »Albuera», demostracion honorífica hasta entonces usada por aquel cuerpo solo con las tropas de su propia nacion, y con la cual quedó templado y compensado el disgusto allí reinante contra las tropas españolas de resultas del desconcierto y mal fin de la expedicion salida de la isla Gaditana á principios de marzo.

Pero en medio de estos regocijos, las resultas de la batalla habian venido á ser, si no tan funestas cuanto lo fueron las que vinieron detrás de la de Talavera, poco menos, é igualmente infructuosas. A poco de haberse dado la batalla de la Albuera, lord Wellington llegó con dos divisiones á juntarse con el ejército anglo-español. A su llegada, que fué el 19 de mayo, se retiró Soult lentamente por la noche, hasta hacer alto en Llerena. Volvieron los aliados á emprender el sitio de Badajoz; pero le siguieron con escasa habilidad y no mas fortuna. Entretanto Soult llamó á sí tropas de todas las Andalucías y recibió de refuerzo las reliquias del noveno cuerpo de ejército francés mandadas por el general Drouet, con lo cual, viéndose ya bastante fuerte, determinó ir en busca de sus contrarios y probar de nuevo la fortuna en una batalla. Venia al mismo tiempo en su ayuda el mariscal Marmont con la mayor parte de su ejército, habiéndose adelantado á la fuerza inglesa que tenia á su frente, y estando seguro de llegar al teatro de las operaciones antes que los que por la parte de Portugal le seguian en línea paralela. Lord Wellington al primer amago de Soult se situó en la Albuera, resuelto á dar segunda batalla en aquellos lugares; pero sabedor de estar ya cercano Marmont, y no queriendo empeñarse contra fuerzas tan crecidas teniendo á su espalda una plaza como Badajoz y un rio como Guadiana, levantó el sitio puesto á la primera y asimismo su campo, entrándose en Portugal el 17 de junio y situándose cercano á la fortaleza de Yelves. Juntósele allí la parte de su ejército, que venia marchando á la par de Marmont, y contando el general británico con sesenta mil hombres de tropas, la mayor parte inglesas, presentó batalla á su enemigo en las cercanías de Campo Mayor, no queriendo los franceses aceptarla, y terminando la campaña con reconocimientos y escaramuzas. Blake al tiempo de recogerse Wellington á Portugal, separándose de él, pasó al Condado de Niebla, donde trató en vano de apoderarse de la ciudad de este nombre y de su castillo, y viniendo sobre él fuerzas francesas crecidas, el 10 de julio hubo de recojerse á sus buques y embarcarse para Cádiz con la expedicion que habia llevado consigo, dejando en la costa de que se separaba y tierra circunvecina al general Ballesteros con sus tropas. Entonces Soult, conseguido el objeto que se habia propuesto de asegurarse en la posesion de las Andalucías, se volvió á Sevilla despues de dejar bien abastecida y pertrechada la plaza de Badajoz y de volar las fortificaciones de Olivenza, abandonada por los aliados; quedando el general Drouet con el quinto cuerpo de ejército observando un ala del inglés, que se dilataba por Portugal. El mariscal Marmont estaba en frente de la otra parte del ejército británico, siguiéndole sus movimientos. A las espaldas de los franceses quedaba D. Pablo

Morillo, gobernando la segunda division del quinto ejército español, con la cual fuerza, si bien escasa, maniobrando con actividad y pericia y aprovechando el conocimiento de la tierra y el favor de las poblaciones, siguió algun tiempo molestando á los enemigos, á los cuales hizo cerca de trescientos prisioneros, y cortó mas de una vez las provisiones, causándoles insufrible molestia y no leve daño. Marmont, á fin de libertar su ejército de sorpresa, fortificó los castillos antiguos de Trujillo y Medellin, y apostando en aquellos lugares al general Foy con casi toda la caballería de su ejército, atravesó de nuevo el Tajo el 20 de julio, y se situó por su orilla derecha al rededor de Almaraz y Plasencia. Caminando paralelo á él Wellington por Portugal pasó el mismo rio cerca de Castello Branco, situando al general Hill en su ribera meridional en Arronches y Estremoz, para cubrir la provincia portuguesa de Alentejo. Castaños con las escasas fuerzas intituladas 5.º ejército, se acuarteló en Valencia de Alcántara y sus cercanías, dejando la caballería del conde de Penne Villemur en la inmediacion para que recorriese los vecinos campos. Así terminó una campaña señalada por sangrientas lides y multiplicadas operaciones con pobres resultas, volviéndose los ejércitos á los lugares de que habian salido, y habiendo venido á quedar la ventaja por los franceses en España, donde se habian apoderado de Badajoz; y por los ingleses en el vecino territorio de Portugal, libertado enteramente de la dominacion enemiga.

En otros puntos de España, si no eran de grande magnitud é importancia las operaciones, no dejaba de arder viva é intensa la guerra. Sebastiani, dueño de Granada, se veia con corta fuerza para cubrir las vastas tierras sujetas á su mando. En la serranía de Ronda se peleaba sin cesar, y si no se alcanzaban ventajas de nota se causaba contínuo daño al enemigo. El ejército llamado antes del centro, y ahora 3.º gobernado por el general Freire despues que pasó Blake á ser rejente, se mantenia en el antiguo reino de Murcia por la parte por donde confina con el de Granada; y si bien retrocedia cuando sobre él venian los franceses, adelantándose cuando estos se retiraban, y extendiendo sus partidas por las sierras de las Alpujarras y por los términos de los reinos de Granada y Jaen. En este último punto, y en las inmediaciones de Ubeda el conde del Montijo, empleando esta vez en gloria propia y provecho comun su actividad, causó algunas pérdidas á los franceses. Siguióle el general D. Ambrosio de la Cuadra, que en la misma Ubeda, acometido por fuerzas enemigas acudidas allí ya en bastante número, tuvo la fortuna de rechazarlas y vencerlas. Pasando Montijo de su lugar á otro, se entró por las Alpujarras con dos regimientos, y aprovechando la fragosidad de aquellos montes, llegó al sitio llamado el Suspiro del Moro, poco distante de Granada, con lo cual puso á la guarnicion de aquella capital en algun cuidado. Veíase apurado Sebastiani, y aun hubo de pensar en desocupar á Granada, habiendo desistido de este pensamiento por haberle llegado refuerzos del 5.º cuerpo que mandaba el general Drouet. A poco Sebastiani, acometido de una enfermedad lenta, y ademas, no contento con la supremacía del mariscal Soult, que en su mando absoluto

de las provincias meridionales de España extendia su autoridad á Granada, obtuvo licencia para retirarse á Francia, y á fines de julio dejó su ejército al general de division Leval; partiéndose echado de menos por unos pocos de sus favorecidos, y habiendo adquirido en el lugar de su gobierno fama de diversa clase, en que predominaha la mala, por no poder compensar algunas de sus prendas de entendido, de amante de las artes y de buen gobernador, sus defectos de violento, de despótico y de cruel despojador de vidas y haciendas.

Por los mismos dias en Asturias y Galicia se guerreaba floja ó poco atinadamente. Continuaba D. Nicolás Mahy en el mando de aquel ejército y provincias, estándole sujeto, aunque con el mando de la primera, D. Francisco Javier Losada. No pisaban los franceses la tierra gallega, ni por seguir está libre se aprovechaban los recursos de su poblacion numerosa para formar un ejército respetable que ayudase á la guerra en otros puntos de España. El reducido ejército de Galicia, apostado en el confin de aquel reino con el de Leon, ocupaba en este último el distrito del Vierzo, y si alguna vez obraba contra las cercanas fuerzas francesas, nunca adelantaba trecho considerable. En el Principado de Asturias, al revés, entraban con frecuencia los enemigos, y era continuo el pelear casi siempre con mala fortuna para los españoles, distinguiéndose el hábil y arrojado guerrillero Diaz Porlier en reparar las derrotas que se llevaban, salvando á los fugitivos y conteniendo á los vencedores. Una de estas entradas se hizo famosa por haber, sino causado, acelerado la muerte de un varon insigne. Retirado D. Gaspar Melchor de Jovellanos de la junta central, maltratado por el primer consejo de rejencia, y no respetado en su dignidad y fama como era debido, se habia recogido al lugar de su nacimiento á terminar en paz su larga y afanosa carrera. Allí habia tenido el dolor de encontrar destruido por los invasores el instituto asturiano que él habia contribuido á formar, y en cuya prosperidad y gloria tenia singular empeño. De súbito acercándose los franceses al lugar de su retiro le compelieron á huir, ya por mar, ya por tierra, en mala estacion, con tiempos tempestuosos, teniendo su salud muy quebrantada. En estas peregrinaciones le acometió una enfermedad violenta que en breve plazo puso término á su vida. Honraron las córtes su memoria declarándole benemérito de la patria, distincion á la romana, despues muy prodigada, que en esta ocasion, como dada con justicia fué recibida con universal aplauso. Al morir tan insigne escritor y repúblico, acababa de salir á luz su última obra, donde se defendia á sí propio y á la junta central; escrito superior á todos los de la misma pluma en verdadera elocuencia. Es de notar que en algunos pasajes de la misma obra estaban condenadas varias máximas que eran basa del sistema político empezado á edificar por el nuevo congreso.

Notándose que era necesario dar mas viveza á las operaciones en aquellas provincias septentrionales de la Península, à fin de que la una libre de enemigos contribuyese à la comun defensa y de que la otra se pusiese á cubierto de las contínuas correrías hechas por los enemigos, dispuso el gobierno que un general de crédito y respeto mandase allí las armas.

Pero eligiendo para tan alto cargo al general Castaños, sin quitarle el mando del 4.º ejército que tenia, no quedó vencida la dificultad que se deseaba superar, pues no pudo pasar á aquellos lugares el nuevo caudillo y en su lugar quedó gobernando los negocios y movimientos militares el general Santocildes, sucesor de Mahy, oficial mediano en quien influia el jefe de su estado mayor Moscoso, instruido y de concepto superior al que sus hechos pudieron darle. Empezó al cabo á tomar incremento y buen órden el ejército gallego, dividiéndosele en divisiones, y estas en brigadas de diverso modo del de que antes estaba formado. Pasó á ocupar á Asturias la primera division regida por el general Losada. La segunda, mandada por Taboada se situó en el Vierzo ocupando las angosturas por donde lindan Leon y Galicia. La tercera, se paró en la Puebla de Sanabria teniendo á su frente á D. Francisco Cabrera. Quedó de reserva un cuerpo para cuya residencia se señaló á Lugo. Moviéronse estas tropas con trazas de internarse en el reino de Leon ó aun de penetrar en Castilla la Vieja, encaminándose en tanto la division de Losada á Oviedo, con lo cual se logró que el enemigo, dueño á la sazon de la capital de Asturias, la desocupase el 14 de junio. El 22 del mismo mes entró Santocildes al frente de sus tropas en Astorga, siendo saludado con alegres aclamaciones por los naturales, privados por algun tiempo del gusto de ver relucir las armas españolas, y en quienes verlas aparecer de nuevo infundia confianza extremada. Tambien en Asturias favoreció la fortuna á la causa de la independencia española, dándole un triunfo de alguna importancia en Cogorderos de resultas del cual quedó tan seguro el Principado, que de las fuerzas destinadas á su libertad y defensa, una brigada pudo venir al Orvigo á juntarse allí con las fuerzas de Santocildes. Este ejército, titulado el sexto, iba casi tomando la ofensiva por mas de un lugar à la vez, aunque sin desviarse mucho del confin de Asturias y Galicia, por no consentir su calidad ni su número que se arrojase á grandes lides, ó que se aventurase por territorio á donde podia acudir con terrible fuerza el enemigo, arrojándose sobre el que de ningun lado podia esperar poderosa ayuda. Ibase tambien formando hácia las montañas de Santander lo que se intitulaba 7.º ejército, cuyo mando se habia encargado á D. Gabriel de Mendizabal, en quien el crédito perdido cuando se dejó derrotar completamente cerca de Badajoz estaba recobrado con haber venido en clase de voluntario á la batalla de la Albuera, y expuesto en ella su vida con extraordinario denuedo. Mientras este general llegaba, juntaba fuerzas Porlier, casi fuera ya de la clase de capitan de partidas, y que con su valor y actividad juntaba algunas otras dotes para el mando en la guerra. Podrían ser consideradas como parte de este ejército las numerosas y atrevidas guerrillas que recorrian las tierras comprehendidas en el vasto distrito que le estaba señalado. Peleaban por allí incansables, ahora retirándose á veces, dispersa la gente, ahora volviendo á aparecer capitaneando numerosos secuaces, rara vez alcanzados, alguna vencidos, y mas comunmente vencedores, cuando aprovechando ocasiones ejecutaban con frecuencia sorpresas Campillo, Loga, Jáuregui el Pastor, Tapia, y Merino, favorecidos por los pueblos, cada dia mas

adelantados en el conocimiento del terreno, y mas aguerridos, y diestros en su modo de guerrear, molesto siempre á sus contrarios, y á menudo formidable. Algo mas hàcia Oriente Mina despues de haber escapado de grandes peligros y de crecidas fuerzas, por las cuales anduvo acosado, soñoreaba los campos de Navarra y de los paises que lindan con este reino. Una accion del atrevido caudillo navarro fué de gran dolor y enojo para los franceses, así por haber causado una pérdida algo sensible y con ella descrédito al honor de sus armas, como por haber ocurrido casi á las puertas de Francia y en el camino real que de ella viene á Madrid, haciendo en el vecino imperio de Napoleon mas ruido que el que convenia á los deseos del emperador de dar la guerra de España por terminada ó poco menos. En los desfiladeros de la sierra de Arlaban cayó Espoz y Mina sobre un convoy francés, considerable por lo rico y por ir en él mil prisioneros españoles llevados á Francia, al cual servian de escolta hasta mil y doscientos hombres, de ellos gran parte de la guardia imperial; y cogiendo por medio á aquella gente cuando seguia su camino por aquel terreno quebrado y fragoso, los desbarató completamente despues de alguna resistencia; les hizo prisioneros mas de ochocientos hombres con cuarenta oficiales; puso en libertad á sus compatriotas y á algunos ingleses que con estos iban en cautiverio, y se cargó de botin hasta la suma de cuatro millones de reales, tomando para su caja militar una parte, y repartiendo lo demás á su tropa. Faltó poco para que cayese en su poder en la misma ocasion el mariscal Massena, quien yendo de vuelta á Francia en el mal aventurado convoy, tuvo la fortuna de detenerse en Vitoria, y de escapar así del cautiverio ó de la muerte. Espoz y Mina, no obstante ser guerrillero y poder recelar hasta la muerte si venia á ser presa de sus contrarios, se portó en su triunfo con humanidad, y hasta con cortesía, no usando rigores con los prisioneros, y enviando á Francia á las mujeres que los acompañaban.

Deseoso Napoleon de resultas de este golpe de sujetar la parte septentrional de la Península, y pacificarla enteramente, dió al mariscal Bessieres, duque de Istria, el mando de un distrito que abarcaba á Navarra, las provincias Vascongadas, y parte de Castilla la Vieja y del reino de Leon, y el Principado de Asturias, encargándole que exterminase á las partidas; pero el general francés, hecho á mas regular clase de guerra, no acertó á habérselas con el nuevo linage de enemigos que se le presentaba, y á pesar de tener á sus órdenes fuerzas crecidas, ninguna ventaja consiguió; por lo cual hubo de hacer dimision de un mando donde sin ser de provecho á su gobierno veia deslustrarse su gloria.

En tanto desde principios del año de 1811 empezó la guerra á ser fatal á los españoles en Cataluña, gracias á los esfuerzos de Suchet, mas venturoso que otro alguno de los generales franceses en España. Ya queda referido que á fines del año de 1810 estaba muy apretado el sitio de Tortosa. Defendia la ciudad con tino D. Melchor Lili, conde de Alacha, célebre por su retirada desde las orillas del Ebro hasta la provincia de Guadalajara á fines de 1809; pero aflojó en su teson y ardor al cabo de algun tiempo, y entregó la ciudad el primer dia del año de 1811, con ta-

les circunstancias, que hubo sobrado motivo para acusarle hasta de estar en inteligencia con los sitiadores. La voz popular clamó cóntra aquel hecho, sabiéndose del gobernador de Tortosá que habia pedido al general francés socorro contra sus propias tropas, no dispuestas á entregarse. Juntóse un consejo de guerra para juzgar al conde de Alacha en su ausencia, y le condenó á ser degollado, haciéndose la justicia el 24 de enéro en estátua en la ciudad de Tarragona. Dueño Suchet de Tortosa, lo fué pronto por uno de sus tenientes del castillo del Coll de Balaguer, cuya resistencia fué floja. En seguida, enseñoreado ya de la ribera del Ebro y del camino que va de Tortosá á Tarragona, se volvió á Zaragoza para atender al gobierno interior de Aragon, puesto á su cargo, y enfrenar á los cuerpos sueltos y guerrillas que no paraban un punto en sus empresas, ya con mejor, ya con peor fortuna.

Los catalanes con estas desdichas se alborotaron sobremanera; siendo siempre de suyo inquietos; y desconfiando de varios generales y de Iranzo, cuya culpa era la falta de capacidad, alzaron por su caudillo al marqués de Campoverde, dándole interinamente el mando de sus provincias y ejército, hasta que le confirmase en su dignidad el gobierno supremo residente en Cádiz. No era Campoverde de superior capacidad; pero sí celoso de la causa pública y valiente, así como no exento de ambicion, sospechando muchos que habia tenido alguna parte en el alboroto que le elevó al mando. No pudo el nuevo general atajar al enemigo en su carrera de triunfos, ni impedir que el mariscal Macdonald, reforzado con tropas que habia prestado á Suchet, viniese sobre Tarragona hasta avistar sus muros. Sin embargo, el mariscal francés no pudo llevar á cima su intento de apoderarse de la ciudad, ó cogiéndola de sorpresa, ó aprovechando el estado de inquietud en que estaban su guarnicion y vecindario. Entretanto D. Pedro Sarsfield, de familia irlandesa, ya oficial superior, despues de haber servido en el regimiento de Ultonia con O'Donnell, de quien era amigo, empezando á crecer en fama que despues aumentó notablemente, habia derrotado en Figuerola á una division italiana del ejército francés, causándole de pérdida hasta ochocientos hombres, y persiguiéndola hasta que llegando donde pudo ser socorrida hubo de hacerse punto en el alcance. No podia ayudarle Campoverde, á quien faltaban fuerzas, y distraia por otra parte el estado de los ánimos en Tarragona nunca sosegados. Por aquellos dias, sabiéndose que venia á tomar el mando del Principado y ejército de Cataluña D. Cárlos O'Donnell, hermano de D. Enrique, no obstante no poder desconfiarse de este oficial, los parciales de Campoverde promovieron nueva sedicion que terminó en tomar él para sí en propiedad el mando que hásta entonces desempeñaba interinamente, sin esperar para hacerlo á ser nombrado por el consejo de regencia. Convocó Campoverde un congreso catalan para proveer á la comun defensa, y como naciesen disputas entre el nuevo congreso y la junta de provincia de Cataluña, el nuevo general se puso de parte de los mas acalorados, ejerciendo á modo de tribuno su autoridad con poder absoluto y violencia, pero á gusto de la plebe y sus caudillos. Con estos medios se adelantaba poco, y así Cam-

poverde no pudo blasonar de ventaja alguna en la campaña. Con todo, Macdonald se habia retirado de la vista de Tarragona é ídose á Lérida á verse con Suchet para concertar ambos sus ulteriores operaciones, estando confiado por órden del emperador al general de Aragon el mando de la Cataluña meridional con independencia de su compañero, á pesar de ser éste mariscal de Francia. Dispuestas ya por ambos caudillos las cosas para la próxima campaña, pasó Macdonald á Barcelona, donde redujo sus operaciones á poco mas que á la defensiva; pero no tanto que no pasase alguna vez de la defensa á la ofensa. Así pasó á incendiar á Manresa para castigarla por el ardor con que desde allí se habia dirigido la guerra, y fué llevada á efecto tan cruel resolucion con la mayor barbárie. Creciendo con este acto de ferocidad la ira en los catalanes, excitaron á sus generales á tomar venganza. Satisfízolos en parte Eroles alcanzando una corta ventaja sobre tropas italianas que eran parte de las que habian incendiado á Manresa. Otros reveses de poca monta llevó Macdonald, el cual hubo de recogerse á Barcelona á principios de abril; habiendo perdido mucha parte de su gente en contínuas escaramuzas. Aun estuvo en peligro de verse sorprendido en la capital de Cataluña, estando ya adelantados tratos con personas de dentro de la ciudad para ponerla en manos de los españoles; pero, descubierta la trama, fué arcabuceado uno de los principales en urdirla. Mayor revés fué para los franceses haber perdido el castillo de San Fernando de Figueras, fortaleza tenida en el mas alto aprecio por los inteligentes, pero cuya suerte ha sido mudar con frecuencia de dueños, sin hacer en ocasion alguna defensa digna de su fama, y de la cual esta vez se apoderaron por sorpresa el doctor Rovira, clérigo y guerrillero, y el general D. Juan Antonio Martinez, poniéndose de inteligencia con el primero el criado de un guarda almacen de víveres del mismo castillo, y ejecutando la operacion de entrarle en secreto con tal felicidad que sin disparar un tiro la guarnicion hubo de entregarse prisionera. Este suceso reanimó á los abatidos catalanes, y aun les inspiró las mas altas esperanzas. Tomó con esto incremento la guerra, seguida á la sazon con mas furor que antes, pues el incendio de Manresa habia movido al general á hacer amenazas de cruel rigor con los enemigos, las cuales en algun caso pasaron á ser realidades. Tambien desmayaron no poco los franceses de la Cataluña septentrional viéndo perdida la fortaleza principal de aquellas provincias de que antes de empezar la guerra se habian hecho dueños. Pero circunstancias tan imprevistas y felices para los españoles fueron pronto malogradas. El marqués de Campoverde se portó con desidia y flojedad, dilatando el ir para el recien ganado castillo á cuidar de asegurarle y defenderle. Macdonald dispuso asimismo bloquearle, y lo ejecutó con acierto el general Baraguay d' Hilliers antes de que pudiese recibir la guarnicion necesaria. El general español trató de introducir socorros en la fortaleza bloqueada; pero solo lo consiguió en parte y á costa de grave pérdida, dejando la guarnicion española reforzada con mil y quinientos hombres, pero sin los auxilios correspondientes. Entretanto daban cuidado las operaciones de Suchet en la Cataluña meridional, las cuales

obligaron á Campoverde á volverse á Tarragona, donde entró el 10 de mayo con dos mil hombres venidos por mar en buques ingleses, cuyo mando tenia el comodoro Codrington, despues almirante é ilustrado por haber tenido parte en la victoria de las armadas inglesa, francesa y rusa sobre la turco-egipcia en Navarino. Cuando el general español llegó á la ciudad que iba á socorrer la encontró ya sitiada. El infatigable y venturoso Suchet, despues de haber proveido al gobierno de Aragon y de haber tomado precauciones contra los cuerpos españoles que allí obraban; conseguidas algunas ventajas sobre Villacampa y el Empecinado, pero no las suficientes à domar á aquellos activos é impertérritos caudillos, salió para Tarragona, á vista de cuyos muros llegó con cerca de veinte mil hombres. La guarnicion de la ciudad no era la suficiente para defenderla bien, y la gobernaba D. Juan Caro, hermano de la Romana, oficial de mérito mediano. Empezáronse las operaciones del sitio el dia 4 de mayo, y fueron seguidas con vigor y acierto por parte de los sitiadores y por la de los sitiados con la firmeza y el teson correspondientes. Eran frecuentes las salidas, haciéndose alguna vez con feliz suceso, y Sarsfield, ya en el campo, ya defendiendo el arrabal ó parte baja de la ciudad, se señaló en gran manera, siempre valeroso y activo y con frecuencia inteligente y atinado. Defendíase á la par con la plaza el fuerte exterior llamado del Olivo contra el cual obraban con furia los sitiadores. Al fin, despues de reñidas refriegas y de asaltos rechazados, ocuparon los enemigos el fuerte el 29 de mayo poco menos que por sorpresa, aprovechando el descuido de los defensores en no cortar los caños de un acueducto ya inútil por donde era fácil subir á los muros, y el casual incidente de haber tropezado una columna francesa con el relevo que de la plaza iba para el Olivo, dando sobre él, y siguiéndole hasta dentro de las murallas, donde penetraron revueltos combatientes de ambas partes. Aun así se defendieron los sitiados, segun testimonio del vencedor, como leones; pero hubieron de perder el fuerte, dejándole regado en abundancia con sangre propia y con no poca de los extranjeros conquistadores, porque el encono que reinaba entre las partes contrarias en Cataluña habia llegado en aquella hora à ser rabioso y ciego.

La pérdida del fuerte del Olivo desanimó sobre manera á los defensores de Tarragona; mas no por eso se desistió de proseguir en la resistencia, si bien Campoverde hubo de salirse de la ciudad sitiada acorde con un consejo de guerra congregado para el intento; paso no de vituperar, pues no convenia tener al capitan general del Principado y general del ejército encerrado en una plaza sitiada. Tambien dejó el gobierno D. Juan Caro, pasándole á manos de D. Juan Sermen de Contreras, general de valor y habilidad, algo jactancioso, con presuncion de escritor, y no rudo en el manejo de la pluma ó de la palabra, con algunas singularidades en su no infundada pretension de caballeroso, y por desgracia un tanto dado á quisquillas y piques con sus compañeros y subordinados. En la defensa manifestó Contreras esfuerzo y teson, no siempre acierto, é indiscrecion; alguna vez, pues, quejándose de ser poco socorrido, con sus quejas y amenazas de que habria de entregarse la ciudad á no recibir auxilio, inspi-

rába el desaliento que él no sentia. Campoverde sentó sus reales en Igualada el 3 de junio, y desde allí contribuyó poco á molestar á los sitiadores, dando márgen á hacerle acusaciones injustas por lo abultadas, pues contaba con pocas fuerzas, suponiéndosele que las tenia medianamente crecidas. Los franceses no se descuidaban en apretar el sitio empleando numerosa y bien servida artillería, y trabajando de contínuo sus inteligentes ingenieros. El 7 de junio cayó en poder de los sitiadores el fuerte de Francobí, defendido con vigor por D. Antonio Roten, oficial suizo al servicio de España, quien tuvo la fortuna de evacuarle cuando ya no podia defenderle, recojiéndose á la plaza y trayéndose consigo su artillería. Siguióse la pérdida de otras obras avanzadas de mediana importancia, compensándose estos reveses con ventajas alcanzadas en salidas y operaciones de las tropas españolas que mantenian el campo, señalándose en las primeras por lo atrevido y venturoso Sarsfield, y en las segundas el baron de Eroles. Tambien servia de esperanza ó de consuelo ver cuánta sangre costaba á los franceses aquel sitio porfiado. El 14 de junio cuando estaba ya muy apretado el cerco, llegó embarcado á Tarragona el general D. José Miranda con una division valenciana de cuatro mil hombres armados y cuatrocientos desarmados, y estando libre la comunicacion por mar con la ciudad, entraron en ella los cuatrocientos sin armas, y los restantes fueron á Igualada, juntándose allí el 16 de junio con el marqués de Campoverde. Este, viéndose ya al frente de cerca de diez mil infantes y mas de mil caballos, fuerzas de desigual calidad, siendo aguerridas y disciplinadas las del ejército antiguo en Cataluña, y muy otras las recien llegadas de Valencia, se resolvió á acometer alguna empresa, siquiera, no fuese mas que distrayendo á los franceses de las operaciones del sitio con tanto vigor proseguidas. No pudo con todo lograrse el objeto apetecido, si bien Eroles alcanzó algunas ventajas, maniobrando con tino y felicidad, lo cual sirvió de infundir en Suchet mas empeño de hacerse dueño de la plaza que combatia á todo trance en breve plazo. Así fuese preparando al asalto desde el 21 de junio, dueño ya de las obras esteriores y empezando en aquel dia sus trabajos para combatir el recinto de la plaza y allanar la flaca resistencia que oponia. Hubo la desgracia de que en aquellos dias saliese de Tarragona Sarfield para mandar una division en el ejército de Campoverde, deshaciéndose de él por propia voluntad el gobernador Senen de Contreras. Entre este y el general del ejército habia la mayor desunion imaginable, culpando el primero al segundo de no socorrerle, y este al otro de indiscreto en sus quejas, y mas todavía en la manera de publicarlas, acusaciones ni una ni otra destituidas de fundamento. Campoverde llegó á escribir al gobernador que hiciese dejacion del mando, si quería, en D. Manuel de Velasco, el cual mandaba la artillería de la plaza con no comun valor é inteligencia. Senen de Contreras desahogó en Velasco su ira, mandándole salir de Tarragona, y privándose de los servicios de un oficial hábil y firme, necesarios para la defensa. Hiciéronse dueños los sitiadores del baluarte de Orleans y de la parte baja de la poblacion ó arrabal cercana á la ma-

rina. En tanto Campoverde, cediendo al clamor general contra él levantado, soplándole contraria y brava el aura popular que antes favorable habia sido la causa de su encumbramiento, se resolvió á hacer una tentativa en defensa de Tarragona, y el 25 de junio encomendó hacerla al general Miranda al frente de la division valenciana y de parte de la de Eroles con alguna caballería. Pero el general de Valencia, irresoluto, y, segun es de presumir, desconfiando de sus tropas cuya calidad distaba mucho de ser la mejor, nada hizo, desobedeciendo las órdenes que se le habian dado. Malograda, pues, la ocasion de favorecer á los sitiados, el marqués de Campoverde se fué para el Vendrell, vituperado en demasía por la opinion popular, lleno de disgustos y tan rendido al desmayo, cuanto habia sido grande la soberbia de sus esperanzas, orígen de su anterior fortuna; viéndose en su ejemplo, como en otros, no bastar el valor personal ni el buen celo en casos apurados, en que falta la fortaleza, cuando un buen discurso y un ánimo sereno no la infunden ó la sostienen. Abandonados á su suerte los de Tarragona, vieron al mismo tiempo aparecer para ellos una circunstancia que les prometia alivio y tal vez el triunfo, pero que, malograda pronto, aumentó su pena, y dió entrada en sus ánimos al desaliento. Habia llegado á las vecinas aguas, procedente de Cádiz, una expedicion con mil y doscientos ingleses de desembarco, tropas de buena calidad mandadas por el coronel Skerret, á quien favoreció despues altamente en otras empresas la fortuna, confirmándole en su reputacion de oficial valeroso y entendido. Pero en la ocasion de que ahora se vá hablando, el inglés, como todos los de su nacion, acostumbrado á juzgar por las reglas ordinarias, juzgó desesperada empresa la de meterse en la ya casi perdida Tarragona, y si bien se declaró resuelto á desembarcar si recibia órden de hacerlo, mostró tal decaimiento, que el gobernador poco deseoso de violentarle le dejó escojer entre saltar en tierra ó quedarse en sus buques, resolviéndose él á hacer lo segundo, y dando con su resolucion el golpe mas fatal posible á sus aliados. Llegadas á este estado las cosas, los sitiadores, despues de un fuego terrible, abierta una anchurosa brecha, se prepararon á dar por ella el asalto. Dispúsose á recibirle Senen de Contreras con firmeza, aunque no con el mayor acierto. Verificóse al fin la empresa de asaltar á Tarragona á las cinco de la tarde del dia 28 de junio, y fué la refriega furiosa, vomitando balas y haciendo terribles estragos la artillería de ambas partes, estrechándose despues mas la pelea; rompiéndose mas de una vez las columnas francesas; rehaciéndose luego y volviendo á acometer con renovados brios; y terminando al fin la jornada, despues de una lid, aunque no de larga duracion, de nada comun furia y porfia, en hacerse los franceses dueños de la brecha y del muro, desde donde bajaron á las calles, en las cuales todavía encontraron resistencia que hubieron de vencer, quedando por suya la ciudad con el estrago consiguiente á conquista hecha á costa de tanta sangre. El gobernador Senen de Contreras cayó prisionero herido de un bayonetazo en el vientre. D. José Gonzalez, hermano del marqués de Campoverde, pereció gloriosamente peleando en las gradas de la catedral, porque

aun hasta allí prosiguió la defensa. Cerca de ocho mil soldados de que aun se componia la guarnicion quedaron en poder del enemigo. Este se portó como es comun hacerlo en ciudades entradas por asalto, saqueando, incendiando, matando, violando, actos de barbarie que admiten mas disculpa á pesar de su atrocidad que otros ejecutados por los franceses en la misma guerrra, siendo dura ley de esta sujetar á la guarnicion y vecindario de una plaza asaltada y tomada peleando á tan crueles rigores.

La pérdida de Tarragona en el momento de ocurrir fué mirada como la terminacion de la guerra en el Principado de Cataluña. Entró la postracion de ánimo en los catalanes y la falta de aliento en el ejército que los defendia. Soltaban las armas á centenares los paisanos armados y aun los soldados, recogiéndose los primeros á sus casas, haciendo lo mismo los segundos, yéndose de ellos muchos á las partidas á guerrear con menos sujecion, poquísimos á las filas del enemigo. Las tropas de Valencia instaban por volverse á su provincia, apareciendo el deseo de defender cada cual sus hogares y no los agenos muy comun en aquella guerra, y disfrazándose con este pretexto la cobardía. En los catalanes se renovó la en ellos apenas olvidada idea de que les convenia guerrear en somaten ó en partidas sueltas, mandados por capitanes de su confianza y eleccion, naturales de su provincia. El marqués de Campoverde de Igualada pasó á Cervera buscando el abrigo de las montañas, bien que ni aun en ellas creia posible sostenerse. Allí juntó un consejo de guerra, en el cual quedó resuelto que el ejército de Cataluña escaso en fuerzas y rodeado de fortalezas ocupadas por los enemigos, abandonase el Principado que no le era posible defender, dejando en él, para molestar á sus dominadores, guerrillas compuestas de los naturales y por ellos mismos capitaneadas. Insistió Miranda en irse á Valencia con sus tropas de allá venidas. A que así fuese se oponia un obstáculo insuperable, porque el vencedor Suchet les tenia bien cortado el paso, formando con las suyas á lo largo de la costa y del camino real vecino una línea á la sazon impenetrable, con lo cual era imposible irse á embarcar, siendo necesario tomar por Aragon á buscar rodeada, difícil, y peligrosa senda. Supo al fin el general francés que el español se habia alejado tierra adentro, y vió que no habia temor de que intentasen por entonces retirarse por mar los valencianos. Pasó, pues, á Barcelona á disponer ulteriores movimientos. Acababa de recibir señaladas recompensas de su emperador, que le habia elevado á la dignidad de mariscal del imperio en pago de sus servicios y feliz fortuna. Estimulado con el galardon su celo, poniéndose de acuerdo en la capital de Cataluña con su gobernador el general Mauricio Mathieu, volvió á Tarragona, y dejándola á cargo del general Musnier, y en Tortosa la division de Habert, se dispuso á emprender de allí á poco la conquista de Valencia. Mientras para el intento juntaba fuerzas numerosas y los recursos conipetentes, habiendo señalado sus viajes á Barcelona con el acto bárbaro é injusto de mandar dar muerte á algunos prisioneros españoles, con despertar el enojo, volvió el esfuerzo á aquellos á quienes el mismo Na-

poleon apellidó indómitos catalanes. Al mismo tiempo dejando con sus movimientos libre la costa, efectuaron su embarco sin tropiezo los valencianos. Yéndose Campoverde en seguidá hácia Vique, segun parece, aun no convertido de su propósito de desamparar con su ejército á Cataluña, se encontró con que habia llegado, nombrado por la regencia de Cádiz para sucederle en el mando, el general D. Luis Lacy, quien tomó á su cargo el gobierno del ejército y provincia el 9 de julio. Vióse entonces cuánto vale un hombre de recursos en situaciones apuradas. Reanimó Lacy á aquellas decaidas tropas y no menos abatidas poblaciones, y sin plazas y con reliquias cortas de un ejército vencido, no solo mantuvo la contienda en el Principado, sino que la prosiguió alcanzando algunas ventajas y dando aumentos de número y notable mejora de calidad á sus fuerzas. Tuvo el acierto de despedir oficiales y caballos que solo le servian de embarazo, con lo cual proporcionó á los despedidos hacer una de las cosas mas notables que se vieron en la guerra de la Península, fecunda en prodigios, aunque no todos gloriosos. Salidos de Cataluña los oficiales y soldados, cuya inutilidad habia ocasionado su partida, fuéronse por las faldas de los Pirineos atravesando àsperas sendas, vadeando rios y pasando entre divisiones francesas, que no dejaron de acosarlos, á caer por Navarra y Aragon á Valencia, habiendo emprendido su viaje el 25 de julio, y atravesado el Ebro el 12 de agosto, y caminado ciento ochenta y seis leguas hasta juntarse gran parte de ellos con el ejército valenciano. Mientras esto pasaba, y en tanto que ponia Lacy en órden las mal paradas tropas sujetas á su mando, Suchet por órden recibida de Francia se hacia dueño de la montaña y monasterio de Monserrat, fragosa altura y venerado santuario fortalecidos y convertidos en almacen, desde el cual alimentaban los españoles la guerra. No obstante la aspereza y elevacion de aquel sitio, y estar fortalecido por el arte con algunas baterías, y haber emprendido su defensa, haciéndola al principio con feliz fortuna, que por desgracia no continuó, el baron de Eroles, vino Monserrat á manos del enemigo. Esta desgracia hubo de doler mucho á Lacy, cuya pena se aumentó con no poder socorrer el castillo de Figueras, que, bloqueado estrechamente, se entregó al enemigo el 19 de agosto, quedando en él prisioneros dos mil hombres, y cayendo otra vez sin defensa una fortaleza, cuya suerte era ser inútil. Vinieron á poder de los franceses vencedores los que algunos meses antes habian entregado á los españoles la fortaleza, y fueron ahorcados sin misericordia. A pesar de estas nuevas desventuras no desmayó Lacy. Juntó fuerzas, entróse por la Cerdaña francesa, sacó contribuciones á sus pueblos, y levantando tropas é inspirando en los soldados antiguos y visoños su propio aliento, en el término de pocos dias logró hacerse temible á sus contrarios, ó cuando menos respetable. Empleaba á oficiales propios para la clase de guerra que le convenia seguir, prácticos en la tierra, diestros en coger de sorpresa al enemigo; á Milans, aunque oficial de las reales guardias españolas, por sus hábitos de infatigable cazador á propósito para partidario mas que para otra clase de servicio; á D. José Manso, elevado ya desde una esfera humilde á un mando militar de que

por su natural capacidad se mostró digno, hombre á quien agravios privados y públicos de parte de los enemigos de España movieron á empuñar las armas, descubriéndole su idoneidad para manejarlas con acierto; á Clarós, hábil en capitanear somatenes; á otros de la misma especie; y entre oficiales de muy diversa naturaleza á Sarsfield y à Eroles, en quienes cada dia iban apareciendo mas altas dotes militares. El lenguaje de Lacy tenia cierta elocuencia en consonancia con los afectos reinantes, y saliendo de un hombre valiente y firme, contribuia á que no lo fuesen menos las personas á quienes hablaba.

Entretanto en el vecino reino de Valencia, amenazado de una invasion, el general Brassecourt, sin cometer las locuras ó los excesos por que se habia señalado Caro, no le hacia mucha ventaja en el tino ó en la fortuna. Habia juntado un congreso imitando lo hecho en Cataluña; porque si bien obedecia toda España al gobierno residente en Cádiz, cada provincia y cada general, puestos bajo el apremio de circunstancias imprevistas, solian obrar à su antojo, procediendo á menudo con autoridad independiente, y siendo despótico el mando y con frecuencia enteramente popular el cuerpo que le ejercia. Pero, como no era menos comun, el congreso valenciano, no queriendo tener ocioso su poder, se excedió de los fines para que le habia nombrado el general pasando á sindicar sus operaciones, que en lo militar no habian sido ni acertadas ni felices, y él, indignado de esta censura, dada en verdad por quienes eran incompetentes para juzgarle, disolvió el congreso, y prendió á algunos de los mas fogosos que en sus debates se habian distinguido, siendo uno de estos D. Nicolás Garelli, mozo entonces é instruido, de doctrinas favorables al gobierno popular, vehemente y con la irreflexion propia de la doble inexperiencia de su edad y de su patria. El gobierno desde Cádiz dió órden de soltar á estos presos, y para evitar nuevas competencias de esta clase, las córtes dieron una providencia general reglamentando las juntas de provincia. Bassecourt fué enviado otra vez á Cuenca, y vino en su lugar á mandar en Valencia D. Cárlos O'Donnell, quien dispuso algunas operaciones hácia el confin de Cataluña é inmediaciones de Tortosa, donde auxiliados los españoles por las fuerzas navales inglesas alcanzaron una ligera ventaja, pronto aunque no del todo perdida. No duró mucho O'Donnell en el mando de Valencia, en el cual hubo de sucederle el marqués del Palacio, que no obstante su lance en las córtes y sus singularidades no redimidas por prenda alguna notable, fué con pasmo general nombrado para el importante cargo de estar al frente de una provincia, inquieta siempre y á la sazon en inminente peligro de ser invadida.

Los sucesos de las provincias interiores de España seguian como antes, guerreando sin cesar las partidas, cometiéndose crueldades con ellas y por ellas en represalia, y adquiriendo á veces sus operaciones superior importancia, si bien por breve plazo. Una vez juntándose con el Empecinado Villacampa, el cual, si bien no partidario, sino oficial antiguo, por su situacion tenia que guerrear como las partidas y solia hacerlo con feliz fortuna, vinieron à ponerse sobre el Tajo à no larga distancia de Ma-

drid, y sin sacar todo cuanto se prometian de la operacion que intentaron, hicieron bastantes prisioneros, destruyeron algunas obras y llamaron á sí gran golpe de franceses. Igual fortuna cabia á otros guerrilleros en las mismas tierras y en otras ocupadas por el enemigo. Ni faltaban quienes con la capa de guerrillas patrióticas ejercian la profesion de salteadores de caminos cebándose en viajeros franceses y tambien en españoles, y acusando á sus compatriotas, á quienes maltrataban, de ser parciales del gobierno intruso.

Entre esta confusion el combatido trono de José estaba oscurecido, aunque sus servidores tratasen como cosa de veras su gobierno, no sin quejarse ellos mismos y aun el intruso monarca del mal tratamiento que recibian del emperador francés y de sus generales. Su erario, como bien se puede suponer, estaba desprovisto, cobrándose solo las contribuciones de poblaciones principales que en las provincias aplicaban los generales franceses à su gusto. Lo que se cobraba en Madrid entraba en las arcas del gobierno, y para que los productos de tan reducido espacio fuesen de alguna cuantia, hubo necesidad de gravar á la capital con tributos enormes. Con ellos se acrecentó el ódio, y si bien en la clase media y entre la gente ilustrada veia el usurpador aumentarse el número de sus parciales, en el vulgo y aun en gentes de superior esfera mas que ganaba perdia su concepto, no tan subido ya, cuanto lo estuvo en la época de la ocupacion de las Andalucías. Su ejército, que en los estados de fuerza habian llegado á sonar de hasta catorce mil hombres, contaba una oficialidad numerosa, pero pocos soldados, siendo costumbre en estos, despues de alistarse en sus banderas, pasarse á las de la patria, principalmente á las partidas que les brindaban con ventajas enormes á costa de algunos peligros. Por otra parte recibia José noticias de que su hermano intentaba agregar á Francia las provincias medianeras entre el Ebro y los Pirineos, dejándole así reducido el reino que gobernaba con autoridad dependiente, y ajándole en su dignidad con quebrantamiento de la constitucion de Bayona y del pacto anejo al traspaso que allí se hizo de la corona de España. La soberbia de Napoleon en aquellos dias no tenia freno, y la inmensidad de su poder le daba visos de ser fundada, no conociéndose el principio de debilidad introducido en su desmedida grandeza, ni previéndose la posibilidad de su caida, la cual si bien nació de sucesos que se habrían podido evitar, tuvo su orígen en el mismo principio à que acaba de hacerse referencia, cuyos efectos fueron cobrando fuerza y dilatándose. Acababa de nacer al emperador de los franceses un hijo, y para colmo de su fortuna el primer fruto de su matrimonio habia sido un varon en quien veia el glorioso y afortunado padre perpetuarse por línea recta su estirpe; adquirir con ello firmeza aparente y verdadera su trono; y correr mezclada con su sangre la de los mas orgullosos monarcas antiguos, juntándose así en una diversas clases de grandeza de las que inspiran reverencia á hombres de todas las opiniones. El recien nacido heredero del imperio francés habia sido nombrado rey de Roma en el momento de salir al mundo, como para declarar la superioridad de la dignidad imperial sobre la real pro-

clamando al orbe el restablecimiento del imperio de Occidente con reyes feudatarios. Quiso José aprovechar la ocasion de las satisfacciones de su poderoso hermano para lograr buen despacho à sus pretensiones de independencia en su trono, como si las buenas disposiciones de ánimo hijas del contento no estuviesen compensadas por los deseos de mayor engrandecimiento nacidos de increibles favores de la fortuna. Pasó, pues, el titulado rey de España á París, acompañándole sus ministros O-Farrill y Urquijo. Llegó á la capital de Francia el 16 de abril y allí se detuvo dos meses asistiendo á las pompas del bautizo del rey de Roma, y haciendo en aquellas solemnidades papel de súbdito del imperio, y con el gobierno de su hermano el de pretendiente, y no de los muy favorecidos. Así todo cuanto pudo conseguir fué ser socorrido con un millon de francos mensuales del tesoro francés y buenas palabras y vagas promesas, cuya única consecuencia fué dilatarse la desmembracion de la monarquía española. Volvióse, pues, el usurpador á su inquieta corte, á donde llegó el 15 de julio con su consorte é hijas segun habia prometido. Hasta en su viaje de ida y vuelta habia tenido el disgusto de verse compelido á caminar despacio, y tomando precauciones suficientes para su seguridad, viendo por sí mismo que aun en las provincias donde ningun ejército hacia frente á los suyos, distaba mucho su autoridad de estar bien asentada. A su vuelta á Madrid encontró la capital padeciendo una hambre horrorosa. Buscó medios para mitigar el rigor de este azote, y tuvo que emplearlos ajenos de todo decoro é inconducentes al fin propuesto, haciendo acopios de granos en las provincias vecinas á fuerza de violencias, y causando males que agravaban el principal cuyo remedio se estaba buscando. Empleábanse en este desabrido é indecoroso trabajo dos ministros, el del Interior, marqués de Almenara, sugeto de buenas prendas y de los menos aborrecidos entre quienes componian aquella sombra de gobierno mal vista y despreciada; y el de Policía D. Pablo Arrivas, de algunas prendas y no inferiores faltas, cuyo cargo en España, nuevo y nunca grato, se hacia al doble odioso por estar ejercido en beneficio de extranjeros opresores, así como por la ligereza y violencia del personaje que le ejercia. En estos apuros José, vano y propenso á dejarse engañar por la lisonja, oyendo á sus servidores quejarse de las violencias de los franceses, hubo de persuadirse que á ellas únicamente debia la desdicha de no ser amado por el pueblo español, á pesar de sus buenas calidades para llevar el cetro con gloria propia y comun provecho. Concibió, pues, la descabellada idea de reinar en España contra la voluntad de su hermano, sin que él mismo pudiese acertar con medios oportunos para llevar á cabo tan singular proyecto. Hubo, pues, de enviar á las córtes un emisario oculto, siéndolo un canónigo de Burgos llamado D. Tomás La Peña, hermano del general del mismo nombre que mandando los ejércitos habia servido fielmente, aunque en lo general con poca fortuna, á la causa de su patria. Llegado este eclesiástico á Cádiz, donde no infundió sospecha su venida, así por su profesion, como por sus relaciones de familia, pasó à verse con el consejo de regencia, al cual hizo con la mayor reserva

las proposiciones del rey intruso. La respuesta del gobierno español fué noble y ajustada à su obligacion de que por otra parte no habrían podido separarse sin traerse su pronta y total ruina. Respondieron, pues, los regentes que ni ellos ni la representacion nacional tenian fuerza ni poder para llevar adelante con esperanza de feliz remate semejante negociacion, pues á las córtes y al gobierno nacional de España daba el pueblo obediencia solo si cumplian con su encargo y deber de resistir á la usurpacion extranjera; pero si hiciesen lo contrario no; cesando à la par la sumision de derecho y la de hecho; al paso que no era menos evidente que José, falto del auxilio de su hermano y de las tropas francesas, y teniendo à estas como enemigas alrededor de su trono y persona, nada vendría á representar, careciendo de título legal de cualquiera clase para ceñir la corona, ó de un poder material bastante à suplir la falta de título mas valedero. No pasó mas adelante la negociacion, de la cual no tuvieron noticia de oficio las córtes ni aun siquiera conocimiento los mas de los diputados; quedando reservada del público no solo en los dias en que fué entablada, sino tambien en los inmediatamente posteriores. Repitió José disparatadas tentativas con el mismo objeto, todas sin fruto alguno, como era fuerza que sucediese. Un autor francés, mas ingenioso que veraz ó sólido en juicio, cuya fama un tiempo alta está hoy muy decaida, afirmó sin duda fundàndose en estos tratos, que las córtes habian propuesto á José términos de avenéncia para que él rigiese á España con una constitucion en que cupiese gran parte al poder popular, y no pocos escritores de la misma nacion han repetido la misma patraña dándola como hecho averiguado.

No era en esto en lo que pensaban las córtes ni podian, obedeciendo ellas á la autoridad popular de que emanaban, omnipotente en cuanto á dictarles guerra á los franceses, por estar en este punto acordes las opiniones y voluntades en España, sin contar con que los mismos diputados participaban de los pensamientos y afectos de sus comitentes. Por esto trataban de la regeneracion de España, tomando por fundamento hacerla independiente del gobierno francés bajo el cetro del rey cautivo y su legítima descendencia, ó bajo el del príncipe de su estirpe; á quien por reglas de derecho tocase heredarle en la corona. Atendian, pues, á la guerra buscando recursos para seguirla, y sosteniendo al gobierno en la parte de ejecucion que para dirigirla se le dejaba. En aquellos dias el consejo de regencia habia encargado del ministerio de Hacienda á D. José Canga Argüelles, algun tiempo antes oficial de la secretaría del mismo ramo, asturiano de nacimiento, que en los sucesos de Valencia desde 1808 habia estado representando un papel muy notable; instruido; de ingenio é imaginacion, algo inquieto y lijero, como si mas que de la provincia donde habia nacido hubiese adquirido el carácter de los hijos del suelo donde últimamente se habia señalado; hombre por otra parte de la secta reformadora, cuyas doctrinas habia sustentado como escritor; y en total ministro cuya persona era de significacion y valia, muy otro que los hasta entonces empleados por el consejo de regencia. Leyó este ministro á las córtes el presupuesto de ingresos y gastos, harto aflictivo

por cierto, pues expresaba que el importe de la deuda pública ascendia à 7,194,266,839 reales de vellon, y sus réditos vencidos á 219,691,473 de los mismos, sin contar en este cómputo los débitos contraidos en la guerra por subministros ó anticipos de otra clase; y avaluaba los gastos del Estado, sin entrar en ellos el pago de estos réditos, en 1.200,000 reales de vellon, y solo en 255.000,000 de la misma moneda los productos. Al dia siguiente de ser presentados estos presupuestos, quedó aprobado el de gastos, á pesar de ser muy subido, mediando entre el acto de leerle y aprobarle solo una discusion breve, así por estimar las córtes que nada supérfluo habia en él, consumiendo mucho la cruda guerra pendiente, como porque en cuerpos de la clase de aquel congreso se detienen mas quienes los componen en exámen de opuestas doctrinas, y en la legislacion política, donde no sin pedantería se luce la instruccion, que en áridas, si bien provechosas, cuestiones de guarismos. Mas dificultad presentaba hallar medios con que cubrir tales gastos. Las entradas de caudales procedentes de América, eran algo considerables, pero muy distantes de hacer frente á necesidades de tal magnitud. Una comision del congreso acorde con el ministro propuso y logró que fuese decretada una contribucion extraordinaria de guerra, semejante á otra impuesta anteriormente por el gobierno de la junta central, y que gravaba las utilidades líquidas de la agricultura, la industria y el comercio, arreglándose las cuotas impuestas á una escala de progresion á medida que excedian de 4,000 reales de vellon las rentas ó las utilidades. Agregóse á esto apoderarse el gobierno de la plata labrada de las iglesias, y pedir á los particulares la suya, ó como préstamo forzado, ó en menor cantidad como tributo disfrazado con el nombre de donativo. Dispúsose tambien que se pagase contribucion por ciertos objetos de lujo, y entre ellos por los coches, de lo cual poco provecho hubo de sacarse, no consintiendo el uso de tal regalo los tiempos, y menos en la ciudad de Cádiz, convertida por las circunstancias en capital de la monarquía, donde son los carruajes pocos, haciéndolos casi inútiles para la comodidad lo corto de las distancias, y lo suave del piso de sus limpias y bien empedradas calles. Tambien se apeló al recurso de represalias y confiscos, quitando lo suyo á los franceses y á los españoles parciales de José, procedimiento odioso que no compensó su mala índole con dar ventajas pecuniarias de valor siquiera mediano. La mayor parte de estos arbitrios era una mera ficcion, porque en España, un tanto desgobernada aun llamándose absolutos sus reyes, ni podia haber, ni habia en aquella ocasion sistema fijo y completo en rentas, yendo dirigidas y administradas las cosas segun pedian necesidades imprevistas, y disponian las autoridades encargadas de satisfacerlas. A poco de haber presentado D. José Canga Argüelles su presupuesto, leyó en el congreso una memoria sobre la deuda pública, siendo hombre que no descansaba, y cuya actividad à todo queria dar vado en cualquiera ocasion, y en no largo plazo. Las córtes nada resolvieron desde luego sobre materia tan árdua menos conocida de ellas y menos de su gusto que la division de poderes ú otra máxima constitucional de la misma ó parecida laya. Lo que sí hicieron

fué nombrar una junta nacional de crédito público, cediendo á la idea de que con tener juntas para ciertos fines se adelantaba en el camino de lograrlos, y reinando entonces la persuasion de que si no tenia España crédito era por carecer de un gobierno de los apellidados libres, y que con poner la deuda en manos de personas no dependientes de la corona, cobrarían confianza los acreedores del Estado, y la deuda el valor consiguiente; opiniones estas en que con errores andaban revueltas verdades. Ocioso parece decir que fué de poco provecho la creacion de la junta.

En el órden y la forma del ejército tambien pensaron las córtes, bien que no tanto cuanto apetecian muchos que opinaban deber ser los negocios de guerra y hacienda su principal y casi único cuidado. Aprobaron la creacion del cuerpo de estado mayor formado en el año de 1810 por el primer consejo de regencia, y al cual tenia Blake grande apego, estando empleados en él varios oficiales de mérito; cuerpo que fué mirado con ceño por los generales apasionados á los sistemas antiguos, y cuya causa hubo de enlazarse con la de las mudanzas en la política, aun cuando la conexion de una con otra fuese casual meramente, y solo tuviesen de comun el carácter de ser novedades. La cuestion de las juntas de provincia ocupó asimismo al congreso, siendo una que convenia resolver, si bien al hacerlo era de temer por un lado que fuese mal obedecido, y por otro que juiciosas disposiciones generales causasen alguno y aun no leve perjuicio en particulares circunstancias. Sin detenerse en estos inconvenientes, dictaron las córtes un reglamento para las juntas de provincia, señalàndoles y limitándoles sus facultades, y prescribiendo un método para su formacion, asi como el número de vocales de que se habrian de componer, en número de nueve, excepto en ciertos lugares, elejidos popularmente por el mismo método que los diputados á córtes, presididos por el capitan general de la provincia, teniendo asiento con ellos y voz y voto el intendente, y renovables por terceras partes cada tres años. A estas juntas quedó encomendado expedir órdenes para los alistamientos y las contribuciones, é invijilar en la recaudacion de los caudales públicos, pero sin poder disponer por sí de cantidad alguna. Encargábaselas igualmente cuidar de los trabajos de estadística, del fomento de escuelas y de fiscalizar las contratas de víveres y su repartimiento, así como el del vestuario y municiones, las revistas mensuales y otros negocios de por menor administrativos. Produjo algunos buenos efectos este reglamento, al cual se sujetaron las juntas, no sin diferir algunas el hacerlo, no atreviéndose á pasar de la dilacion, aun que su deseo era la desobediencia. La de Cádiz llevaba con pena la notable diminucion de su crédito, y haber de perder el manejo de la Hacienda, en lo cual, si no miraban los vocales á su interés, miraba á su orgullo el cuerpo entero. Acordábase de que el año anterior tenia á la rejencia, si no sujeta, poco menos, haciéndole sombra y sindicándole sus operaciones. El nuevo consejo de rejencia tardó algun tiempo en hacer cumplir por la junta gaditana el reglamento que comprendia á todas las de provincia. Aun los gobernadores de Cádiz (pues mas de uno

en pos de otro tuvieron el encargo de ser instrumento del gobierno para poner en obediencia á la junta) tambien anduvieron reacios en prestarse á un servicio desagradable que los haría odiosos à la poblacion á cuyo frente estaban. Al fin fué nombrado gobernador el teniente general de marina D. Juan María Villavicencio, que mandaba la escuadra surta en la bahía, y este, con su natural firmeza hermanada con habilidad, sin violencia alguna puso á la junta de Cádiz en el lugar y la forma que para las de su clase dictaba el recien hecho reglamento.

Algo atendieron las córtes á la reforma de la legislacion penal, promulgando en 22 de abril á propuesta hecha pocos dias antes por el diputado Argüelles, una resolucion aboliendo el tormento hasta en la clase moderada del mismo conocida con el nombre de apremios, si no en uso general todavía, no abolidos y de que habia habido algunos ejemplos, como los hubo posteriormente despues de restablecerse en su cabal integridad el sistema de gobierno abolido por el congreso gaditano.

Llevado este del ardor de destruir para reformar, propio de cuerpos de su clase, no quiso aguardar á que se aprobase y plantease el proyecto de constitucion nueva en que una comision suya estaba trabajando para acabar con los señoríos. En 1.º de junio, con motivo de renovarse una proposicion hecha en 30 de marzo relativa á las jurisdicciones señoriales, un diputado de los que mas se señalaban en aquel cuerpo por la vehemencia de sus afectos, el Sr. D. Manuel García Herreros, dió nuevo giro, ó, diciéndolo con mas propiedad, mas empuje al debate, rompiendo en la expresion «abajo todo, fuera señoríos y sus efectos.» Con el ímpetu propio de un cuerpo de la clase de que eran aquellas córtes fué recibido este arranque impetuoso, procediéndose de súbito y con empeño, en vez de con meditacion y detenimiento á tan importante reforma, método de proceder digno de disculpa, si no de alabanza, y único posible y de grande efecto en las épocas de completa mudanza y renovacion de los Estados. Cayerón en breve los señoríos despues de discusiones bastante eruditas y no exentas de pedantería, en la que algun diputado dignísimo por su intencion y aun respetable por su talento y saber, cediendo al mal gusto reinante en aquel cuerpo, trajo á cuento el ser representante por el lugar donde se supone haber estado Numancia para probar que debia hablar contra los señoríos con calor, no siendo tanto de extrañar que estas frases fuesen oidas con gusto, cuanto lo es verlas citadas con alabanza años despues en una historia insigne, escrita por hombre de superior entendimiento, vasto saber y no poca experiencia.

La abolicion de los señoríos no llegó á promulgarse formalmente hasta el 6 de agosto, por decreto que comprendia á los jurisdiccionales, los dictados de vasallo y vasallaje, y las prestaciones así reales como personales del mismo orígen, dejando á sus dueños los señoríos territoriales y solariegos como propiedad particular excepto en determinados casos, y destruyendo los privilegios llamados exclusivos, privativos y prohibitivos. No merecia tacha esta providencia si se hubiese dejado la propiedad bien amparada cuando se extinguian las jurisdicciones, y aun en lo que tuvo de violenta no es digna de escesivo vituperio, habiendo dias en la histo-

ria de las naciones, en que con público provecho, si bien no sin ofensa de la justicia, las reformas tienen mucho de despojo. Lo vituperable fué que, habiendo reclamado varios señores contra el propuesto decreto en una representacion, aunque extendida con poco acierto, no falta de buenas razones, fuese la reclamacion recibida con destemplanza y aun con furia cuando con no acceder á ella habria bastado. Algunos corifeos del partido reformador vieron una trama contra las córtes donde solo habia natural apego á añejas prerogativas y disculpable cuidado del privado interés, siendo condicion propia de los reformadores violentos tener bastante de recelosos porque tienen algo de tiranos.

Al mismo tiempo las córtes, en las cuales no obstante haber delegado por un decreto al consejo de regencia la potestad ejecutiva, residia la autoridad soberana, tomando parte muy principal en el despacho de los negocios, atendieron á los de América, habiéndose brindado el gobierno de S. M. británica, á mediar entre el de la metrópoli y las provincias levantadas, para lograr cuando menos un ajuste temporal, que, mientras durase la guerra, no distrajese la atencion y fuerzas de España del cuidado de sustentar su independencia contra el poder francés al de restablecer su autoridad allende los mares. Aquí se hace forzosa una ligera digresion que dé cuenta del estado en que, segun las noticias recibidas en la península à mediados de 1811, se hallaban á la sazon varias provincias americanas.

El levantamiento de Caracas no fué seguido inmediatamente de suceso alguno importante, no pudiendo ni los declarados independientes compeler á los distritos de Coro y Maracaibo á seguir su ejemplo, ni estos restablecer la autoridad de la metrópoli sobre las tierras sublevadas. El comisionado del gobierno español para apaciguar aquellos disturbios, D. Angel de Cortabarria, para desempeñar su encargo habia pasado á la isla de Puerto Rico, y desde allí, á fuer de ministro de Justicia y hombre de paz, segun la expresion atinada de un escritor agudo, aunque parcial de los americanos, *habia roto contra los caraqueños un fuego de proclamar bastante fastidioso* (*), y como se puede suponer de ningun efecto.

No así en Buenos-Aires, donde desde luego empezó á correr sangre, mostrándose los sublevados crueles é injustos. D. Santiago Liniers, el cual, segun algo antes queda referido, habia levantado bandera à favor de la causa de la metrópoli en las provincias interiores del vireinato del Rio de la Plata, fué vencido, hecho prisionero y castigado por su fidelidad como rebelde, quitándole inhumanamente la vida. Igual suerte cupo al oficial de marina D. José de Córdoba, padre del general D. Luis, que en los últimos tiempos ha dejado tan claro nombre. A poco de haber caido y muerto Liniers, llegó á Montevideo Elío, quien al saber la trágica muer-

(*) Revista de Edimburgo. El autor no tiene presente el número ó lugar pero sí la frase. El periódico á que se hace referencia, se señaló entre todos los ingleses en sustentar la causa de la independencia americana, y como corria con extraordinaria aceptacion su autoridad, tuvo mucho peso en la Gran Bretaña. Era con todo obra de la oposicion; pero por eso mismo podia servir á la causa del gobierno con mas desahogo. Los ministeriales andaban mas cautos.

te del antes su rival, es fama que, lejos de compadecerle, expresó que él le habria mandado matar á no haberlo hecho antes los insurgentes, considerándole como causá de la perdicion de aquellas tierras. A tal destemplanza en las palabras, correspondió otra igual en las obras no faltándo á Elío algunas buenas calidades, pero sí las de moderacion y juicio, y no teniendo límites su sed de venganza por cualquiera ofensa que recibia. Sin embargo, faltándole fuerzas para acometer empresa alguna importante, solo consiguió conservar á Montevideo ya declarada contra Buenos-Aires y por España, no logrando con sus amenazas desde lejos, y con sus débiles operaciones mejor fruto que con los caraqueños Cortabarría desde Puerto Rico con sus exhortaciones afectuosas.

Mucho mas sangrienta iba la revolucion en Méjico, pero con mejor suerte para la causa de la madre patria. No bien llegó Venegas á la capital de aquel reino, cuando dió providencias activas para atajar el mal que tanto habia cundido, estando Hidalgo, segun va dicho en la presente historia, ya cercano á la ciudad de Méjico, capitaneando turbas formidables por su número, aunque por su calidad valiesen poco. Salió á hacérles frente con un reducido cuerpo de 1500 soldados el coronel Don Torcuato Trujillo, venido de España con el nuevo virey, y avistándose las opuestas huestes en el monte de las Tres Cruces, á catorce leguas de la capital, empezaron á parlamentar, y en medio de los tratos embistieron á los indios los españoles, teniendo el oficial que á estos mandaba la imprudencia de blasonar en su parte de oficio de este hecho, diciendo que no era justo guardar fé á canalla tal como eran sus contrarios. Fué recia la pelea, y la ventaja en parte de los europeos; pero no tanta que no hubiesen de retirarse, cargando sobre ellos crecidas aunque mal ordenadas fuerzas. Consternóse Méjico viéndolos venir si no vencidos en retirada. Cobraron aliento los amantes de novedades, y se habria repetido en la capital de Nueva España la para la madre patria mágica escéna representada en Caracas y Buenos-Aires, si no hubiese venido sobre Hidalgo el coronel Don Felix Calleja, desde una provincia lejana al frente de tres mil hombres, y presentado batalla á los insurgentes en 7 de noviembre de 1810, que la aceptaron y quedaron completamente desbaratados. Retiróse el cura, rehízose un tanto, volvióse à pelear, y llevó otra y mas veces lo peor, hasta que desamparado por muchos de los suyos corrió fugitivo gran trecho, y paró en caer en manos de los vencedores en marzo de 1811, siendo en seguida arcabuceado. Pero con su muerte no terminó la guerra. Habíala encendido por diferente lado en el mismo vireinato otro cura llamado Morelos, de menos letras y mas ferocidad que Hidalgo, pero osado y astuto, que supo sostenerse mas de un año causando molestia y daño á sus enemigos, aunque acabó al fin perdiendo la vida despues de preso. Quedó, pues, entero y triunfante el gobierno español en Nueva España; pero su triunfo, parecido à los que en la Península alcanzaban los franceses, no fué completo ni duradero. Siguió ardiendo la guerra civil en las provincias mejicanas; lidiándose con poca interrupcion; venciendo por lo comun los españoles; llevando en algun caso reveses; nunca sacando gran fruto de la victo-

ria; sorprendidos en escaramuzas; siempre mal seguros, y precisados á sustentar su dominacion con crueles rigores. Perdió España desde luego si no su supremacía en aquella region, el provecho que de ella recogia, inutilizándose las mas ricas minas, y consumiéndose en los gastos de la guerra interior los recursos antes enviados á la metrópoli para cubrir gran parte de sus atenciones.

Sabedoras las córtes de estos sucesos, tuvieron de ellos gran dolor; pero no acertaban con remedio que curase los males presentes ó previniese los futuros. Los diputados americanos volvian por la causa de su patria, unos aspirando á verla independiente, y otros no tanto, pero unidos todos en una conducta que iba al logro de un fin forzoso, aunque no fuese generalmente apetecido. Los diputados europeos, al revés, movidos por interés contrario, miraban los deseos y dichos y hechos de sus colegas de Ultramar con justa, si bien alguna vez excesiva, desconfianza. Las doctrinas sentadas por las córtes y los anteriores gobiernos relativamente á la España Ultramarina eran tales, que aplicadas darian á aquellos paises la independencia. Así las córtes, donde eran muy superiores en número los europeos, decretaban cosas favorables á América y á los indios; pero no todo lo que alcanzaba á poner á los naturales de Ultramar iguales á los de Europa. En tanto aprobaban el uso de las armas para poner en obediencia á los levantados. La mediacion propuesta por los ingleses les era sospechosa, y no sin motivo, porque veian que en algunos puntos la nacion británica y su gobierno habian de exigir del peninsular ventajas para los americanos y para el comercio inglés que no habia intenciones de conceder por parte de los españoles. Los escritores ingleses casi unánimes abogaban la causa de la insurreccion americana, y sus palabras eran leidas en España aumentando los recelos y el enojo. Un periódico de aquellos dias, dado principalmente á volver por el interés de la América, antes española, apadrinandola en sus conatos de emanciparse de la madre patria era leido con no menos empeño que disgusto, y para hacer mas desabridos estos escritos, que lo estaban en lengua castellana, su autor, nacido y criado en la Península, antes uno de la secta reformadora, habiéndola sustentado en sus primeros números, pasó á sostener las contrarias, aunque sin irse á extremos, con lo cual hizo sus opiniones sobre los negocios americanos al doble odiosas y temibles. Era la obra á que se va haciendo referencia, una que salia á luz todos los meses en Londres con el título de *El Español*, parto de la pluma de Don José Blanco, canónigo que habia sido de la capilla real de San Fernando de Sevilla, uno de los corifeos de la escuela poética y crítica sevillana del reinado de Carlos IV, oriundo de Inglaterra, que en 1809 habia escrito el *Semanario Patriótico* en su ciudad natal, donde residia entonces el gobierno de la nacion, y á quien el enojo causado por haber tenido que suspender el *Semanario*, sacó fuera de los límites de la razon, impeliéndole hasta á renegar de su patria y nombre, trocándolos ambos por los de sus abuelos. En nacion tan abreviada como lo estaba España, casi reducida al recinto de Cádiz y la isla de Leon, pues fuera de él solo se pensaba en los suce-

sos inmediatos de la guerra, una obra como un periódico tenia un valor subido. En el Español veian muchos simbolizados los deseos é intentos del gobierno inglés, y como en otros puntos los sostenia, en lo relativo á América se suponia lo mismo, no sin fundamento.

Grandes obstáculos se opusieron, pues, desde luego al negocio de la mediacion propuesta, al cual, por el deseo de ganar tiempo, como si algo se consiguiese con diferir una resolucion no fácil ni agradable, hubo de darse largas. Siguióse haciendo leyes para América así como para Europa, siendo tales las que se dictaban para las provincias de Ultramar, que, sin satisfacer de modo alguno á los americanos, desagradaban altamente á los españoles europeos residentes en aquellas regiones, y aun á no pocos en España daban margen à infundadas censuras, habiendo quien creyese posible regir la América como en los tiempos pasados, y achacando muchos á imprudentes condescendencias de la metrópoli, lo que nacia de causas nuevas cuyo efecto era seguro y fatal, ya se le buscase remedio cediendo, ya apelando á una inútil vigorosa resistencia.

En otra negociacion entró el gobierno español guardando la conveniente reserva, y logrando que despues de algun tiempo se sacase de ella feliz fruto. El emperador de Rusia, cuya amistad con Napoleon, hija en parte del miedo à su poder, y en otra parte del capricho, le habia llevado en las conferencias de Erfurth en 1808 á aprobar los atentados de Bayona y la usurpacion del trono de España, y en 1809 á venir contra el Austria con trazas de enemigo aunque dudoso, cansado ya de la soberbia con que esforzaba sus pretensiones de dominador del mundo el venturoso Napoleon, andaba preparándose con el debido recato para una guerra con Francia que mas tarde ó mas temprano consideraba inevitable. Residia por aquel tiempo en la corte de San Petersburgo un jóven malagueño dedicado á la carrera del comercio llamado D. Francisco Zea Bermudez, á quien el gobierno habia dado la calidad de su ajente secreto. Vino este personaje á Cádiz en junio de 1811, y anunció á la regencia que el gobierno ruso pensaba al fin en declararse contra el poder francés; pero que, no pudiendo hacerlo inmediatamente, pedia al de España que para bien comun alargase un año mas la pendiente contienda. La regencia despachó otra vez á Zea con poderes ámplios para entrar en tratos y llevarlos á cabo, encargándole además que anunciase al emperador de Rusia que el gobierno español seguiría defendiéndose, no solo por tanto tiempo cuanto el emperador le pedia, sino por mucho mas y mientras existiese, pues, aun prescindiendo de que tal era su inflexible determinacion, tampoco podia tomar otra, si ya no quería exponerse á ser de seguro víctima de la furia popular entrando en linaje alguno de ajuste con Napoleon ó con su hermano. Partióse Zea satisfecho con esta respuesta, la cual á su tiempo produjo en la corte á donde iba cúmplido y favorable efecto, no siendo de poco consuelo á los encargados del gobierno de España vislumbrar un albor de esperanza en medio del nublado de desdichas que sobre ellos cargaba, y que descargó mas recia borrasca muy en breve.

Veíase al mediar el año, para España aciago, de 1811, que el reino

de Valencia iba á ser entrado por una poderosa fuerza enemiga, y que conquistado, y dueños ya los franceses de casi todas las fortalezas de Cataluña, iba á quedar la isla Gaditana siendo el único punto de España libre, salvo la distante Galicia ya antes una vez dominada y que volvería á serlo sin duda. D. Joaquin Blake, deseoso de hacer frente á aquel peligro en persona, segunda vez solicitó permiso para dejar su puesto en la rejencia por el de general del ejército empeñado en mas viva guerra con el enemigo. Concedida esta licencia, púsose el rejente al frente de diez mil hombres de las mejores tropas del ejército español, y embarcándose con ellas pasando al Mediterráneo fué á desembarcar en Almería. Por aquellos dias seguia el ejército español de Freire no desamparando el lugar por donde confinan las provincias de Murcia y Granada, y pisando los términos ya de la una, ya de la otra provincia. Sobre estas fuerzas cargaron los franceses mandados por el general Godinot, á quien Soult habia enviado á aquella expedicicion importante, y consiguieron los enemigos una ventaja notable en Zujar sobre una division española mandada por el general D. José O-Donnell, matándole é hiriéndole hasta cuatrocientos y treinta y tres hombres, y haciéndole mas de mil prisioneros, y, aunque sin aprovechar mucho esta victoria, obligando á Freire à retirarse á Murcia. Pasó el vencido ejército español á un lugar llamado las Vertientes, donde acometida su caballería por la francesa gobernada por el general Soult, hermàno del mariscal, hubo de llevar nuevo revés, retirándose desordenada á buscar el abrigo de su infantería. Haciéndose aun mas atrás el ejército español vino á juntarse con él el conde del Montijo al frente de una division de mil ochocientos de infantería y mil jinetes, despues de haber hecho una campaña feliz de partidario en las Alpujarras causando á sus contrarios graves daños, aunque teniendo al fin que desamparar aquellos fragosos lugares cuando cargó sobre él gran golpe de franceses. Perdió de resultas de estos sucesos Freire el mando del ejército, donde habia tenido poca ventura, no obstante ser excelente oficial de caball ería, y aun como general no de los inferiores. No perseguido el ejército por el francés de Andalucía, luego que salió de los términos del reino de Granada pudo atender con desahogo á operaciones por la parte de Valencia. Del tercer ejército, que habia sido de Freire, se encargó el general Mahy, eleccion poco acertada, bien que de ella no hubo tristes resultas. Blake, en quien no obstante ser su fama superior á sus merecimientos, habia sin duda calidades de general superiores à las comunes entre las de su grado en España, teniendo además la fortuna de ir seguido de algunos buenos oficiales superiores y de mas que medianas tropas, pasó á encargarse del mando del ejército y reino de Valencia. Dejósele el marqués del Palacio, que le habia ejercido como segundo de la Virgen de los Desamparados, á cuya imágen revistió de los atributos y aun de las condecoraciones de capitan general de aquella provincia, causando con ello risa y enojo á la gente entendida, y aun á parte de la que no lo era, aunque con satisfaccion de sus propios caprichos y devocion supersticiosa, y halagando á la mas ignorante plebe. Blake empleó otros medios para hacer frente á

peligros, cuya gravedad era suma é inminente, activando las providencias concernientes á la defensa de la provincia amenazada de invasion, aumentando los regimientos, adestrando á los reclutas y cuidando de reforzar y pertrechar bien las fortalezas.

Era en verdad formidable la expedicion que contra la parte oriental de España estaba preparando con celo diligente el mariscal Suchet, cuya fama crecia con su fortuna. Habiendo el francés dejado en Cataluña siete mil hombres á las órdenes del general Frere para cubrir á Lérida, Monserrat y Tarragona y la navegacion del Ebro, é igual número de tropas en Aragon, al mando del general Musnier, y asegurándose de que el ejército francés de la Cataluña septentrional juntamente con un cuerpo de reserva que se estaba formando en Navarra, por un lado le serviría de apoyo en sus operaciones, mientras por el opuesto de Murcia haría lo mismo amenazando à los españoles un cuerpo considerable del ejército francés de Andalucia, emprendió al cabo su jornada, poniéndose en movimiento para Valencia el 19 de setiembre. Llevaba consigo hasta veinte y dos mil hombres divididos en tres columnas, que siguiendo diversos caminos, fueron á juntarse delante de Murviedro, poblacion situada donde antes fué la antigua célebre Sagunto, en la cual se habia fortalecido á la sazon un castillo dándole para renovar pasadas glorias el perdido pero no olvidado nombre de la ciudad que adquirió tan ínclito renombre con su heróica resistencia á Annibal. Habia llegado el mariscal francés mas á priesa que le esperaba Blake, á quien habia faltado tiempo para poner sus tropas en el estado debido y conforme á sus deseos en punto á equipo é instruccion, y asimismo para concentrar las fuerzas que, segun tenia resuelto, habian de concurrir à las operaciones de la próxima campaña, en la cual trataba de emplear el ejército de Valencia las divisiones que con el título de dependientes de este andaban en Aragon guerreando con actividad; parte del tercer ejército, por lo comun acuartelado en el reino de Murcia; y la division llamada expedicionaria que él habia traido consigo. Entre otras causas que entorpecieron los movimientos de estas fuerzas fué una el azote de la enfermedad que con el título de fiebre amarilla solia descargar sobre las costas de España y lugares vecinos desde principios del siglo, la cual en el año de 1811 respetó á Cadiz; pero en los últimos dias del estío apareció en Cartagena, y dilató sus estragos à Murcia, Alicante y varias poblaciones de aquellas cercanías, por donde tenian que atravesar las tropas. Las de Aragon tambien andaban lentas en venir, pues habiéndoseles encargado llevar á cabo ciertas operaciones de inferior entidad antes de agregarse al ejército, tenian este motivo ó tomaban esto por pretexto para proseguir en una independencia y clase de guerra que se acomodaba mucho á sus costumbres y aficiones. A pesar de inconvenientes y demoras tales, habia Blake, como poco antes queda dicho, fortalecido el castillo de Sagunto en Murviedro, en el cual habia metido una guarnicion considerable, bien provista de lo necesario para hacer una buena defensa, y rodeado à Valencia y las márgenes del Guadalaviar de líneas provistas de numerosa artillería. Aunque el mar-

qués del Palacio habia cesado de hecho en el mando militar de la provincia todavía conservaba el título de su capitan general, y Blake, que en el mando del ejército no quería à su lado autoridad, no ya superior á la suya, sino ni aun tal que con pretensiones de serle igual ó poco inferior la rivalizase, envió á la poblacion de Alcira á la junta y con ella al marqués, tratando á ambos como estorbos dignos de miramiento, y por eso echados á un lado sin faltarles al decoro. Hecho esto, la atencion del general español fué llamada especialmente á Murviedro, donde habian comenzado las operaciones importantes de una campaña, por el número y calidad de las fuerzas en ella empleadas, y por la circunstancia de ser Valencia la única provincia considerable de España hasta entonces no señoreada por el enemigo, de infinito empeño en sí, y particularmente en aquel momento.

El 23 de setiembre ocuparon los franceses de Suchet la poblacion de Murviedro. Empezaron sin demora sus operaciones contra el castillo, y llevándolas adelante con vigor, y resistiendo con firmeza los sitiados, aun no abiertas las brechas, aventuraron los sitiadores un asalto, esperanzados de apoderarse por sorpresa del fuerte escalándole; pero volvieron rechazados de su tentativa perdiendo sobre cuatrocientos hombres y abandonando escalas y fusiles. Mas los favoreció la fortuna en el campo, pues habiéndoseles aproximado la division del general Obispo fué sobre ella Palombini, general italiano del ejército imperial, y la arrolló y desbarató cerca de Segorbe, y D. Carlos O'Donnell venido igualmente à molestarlos tuvo uh revés aunque de menos consideracion en la Puebla de Valbona. Tambien ganaron los franceses el castillo de Oropesa, no obstante haberse defendido con esfuerzo y habilidad. Libres así de cuidados que inmediatamente los distrajesen, atendieron con empeño al sitio del castillo de Sagunto, apretándole mas; pero, aunque teniendo ya abierta una brecha capaz dieron un violento asalto el 18 de octubre, volvieron repelidos por la guarnicion, retirándose con grave pérdida. Ya en esto Blake se iba apercibiendo á dar una batalla para compeler á los contrarios á levantar el sitio del castillo de Sagunto, cuyo gobernador no cesaba de pedir socorro. Juntó, pues, el general español sus fuerzas considerables en número, pero desiguales en calidad, componiéndose de las tropas del tercer ejército, mandadas por Mahy, en quienes reiteradas derrotas habian infundado el consiguiente desaliento; de los cuerpos valencianos, cuya superioridad habia sido constante en la guerra; y de la tropa expedicionaria, mucha parte de la cual se habia señalado en la sangrienta jornada de la Albuera; fuerza cuyo total excedia el número de 25,000 hombres, de ellos mas de 2500 ginetes. Puesto Blake al frente de este ejército, al cual hizo una breve y bien expresada proclama, siendo hábil, aunque algo frio, en el manejo de la pluma, dejada á cargo de los milicianos honrados de Valencia la guarnicion de la ciudad, y formado un plan metódico y prolijo de las operaciones de la cercana batalla comunicado en la debida forma y expresado antes verbalmente á los encargados de los mandos principales, fué sobre los sitiadores de Sagunto tan de repente, que no les dió tiempo para levantar

el sitio antes de entrar en la pelea. Esta fué reñida, portándose con esfuerzo y consiguiendo al principio algunas ventajas los españoles, de una parte de los cuales dijo el mismo Suchet, que en el momento de llegar con ellos á las manos hubo de conocer que no se las habia con el ejército de Valencia. Tambien dió el mariscal francés testimonio de la bizarría de la guarnicion sitiada, que, al oir el estruendo de la batalla, á pesar de llover sobre ella las balas de la artillería enemiga, en la brecha y en los muros saludaba con alegres aclamaciones á sus compatricios, arrojando al aire los morriones. Duró algun tiempo la refriega, manteniendo su concepto la division expedicionaria, así como la de Don Pedro Villacampa, y adquiriéndole algunos cuerpos de las otras; pero triunfó la superior pericia de los franceses, contribuyendo á darles la victoria la flojedad con que se portaron algunos cuerpos, y especialmente la caballería, y el corto discurso de Blake, no tan hábil en ocurrir á los sucesos imprevistos de un combate, cuanto á disponer de antemano un plan de operaciones. Así, despues de haber logrado al principio de la batalla los españoles tomar algunos cañones á los franceses y apoderarse de una altura, perdieron el terreno ganado y la artillería; y cediendo desde luego su ala izquierda, se retiró la derecha, y antes, aunque no sin haber dado pruebas de esfuerzo y teson, el centro. Retiróse, pues, aunque no en completa derrota, vencido el ejército español, yéndose á buscar el abrigo de la corriente del Guadalaviar, y habiendo perdido doce piezas de artillería, novecientos muertos y heridos, y cerca de cuatro mil prisioneros, entre estos varios oficiales superiores. Esta derrota, á que dió nombre el vecino pueblo de Puzol, fué sobremanera funesta, por haberse menguado en ella la gloria del ejército español que la habia adquirido mas alta. No siguió Suchet el alcance por largo trecho, queriendo ante todo hacerse dueño del castillo de Sagunto. Entregósele, este en breve, despues de una buena defensa, habiendo dado su entrega márgen en tiempos novísimos á una reñida disputa entre el que fué su gobernador y el insigne historiador de la guerra de la Península, culpando este último á aquel de no haber llevado la defensa despues de perderse la batalla al extremo conveniente, y justificándose el oficial tachado con pruebas de oficio que justificaban su buena conducta; discordancia de pareceres posible de conciliar, pues ni hubo en la entrega falta á las severas leyes del honor militar, ni fué llevada la defensa á los términos de heróico teson por que se inmortalizaron otras fortalezas de España. Dueño Suchet de Sagunto, se puso sobre Valencia y sus líneas, pero sin intentar operaciones activas, esperando refuerzos para dar remate á su empresa de apoderarse de la capital del reino valenciano. Al frente de él se situó el ejército español, preparado á la defensa, mientras por la espalda de los franceses el paisanaje sublevado unido con algunos cuerpos sueltos, les causaba molestia constante. Así prosiguieron algun tiempo frente á frente los ejércitos contrarios, mientras en otros puntos operaciones de inferior importancia mantenian viva la guerra, y en el confin de España y Portugal casi á la vista uno de otro el ejército británico y el francés de Marmont, ambos poderosos y aguer-

ridos, se preparaban á nuevas lides los ejércitos, cuyas consecuencias habian de exceder en magnitud á todas las de que España hasta entonces habia sido teatro.

En Cataluña el general D. Luis Lacy continuaba con feliz suceso en la dificil empresa de sustentar la causa de la independencia en aquella provincia llena toda de fortalezas ocupadas por el enemigo. La de Cardona, situada en la montaña, fué reforzada en sus fortificaciones y guarnicion por el activo caudillo, el cual estableció asimismo una cadena estrecha de puestos que se daban la mano hasta enlazarse con el fuerte de la Seu de Urgel, cuya posesion conservaban tambien los españoles. Atrincheró la empinada y fragosa altura de Albusa, à alguna distancia de Berga, y en aquellos breñales bien defendidos ejercitaba sus reclutas. Ayudábale la junta provincial de Cataluña, en quien acertó él á renovar el perdido aliento. Discurrió asimismo apoderarse de las islas Medas, situadas á la embocadura del rio Ter, y antes ganadas por los franceses, las cuales por su situacion proporcionaban à quienes dominasen en la mar un sitio donde era fácil tener un campamento seguro, fomentando desde allí la guerra en la tierra firme. Desembarcaron algunos ingleses y españoles en aquellas islas, donde tenian los franceses sus fuertes con alguna corta guarnicion, no dàndoles la importancia que merecian. Fué tomada aquella pobre fortaleza á los cinco dias de haberse presentado delante de ella los aliados; pero estos hubieron en breve de evacuarla volándola antes, no creyendo posible sostenerse en un lugar en que se veian muy molestados por los enemigos desde la vecina costa. Pesó mucho á Lacy este abandono, y volviendo á su proyecto de ocupar las Medas, cuya posesion era el punto principal de su plan de campaña, envió allà nueva expedicion, que con fortuna no inferior á la de la primera las ocupó de nuevo, quedando definitivamente dueños de ellas los españoles. Fortalecióse bien aquel sitio, restableciéndose el arruinado castillo, y haciéndose en la costa buenas obras de defensa. Dió Lacy á su nueva conquista el nombre de islas de la Restauracion, indicando que allí iba á tener principio la de Cataluña. Hasta mercantilmente vino á adquirir importancia un fondeadero de las Medas, sin contar con que como puesto militar correspondió á las esperanzas concebidas al ocuparle. No se contentó con las cortas ventajas ganadas Lacy, pues desde el 4 de octubre empezó la empresa de romper la línea de puestos fortificados establecida entre Barcelona y Lérida, con tan buena fortuna, que hubo de vencer á los franceses en Igualada, obligándolos á recojerse á un convento que tenian convertido en fuerte, y de obligarlos despues á abandonar este mismo edificio, la villa de Casamasana y hasta la montaña de Monserrat. Yéndose en seguida à Berga à conferenciar con la junta sobre negocios urgentes, dejó á su segundo el baron de Eroles el cuidado de seguir la bien empezada campaña. Llevola adelante Eroles con felicidad, ocupando la ciudad de Cervera, donde hizo prisioneros á seiscientos cuarenta y tres franceses que la guarnecian. Cayó en poder de los españoles en aquella ocasion un parcial de José, que, nombrado por el enemigo corregidor de Cervera, habia procurado señalarse, tratando con excesiva

crueldad á sus compatricios, y en la persona de este infeliz, aunque delincuente, se renovaron excesos de los dias pasados de la guerra, ya no tan comunes, pereciendo á manos de la furiosa plebe catalana. Siguió Eroles sus ventajas, obligando á entregársele á la guarnicion de Bellpuig, donde hizo prisioneros ciento y cincuenta enemigos, habiéndoles causado antes notable pérdida en muertos. Siguióse encaminarse el vencedor hácia el Norte, pisar la raya de Francia, rechazar por aquellos lugares á sus contrarios, y enviar á D. Manuel Fernandez Villamil á una correría por territorio francés, ejecutada con buen suceso, exigiendo contribuciones á la poblacion. Vuelto Lacy al ejército, continuó en el género de guerra que habia emprendido, con tal acierto en lo político y en lo militar, que granjeàndose la voluntad de los catalanes llegó à tenerlos por suyos, empleándolos del modo mas conveniente à sus aficiones y costumbres, y al mejor servicio de la causa de la patria. Los muchos combates que á la sazon se daban en Cataluña no son dignos de especial mencion en la historia; pero sí su efecto general, que fué dejar á los franceses encerrados en las plazas de que eran dueños, y à los españoles señoreando el pais, atravesado por sus contrarios solo en caso de necesidad, con crecida fuerza, no sin contínuo peligro, y á veces recibiendo daños considerables. Abandonó entonces à Cataluña el mariscal Macdonald cansado de tan prolija guerra, y dejó el mando al general Decaen. Este tratando de abastecer á Barcelona, lo hizo por medio de una numerosa expedicion; pero aunque logró su intento hubo de hacerlo con pérdida, peleando mas de una vez, y teniendo que variar el camino que se habia propuesto seguir, distinguiéndose Sarsfield y Eroles en hostilizarle. Así se mantenia un corto pero activo ejército, sustentando la causa de la patria en Cataluña; pero, aun haciendo prodigios, por su corta fuerza y mala situacion no podia coadyuvar á la defensa de la vecina tierra valenciana. Intentose hacerlo desde Aragon por D. José Durán y el Empecinado. Pero aunque á estos ayudaba Mina desde lejos, temible siempre en sus repetidas empresas, y aunque otros partidarios distrayendo las fuerzas francesas les prestaban considerable apoyo, y no obstante haber llegado ellos à ocupar mas de una vez la importante ciudad de Calatayud, y tenido gloriosos y felices encuentros, no pudieron pasar de Aragon, y aun hubieron de separarse cargàndoles numerosas fuerzas, habiendo sido socorrido el ejército francés de Aragon por tropas venidas de Navarra. Tampoco pudieron los enemigos favorecer á Suchet, dando harta ocupacion á Musnier, á quien habia quedado encomendado el mando de Aragon, el sostenerse en las tierras de su gobierno. Tambien á Reille, gobernador de Pamplona, y con el mando de las fuerzas francesas de Navarra, traia inquieto y cuidadoso Mina, forzándole con repetidas sorpresas en que le hacia prisioneros, y con tener asentada su dominacion en la tierra abierta, á apelar á todo linaje de medios para destruirle, ya poniendo á precio su vida y la de sus principales tenientes, ya despachándole emisarios à seducirle con promesas de grandes premios, riquezas y honores; promesas desechadas, aunque alguna vez con artificio digno de repro-

bacion, siendo el insigne guerrero español poco escrupuloso en la calidad de medios que adoptaba para llegar á los fines que se proponia.

En tanto que hácia Valencia estaba particularmente llamada la atencion de la Península, no dejaban de ocurrir sucesos en la parte meridional de alguna importancia en sí, y que podràn tener no poca en el distante teatro principal de las operaciones. El general Ballesteros, guerreando algunos meses en el Condado de Niebla, habia adquirido alto renombre, particularmente entre el vulgo, y dado muestras de tener grandes prendas de soldado y aun de capitan activo y diligente en empresas, que, si bien ponderadas por él con ridículo extremo de jactancia, en algunas ocasiones habian sido felices. Determinó, pues, el gobierno pasarle á Algeciras, donde al abrigo de Gibraltar y con el mar à la espalda, podria con algunas fuerzas prestar importantes servicios. De camino este general para su nuevo mando pasó algunos dias en Cádiz, donde fué recibido por la muchedumbre con honras y distinciones propias solo para usadas con un general que hubiese alcanzado señaladas victorias. Ensoberbecióse mucho el afortunado general con tal recibimiento, y al mismo tiempo cobrando confianza en su propio mérito vino á concebir la idea de mayores empresas, contribuyendo así honras anticipadas á sus glorias y faltas futuras. Pasando en seguida á Algeciras, á donde desembarcó el 4 de setiembre, se adelantó por la sierra hasta Jimena, y allí sentó sus reales. Retiróse de este punto en seguida para atraer á San Roque un corto cuerpo de franceses, logrando hacerle caer en el lazo que le tendió hasta destruirle. Dando ya inquietud á Sonet la presencia de tropas españolas en algun número en aquellos lugares, y las ventajas que conseguian, envió contra Ballesteros al general Godinot con cinco mil hombres, y por otros distintos lados á los generales Semelé y Barroux, con casi igual fuerza. Burló el español la tentativa de sus contrarios con una retirada pronta y hábil, yendo á ponerse al abrigo de la artillería de Gibraltar, donde no podia ser acometido. Retiráronse los franceses, y no queriendo Godinot volverse á sus antiguos puestos sin haber hecho cosa alguna notable, fué sobre Tarifa, guarnecida á la sazon por mas de dos mil hombres ingleses y españoles; pero hubo de retroceder muy á principios de su jornada, el 18 de octubre, molestado por la artillería de los buques ingleses, habiendo tenido la imprudencia de emprender su camino por la costa. Vuelto atrás el mal aventurado general francés, llevó otros reveses, pues retirándose Ballesteros salido de su abrigo le sorprendió su retaguardia, causándole grave pérdida. Vuelto Godinot pasó à Sevilla, donde tratado àsperamente por el mariscal Soult, que le culpaba por su conducta en términos ágriamente injustos, se quitó la vida de un tiro por su propia mano. Hasta esta desgracia de un enemigo contribuyó á realzar el concepto de Ballesteros. Siguióle él mereciendo en parte, con la constante habilidad de sus operaciones, pues en 5 de noviembre, cayendo sobre Bornos, donde estaba el general Semelé en el silencio y sombra de la noche, le cogió de sorpresa y le hizo cien prisioneros, tomándole mulàs y equipajes, y puso al resto de sus soldados en huida. Tales desgracias irrita-

ron á Soult, cuya venganza se manifestó de un modo poco digno con injustos rigores, mandando ahorcar á un infeliz prisionero sargento de la division que tanto molestaba á sus tropas.

Por Galicia y Asturias no ocurria suceso de superior importancia, si bien en lo general se mostraba favorable la fortuna á los franceses. Fué separado del mando del 6.º ejército el general Santocildes, sucediéndole D. Francisco Javier Abadía, que gozaba del concepto de entendido, si bien en ninguna ocasion acreditó con felices sucesos su fama. Situado aquel ejército en el mes de agosto todavía en los confines de Leon y Galicia, viniendo sobre él en crecido número los franceses, juiciosamente determinó retirarse, y no sin gloria ni sin adquirir á veces ventajas, llevó á efecto su propósito; llegando en una ocasion entre Riego y Molina Seca á combatir con ventaja á sus contrarios, matándoles un general y un coronel, y llevándose por trofeo el águila del 6.º regimiento de infantería. Mostró Abadía en estos movimientos las mayores consideraciones al general á quien habia ido á suceder, dejando que se hiciesen por su direccion, ó por la del jefe de su estado mayor Moscoso. Yendo los franceses en seguimiento del ejército español, no se atrevieron á penetrar en Galicia, y aun se hicieron algo atrás de los puntos que llegaron á ocupar en sus lindes, contentándose con asegurarse la posesion de Astorga y fortalecerla. Así continuaron algun tiempo las cosas, hasta que Abadía, hombre de instruccion, pero caprichoso y dado á arreglarlo todo à su gusto, empezó á hacer tales innovaciones en el ejército de su mando, variándole el órden, la oficialidad, los sargentos y aun los uniformes, que causó disgusto y no escaso perjuicio. Fué puesto en su lugar el marqués del Pórtago, de resultas de las quejas nacidas de sus hechos; pero la sustitucion aprovechó poco, viniendo á llenar el hueco de un hombre, aunque agudo, irreflexivo, otro de sana intencion, pero de cortísimas luces y no mayores conocimientos. Resultó de todo ello quedar inútil de todo punto por largo tiempo el ejército de Galicia. No fué menos mala consecuencia de su inaccion, que de allí en breve otra vez invadiesen á Asturias los franceses, mandados por el general Bossuet, el cual entró en Oviedo hallándole desamparada por sus moradores, y siguió á las tropas de Losada, á cuyo mando estaba la provincia, hasta pasado el Nasea, penetrando en Tineo hàcia mediados de noviembre. Hallábase con todo el francés muy estrechado en la tierra que pisaba, dueño solo de la línea desde Pajares á la capital de Asturias, y ciñéndole cada vez mas por un lado Losada y Bárcena, y Diaz Porlier por el opuesto.

Habia en medio de estos sucesos y aun antes el general D. Gabriel de Mendizabal pasado á ponorse al frente del que se titulaba 7.º ejército, compuesto, como antes se ha indicado, de cuerpos sueltos, casi todos ellos antes partidas de guerrilla, y poco mudados de su forma é índole primeras. Estas fuerzas, entre las cuales sobresalia la mandada por Diaz Porlier, no se contentaban con hacer sorpresas en campaña, asestando reveses á los enemigos y matàndoles ó apresándoles gentes cuando los salteaban con grande superioridad de número, sino que á veces

se arrojaba á mayores empresas. Así en junio de 1811 fué ocupada por los españoles del mismo Porlier Santander, no sin resistencia del general Rouget, que allí mandaba la fuerza enemiga. Recobró esta en breve la ciudad perdida; pero no habia sido poca mengua para sus armas haber sido forzada á evacuarla. De este mismo ejército de Mendizabal se suponia que estaban en dependencia Merino en Castilla, Mina en Navarra y otros guerrilleros de inferior nota, los cuales, sin embargo, ninguna órden obedecian, guerreando por su cuenta y á su modo, segun se les presentaban ocasiones. A este son iba por donde quiera la guerra, y si operaciones semejantes no habrian alcanzado á salvar á España, sirvieron de allanar el camino á sus salvadores.

Todavía no tocaba al ejército británico representar este papel tan glorioso. Contento con no ser molestado en su posesion del territorio portugués, si amagaba á obrar en el español pronto desistia de su intento. Así lord Wellington, habiendo concebido la empresa de hacerse dueño de Ciudad-Rodrigo por hambre, reduciendo á entregarla á la fuerza francesa que la guarnecia, empezó à llevarla á efecto formando en tierra española una línea que desde el Azava inferior iba dilatándose por el Carpio, Espeja y el Bodon hasta Fuente Guinaldo, donde sentó su cuartel general, fortalecido con obras de campaña. Tenia consigo de segundo á sir Tomás Graham, que habia dejado el mando de las fuerzas inglesas en la isla Gaditana; pero tropas españolas pocas, siendo solo las de su ejército un corto cuerpo gobernado por D. Carlos España, y los lanceros de D. Julian Sanchez, á cuyo frente estaba su capitan; partida de guerrilla la cual gozaba de muy alto concepto con el general británico, y que en varias ocasiones acreditó merecer la estimacion en que era tenida. El mariscal Marmont, no queriendo sufrir que impunemente arrebatasen sus contrarios á sus armas una fortaleza de nota, llamando á sí al general Dorsenne con las fuerzas de su mando, se dispuso á ir en socorro de Ciudad-Rodrigo. Juntos en Tamames el 22 de setiembre los generales franceses no perdieron tiempo en ir sobre sus contrarios. El 25 fué acometido lord Wellington en el puesto que ocupaba en Fuente Guinaldo, recibiendo él la batalla, pero sin moverse para darla, á punto de dejar abastacer á Ciudad-Rodrigo sin pelear para estorbarlo. Fué brava la refriega, como solian serlo las que entre sí tenian los ejércitos inglés y francés, y terminó en salir los últimos rechazados, pero no vencidos. Lord Wellington, aunque no arrojado de Fuente Guinaldo, viendo que allí iba á ser de nuevo embestido, buscó puesto en su sentir mas favorable para pelear, y el 27, retrocediendo breve espacio y ya en territorio portugués seguido allí por los franceses, vino con ellos á las manos, y los rechazó como en la vez primera. Hubo, sin embargo, de retroceder una legua mas, y en situacion de mayor ventaja provocó á su contrario á batalla de superior empeño. No la quiso el francés, satisfecho con haber libertado á Ciudad-Rodrigo de caer en poder de los ingleses, objeto principal de sus operaciones en aquella hora. La mortandad no habia sido grande en los combates que se acaban de referir, en los cuales de ninguno de los contendientes fué la victoria, que ambos á dos

reclamaron. Pero aunque se retiraron los ingleses, se quedaron en España los españoles agregados á su ejército, y mientras, divididos los enemigos, se iba Marmont hácia la parte de Plasencia, donde sentó sus reales, y tirando á otro lado Dorsesme se situaba cerca de Salamanca y de Valladolid, D. Julian Sanchez, alentado como cuando mas, hostigaba por todos lados á los franceses y les hacia prisioneros, juntando asimismo gente para su partida y tambien para el servicio en el ejército, y dando tiempo à lord Wellington para prepararse á sitiar á Ciudad-Rodrigo. El corto ejército de Castaños, titulado el 5.º, ocupaba entretanto la orilla del Tajo, estando en comunicacion con otro inglés mandado por el general Hill y acuartelado en el Alentejo. Ocupàbase Castaños en aumentar y disciplinar sus fuerzas, y no desatendia otros cuidados del gobierno, procediendo entonces de un modo ajeno de su condicion, vituperable por lo excesivamente suave, y haciendo algunas justicias severas, pero no dignas de tacha. Cayó su rigor sobre culpados de diferente especie; sobre uno que dándose por celoso servidor de la causa de la patria, y arrogàndose títulos y facultades que no le competian, con atroz delito habia quitado algunas vidas, satisfaciendo sus pasiones privadas, y fingiendo proceder legalmente; y sobre un parcial del rey intruso, que ejerciendo un cargo á nombre de su soberano, se habia cebado en sangre de los españoles adictos á la causa de su patria. Ambos fueron castigados con pena de la vida. En medio de esto la presencia sola de aquellas tropas daba algun cuidado á los vecinos franceses, que buscándolas y no pudiendo llegar con ellas á las manos, procuraron estrecharlas en sus estancias, y ponerlas en escasez suma. Para el intento fué á apostarse en Cáceres el general de division Girard, dilatàndose hasta las Brozas. Apretado Castaños pidió auxilio á Hill, y este se le dió poderoso, viniendo de repente y con celeridad á juntarse con él con crecidas fuerzas, mientras descuidado el francés, sabiendo estar en Portugal los ingleses, no creia que se aventurasen á dar golpe alguno en España, y no contaba con otros adversarios mas que con las escasas fuerzas españolas que tenia vecinas. Favorecidos los aliados por la fortuna, al abrigo de una densa niebla, haciendo marchas diestras y rápidas, cayeron sobre Girard en el lugar de Arroyomolinos el 28 de octubre; sorprendiéndole con cerca de veinte mil hombres, cuando él solo tenia cuatro mil consigo. Fué completa la derrota del general francés, de cuyas tropas mil y cuatrocientos hombres cayeron prisioneros, y cuatrocientos quedaron muertos, contándose entre los primeros el general Brun y el príncipe de Aremberg. Costó à los vencidos su derrota dos cañones y un obus; dos banderas, ganadas una por los españoles y otra por los anglo-portugueses, y grande copia de fusiles y otros efectos. Girard huyó seguido de muy pocos de los suyos, trepando montes y abrigándose en las asperezas de la sierra. La desigualdad entre las fuerzas combatientes podría quitar parte de la gloria á los vencedores en la jornada de Arroyomolinos; pero lo bien ejecutado de la sorpresa fué honroso à su habilidad, y el brio con que aprovecharon sus ventajas causó ser tan completa la victoria. La guarnicion francesa de Badajoz tuvo dos dias cerradas las puertas de la ciudad; tanto fué el ter-

ror infundido en los franceses de Extremadura por aquel revés de sus armas. D. Pablo Morillo, dando alcance á los vencidos, señoreó por algun tiempo aquellas tierras. Drouet, volviendo en sí, se adelantó con crecidas fuerzas hácia el teatro de aquellos sucesos, y á su venida los anglo-portugueses de Hill se recogieron á su antiguo acantonamiento, volviéndose á Cáceres los españoles.

En Inglaterra y en Cádiz fué muy celebrada la sorpresa de Arroyomolinos. Los ingleses hasta dieron el nombre del lugar de su triunfo á productos de sus fábricas en aquellos dias. En Cádiz un suceso próspero de las armas británicas dió á esperar otros con fundado motivo. El revés llevado en Valencia sirvió de superabundante compensacion á la ventaja alcanzada en Extremadura, pero no abatió los ánimos. Estaban en verdad estos demasiado embebidos en una atencion, que era la reforma de la constitucion de la monarquía, empezada á llevar á efecto con haber presentado la comision nombrada al intento una y la mas considerable parte del proyecto de constitucion nueva. Empezóse muy en breve á examinarle y deliberar sobre él, debatiéndose el negocio con detencion y empeño. Así, cuando yendo adelante los enemigos en sus conquistas apenas dejaban al gobierno de Cádiz una provincia donde fuese obedecido; á la vista de las desgracias que ocurrian con trazas seguras de seguir con aumento, el congreso y la poblacion que le aplaudia atendian particularmente á arreglar la monarquía española, dando por supuesto que habría de verse al cabo libre del yugo, y haciendo poco para realizar su esperanza; pareciéndose, en sentir de sus desaprobadores, á los griegos del bajo imperio ocupados en disputas sobre materias abstractas, mientras sus tropas eran vencidas en las lides y peligraba su independencia; y renovando, segun el juicio de sus apasionados, los nobles ejemplos de las naciones de la antigüedad; de Atenas viviendo en sus naves cuando Jerges señoreaba su tierra, ó de Roma cuando estaba á sus puertas Anibal vencedor en Canas, disponiendo por venta de los terrenos de que era dueño el victorioso enemigo.

El proyecto de constitucion era lo que debia esperarse de las córtes donde habia sido hecho, y á las cuales fué presentado, y de los hombres que en ellas dominaban. La constitucion francesa de 1791 era el modelo copiado en la nueva obra; pero la copia, no del todo ajustada al original, se separaba de él en los puntos en que distaban las ideas del pueblo francés en 1791 de las del español en 1811. En el trabajo de los legisladores españoles, y en el modo que usaron para defenderla, así como en todos sus discursos y hechos en las córtes de 1810, se notaba igualmente que en los discursos, actos y constitucion de los diputados de la asamblea constituyente de Francia, el defecto general de apego á doctrinas abstractas, y el de cierta pedantería, hija de la inexperiencia, pero mostrando menos saber los copiantes españoles que sus modelos, si bien no dejando de dar pruebas de talento é instruccion, muy de admirar en hombres criados bajo la tiranía civil y religiosa, y mezclando con las doctrinas tomadas de los extraños aficiones y preocupaciones, ó peculiares de su patria en todos tiempos, ó hijas de la época que corria.

Tenia ademas el proyecto de constitucion el defecto de ser demasiado largo, descendiendo á menudencias prolijas, y convirtiéndose á veces en tratado de teología dogmática ó de moral, así como bajando en no pocas ocasiones á ser un mero reglamento. La parte principal de la obra era puntual copia del original francés seguido; un cuerpo legislador, cuya existencia habia de ser de dos años, renovándose al cabo de ellos por entero, sin que fuese facultad de la corona convocarle ó disolverle; la potestad de hacer las leyes depositada en este cuerpo, sin que el monarca pudiese resistir los proyectos de ley que se le elevasen para su sancion, sino por el término de dos años, en lo cual quedó la autoridad real mas ceñida que en Francia en 1791, donde podia ser hasta de cinco años el plazo de la resistencia de la corona; una potestad con el título de ejecutiva harto dependiente de la llamada legislativa, y de ella tan separada, que era incompatible el cargo de ministro con el de diputado; el título de soberano negado al monarca; y una declaracion de que residia en la nacion la soberanía, con la facultad de variarlo todo en el Estado cuando así cumpliese á su deseo. A esto se agregaba una declaracion de la intolerancia religiosa, acompañada del atrevido acto de promulgar á guisa de concilio ser la religion católica, apostólica, romana la única verdadera, una recomendacion preceptiva á los españoles de amar á su patria y de ser justos y benéficos; y en lo político la sucesion de las hembras á la corona, prevaleciendo en este punto las rancias ideas y la legislacion creida existente de España sobre las doctrinas francesas; la creacion de una diputacion permanente de córtes mientras estas estuviesen en vacaciones, nueva restriccion á la potestad real sacada, no con feliz aplicacion, de las leyes de algunos de los reinos de España; y la formacion de un cuerpo monstruoso con el título de consejo de Estado, hijo en gran parte de las córtes, aunque en su nombramiento participase algo la corona, y cuyas facultades eran en pocas cosas remedo imperfecto de las de un segundo cuerpo legislador, y en otras materias las de un cuerpo consultivo sobre negocios de gobierno, y las de la antigua cámara de Castilla. Agregóse á esto en otros títulos del proyecto de constitucion, posteriormente presentados, un arreglo prolijo de tribunales en que se innovaba poco en las antiguas prácticas de España, si bien sentando algunas máximas sanas y provechosas, y varias disposiciones relativas á diversos ramos de gobernacion, entre las cuales por sus consecuencias merecen mencion especial la creacion de una fuerza armada con el título de milicia nacional, á imitacion de la guardia nacional francesa, y la creacion de cuerpos con el título de diputaciones provinciales, que en las provincias hacian las veces de un ayuntamiento general de todas ellas, al paso que en cada pueblo los ayuntamientos habian de ser electivos, así como sus alcaldes, quedando por su formacion en completa independencia de la potestad ejecutiva. Resulta de lo dicho que la constitucion propuesta venia á ser democrática, reduciendo á estrechos límites y verdadera dependencia á la autoridad real, y depositando inmensas facultades en un cuerpo solo; pero no cuidando mucho, como sucede en pueblos donde el ensanche dado á los derechos individuales es

cosa nueva, de amparar bien á los individuos contra el poder excesivo de la autoridad á la cual se traspasaba gran parte de la antigua de los reyes. Asimismo lo excesivamente democrático de la constitucion estaba templado ó viciado con el método invariable que la misma señalaba para hacer las elecciones, pues concurriendo á estas casi todos los españoles, solo lo hacian para nombrar compromisarios, los cuales elegian electores de partido, á quienes tocaba nombrar otros en corto número llamados de provincia, cuyo voto nombraba los diputados, de suerte que al cabo en un reducidísimo número de personas venia à quedar depositado el derecho electoral. No faltaban en esta constitucion varias disposiciones saludables que corrigiesen en parte sus defectos. Hallábanse en ella los fundamentos del gobierno hoy establecido en las naciones mas cultas y poderosas de Europa, y aun en las de América, gobierno anhelado por pueblos que de él carecen, aunque en algunos de aquellos donde ha sido asentado no dé resultas del todo satisfactorias. En España la constitucion á que se vá ahora haciendo referencia ha sido no solo la madre de cuantas despues la han sucedido, sino el orígen de todas las mudanzas y consiguientes discordias, así como de las reformas sus compañeras que desde aquel tiempo la están trabajando y renovando.

Puesto á discusion el proyecto de constitucion firmado por todos los de la comision que le habian estendido, excepto por Don José Pablo Valiente, diputado por Sevilla, consejero de Indias, y hombre de no corto saber, aunque opuesto al sesgo que habian tomado las reformas, empezaron los debates en el 25 de agosto de 1811. Asistia á ellos el público como à todos los de las córtes, y componiéndose la concurrencia de quienes miraban con mas empeño los asuntos que se discutian, gente casi toda de la parcialidad reformadora, tomaba mas parte en la discusion que la justa y debida, expresando su aprobacion ó desaprobacion con quebrantamiento de las leyes y daño de la pública conveniencia. Algunos diputados se señalaron impugnando varias partes del proyecto, entre ellos el Sr. Aner, que lo era por Cataluña, no de grande instruccion, pero de luces naturales, y á pesar de su acento provincial desagradable, fácil y no ingrato en el decir; el canónigo Ingüanzo, diputado por Asturias, de bastante instruccion y elocuencia, aunque con ideas y modos un tanto de predicador; el valenciano Borrull, de erudicion vasta, aunque indigesta; Gutierrez de la Huerta, de empalagosa verbosidad y malos estudios, pero no falto de saber ni de persuasiva, con otros de igual ó menor nota. En la defensa campeaban Argüelles, cuya primacía por nadie era disputada; Calatrava, de buena lógica, de claro talento, de voz cuyo metal sonoro causaba sumo placer en los oyentes, de corta instruccion y condicion violenta; Muñoz Torrero, ya citado; el conde de Toreno, recien entrado en las córtes, por haberse hecho en Asturias la eleccion de los diputados de la provincia, sustituyendo é incluyendo en ella à Argüelles hasta entonces único representante en calidad de suplente de la misma provincia; á quien para tomar asiento se dispensó la edad, no teniendo aun los veinte y cinco años cumplidos, y el cual, desde que tomó asiento, empezó á demostrar agudísimo ingenio, vas

ta lectura, y dotes extraordinarias de razonador á la par con vehemencia excesiva, y escaso juicio en sus opiniones extremadas á favor del gobierno popular; García Herreros, procurador antiguo de los reinos, tambien violento en condicion y doctrinas, dado á los principios de gobierno popular que tenian en aquellos dias y congreso mas valimiento; Oliveros, clérigo virtuoso, pero un tanto fanático en sus ideas anti-romanas, y en su fé política mas celoso que entendido; Mejía, de cuyas buenas y malas calidades mas atrás se ha hecho mencion con algun detenimiento; Perez de Castro, diplomático antiguo, allegado á la secta reformadora, pero sustentando su causa, sin llevarla á los extremos que otros en varios puntos; y algunos mas de cuyos nombres no es necesario hacer particular recordacion, aunque entre ellos los hubo de merecimientos y renombre no menor que el de los aquí recien citados. Variaban á veces de lado los oradores, poniéndose de parte de los principios de gobierno popular mas extremados varios que luego sustentaban con no menos encarnizamiento la causa diametralmente opuesta. Así, al discutirse el artículo donde se declaraba que la soberanía residia en la nacion con la facultad de variar sus leyes fundamentales, segun su antojo, el cura de Algeciras habló en pro de esta doctrina con ciertas reticencias y amenazas á los reyes, hechas en su estilo enfático y singular, á que añadia rareza su cuento. En punto al número de diputados que habrian de tener en las córtes las provincias ultramarinas, tambien discordaron los pareceres, poniéndose de una parte todos los diputados europeos y los americanos de la contraria. Estando reconocida la igualdad de derechos entre los españoles de ambos hemisferios, y que á cierto número de almas correspondia un diputado, y siendo mayor la poblacion de América que la de España, procediendo con buena lógica debian en las córtes ser superiores en número á los europeos los americanos, bien que de allí era fuerza que siguiese trocarse los papeles y pasar á ser dependencia la parte de la monarquía que antes tenia á la otra bajo su dominio; cosa opuesta al interés de Europa y aun á toda razon, que se trataba de evitar como era indispensable. Para el intento discurrieron los autores de la constitucion un arbitrio mezquino y doble; no siendo por otra parte posible hallarle de mejor clase. Estando dividida la poblacion americana en castas, se declaró que las numerosas mestizas no tenian derecho para ser revestidas del derecho electoral, ni aun para contarse en el número de almas á las cuales cabia tener en las córtes un diputado, y aun tal declaracion no fué hecha con franqueza; pues en vez de expresarse la exclusion se daba por supuesta, dictándose solo los medios por donde los de las castas excluidas podrian llegar á ser comprendidos entre los ciudadanos españoles. Fácil fué á los americanos demostrar cuán mal se avenia esta resolucion con la absoluta igualdad de derechos declaradas entre ellos y los europeos, y estos hubieron de valerse de pobres argucias para defender lo que no admitia defensa; siendo lo cierto que no podian ser iguales ambas Españas, y teniendo quienes sustentaban la supremacía de la antigua metrópoli razon sobrada, pero no la que alegaban en pro de sus principios. Venció el núme-

ro y perdieron los americanos su causa, por la cual trataban de volver con medios muy otros que el de resoluciones de las córtes.

Recia fué tambien la pelea sobre si habia de haber dos cuerpos en las córtes ó uno solo, y aunque sustentada con desiguales fuerzas por contender los mas hábiles y acreditados campeones porque hubiese un cuerpo único, no dejaron sus contrarios de mostrar habilidad y aliento, señalándose en esta lid con otros el ya citado canónigo Ingüanzo. Triunfaron aquí los sustentadores de las preocupaciones y aun de las necesidades del tiempo que entonces corria cuando crear un cuerpo de dignidades por un lado habria sido difícil empresa, y por otro, si se lograba, obstáculo á reformas meditadas, las cuales tenian, dándolas por necesarias, mucho de urgentes.

Sobre si los proyectos de leyes votadas en córtes para llegar á serlo habrian de necesitar de la sancion real hubo asimismo un tanto reñido debate, viniendo á aprobarse el llamado veto suspensivo, poco acertada invencion del ministro francés Necker, inserta por la Asamblea Constituyente en su constitucion de 1791. Opúsose á que el rey tuviese parte alguna en la potestad legislativa el conde de Toreno, en un discurso lleno de máximas erróneas sobre la índole de la autoridad real, pagando tributo á su inexperiencia, y sostuvo el derecho en la corona de negar ó dar su sancion en un discurso notable el diputado Perez de Castro, usando poderosos argumentos, propios para abonar el veto absoluto y no ya el suspensivo. Así iba examinándose y aprobándose el proyecto de constitucion, no con exceso en la celeridad ni en el detenimiento, como se hace obra semejante en cuerpos de la naturaleza del congreso gaditano.

A otras ocupaciones hubo este de distraerse no siempre con gloria ni rectitud, sin embargo de ser los diputados en general hombres de sana intencion y cabal integridad, desinteresados, y amantes celosos de su patria, porque en ellos obraban las pasiones consiguientes á la situacion en que se veian, habiendo emprendido una reforma radical y vasta, tropezando con obstáculos ya previstos y ya salidos de súbito á hacerles frente, y precisados á vencerlos, lo cual solian hacer con violencia hasta injusta por lo mismo que estaban no sin razon persuadidos de lo puro de sus deseos y de la justicia de su causa. Cuando mas atareados estaban con llevar á cabo la obra de la constitucion, salió á luz un escrito de D. Miguel de Lardizabal y Uribe, uno de los cinco del consejo de regencia existente cuando se juntaron las córtes; produccion destinada por su autor á dar cuenta de los sucesos y de su conducta, así como de la del cuerpo de que fué parte en la memorable ocasion de haber celebrado sus primeras sesiones la representacion nacional de España. Esta obra no bien escrita y peor pensada contenia grandes imprudencias y vehementes impugnaciones del proceder y de las doctrinas del congreso, llegando el autor á afirmar de sí y aun de sus compañeros que, si hubiesen tenido fuerza, la habrian empleado contra las córtes para enfrenarlas. Tal modo de expresarse por la via de la imprenta, mirado con rigor, podia hasta ser un delito, pero uno cuya calificacion y juicio competia solo á los tribunales, al paso que por otro lado la confesion

hecha en público de haber tenido un intento criminal no podia sujetar á quien la hacia á ser tratado como delincuente sin dar á las leyes una interpretacion tirana y violenta. No lo pensaron así las córtes, á las cuales delató un diputado en 14 de octubre el escrito de Lardizabal. Encendióse en ira el congreso, comunicóse el enojo á las galerías; diputados y oyentes como partes apasionadas vomitaban fuego contra el que juzgaban delincuente. De súbito sonó que el consejo Real acostumbrado á sustentar por medio de consultas la descabellada pretension de ser tutor de los gobiernos de España, entrometiéndose en los negocios de Estado, inquieto con los flacos en fuerzas, así como con los sobrados en poder era sumiso, ó cuando mas artero, del mismo modo que su arma ordinaria habia intentado oponerse á la junta central y dirigir al primer consejo de regencia, habia preparado una consulta á las córtes, donde, segun se afirmaba, eran tildados de ilegalidad ó cuando menos de demasía varios de sus actos mas importantes, y hasta la legitimidad del mismo cuerpo puesta en duda. Este proyecto de consulta no habia sido llevado á ejecucion, y si hecha habria sido un desman digno de castigo y harto mas grave que el escrito de Lardizabal, no pasando de la intencion, ó suspendido y abandonado el intento de realizarle, con arreglo á buenos principios de justicia no constituia un acto punible. Pareció, sin embargo, á los acalorados corifeos de las córtes que entre el manifiesto de Lardizabal y la idea de los consejeros habia estrecho enlace, siendo aquel y esta partes de un vasto plan de conjuracion, del que era singular anuncio dar á la prensa una obra. Así como Argüelles y Toreno habian empezado la guerra contra Lardizabal, así en el dia siguiente 15 de octubre la emprendió contra el consejo Real Calatrava, noticioso de la consulta. Este diputado, violento en sus ódios y teniéndole muy acerbo á los togados de superior gerarquía de aquel tiempo, levantándose, hizo varias proposiciones, reducidas á que se nombrase una comision de diputados, la cual pasase al consejo Real á buscar la consulta y encontrándola la recogiese; á que asimismo se tragese de la secretaría de Gracia y Justicia una protesta hecha por el obispo de Orense contra el juramento que forzado prestó á los primeros decretos de las córtes, y á que se crease un tribunal compuesto de cinco diputados para juzgar á Lardizabal y á sus cómplices, no comprendiéndose bien cuál complicidad podia haber con él, siendo su principal delito su manifiesto. La comision pasó al consejo y al ministerio, aprobándose lo propuesto en este punto por el Sr. Calatrava; pero si bien se aprobó que fuese juzgado Lardizabal por un tribunal, quedó resuelto componer este no de diputados, sino de jueces que no fuesen magistrados, elegidos por las córtes; monstruoso cuerpo de medio jueces, medio jurados, nombrados por una parte para juzgar á su contraria, y al cual se daba ya declarado por delito el acto cuyo juicio se le cometia. Así los defensores apasionados de la libertad, tanto los diputados por sus actos en el congreso cuanto los escritores y concurrentes á las sesiones con su aprobacion desde afuera, renovaban prácticas de las peores del despotismo, poniendo en juicio ante tribunales nombrados para un caso especial á ene-

migos de la parcialidad ó persona dueña del mando. En estos procedimientos y en el modo de sustentarlos desbarraron no poco los hombres mas señalados de aquellas córtes, siendo lo mas notable que, casi en nuestros dias, cuando han recordado con la pluma los hechos de aquella época, se han ratificado en los yerros entonces cometidos. La continuacion del suceso de Lardizabal apenas merece mencion en un compendio. No se halló la consulta del consejo, aunque sí un voto particular extendido para contradecirla; se dió con la protesta del obispo de Orense, y resultó ser un documento antes conocido; quedó patente que si habia habido delito en los contrarios á las córtes, el de obrar conjurados para destruirlas por ningun título se les podia probar, no habiendo de él ni aun indicios, y esto no obstante se llevó adelante la causa de Lardizabal. Al principio ni una sola voz de hombre imparcial ó adicto á doctrinas reformadoras sonó en defensa del acusado, ó, como era mas justo, en vituperio de los procedimientos de las córtes contra su persona, y las defensas de sus amigos adolecian de ser hijas de espíritu de bandería que no contentándose con volver por la justicia, sostenia la razon y las doctrinas del acusado. Duró largo tiempo la causa, y aunque el furioso espíritu de partido no desistió de pedir contra Lardizabal penas severas, se enfriaron los ánimos en este asunto, y faltando el arrebato, ya vieron muchos y censuraron sin rebozo no pocos lo desvariado é injusto de la conducta seguida en aquel caso por las córtes. El castigo impuesto vino, pues, á ser ninguno, y el destinado á víctima, cuya condicion era maligna y rencorosa, pudo, andando el tiempo, convertirse en verdugo sañudo, haciéndole su venganza contribuir á actos de la mas inícua injusticia y crueldad en daño de los principales diputados de las córtes de 1810 y de cuantos seguian su bandera.

Emprendida por el congreso la obra de perseguir, no se paró; siendo carrera esta en que un paso lleva à dar otros, dando empeño las resistencias. Procedióse contra el consejo, lo cual, si la consulta hubiese llegado á presentarse, habría merecido disculpa y hasta alabanza; pero no así cuando ni con ella se habia dado, constando que dejó de existir antes de poder ser verdadero cuerpo de delito. Otro folleto titulado *España vindicada en sus clases y gerarquías* fué delatado á las córtes y calificado por ellas de acto de complicidad en la conjuracion de que era parte el manifiesto de Lardizabal. La obra asi tratada no pasaba de ser una censúra de los actos del congreso, si vehemente y en algunas cosas propia para excitar al pueblo á desobedecer las nuevas leyes, aun así digna de ser calificada por tribunal competente, y no por el congreso; siendo por otro lado ridículo, y con particularidad en los partidarios de la libertad de imprenta, tratar como actos de una conjuracion escritos dados á la estampa y á la luz pública. El autor de la España vindicada resultó ser D. José Colon, entonces decano del consejo Real, personaje de crédito é instruido, aunque no de buenos estudios, y muy respetado, como hermano del duque de Veragüa, y descendiente del insigne descubridor de América, así como por haber servido con sus hermanos largos años, todos ellos en altos puestos, y ejerciendo influjo en los negocios de

la monarquía. La importancia del autor sirvió de excitar el celo de las córtes contra el escrito, empeñándose con este motivo reñidos debates en que, exasperados los ánimos, se excedió la parcialidad vencedora de toda justa medida. Algunos incidentes dignos de recordacion señalaron estos procedimientos del congreso. Cuando mas ardia la ira contra Lardizabal, el teniente general de marina D. Antonio Escaño, compañero en la regencia del escritor procesado, envió á las córtes una representacion desmintiendo lo afirmado por este en su escrito sobre haber el gobierno, de que ambos habian sido parte, intentado disolver las córtes en el momento en que empezaban. Fué bien recibido este paso por los corífeos de la secta reformadora, así diputados como del público: no tanto por la gente imparcial y delicada que, aun dando crédito á Escaño, estimaban que no estando acusado no tenia necesidad de sincerarse, y menos á costa de un colega, en aquel momento perseguido; juzgándose tal conducta algo impropia de un general cuyo concepto de honrado, valiente y caballero habia sido hasta entonces muy alto. El ejemplo dado por Escaño, fué seguido por Castaños y Saavedra, ya no tan dignos de censura por haber ido en pos de su compañero.

Si hubo quienes cayesen sobre el perseguido Lardizabal y los de su opinion calificados de sus cómplices, tampoco faltó quien á todos ellos defendiese con empeño en el congreso mismo. Señalóse en esta tarea el diputado D. José Pablo Valiente, el cual, como consejero, estaba ligado con estrechas relaciones á muchos de los encausados. Sustentando este orador sus argumentos con teson y argucia, ofendió á sus contrarios nada dispuestos á llevar con paciencia la contradiccion, como no lo están quienes proceden con violencia, y aun dudosos de si lo hacen con justicia. Al cabo murmullos repetidos de los concurrentes á las galerías, nada contenidos ni aun por la desaprobacion de los diputados de la misma parcialidad, llegaron á cortar la palabra à Valiente. Este con justo motivo indignado, no se detuvo en calificar severamente la conducta de quienes le interrumpian, recordando dichos de algunos sábios (*), en desprecio de los clamores de la muchedumbre. A su dicho respondió un horroroso tumulto con voces de «muera» dirigidas al orador, y con trazas de no quedarse en palabras. Suspendióse, como era natural, la sesion, pero sin contenerse el alboroto. Seguia en grave peligro la vida de Valiente, agolpándose á las puertas del edificio donde celebraban las córtes sus sesiones los espectadores ya salidos de las galerías. Corría la voz de que el ódio á Valiente nacia de tenerle particular ojeriza los gaditanos por razones ajenas de la política; pero no eran de Cádiz todos los que á voz en grito pedian en aquel dia su muerte, y parecian dispuestos á dársela. Durando el tumulto, acudió á las córtes el gobernador de Cádiz D. Juan María Villavicencio, y delante del congreso, à puerta cerrada, prometió poner en seguridad la persona del diputado amenazado. Oyéronlo con gusto los enemigos de Valiente á quienes no podia acomodar que fuese adelante la violencia, si bien nada habian hecho ni hicieron despues para contener ó

(*) Hizo en particular una cita de Filangieri, autor de la secta reformadora.

remediar sus efectos hasta un grado no comun, ilegales y perni ›sos. Salió Valiente al lado del gobernador por entre el bullicio, y pasó ileso hasta recogerse al navío Asia, surto en la bahia, habiendo preferido él este retiro al menos seguro de su casa. No quiso este diputado volver á las córtes, aunque se le estrechó á que lo hiciese, pero sin darle competente reparacion del agravio hecho á su persona, y en ella al congreso, al órden público y á las leyes. Culpáronle por su timidez sus colegas vencedores, como si aun siendo cierta su falta de firmeza no sirviesen las leyes de amparo al tímido inocente contra el criminal atrevido. Aun en la historia del conde de Toreno, escrita por este distinguido repúblico, cuando ya conocia y desaprobaba los excesos de la plebe, el delito atroz cometido en la expulsion de Valiente del congreso por resolucion de las galerías, está pintado y disculpado de una manera escandalosa; prueba de cuanto pueden añejas pasiones aun en los mas claros entendimientos.

Mientras la causa empezada contra Lardizabal y los consejeros seguia sus trámites, se volvió á la tarea de discutir y aprobar el proyecto de constitucion, de la cual distraian de cuando en cuando otros cuidados: menos que los demás los de la guerra un tanto desatendidos por el congreso. Una tentativa para poner en pié el tribunal de la inquisicion, existente todavía de derecho pero suspenso de hecho, dió margen à algunos temores y proyectos; pero el negocio sacado á plaza en setiembre de 1811 no fué traido todavía en algun tiempo á las córtes. Otro incidente á que dió márgen la cuestion pendiente de la ley constitucional adquirió superior importancia. La princesa del Brasil, cuyo consorte regia á nombre de su madre enferma aquel dilatado y lejano imperio, no cesaba de entrometerse en los negocios de la España americana y europea. Servíala bien el ministro plenipotenciario de su gobierno en Cádiz D. Pedro de Souza, despues marqués, y hoy duque de Palmella, mozo todavía, y señalándose ya por la habilidad que despues ha acreditado. Las córtes habian accedido á sus deseos en punto á declarar las hembras con derecho á heredar la corona, ateniéndose en este punto á los usos y costumbres y á la legislacion antigua, así como á la que estimaban vigente en la monarquía. No se contentaba la princesa con un trono en perspectiva para su familia, y aspiraba á llenar ella misma como regente el de España á la sazon vacante. Para el intento, ya halagaba al gobierno español y aun á las córtes, aparentándose celosa apasionada hasta de la causa de las reformas; ya no conteniéndose en su ambicion aspiraba á dilatar el territorio brasileño por la orilla del Rio de la Plata. Sus parciales en España, donde tenia algunos, trabajaban por darle la regencia, contándose en este número á varios de los reformadores deseosos de buscar por este medio la union de España con Portugal, otros de la opinion contraria por diferentes motivos, y de ellos los mas por tener al frente del gobierno una persona de la estirpe real, y tal, que si bien procuraba encubrir sus ideas, era juzgada tenazmente adicta á la peor clase de violento depotismo; muchos en fin, por tener gobierno de mayor lustre y en su concepto de superior firmeza. Disgustaba, con todo, al gobierno inglés la idea de semejante nombramiento, contra el cual empleaba su

poderoso influjo sir Enrique Wellesley, embajador de Inglaterra en Cádiz, acaso por recelarse que pudiese traer la sujecion ó incorporacion de Portugal á España, ó tal vez por temer que no resistiría á Napoleon con la misma fuerza que un gobierno popular una princesa. No menos desagradaba el mismo pensamiento á los parciales de las reformas dentro y fuera de las córtes, pues si bien respetaban la monarquía, tenian poca aficion á las Reales personas y no querian traer príncipes de afuera, no teniéndolos en su propia casa.

Vino á hacerse en las córtes una propuesta en forma sobre elegir á la infanta Doña Carlota para cabeza de una regencia nueva, siendo el proponente un diputado de poca fama é influencia, llamado Laguna. Renovó con mas empeño la proposicion D. Alonso de Vera y Pantoja, diputado extremeño, buen señor, corto en luces, y no mas largo en saber; nada arrojado ni diestro, cuyas trazas y modales eran de un caballero de provincia ramplon y honrado. Sirviendo este personaje de instrumento á personas mas mañeras que valientes, leyó, sin siquiera entenderle bien, un largo discurso, donde sobre recomendar á la princesa del Brasil para regente, no escaseaba testimonios de desaprobacion á cuanto hasta aquella hora habia hecho el congreso. A sus contrarios, intolerantes y vanos, causó tal adversario enojo por su accion, y risa por su poca maña. Estrecháronle á que sustentase de palabra su escrito, y él, falto de osadía, no se atrevió ni á negarse resueltamente á hacerlo, viniendo como á confesar que procedia obediente á voluntad agena. Cayó sobre él Argüelles en uno de sus mas elocuentes discursos, aunque no exento de inconexion en las ideas ni de yerros y singularidades, y terminó su arenga haciendo proposiciones contrarias á las que rebatia, reducidas á que se nombrase nueva regencia, pero sin poner en ella á persona alguna de la familia real, y á que se eligiese una comision de las córtes, la cual, ínterin se ponia en planta la constitucion y á ella se arreglaba el gobierno, propusiese lo que era conveniente ir acordando para la resolucion de tan grave negocio. Tambien el Sr. Calatrava cayó sobre Vera y Pantoja, y los que suponia amigos de este diputado, en términos de destemplada invectiva. Acabó el año de 1811 con este debate, siendo aprobadas las proposiciones del Sr. Argüelles. La fama de este llegó en aquella ocasion á su apogeo, admirándose sobremanera su discurso, y proponiéndose entre sus admiradores sacar y grabar su retrato en su honra y para conmemoracion de su último triunfo. Vera y Pantoja quedó olvidado con sus proposiciones, que á mas de dar la regencia á la infanta Doña Carlota de Borbon se extendian, pues contenian asímismo que se finalizase pronto la constitucion y que, disolviéndose en seguida las córtes, no se juntasen otras nuevas hasta 1813.

El nombramiento de nueva regencia era urgente á consecuencia de reveses llevados por D. Joaquin Blake y su ejército amenazados por mayores desdichas. Retirado el general regente á las líneas de Valencia despues de ser vencido en Puzol y de haber caido el castillo de Sagunto en poder de los enemigos, poco ó nada hacia para volverse favorable la fortuna de la guerra. Bien es cierto que ni su situacion, ni la cali-

dad, ni la cantidad de las fuerzas que mandaba, le prometian victorias, pero sí, con tal que mostrase mas actividad brios y maña, menores pérdidas, y la reparacion de las que tuviese. Encerrado en poco espacioso recinto á salir de él debia aspirar, ó, no siéndole posible, á emplear para hacer una larga y vigorosa defensa esfuerzos extraordinarios. En vez de esto continuaba frio en su no bien defendida y solo medianamente pertrechada fortaleza. Valencia, por mas que en fortalecerla se hubiese trabajado, no se habia convertido en una buena plaza fuerte; siendo su recinto é inmediaciones un campamento atrincherado, cuya principal defensa estaba en un lugar llamado Munises, donde se hallaban las compuertas de las mayores acequias que sirven de llevar las aguas de riego á los vecinos campos, y que podrian haberse usado para inundar el terreno poniendo con ello un obstáculo á los movimientos del enemigo. En este sitio estableció Mahy su cuartel general, acampándose allí mismo y en San Onofre las divisiones de Villacampa y Obispo; la caballería en Abdaya y Torrente, y mas atrás á la derecha en Cuarte una division del tercer ejército, mandada por el general D. Juan Creagh, procedente del tercer ejército, al paso que de las tropas expedicionarias las mandadas por Zayas ocupaban el pueblo de Mislata, y las de Lardizabal el terreno próximo á la ciudad de Valencia. La division valenciana del general Miranda se situó en el monte Olivete. Ascendian todas estas tropas juntas á veinte y dos mil hombres, y siendo larga la cadena de puestos fortificados que les tocaba cubrir, guardaban algunos de los mas vecinos al mar paisanos armados y guerrilleros, recorriendo la costa para darles el auxilio que fuese posible barcos cañoneros españoles y buques de guerra ingleses. No contento Blake con tantas fuerzas y necesitándolas en verdad crecidas, llamó á sí mas tropas del tercer ejército, dejando muy pocas en el reino de Murcia. El general español no pensaba entretanto en molestar al enemigo por medio de partidas de guerrilla que obrasen por su espalda y costados, no fiando mucho en la cooperacion del paisanaje. Su aficion antigua á la tropa de línea creció en estos dias en que debia conocer que con ellas solas era imposible la defensa de la independencia de España. Por otra parte, mostrando aversion á las guerrillas chocaba con las preocupaciones del vulgo en dias en que habia menester contemporizar con ellas, y aun manejarlas hábilmente para convertirlas en instrumento del público provecho. En Blake las desdichas pasadas y las que su buen entendimiento que veia venir aumentaron los defectos de su condicion, de suerte que vino á ser aun mas seco, desabrido y reservado que solia, dando á su irresolucion las apariencias de ser mayor que lo que era real y verdaderamente, y haciéndose desagradable y aun sospechoso al pueblo, cuando para la defensa en que estaba empeñado debia haber excitado el celo de los valencianos é inspirádoles confianza.

El ejército de Suchet estuvo algun tiempo casi ocioso en frente de sus contrarios, aunque no à punto de abstenerse enteramente de angustiarlos, pues al contrario, para tenerlos reducidos à estrecho espacio é impedirles fomentar la guerra de partidas, los desalojó de la orilla iz-

quierda del Guadalaviar, no sin porfiada resistencia por parte de los vencidos, particularmente sosteniendo hasta el último punto contra el fuego de la artillería enemiga el convento fortificado de Santa Clara. Pero hasta muy entrado diciembre entre los opuestos campamentos no hubo choque importante. En la época que acaba de citarse, reforzado el mariscal francés con las divisiones de los generales Severoli y Reille llegó á juntar hasta treinta y cuatro mil hombres bajo su mando, fuerza aguerrida y disciplinada á la cual oponian los españoles una inferior aun en número y en calidad fuera de toda comparacion razonable. Todavía estaban en camino para obrar acordes con el ejército de Suchet tropas del de Marmont, que habian de caer sobre las reliquias del tercer éjercito español situadas en el reino de Murcia. Sin esperar á estas el francés, lleno de confianza fundada, pasó á llevar á cima su empresa de apoderarse de Valencia y del ejército que la defendia; y para hacerlo atravesó el Guadalaviar el dia 26 de diciembre por las inmediaciones de Ribaroja. Hubieron de dividirse los españoles, yéndose hácia el Jucar algunas cortas divisiones mandadas por los generales La Carrera, Mahy, Creagh, Villacampa y Obispo, las tres primeras procedentes del tercer ejército, y de Aragon las dos últimas; y quedándose con Blake las de Lardizabal y Zayas de las tropas expedicionarias, y las valencianas de Miranda. La Carrera con su caballería y alguna infantería pasó á Alcira acosado por el enemigo; Mahy forzado á desocupar á Munises y San Onofre, fué por el mismo lado á caer á Chirivella. Defendióse bien Zayas en Mislata; pero hubo de ceder y retirarse, y aun no pudo conservar á Cuarte, de que se enseñorearon los franceses. Así quedó Blake ceñido al recinto de la ciudad de Valencia, cuyos antiguos muros, inútiles para la defensa en la guerra moderna, como construidos para resistir á otras armas que la artillería, estaban protegidos por un extenso atrincheramiento que se dilataba desde el convento de Santa Catalina hasta el monte Olivete. Allí pasó á cercarle su contrario, mandando al general Habert pasar el rio cerca de su desembocadura, operacion ejecutada con feliz suceso, aunque con alguna tardanza. El Lazareto, edificio contiguo á la ciudad, estaba defendido por paisanos armados que resistieron mal à la acometida de los franceses, y huyendo les desampararon el puesto, no viviendo ya el entusiasmo que en 1808 habia llevado á resistir á Moncey, acaso por el mayor conocimiento de la guerra que habia enseñado á los españoles serle superiores sus enemigos. Dueño Habert del Lazareto, extendió sus tropas hasta juntarlas con las del general Harispe, que habia forzado la izquierda de sus contrarios. Así en la noche del 26 al 27 de diciembre quedó la ciudad de Valencia rodeada, dentro de ella el ejército de Blake y el de Miranda, y por consiguiente cortadas las comunicaciones de estas fuerzas con lo demas de España, estando apoderados los vencedores del camino real de Madrid y del que vá por entre el mar y la Albufera. Habian padecido no poco en estos encuentros los españoles, peleando de ellos los unos con denuedo, y otros flojamente; y mostrando en general poco acierto los generales, especialmente Blake, desventuradísimo en esta campaña.

Ya no quedaba al general español otro recurso que sacar su ejército de Valencia, abriéndose paso por las líneas enemigas. Intentólo en la noche del 28 al 29 de diciembre. Habia de antemano dispuesto que el general D. Carlos O-Donnell, á quien dejó encomendado el mando de Valencia, convocase una junta extraordinaria de las principales autoridades y de las personas de mas nota en el vecindario, las cuales por medio de honrosa capitulacion hiciesen la entrega de Valencia llegada á ser ya irremediable. Ordenadas así las cosas, y tocando en el propuesto movimiento á la division de Lardizabal ir adelante, empezó esta su operacion, siéndole al principio propicia la fortuna, pues adelantó considerablemente sin ser molestada por el enemigo. Sin embargo, sintieron al fin los franceses que se les escapaban sus contrarios, y acudieron á impedirlo. Faltó resolucion á Lardizabal, y se detuvo con el grueso de sus tropas; no así la vanguardia, mandada por el coronel D. Luis Michelena, que prosiguiendo con arrojo en su camino tras de una corta y poco empeñada refriega, logró atravesar los puestos enemigos hasta llegar á Liria, poniéndose de este modo en salvo. Blake que venia detras de Lardizabal, al saber que este habia encontrado obstáculos y detenídose, irresoluto como solia serlo, y aun mas; faltándole no el valor, pero sí la serenidad de ánimo necesaria para el discurso, ó el fuego que inspira aciertos en los casos mas apurados, mandó á su ejército entero volverse atrás y recojerse á Valencia, encierro de donde no podia salir sino para quedar prisionero. Vuelto á la ciudad entró en cuidado, temiendo al furor de su plebe casi enloquecida. La creacion de la junta hecha por su mandado habia dado orígen á gran disgusto y alboroto, recelándose con harto motivo que tenia por objeto tratar de la entrega de la ciudad, á lo cual se allanaban las gentes acomodadas y juiciosas; pero no la numerosa parte de la poblacion, á quien movia á resistir á todo trance ó su ignorancia, ó un ardor patriótico generosamente irreflexivo. La tentativa hecha por el ejército y malograda descubrió á todos la situacion de las cosas, y de ello se siguió crecer la desconfianza en los opuestos à la entrega. Congregose la junta en la noche del 30 al 31 de diciembre, y con saber que estaba deliberando, la furia del pueblo creció hasta romper casi en motin, viniendo á resolverse, en vez de capitular ó de darse providencias cuerdas para ello, ó para seguir la defensa, y mantener entretanto el órden, que saliesen unos comisionados á examinar el estado de las líneas, acto inútil y loco que arguia desconfianza de los militares; Blake, á quien esto ofendia sobremanera, mandó prender á los comisionados cuando iban saliendo por la puerta de Cuarte á desempeñar su encargo, mirando su salida como un acto de sedicion hasta ridículo, pues de ellos algunos eran frailes y casi todos no menos impropios para dar juicio sobre el estado de las fortificaciones. Ordenó á la junta que se disolviese, dejando en su lugar solo una comision de partido para auxiliar á la autoridad regularmente constituida, deshaciendo su propia obra al verla convertida en instrumento de cosas muy otras que aquellas para las cuales habia sido creada. Sosegóse el alboroto, viéndose claro cuán mudados estaban los tiempos desde los dias en que fué Moncey sobre la misma Valencia, cuando el

pueblo triunfaba siempre, y la idea de ceder al enemigo traia en pos de sí la perdicion segura á aquel de quien se recelaba que la abrigase. Pensó Blake en repetir su tentativa de salida; pero desistió de llevar á efecto su propósito, temeroso de los males que sobrevendrían á la ciudad si la abandonaba. Mientras así procedia dudoso y acongojado, estrechaba Suchet el bloqueo, llegando á poner tan fuertes sus líneas por ambas riberas del Turia, que, rodeada apretadamente la ciudad, era imposible á las tropas evacuarla rompiendo por el campamento de los sitiadores. Estrechado Blake hubo de desamparar las líneas exteriores que aun ocupaba, y de ceñirse al verdadero recinto de la poblacion con todo su ejército en la noche del 4 al 5 de enero de 1812, dejando solo fuera algunas tropas que ocupaban el arrabal de los Remedios y una cabeza de puente contigua. Situáronse los franceses en los lugares desamparados por sus contrarios, y desde ellos comenzaron sin demora á bombear á Valencia con tal furia, que causaron pronto horroroso estrago en vidas y edificios, siendo en aquella ciudad angostas las calles, faltando medios para precaverse de los efectos de las bombas y granadas, y hallándose amontonados en reducido espacio un ejército numeroso y una poblacion crecida, aumentada con la gente de los vecinos lugares y de la Huerta. Fué grande la pérdida en breve tiempo, destruyéndose preciosidades de artes, y una bibloteca escogida en el palacio del arzobispo. Entró el terror, y cundió hasta dominar á la mayor parte de los del pueblo sitiado; pero no á todos, no faltando algunos en quienes la desdicha y el peligro avivaron la resolucion desesperada de defenderse imitando á Zaragoza. Blake, á quien intimó Suchet que se rindiese, desechó al principio la propuesta, pero sin dictar las providencias consiguientes á determinacion tan arrojada. En tanto la discordancia de pareceres en los sitiados se mostraba en hechos notables. Dos diputaciones, una á nombre de la comision de partido, y otra al del vecindario, se presentaron al general pidiéndole que capitulase. La parte mas alentada de la muchedumbre acudió atropellada delante de su casa, y le diputó personas que subiendo á su habitacion le pidieron que continuase la defensa. A los primeros trató Blake con miramiento, aunque sin acceder á su ruego; á los segundos los puso presos, dando órden á sus tropas de que con la persuasion ó con la fuerza sosegasen y dispersasen á las inquietas turbas cuya voz llevaban los contrarios á la capitulacion. Ejecutóse el mandamiento de Blake y se apaciguó el tumulto, resultando de ello hacerse imposible la defensa. Adelantaban los sitiadores sus trabajos, y tratándose de resistirles solo con los medios ordinarios en tan mala plaza como era Valencia, la capitulacion venia á ser no solo necesaria sino urgente. El endeble muro estaba combatido de cerca por numerosa artillería; hácia la puerta de San Vicente el entendido y bizarro Zayas defendiendo su puesto con mas vigor y habilidad que otros hasta en las calles tenia dispuesta la resistencia para cuando llegasen á penetrar en ellas los sitiadores. Al fin se determinó Blake á tratar con los franceses. Propúsoles primero poner en sus manos á Valencia, con tal que le dejasen salir de la ciudad libre con su ejército, armas y bagages, retirándose á Alican-

te y Cartagena. Fué desechada esta proposicion por Suchet, de quien mal podia esperarse que la admitiese, siendo su principal objeto la destruccion del ejército enemigo, y el tener en su poder á un general que era presidente del gobierno español opuesto al de José á quien el mariscal servia. Por otro lado, el ejército encerrado por fuerza habia de parar en rendirse. Así el sitiador declaró su resolucion de no conceder otras condiciones que las de que se entregase prisionero de guerra Blake con sus tropas, concediendo á los rendidos inútiles honores, y que de ellos se cangearían dos mil hombres por otros tantos prisioneros franceses á la sazon confinados en la isla de Cabrera. Juntó consejo de guerra el general español, y hallando en él discordes los pareceres, se decidió por el que proponia capitular; no sin cordura, siendo ya imposible continuar en la defensa. El 9 de enero, hecha la capitulacion, ocuparon los franceses la puerta del mar y la ciudadela de Valencia, de donde al siguiente dia salieron prisioneros para Francia el general Blake y sus soldados, cuyo número ascendia á diez y ocho mil hombres. El vencedor difirió hacer su entrada solemne en la ciudad conquistada hasta el 14 en que la llevó á efecto con gran pompa, siendo bien recibido. Pasó á la catedral á dar gracias á Dios por su victoria, inútil acto de devocion si no era sincero. En su trato con los valencianos no se señaló ni por el rigor ni por la clemencia. Con los frailes se ensañó mandándolos prender hasta en número de mil y quinientos, y á muchos de ellos envió á Francia, estando persuadido, como lo general de sus paisanos, de que los religiosos eran los verdaderos fautores de la resistencia á Napoleon, sin que mil hechos, y entre otros la conducta á la sazon seguida por las córtes en Cádiz, disuadiesen de opinion tan errónea á gente ligera y presuntuosa muy preciada de su opinion, y sumisa á la de su emperador, y nada propensa á atender á los hechos para rectificarla.

La caida de Valencia fué el mayor revés de los españoles en la guerra de la Península, excediendo por ciertas circunstancias que hacian peor la calidad del desastre á la derrota de Ocaña en 1809, ó á la dispersion de los ejércitos en 1808 en Espinosa y Tudela. Vióse esta vez prestarse una ciudad populosa á recibir el yugo del conquistador; entregarse un crecido ejército; caer la cabeza del gobierno en poder de los soldados del rey intruso. A la magnitud del suceso correspondieron las consecuencias. El clero secular valenciano se mostró con los franceses hasta obsequioso; las clases acomodadas afectuosas; las superiores adictas en gran parte; la plebe sumisa. Aplaudíase en Suchet que gobernase haciendo algunas mejoras, y en gracia del buen órden que guardaba se le disculpaba ser severo y aprovechado para su interés propio. Poeta hubo que le celebró como hazaña haber plantado unos árboles, sin considerar que sangre y sudores de españoles regaban aquel plantío. Fué de notar que el arzobispo de Valencia Company, no obstante ser fraile franciscano, alejado de su sede mientras duró la guerra viniese á ocuparla bajo el conquistador enemigo con quien se mostró pródigo de lisonjas.

La noticia de la caida de Valencia con el ejército de Blake causó

vivo dolor en Cádiz. Fué grande en el vulgo la ira contra el general, contándose que los franceses le habian hecho honores de infante de España y otras patrañas de este jaez, encaminadas á tildar hasta de traicion sus yerros. Fomentaban estas hablillas los de la parcialidad antireformadora, á quienes eran odiosos Blake y la regencia de que habia sido presidente. Defendíanle algunos, casi todos con tibieza, habiendo sido en verdad graves sus faltas, pero recto su proceder. Mitigó el enojo contra él haberse publicado el parte donde le daba de su desgracia en nobles y sentidas razones, recomendando al gobierno y á la patria á su familia, algo crecida y no poco necesitada. Súposé tambien que lejos de ser tratado con contemplaciones lo era con rigor indigno de contrários generosos. Pronto fué olvidado por amigos y enemigos, distraida la atencion á otros hombres y otros sucesos. Las córtes iban concluyendo sus tareas relativas á la constitucion, ya casi toda aprobada. Faltaba, es cierto, nacion donde ponerla en planta, pero con noble confianza se esperaba que la hubiese. Abríase el año de 1812 en funestísima situacion; pero en medio de ella aparecia una ú otra alegre esperanza, de que habian de nacer al cabo felicísimas realidades.

Fué la primera atencion de las córtes nombrar regencia. La antigua, con faltarle su presidente Blake, estaba disuelta, y por otra parte no era ya reputada igual á las circunstancias. Tratábase de nombrar un gobierno, compuesto de personajes de mas nota y fama, y de darle mayores facultades, con arreglo á la constitucion ya próxima á promulgarse. Hubo con todo gran parsimonia en cuanto á conferirle poder, y se la dejó casi como la anterior en inferioridad y poco menos que sujecion á las córtes, si bien con aumentarle un tanto la dignidad se la estimuló á pretender mas autoridad, pretension que hubo de manifestarse, cuando, libre de enemigos una parte de España, quedó terreno donde el gobierno pudiese ejercer sus prerogativas. La eleccion de los nuevos regentes dió harto en qué pensar, y al cabo, llevada á efecto por las córtes á puerta cerrada, sin permitir á los diputados comunicacion con persona alguna de afuera, y en suma, teniéndolos como presos á guisa de cárdenales juntos en conclave, salió tal que á pocos satisfizo; habiendo sucedido lo que á todo nombramiento hecho por votantes ni por su poco número capaces de concertarse bien, ni por ser muy numerosos propios para recibir direccion de ageno poderoso influjo. Fueron los nombrados, el duque del Infantado, poco grato á los de la parcialidad reformadora, á quien favorecieron los americanos á consecuencia de ciertos piques; eleccion inesperada hasta el momento de realizarse, por creerse que si bien intentada era imposible que saliese de aquel congreso; Don Joaquin Mosquera y Figueroa, magistrado antiguo con pretensiones de erudito, aunque de cortísimo saber, cuyos modos raros, devocion supersticiosa, alta estatura y persona corpulenta daban márgen á burlas; Don Juan María Villavicencio, hábil é instruido, pero dado por capricho á sustentar los dogmas de la escuela contraria á las reformas, y despótico en el mandar, así como poco dócil en el obedecer; D. Ignacio Rodriguez de Rivas, propio solo para llenar un hueco sin dar motivo á aprobacion ni

desaprobacion extremada, y D. Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, conocido hasta entonces como soldado y no como político, y del cual se esperaba que se allegase al partido constitucional, por ser hombre nuevo que debia al gobierno de la revolucion su encumbramiento aunque merecido por sus hechos militares. Abiertas las puertas del congreso y publicados los nombres de los nuevos regentes á pocos agradaron, y á los mas acalorados amantes de las reformas causaron sério disgusto, viéndose salir de su encierro á los diputados como de mal humor y corridos en vez de aparecer satisfechos de su obra. El 21 de enero fué el dia en que subieron al mando estos nuevos regentes llamados á serlo en época de la mayor desdicha para las armas españolas, á punto tal que su autoridad habria parecido cosa de burlas, siendo obedecida en pocas partes fuera del recinto de la isla Gaditana, y pareciendo cercana la ocupacion de la parte de España todavía libre, si no hubiesen venido á templar la pena causada por la pérdida de Valencia y otros reveses que á ella siguieron algunas prosperidades, cortas en sí, pero dignas de atencion por ser anuncio seguro de otras mayores y no remotas.

En Valencia y Murcia continuó favorable á los franceses la suerte de la guerra; pero aunque hicieron algunas conquistas y alcanzaron una ú otra ventaja, no pudieron ni acabar del todo con las reliquias del tercer ejército, ni enseñorearse de las plazas de Alicante y Cartagená. Llegaron á juntarse con las fuerzas del mariscal Suchet las enviadas á su socorro por Marmont cuando ya era dueño de Valencia. El general Montbrun al frente de una division de caballería llegó á Almansa el 9 de enero, y aunque tuvo órden de Suchet de fecha del 11 para volverse, quiso aprovechar la que juzgó favorable coyuntura yendo sobre Alicante á cojerla por sorpresa y ocuparla. No le salió bien su proyecto, porque las tropas del tercer ejército con las procedentes de otros cuerpos pasadas á las riberas del Jucar se juntaron en aquellas cercanías y obligaron al general francés, escaso en tropas, á una pronta retirada. Sacando fuerzas de su misma flaqueza aquella gente vencida, sin desesperar todavía de la causa de la patria, se preparó á defender con teson los últimos asilos de la independencia española en aquel rincon de la Península. Suchet, á pesar de sus victorias, no se creyó con poder bastante para acometer desde luego la empresa de ganar las dos ciudades aquí ha poco nombradas, y se contentó con situar en las márgenes del Jucar al general Harispe, y hàcia la izquierda de este en Gandía al general Habert. Hízose dueño asimismo del castillo de Denia y de la vecina poblacion con su puerto. De mas entidad fué la toma de Peñíscola en el opuesto lado del reino de Valencia por donde confina con Cataluña, tanto por ser su castillo casi inexpugnable defendiéndole quien tiene por suyo el mar, cuanto por las circunstancias anejas á la entrega. Hízola su gobernador D. Pedro García Navarro, no como poniendo la fortaleza en manos de un contrario victorioso y dándosele prisionero, sino reconociendo por rey de España á José Napoleon, y á fuer de súbdito prestándole obediencia. No se habia visto caso igual en todo la guerra de la Península, y como vino en pos de grandes calamidades, dió á te-

mer que fuese repetido. No sucedió así por fortuna, pues ni en Cataluña ni en la parte meridional de Valencia desmayaron ni aflojaron los generales encargados de sustentar hasta el último trance la honra y fortuna de su patria.

Juntos cerca de Alicante y por los lindes de los reinos de Valencia y Murcia hasta diez y ocho mil soldados españoles, tomó el mando de este ejército el general D. José O'Donnell, viéndose cargado á un tiempo por las tropas de Montbrun, las de Suchet, y parte del ejército francés de Andalucía venido por la via de Granada. En tal apuro hubo aliento para lanzarse á arrojadas empresas. El general La Carrera fué sobre Murcia, donde estaba el general Soult, hermano del mariscal, y, contando con ser auxiliado por el vecindario, se entró en la ciudad á sorprender dentro de ella al enemigo. Trabóse recia refriega, acudiendo el francés, sorprendido cuando estaba sentado á la mesa, á rechazar á su atrevido contrario. Seguido La Carrera por pocos de los suyos, hizo frente à gran golpe de franceses, y con sus fuerzas hercúleas, valiéndose de su espada, tiñó su hoja y las calles en sangre agena, y derramó la propia hasta caer perdiendo gloriosamente la vida. En el lugar donde espiró no mucho despues tropas españolas hicieron una ceremonia militar y patriótica en honra de su nombre. Mas feliz fué la suerte de las armas españolas en las inmediaciones de la isla Gaditana. La ciudad de Tarifa, situada sobre el estrecho de Gibraltar, estaba guarnecida por tropas inglesas y españolas. Era su fortificacion de escasísimo valer, no estando mirada como verdadera plaza de guerra. Recien llegados los franceses á las Andalucías en 1810, la habian ocupado sin que creyesen necesario conservarla. Guarnecida despues por fuerzas inglesas apenas habia llamado la atencion del enemigo. Pero desde que Ballesteros con sus empresas por el vecino campo de San Roque y tierras contíguas empezó á dar cuidado á los dominadores del Mediodia de la Península, habiendo al mismo tiempo los españoles é ingleses de la guarnicion de Tarifa, mandados los primeros por el general Copons, y los segundos por el coronel Skerret, adelantádose hasta cerca de Veger, el mariscal Soult habia estimado necesario acabar con una fuerza que amenazaba por la espalda al ejército empleado en el bloqueo de la isla Gaditana. Destináronse á este intento fuerzas que pasaban de diez mil hombres. Cargaron primero los franceses sobre Ballesteros, que incapaz de resistir á tanto poder, se abrigó con la artillería de Gibraltar, segun tenia por costumbre. En seguida los mismos enemigos, mandados por el general Leval, fueron sobre Tarifa, á vista de la cual se pusieron el 19 de diciembre. Diez dias emplearon en trabajos para combatir los muros, y el 29 de diciembre rompieron el fuego con seis cañones de grueso calibre y tres obuses, fuerza sobrada para tan flaca fortaleza. Abierta brecha, se arrojaron los sitiadores al asalto con su ordinario valor, pero no le encontraron menor en los ingleses y españoles, y hubieron de volver rechazados con pérdida de quinientos hombres, enorme en verdad para tan corto número de combatientes. Lluvias copiosas que sobrevinieron ayudadas por vientos furiosos, y el fuego de los buques menores aliados, forzaron á

los franceses á levantar el sitio el 5 de enero de 1812, dejando abandonada su artillería, y costándoles sobre dos mil hombres las operaciones de aquella empresa, ademas del desdoro de sus armas, á las cuales habian resistido con feliz éxito murallas tan endebles.

Gran gozo causó en Cádiz este suceso ocurrido á tan corta distancia de la isla. Mayor satisfaccion dió, sin embargo, otro acaecimiento poco posterior, nuncio de futuras ventajas. Moviéndose otra vez lord Wellington mientras Marmont tenia empleada parte de su fuerza en dar socorro á Suchet, puso cerco á Ciudad-Rodrigo, y habiéndola combatido desde el 8 de enero, al cerrar la noche del 19 la ganó, entrándola por sus murallas que escalaron sus soldados. El vencedor puso su conquista en manos de Castaños. Recibida en Càdiz la noticia de este triunfo, las córtes votaron una accion de gracias al ejército anglo-portugués, y, segun su costumbre de gobernar por sí, premiaron al general británico haciéndole grande de España con el título de duque de Ciudad-Rodrigo.

Mas que estas ventajas alentaba saberse que nueva guerra iba á distraer la atencion de Napoleon y las fuerzas francesas de la guerra de España á otra de superior empeño. Entretanto el emperador francés nada omitia para excitar descontento en los españoles, aprovechando los triunfos de sus armas de un modo el mas propio para malograrlos. Premió á Suchet por la conquista de Valencia, concediéndole con el título de duque de Albufera la posesion del mismo nombre, disponiendo así de tierras situadas en España sin respeto al trono de su hermano. Dividió asimismo á Cataluña en cuatro departamentos, dejando el mando militar del Principado al general de division Decaen, en dependencia del mariscal Suchet, actos que no dejaban duda de ser su intento irrevocable agregar al imperio francés aquellas tierras. Así, cegándole el deseo de sacar recursos de sus conquistas, no consideraba que al irse á meter en lejanas empresas exacerbaba mas y mas á los españoles. Pero Napoleon en aquella hora estimaba la conquista de España llevada á feliz remate.

Sin embargo, en Cataluña misma, si bien lo mirase, debia encontrar el desengaño de su error. Aunque la caida de Valencia causó allí gran desmayo, vueltos los ánimos de su abatimiento, no desistieron los españoles de proseguir con ardor las hostilidades, de forma que á poco de entrado el año de 1812, estaban en peor situacion los franceses en el Principado que en el año anterior despues de tomada Tarragona y recobrada Figueras. Tanto debia la causa española á Lacy, á quien ayudaban Sarsfield, Eroles, Milans, Manso y otros caudillos.

Asi el gobierno desde Cádiz, recien rendido al peso de la tempestad que habia descargado sobre la causa de la independencia española, veia amansarse el temporal, y en el orizonte visos de futura bonanza. Las córtes atendian especialmente á su obra de la constitucion, creyéndola así como buena duradera, y que con ella estaba asegurada á España la mas próspera ventura. En marzo estaba aprobado el nuevo código de leyes políticas, y se señaló para firmarle el 18 del mismo mes, y para publicarle con toda solemnidad el 19. Ciento y ochenta y cuatro firmas de diputados, de los cuales pocos eran suplentes, autorizaron la consti-

tucion, no resistiéndose á ponerle su nombre al pie ni aun los que la desaprobaban. Al siguiente dia fué celebrada con pompa solemne la festividad dispuesta. Empezóse prestando el debido juramento á la constitucion los diputados y regentes: siguióse ir todos en lucida procesion á un *Te Deum* por entre las filas de la numerosa guarnicion y voluntarios formados en la carrera, acudiendo al espectáculo solícita y gozosa la crecida poblacion de vecinos y forasteros encerrada en aquellos dias en el recinto de Cádiz. Habian empezado poco antes los franceses á arrojár bombas á la ciudad con mas frecuencia que solian, aunque desde diciembre de 1810 nunca dejaban, con mas ó menos largos intervalos, de molestar á los habitantes de la ciudad con sus fuegos; y como la iglesia catedral estuviese en el barrio mas expuesto á los proyectiles, se eligió el templo del convento de carmelitas descalzos para la fiesta como lugar mas seguro. Está situado este edificio en el paseo llamado la Alameda, desde el cual registra la vista el mar y bahía y las opuestas costas, donde asentados los franceses veian desde lejos y eran vistos, dando á la escena el mas singular carácter posible. No de menos singularidad fué que el dia elegido para la alegre pompa fuese el de San José; para los patriotas conmemoracion del suceso en que fué traspasada en Aranjuez la corona de Cárlos á Fernando; para los franceses dia del de que titulaban rey de España; para unos y otros festivo y celebrado con honores militares. La artillería de las encontradas y á la sazon enemigas riberas del puerto de Cádiz tronaba á un tiempo, señal á la par de honra á contrarias autoridades, de alegría, y de cruda guerra. Acertó á soplar un furiosísimo vendabal, y, rompiéndose las nubes en copiosos aguaceros, azotaban á los concurrentes al acto festivo el viento desatado y la violenta lluvia. Todo era extraordinario; la alegría extremada; la pompa magnífica, si bien sin lujo; el aspecto del cielo el de una nacion que le constituia presente un ejército extranjero que dominaba casi todo su territorio. Entre los españoles aun á los mas opuestos á la ley que se promulgaba, y aun à los mas persuadidos de que la causa de la independencia estaba perdida, aquel acto, para los primeros odioso, para los segundos ridículo, si meditada y friamente le consideraban, embargaba, suspendia, é inspiraba irresistible alborozo; siendo el caso de aquellos en que, sin dar lugar á la reflexion, un pueblo entero obedece á un impulso único que le domina y arrastra. Estábase cantando el *Te Deum* cuando el ímpetu del huracan tronchó delante de la iglesia un árbol robusto, y algunos de los circunstantes, no por superstícion, sino como en burla, aludieron à que podría ser funesto agüero de la suerte de la ley nueva; vaticinio que así podría haber tomado por suyo la supersticion mas grosera como la prevision mas aguda. No interrumpió el temporal la fiesta, ni disminuyó un punto siquiera el regocijo. Volvióse del templo la comitiva, saludada tanto cuanto á la ida á la vuelta con estrepitosas aposionadas aclamaciones. Continuó poblando las calles la concurrencia, y si al fin se recogió á sus casas á descansar breve rato, volvió à la tarde à llenar las calles y plazas para presenciar la promulgacion de la ley constitucional hecha por el gobernador de Cádiz en varios de los lugares principales de la ciudad, en tablados hechos

al intento. Desgajábanse si cabia con mas fuerza que antes en agua las nubes, sin distraer al pueblo del grato espectáculo. Cerró la noche, y con ella vino el sosiego, no permitiendo el tiempo que luciesen las brillantes iluminaciones preparadas. Con la luz del nuevo dia recobraron su imperio las suspendidas pasiones opuestas, y los desatendidos juicios sobre la situacion de los negocios, quedando solo de la memorable fiesta un vivo recuerdo.

De allí á poco pasó el regente conde de La Bisbal á hacer jurar la constitucion por el ejército en la isla de Leon, y la funcion no fué menos tierna y lucida, aunque de otra clase que la hecha en Cádiz con el mismo objeto. Para las tropas la nueva ley, de ellas no comprendida entonces ni aun como lo fué despues, tenia el valor de ser nueva protesta de no ceder al enemigo. Como símbolo de proseguir en la defensa; como acto encabezado à nombre del cautivo rey; como señal de teson indómito dada en el hecho de dictar leyes para una monarquía casi toda dominada por el invasor, fué promulgada y recibida la constitucion con aprobacion y aplauso en varias ciudades de España aun libres, y en otras que fueron siendo libertadas; habiendo pocos, aunque sí algunos, que la tomasen en su verdadero valor y sentido, ya para prestarle adhesion, ya para declararle guerra.

La que se seguia con el enemigo iba en tanto á señalarse por trascendentales sucesos. El ejército británico que con la expugnacion de Ciudad-Rodrigo habia dado principio á operaciones activas en España, emprendió el sitio de Badajoz en el mismo mes de marzo en que fué proclamada la constitucion en Cádiz. Empleó ya esta vez medios muy superiores á los que en mayo de 1811 sirvieron en el sitio de la misma ciudad. Por otro lado no vino un ejército francés poderoso á molestar á los sitiadores. Continuaron estos sus trabajos, defendiéronse con vigor y tino los sitiados, abrió brechas en los muros la artillería, y dándose à su debido tiempo el asalto en 6 de abril, mientras lidiaban con desesperado valor en la brecha los opuestos combatientes sin adelantar ni cejar unos ú otros, escaló una columna británica el muro por la parte del castillo, y ganó á Badajoz á fuerza de arrojo, y por aquel lado á poca costa. De mucha fué á los ingleses su conquista, comprada à precio de abundantísima sangre; pero la ventaja adquirida era de tal bulto que bien merecia haberla pagado tan alto. Entrada la ciudad á fuerza, sus moradores padecieron saqueo y las violencias consiguientes, tratándolos como á enemigos los vencedores sus aliados. El marisal Soult, que algo tarde se habia puesto en movimiento á dar favor á los sitiados, viendo ya dueño de Badajoz al enemigo, se volvió á Sevilla.

Como coincidia con estos prósperos sucesos sonar ya como seguro que Napoleon iba á emprender una campaña lejana; y como, en vez de entrar en la Península refuerzos, salian de ella tropas francesas, y no cesaban las hostilidades contra las que seguian adentro, donde quiera cobraron ánimo los españoles. El general Copons, célebre por su defensa de Tarifa, pasó á Alicante á mandar la parte todavía libre del reino de Valencia, y siendo bien recibido comenzó á estimular á aquellos naturales á

una guerra contra sus dominadores, al modo de la que se hacia en otras provincias ocupadas por el enemigo. En Murcia Don José O'Donnell, de las reliquias del segundo y tercer ejército, iba formando uno, pronto crecido en fuerza. Bullian por donde quiera las partidas, engrosadas por los reveses de los ejércitos españoles, y favorecidas por la circunstancia de haber los franceses desocupado no pocos puntos del interior, ya por la salida de España de algunos cuerpos, ya por haber acudido á juntarse en considerable número para las últimas operaciones militares. Si casi toda España estaba sujeta al enemigo, raro lugar en ella estaba sin la presencia de tropas españolas. Las de Murcia hacian correrías por Granada, por Valencia, por la Mancha, dándose la mano con partidas que en esta última capitaneaba Don José Martinez de San Martin, que solia abrigarse hácia la parte de Cuenca, y acudia á interceptar convoyes franceses. Alicante, bien defendida, era centro donde iba á formarse otro corto ejército pagado por el gobierno británico, y mandado por Roche, oficial inglés llegado á ser general español. Don Santiago Whittingham, antes nombrado en esta historia, tenia en Mallorca ya en órden otra division de la misma clase. Esperábase para obrar con estos cuerpos una expedicion de tropas anglo-sicilianas, pronta en Sicilia para venir á la Península, donde el gobierno inglés pensaba llevar la guerra con mas empeño y vigor que antes.

Por el centro de España el Empecinado, Villacampa y Duran lidiaban con infatigable teson y actividad, habiendo caido en su poder poblaciones de tanta importancia, como son Tudela y Soria.

En teatro distante, como era Extremadura, la derrota de Arroyomolinos y el recobro de Badajoz muy posterior habian vuelto á las tropas españolas la confianza, y al paisanage con la esperanza del triunfo el ardor patriótico; y el corto ejército de Castaños, sin recibir notables aumentos, se mantenia y obraba con habilidad y buena ventura, señalándose á porfia las divisiones de Morillo y del conde de Penne Villemur en molestar á sus contrarios. El sexto ejército, cuyo mando superior tenia asimismo Castaños, fué animado con la presencia de este general, quien pasó á Galicia á fin de proclamar allí la constitucion y de activar las operaciones de la guerra. Aclamaron los gallegos la nueva ley política con entusiasmo, siendo poquísimos los que comprendian su índole y fines, pero oyendo todos que era cosa del gobierno legítimo encaminada á la felicidad de la patria. El sexto ejército volvió à ser mandado por Santocildes, y ayudó á libertar á Asturias de los enemigos que á cada paso la invadian, contribuyendo gozosos los asturianos á ayudar á las fuerzas de la provincia vecina, viéndolas ya mandadas por un general de ellos estimado. Por último, Porlier, ya en Asturias, ya en las montañas de Santander, ya bajando á los llanos de Castilla, sustentaba la causa de la independencia, dándose la mano con Mendizabal. Este, con su sétimo ejército, ó dígase con los cuerpos sueltos que llevaban este nombre, tenia formada una junta de Vizcaya, su auxiliar, la cual le levantaba tropas, á las que ponia en órden Renovales, mientras como dependientes de la misma fuerza guerreaban á su modo el

Pastor y Longa, con daño continuo y alguna vez grave de los franceses. Mina, todavía mas independiente y poderoso que los partidarios sus compañeros, aunque dependiente de derecho del mismo ejército de Mendizabal, dueño de los campos y poblaciones pequeñas de Navarra, no cesaba de causar á los enemigos pérdidas considerables, y repitiendo casi el lance de Arlaban en el año anterior, en 6 de abril de 1812 se apoderó de otro convoy francés, destrozando á dos mil hombres que le servian de escolta.

A las inmediaciones de la isla Gaditana, Ballesteros alcanzaba ventajas en la Serranía de Ronda, y ponderándolas daba opinion favorable de su fuerza y situacion, concibiéndola él enorme de su propio mérito, y alentándose á acometer de continuo empresas en que solia ser su actividad favorecida por la fortuna. En el mismo recinto de la isla Gaditana nada ocurria ni habia que esperar ó temer, estando bien fortalecidas y guardadas las líneas, reinando la abundancia y dominando los sitiados el mar, en que tenian segura defensa y camino franco para socorro de sus necesidades, así como medio de atender á los demás puntos de la Península. Proseguian las córtes en sus tareas gubernativas y legislativas siempre con celo y sana intencion, aunque alguna vez descaminadas, dando nuevo órden y planta á la monarquía con arreglo á la recien publicada constitucion y á las doctrinas políticas de los diputados. Soult, indignado de la existencia de aquel gobierno español, cuyo influjo se sentia en todas partes en la Península, y cuyas armas vencidas se recobraban de sus reveses, sin duda por despique de su poco suceso en la guerra, ó para desahogar su ira, determinó que con mas actividad y constancia se arrojasen bombas á los gaditanos. Trasladándose al Puerto de Santa María y recorriendo las líneas vecinas, el 16 de mayo, aniversario de la jornada de la Albuera, solemnizó la memoria de lo que él llamaba su triunfo, empleando sus nuevos obuses contra los edificios y moradores de Cádiz. No fué grande el estrago y casi ninguno el miedo, siguiéndose en la ciudad el entregarse á todo género de pasatiempos y diversiones, con la esperanza de que habria de cesar una situacion, que alargada habria llegado á hacerse bastante molesta.

La nueva regencia gobernaba en lo que le quedaba de facultades con mediano acierto. Habia exonerado de su destino al ministro de Estado Bardají que por dos años le habia ejercido, señalándose poco, bien que no consentia la situacion de los negocios brillar por una habilidad difícil de acreditar, ó desconceptuarse por alguna torpeza. Sucedióle, aunque solo en calidad de interino, un hombre muy superior en mérito, D. José Pizarro, secretario del antiguo consejo de Estado, instruido, de entendimiento claro y agudo, de extraordinaria viveza y de algunas singularidades, á quien hasta entonces habian tenido alejado de los negocios su propia voluntad y ajenas preocupaciones, habiendo él jurado por rey à José Napoleon en julio de 1808 con los consejeros de Estado; pero habiendo abandonado la causa del usurpador por la del gobierno legítimo, luego que vió encendida la guerra y resuelta España toda á defenderse; accion en él mas de alabar porque creia conveniente á

España el reinado de la familia de Bonaparte, y por otro lado tenia casi por cierto el triunfo de los franceses. Sin embargo, llamado al ministerio, cobró mas esperanza, y empezó á dirigir las negociaciones pendientes con algun mas vigor que el usado en los dias anteriores. Estrellóse en el negocio de la mediacion propuesta por el gobierno británico entre España y las Américas sublevadas, pues no encontrando en la regencia todo el apoyo que él juzgaba necesario, y llevando á mal que el conde de La Bisbal, uno de los regentes, tratase el mismo asunto con el embajador inglés, hubo de renunciar su cargo, no sin circunstancias que realzaron su concepto, aunque fueron desagradables al gobierno que le habia nombrado.

Las relaciones diplomàticas de España iban en aquella ocasion á extenderse. No cabia ya duda de que estaba próxima á empezar la guerra en el Norte de Europa. Para ella hacia Napoleon prodigiosos preparativos, y habia entrado en alianza con el Austria y con la Prusia, union monstruosa aun con la primera no obstante los vínculos de familia que unian á ambos emperadores, y con la segunda por todas circunstancias; y engañosa amistad que, alcanzada la victoria, perpetuaría la altivez en el uno y en el otro el rendimiento, y, en caso de un revés, daría ocasion á los caidos para herir de muerte al poderoso con quien se habian visto compelidos á ligarse. Al mismo tiempo el emperador francés dió con el gobierno británico un paso de los que solia repetir en las épocas mas memorables de su carrera, que fué brindarle con la paz, ofreciéndole esta vez sentar de nuevo en el trono de Portugal á la casa de Braganza, y que España sería regida por una constitucion nacional y por sus córtes, entendiéndose que bajo el cetro de José Napoleon, pero sin expresarlo claramente. Negóse el gobierno británico á tratar con semejantes condiciones, bien que con ningunas eran posibles los tratos en aquella hora. Hubo, pues, de pensarse en seguir con mas vigor que antes la guerra. Aunque el marqués Wellesley se habia retirado del ministerio por cuestiones del interés peculiar de la Gran Bretaña; aunque Mr. Perceval, primer ministro, habia muerto asesinado á la puerta de la cámara, y aunque al encargarse el príncipe regente de la autoridad real que á nombre de su padre demente ejercia con algunas limitaciones ya con el pleno uso de la régia prerogativa se habia recelado que pusiese el gobierno en manos de sus amigos antiguos los whigs poco afectos á la guerra, habia triunfado la opinion favorable á proseguir con vigor las hostilidades en la Península, admitiéndolo como conveniente aun los acérrimos partidarios de la paz, y viniendo al cabo de varias negociaciones y disputas á quedar el mando en poder de los tories. Así en grandes operaciones iba á resolverse en el Septentrion y Mediodía de Europa, á costa de mucha sangre y de enormes gastos, si el señorío del orbe civilizado habia de ser de la Francia, ó si habrían de compartirle potencias varias de desigual poder, quedando entre ellas á la Gran Bretaña la superioridad y la dominacion absoluta de los mares. Disputábanle esta los Estados-Unidos anglo-americanos que cabalmente en aquel mismo tiempo le declararon la guerra y la siguieron con feliz fortuna en el Océano; pero es-

ta que habría sido en otra época diversion importante é influido en los negocios de Europa, pasó sin notarse, desapareciendo su valor entre el de acontecimientos de magnitud nunca vista.

El ejército del mariscal Marmont, que ocupaba la parte del reino de Leon vecina á Portugal cuando cayó Badajoz, vino á ser el objeto de la principal atencion en la guerra. Cuando el general francés vió á Wellington con lo principal de sus fuerzas empeñado en el sitio de la capital de Extremadura, creyó posible recobrar á Ciudad-Rodrigo y hasta á Almeida, y, adelantándose para llevar á efecto su propósito, penetró por territorio portugués hasta mas allá de la Guarda, desbaratando algunas milicias portuguesas que tuvieron la osadia de ponérsele delante; pero, sabido el triunfo de su contrario, retrocedió hasta situarse de nuevo en Salamanca y sus inmediaciones. Los ingleses vencedores aprovecharon la ocasion para destruir las obras que asegurában á los franceses el paso del Tajo para comunicarse desde la Extremadura inferior con Leon y Castilla. Tomada esta precaucion, Wellington se resolvió á llevar la guerra al centro de España, seguro de tener á Marmont por único enemigo. Bien es cierto que le amenazó el peligro de que acudiese el mariscal Soult al socorro de su colega por hallarse ya libre de su principal cuidado en Andalucía, pues habiendo Ballesteros, crecido ya en fuerzas y envalentonado, arrojádose á dar una batalla campal en Bornos el 1.º de junio contra fuerzas francesas de alguna consideracion, quedó vencido y completamente desbaratado. Este suceso, aunque grave, tuvo solo leves consecuencias. Habia ya salido Napoleon para su campaña de Rusia, y seguia sacando tropas de España; sin duda confiado en que podría mantener en ellas sus conquistas, y en que, alcanzados nuevos triunfos mas completos que los anteriores, llegado á ser señor del mundo, volvería á caer sobre la Península y á sujetarla toda como á cualquiera que osase resistirle. Ademas el estado de las provincias del centro de España habia venido á ser tan lastimoso, contribuyendo à ser desolacion el hambre, los franceses y las partidas, que José y sus tropas encontraban grandes dificultades para sustentarse y para hacer movimientos, sin contar con que les apagaba el aliento el peso de su desdicha. Agregábase á estas dificultades en que se veia el rey intruso su descontento con su hermano, tercamente empeñado en desmembrarle el reino sobre no dejarle gobernar lo que no le quitase, por lo cual el usurpador persistia en su desvarío en punto á avenirse con las córtes y reinar como rey constitucional con beneplácito de los patriotas españoles. El hábil general británico, con mas poder que antes, estando al frente de un ejército valiente y disciplinado como siempre, pero ya con mas experiencia de la guerra, determinó trocar su sistema de reserva y cautela por uno de arrojo. Levantando, pues, en el 13 de junio sus reales que tenia en Fuente Guinaldo, el 17 pasó el Tormes, y el mismo dia entró en la ciudad de Salamanca, donde se habian quedado ochocientos franceses que se recogieron á dos conventos convertidos en fortalezas. Lord Wellington emprendió sin demora la obra de reducirlos, y, resistiéndose ellos, vino el mariscal Marmont con su ejército à darles socorro; pero despues de al-

gunas maniobras, no pudiendo el francés vencer á su contrario, y casi presenciando la caida de los suyos, que el 26 entregaron por capitulacion los fuertes quedando prisioneros, el 27 hubo de retirarse. Pasaron los franceses el Duero, y siguiendo en su inmediacion los ingleses, varios dias pasaron en contínuas maniobras, buscando uno y otro general ocasion para empeñar con ventaja una batalla. Fueron estrechándose las distancias, ya adelantando, ya cejando los ingleses, hasta que hácia el 17 de julio vinieron á ponerse unos y otros por las cercanías de Salamanca, habiendo habido una refriega en que una division inglesa recibió mas que mediano daño. Desde el 18 al 22 se mantuvieron los dos ejércitos contrarios casi de contínuo frente á frente, haciendo una série de maniobras, ya estratégicas, ya tácticas, en que ambos generales acreditaron con lucimiento su pericia. Por fin en la tarde del 22, habiendo Marmont con alguna imprudencia estendido una de sus alas, sin duda para envolver á su enemigo, aprovechó este la coyuntura para dar la batalla que deseaba. Fué la que se trabó reñida, aunque en ella estuvo la ventaja en general de parte de los ingleses; pero peleaban los franceses con su acostumbrado esfuerzo y pericia, y disputaban con encarnizamiento la victoria, cuando quedó herido de gravedad Marmont, y á poco el general Bonnet, su segundo en el mando; recayendo el del ejército francés en el general Clausel, quien no pudiendo ya vencer, solo atendió á retirarse en buen órden, consiguiéndolo, aunque no sin grave pérdida, no sin dejar á los ingleses un triunfo completo. Siguieron los vencedores el alcance hasta Peñaranda; no mas allá por no convenir á sus miras. La batalla de que acaba de hablarse, llamada por los ingleses de Salamanca, y por los franceses y españoles de los Arapiles, nombre que tomó de dos cerros asi llamados donde fué lo mas recio de la refriega, por sus consecuencias vino á ser de las mas importantes en la guerra de la Península. Cuando se supo en Cádiz subió al último punto el público alborozo. Hallábanse en aquellos dias los gaditanos, si no acongojados, inquietos, pues menudeaban las bombas enemigas, y la poblacion se habia retirado á la parte de la ciudad á donde no alcanzaban los tiros, hacinada allí y procurando engañar su cuidado con darse á no interrumpidas diversiones, y por otra parte, habiendo noticia de estar los ejércitos inglés y francés prontos á entrar en batalla, reinaba el ansia natural en cuanto al temible éxito de una pelea cuyas resultas habrían de ser en alto grado favorables ó bastante funestas al apurado vecindario. De súbito llegó por mar el portador de la noticia del recien alcanzado triunfo, y, difundiéndose por la ciudad, fué pronto celebrada con saludos de artillería, á que respondieron los franceses con sus bombas, que en este caso fueron recibidas con mas desprecio que antes en medio del universal entusiasmo sostenido por alegres fundadas esperanzas. Las córtes y el gobierno, participando de la comun alegría, quisieron dar nuevo testimonio de su aprecio al general vencedor, y como ya le habian favorecido con la dignidad de capitan general por la batalla de Talavera, y con la de grande de España por la toma de Ciudad-Rodrigo, ahora le condecoraron con la insigne órden del toison de oro, arrogándose las córtes el derecho de darla, no obstante ser privativo

este favor, no solo de la corona, sino aun de la familia reinante.

Las resultas de la victoria fueron las que esperarse debian. El rey José, noticioso de los movimientos de Marmont, habia salido de Madrid al frente de un corto ejército llamado del centro á juntarse con el mariscal; pero noticioso de su derrota trató de protejer en su retirada à Clausel, que por Valladolid se iba sobre Burgos. Siguiéndole Wellington, entró en Valladolid el 30 de julio, favoreciendo sus operaciones las numerosas guerrillas qué por todas partes caian sobre los vencidos franceses, y el 6.º ejército español que ya con la fuerza de diez y seis mil hombres habia salido del Vierzo, puéstose sobre Astorga y bloquéádola, y adelantado tropas hasta Toro y Tordesillas. Al mismo tiempo el general portugués Silveira, conde de Amarante, con algunas tropas habia entrado en España y cercado á Zamora ocupada por una corta guarnicion francesa. José, que al parecer aspiraba á juntar sus tropas con las de Clausel, creyendo à Wellington en situacion de impedirlo, y aun de caer sobre él y destruirle, retrocedió con velocidad la vuelta de su capital siendo seguido por el inglés con no menos presteza. El 10 de agosto ya habia traspuesto el ejército anglo-británico las sierras que dividen á ambas Castillas y tenido á la vista de Madrid algunos encuentros con los franceses. Vióse, pues, José segunda vez compelido á abandonar la silla de su gobierno, que, si bien con poca seguridad, habia estado ocupando cerca de cuatro años. Salió el usurpador de Madrid, dejando dos mil hombres de guarnicion en los edificios del Real sitio del Buen Retiro, pasado de lugar de recreo de los reyes y del público á ser una especie de ciudadela. El mismo dia 11 á las diez de la mañana, los guerrilleros el Empecinado y Palarea el médico penetraron en las calles de la capital de España, estando cerca y en acecho para cuando llegase aquella anhelada hora. Siguiólos en breve lord Wellington que se presentó en la puerta de S. Vicente. Acudió allí solícito y gozoso á recibirle y darle el parabien por su llegada un ayuntamiento creado de nuevo, disuelta la llamada municipalidad que obraba bajo el gobierno de José. El entusiasmo de los madrileños rayó en delirio, escondiéndose los parciales del gobierno caido, y viéndose claro que, á pesar de ser estos considerables hasta por su número, en lo general de la poblacion, como en toda España, vivia sin menoscabo el amor á su rey legítimo y á la causa de la independencia española. Los ingleses eran objeto de los mas esmerados obsequios y del mas cordial agasajo, á que ellos no acertaban á corresponder, pudiendo mas que su natural bondad su irremediable sequedad y despego. Hubo además desacierto en las providencias dictadas por el general británico. Dió el gobierno militar de Madrid á Don Carlos España, francés de nacion aunque oficial español, con buenas calidades de soldado, pero de durísimas entrañas é insaciable codicia, que se dió á perseguir no sin claras muestras de mirar por su particular provecho. El general D. Miguel Ricardo de Alava, comisionado del gobierno español al lado de lord Wellington, caballero y cortesano cumplido, á la par que hombre humano, y por su bondad hasta rayando en débil, se portó muy de otra manera, procurando conciliarse á los

servidores del gobierno intruso y tratándolos, cuando no favorable, benignamente. El dia 13 de agosto fué promulgada en Madrid la nueva constitucion por órden del general del ejército aliado. Recibióse la nueva ley con alegres aclamaciones, que por ser universales tenian poco valor, pues si en Madrid, mas que en otras partes, habia quienes entendiéndola la mirasen, cuáles con placer y cuàles con disgusto, lo general de las jentes solo saludaba un acto encabezado con el nombre de Fernando VII, salido del gobierno sustentador de la independencia, y símbolo de la victoria y libertad recien conseguida. El 14 se prestó juramento á la misma ley por el vecindario en las parroquias, haciéndose muy notable el general gobernador D. Carlos España, por las ceremonias con que acompañó su juramento, sacando la espada y blandiéndola, con ademanes de entusiasmo frenético y modos teatrales. En breve se entibió un tanto el gozo de los madrileños á consecuencia de las violencias y extorsiones de su gobernador y de providencias no muy cuerdas ni justas dictadas desde Cádiz.

En la residencia del gobierno la entrada de los aliados en Madrid aunque de un momento á otro esperada, cuando fué sabida renovó la satisfaccion causada por la victoria de los Arapiles. Siendo cerca de noche cuando llegaron las alegres nuevas, al entrar las tinieblas se iluminó de repente la ciudad, cuyos moradores discurrian alegres por las calles, señalàndose por su entusiasmo los madrileños á la sazon parte no corta de la poblacion gaditana. Los franceses todavía en la línea de bloqueo respondieron á las muestras de contento de los sitiados con nuevos disparos que menudeaban entonces; inútil acto de crueldad, ó, si se atendia al poco daño que causaba, pueril alarde de su fuerza, ó no cuerdo despique de su vencimiento. Muy en breve hubieron de poner término al sitio. Ya se estaban preparando numerosas fuerzas españolas á caer por diferentes lados sobre las francesas de Andalucía, que, separadas por larga distancia de las demas de su nacion, aun si combatiendo salian vencedoras, quedarían despues de su victoria en situacion de grave apuro. Por la Serranía de Ronda Ballesteros recobrado de su derrota en Bornos al frente de una division aumentada y bien aguerrida y disciplinada los estaba amenazando. En el Condado de Niebla una division de ingleses y españoles, juntándose con fuerzas de Extremadura, amagaba caer sobre Sevilla. Las poblaciones, antes con apariencia de sumisas, soliviantadas con las nuevas de los triunfos de las armas aliadas, que siendo grandes les llegaban muy ponderados, se mostraban dispuestas á actos de imprudencia que, si cometidos habrian de serle funestos, eran con todo eso temibles á sus dominadores. Así hubo Soult de resolverse á la evacuacion total de las Andalucías, haciéndola por la via de Granada. En el dia 24 de agosto, los moradores de la isla Gaditana advirtieron en las líneas enemigas señales de que trataban de retirarse los franceses, siendo notorio que pensaban en hacerlo. En la siguiente noche, repetidas explosiones anunciaban que, llevando à efecto su propósito, estaban volando algunos de sus fuertes ó libertando su pólvora de pasar á servir al enemigo. La luz del 25 alumbró ya para ver sus colum-

nas retirarse por el camino que del Puerto de Santa María vá á Jerez de la Frontera. Cerca de treinta y un meses habia durado el bloqueo.

Muy en breve salieron los franceses de Sevilla, pero la impaciencia de sus enemigos no les consintió esperar su salida, y en el momento de llevarla á efecto se arrojó sobre la ciudad una corta division española é inglesa. Peleóse en el puente, cortáronle los que se retiraban, acudió á restablecerle el paisanaje poniendo tablones, y quedó libre de sus dominadores y en poder de las tropas de la nacion la capital de Andalucía. Cayó allí mal herido y prisionero D. Juan Dowuie, caballero escocés que habia entrado al servicio y levantado una legion extremeña, vistiéndola al uso de los dias de Felipe II; hombre singular y de poco sano juicio con arranques de caballero antiguo, á quien habian regalado los herederos de Francisco Pizarro una espada del conquistador del Perú, y que, al verse próximo á entregar tan preciosa arma á sus contrarios, incorporándose del suelo en que yacia derribado, al través del hueco dejado por las tablas rotas del puente arrojó por los aires el acero logrando con darle vuelo que fuese recogido por los españoles. Llevarónse consigo à Dowuie sus apresadores en su retirada, pero pronto le dejaron libre.

Continuó Soult su camino por Granada seguido por Ballesteros y otras fuerzas, algo á lo lejos, porque las del mariscal eran aun tales, que presentándole batalla era de temer que se le diese la victoria. Paróse algunos dias en la ciudad de Granada, donde se reunió con él Drouet, conde de Erlon, con el quinto cuerpo del ejército francés procedente de Córdoba, y todos juntos el 10 de setiembre emprendieron su jornada para Murcia. Allí iban á juntarse con Suchet el cual seguia en Valencia, y con el ejército del centro mandado por José que habia pasado á la misma provincia.

En aquellos lugares acababan de tener las armas españolas un revés vergonzoso. Las reliquias del segundo y tercer ejército juntas en uno al mando de Don José O'Donnell, fueron sobre unas divisiones del ejército de Suchet, situadas cerca de Castalla, y mostrando el general suma torpeza y aun poco valor, y portándose las tropas flojamente, fueron del todo desbaratados con gran pérdida los españoles. Aumentó la ira causada por este suceso que el general se hubiese valido de tropelías para sacar á los pueblos recursos con que sustentar sus soldados, de los cuales habia hecho un mal uso.

Las córtes, donde se trató de averiguar las causas de la pérdida de aquella jornada y de castigar á los culpados, tomaron con calor este negocio, pero dividiéndose las opiniones de diverso modo que solian estarlo, pues de los reformadores muchos defendian á O'Donnell por consideraciones á su hermano Enrique, y otros por la misma ó por diferentes causas le acriminaban, y poco menos sucedia entre los del opuesto bando. Vino á resolverse una averiguacion, y ofendido el conde de La Bisbal de cuanto contra su hermano se habia dicho en el congreso, y de que aun á él no hubiesen guardado miramiento algunos diputados, hizo dejacion del cargo de vocal de la regencia. Pesó de esto á varios de los principales de la opinion favorable á las reformas, entre los cuales, sin

que se acierte por qué, tenia La Bisbal valimiento. Fué elegido para sucederle Don Juan Perez Villamil, recien llegado de Francia, togado antiguo y de alta gerarquía, literato, y hombre presuntuoso con trazas de modestia, que en 1808 habia publicado un folleto, de que va hecha mencion en su lugar en este compendio, ostentando en él ideas extremadas sobre coartar la autoridad Real por medio de una constitucion, pero de quien ya se recelaba que habia mudado de parecer, convirtiéndole en enemigo de las doctrinas y personas dominantes en las córtes relaciones de amistad con sus compañeros de toga. Acordaron asimismo las córtes providencias rigorosas contra los empleados aun de las clases inferiores, que, estando en sus destinos al tiempo de invadir los franceses los lugares donde los desempeñaban, siguieron sirviendo bajo el gobierno intruso. Movian al congreso à proceder así arrebatadas preocupaciones de los diputados y de los de afuera, y tambien el bastardo interés de gente refugiada en Cádiz, que esperaba medrar con el despojo de empleados antiguos. Al general Alava, no obstante sus servicios, se mandó que el gobierno le reprendiese por haber abogado en favor de algunos servidores de José. Esto pareció mal y aun causó indignacion en lugares recien desocupados por los franceses; mas en Madrid, donde, siendo mayor el número de los que padecieron, se comunicó el descontento á muchos que con ellos estaban relacionados. Agregóse la necia disposicion de no dejar correr monedas con el busto de José, que fué quitar lo suyo á muchos buenos españoles, los cuales no tenian la culpa si poseian para sus necesidades piezas acuñadas dominando un usurpador. Estos disgustos, aprovechados por los enemigos de las reformas, fueron empleados para indisponer contra el partido predominante en las córtes, y contra sus doctrinas y leyes á muchas gentes de poco saber, las cuales confundian en un ódio comun á todo cuanto salia del gobierno que los maltrataba.

Otras tareas seguian dando ocupacion á las córtes, todas ellas relativas á la nueva forma política que habia de darse á la monarquía. Abolieron la prestacion conocida con el nombre de voto de Santiago. Como hiciesen los consejeros del supremo de la inquisicion una tentativa para congregarse, poniendo en accion su tribunal entonces suspenso, el congreso les mandó no pasar adelante, y remitió á su comision de constitucion el negocio á fin de que examinase si era compatible el santo oficio con las leyes nuevas; modo de dar largas y de prepararse à acabar con una institucion abominable en sí y ridícula puesta en medio del sistema político que se habia adoptado. Por otra parte, cediendo aquel cuerpo singular á los diferentes impulsos que en sí contenia, dió un decreto declarando á Santa Teresa de Jesus compatrona de España con el apóstol Santiago, y otro prohibiendo à los maestros de escuela dar azotes á los niños. Las reformas iban en aquel momento cobrando superior importancia, porque se presentaba nacion á que aplicarlas y donde hacer prueba de sus efectos. Por esto mismo tomó vuelo la rivalidad y aun enemistad de las parcialidades políticas que dividian á los españoles, hasta entonces apenas sentidas fuera de la isla Gaditana, y aun allí mismo, si

poderosas en algunos años, consideradas por no pocos como meras ociosas disputas. Generalizóse llamarse liberales los adictos á la constitucion y á las córtes, los cuales daban á sus contrarios el nombre de serviles, habiendo la primera calificacion tenido tal fortuna, que de España pasó á ser usada en Francia, y luego en Inglaterra para nombrar à una parcialidad política mas ó menos semejante á la señalada en España con el mismo nombre. Tambien la regencia, viendo ya libre de la dominacion francesa gran parte de España donde ejercia alguna autoridad y podia tenerla superior, entró en deseos de obrar como verdadero gobierno, y, no obstante estar escasa en fuerzas y no mas rica en concepto, como habia cobrado un tanto de poder é influjo, aspirando á mas, se envalentonó, allegándose al partido opuesto á las reformas constitucionales, ya por haber estado inclinada á él desde sus principios, ya porque era el dominador en las córtes que la tenian sujeta y deslucida. Hasta entonces poco significaban los ministros, no obstante haber llamado alguna vez la atencion del público por sus calidades ó por sus hechos Canga Argüelles, Pizarro ó el á la sazon ministro de Gracia y Justicia D. Ignacio de la Pezuela. Pero evacuadas las Andalucías, la rejencia quiso tener ministros de algun valor; no un ministerio; porque en ello no se pensaba entonces; no atendiéndose mucho al cuerpo ministerial cuando es otro electivo en vez de un rey el que ocupa en el Estado el lugar supremo. Fué nombrado ministro de Estado D. Pedro Gomez Labrador, personaje con gran concepto de instruido y firme, y ciertamente de no corto saber pero de dura condicion; y cuya ciencia aplicada à los negocios resultó mera pedantería, al paso que su firmeza se empleó en meras puerilidades, y en satisfacer pasiones mezquinas en que predominaba una vanidad desatinada. D. José Pizarro fué nombrado ministro de la Gobernacion, y, puesto al frente de este ministerio, nuevo en España, y ageno á su carrera y conocimientos, no acreditó su indudable capacidad, sirviendo su destino con poco empeño. Contra la costumbre de aquellas córtes, en alguna ocasion fueron llamados à sus sesiones los ministros, à las que antes solo concurria el que iba á leer alguna memoria. Salió mal el ensayo, tratando los diputados á los ministros como á extraños é intrusos, y sintiéndose estos fuera de su lugar, encogidos, y no muy bien dispuestos respecto á quienes le daban tan mala acogida. Así dentro de la España libre iba creciendo la desunion hasta no ser menor que la que habia existido entre los parciales de la usurpacion y los defensores de la causa de la independencia.

Un solo vínculo unia á estos opuestos bandos; pero á ese no renunciaban en medio de su mútua enemistad, estando ligados como antes y con la mejor voluntad posible para proseguir la guerra contra los franceses. Un partido cortísimo en número, y no superior en valía, apadrinaba, sin embargo, la causa de José en la última época del bloqueo de la isla Gaditana. Componíase este en su mayor parte de afiliados en la sociedad de los franc-masones, y empleaba sus conciliábulos en llevar adelante sus proyectos, estando en relaciones con los partidarios de los franceses grandes propagadores de la misma sociedad secreta en los

paises que dominaban. Pero à la sazon pocos personajes de cuenta estaban incluidos en una sociedad que ningun influjo llegó á tener hasta que se le dió la persecucion en época posterior. Los manejos, pues, de los emisarios de José solo sirvieron para alimentar en él locas esperanzas, asi como para dar màrjen á calumnias, habiendo supuesto tratos entre el gobierno intruso y las córtes varios escritores franceses, y corroborando esta falsedad el mismo Napoleon en conversaciones que tuvo en su destierro, en las cuales, por lijereza ó por peor motivo, solia faltar á la verdad tan esclarecido varon, particularmente cuando hablaba de los sucesos de España. La victoria de Salamanca, y la evacuacion de las Andalucías, y por algun tiempo de la capital, pusieron término á estos enredos.

Enmedio de ellos ardia la guerra; pero ya con otro caràcter que anteriormente, operándose en grandes ejércitos. El de lord Wellington, dueño de Madrid, se detuvo poco tiempo en aquella capital, despues de haber á poco de su llegada hecho prisionera la guarnicion de dos mil hombres, dejada por los ingleses en el Retiro. En esta ocasion, hallando los aliados de España convertida en fortaleza la llamada casa de la China, donde por cuenta del gobierno se fabricaba magnífica porcelana en corto número y á subido precio, volaron aquel edificio, dando con este paso inútil por quitar á los franceses un abrigo márjen á necias murmuraciones que achacaban la destruccion de aquella obra á celos de la industria española, como si pudiese haber rivalidad entre los establecimientos de la Gran-Bretaña, donde el celo é interés de los particulares produce mucho à poca costa, y una fábrica, cuando mas, solo á propósito para halagar la vanidad con dar de sí una cortísima cantidad de primorosos objetos de lujo. Al mismo tiempo se dilataron los ingleses por las riberas del Tajo, ocupando á Toledo. Retirábase el ejército de José hácia Valencia, donde entró el usurpador el 26 de agosto. Hácia allí venia Soult con las numerosas tropas que ocupaban á Andalucía. Agregándose á estas fuerzas Suchet con las suyas, llegó á juntarse en aquellos lugares un ejército crecido y formidable. Trabajábale, sin embargo, la desunion; soberbio Soult con su antigua fama y dignidad, y Suchet con sus recien alcanzados triunfos y concepto; viniendo las tropas del primero indisciplinadas, y por consecuencia en mal órden, y estando en muy diferente pié las del segundo, que rehusó mezclar sus tropas con las de su colega, porque no las contaminase el mal ejemplo. Mediaba entre ambos José; pero poco respetado, aunque al cabo pudo conseguir emplear aquella fuerza con provecho. Al lado de ella habia alguna aliada, no la necesaria para hacerle frente; pero sí la bastante para distraerla un tanto. Habia desembarcado en Alicante el 9 de agosto el teniente general inglés Tomàs Maitlaud al frente de mas de diez mil hombres, de ellos seis mil anglo-sicilianos, y mas de cuatro mil de la division formada en Mallorca por el general Whittingham, esta última fuerte en caballería. No se separaban mucho las tropas de la recien llegada espedicion de los muros de Alicante; pero, ya cejando, ya adelantando, al abrigo de la plaza obligaban á los franceses à dedicar algunas fuerzas á observarlas. Con todo, la presencia de Soult y José en aquellos lugares, no podia

ser duradera, llamándolos al centro de la Península operaciones de importancia superior.

Estas habian empezado en Castilla la Vieja. Lord Wellington salido de Madrid el 1.º de setiembre con cuatro divisiones de su ejército, dejando en la capital de España y sus cercanías, y cubriendo la línea del Tajo otras tres al mando del general sir Rowland Hill, habia pasado á Valladolid de donde ahuyentó á los franceses que habian vuelto á ocuparla, y persiguiendo á sus contrarios hácia la parte media de la misma provincia, vino á juntarse con el ejército inglés el 6.º español ó de Galicia mandado por el general Castaños, cuya fuerza era como de diez y seis mil hombres, en buen estado, gracias principalmente á los esfuerzos del jefe de estado mayor D. Pedro Agustin Giron, despues marqués de las Amarillas y posteriormente duque de Ahumada, oficial de mérito por lo entendido. Juntas todas estas fuerzas fueron sobre Burgos. En esta capital antigua de Castilla la Vieja, ciudad rodeada solo de muros viejos é incapaces de defensa, habian fortalecido los franceses su antiguo castillo, donde metieron de dos á tres mil hombres, dando el mando de ellos al general Du Breton. Entraron los aliados en la ciudad el 18 de setiembre entre alegres aclamaciones de los habitantes que desde 1808 habian estado dominados por los franceses. Procedieron en seguida á combatir los fuertes, pero estos bien defendidos burlaron los esfuerzos de un ejército poderoso y vencedor, alargándose su sitio mas de un mes; tiempo bastante para la expugnacion de la mejor fortaleza, y mucho mayor que el empleado por los mismos ingleses en reducir á Ciudad-Rodrigo. No bien dirigidas las operaciones del sitio, tuvieron fatales resultas para los sitiadores que dieron repetidos asaltos con gran valor pero con mala fortuna. En tanto la estacion se adelantaba, y el tiempo crudo propio de aquel pais molestaba á los ingleses, faltos por otra parte de víveres y municiones. Así, despues de haber sido rechazados en un asalto violento dado el 18 de octubre, hubieron de levantar el sitio el 22 del mismo mes para emprender su retirada. Contribuia à apretarlos á que la hiciesen saber que venian sobre Madrid numerosas tropas francesas de los ejércitos del Mediodia y del centro, mandados por Soult y Jourdan y por el rey José, los cuales dejando á Suchet en Valencia se habian puesto en camino para Castilla la Nueva, y se dirigian á la capital de España por Cuenca y Albacete. No se creyó con fuerzas bastantes para resistir á tan poderoso contrario el general sir Rowland Hill, quien á pesar de haber sido reforzado por las tropas anglo-portuguesas que habian sido parte de la guarnicion de Cádiz, y por seis mil infantes y mil y doscientos ginetes traidos desde Alicante por el general Elío, promovido á su vuelta de Buenos-Aires á sucesor de D. José O-Donnell en el mando del segundo y tercer ejército, emprendió su retirada sobre Madrid donde entró el 31 de octubre, y juntando todas las tropas inglesas situadas en aquellos contornos, y despidiendo las españolas, que con fortuna se volvieron á Valencia y Murcia, pasando el Tajo por el puente de Auñon y sin tropezar con el enemigo, traspuso las sierras de Guadarrama, y se encaminó á Alba de Tormes á unir-

se con el grueso de las tropas de su nacion que por allí se venian retirando. Libre José de enemigos, se adelantó á Madrid donde reinaba la mayor confusion. Gracias á la errada conducta del gobierno español y de las personas que tuvieron el gobierno de la libertada cabeza de la monarquía, en esta habia sido corta la satisfaccion causada por verse libre de sus opresores, sucediendo entonces mas que otras veces el caso de no corresponder las realidades á esperanzas halagüeñas por largo tiempo alimentadas. Los no bien quistos personajes que en diferentes cargos estaban al frente del pueblo madrileño, huyeron, y entre ellos casi todo el ayuntamiento, quedando de este solo cuatro regidores, pero uno de ellos llamado D. Pedro Sainz de Baranda, vecino de Madrid, de la clase media, hasta entonces nada conocido, mostró en aquella ocasion tal vigor y fortaleza que logró salvar de graves apuros á la poblacion desamparada. Encargóse este personaje por propia autoridad del gobierno, y con sus disposiciones logró que la nueva entrada de los franceses en Madrid se verificase sin desórden. No se detuvo José Napoleon en la que llamaba su capital arriba de pocos dias, pues habiéndola ocupado con sus tropas el 2 de noviembre, el 7 del mismo la desamparó, no dejando en ella un solo soldado francés, y pasando con cuantos le seguian á cooperar á las operaciones militares que se seguian en Castilla la Vieja. Otra vez quedó abandonada á sí propia Madrid; pero en esta ocasion fué muy otra que en la anterior su suerte. Volvió Baranda á tomar el mando, y le desempeñó con firmeza, tino y buena fortuna; poniéndose en obediencia al gobierno de Cádiz, del cuál recibió el nombramiento de jefe político de la provincia, á cuyo frente estaba; pero gobernando con arreglo á las circunstancias; suspendiendo el cumplimiento de providencias imprudentes dictadas desde la isla Gaditana, con particularidad las relativas á los servidores del gobierno intruso; tratando á estos con miramiento; atendiendo á las necesidades de algunas guerrillas y fuerzas del ejército español, que por algun tiempo se alojaron en la desocupada poblacion; rodeada de aura popular, especialmente porque habiendo residido con el vecindario durante la ocupacion francesa, no participaba de las pasiones y preocupaciones de los que siguiendo al gobierno legítimo nunca habian llevado el yugo del conquistador; en suma, teniendo á sus gobernados en una como neutralidad, si bien favorable á la causa de la independencia, puesta la mira en que de resultas de la campaña pendiente la vuelta de José á su corte era inevitable. El gobierno y los madrileños residentes en Cádiz celebraban la conducta de Baranda, pero de corazon no la aprobaron, salvo algunas pocas personas juiciosas.

Al salir José para Castilla la Vieja, y sobre todo cuando pisó sus límites, encontró muy adelantadas las operaciones militares, con sesgo favorable á sus compatriotas. Venia Wellington retirándose delante del general Souham, que à la sazon tenia el mando del ejército francés vencido en Salamanca; y aunque Hill, venido de Madrid en 6 de noviembre, se puso en comunicacion con el general su compañero y superior, no por eso paró el movimiento de retirada. Hacíase esto con no

poco desórden, quebrantando las reglas de la disciplina los soldados ingleses y aun algunos oficiales de un modo que atrajo sobre ellos de parte de su general Wellington una desaprobacion severa y solemne. Hubo algunos encuentros entre los ejércitos contrarios, y en uno de ellos, muy á los principios de la retirada, en el cual tomaron parte los españoles, introduciéndose en estos algun desórden, acudió solícito á remediarle el general Alava con su acostumbrado valor, y recibió una grave herida. En 8 de noviembre estaban ya juntos por un lado los ingleses de Wellington, con quienes iban diez y ocho mil españoles del ejército de Galicia con los de Hill, cuyas fuerzas unidas ascendian á mas de sesenta mil hombres, inclusos cinco mil ginetes, y por el opuesto las de José, Soult y Souham, en número de ochenta mil de infantería y sobre doce mil de caballería. La prudencia de lord Wellington no le consentia aventurar una batalla contra tan superior enemigo. Así, despues de haberse detenido un tanto por las cercanías de Alba y Salamanca sobre las riberas del Tormes, cuatro meses antes teatro de su triunfo, el general inglés se encaminó á Portugal, donde pensaba acuartelarse de nuevo. Ibanle estrechando en su seguimiento los franceses, que en un desórden nocturno hicieron prisionero casi solo al general de caballería británico Sir Eduardo Paget, despues marqués de Anglesea. El 18 de noviembre habia llegado Wellington á Ciudad-Rodrigo, y saliendo de allí al siguiente dia, atravesado el Agueda, pisó de nuevo la tierra de Portugal, donde tomó cuarteles de invierno, enviando por el territorio del vecino reino otra vez à Galicia al sexto ejército español, que pasó á sus antiguas estancias en el Vierzo, y situando en Extremadura, hácia Cáceres, á las tropas que agregàndose á las inglesas de Sir Rowlund Hill con él habian pasado à Castilla desde aquel distrito á donde volvian entonces. Lanzados los ingleses de España, otra vez se separaron los franceses; yéndose hàcia Madrid los de Soult y José, el cual volvió á ocupar su capital, siendo en ella recibido sin gozo ni pena del vecindario.

En tanto que así volvia el general británico, si no vencido rechazado, y no sin desaire de sus armas, habia recibido el nombramiento de general en jefe de los ejércitos españoles, dado, no por la regencia, sino por las córtes en las cuales residia verdaderamente el gobierno, despues de varias sesiones secretas, donde se trató el negocio con misterio que tenia trazas de conjuracion, siendo este secreto entre muchos, y por consiguiente mal guardado. Aun hubo un periódico titulado la *Abeja*, que publicó todos los documentos relativos á esta resolucion, y como de ello se tratase en las córtes, el diputado Mejía declaró ser él quien habia comunicado aquellos papeles, sobre lo cual nada hubo de determinarse. Muy irritado de esto el ministro de Estado Labrador, puso en la Gaceta del gobierno unas cuantas frases dictadas por él mismo contra esta violacion de la debida reserva; pero tan acres y destempladas, que, llevando razon en la sustancia, se la quitó por el modo. Lord Wellington habia recibido su nombramiento en un lugar de Castilla, antes de emprender su retirada, y le aceptó con muestras de agradecido. En el pú-

blico no disgustó, recibiéndole bien los de contrarias opiniones, salvo una muy corta porcion de gentes, así de los liberales como de los antireformadores. Pero Ballesteros, cuya soberbia no tenia límites, poco obediente al gobierno en obras, y tan descomedido en palabras que afectaba despreciar la regencia, reclamó contra que se pusiesen bajo el mando de un extranjero las tropas españolas, é hizo pública su reclamacion no muy moderada, siendo ya el acto de publicarla un exceso. Defendióle uno ú otro periódico: los mas le vituperaron. Temíase hasta que en su orgullo loco pasase de los dichos á los hechos, y con su ejército rompiese en rebelion mas ó menos declarada. Envióse un oficial con órdenes secretas para quitarle el mando de sus tropas; y él, intimada que le fué la órden que le destituia de su cargo, obedeció, aunque de mal talante, pasando á Ceuta en confinamiento. No tuvo mas resultas este suceso, pues aunque algunos oficiales de la division del ejército de Ballesteros que guarnecia á Córdoba intentaron, aclamando á su general, excitar alboroto, su tentativa fué reprimida sin haberse menester medios violentos.

Mientras en tan importante campaña, alternando la fortuna, peleaban ó maniobraban ejércitos crecidos, en lo demás de España, donde habia tropas francesas, no cesaban combates de la clase de los que habia habido en los años anteriores. Manteniáse Lacy en Cataluña sin poder adquirir ventajas, pero sin tener pérdidas, llevando adelante las hostilidades con furia y encono, de que dieron muestras rigores injustos por parte de los franceses, y por la de los españoles crueles represalias. En Aragon y en Valencia seguian obrando las partidas de guerrilla y cuerpos sueltos. De mas entidad fueron las hostilidades por aquellos dias en las provincias Vascongadas. De resultas de la batalla de los Arapiles hubieron los franceses de concentrar sus fuerzas, juntándose con el vencido ejército de Portugal, mandado por Clausel y luego por Souham, por haberse inutilizado Marmont, el llamado del Norte á las órdenes de Cafarelli. Quedó á consecuencia libertada Santander y tambien desahogados Porlier y Mendizabal para dilatarse y tremolar la bandera de la independencia en varias poblaciones. Ocuparon las fuerzas españolas á Bilbao, donde fué publicada con solemnidad la constitucion en 16 de setiembre, no pensando aquellos naturales en si era ó no la nueva ley contraria á sus antiguos fueros, y viendo solo en su publicacion una señal de las victorias de sus compatricios y aliados. Mina en Navarra seguia como antes, y aun cada vez con mas aliento y pujanza.

Pero la retirada de los ingleses cambió algo el estado de las armas. Logrado señorear otra vez el territorio de ambas Castillas, deshicieron los franceses su numeroso ejército, y al paso que, segun vá referido, se volvió José con Soult á Madrid, Souham y Cafarelli se extendieron por los lugares que antes ocupaban, y cuyo dominio habian recobrado. Vino otra vez Bilbao á poder del enemigo. Nunca habia este desamparado á Santoña, fortaleza por su situacion casi de primer órden para las de España. En suma, terminó la campaña de 1812 sin mas ventaja permanente para las armas aliadas que la de quedar evacuadas por los enemigos las Andalu-

cías, y perdidas en la raya de Portugal, Badajoz y Ciudad-Rodrigo. Esto, sin embargo, cambiada enteramente la faz de las cosas, pues de haber estado casi toda España sujeta, y bloqueado su gobierno se habia venido á ver fuera de la obediencia al poder francés cuatro provincias populosas y ricas, sin contar con que Galicia afianzaba su libertad antes amenazada. Por otra parte, guarnecia la frontera de Portugal un ejército inglés de no corta fuerza, probado en reñidos combates, y con él obraba uno portugués notable por su número y disciplina. Los españoles que se iban formando hacian mucha ventaja á los anteriores. En la inmediacion de Cádiz se habia creado y recibia aumento un ejército llamado de reserva, cuyo mando tenia el conde de La Bisbal. Por último, á estas ventajas de las armas aliadas daba infinita importancia haberse Napoleon empeñado en una guerra porfiada, y correr acerca de su estado noticias tristes para los suyos, falsas ó cuando menos muy abultadas, pero que tenian de proféticas no poco, segun suele suceder á las fundadas, si no en hechos, en razonables conjeturas. El conquistador habia invadido á Rusia al frente de un ejército cual no habian visto otro las edades modernas, de cuatrocientos á quinientos mil hombres de varias naciones, con prodigioso número de artillería y caballería. Ante él se habian ido retirando los rusos, peleando alguna pero rara vez, siempre en la defensiva, vencidos pero no deshechos, cantando victoria sin conseguirla, y con tales circunstancias que eran creidos; talando, asolando, destruyendo su propio pais, y haciendo así inútil al conquistador su triunfo. Una paz hecha con el imperio otomano habia sido de grande auxilio al emperador ruso. Seguia, sin embargo, adelantando Napoleon, y llegó á ponerse cerca de Moscou, antigua capital moscovita. Trabose allí una batalla campal de las mas sangrientas que recuerda la historia, dándole los franceses el nombre de la Moskowa, los rusos el de Borodino. Perdieron estos el campo y la jornada, y, eso no obstante, celebraron su derrota como un triunfo. Vencieron los franceses, pero no desbaratando à los vencidos, ni sacando como solian gran partido de su victoria. No obstante, llegaron á apoderarse de Moscou en 16 de setiembre, dando esta conquista màrjen à los escritores franceses para hacer jactanciosas reflexiones sobre la inaudita extension á que alcanzaban sus armas vencedoras. Pero el triunfo, aun antes que le siguiese un revés, era inquieto, como si se conociese que á costa de la firmeza se estiraba el poder francés hasta traspasar toda justa proporcion. Distaba mucho de Francia el ejército conquistador, y en la distancia intermedia bramaban de coraje pueblos numerosos á quienes el yugo de Napoleon se hacia á cada hora mas aborrecible, viéndose en él tanto cuanto un daño efectivo una insufrible afrenta. Sonábase que asociaciones secretas alemanas, las cuales ya habian dado muestra de sí en la guerra con el Austria en 1809, en secreto fraguaban proyectos de alzamiento contra los odiosos franceses. De repente corrió la noticia de un suceso asombroso; que la capital antigua del imperio ruso, ciudad vastísima, incendiada por mil lados, en pocos dias habia sido reducida á pavesas, dejando á sus dominadores sin recursos, cabalmente cuando les venia encima un rigoroso invierno

septentrional en que son mas necesarios. Saliendo verdad este rumor, le siguieron otros que fueron igualmente acreditàndose de ciertos. El ejército francés se volvia, y en su retirada cargaban sobre él de consuno los rusos enfurecidos y nieves y yelos. Contábanse desastres de esta retirada, de los cuales llegaban noticias ponderadas por la via de Inglaterra. De este modo al entrar el invierno de 1812 á 1813 poco dolor causaban los reveses recien padecidos, pues de los que acababa de tener Napoleon, de los que le seguian sobreviniendo, y de los triunfos alcanzados en el anterior estío con razon se auguraban prosperidades sin límites para el año próximo venidero.

Cuando el anterior iba espirando, se presentó en Cádiz al gobierno español el libertador de Portugal y vencedor de Salamanca. Otra vez habia pisado aquel suelo lord Wellington; pero, si ya entonces señalado con la victoria de Talavera y otros hechos anteriores, vino en dias en que, malograda la victoria, todavía no estaba rodeado su nombre de lustre extraordinario. En esta segunda ocasion fué recibido con las mayores distinciones. Aplaudíanle las turbas; agasajábanle los particulares; honrábanse con contarle por uno de los de su clase los grandes de España; y colmábanle de muestras de respeto y afecto la regencia y las córtes. Con la primera trató el general como un potentado con otro su igual; de las segundas fué recibido tan honoríficamente que le dieron entrada en una de sus sesiones con la mayor distincion, aunque sin pompa, haciéndole el presidente Ciscar, que lo era aquel mes, un breve discurso en su alabanza, donde mezclaba hipérboles jactanciosas del valor español con recuerdos de triunfos pasados y esperanzas de futuros. Respondió el inglés con seca modestia, siendo él aun mas que lo comun de sus compatriotas sencillo y hasta desaliñado en el estilo. La grandeza española le festejó con un lucido baile dado en los salones del hospicio de Cádiz, invirtiendo en este festejo bastante crecidas sumas en medio de su pobreza. No fué solo en fiestas en lo que gastó el duque de Ciudad-Rodrigo los pocos dias que pasó en Cádiz. Concertó con el gobierno español lo necesario para las operaciones de la próxima campaña que pensaba abrir al terminar la primavera. Concediósele que se pusiesen bajo su dependencia, así como las autoridades militares las políticas de algunas provincias. Hubo quien llevase á mal tanto ensanche dado al poder de un extranjero, y de ellos fué uno D. José Pizarro, que con este motivo renunció su cargo de ministro de la Gobernacion de la Península. Pero aunque participaban de semejantes recelos y disgustos unos pocos, que con ideas de reformadores disentian del partido dominante en las cortes en varios puntos, y sobre todo en no admirar ni reverenciar á las cabezas de la secta; no siendo estos notables por su número ó poder poco ó ningun efecto hicieron, y la nueva autoridad concedida á lord Wellington pasó con aceptacion entre la muchedumbre. Volvióse á su ejército el general, sin que por largo plazo emprendiese operacion alguna. En todo lo demas de España hubo flojedad mayor ó menor en las operaciones de la guerra, como conociendo todos que se acercaba una campaña decisiva.

Aprovechaban este intervalo las córtes para proseguir en su carrera

de reformadoras, bien que en ella nunca se habian detenido, ni aun cuando las circunstancias de la guerra debian distraer la atencion de otros cuidados que el de defenderse del enemigo. Desde la salida de los franceses de Andalucía se habia presentado al gobierno y á las córtes una cuestiom importante y no fácil de resolver cuando se batallaba con opuestas doctrinas, queriendo satisfacer en parte á todas. Bajo la dominacion francesa habian sido extinguidas las comunidades religiosas, que en los primeros dias de la guerra habian hecho grande, aunque no el único ni principal papel en la defensa de la nacion española contra el poder francés, y, vuelta la libertad á las provincias ocupadas, parecia natural restablecer á los religiosos en su ser antiguo. Así creyeron ellos que debia suceder, y lo mismo opinaron varios empleados superiores encargados del mando en el recien libertado territorio, pero otros fueron de parecer distinto. Siguióse que unos conventos fueron ocupados por sus antiguos dueños, no bien salieron los franceses de las poblaciones donde se hallaban, al paso que en otros pueblos cuando intentaron hacer lo mismo salió la autoridad á estorbárselo. De aquí nacieron quejas, mostrándose en general la plebe y no corta porcion de las gentes de otra clase favorables al restablecimiento de los conventos, y al revés un corto número de personas entendidas. En las córtes la parcialidad dominante veia con poco gusto á las órdenes religiosas, pero temia chocar con ellas de frente. Por esto se procuró dar largas á la solucion definitiva de este negocio, adoptándose entretanto términos medios, donde no era posible dejar la dificultad sin solucion de una ú otra clase, aun cuando solo se le diese por plazo breve.

Otro punto sobre el cual habia andado el congreso rehacio en traerle á deliberacion vino al cabo á ser examinado y resuelto. En enero de 1813 la comision de constitucion presentó el informe que se le habia encargado sobre el restablecimiento del santo oficio, y le declaró incompatible con el nuevo sistema político establecido en la monarquía. Siguióse un debate acalorado, pero seguido con muy desiguales fuerzas siendo los defensores de la inquisicion cortos en número, y peores en razones, sin contar con que quitaba fuerza à su mala causa estimarla ya todos perdida, pues, visto el giro que seguian los negocios en aquel congreso, el tribunal de la fé antes de votarse su acabamiento era y debia ser considerado como difunto. En la discusion lucieron varios oradores, gran parte de ellos eclesiásticos, y de los que hermanan con una fé religiosa verdadera ciertas opiniones no del todo conformes con las del mayor número en la iglesia católica, apostólica, romana. No pocos de estos discursos fueron leidos, y todos adolecian del defecto de ser disertaciones mas que arengas en el estilo propio de cuerpos políticos deliberantes. Pero á las córtes de aquellos dias, y aun á su auditorio, agradaba semejante modo de tratar los negocios. Al cabo, despues de una flaca defensa, aunque hecha con teson y calor por algunos diputados, la inquisicion cayó por bastante número de votos, siendo noventa los que se declararon por su abolicion, y sesenta los que la sostuvieron. Con mas doblez que sinceridad fueron sustituidos al tribunal de la inquisicion otros especiales encar-

gados de aplicar la pena de muerte á los herejes é infieles; de suerte que la intolerancia religiosa quedó de nuevo aprobada en toda su feroz integridad, vituperándose y aboliéndose solo el modo de proceder del santo oficio. Pero bien notorio era que los nuevos jueces ó no llegarían à actuar, ó no se atreverían à castigar por delito de herejía, no ya con pena de la vida, sino con otras harto mas leves. Extendido y votado el decreto que abolia la inquisicion, discurrieron las córtes justificar su hecho á los ojos del público, y con mas presuncion y pedantería que justicia ó tino, hicieron un manifiesto en que argumentando con los parciales del santo oficio destruido querían probarle su yerro, y á la par persuadir á la gente ignorante de que era en provecho de la religion haberse sustituido los nuevos tribunales protectores de la fé al antiguo destinado al mismo objeto, y à la par dispusieron que este mismo manifiesto fuese leido por los párrocos en medio de los oficios de la iglesia; nada juicioso ni justo empeño, por el cual se entrometian en negocios propios de la jurisdiccion eclesiástica, y pretension, aunque muy comun, no menos singular de quienes chocando con ciertas doctrinas piden á los que las creen y sustentan que den apoyo á lo mismo que estiman falso y condenan por nocivo. Tuvo malas resultas este paso, si bien proporcionó al congreso un triunfo comprado á costa de aumentar el número y la violencia de sus contrarios.

Casi por el mismo tiempo salió un decreto relativo á las comunidades religiosas, reducido á disponer que de estas aquellas cuyo restablecimiento habia consentido la regencia, quedasen juntas con tal que no estuviesen arruinados los conventos, ni se pidiese limosna para reedificarlos; que no se conservasen ni restableciesen las comunidades donde no hubiese doce individuos profesos; que no pudiese haber en un pueblo mas que un convento del mismo instituto, y que desde luego no se restableciesen mas conventos que los ya restablecidos, ni se diese entrada á novicios hasta que se tomase sobre la materia una resolucion general y definitiva.

Esta resolucion, siendo reforma equívoca y á medias, no satisfizo á la regencia ni á los apasionados al sistema antiguo civil y religioso. En verdad, entre la regencia y las córtes habia ya una guerra declarada. De los regentes, el duque del Infantado, á ninguno inferior en desafecto á la nueva constitucion, era con todo descuidado é irresoluto, y si no inspiraba menos aversion que los otros era mirado con mucho menos miedo. Mosquera, con su aficion á los frailes, por uno de los cuales era gobernado, no menos que por las rarezas de su entendimiento y modos, movia á sus enemigos á risa. De la condicion violenta y habilidad de Villavicencio se recelaba, si bien se sabia que sintiéndose mal ayudado por sus colegas, no quería comprometerse. A Villamil, aun mirándole con aversion, no se daba importancia en aquellos momentos en que era de temer la fuerza y no la astucia; y nadie reparaba en Rodriguez de Rivas. A los ministros tenia el congreso en no menos ódio y desestima, repugnándole la arrogancia pedante de Labrador, la incapacidad de Góngora, encargado interinamente del despacho de Hacienda, y la torpeza

y no buenas intenciones de Carvajal, ministro de la Guerra, al paso que de D. Antonio Cano Manuel, ministro de Gracia y Justicia, hombre de claras luces, bastante saber y no escasa maña, se opinaba de diverso modo, segun daba que pensar él mismo inclinándose ya al uno ya al otro de los bandos opuestos. En una sesion de 4 de febrero de 1813, las córtes habian tratado à Góngora con dureza, y en otra del 7 del mismo mes, llamados al congreso los mismos ministros tuvieron si cabe mas áspero acogimiento, no acertando ellos ni á defenderse con vigor y tino, ni á congraciarse con los diputados á fuerza de habilidad y maña. Habia por aquella época descubiértose ó figurádose una conjuracion en Sevilla contra la regencia y las córtes, entrando en ella personas inquietas de varias y aun diversas opiniones; y, como la regencia, por conducto del ministro Cano Manuel, pidiese la suspension de ciertas fórmulas amparadoras de la libertad individual á fin de juzgar con más celeridad à los acusados, las córtes no accedieron á esta demanda. Dispuestos así los ánimos á un rompimiento, no tardó en presentarse ocasion en que se verificase. Comunicada por las córtes á la regencia la resolucion para que se leyese en las parroquias y durante la misa su manifiesto relativo á la supresion del tribunal de la fé, esta expidió las órdenes competentes para el cumplimiento de lo dispuesto por el congreso, pero procediendo como quien manda lo que desaprueba. Resistiéronse los párrocos á leer el documento que se les enviaba, y representaron para excusarse de la obediencia, no desaprobando el manifiesto sino el mandato de leer entre los oficios divinos una obra profana. La regencia, sin atreverse á favorecer desembozadamente á los que así desobedecian, usó con ellos de contemplaciones equivalentes en su índole, y aun hasta cierto punto en sus efectos á una aprobacion de la resistencia, y dió otros pasos en los cuales se traslucian intenciones de intentar sostenerse en su tímido atrevimiento. Fué uno de ellos haber mudado el gobernador de Cádiz. Habíalo sido algun tiempo Don Cayetano Valdés, de cuyas altas prendas de marino y de soldado mas de una vez va hecha mencion en el presente compendio, y que, siendo de pocas letras, salvo en las materias de su profesion, se habia allegado al partido de los reformadores por opiniones concienzudas, y por relaciones privadas de amistad, habiéndose presentado en las córtes á su barandilla al frente del ayuntamiento de Cádiz, para darles gracias por la abolicion del santo oficio. Fuele nombrado por sucesor Don José María Alós, gobernador de Ceuta, tenido por de opiniones contrarias. Junta esta mudanza con voces que corrian y con ciertos hechos no ignorados, dió que temer que la regencia intentase sustentar su autoridad contra la de las córtes por cualquier linaje de medios. Procedieron los regentes de un modo singular, contentándose con remitir á las córtes las representaciones en que la autoridad eclesiástica daba razones para rehusar la lectura en las iglesias del manifiesto del congreso. Era la mañana del 8 de marzo. La noche antes, primer domingo de cuaresma, que suele agregarse á las diversiones del carnaval, haciéndose la fiesta llamada de la piñata, regentes, diputados, y lo mas granado de Cádiz habian asistido

á un suntuoso baile y banquete dado por el comisario del ejército británico O'Meara; fiesta alargada hasta el dia, segun costumbre de las de su clase. Dormian cansados los personajes que solian tomar parte en las cuestiones políticas, cuando hubo de despertarlos un suceso que pareció de suma gravedad. Leida en las córtes la comunicacion de la regencia, empezó un debate acaloradísimo, pero desigual, sustentando la causa de los eclesiásticos y de los regentes sus defensores con el desmayo propio de quien se siente vencido, aunque el cura de Aljeciras no dejó de esforzarse, logrando con sus singularidades mover á risa à sus contrarios. Argüelles fué quien llevó la voz en aquel lance, como solia hacer en las principales ocasiones, y, despues de un discurso largo y violento lleno de las sospechas que en él eran comunes, acabó por proponer que se depusiese á la regencia, encargándose provisionalmente de la del reino los tres consejeros de Estado mas antiguos, segun proponia la constitucion para ciertos casos, y agregando á estos en vez de dos individuos de la diputacion permanente dos diputados á córtes. Aquí el famoso orador dejó traslucir una idea suya nunca oida con aceptacion, pues aspiraba á que pudiesen ser ministros ó tener parte en el gobierno los diputados, y, obrando en esto con intencion sana, despertaba contra sí la envidia, sospechándosele de ambicion de mando. Así, fracasando en este punto como siempre que intentaba dar entrada á miembros del cuerpo legislador en la potestad ejecutiva, logró que se aprobase la parte de su proposicion relativa á que fuesen depuestos los regentes, sustituyéndolos los consejeros de Estado; pero no la otra parte que disponia la entrada de dos diputados en la nueva regencia. Resuelta la caida del gobierno, restaba ver si habria dificultades para derribarle. Corrió la voz de que los regentes se preparaban á resistir, mostrándose mas dispuesto á ello que sus colegas Don Juan María Villavicencio; pero que el duque del Infantado, ajeno de ambicion personal, y considerando que con separarse de los afanes del gobierno perdia poco, opinó por someterse. Fuesen las que fuesen las opiniones particulares de quienes componian la regencia, esta, como cuerpo, se manifestó mal preparada á una lid, á la cual habia retado á su competidor, no sin arrogancia, cayendo sin dignidad y con muestras de haber sido imprudente y no valerosa. Los nuevos regentes, que eran el cardenal de Borbon y los señores Ciscar y Agar, estos dos últimos sucesores de los que lo habian sido suyos, vinieron á tomar posesion de su cargo, entrada ya la noche, alumbrados por hachas de viento y seguidos de una turba de los ordinarios concurrentes á las galerías del congreso que los victoreaban. La caida de la regencia de un modo tan violento y repentino fué de aquellos golpes comunes en las revoluciones, que á la par lastiman á quienes los dan y á quienes los reciben. La nueva regencia, por su nacimiento y por sus ideas dependiente del congreso vino á ser una mera comision suya.

A algunos sucesos posteriores dió márjen el que acaba de referirse. Fué puesto en causa el cabildo eclesiástico de Cádiz por acusársele de criminal resistencia á las córtes en el negocio del famoso manifiesto. Extremó-

sè contra los encausados el ministro de Gracia y Justicia, haciéndose en este caso blanco de la furibunda saña de los anti-reformadores, y recibiendo alabanzas y apoyo de los constitucionales. Tomó parte en este suceso el nuncio de Su Santidad, y resultó extrañarle del reino. Hácia el mismo tiempo fué igualmente lanzado de España el obispo de Orense por haberse resistido á jurar la constitucion. Otros obispos salieron á sustentar de diversos modos la causa de la iglesia, ya en pugna abierta y violenta con la de las córtes. No era difícil pronosticar á qué lado se iría el mayor número del pueblo español, dividido en pareceres, pero muy desigualmente, estando de una parte un corto gremio de personas ilustradas y de la otra gente de valía por su cuna y riquezas; varios hombres de saber á quienes impelia ó su interés contra su opinion, ó pensar de otro modo que los de la parcialidad dominante, y tras de estos la inmensa muchedumbre. Así la revolucion de España por sus pasos contados habia venido á cierta situacion en donde debia tropezar como contrarios con muchos de los mismos que á ella la trajeron.

Cuando así reinaba en Cádiz la inquietud, y se aumentaba la desunion por causas políticas, la de la independencia española veia acercarse la hora de su triunfo por sucesos ocurridos fuera del reino, y por los que dentro de él se preparaban. Las desdichas de Napoleon en Rusia, si no excedieron, igualaron á cuanto de ellas decia el rumor público, habiendo perdido el emperador francés casi todo su ejército, y vuéltose solo á París á juntar tropas con que hacer frente á nuevos peligros. La Prusia de aliada se le habia vuelto enemiga, arrastrando á su rey el torrente de la opinion popular dominante aun en el ejército á hacer lo que pedia su interés y no repugnaba su voluntad, pero lo que no le consentian su respeto à la fé jurada y su poco atrevimiento. La Suecia, dudosa hasta entonces, se resolvió á hacer causa comun con los aliados contra la prepotencia francesa. El emperador de Rusia habia firmado un tratado de paz y alianza con el gobierno español, en el cual con insólita forma reconocia la constitucion hecha por las córtes. Napoleon veia en la misma Francia síntomas de resistencia á su autoridad, habiendo durante su ausencia en Rusia la tentativa de un hombre arrojado puesto en peligro momentáneo la existencia de su gobierno. Todas estas noticias iban llegando sucesivamente à Cádiz, difundiéndose por España, levantando los ànimos, y convenciendo de que el trono del usurpador forzosamente habría de desmoronarse.

Al entrar la primavera de 1813, cuando en Francia se estaba preparando Napoleon á salir para Alemania con nuevo ejército à contender no ya por la dominacion sino por el lauro de la victoria y una paz decorosa, si bien no equivalente á un completo triunfo en la Península, casi abandonada por el conquistador, el estado de las fuerzas contrarias era el siguiente. En Cataluña, donde Lacy habia mantenido la guerra, Copons, ido à sucederle, poco adelantaba, pero nada perdia, y aun auxiliado por la marina inglesa, con sus generales subalternos, y señaladamente con el baron de Eroles, destruyó la cadena de puestos establecida por los enemigos entre Tarragona y Tortosa. Su contrario el general De-

caen estaba reducido á pertrechar y abastecer las plazas de guerra de que era dueño.

En Valencia y en la vecina Murcia el ejército, antes segundo, mandado por el general Elío, desde lejos daba apoyo á las operaciones de sus compatriotas en Cataluña, y corriéndose por las tierras montuosas que dividen à Valencia de Castilla, solia enviar tropas hasta Aragon, donde mantenia cortas divisiones sujetas á su mando. En abril este ejército español trató de concertarse con el espedicionario de sir Juan Murray, compuesto de sicilianos, ingleses y españoles que estaba en las cercanías de Alicante. Juntas estas fuerzas fueron sobre Suchet, pero revolviendo este contra ellas, en 17 del citado mes el general Harispe que servia á sus órdenes desbarató junto á Yecla á una division gobernada por D. Fernando Miyares, haciéndole despues de resistirse bien huir desordenadamente con pérdida de mas de mil prisioneros. Otros tantos hizo el mariscal francés en el castillo de Villena que tomó tras de breve sitio, habiendo el general Elío con poca prevision dejado aquellas tropas guarneciendo un puesto poco fuerte. Ensoberbecido Suchet, viendo no interrumpirse el curso de sus victorias, volvió contra el ejército anglo-siciliano, y embistió con una division suya, situada en el puerto de Biar, la cual cumpliendo con órdenes que tenia le cedió el campo. Siguió el francés hasta encontrarse con sus enemigos el 13 de abril en Castalla, donde nueve meses antes habian alcanzado las tropas de su ejército una completa victoria. No le fué esta vez tan propicia la suerte, pues tras de una reñida refriega, rechazado, hubo de retirarse vencido con pérdida considerable. Volvióse atrás por Fuente la Higuera y Onteniente, siendo este el término de sus prosperidades en las campañas de la Península, aunque no el principio de sus reveses, pues no los tuvo despues, no siéndole ya posible emprender conquistas, y pudiendo solo perder lentamente y con gloria lo ganado.

Por la parte de Andalucía un ejército de hasta veinte y cuatro mil hombres ocupaba á Sierra-Morena y los lugares vecinos de la Mancha al mando del duque del Bosque. Mas atrás estaba la reserva de diez y seis mil, mandada por el conde de La Bisbal. Por último, en la parte occidental de España desde Extremadura hasta el linde de Galicia con Asturias se extendia el cuarto ejército mandado por Castaños, cuya fuerza repartida en ala derecha, centro y ala izquierda, ascendia á cerca de cuarenta mil hombres. Lacy habia pasado al centro de Galicia, donde estaba formando á sus órdenes segundo ejército de reserva sobre el de Andalucía. Hácia el Norte los cuerpos sueltos guerreaban sin intermision, y Mina nunca paraba.

A esta fuerza solo podian oponer una inferior los franceses. De estos el ejército del mariscal Soult, llamado del Mediodía, siguió algunos meses ocupando á Toledo; pero llamado este hàbil guerrero á Alemania, donde le habia menester su emperador, al entrar la primavera salió de España, llevándose consigo seis mil hombres. El ejército apellidado del centro, bajo el mando de José, tenia su estancia en Madrid y por las riberas del Tajo y Jarama. El que aun conservaba el título de Portu-

gal, aunque lanzado dos años habia del territorio portugués, se extendia por el reino de Leon y parte de Castilla la Vieja, estando el general Reille á su frente. Clausel mandaba el del Norte, cuyo cuartel general solia estar en Vitoria. De estas fuerzas solia sacar Napoleon socorros para sus ejércitos de Alemania.

Dispuestas así las cosas, y próxima á abrirse la campaña, José, en quien habia recaido el mando titular de las fuerzas francesas en la Península, teniendo de mayor general al mariscal Jourdan, pasó á Valladolid, habiendo salido por última vez de Madrid el 17 de marzo. Pronto fué llamando á sí los ejércitos llamados del Mediodía y del centro, habiendo pasado al mando del general Gazan el primero, y al de Drouet, conde de Erlon, el segundo.

Mientras Napoleon conseguia increibles victorias en Alemania, seguido solo de tropas visoñas, y mientras, sirviéndole solamente sus triunfos de añadir estéril gloria á su nombre venciendo, solo lograba libertarse de unas dificultades para tropezar con otras mayores, á punto de tener que entrar en tratos para una paz haciendo de mediadora el Austria al declarársele enemiga; á fines de mayo se puso lord Wellington en movimiento, y como generalísimo de las tropas españolas á la par con las inglesas hizo que todas las aliadas procediesen con arreglo á un plan general y vasto. Llevaba á sus órdenes cuarenta y ocho mil ingleses y veinte y ocho mil portugueses, y ademas varias divisiones del 4.º ejército español, las cuales juntas con otras del mismo ejército que ocupaban el Vierzo y el Principado de Asturias compondrian sobre veinte y cuatro mil soldados. El centro del mismo 4.º ejército español siguió el movimiento del inglés, viniendo desde el Vierzo; y la quinta division al mando de Diaz Porlier bajó á Castilla desde Asturias. Viéndose los franceses con tal golpe de tropas sobre sí, desampararon la línea del Duero buscando la del Pisuerga, y, no juzgándose allí seguros por lo repentino y atinado de la maniobra de Wellington, prosiguieron su retirada hasta Burgos. Al mismo tiempo abandonó á Madrid el general Hugo que le ocupaba, llevándose consigo rico botin procedente de palacios y templos, sin mas derecho á poseerle que el de la ocupacion, aunque tan persuadido sin duda él como todos sus paisanos de lo valido de este derecho que han tenido la osadía de calificar de despojo el recobro hecho por sus dueños de algunas de estas preciosidades cuando lo consintió la victoria. Tras este cuerpo francés vino el español de la Mancha, mandado por el duque del Parque, al cual siguió el conde de La Bisbal con la reserva que habia formado en Andalucía. De este modo crecidos ejércitos de ambos lados iban á juntarse en el centro de la Península, donde ya estaban unidas en importantes operaciones considerables fuerzas. Habian los franceses evacuado á Burgos el 14 de junio, y puéstose inmediatamente sobre el Ebro. Allí los siguió el general británico con el grueso de sus fuerzas; habiendo destinado el cuerpo del duque del Parque á Valencia para que junto con Elío tuviese á raya á Suchet impidiéndole caer sobre los españoles por su costado ó su espalda. Detúvose José en Vitoria y su vecindad, y vino sobre él el general inglés con sesenta mil de

su nacion y portugueses, y cerca de veinte mil españoles. El 21 de junio al amanecer la derecha de los aliados gobernada por el general Hill con quien iba el conde de Amarante con una division portuguesa, y el general D. Pablo Morillo con una española, dió principio á la pelea embistiendo con la izquierda enemiga desde el rio Bayas. Fué reñida la refriega, saliendo herido Morillo; pero quedó la ventaja por los aliados, los cuales se hicieron dueños de las alturas, pasaron el Zadorra por la Puebla, y se apoderaron de Subijana de Alava. El centro del ejército británico pasó entonces el Zadorra por los puentes que no se habia cuidado de romper el enemigo. Al mismo tiempo la izquierda aliada al mando de sir Tomas Graham, con quien iban los españoles de D. Pedro Agustin Giron se puso en el camino que por Murguia vá de Bilbao à Vitoria, y adelantó por su frente. Resistieron los franceses algun tiempo con su acostumbrado valor, logrando á veces romper á sus contrarios, pero aunque dilatando no haciendo dudosa la victoria. Llegó la de los aliados á ser completa, cuando acorralados contra Vitoria el centro é izquierda de los franceses, y obligada la derecha de los mismos á retroceder, Graham llegó á situarse en el camino que vá de la capital de Alava á Francia. En aquel momento los franceses, como en rara ocasion les sucedió, fueron puestos en confusion y desórden, y con excepcion de algunos cuerpos en precipitada fuga. Tomaron los fugitivos el camino de Pamplona, abandonandó al enemigo hasta ciento y cincuenta piezas de artillería y numeroso y rico equipaje. El coche mismo de José vino á poder del vencedor, hallándose en él correspondencias de algun valor y varios objetos preciosos ; entre ellos una bella pintura original de Correggio (*) representando la Oracion del Huerto, que por ser de poco tamaño hubo de tomar consigo el intruso monarca, nada escrupuloso en punto á apropiarse lo que era de España, y sin duda persuadido de que con el título de rey le tenia de propiedad á las alhajas de la corona española. Cayó tambien en manos del ejército aliado el rico convoy salido con el general Hugo de Madrid donde iban muchos bienes de particulares así franceses como servidores del intruso. De estos trataron muchos de poner en salvo sus personas, huyendo despavoridos; otros quedaron prisioneros; pero ya habia pasado la época en que servir á los franceses era mirado como delito digno de muerte. De las tropas francesas fugitivas pocas osaron hacer frente al vencedor. Sin embargo, el general Foy, tan buen guerrero cuanto orador ó escritor, no desmayó en este trance, pues hallándose en Vizcaya cuando fueron los suyos derrotados en Vitoria, juntó algunas guarniciones francesas; con ellas pasó al camino real de Francia á Madrid; acometido en Mondragon por las tropas de Mendizabal, les resistió con heróico denuedo; y pasando á Tolosa con doce mil hombres se sostuvo allí contra crecido número de tropas inglesas y españolas el 25 de junio, aunque tuvo al fin que retirarse. En seguida, disputando el terreno palmo à palmo, se metió en su

(*) Esta pintura pasó con beneplácito del gobierno español á ser de lord Wellington que hoy la conserva.

territorio el general francés el 1.º de julio pasando el Bidasoa, cabiendo á D. Pedro Agustin Giron la gloria de haber lanzado de su patria á los que por aquel mismo lugar en 1807 la invadieron como falsos amigos. Al mismo tiempo fueron tomados los fuertes de Pasages, y por el conde de La Bisbal los de Pancorbo; ocupados los cuales, este general, torciendo por Logroño y Puente la Reina, fué á ponerse en las inmediaciones de Pamplona. Las tropas francesas de José se entraron en Francia por los valles de los Pirineos inmediatos á la capital de Navarra. Iba en su seguimiento el general sir Rowland Hill, el cual, viéndolos ya dentro de Francia paró, y se situó en las cumbres de los montes desde donde observaba á sus contrarios, no queriendo lord Wellington emprender operaciones importantes hasta haber lanzado del territorio español al general Clausel, contra quien destacó fuerzas considerables de su centro. Habíase aquel general acercado á Vitoria al dia siguiente de la batalla, seguido por Mina y la caballería de D. Julian Sanchez, y como viese venir sobre sí una crecida division inglesa, volviendo atrás entró el 26 en Tudela, y de allí pasó á Aragon, llegando á Zaragoza el 1.º de julio. No juzgó posible el francés sostenerse en España, y pasando el Gállego y el Aragon, por Jaca y Canfranc se metió en Francia. Llegado á Oloron juntó sus fuerzas con las demàs de su nacion salidas de España por el Bidasoa y los valles de Navarra. Lord Wellington sentó entonces sus reales en Hernani, y situó el ejército anglo-hispano portugués en Guipuzcoa y Navarra, formando una línea que se dilataba desde la desembocadura del Bidasoa hasta la entrada de Roncesvalles. Resolvió entonces emprender sin pérdida de tiempo, y á una los sitios de S. Sebastian y Pamplona, encargando del primero á sir Tomàs Graham, y del segundo al conde de La Bisbal.

No fueron tan prósperas las operaciones contra Suchet, à quien favoreció la fortuna ayudada por su habilidad en una situacion del mayor apuro. Los españoles y anglo-sicilianos situados en las cercanías de Alicante embarcándose pasaron á las inmediaciones de Tarragona, y saltando allí en tierra, emprendieron el sitio de aquella ciudad; pero hubieron de abandonarle y recogerse á sus buques sin suficiente motivo. No tuvo mejor éxito una tentativa hecha por los ingleses con buques de guerra por la parte de Palamós, ayudándolos por tierra el baron de Eroles, pues tras de una récia refriega con el general francés Lamarque, hubieron de retirarse unos y otros combatientes, sin ser de alguno de ellos la victoria; pero este general francés acometido de nuevo por Eroles y Copons, hubo de retirarse al Ampurdan. Persistia enmedio de esto Suchet en su empeño de sostenerse en Valencia, ignorante aun de los reveses de los suyos en Navarra, Alava y Guipúzcoa, y engreido con nuevas prosperidades, pues el general Harispe, su teniente, habia desbaratado en Roglá á las fuerzas del 2.º y 3.º ejército español, y el duque del Parque habia tenido en Carcagente un considerable revés, perdiendo hasta setecientos hombres, de ellos la mayor parte prisioneros, agregándose à esta fortuna la de haber caido en poder de sus tropas cinco trasportes ingleses con las tripulaciones y soldados en ellos embarca-

dos, que al retirarse de la espedicion de Cataluña de vuelta para Alicante, fueron á encallar en la desembocadura del Ebro. Pero cuando el mariscal francés supo que toda la parte septentrional de España, excepto Cataluña, estaba ya en poder de los aliados, viendo serle imposible permanecer en Valencia la evacuó; retirándose en buen órden hácia las orillas del Ebro, por donde confina Aragon con Cataluña y en obediencia á los mandatos de su emperador que le encargaba mantenerse en sus conquistas, dejó guarniciones en el castillo de Denia, en Murviedro y en Peñíscola, y reforzó en Cataluña la de Tortosa. Hecho así, fué á situarse en Gandesa, pueblo de Cataluña vecino á Aragon, donde llamó á sí las tropas que estaban en aquellas inmediaciones en Teruel y Alcañiz. Cuando este mariscal llevaba á efecto su retirada de Valencia, ya el general Clausel habia hecho la suya de Aragon; pero dejando al general París con una corta fuerza dueño de Zaragoza. No pudo, sin embargo, este general mantenerse allí largo tiempo, y aun tal vez habría sido lanzado por fuerza de la misma ciudad, si, como se proyectó, hubiesen acometido la empresa de desalojarle Duran y Mina; pero el guerrillero navarro, contra su costumbre, anduvo flojo, ó ya no quisiese ensayar la operacion para él nueva de asaltar al enemigo en una gran poblacion, ó ya, conforme á su condicion y hábitos, no gustase de obrar en compañía con otros caudillos. Al cabo hubo París de abandonar á Zaragoza, llevándose consigo un gran convoy, y dejando guarnicion en el castillo de la Aljafería; pero perseguido en su retirada en vez de efectuarla como lo intentó sobre Mequinenza, hubo de hacerlo por Huesca, Jaca y Canfranc, teniendo que dejar abandonado á sus enemigos su numeroso y rico convoy. Entró Duran en Zaragoza, siendo recibido con frenético alborozo. A poco llegó Mina, y apretando á la Aljafería obligó á su guarnicion á rendirse, quedando con esto libre de franceses toda España, salvo Santoña en las montañas de Santander, fortaleza situada en una península, donde separada de sus compatriotas y no acosada por los españoles, se mantuvo la guarnicion enemiga hasta la terminacion de la guerra, Pamplona y San Sebastian, ambas cercadas y combatidas, y toda Cataluña con la parte de Aragon con ella confinante, y algunas plazas de Valencia, donde se mantenia Suchet haciendo frente á poderosos contrarios, casi en todas ocasiones con ventaja y siempre con gloria, y si perdiendo algunas de sus conquistas conservando otras muchas que solo la paz pasó á manos de los españoles. Este general precavido, aunque firme, conoció que no podia mantenerse en sus puestos de la orilla derecha del Ebro, y los abandonó, recogiendo antes por su órden el general Isidoro Lamarque las cortas guarniciones de Belchite, Fuentes, Pina y Bujaraloz, lugares de escasa importancia; pero conservando las fortalezas de Mequinenza y Monzon en el territorio aragonés, y reforzando á Lérida, cuyo mando entregó al general Maximiliano Lamarque, antes nombrado en esta historia, despues distinguido como general en campaña y como orador en el parlamento, dándose en el último puesto por adalid de la libertad, cuando lo era solo de la gloria del pueblo francés y de su sed de triunfos y conquistas. Suchet internándose en Cataluña

situó su ejército en Reus, Valls y Tarragona; dispuso que estuviese todo pronto para volar las fortificaciones de esta última ciudad; y fué á ponerse en Villafranca de Panadés; y asentado en aquella rica y fértil comarca estaba en comunicacion con el general Decaen, dueño de Barcelona, y por otro lado con las plazas de la costa y parte meridional del Principado. Las fuerzas aliadas de Valencia no tardaron en trasladarse á Cataluña. Lord Guillermo Bentinck, venido á ser general del ejército anglo-siciliano desde Sicilia, donde mandando las tropas inglesas de aquella isla habia ejercido en las cosas de su gobierno un influjo preponderante, movió las fuerzas de aquella expedicion, desgaciadas hasta entonces, salvo en la jornada segunda de Castalla, y juntándolas con las españolas del duque del Parque fué á pasar el Ebro, lo cual verificó por Amposta, amparado por los buques de la marina inglesa. Entonces Copons al frente del ejército antiguo de Cataluña trató de molestar á Suchet por su derecha. Dejando las tropas procedentes de Valencia un cuerpo que observase á Tortosa pasaron á sitiar á Tarragona. El llamado segundo ejército del mando de Elío no salió del territorio valenciano, bloqueando los puntos donde habian dejado guarnicion los enemigos.

Napoleon supo la derrota de los suyos en Vitoria, cuando estaba ocupado en tratos para hacer la paz general, presentándose como mediadora entre él y sus contrarios el Austria. La noticia del revés llevado por las armas francesas aceleró el rompimiento de aquellos tratos, pasando el gobierno austriaco á enemigo del francés, sin respeto á los estrechos vínculos de parentesco que unian á ambos soberanos. El emperador enfurecido con José y Jourdan, á quienes atribuia el desastre ocurrido en Vitoria, suspendió del mando de sus ejércitos á uno y otro, y envió apresuradamente al mariscal Soult á ponerse al frente del ejército de España, así llamado aunque ya en territorio francés, excepto las guarniciones situadas en San Sebastian y Pamplona. A socorrer estas fuerzas dedicó sus conatos el mariscal recien venido. De todos los cuerpos franceses que antes militaban en la Península formó un ejército solo, y con él emprendió la entrada en España en la mañana del 25 de julio. Al primer ímpetu de los franceses cedieron los aliados desprevenidos, penetrando en territorio español Soult por Roncesvalles y Drouet por Maya. Acudió Wellington al peligro el 27, cuando ya se creia seguro su enemigo de abrirse paso hasta darse la mano con los sitiados en Pamplona. Desde el 28 al 30 lidiaron sin descanso ambos ejércitos, teniendo aquella continuada pelea el nombre de batalla, apellidada por unos de los Pirineos, por algunos españoles de Sorauren. Mostraron grande esfuerzo las tropas de las tres naciones aliadas; pero los franceses al cabo salieron rechazados, así por la parte de Pamplona como hácia San Sebastian, habiéndose encaminado Soult á este último punto cuando vió que nada podia adelantar por el primero, y teniendo que retroceder apresurado Drouet cuando, tras de haber alcanzado algunas ventajas sobre los ingleses de Hill, se halló con que Wellington vencedor se iba poniendo á su espalda. Pararon estos combates en recojerse todos los franceses á Francia el 1.° de agosto, dándoles alcance los aliados por los valles de

Bastan y del Bidasoa. Malográndosele á Soult esta su primera empresa, poca esperanza conservó de libertar las plazas cercadas de caer en manos de sus enemigos. Estos apretaron mucho á San Sebastian, combatiéndole con furia, y siendo tenaz la resistencia de los sitiados mandados por el general Rey. Abierta brecha dieron un vigoroso asalto los ingleses el 25 de julio; pero poco hábiles en esta parte de la guerra, acaso le dieron antes de tiempo, y como mas de una vez les sucedió en la guerra de la Península, volvieron rechazados, siendo de notar que en los sitios puestos por ellos solian salir felizmente con su empresa cuando escalaban los muros, y no cuando trataban de entrar por las brechas. Renovaron los sitiadores sus fuegos combatiendo la ciudad con numerosa artillería, de suerte que el 31 de agosto estaba mas llano el camino para repetir el asalto. Sir Tomás Graham, á quien estaba encomendado aquel sitio, impetuoso cual pocos de sus paisanos, dispuso la empresa, resuelto á llevarla á cabo, aun á costa de mucha sangre. No fué poca la que se vertió en la brecha, subiendo à ella los ingleses y portugueses con extraordinario valor, y encontrando tal serenidad y aliento en los defensores, que, tras de una encarnizada pelea habrían vuelto rechazados los asaltantes á no haberse prendido fuego en aquel momento á un acopio de materias combustibles y pólvora almacenados cerca de la brecha, causando tal estrépito y confusion, que distrajo y espantó por algunos momentos á los franceses. Aprovecharon la ocasion sus contrarios, y haciendo nuevo esfuerzo entraron la ciudad, recogiéndose la guarnicion apresurada al castillo, no sin dejar gran cantidad de prisioneros. Acudieron alegres los moradores de San Sebastian á recibir á sus aliados triunfantes; pero estos, enfurecidos en la sangrienta lid que acababan de sostener, no distinguiendo amigos de contrarios, pusieron la ciudad á saco, pasaron á cuchillo á varios de los habitantes indefensos, robaron y maltrataron á los otros, forzaron bárbaramente á las mujeres, y coronaron sus atrocidades con pegar fuego á la ciudad, la cual quedó casi toda reducida á pavesas y escombros humeantes. Pusieron el grito en el cielo los españoles al saber estas atrocidades; pero aunque llevaron sus quejas ante lord Wellington, este, no obstante ser humano y rigoroso en la disciplina, no acertó á castigar excesos á que encontraba disculpa en el estado de furor en que se hallaban los perpetradores. El saqueo é incendio de San Sebastian vino á dar pábulo al fuego de la discordia que, ya oculta, ya algo patente, ardia entre no pocos españoles y el gobierno y ejército británico. Las consecuencias de este mal, visibles desde luego, fueron á la larga graves y funestas.

En la hora misma en que era asaltado y tomado San Sebastian, á poca distancia hubo una sangrienta batalla cual ninguna otra de la guerra gloriosa para los españoles. El cuarto ejército, de cuyo mando se habia encargado poco antes el general Freire sucediendo á Castaños y á Giron, estaba situado cerca de la frontera de Francia, por donde la forma la corriente el Bidasoa cerca de Irun, y por donde atraviesa el camino real de uno á otro reino, y en la sierra á que dá nombre la quinta de San Marcial. Pasando los franceses el rio por algunos de sus vados em-

bistieron con furia á los españoles; pero aunque alcanzaron alguna ventaja en el ímpetu de la primera acometida, no la conservaron, siendo rechazados una y mas veces que volvieron á la carga en diversos puntos. Duró algun tiempo la lid, y terminó en volver vencidos y perseguidos los franceses á pasar el rio y meterse en su territorio, dejando á los españoles un triunfo glorioso comprado con la sangre de muchos buenos oficiales, y de mas de mil y seiscientos soldados entre muertos y heridos. Tuvieron muy poca parte los anglo-portugueses en este combate, al fin del cual se presentó lord Wellington á ser testigo de la victoria, que le movió á hacer los mas expresivos elogios de la conducta del ejército español vencedor. Así el 1.º de agosto pelearon y triunfaron en distintos aunque cercanos lugares las armas aliadas; pero los ingleses echaron un borron á su triunfo, y el que fué dia de gozo para ambas naciones fué tambien orígen y causa de desavenencia.

No tardaron mucho en rendirse á los vencedores el castillo de San Sebastian y Pamplana. El primero se entregó en 8 de setiembre; la última se sostuvo hasta 31 de octubre, siendo solo bloqueada y habiendo sus defensores, tras de intentar algunas salidas en que se peleó con varia fortuna é igual gloria, tenido que rendirse al hambre.

Por Cataluña era mas próspera la suerte á los franceses, aunque no tanto que les consintiese otra cosa que disputar la victoria con teson, triunfar en alguna pelea, á ir perdiendo terreno sin desdoro. Lord Guillermo Bentinck, que en aquella campaña acreditó poco su habilidad como general no obstante sus prendas de hombre entendido, habia juntado sus anglo-sicilianos y puesto sitio muy apretado á Tarragona al terminar el mes de julio. Pero Suchet, superior á su contrario en habilidad, con diestras maniobras sacó la guarnicion de la ciudad cercada, y volando sus fórtificaciones dejó á su enemigo los desocupados escombros. Sobre ellos vino à ponerse Sarsfield que mandaba una division del segundo, antes de Valencia. Ocupada Tarragona por los españoles se adelantaron á Reus y Valls, y aun mas lejos. Pero entretanto una division del tercer ejército mandado por el duque del Parque quedó maltratada, teniendo bloqueada á Tortosa, en una salida hecha por el general francés Robert, gobernador de la misma ciudad. No acertando á combinar bien sus operaciones las diversas fuerzas que allí guerreaban juntas, pudo Suchet afirmarse en la línea del Llobregat fortaleciéndose en ella. En frente de él se situó lord Bentinck en Villafranca del Panadés ocupando el puesto del Ordal, escabroso y de fàcil defensa. Contra él y otros vecinos ocupados por los españoles hicieron una tentativa los franceses, y rechazados en un punto vencieron en otro, flaqueando un cuerpo calabrés, y viniendo á quedar por las tropas de Suchet la ventaja de aquellas lides, lanzados los aliados de Ordal y de resultas compelidos á retirarse de los lugares inmediatos. Nació de este revés algun desórden. Los españoles que habian tenido parte en aquellos combates, y peleado honrosamente y sin quedar vencidos, á consecuencia del descalabro de los anglo-sicilianos hubieron de irse á juntar con Copons en San Sadurni y Martorell. Los aliado despues de dar algunos rodeos, puestos en aprieto, salieron de él embar-

cándose en Sitges. No pudo Suchet sacar gran partido de sus prosperidades, estorbándoselo el buen continente de los vencidos y la situacion de los negocios de los franceses en lo demás de España, así como en Alemania, sin contar con que iban á menos sus fuerzas, y las de sus contrarios recibian aumento. Hubo, pues, el francés de volverse á su línea del Llobregat, mientras los aliados sentaban sus reales en Tarragona. Allí dejó lord Guillermo Bentinck el mando volviéndose á Sicilia, siendo su sucesor Sir Guillermo Clinton, general hábil y acreditado. Conservaban en tanto los franceses las fortalezas que aun tenian en Valencia, ciñéndose los españoles á bloquear sus guarniciones.

Cuando así iban las cosas de la guerra, próspera por demas en la frontera de Guipúzcoa y Navarra, limpio de enemigos Aragon, y si con desdicha en Cataluña, no con tanta que pudiese infundir temores, en Cádiz los sucesos de la política interior seguian su ordinario curso, cobrando mayor importancia por tenerla superior sus efectos inmediatos y remotos; y en Alemania, oscurecida la estrella de Napoleon con el nublado de enemigos que en rededor se le iba apiñando, se preveia su desaparicion en término mas ó menos breve. Las córtes habian recibido aumentos de diputados con haber hecho sus elecciones las provincias de Andalucía y otras hasta entonces solo representadas por suplentes. Como era de presumir de las disposiciones del pueblo español, no pocos de los miembros allegados á aquel cuerpo ya antiguo fueron de la parcialidad anti-reformadora, y sin mudarle del todo la índole se la alteraron notablemente. Mostraron desde luego varios diputados deseos de que se trasladase á Madrid la corte, á lo cual se oponian los caudillos del partido hasta aquella hora dominante en el congreso. Unos y otros alegaban buenas y tambien malas razones en pro de sus encontrados pareceres; pero siendo Madrid, á pesar de sus desventajas, la capital de España, y no habiendo quien pensase en trasladar definitivamente la silla del gobierno á otra poblacion, oponerse á llevar allí la regencia y las córtes era diferir una resolucion que al cabo habia de tomarse. Avasallaban sin embargo al congreso los gaditanos y no pocos forasteros con ellos aunados para quienes en su imprevision todo era lo presente, por lo cual, viendo dominantes en Cádiz sus ideas é interés, solo atendian á la conveniencia de prolongar una situacion agradable. Por el contrario los anti-reformadores se esforzaban por conseguir la traslacion, movidos por fundadas razones, y tambien por la de hacer lo mas desagradable á la parcialidad su enemiga. En este y otros empeños tomaban gran parte varios de los diputados nuevos, y como los murmullos de las galerías, siempre frecuentes les eran enojosos, procuraban promover sesiones secretas. Contra esto se clamaba asimismo dentro y fuera del congreso, alguna vez sin fruto.

Hechas ya por las córtes varías reformas políticas pasaron á hacer la de Hacienda. Con arreglo á sus doctrinas, algo atrasadas en este punto, por ser las de fines del siglo XVIII que ellos creian verdaderas y sanas, y asímismo enlazadas con el nuevo sistema político dado á la monarquía española, se inclinaron á preferir á las contribu-

ciones indirectas las directas, y á un número crecido y vario de tributos, uno solo, ó cuando mas pocos. Opusiéronse á esta doctrina los diputados contrarios á las reformas, de ellos algunos por ver á sus contrarios sustentando la parte opuesta; otros por mejores y mas juiciosos motivos. Defendió con teson y calor el antiguo sistema de contribuciones de España el consejero de hacienda y togado D. Antonio Alcalà Galiano (*), recien elegido diputado por Córdoba, de la secta reformadora en su mocedad, y en los dias de que se vá tratando allegado á la contraria, pero no deseoso de sustentar en todo la forma anterior de la monarquía, el cual en esta ocasion sustentaba las doctrinas rentísticas de su hermano D. Vicente, fallecido en 1810 siendo tesorero general, economista sábio para su tiempo, y sin igual en el conocimiento del sistema de rentas establecido, aunque con no pocas preocupaciones á favor de lo que tan bien conocia. Triunfó como era de esperar en las córtes la causa de las innovaciones, y los que á ella se opusieron bien podrían haber cantado victoria, si consideraban cuán fácil les era sacar partido para sus otros fines del disgusto que causan en los pueblos las mudanzas en el modo de contribuir á los gastos del Estado. Quedaron, pues, suprimidas las contribuciones indirectas conocidas con el nombre de rentas provinciales, poniéndose en su lugar solo una contribucion directa, y ninguna sobre consumos. Por otra parte se procedió cuerda y justamente haciendo igual el sistema de tributos de toda España. Otras reformas hicieron las córtes, pero de menor cuantía. No todos los diputados nuevos les eran opuestos, pues al revés, de entre ellos algunos las sustentaban con celo arrebatado. Sobresalia por este camino D. Isidoro Antillon, literato de instruccion vasta, y autor de mérito, que habia escrito en el Semanario Patriótico en Sevilla, pero declamador fogoso, aunque elocuente, que en sentir de algunos arrebató á Argüelles la palma de la oratoria.

Estaba ya próxima á terminar la vida de aquel congreso. Imitando el mayor número de quienes le componian el yerro de la asamblea constituyente de Francia, habian resuelto contra lo propuesto en el proyecto de constitucion que los diputados no pudiesen ser reelegidos hasta pasada una legislatura, yendo aun mas allá que los franceses, los cuales solo incapacitaron para la reeleccion inmediata á los de su propio cuerpo, y á los de los siguientes para dos reelecciones sucesivas. Ibase, pues, á elegir nuevas córtes. Procediéndose à ello, no con diligencia, los primeros nombramientos recayeron en algunos de la parcialidad llamada liberal, y en casi otros tantos de las opiniones contrarias. Segun fué creciendo el número de las elecciones, se aumentó la fuerza de los últimos, de lo cual nació justa y viva inquietud en los hombres allegados á la constitucion nueva.

La regencia en tanto gobernaba en los puntos á que se extendian sus facultades con tal apego al bando de los reformadores que rayaba en lo que se dice espíritu de partido. Por esto yendo acorde con las córtes

(*) No el autor del presente escrito, sino su tio carnal con él confundido alguna vez.

ejercia mas autoridad que antes, á lo cual se agregaba tener mas campo donde hacer uso de su autoridad. Mudó alguna vez de ministros. Del de Estado D. Pedro Gomez Labrador, conservado por ella en su puesto, no obstante irle siendo contrario en ideas, la libertó una votacion de las córtes. Habíase suscitado en Londres una disputa entre los embajadores de España y Rusia, sobre á cual de los dos tocaba tener puesto preferente ó ir delante del otro en las ceremonias públicas como representantes de sus coronas. Por la de Rusia estaban su dignidad imperial, su mayor poder, su importancia en aquel momento; por la de España, la costumbre antigua mantenida hasta en los dias de Carlos III contra las pretensiones del imperio ruso. El conde de Fernan Nuñez, embajador de España en Londres, celebró con el de Lieven, que lo era de su gobierno en la misma capital, una especie de avenencia, por la cual alternaban en preceder el uno al otro. Desaprobó este ajuste Labrador, y al querer sustentar la dignidad y los derechos de la corona de España, lo hizo, segun solia, equivocando la entereza con una dura y áspera arrogancia. Vino á las córtes el negocio, segun su costumbre de proceder como tribunal de apelacion sobre los fallos de la regencia, y salió desaprobada la conducta del ministro. Hizo este inmediatamente renuncia de su cargo con ímpetu de cólera y sed de venganza, convirtiéndose desde aquel dia en anti-reformador furibundo.

El ministerio de Gracia y Justicia seguia á cargo de Cano Manuel, ya dado del todo y con calor á la causa de los constitucionales. Desempeñó algunos dias el de Hacienda D. Tomàs Gonzalez Carvajal, intendente que habia sido de las poblaciones de Andalucía, buen literato, aventajado escritor en la prosa, y en la poesía mediano y alguna vez superior, ensayàndose en argumentos religiosos, acérrimo constitucional y hasta acalorado, aunque hombre de piedad y aun devoto, pero que en el desempeño de su ministerio acreditó no ser igual á las circunstancias, recreándose en sus trabajos literarios, y publicando una oda al Espíritu Santo, que fué con razon muy alabada por su mérito, y algo censurada por salir de quien era á la sazon ministro de Hacienda. Vino á ser su sucesor personaje de menos nota. D. Antonio Cano Manuel desempeñó algunos dias el ministerio de Estado, vacante por la renuncia de Labrador. El ministerio de la Guerra fué puesto á cargo de un general de no corto mérito, oscurecido por graves defectos, cuyas buenas y malas calidades le dieron influjo grande, y á veces funesto en los negocios. Era el personaje á quien se hace aquí referencia D. Juan Odonoju, de familia irlandesa, á quien puso en amistosas relaciones con lord Wellington su conocimiento del idioma inglés sobre otras circunstancias, y que además de ser de condicion violenta y desabrida, ambicioso y celoso del poder ó de la gloria agena, tenia por tradiciones de familia algo del ódio que profesa cierta parte de los de su nacion à los ingleses sus dominadores. Empezó, pues, á desavenirse con lord Wellington. Ocurriendo el saqueo é incendio de S. Sebastian, la indignacion que excitó tan doloroso suceso creó un partido opuesto á los ingleses dentro del de los reformadores. El bando anti-constitucional aprovechó la ocasion para dar muestras de adhesion

apasionada al gobierno británico y á su general en España. Lord Wellington aunque neutral entre las parcialidades políticas que dividian á los españoles, por ser *tory* acérrimo, por sus doctrinas é inclinaciones particulares, y por sus calidades de soldado y general empleado en una guerra activa, se ladeaba en algunas ocasiones no poco á la causa mas favorable al poder absoluto. Agregábase á esto que participaba de la opinion comun sobre ser el levantamiento de España contra los franceses hijo del deseo de conservar puro el sistema de la monarquía antigua, y los eclesiásticos y la gente á ellos adicta sus verdaderos representantes y su mas seguro apoyo. Nació de aquí algun disgusto, que se fué aumentando con las circunstancias, contribuyendo varias de las que ocurrian á suscitar motivos de discordancia en las opiniones y de choque de las voluntades.

Cuando esto pasaba en la Península, la libertad del yugo extranjero, que habia conseguido España por sus esfuerzos propios y por los auxilios, combates y triunfos de sus aliados, ayudada en alguna ocasion por los sucesos en otra parte de Europa, iba quedando asegurada con los acaecimientos de la guerra en Alemania. Habia cargado sobre Napoleon tal golpe de enemigos, que no alcanzaba á vencerlos su mérito sin par como general, nunca mas señalado que en aquella hora. Alcanzaba victorias aun en medio de sus apuros el emperador francés, pero perdia batallas, y declarándosele contrarios con furia los pueblos, ya triunfasen, ya saliesen vencidas sus armas, por todas partes se veia cercado de numerosos y encarnizados enemigos, cuyo número iba cada dia en aumento. En suma, el coloso del imperio francés, cuyos brazos alcanzaban desde el Báltico hasta el mar de Cádiz estaba ya deshecho, pudiendo cuando mas esperar Napoleon seguir rigiendo á Francia encerrada en sus límites naturales.

Este era el estado de España y de Europa cuando cerraron sus sesiones las córtes generales y extraordinarias, despues de incesantes tareas seguidas por tres años casi cumplidos. El 14 de setiembre de 1813 fué su última sesion, precedida por haber asistido en cuerpo á la catedral á un solemne *Te Deum*, y antes por el nombramiento de la diputacion permanente, que, segun la constitucion, conservaba algunas de las facultades del congreso en los intervalos de sus sesiones. La ceremonia en el salon fué sencilla, reduciéndose á declarar el que era á la sazon presidente cerradas las sesiones de aquel cuerpo que habian empezado en setiembre de 1810. Siguióse retirarse á sus casas los diputados de mas fama seguidos de una turba que los iba aplaudiendo, siendo grande el favor popular de que disfrutaban en Cádiz, así de parte de casi todos los gaditanos como de muchos de los forasteros allí residentes.

Merecian es verdad aquellos varones, así como el cuerpo en que se señalaron, si no aprobacion completa, admiracion y aprecio. Las córtes generales y extraordinarias habian acreditado saber, aunque no siempre de la mejor clase, ni acompañado por experiencia y tino; patriotismo en grado no comun, si bien afeado á veces por las preocupaciones que suelen irle anejas al desinterés; en suma, muchas y altas virtudes,

Aun en sus injusticias y violencias procedian con no comun grado de honradez y candor, bien que no sin alguna mezcla de las artes necesarias para triunfar á todo trance; teniendo sus hechos el carácter de los de hombres de recta intencion, que, persuadidos de obrar con justicia, son tanto mas violentos con sus contrarios cuanto mas los estiman desacertados y perversos; conducta que á la par admite mucha disculpa y encierra gravísimos peligros.

Un suceso singular volvió contra toda justicia y razon y contra el texto de las leyes de España y de la de todos los paises donde hay cuerpos de la clase de aquellas córtes á resucitar al congreso ya difunto. Asomó de nuevo en Cádiz el mal pestilente que tanto habia aflijido á las Andalucías desde el año de 1800 en varias ocasiones. Como sucede en casos tales, al aparecer la enfermedad fué muy general negar su existencia; pero combatia á la preocupacion el miedo, y no pocos opuestos á la salida del gobierno de Cádiz, iéndose en peligro, ya la apresuraban. En aquellos dias habia sido nombrado ministro de la Gobernacion Don Juan Alvarez Guerra, liberal conocido, escritor en el Semanario Patrótico en su tercera época en Cádiz, muy íntimo amigo de Argüelles, y cuyo nombramiento admiró y chocó por juzgársele extremado en opiniones, así como por haber subido de mero particular al ministerio. La regencia, noticiosa de que era cierta la existencia de la epidemia, y pensando juiciosamente que no convenia al gobierno quedarse encerrado en una ciudad infestada, en secreto y recatadamente resolvió salirse de Cádiz y juntar las córtes ordinarias próximas á abrir sus sesiones en el Puerto de Santa María. Tocó á Alvarez Guerra expedir las órdenes competentes, y las dió el 16 de setiembre, cuando ya el 15 habian celebrado las córtes nuevas una de las juntas preparatorias. No pudiendo llevarse á efecto la traslacion del gobierno sin sentirse, y habiéndose traslucido aun los pasos preliminares dados para verificarla, sabedores de lo resuelto varios constitucionales de escasa valia y de los mas inquietos á una con los gaditanos, á quienes por varias razones no acomodaba la salida del gobierno de su ciudad, y menos que se declarase estar reinante la epidemia, lanzaron un grito de indignacion, y en breve rompieron en un motin, el primero en que liberales de poca nota se oponian á cosa resuelta por sus caudillos. Venció el poder de la asonada al de las leyes y de la autoridad que á nombre de ellas procedia. Por disposicion de los alborotadores volvieron los diputados de las córtes extraordinarias, cuyas sesiones estaban ya solemne y legalmente cerradas, y cuyo salon habia ya servido al nuevo cuerpo su sucesor, á juntarse en sesion de noche. Congregados así á viva fuerza, con humillacion y quebrantamiento de las leyes y de la razon misma, los dispersos miembros del difunto cuerpo constituyente quisieron dar muestras de sí en palabras y obras, pero el consunto cadáver llamado á un remedo de vida, como los cuerpos naturales por el galvanismo, no pudo cobrar mas que una existencia imperfecta y engañosa. Dividiéronse los liberales, sustentando unos, entre los cuales se distinguió el americano Megía, que no habia en Cádiz dolencia alguna pestilente, siendo por lo mismo inoportuna la pro-

videncia de sacar de allí al gobierno, y no atreviéndose otros á sustentar el sí ó el no á las claras, contándose entre los últimos Argüelles, obediente á la par á la voz de la razon y á sus afectos con el ministro mas incriminado. Los ministros todos llamados á defender la causa de la verdad y de la justicia se mostraron tímidos y confusos. No fueron mas felices sus defensores, quienes, cuando quisieron hablar, no acertaron á expresarse con lisura y valentia, y, yendo en defensa de las leyes y de la razon contra el motin y la mentira, fueron poco menos que silbados. Al fin vino á resolverse en desaprobacion y desobediencia de lo mandado por el gobierno, que siguiesen la regencia y córtes en Cádiz; en agravio de la verdad que se disfrutaba en aquella ciudad de cabal salud; y en desdoro de los corifeos de la parcialidad liberal que sus palabras, aun teniendo en su favor la justicia, cuando iban destinadas á oponerse al interés y las pasiones de la muchedumbre eran reputadas de escaso valor y salian probadas de livianísimo peso. Qué resultó de tan desacordada resolucion se verá en breve en el curso del presente compendio.

Estaba el pueblo español tan poco entendido en las fórmulas y prácticas constitucionales que el suceso grave de congregarse y actuar un cuerpo político, cuya existencia legal habia fenecido, pasó sin ser notado como debia. En verdad, tan importante acaecimiento fué tenido por un bullicio en que solo estaba interesada la ciudad de Cádiz, atendiéndose, no á su calidad y circunstancias, sino á sus efectos en lo relativo á salir ó no el gobierno de su residencia, y como la traslacion, segun se contará, se verificó muy en breve, pocos se entretuvieron en calificar la violencia que la habia diferido.

En lo demás de España, ya libre, no fué recibida la noticia de haber cerrado sus sesiones las córtes generales y extraordinarias con los mismos pensamientos y afectos excitados en los moradores de la isla Gaditana por un suceso para ellos tan notable. Las predicaciones del clero contra las nuevas leyes habian indispuesto á una crecida parte del vulgo contra el cuerpo ilustre regenerador de España, aunque culpado de yerros y aun de uno ú otro exceso, hijos por otra parte del estado de los conocimientos políticos en las cabezas españolas, aun las mas ilustradas. Para numerosas clases aun no habia llegado el dia de ser favorables ó contrarias à la constitucion nueva ó á las córtes, y estas, atentas solo à que la patria iba á verse libre é independiente, y, segun era probable, restituido al trono el amado y legítimo rey, poco se inquietaban porque á unos hombres hubiesen sustituido otros en el mando, mirando esta mudanza como una de las muchas ocurridas durante la guerra. La turba de empleados que habia servido al gobierno del usurpador, no como sus parciales celosos, sino por necesidad y desempeñando sus destinos sin mas que seguir la rutina, viéndose despojada y afrentada atizaba el descontento contra un cuerpo al cual solo miraba como origen de donde les venian perjuicios é injurias. Esta clase de descontentos por sí poco habria podido; pero, juntándose con otras, adquiría fuerza, y por sus relaciones influia en crecido número de personas.

Los empleados superiores del intruso ó quedados en las provincias libertadas ó huidos à Francia, desde su residencia los primeros, y los segundos desde su lejano retiro, denostaban á las córtes, y, blasonando antes de ser enemigos de la tiranía antigua civil y religiosa, ya entonces defendian el sistema pasado de la monarquía, declamando contra el que se habia puesto en su lugar, y tachándole de ser una demagogia turbulenta y feroz. En Madrid las ideas dominantes en las recien disueltas córtes contaban algunos aprobadores; pero aun á estos disgustaba el empeño manifestado últimamente de conservar el gobierno residente en Cádiz. La reducida porcion de los admiradores del congreso y de sus obras, llevando su aprobacion y aplauso á extremos, defendia hasta providencias poco juiciosas y perjudiciales al interés de mas de una persona ó clase, y por esto mismo era poco atendida.

Nueva época iba empezando. Los sucesos de la guerra habian dejado á España casi toda libre; unas córtes diferentes de las anteriores habian de encargarse de dar leyes y aun de ejercer en gran parte la autoridad del gobierno; y por último, el rey cautivo, representado hasta entonces por una ilusion fácil de variar en índole y forma iba á aparecer en el teatro político en persona, y á cambiar la escena y darle el giro correspondiente al papel que en ella representase. De este modo, al terminar la guerra de la independencia, tomó la revolucion un carácter muy diverso del que hasta entonces habia tenido.

FIN DEL TOMO

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE JAEN